Bram Stoker

Cuentos completos

Edición de Antonio Sanz Egea
Traducción de Jon Bilbao



Lectulandia

Forjador de uno de los mitos contemporáneos que más han influido en la cultura popular —el vampiro conocido como Drácula—, el irlandés Bram Stoker (1847-1912) está lejos de ser el autor de una sola obra: junto a más de diez novelas, poemas, adaptaciones teatrales, crónicas y artículos, Stoker cultivó de manera exquisita y afortunada la narrativa breve, aunque quedase sepultada por su mayor éxito. Publicó en vida dos colecciones de cuentos —*El país bajo el ocaso* (1881) y *Atrapados en la nieve* (1908)—, y su viuda dio a la imprenta una tercera, *El invitado de Drácula y otros relatos inquietantes* (1914), dos años después de su muerte. Pero, además, quedaron dispersos o sin publicar casi una treintena de cuentos que ahora se reúnen por primera vez en este volumen, y que vienen a mostrar la diversidad temática y estilística —desde lo fantástico a lo autorreferencial; desde las estampas más realistas a la estructura de relatos engarzados— de un autor fundamental en las letras anglosajonas.

Esta edición —rigurosamente preparada por Antonio Sanz Egea y con las nuevas traducciones del escritor Jon Bilbao— no solo es la ocasión para reivindicar facetas desconocidas de un gran creador, sino una oportunidad única para conocer toda la producción cuentista de Stoker de manera ordenada y con numerosa información, porque, a día de hoy, ni siquiera en su lengua original se han reunido todos sus cuentos de esta forma.

Lectulandia

Bram Stoker

Cuentos completos

ePub r1.0
Karras 20.07.2019

Título original: *Cuentos completos*
Bram Stoker, 2018
Traducción: Jon Bilbao
Introducción: Antonio Sanz Egea

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Nota a la edición
Introducción
Notas, historia y referencias de los cuentos publicados
El país bajo el ocaso
El país bajo el ocaso
El príncipe rosa
El gigante invisible
El constructor de sombras
De cómo el siete se volvió loco
Mentiras y lirios
El castillo del rey
El niño maravilloso
Atrapados en la nieve: crónica de una gira teatral
Prefacio
La ocasión
Una lección con mascotas
El accesorio de Coggins
Las esbeltas sirenas
Un nuevo rumbo artístico
Mick, el diablo
Por miedo a la muerte
Por fin
Serenata
El camarero sustituto
Asilo
Un monopolio de enanos
Una estrella criminal
Una trampilla de estrella
Un efecto de luz de luna
El invitado de Drácula y otros relatos inquietantes
Prefacio
El invitado de Drácula
La casa del juez

La squaw
El secreto del oro creciente
La profecía gitana
El retorno de Abel Behenna
El entierro de las ratas
El sueño de las manos rojas
Las arenas de Crooken
Relatos dispersos 1872-1914
El jarrón de cristal
    Capítulo I. El sueño inspirador
    Capítulo II. La Fiesta de la Belleza
    Capítulo III. La historia del rayo del luna
Tesoros enterrados
    Capítulo I. El viejo pecio
    Capítulo II. Viento y marea
    Capítulo III. El cofre de hierro
    Capítulo IV. Perdido y hallado
La cadena del destino
    Capítulo I. Una advertencia
    Capítulo II: Más pistas
    Capítulo III: El tercer mañana
    Capítulo IV. Más tarde
Nuestra nueva casa
Los dualistas
    Capítulo I: Bis dat qui non cito dat
    Capítulo II. Días felices
    Capítulo III: Rumores de guerra
    Capítulo IV. Fanfarria
    Capítulo V. La primera cruzada
    Capítulo VI. Que el pasado se ocupe de enterrar a sus muertos
El canalla
La noche en la ciénaga ambulante
Lord Castleton se explica
El misterio del viejo Hoggen
El hombre de Shorrox
Cuando llueva oro del cielo

Capítulo I
Capítulo II
La empalizada roja
En la desembocadura del río Watter: entre el deber y el amor
Rosas de Bengala
Capítulo I
Capítulo II
Una viuda joven
Un trapo amarillo
Diferentes ocasiones en que Sir Henry Irving se libró por poco de la muerte
El vidente
Las nupcias de la muerte
El diario de Jonathan Harker
La historia del senador Quay
Cuentos de medianoche
El funeral (El dolor de un viudo)
El misterio de Shakespeare
Un trato con el diablo
En el valle de las sombras
Al rescate
Los héroes del Támesis
El camino a la paz
El amor más grande
Sobre el autor



NOTA A LA EDICIÓN

Bram Stoker publicó tres libros de cuentos que el lector hallará en el primer bloque de esta obra. Los dos primeros, *Under the Sunset* (*El País Bajo el Ocaso*) apareció en 1881 y *Snowbound: The Record of a Theatrical Touring Party* (*Atrapados en la nieve: crónica de una gira teatral*) en 1908, ambos en vida del autor. El último de ellos, *Dracula's Guest And Other Weird Stories* (*El invitado de Drácula y otros relatos inquietantes*) vio la luz en 1914, dos años después de que el autor muriera. Su mujer, Florence Balcombe, fue la encargada de la edición. Como ella misma señala en el prefacio del libro, la selección la hizo su marido meses antes de su muerte, recopilando una serie de cuentos que habían aparecido en diversas revistas y periódicos años atrás. Hemos decidido publicar aquí estos tres títulos atendiendo a un criterio cronológico.

En un segundo bloque hemos reunido todos los cuentos dispersos ordenados por fecha de aparición: desde el primero «The Crystal Cup» («El jarrón de cristal») que vio la luz en 1872 en el periódico inglés *London Society*, hasta el último, «Greater Love» («El amor más grande»), publicado de modo póstumo en 1914.

Actualmente no existe ninguna edición canónica en inglés que reúna la obra breve de Bram Stoker. El lector dispone de ediciones incompletas de su narrativa breve, antologías y selecciones. Queremos agradecer la aportación que hizo el editor John Edgar Browning en su libro *The Forgotten Writings of Bram Stoker* (Palgrave Macmillan, 2012), donde reunió una buena cantidad de textos (poesía, cuentos y artículos periodísticos) que se creían perdidos. Otros cuentos presentes en el actual volumen se han traducido desde archivos digitalizados de los periódicos o revistas en donde fueron publicados por primera vez, dado que no contamos con una edición en papel posterior.

INTRODUCCIÓN

¿Quién fue Abraham «Bram» Stoker? Resulta paradójico que uno de los escritores que más fama ha alcanzado, que ha trascendido la nebulosa barrera entre la alta y la baja cultura, sea en el terreno biográfico prácticamente un desconocido. Sabemos que nació un ocho de noviembre de 1847 en Clontarf, un área residencial de Dublín. Fue el tercero de siete hermanos, hijos de Abraham Stoker Senior y Charlotte Thornley, de una familia perteneciente a la nueva clase media acomodada de la Irlanda de mediados del siglo XIX.

El joven Bram, tal y como quería ser llamado, pasó la mayor parte de su infancia en la cama aquejado de una extraña enfermedad. ¿Algún trauma psicológico lo mantuvo postrado? ¿Alguna patología le impidió moverse? Lo cierto es que tenemos poca información al respecto. Siendo adulto apenas hizo comentarios sobre este episodio que duró más de siete años. Sus diarios no mencionan nada, pero no cabe duda de que esta experiencia fue crucial para forjar una personalidad introvertida. Durante esta etapa fue su madre quien ejerció de tutora, enseñando al joven Bram a leer y escribir, así como las nociones básicas de latín, matemáticas y lengua. La providencial figura materna será esencial en el devenir de su hijo.

Charlotte Thornley nació en el pequeño condado de Sligo, una de las regiones con mitología y literatura popular más ricas del país. No es de extrañar que muchos de los cuentos que Charlotte leía a su hijo Bram tuvieran que ver con duendes, gnomos, *trolls* y otros seres que impregnan el imaginario irlandés. Sligo fue también el epicentro de uno de los episodios más oscuros y terribles de la historia reciente irlandesa. En 1832 estalló un brote de cólera que diezmó a gran parte de la población del condado. Los relatos que nos han llegado son dignos del mejor cuentista de terror: familias infectadas fueron encerradas en sus casas por sus propios vecinos para evitar el contagio o se desplazaron huyendo de la muerte; personas que fueron enterradas aún vivas; innumerables saqueos y asesinatos diarios causaron

miles de víctimas en muy poco tiempo. Charlotte, con tan solo catorce años, llegó a cortar el brazo de un intruso que trataba de entrar a su casa, donde su familia enferma y escondida procuraba evitar la epidemia. El recuerdo de aquella agonía de un extraño mientras se desangraba en la puerta de su hogar forjó un fuerte carácter que sería recordado por todos sus hijos y por los nietos que la describieron como la verdadera cabeza de la familia Stoker. Años después, ella escribiría un encendido relato sobre lo sucedido en Sligo, episodio que se considera crucial en el contexto de los antecedentes de la Gran Hambruna Irlandesa de 1845.

Y de repente echó a andar. El joven enclenque, incapaz de moverse, creció, se convirtió en un hombre. Su temprano interés por el deporte y su afición al atletismo en la universidad ponen de manifiesto el origen psicológico de la postración que había padecido durante su infancia. En 1864 ingresó en el Trinity College de Dublín, una de sus principales instituciones académicas. Es en esta época cuando tiene acceso a su famosa biblioteca, cuando lee las primeras novelas y cuentos de Wilkie Collins, Edgar Allan Poe o Sheridan Le Fanu y empieza a leer los poemas de Walt Whitman en una selección inglesa de 1868 de *Hojas de hierba*. Whitman se convertirá desde la distancia en uno de sus más fieles compañeros.

Los primeros años universitarios fueron, según los registros conservados, lamentables. Fue mal estudiante y apenas se pasó por las aulas. Debido a ello, en 1866 se presentó a un puesto de funcionario en el Castillo de Dublín donde su padre trabajaba. Consiguió el empleo y trató de compaginarlo con sus nuevos cargos de auditor del Colegio de la Sociedad Histórica y como presidente de la Sociedad Filosófica, reputadas instituciones del Trinity College de debate y discusión académicos. Es allí donde conoció a los padres de Oscar Wilde, William y Jane Wilde, importantes personajes de la aristocracia dublinesa.

Durante los siguientes años frecuentó cada vez más el teatro, pasión cultivada desde la infancia por su madre, quien le llevaba a las representaciones de pantomimas navideñas. Una de las obras que pudo admirar en agosto de 1867 fue *The Rivals*, de Richard Brindsley Sheridan, interpretada en el Teatro Real de Dublín por una compañía londinense. El protagonista no era otro que John Henry Brodribb, cuyo nombre artístico sería Henry Irving. Bram Stoker experimentó en ese instante un sentimiento cercano a la epifanía. La interpretación del entonces joven actor lo dejó tan cautivado que acabaría por convertirse en una obsesión que marcaría el resto de su vida.

Mientras tanto, esta pasión por el octavo arte lo llevó a interesarse profesionalmente por la crítica teatral, estatus que le permitió entrar de manera gratuita a las funciones estrenadas en la ciudad. El sueldo de funcionario no era tan elevado como para vivir con holgura. A pesar de su enorme actividad como crítico, atleta, presidente de asociaciones estudiantiles y habitual asistente a reuniones y charlas de la sociedad dublinesa, logró terminar sus estudios.

Los primeros años de la década de los setenta destacan por la publicación en 1872 del primer texto de Bram Stoker, firmado como Abraham Stoker y titulado «The Crystal Cup». Seguía conciliando su afición por el teatro con la crítica periodística. A finales de 1873 le ofrecieron un puesto de redactor jefe en *The Irish Echo*, que compaginó con su trabajo como funcionario en el Castillo de Dublín.

La etapa más larga e intensa en la vida de Stoker comenzó bajo la tutela de Henry Irving. En 1877 viajan a Londres con la intención de comprar un teatro donde representar las obras que Irving tiene en mente. Stoker es el mejor acompañante que pueda tener: joven, leal, meticuloso y una respetada autoridad en el teatro anglosajón del momento. Tras varios intentos en los que nada se decide, Irving se queda en la ciudad y Stoker regresa a su ciudad. Su vida vuelve al monótono papeleo del funcionario en el Castillo de Dublín. Sigue escribiendo, reseñando y asistiendo a obras en los teatros locales.

A principios de 1878 ya había conocido a la que luego será su futura esposa, Florence Balcombe. Seguramente su amistad se remontaba a los años universitarios, cuando una joven y bella Florence era pretendida por Oscar Wilde. Han quedado escasas referencias, notas o menciones en los diarios de Bram Stoker sobre su mujer o sobre su amistad con Wilde. Este vacío biográfico, a modo de *damnatio memoriae*, obedece a una cuidada selección de aquellas cartas y pasajes biográficos que Bram Stoker, por distintos motivos, no quiso que quedaran registrados. En diciembre de ese mismo año Bram recibe una carta de Henry Irving anunciando la compra del teatro Lyceum y lo invita a acompañarlo en su nueva aventura. Quiere que sea su nuevo secretario personal y su mano derecha en la gestión del teatro. A los pocos días, Stoker se casa de manera precipitada con Florence, abandona su casa y su trabajo y se instala en Londres.

Durante los próximos veintisiete años llevará a cabo una inmensa y agotadora labor al frente del Lyceum. Entregado por completo a la tarea de organizar el teatro, ayudará a encumbrar hasta el mito la figura de Henry Irving. No obstante, pese a su ocupación y constantes mudanzas, tendrá

tiempo de cumplir algunos sueños de juventud. Entre finales de 1883 y principios de 1884 organizará una gira con la compañía teatral por Estados Unidos, un país que fascinó a otros muchos de sus contemporáneos. Cuando quedaban unas pocas semanas para emprender el viaje de vuelta, el 20 de marzo de 1884 tuvo la ocasión de encontrase con un anciano Walt Whitman en Filadelfia. El encuentro, destacado en sus diarios, proporciona una imagen de un Whitman tranquilo y un Stoker contenido en el afecto y la admiración que sentía hacia quien consideraba uno de sus mayores maestros. Dos años más tarde volvería a verlo en otra visita en Estados Unidos, notablemente desmejorado y casi incapaz de incorporarse de una silla. El poeta recordaba al joven irlandés que había conocido años atrás y le mostró su gratitud y respeto por su labor teatral.

A finales de la década de los años ochenta y principios de los noventa publica una serie de cuentos a la vez que intensifica su trabajo al frente de la compañía. Es también el Londres de Jack el Destripador, quien en 1888 cometió su primer asesinato, desatando una auténtica ola de pánico entre la población. Y es entonces cuando hallamos las primeras notas que posteriormente alimentarán su obra más famosa. *Drácula* se publicó en 1897 y está dedicada a Hall Caine, uno de los escritores más famosos y leídos por la sociedad victoriana y uno de sus mayores amigos durante el final de su vida.

De pocas novelas se han hecho tantos estudios, interpretaciones e intentos de descifrar las influencias que Bram Stoker pudo recibir a la hora escribir *Drácula*. Lo que sabemos con seguridad es que leyó la obra de Emily Gerald *Transylvanian Superstitions* que le sirvió como punto de partida en la historia. En cuanto al trasfondo gótico y de terror, *Drácula* es un compendio de historias de fantasmas que recuerdan a las pantomimas infantiles que veía con sus padres en Dublín, a las lecturas de *Carmilla* de Sheridan Le Fanu o el *Libro de los hombres lobo* de Sabine Baring-Gould. Se ha tratado de buscar innumerables referencias para una obra que ha trascendido al imaginario popular a lo largo de generaciones, pero se debe constatar que durante todo el siglo XIX se gestó un ambiente literario propicio a partir del romanticismo inglés y al que distintos autores fueron aportando ideas. Bram Stoker, consciente de ello, no fue el primero en hablar de vampiros, de posesiones demoníacas, de castillos encantados o de no-muertos resucitados. Con su publicación no albergaba más esperanza que el entretenimiento de un público ávido de historias de folletín y, con suerte, el ingreso extra de un dinero que necesitaba.

Sin embargo, parece ser que Bram Stoker fue maldecido en las postrimerías del siglo XIX. El 18 de febrero de 1898 alguien entró en su vivienda al grito de ¡fuego! El almacén del teatro Lyceum estaba en llamas. En medio de la noche, cuando Bram llegó a la escena solo pudo comprobar cómo las llamas devoraban todo el trabajo, la ilusión y la inversión que habían realizado durante décadas.

El último periodo de la vida de Bram Stoker arranca con el ocaso de Henry Irving, que falleció en 1905. Si bien lo acompañó hasta el final, se desligó de los escenarios tras el incendio del almacén del Lyceum. Con el inicio de la década de 1900 tuvo lugar una de sus fases más productivas en su carrera como escritor en la que persiguió aumentar unos ingresos que habían menguado en los últimos años. Aunque *Drácula* era la obra que más beneficios le estaba aportando, estaba lejos de convertirse en el *best seller* que sería tras su muerte. En 1898 publica *Miss Betty*, novela romántica que nada tenía que ver, ni en tema ni en registro, con la anterior, y que el público no encajó del todo bien. En 1902 ve la luz *The Mystery of the Sea*, donde retoma el misterio y la intriga por consejo de su editor y de amigos íntimos. De este modo, Stoker busca acercarse de nuevo a los lectores de *Drácula*, afán que repetirá en *The Jewel of Seven Stars* en 1903. En 1906 había publicado su ensayo en dos volúmenes *Personal Reminiscences of Henry Irving*, memoria biográfica que fue recibida por la crítica con escepticismo. En 1908 llegó a las librerías *Snowbound*, su segundo libro de cuentos que recogía las experiencias y aventuras vividas junto a la compañía teatral de Henry Irving.

Sin embargo, esta escritura fértil se vio comprometida por un progresivo debilitamiento de su salud. Desde 1907 se hace patente en su correspondencia la necesidad de una renta que le permitiera retirarse. Escribe a su hermano Thornley Stoker, prestigioso médico, para solicitarle ayuda de manera sutil sin resultado alguno. Finalmente el escritor Hall Caine realizó una serie de *donativos* a Stoker que no evitaron una situación económica cada vez más desesperada. El 20 de febrero de 1911 Florence Balcombe escribió a amigos y conocidos y les fue concedida una ayuda benéfica de la Royal Literary Fund.

El 20 de abril de 1912 moría a la edad de sesenta y cuatro años. Las causas de la muerte de Bram Stoker no están del todo claras. En 1975 el sobrino nieto de Bram, Daniel Farson dejó intuir en su libro *The Man Who Wrote «Dracula»* que realmente había muerto de sífilis. Esta afirmación acarreó una batalla con el resto de la familia Stoker, ya que abría la puerta a posibles infidelidades con otros hombres o mujeres.

La muerte del escritor no trajo la muerte de su obra. Como si de una nueva profecía se tratara, su obra fue ganando cada vez más adeptos. Florence, ahora viuda y albacea literaria, cuidó con esmero el legado de su marido. Fue ella quien se encargó de recopilar y publicar su último libro de cuentos *Dracula's Guest and Other Weird Stories* en 1914. Vigiló, así lo sabemos por la nutrida correspondencia, los adelantos, las reimpresiones y las adaptaciones de toda su obra, con especial atención de *Drácula*. El acontecimiento más sonado de estos años fue el juicio contra la película *Nosferatu* de Friedrich Wilhelm Murnau estrenada en 1922. Murnau se había basado en la historia del conde Drácula y la novela de Stoker para crear la que posteriormente sería una de las películas referentes del expresionismo alemán. Sin embargo, Florence no había autorizado la adaptación cinematográfica e impulsó una serie de litigios contra el cineasta alemán. Ganado el juicio, se ordenó destruir todas las copias existentes de la película, pero una pequeña cantidad de las mismas ha sobrevivido hasta nuestros días.

¿Quién fue realmente Bram Stoker? Como decíamos al principio de estas páginas, de pocos autores tan recientes y notorios se tiene tan poca información. Fue él mismo quien destruyó gran parte de su correspondencia, quien se orilló y fue sepultado por el peso de su idolatrado Henry Irving. Solo tras la muerte del actor tomó verdadera conciencia de su propia faceta de escritor. La mayoría de sus biografías recogen especulaciones sobre muchos aspectos de su vida y la omisión deliberada de algunas amistades, profundizan en interpretaciones sobre las influencias literarias, culturales o históricas que pudieron tener cierta relevancia en su obra. La personalidad del escritor ha quedado eclipsada por el personaje, por el mito pop del terror del siglo XX. Una ya es indistinta a la otra y no se explican por separado. La mejor —y tal vez la única— manera que tenemos de acercarnos a la persona que hay detrás de la leyenda es a través de sus textos. Su literatura, sus cuentos y novelas, nos hablan más de él que toda su correspondencia, sus textos más personales. Nuestra es la tarea de resolver el misterio.

ANTONIO SANZ EGEA

Title. (1 page)

THE UN-DEAD

By

Bram Stoker

author of "Under the Sunset", "The Snake's Pass," "The Watter's Mou'", "The Shoulder of Shasta"

Copyright 1897 By Bram Stoker. All Rights Reserved.

NOTAS, HISTORIA Y REFERENCIAS DE LOS CUENTOS PUBLICADOS

LIBROS DE CUENTOS

EL PAÍS BAJO EL OCASO. *Under the Sunset* es el primer libro de cuentos de Bram Stoker. Se publicó en Reino Unido en noviembre de 1881 por la editorial Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, de Londres. El libro está dedicado a su hijo Irving Noel Thornley Stoker, que había nacido el 30 de diciembre de 1879. «The Castle of the King», uno de los cuentos que componen este libro, apareció publicado el 3 de mayo de 1882 bajo el título «The Shadow Builder» en *South Bourke and Mornington Journal*, uno de los principales periódicos de finales del siglo XIX en Australia.

ATRAPADOS EN LA NIEVE: CRÓNICA DE UNA GIRA TEATRAL. *Snowbound: The Record of a Theatrical Touring Party* se publicó en Reino Unido en 1908 por la editorial Collier & Co, Londres. Gracias a una nota que apareció en el periódico *Cleveland Plain Dealer*, fechado el 25 de diciembre de 1898, sabemos que Bram Stoker ya estaba escribiendo el libro de cuentos al menos diez años antes de que saliese publicado. Algunos de los cuentos pertenecientes a este volumen aparecieron publicados con anterioridad como cuentos sueltos en periódicos y revistas anglosajonas. «In Fear of Death» apareció publicado bajo el título «What They Confessed: A Low Comedian's Story», en una versión reducida, el 27 de diciembre de 1908 en el *Lloyd's Weekly News*, de Londres. «At Last» apareció publicado, según el editor inglés Peter Haining, a principios de 1904 en *Collier's Magazine*, a pesar de que a día de hoy no ha sido comprobada tal afirmación. «Chin Music» apareció publicado por primera vez el 19 de febrero de 1899 bajo el título «A Baby Passenger» en *Lloyd s Weekly Newspaper* en Reino Unido, y el mismo día del mismo año en el *Boston Herald* en Estados Unidos, bajo el título

«Chin Music», título con el que finalmente sería publicado en *Snowbound*. Este cuento sería uno de los que mejor suerte corrieron, ya que fue publicado en quince periódicos de todo el mundo desde 1899 a 1903. «A Criminal Star» fue publicado, según el editor Peter Haining, en octubre de 1904 en *Collier's Magazine*, afirmación que no ha podido ser demostrada. «A Star Trap» fue publicado según Peter Haining, en noviembre de 1888 en *Collier's Magazine* con el título «Death in the Wings», pero no ha podido ser demostrado.

El INVITADO DE DRÁCULA Y OTROS RELATOS INQUIETANTES. *Dracula's Guest and Other Weird Stories* se publicó en Reino Unido en 1914 en la editorial George Routledge & Sons, Ltd., Londres, dos años después de que Bram Stoker muriese. La responsable de que el libro viera la luz fue la viuda de Bram Stoker, Florence Balcombe. Algunos de los cuentos pertenecientes a este volumen aparecieron publicados con anterioridad como cuentos sueltos en periódicos y revistas anglosajonas. «The Judge's House» fue publicado el 5 de diciembre de 1891 en *Holly Leaves the Christmas Number of The Illustrated Sporting and Dramatic News*. En la misma revista apareció publicado «The Squaw» el 2 de diciembre de 1893. «The Secret of the Growing Gold» se publicó por vez primera el 23 de enero de 1892 en el periódico *Black and White: A Weekly Illustrated Record and Review*. El 14 de octubre de ese mismo año apareció en *Bow Bells: A Family Magazine of General Literature*, y un día después, el 15 de octubre, en *The Bristol Observer*. «A Gipsy Prophecy» se publicó en el número del 26 de diciembre de 1885 en *The Spirit of the Times*, en Nueva York. Debido a las vacaciones de Navidad, la venta de este número se adelantó al 23 de diciembre bajo un título especial, «The Christmas Spirit». «The Coming of Abel Behenna» se publicó entre el 26 de marzo y el 2 de abril de 1893 en *Lloyd s Weekly Newspaper*, en Reino Unido. En Estados Unidos vio la luz el 26 de marzo de 1893 en *The New Haven Register*. «The Burial of the Rats» se publicó en Reino Unido entre el 26 de enero y el 2 de febrero de 1896 en *Lloyd s Weekly Newspaper* y en las mismas fechas en Estados Unidos en el *Boston Herald*. «A Dream of Red Hands» se publicó el 11 de julio de 1894 en *The Sketch: A Journal of Art and Actuality*. «Crooken Sands» salió publicado el 1 de diciembre de 1894 en *Holly Leaves. The Christmas Number of The Illustrated Sporting and Dramatic News*.

RELATOS DISPERSOS 1872-1914

EL JARRÓN DE CRISTAL. «The Crystal Cup» se publicó por primera vez en septiembre de 1872 en *London Society: An Illustrated Magazine of Light and Amusing Literature for Hours of Relaxation*, prestigiosa revista mensual que estuvo en activo desde 1862 hasta 1898. A pesar de que muchos artículos y cuentos tenían carácter anónimo, este primer cuento de Stoker viene firmado como Abraham Stoker.

TESOROS ENTERRADOS. «Buried Treasures» se publicó en dos partes en la revista semanal irlandesa *The Shamrock*, que estuvo en activo desde 1866 a 1913. La primera entrega apareció el 13 de marzo de 1875, y la segunda el 20 de marzo del mismo año. Ambas venían acompañadas con dos ilustraciones y estaban firmadas por A. Stoker.

LA CADENA DEL DESTINO. «The Chain of Destiny» se publicó en cuatro partes en la revista *The Shamrock*. La primera parte apareció el 1 de mayo de 1875 y la última el 22 de mayo del mismo año. Todas las entradas vienen firmadas por A. Stoker.

NUESTRA NUEVA CASA. «Our New House» se publicó por primera vez en Estados Unidos el 20 de diciembre de 1885 en *Boston Herald*. La publicación en Reino Unido en *The Theatre Annual: Containing Stories, Reminiscences and Verses* tuvo que esperar a la edición de 1886, a pesar de que el texto definitivo lo tenía terminado el 23 de noviembre de 1885. En ambas publicaciones, tanto la inglesa como la estadounidense, firma por primera vez como Bram Stoker.

LOS DUALISTAS. «The Dualist; or the Death Doom of the Double Bom» se publicó en *The Theatre Annual: Containing Stories, Reminiscences and Verses* en 1887, aunque el texto lo tenía enviado y terminado en noviembre de 1886.

EL CANALLA. «The Gombeen Man» se trata de un extracto modificado de los capítulos II y III de la novela *The Snake s Pass* (1890). Se publicó como cuento en 1904 en el libro *Irish Literature Vol. VIII*.

LA NOCHE EN LA CIÉNAGA AMBULANTE. «The Night of the Shifting Bog» se publicó como cuento en Estados Unidos en enero de 1891 en la revista *Current Literature: A Magazine of Record and Review*. Se trata de un extracto modificado del capítulo XVII de la novela *The Snake s Pass* (1890).

LORD CASTLETON SE EXPLICA. «Lord Castleton Explains» se publicó como cuento el 30 de enero de 1892 en el periódico *The Gentlewoman: The Illustrated Weekly Journal for Gentlewomen*. Formaba parte de una novela experimental que se publicó por partes en este periódico entre 1891 y 1892. Consistía en un total de veinticuatro historias sueltas escritas por distintos escritores, que continuaban la historia de quien les precedía. El conjunto de las historias se publicaron en tres volúmenes bajo el título *The Fate of Fenella* en mayo de 1892 en Reino Unido y en un único volumen en Estados Unidos en noviembre del mismo año.

EL MISTERIO DEL VIEJO HOGGEN. «Old Hoggen: A Mystery» se publicó el 15 de enero de 1893 en Estados Unidos en el *Boston Herald*. Unos meses más tarde apareció en Reino Unido, en *The Courier-Journal*, el 13 de mayo del mismo año.

EL HOMBRE DE SHORROX. «The Man from Shorrox» se publicó en febrero de 1894 en *Pall Mall Magazine*.

CUANDO LLUEVA ORO DEL CIELO. «When the Sky Rains Gold» se publicó en Estados Unidos entre el 5 y el 12 de agosto de 1894 en el *Boston Herald*, y en Reino unido entre el 26 de agosto y el 2 de septiembre del mismo año, en el periódico *Lloyd's Weekly Newspaper*.

LA EMPALIZADA ROJA. «The Red Stockade» se publicó por vez primera en Estados Unidos en septiembre de 1894 en *The Cosmopolitan: An Illustrated Monthly Magazine*. Tuvo que esperar hasta mayo de 1895 para que apareciera publicado en Reino Unido en *The London Home Monthly*.

EN LA DESEMBOCADURA DEL RÍO WAITER: ENTRE EL DEBER Y EL AMOR. «At the Watter's Mou: Between Duty and Love» se publicó como cuento en noviembre de 1895 en *Current Literature: A Magazine of Contemporary Record*. Se trata de un extracto del capítulo II de la novela *The Waiter's Mou* (1895).

ROSAS DE BENGALA. «Bengal Roses» se publicó en Reino Unido entre el 17 de julio y el 24 de julio de 1898 en *Lloyd's Weekly Newspaper* y en las mismas fechas del mismo año en Estados Unidos, en el *Boston Herald*.

UNA VIUDA JOVEN. «A Young Widow» se publicó por primera vez en Reino Unido el 26 de marzo de 1899 en el *Lloyd's Weekly Newspaper* y el mismo día del mismo año en Estados Unidos en el *Boston Herald*.

EL TRAPO AMARILLO. «A Yellow Duster» se publicó en Reino Unido el 7 de mayo de 1899 en *Lloyd's Weekly Newspaper* y el mismo día del mismo año en Estados Unidos, en el *Boston Herald*.

DIFERENTES OCASIONES EN QUE SIR HENRY IRVING SE LIBRÓ POR POCO DE LA MUERTE. «Lucky Escapes of Sir Henry Irving» se publicó por vez primera el 1 de mayo de 1900 en Estados Unidos en *The St. Paul Globe*.

EL VIDENTE. «The Seer» es un extracto de los capítulos I y II de la novela *The Mystery of the Sea* (1902). Aparece recopilado como cuento en la obra *Shades of Dracula: The Uncollected Stories of Bram Stoker* (1982), cuyo editor Peter Haining asegura que su publicación original como cuento fue en *The London Magazine*, en noviembre de 1901, pero a día de hoy no se ha podido comprobar tal afirmación.

LAS NUPCIAS DE LA MUERTE. «The Bridal of Death» es un extracto modificado del capítulo «Powers - Old and New» perteneciente a la novela *The Jewel of Seven Stars* (1903).

EL DIARIO DE JONATHAN HARKER. «Jonathan Harker's Journal» se trata de un extracto modificado del primer capítulo de la novela *Dracula* (1897) que se publicó como cuento en *The Cabinet of Irish Literature Vol. IV* en 1903.

LA HISTORIA DEL SENADOR QUAY. «Story of Senator Quay» apareció publicado el 27 de junio de 1904 en *Oswengo Daily Palladium*.

CUENTOS DE MEDIANOCHE. «Midnight Tales» es el nombre que la editorial londinense Peter Owen Publishers le dio en 1990 a un conjunto de tres cuentos que aparecieron por vez primera en el ensayo de Bram Stoker *Personal Reminiscences of Henry Irving* (1906). La edición inglesa de 1990 afirma que Bram Stoker quiso publicar estos tres cuentos en un libro aparte, pero que finalmente no lo hizo. Algunos editores incluso ponen en cuestión la autoría de Stoker en dos de los tres cuentos. El primero de ellos, «The Funeral Party», cuyo título en *Personal Reminiscences of Henry Irving*, capítulo XXXIX, es «A Widower's Grief». A pesar de que Stoker no publicó los tres

cuentos por separado en un volumen de cuentos como tal, «A Widower's Grief» apareció publicado con el título «In Leighter Vein» el 8 de diciembre de 1906 en *The Press*, periódico de Christchurch, Nueva Zelanda. Contiene variaciones respecto al original. Años más tarde, el 24 de abril de 1910, el mismo cuento pero bajo un nuevo título, «A Dublin Funeral», aparecía publicado en *The New York Times*. El segundo cuento tiene por título «The Shakespeare Mystery». Bram Stoker afirma que dicha historia la escuchó del general Horace Porter, que a su vez se la había contado Alfred Tennyson. El tercer cuento se titula «A Deal with the Devil», cuya historia, según Stoker, se la había contado a Henry Irving el pintor inglés Edward Burne-Jones.

EN EL VALLE DE LAS SOMBRAS. «In the Valley of the Shadow» apareció publicado de manera anónima en junio de 1907 en *The Grand Magazine*. A pesar de que no se ha encontrado ninguna evidencia tangible de la autoría de Bram Stoker, el editor inglés Peter Haining lo atribuye como tal en su libro *Shades of Dracula: The Uncollected Stories of Bram Stoker*, por encontrar similitudes técnicas y temáticas con el resto de la obra del escritor irlandés. Hemos decidido incluirlo en nuestra edición con la postilla pertinente.

AL RESCATE. «To the Rescue» se publicó en Reino Unido el 22 de abril de 1908 en *The Westminster Gazette*. En los sucesivos años se publicó también en tres periódicos australianos, el 3 de julio de 1908 en *The Colac Herald*, el 14 de julio de 1908 en *West Gippsland Gazette* y el 26 de mayo de 1911 en *The Dungog Chronicle*.

LOS HÉROES DEL TÁMESIS. «The Eroes of the Thames» se publicó con el subtítulo «The Story of a Frustrated Advertisement» en octubre de 1908 en *The Royal Magazine*.

EL CAMINO DE LA PAZ. «The Way of Peace» se publicó en diciembre de 1909 en *Everybody's Story Magazine*.

EL AMOR MÁS GRANDE. «Greater Love» se publicó en octubre de 1914 en Reino Unido en *The London Magazine* y en noviembre de 1915 en *People's Magazine* en Estados Unidos.

DRACULA: or THE UNDEAD

Prologue

Scene 1. Outside Castle Dracula

Enter Jonathan Harker followed by driver of Caleche carrying his hand portmanteau and bg. Latter leaves luggage close to door (C) and Exit hurriedly

Harker: Hi! Hi! Where are you off to? Gone already! (Knocks at door) Well this is a pretty nice state of things! After a drive through solid darkness with an unknown man whose face I have not seen and who has in his hand the strength of twenty men and who can drive back a pack of wolves by holding up his hand, who emits mysterious blue flames and who would'nt speak a word that he could help, to be left here in the dark before a – a ruin. After my life I'm beginning my professional experience in a romantic way! Only passed my exam. at Lincoln's Inn before I left London, and here I am conducting my business – or rather my employer Mr Hawkins' business with an accompaniment of wolves and mystery (Knocks) If this Count Dracula were a little more attentive to a guest when he does arrive he would have been so effusive in his letters to Mr Hawkins regarding my having the best of everything on the journey (Knocks) I wondered why the people in the hotel at Bistritz were so frightened and why the old lady hung the Crucifix round my neck, and why the people in the coach made signs against the evil eye! By Jove, if any of them had this kind of experience, no wonder at anything they did – or thought. (Knocks) This is becoming more than a joke. If it were my own affair I should go straight back to Exeter; but as I act for another and have the papers of the Count's purchase of the London estate I suppose I must go on and do my duty – Thank God there is a light some one is coming. Sounds of bolts being drawn, and a Key turned. Door opens

BRAM STOKER
CUENTOS COMPLETOS



EL PAÍS BAJO EL OCASO

(Under the Sunset)

EL PAÍS BAJO EL OCASO

(Under the Sunset)

Muy muy lejos, existe un hermoso país que ningún ojo humano ha visto hallándose despierto. Se encuentra bajo el ocaso, donde el distante horizonte señala el fin del día, y las nubes, de luminosidad y colores espléndidos, entrañan una promesa de gloria y belleza.

Sin cesar, los durmientes son visitados por ángeles que abanican con sus grandes y blancas alas los ceños preocupados y apoyan frescas manos sobre los ojos dormidos. Entonces el espíritu del durmiente sale planeando. Se aleja de la oscuridad e imprecisión de las horas nocturnas. Surca nubes púrpuras. Recorre el vasto espacio de luz y aire. Vuela por la bóveda azul del firmamento y, dejando atrás el lejano horizonte, va a descansar al País Bajo el Ocaso.

Este país es igual que el nuestro en muchos aspectos. Hay hombres y mujeres, ricos y pobres; hay casas, árboles, campos, pájaros y flores. Hay día y hay noche, y asimismo hay calor y frío, enfermedad y salud. Los corazones de los hombres y de las mujeres, de los niños y de las niñas, laten como los nuestros. Hay los mismos quebrantos y los mismos gozos, las mismas esperanzas y los mismos miedos.

Si un niño de ese país se colocara junto a un niño del nuestro, no podrías diferenciarlos, salvo por sus ropas. Hablan la misma lengua que nosotros. No saben que son diferentes de nosotros, y nosotros no sabemos que somos diferentes de ellos. Cuando acuden a nosotros en sus sueños, no sabemos que son extranjeros, y cuando nosotros visitamos su país en sueños, nos sentimos como en casa. Quizás sea porque las buenas personas siempre llevan su hogar en el corazón, por lo que se sienten en paz donde quiera que vayan.

El País Bajo el Ocaso fue, durante largas eras, una tierra maravillosa y grata. Nada había allí que no fuera hermoso, agradable y amable. Tan solo con la llegada del pecado las cosas perdieron parte de su belleza. Incluso ahora continúa siendo una tierra maravillosa y grata.

Dado que el sol calienta allí con fuerza, todos los caminos están jalonados por ringleras de grandes árboles que proyectan sus gruesas ramas. Así los viajeros disfrutan de sombra. Los mojones son fuentes de agua dulce y fresca, tan pura y cristalina que cuando un viajero llega a una de ellas, toma asiento en el banco de piedra que hay al lado y emite un suspiro de alivio, consciente de que allí siempre encontrará descanso.

Cuando aquí se pone el sol, allí se encuentran en mitad del día. Las nubes se congregan y prestan sombra a la tierra en las horas de mayor calor. Entonces, durante un rato, todos duermen.

Este momento agradable y pacífico se conoce como la Hora del Descanso.

Cuando esta llega, los pájaros dejan de trinar y se refugian bajo los amplios aleros de las casas, o en las horcaduras de los árboles. Los peces cesan de brincar fuera del agua y se tienden bajo las piedras del fondo, con las aletas y la cola tan inmóviles como si estuvieran muertos. Las ovejas y las vacas reposan bajo los árboles. Los hombres y las mujeres se tumban en hamacas tendidas entre dos ramas o bajo las barandas de sus casas. Luego, cuando el sol ya no calienta con tanta violencia y las nubes se disuelven, todos los seres vivos se despiertan.

Los únicos seres vivientes que no duermen durante la Hora del Descanso son los perros. Se tumban, muy callados, dormidos solo a medias, con un ojo abierto y una oreja erguida, siempre alerta. Si un desconocido se acerca durante la Hora del Descanso, los perros se yerguen y lo escrutan, pero sin emitir ni un ladrido, para no molestar a nadie. Saben reconocer si el desconocido es inofensivo; en este caso, vuelven a tumbarse, y también el desconocido, hasta que la Hora del Descanso concluye.

Pero si los perros consideran que el desconocido viene con malas intenciones, ladran bien fuerte y gruñen. Las vacas mugen y las ovejas balan, los pájaros trinan, emitiendo las notas más sonoras que son capaces, pero sin ninguna intención musical; y hasta los peces saltan fuera del agua y chapotean. Los hombres se despiertan, saltan de las hamacas y empuñan sus armas. El intruso se ve entonces en serios problemas. Sin dilación, es llevado a la corte y juzgado, y si se le encuentra culpable, se le sentencia, y se le envía a prisión o se le destierra.

A continuación los hombres regresan a sus hamacas y todos los seres vivientes se retiran asimismo, hasta el final de la Hora del Descanso.

Por las noches, si un intruso llega con malas intenciones, sucede lo mismo que durante la Hora del Descanso. Durante la noche solo los perros permanecen despiertos, además de los enfermos y las personas que los cuidan.

Solo hay un camino para salir del País Bajo el Ocaso. Quienes viajan allí en sueños, o los que vienen en sueños a nuestro país, van y vuelven sin saber cómo; pero si un habitante del País Bajo el Ocaso quiere salir de allí, solo puede hacerlo por un camino. Si lo intenta por cualquier otro, se descubre llegando al único lugar por donde puede abandonar el país, sin que sepa cuándo ni dónde se desvió.

Ese lugar es conocido como el Portal, y se halla custodiado por ángeles.

En el centro exacto de país, se encuentra el palacio del rey, y de él irradian carreteras en todas las direcciones. Cuando el rey se asoma a lo alto de la torre, que se eleva a gran altura desde el centro del palacio, divisa las carreteras, todas ellas rectas.

Con la distancia, parecen estrecharse, hasta que se pierden de vista en la lejanía.

Alrededor del palacio del rey se hallan agrupadas las residencias de los grandes nobles, cada una en consonancia al rango de su propietario. Seguidamente se encuentran las residencias de los nobles menores, y a continuación las del resto de la gente, cada vez más pequeñas a medida que nos alejamos.

Cada casa, sea grande o pequeña, ocupa el centro de un jardín que cuenta con una fuente y un arroyo, y grandes árboles y canteros con bellas flores.

Más lejos, en dirección al Portal, el país se torna cada vez más salvaje. Allá se encuentran densos bosques y altas montañas, repletas de profundas cavernas, oscuras como la noche. Tienen allí su morada animales salvajes y criaturas crueles.

A continuación aparecen pantanos, marismas, ciénagas intransitables y densas junglas. El entorno se vuelve tan salvaje que el camino desaparece por completo.

En las tierras salvajes que existen más allá, nadie sabe quién habita. Dicen algunos que gigantes, pues estos aún existen, y que proliferan todas las variedades de plantas venenosas. Dicen que sopla un viento nocivo, portador de las semillas de cuanto existe de malo, y que las esparce por la tierra. Los hay que dicen que ese mismo viento nocivo es portador asimismo de enfermedades y plagas. Otros dicen que la hambruna mora en las marismas, y que sale de allí cuando los hombres se muestran tan perversos que los espíritus guardianes de la tierra lloran amargamente y no ven pasar a la hambruna.

Se dice, bajando la voz, que la muerte tiene su propio reino en las soledades allende las marismas, y que habita en un castillo de apariencia tan

atroz que nadie que lo haya visto ha vivido para describirlo. Se cuenta también que todas las criaturas malvadas que moran en las marismas son los desobedientes hijos de la muerte, que abandonaron su casa y son incapaces de hallar el camino de regreso.

Nadie sabe dónde se encuentra el castillo del Rey Muerte. Hombres y mujeres, niños y niñas, incluso bebés deben vivir en la ignorancia para que, llegada la hora de entrar en el castillo y presentarse ante el macabro rey, no teman contemplar su rostro.

Durante largo tiempo, la muerte y sus hijos se mantuvieron más allá del Portal, y todo a este lado del mismo fue dicha.

Pero llegó un tiempo en que las cosas cambiaron. El corazón de los hombres se volvió frío y henchido de orgullo, a causa de la prosperidad en que moraban; no se ceñían ya a las lecciones que se les habían enseñado. Cuando la frialdad, la indiferencia y el desdén brotaron en el país, los ángeles que lo guardaban vieron, en los terrores que moraban más allá del Portal, los medios de castigo y aleccionamiento que tanto bien podían hacer.

Las buenas lecciones fueron aprendidas —como muy a menudo sucede con todo lo bueno— a costa de sufrimiento y duras pruebas, pero fueron lecciones provechosas. El relato de cómo las aprendieron puede resultar útil, a quien sea lo bastante inteligente como para apreciarlo.

En el Portal, dos ángeles mantenían guardia eternamente. Eran igual de grandes y de observadores, e igual de rigurosos en su misión de vigilancia, por lo que había un único nombre para ambos. A los dos, juntos o por separado, había que referirse por su nombre completo. Cada uno sabía tanto como el otro sobre cualquier cosa de la que se pudiera saber. No resultaba extraño, dado que ambos lo sabían todo. Su nombre era Fid-Def.

Fid-Def guardaban el Portal. A su lado había un ángel niño, más brillante que los rayos del sol. El perfil de su bella figura era tan tenue que parecía disolverse en el aire; se asemejaba a una luz viviente.

No permanecía en pie, como los otros dos ángeles, sino que flotaba arriba y abajo, y alrededor de ellos. A veces no era más que una mota luminosa, y a continuación, en un instante, sin que se apreciara ningún cambio, se hacía más grande que los dos espíritus guardianes, quienes conservaban siempre las mismas dimensiones.

Fid-Def amaban al ángel niño y, cuando este se elevaba en el aire, ellos extendían las amplias y blancas alas, para que se posara en ellas. Sus preciosas y tiernas alitas abanicaban los rostros de los ángeles mientras conversaban.

El ángel niño nunca sobrepasaba el umbral. Contemplaba los parajes salvajes que había al otro lado, pero no asomaba ni la punta de un ala más allá del Portal.

Formulaba preguntas a Fid-Def, deseaba saber lo que había en el exterior, y en qué se diferenciaba del interior.

Las preguntas y las respuestas de los ángeles no eran como las nuestras, ya que no tenían necesidad de hablar. En el mismo momento en que se presentaba el deseo de saber algo, se formulaba la pregunta y también se recibía la respuesta. Pero era el ángel niño quien hacía las preguntas y Fid-Def quienes las respondían; y si se nos concediera conocer el no lenguaje con que los ángeles no hablan, sería lo siguiente lo que oiríamos. Fid-Def habla con Fid-Def.

—¿No es Chiaro hermoso?

—Mucho. Será un nuevo poder en esta tierra.

Entonces, Chiaro, que se hallaba posado con un único pie en la emplumada ala de Fid-Def, dijo:

—Decidme, Fid-Def, ¿qué son esos seres de aspecto aterrador que hay allende el portal?

Fid-Def respondieron.

—Son los hijos del Rey Muerte. El más aterrador de todos, siempre envuelto en un manto de oscuridad, es Skooro, un espíritu maligno.

—¡Qué horribles parecen!

—Mucho, querido Chiaro. Y los hijos de la muerte quieren cruzar el Portal y penetrar en esta tierra.

Chiaro, ante noticia tan terrible, se elevó en el aire y se hizo tan grande que iluminó todo el País Bajo el Ocaso. Poco después, no obstante, encogió y encogió hasta quedar reducido a una mota, como el rayo de luz que atraviesa una estancia a oscuras tras colarse por una grieta. Preguntó a los ángeles del Portal:

—Decidme, Fid-Def, ¿por qué los hijos de la muerte quieren entrar?

—Querido niño, porque son perversos y ansían corromper los corazones de quienes moran en el país.

—Pero decidme, Fid-Def, ¿pueden entrar? Seguramente, si el Padre de Todas las Cosas dice: «¡No!», tendrán que quedarse para siempre fuera del país.

Al cabo de una pausa llegó la respuesta de los ángeles del Portal.

—El Padre de Todas las Cosas es más sabio de lo que incluso los ángeles alcanzan a concebir. Derroca a los malvados sirviéndose de las mismas armas

que estos y hace caer al cazador en su propia trampa. Cuando los hijos de la muerte entren, como está a punto de suceder, harán un gran bien al país que ellos tanto ansían dañar. Porque, lamentablemente, el corazón de la gente se ha corrompido. No se atienen a las lecciones que les fueron enseñadas. Deben padecer sufrimiento y tristeza, para comprender lo erróneo de sus acciones.

Mientras hablaban, los ángeles derramaban lágrimas por las fechorías de los hombres y por el dolor que estos habían de sufrir.

Atemorizado, el ángel niño respondió:

—Entonces, ese ser, el más horrible de todos, también entrará en el país. ¡No! ¡No!

—Querido niño —dijeron los ángeles guardianes, cuando el ángel niño se acurrucó contra su pecho—, a ti te corresponde una gran tarea. Los hijos de la muerte están a punto de entrar. A ti se te ha confiado la vigilancia de ese horrible ser, Skooro. Allí adonde él vaya, también debes ir tú; de ese modo nada malo acontecerá, más allá de lo que se desee y permita.

El ángel niño, asombrado por la dimensión de la confianza sobre él depositada, decidió que emprendería de inmediato su deber.

Fid-Def añadieron:

—Debes saber, querido niño, que sin oscuridad no existe el miedo a lo que no se ve, y que ni siquiera la oscuridad de la noche es capaz de atemorizar, siempre que haya luz en el alma. Para los buenos y los puros no existe el miedo a las criaturas malvadas de la tierra ni a los poderes invisibles. A ti se te ha confiado el cuidado de los puros y los sinceros. Skooro los cubrirá con su manto de tinieblas, pero a ti se te ha encomendado colarte en sus corazones y, mediante tu gloriosa luz, hacer invisible e inapreciable la oscuridad de los hijos de la muerte.

»Pero de quienes obran mal, de los perversos, de los desagradecidos, de los rencorosos, de los impuros y de los hipócritas, te mantendrás alejado; y así, cuando te llamen en busca de consuelo, como acabarán haciendo, no te encontrarán a su lado. Tan solo verán la oscuridad, que tu distante luz les hará parecer aún más negra, ya que la sombra estará dentro de su misma alma.

»Pero nuestro Padre es más generoso de lo que se puede expresar. Él ordena que, si alguien se arrepiente, vueles de inmediato a su lado y lo reconfortes, le prestes ayuda, lo alegres y apartes de él la sombra. En caso de que tan solo simulen arrepentirse, con el propósito de regresar al mal camino una vez pasado el peligro, o si solo actúan llevados por el miedo, entonces deberás ocultar tu brillo, para que la tiniebla de su interior se torne más intensa. Ahora, querido Chiaro, vuélvete invisible. Se aproxima la hora en que

a los hijos de la muerte se les permita el acceso al país. Tratarán de colarse y nosotros se lo permitiremos, ya que debemos permanecer ocultos e inadvertidos para cumplir nuestro deber».

El ángel niño se desvaneció lentamente, para que ningún ojo, ni siquiera los de Fid-Def, pudieran verlo; mientras, los espíritus guardianes continuaron, como siempre, junto al Portal.

Llegó la Hora del Descanso y el país quedó en silencio.

Cuando los hijos de la muerte que habitaban en las marismas vieron que nada se movía, salvo los ángeles que, como siempre, permanecían de guardia, decidieron realizar otro intento de penetrar en el país.

Resolvieron dividirse. Cada grupo adoptó una forma diferente, pero todos se encaminaron al Portal. Y así, lentamente, los hijos de la muerte se acercaron al país.

Llegaron montados en aves, en una nube que se deslizaba con parsimonia por el cielo, en las serpientes que reptaban sobre la tierra, en los gusanos, en los ratones, y en los topos que se arrastraban por debajo de la superficie, en los peces y en los insectos. Llegaron por tierra, mar y aire.

De tal modo, sin permiso pero sin impedimento, y por vías diversas, los hijos de la muerte penetraron en el País Bajo el Ocaso, y desde ese momento, todo cambió en aquella hermosa tierra.

Los hijos de la muerte no se manifestaron al unísono. Uno a uno, los espíritus más osados de entre ellos, haciendo retumbar la tierra con sus pisadas, comenzaron a llenar de terror los corazones.

No obstante, todos y cada uno aportaron una lección de provecho a los habitantes del país.

EL PRÍNCIPE ROSA

(The Rose Prince)

Hace mucho mucho tiempo, tanto que, por mucho que te remontes en el pasado para recodar, no es suficiente, el rey Mago reinaba en el País Bajo el Ocaso.

Era un rey anciano, y su barba blanca era tan larga que casi llegaba al suelo, y había dedicado todo su reinado a hacer que su pueblo fuera más feliz.

Tenía un hijo, al que quería mucho. Este hijo, el príncipe Zaphir, era digno merecedor del amor de su padre, pues era tan bueno como una persona puede ser.

No era más que un niño todavía, y nunca había conocido a su hermosa y dulce madre, que murió cuando él solo era un bebé. A menudo se sentía muy triste por no tener madre, sobre todo cuando pensaba que otros niños sí la tenían, madres afectuosas sobre cuyas rodillas aprendían a rezar y que les daban un beso de buenas noches después de acostarlos. Le resultaba extraño que mucha gente pobre que vivía en los dominios del rey tuviera madre, mientras que él, el príncipe, no. Pensar eso lo volvía humilde, ya que sabía que ni el poder, ni las riquezas, ni la juventud, ni la belleza salvan a nadie de la condena de los mortales, y que lo único que existe en el mundo capaz de conservar su belleza eternamente es un alma pura. Recordaba siempre, no obstante, que, aunque no tenía una madre, sí tenía un padre que lo amaba, y eso lo reconfortaba y alegraba.

Acostumbraba a reflexionar sobre numerosas cuestiones y, a menudo, durante el caluroso intervalo de la Hora del Descanso, mientras todo el mundo dormía, paseaba por el bosque junto al palacio y pensaba y pensaba sobre todo cuanto era hermoso y sincero, mientras que su fiel perro, Gomus, se enroscaba a sus pies y a veces meneaba la cola como si dijera: «Estoy aquí, príncipe. Yo tampoco duermo».

El príncipe Zaphir era tan bueno y amable que nunca hacía daño a ninguna criatura viviente. Si veía un gusano que se arrastraba por el camino

frente a él, pasaba con cuidado por encima para no herirlo. Si veía a una mosca que había caído al agua, la tomaba con cuidado y la lanzaba de nuevo al volar, por el aire limpio y radiante. Tan amable era que todos los animales que lo habían visto en alguna ocasión lo reconocían, y cuando él iba a su rincón favorito del bosque, las criaturas vivientes elevaban un murmullo de bienvenida. Los insectos relucientes, cuyos colores cambian a medida que transcurre el día, se ataviaban con sus tonos más brillantes y revoloteaban en los rayos oblicuos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles. Los insectos ruidosos se ponían la sordina para no molestarlo, y los pajarillos que reposaban en las ramas abrían sus redondos y brillantes ojos, parpadeaban ante la luz y entonaban trinos de bienvenida con las más dulces notas. Así sucede siempre con las personas buenas y amables: los seres vivos dotados de voces tan dulces como la del hombre o la mujer, y que poseen lenguajes propios, que nosotros no alcanzamos a entender, todos se dirigen a ellos con notas de júbilo y les desean la bienvenida, cada uno a su particular modo.

El rey Mago estaba orgulloso de su valiente, buen y gallardo hijo, y disfrutaba vistiéndolo con ropas igual de hermosas, y todo el mundo gozaba contemplando su rostro radiante y las alegres prendas. El rey pidió a los mercaderes que buscaran por todas partes hasta dar con la pluma más larga y bella que se hubiera visto. La colocó luego en la delantera de un hermoso sombrero de color rubí, ceñida por un broche fabricado con un inmenso diamante. Regaló el sombrero a Zaphir por su cumpleaños.

Cuando el príncipe Zaphir recorría las calles, la gente veía desde lejos cómo se mecía la gran pluma blanca. Todos se alegraban de verla y corrían a sus ventanas y puertas, y no cesaban de hacer reverencias, sonreír y saludar con la mano al paso del bello príncipe. Zaphir siempre asentía y sonreía en respuesta; quería a su pueblo y se enorgullecía del cariño que le prodigaban.

En la corte del rey Mago, Zaphir tenía una compañera a la que quería mucho. Se trataba de la princesa Bluebell. Era la hija de otro rey, quien había sido injustamente privado de sus dominios a manos de un enemigo cruel y traicionero, y que había acudido al rey Mago en busca de ayuda y luego fallecido, después de vivir muchos años en la corte. El rey Mago había acogido a su huérfana y la había criado como si fuera su propia hija.

Una cruel venganza había caído sobre el perverso usurpador. Los gigantes habían penetrado en sus dominios y lo habían masacrado, junto a toda su familia, habían matado a todos los habitantes del país y a continuación destruido a todos los animales, salvo a los que eran tan salvajes que se asemejaban a los propios gigantes. Más adelante, las casas comenzaron a

derrumbarse por el paso del tiempo y el abandono, y los bellos jardines, sin nadie que los atendiera, se tomaron en espesura, y de ese modo, cuando al cabo de muchos años los gigantes se cansaron y regresaron a su hogar en las tierras salvajes, el país de la princesa Bluebell se había convertido en un paraje tan desolado que nadie que acertara a transitarlo pensaría que allí, alguna vez, habitaron personas.

La princesa Bluebell era muy joven y muy muy hermosa. Ella, al igual que el príncipe Zaphir, nunca había conocido el amor de una madre, ya que la suya también había muerto cuando ella era muy pequeña. Quería mucho al rey Mago, pero la persona a quien más quería del mundo era el príncipe Zaphir. Habían sido amigos desde siempre, y no había nada que él sintiera de lo que ella no se diera cuenta, antes incluso que él. El príncipe Zaphir también la amaba, más de lo que con palabras se puede expresar, y habría hecho por ella lo que fuera, sin importarle lo peligroso que pudiera ser. Él confiaba en que cuando se convirtiera en un hombre y ella en una mujer, Bluebell se casaría con él, y juntos ayudarían al rey Mago a gobernar el reino con justicia y sabiduría, y que, si ellos podían impedirlo, no habría en el país lugar para el dolor ni la necesidad.

El rey Mago había ordenado la fabricación de dos tronos en miniatura y, cuando él tomaba asiento en el suyo, los niños se sentaban en los pequeños, uno a cada lado, y se instruían para llegar a ser rey y reina.

La princesa Bluebell tenía un manto de armiño, como el de una reina, y un pequeño cetro, y una pequeña corona, y el príncipe Zaphir, una espada, reluciente como un rayo, que pendía en una vaina dorada.

Tras el trono del rey, se congregaban los cortesanos, y entre ellos había muchos que eran nobles y buenos, y los había asimismo que eran tan solo vanidosos y egoístas.

Estaba Phlosbos, el primer ministro, un hombre muy muy viejo, con una larga barba, blanca como la leche, y portador de un bastón blanco con un anillo de oro.

Estaba Janisar, el capitán de la guardia, de fieros mostachos y ataviado con una pesada armadura.

También estaba Tufto, un cortesano anciano, un viejo necio que no hacía nada más que rondar a los nobles mostrándoles deferencia, y al que todos, altos y bajos, despreciaban. Era gordo y no tenía ni un pelo en la cabeza ni en la cara, ni siquiera en las cejas, y era muy gracioso, con aquella cabezota calva, blanca y reluciente.

Estaba Sartorius, un cortesano joven y estúpido, que pensaba que los atavíos eran lo más importante que existe en el mundo, y que, en consecuencia, lucía siempre las mejores ropas que pudiera conseguir. Pero la gente sonreía a su paso, y a veces llegaba a reírse, porque la ropa, por hermosa que sea, no otorga honor a la persona, sino que este surge de quien las viste. Sartorius siempre se las apañaba para estar en primera fila, y así lucir sus bellas vestiduras, y creía que, como el resto de cortesanos no se lo impedían, le concedían el derecho a hallarse siempre bien visible. Pero no era eso lo que pasaba; los demás, que nunca se rebajarían a actuar como él, lo despreciaban.

Estaba también Skarkrou, que era exactamente lo opuesto a Sartorius, y que pensaba —o pretendía pensar— que el desaliño era un rasgo a su favor, y estaba tan orgulloso, o más, de sus harapos que Sartorius de sus lujosas ropas. A él también se le despreciaba, ya que era vanidoso, y su vanidad lo hacía ridículo.

A continuación estaba Gabbleander, que no hacía más que hablar de la mañana a la noche, y que también habría hablado de la noche a la mañana en caso de tener a alguien que lo escuchara. También de él se reía la gente, porque las personas que hablan demasiado no pueden decir siempre cosas con sentido. Se recuerdan las palabras necias pero no las sabias; y así, a quienes hablan en exceso se les acaba viendo como a unos necios.

Pero no hay que pensar que todo el mundo en la corte del rey Mago era como esta gente. ¡No! Había muchos muchos hombres buenos, grandes, nobles y valientes; pero lo mismo sucede en todos los lugares, incluido el País Bajo el Ocaso: hay hombres necios y hombres sabios, cobardes y valientes, malos y buenos.

Los niños y niñas que desean convertirse en hombres buenos y relevantes, y en mujeres buenas y relevantes, deberían tratar de conocer lo mejor posible a las personas con quienes se topan. De ese modo aprenderán que no hay nadie que no sea bueno en parte; y cuando sean testigos de alguna gran necedad, o de alguna maldad, o de alguna cobardía, o de alguna muestra de flaqueza en otra persona, deberían examinarse a sí mismos con atención. Descubrirán entonces que, quizás, también ellos sean portadores de algún defecto, aunque a lo mejor este no se manifieste del mismo modo, y que deben tratar de vencerlo. Así se irán convirtiendo en mejores personas a medida que se hagan mayores, y los demás los examinarán, y cuando descubran que ya no son portadores de defectos, los querrán y los honrarán.

Un día, el rey Mago tomó asiento en su trono, provisto de todos sus atavíos y la corona, y empuñando el cetro.

A su derecha se sentaba la princesa Bluebell, con su vestido, la corona y el cetro, y su perrito Smg a su lado.

Quería mucho a aquel perro. Al principio lo llamó Sumog, porque el perro del príncipe Zaphir se llamaba Gomus: el mismo nombre pero escrito al revés. Pero luego prefirió llamarlo Smg porque este era un nombre que no se podía pronunciar gritando, solo en susurros. Bluebell no tenía necesidad de más, ya que Smg nunca andaba lejos; siempre estaba junto a su ama, cuidando de ella.

A la izquierda del rey se sentaba el príncipe Zaphir, en su pequeño trono, con su brillante espada y la enorme pluma.

Mago elaboraba leyes por el bien de su pueblo. A su alrededor se hallaban congregados todos los cortesanos, y numerosas personas aguardaban en pie en el salón, y muchas más aún en la calle.

De pronto se oyó un fuerte sonido: el chasquido de un látigo seguido del bramido de un cuerno, y el sonido fue acercándose y acercándose, y la gente que estaba en la calle empezó a cuchichear. Hubo gritos, el rey se puso en pie y la gente se volvió para ver quién se acercaba. La multitud se abrió y un mensajero fatigado y cubierto de polvo entró a toda prisa en el salón, hincó una rodilla ante el rey y tendió un papel que el rey Mago tomó y leyó sin demora. La gente aguardaba en silencio a oír las noticias.

El rey se hallaba conmocionado, pero sabía que su pueblo estaba ansioso, así que, irguiéndose, se dirigió a todos:

—Pueblo mío, un serio peligro amenaza nuestras tierras. Este despacho proveniente de la provincia de Sub-Tegmine nos informa de que un terrible gigante ha salido de las marismas más allá de la Tierra de Nadie y está devastando el país. Pero no temáis, pueblo mío, pues esta noche nuestros soldados tomarán las armas, partirán, y, para la puesta de sol de mañana, el gigante habrá sido derrotado. Estamos seguros de que así sucederá.

La gente agachó la cabeza murmurando su agradecimiento y todos volvieron en silencio a sus hogares.

Esa noche, un cuerpo de soldados seleccionados partió resuelto a luchar contra el gigante, acompañado por los vítores del pueblo.

Durante todo el día siguiente, y también durante la noche, todo el mundo, y también el rey, estuvieron muy preocupados; a la segunda mañana, esperaban noticias de la derrota del gigante.

Pero no llegó ninguna noticia hasta la caída del sol; entonces, un hombre exhausto, cubierto de polvo y sangre, y herido de muerte, entró arrastrándose

en la ciudad.

La gente se apartó para dejarle paso, él llegó ante el trono, hizo una reverencia y dijo:

—¡Ay de mí! Majestad, debo deciros que vuestros soldados han sido masacrados, todos salvo yo. El gigante triunfó y avanza hacia la ciudad.

Pronunciadas estas palabras, el dolor de sus heridas se hizo tan intenso, que el soltado gritó repetidas veces y se desplomó en el suelo, y cuando lo levantaron estaba muerto.

Ante tan tristes nuevas, un lamento se elevó de la gente. Las viudas de los soldados muertos chillaron, se abalanzaron ante el trono del rey y, alzando las manos al techo, dijeron:

—¡Oh, majestad! ¡Oh, majestad! —y el llanto les impidió añadir nada más.

El corazón del rey estaba muy muy dolido, pese a lo que trató de consolarlas, aunque el mayor consuelo que les proporcionó residió en sus lágrimas, ya que las lágrimas de un amigo ayudan a aligerar las penas, y el rey se dirigió al pueblo diciendo:

—Nuestros soldados eran demasiado pocos. Esta noche enviaremos todo un ejército y, por ventura, el gigante caerá.

Esa noche, un gallardo ejército provisto de grandes máquinas de guerra, pendones ondeantes y bandas de música partió al encuentro del gigante.

A la cabeza del ejército cabalgaba Janisar, el capitán, cuya armadura de acero con incrustaciones de oro resplandecía a la luz del atardecer. Los arreos escarlata y blancos de su gran caballo de batalla negro lucían espléndidos. A su vera, durante el trecho inicial del camino, cabalgó el príncipe Zaphir sobre su palafrén blanco.

El pueblo se congregó para desear buena suerte al ejército en su partida, y muchos necios creyentes en la suerte arrojaron zapatos a su paso. Uno alcanzó a Sartorius, que, como siempre, trataba de abrirse paso hasta la primera fila para exhibirse, y le puso un ojo morado, y la suela le manchó el traje nuevo. Otro zapato, pesado, con tacón de hierro, golpeó a Tufto, que iba hablando con Janisar, en su calva coronilla, abriéndole un corte, y todo el mundo se rio.

Imaginaos el desprecio de que alguien se ría de ti cuando estás herido. Tufto pataleó y se enfureció, y eso hizo reír todavía más a la gente, porque no hay nada más divertido que ver a alguien tan enfadado que pierde el autocontrol.

Toda la gente vitoreó al ejército en su partida. Hasta las pobres viudas de los soldados masacrados lo animaban, y los hombres que iban a la lucha las

miraron y decidieron que triunfarían o perecerían, como valientes soldados en cumplimiento de su deber.

La princesa Bluebell subió con el rey Mago a la cima de la torre del palacio y juntos contemplaron la marcha de los soldados. El rey no tardó en volver a entrar, pero Bluebell continuó allí, observando los destellos de la luz declinante en los yelmos, hasta que el sol terminó de ocultarse tras el horizonte.

El príncipe Zaphir, que acababa de regresar, se reunió con ella. En el crepúsculo, en lo alto de la torre, mientras muchos miles de corazones latían de ansiedad en la ciudad que se extendía bajo ellos, y con el hermoso cielo como techo, los dos niños se arrodillaron y rezaron por el éxito del ejército al día siguiente.

Nadie en la ciudad durmió esa noche.

A la mañana, todos estaban angustiados, y a medida que progresó el día, sin que ninguna noticia llegara, la angustia no cesó de aumentar.

Cerca del atardecer, oyeron un gran tumulto en la lejanía. Supieron que estaba teniendo lugar una batalla, y esperaron y esperaron por nuevas.

Nadie se acostó esa noche; se encendieron hogueras por toda la ciudad y todos permanecieron despiertos, aguardando noticias.

Pero ninguna noticia llegó.

El miedo se hizo tan grande, que a hombres y mujeres la cara se les quedó tan blanca como la nieve, e igual de frío el corazón. Durante mucho mucho tiempo, guardaron silencio, pues nadie se atrevía a hablar.

Finalmente, una de las viudas de los soldados masacrados se puso en pie y dijo:

—Saldré de la ciudad y me acercaré al campo de batalla a ver cómo van por allí las cosas, y luego os traeré noticias para aliviar vuestros angustiados corazones.

Entonces muchos hombres se alzaron y dijeron:

—¡No! No puede ser. Iremos nosotros. Supondría la vergüenza para nuestra ciudad que una mujer fuera adonde no se atrevieron a ir los hombres. Iremos nosotros.

Pero ella les respondió con una triste sonrisa:

—¡Ay! Yo no temo a la muerte, desde que mi valiente esposo fue muerto. No deseo seguir viviendo. Vosotros debéis defender la ciudad, así que iré yo.

Sin demora, salió a pie, bajo la fría y gris luz del amanecer, rumbo al campo de batalla. Cuando se alejó, desdibujándose en la distancia, la

angustiada gente la contempló como si fuera un fantasma de esperanza que los dejara atrás.

Salió el sol y brilló en el cielo hasta la Hora del Descanso, pero nadie le prestó atención, concentrados todos en la vigilancia y la espera.

Finalmente, vieron correr a una mujer a lo lejos. Corrieron ellos también a su encuentro y descubrieron que se trataba de la viuda. Esta llegó junto a ellos y exclamó:

—¡Ay, desgracia! Nuestro ejército se ha dispersado; nuestros paladines, pese a toda su fortaleza, han caído. El gigante ha triunfado y temo yo que todo se haya perdido.

Se alzó un gran lamento de la gente, que a continuación quedó en silencio, pues inmenso era su miedo.

El rey convocó a la corte y al pueblo, y escuchó consejos sobre el mejor modo de obrar. Muchos opinaban que había que formar un nuevo ejército con todos cuantos estuvieran dispuestos a dar la vida, si era necesario, por el bien del país; pero abundaba la indecisión.

Mientras se hallaban discutiendo, el príncipe Zaphir guardaba silencio en su trono, con los ojos llorosos por el sufrimiento de su amado pueblo. De pronto, se puso en pie y se plantó ante el trono.

Se hizo el silencio para que pudiera hablar.

Mientras el príncipe se hallaba allí en pie, sombrero en mano, ante el rey, en su rostro había tal expresión de firme resolución que quienes la vieron no pudieron evitar que su esperanza se reavivara.

—Oh, majestad, padre —habló el príncipe—, antes de que toméis decisión alguna, escuchadme. Cierto es que si algún peligro amenaza nuestra tierra, el primero que ha de ir a su encuentro es el príncipe, en quien el pueblo confía. Si lo que aguarda es sufrimiento, ¿quién, sino él, debería padecerlo en primer lugar? Si la muerte se hallara reservada para alguien, sin duda debería caer primero sobre él. Majestad, padre, aguardad un día, nada más. Permitidme partir mañana para enfrentarme al gigante. La viuda nos ha dicho que ahora duerme tras el combate. Mañana me enfrentaré a él en duelo. Si caigo, será entonces hora de arriesgar las vidas de vuestro pueblo; y si es él quien cae, todo habrá acabado.

El rey Mago supo que el príncipe había hablado bien, y pese al dolor que le causaba ver a su querido hijo correr a enfrentarse a peligro tan grande, no trató de detenerlo, sino que dijo:

—Oh, hijo, bien merecedor de convertirte en rey, tus palabras han sido sabias. Ve y haz tu voluntad.

El pueblo desalojó el salón, y el rey Mago y la princesa Bluebell besaron a Zaphir.

—Zaphir, has hecho bien —le dijo Bluebell, orgullosa de él.

A continuación el príncipe se retiró a la cama; debía descansar para tener fuerzas al día siguiente.

Durante esa noche, los herreros, los maestros armeros y los joyeros trabajaron con ahínco y sin pausa. Las fraguas resplandecieron y los yunques repicaron hasta el amanecer, y todos cuantos eran diestros en el oficio dieron lo mejor de sí mismos.

Por la mañana llevaron al salón y depositaron frente al trono, como presente para el príncipe Zaphir, una armadura como nadie había visto jamás.

Estaba toda ella fabricada de escamas de acero y oro. Cada escama reproducía la forma de un tipo de hoja, y todas ellas se hallaban tan bruñidas que resplandecían como el sol. Entre las hojas había joyas, y muchas piedras preciosas más estaban engastadas sobre aquellas, simulando gotas de rocío. La armadura brillaba de tal modo que deslumbraba a cuantos la miraban, pues era el plan de los astutos armeros que, durante la lucha, el príncipe relumbrara de tal modo que cegara a su enemigo, quien así erraría los golpes.

El yelmo tenía forma de flor, con el blasón del príncipe forjado sobre él, y la pluma y el gran diamante de su sombrero se habían dispuesto en la frente.

Una vez equipado, el príncipe lucía tan noble y valiente que el pueblo lo vitoreó, convencido de su victoria, con sus esperanzas renovadas y tan altas como nunca.

Su padre, el rey, lo bendijo, y la princesa Bluebell lo besó, derramó unas lágrimas y le regaló una preciosa rosa, que él se puso en el yelmo.

Entre los gritos de la gente, el príncipe Zaphir partió a la lucha contra el gigante.

Su perro, Gomus, quería acompañarlo, pero no podía ser. Lo retuvieron y aulló, a sabiendas de que su querido amo se hallaba en peligro, y él quería estar a su lado.

Cuando el príncipe Zaphir hubo partido, la princesa Bluebell subió a lo alto de la torre para ver cómo se alejaba, hasta que ya no pudo distinguir los destellos de la bella armadura. Antes, mientras se despedía de Zaphir, siendo ella consciente de que podía ser la última vez que lo viera con vida, no había derramado ninguna lágrima, para no afligir a su querido príncipe, ya que este partía a la batalla y necesitaría de toda su valentía y firmeza. Así que la última vez que Zaphir vio a Bluebell, en el rostro de esta había una sonrisa de amor, esperanza y fe. Partió así, fortalecido por la idea de que el corazón de

Bluebell viajaba con él, y, aunque su cuerpo se hallara lejos, su espíritu permanecería a su lado.

Cuando él estuvo, lejos, muy lejos, tanto que se perdió de vista, Bluebell continuó a solas en lo alto de la torre, y entonces rompió a llorar en abundancia, y el temor de que Zaphir fuera asesinado casi la mató de tristeza. Pensó que podría acabar muerto a manos del malvado gigante que ya había masacrado dos ejércitos, y que, en ese caso, ella nunca volvería a verlo, nunca volvería a ser testigo del amor reflejado en sus sinceros ojos, nunca volvería a escuchar su tierna voz, nunca volvería a sentir los latidos de su generoso y gran corazón.

Y amargamente lloró. Pero mientras sollozaba acudió a su mente la idea de que la vida no depende de la decisión de los hombres, ni siquiera de la de los gigantes, y se enjugó las lágrimas, se arrodilló y rezó humildemente, tras lo que se levantó reconfortada, como les sucede a quienes rezan con auténtico fervor.

Bajó al gran salón, pero el rey Mago no estaba allí. Lo buscó, deseosa de prestarle consuelo, a sabiendas de que el corazón del rey se estaría desangrando de dolor por el peligro al que se enfrentaba su hijo.

Lo encontró en su habitación, donde también él estaba rezando.

La princesa se arrodilló a su lado, se abrazaron —el anciano rey y la huérfana— y rezaron juntos, obteniendo ambos consuelo.

Esperaron uno al lado del otro, con paciencia, el retorno del ser querido. Toda la ciudad aguardaba, y ni de día ni de noche durmió nadie en todo el País Bajo el Ocaso, porque todos deseaban el retorno del príncipe.

Cuando Zaphir salió de la ciudad, se encaminó sin pausa en la dirección en que se hallaba el gigante, hasta que el sol resplandeció en el cielo, tan brillante que su armadura relucía como el fuego; y después continuó caminando al refugio de los árboles y no se detuvo ni siquiera en la Hora del Descanso. Cerca ya del atardecer, comenzó a oír y ver cosas extrañas.

En la lejanía, el suelo parecía temblar, y hasta él llegó el estruendo apagado de rocas aplastadas y de bosques enteros derribados. Eran las pisadas del gigante, que se dirigía hacia la ciudad. Pero el príncipe Zaphir, pese a lo terrible de los sonidos, no sintió miedo, y prosiguió, valeroso, su camino. Se encontró seguidamente con numerosas criaturas, que pasaban corriendo a su lado, pues se trataba de las más veloces de su clase, y escapaban del gigante a mayor velocidad que el resto.

No cesaban de llegar, a cientos, a miles, su número no paraba de crecer, a medida que el príncipe y el gigante se aproximaban uno al otro.

Allí se hallaban todas las bestias del campo, y todas las aves del aire, y todos los insectos que vuelan y se arrastran. Leones y tigres, caballos y ovejas, ratones y gatos y ratas, gallos y gallinas, zorros, gansos y pavos, todos mezclados, grandes y pequeños, todos tan asustados del gigante que habían olvidado el miedo que sentían unos de otros. Juntos corrían gatos y ratones, lobos y corderos, zorros y gansos, y los débiles no estaban atemorizados y los fuertes no sentían deseo alguno de herirlos.

Cuando llegaban a la altura de Zaphir, no obstante, todos los seres vivientes se percataban de que el príncipe era más valiente que ellos y se apartaban para dejarle paso. Las criaturas más débiles y las más asustadas no continuaban huyendo, sino que buscaban la proximidad del príncipe, y fueron muchas las que prefirieron seguirlo en dirección al gigante con tal de no apartarse de él.

Poco después, más adelante, el príncipe se encontró con los animales que no eran tan rápidos, así como con los que estaban heridos, y los que eran de paso corto. Tampoco estos continuaron adelante, ya que supieron que estarían más seguros junto a un hombre valiente que lanzados a una huida desesperada.

El príncipe Zaphir vio entonces algo, aún muy distante, con la apariencia de una montaña majestuosa.

Lo que vio se acercaba hacia él, y el corazón se le aceleró, en parte por la perspectiva de entrar en batalla, en parte de esperanza.

El gigante se acercaba y se acercaba. Sus pisadas trituraban las rocas, y con su inmensa cachiporra barría bosques a su paso.

Las criaturas que seguían al príncipe se estremecieron de temor y ocultaron el rostro en el polvo. Algunos animales, al igual que la gente necia, piensan que si no ven lo que no quieren ver, esto cesa de existir.

Es muy tonto por su parte.

Cuando el gigante estuvo más cerca, el príncipe supo que había llegado la hora de la batalla.

Una vez cara a cara con un enemigo más poderoso que todo cuanto él conocía, Zaphir sintió algo que nunca antes había sentido. No se trataba de que le asustara el gigante, ya que el príncipe era tan valiente que, por el bien de su pueblo, gustosamente se habría enfrentado a la más dolorosa de las muertes. Se percató de lo pequeño que él era en la inmensidad del mundo.

Comprendió con una claridad inédita que no era más que una mota, un simple átomo, en el gran mundo viviente, y supo en un instante que, si la victoria estaba de su lado, no sería porque su brazo fuera fuerte ni valiente su

corazón, sino porque tal habría sido la voluntad de Quien gobierna el universo.

A continuación, llevado por su humildad, rezó pidiendo fortaleza. Se desprendió de su espléndida armadura, que resplandecía como un sol descendido a la superficie de la tierra, se quitó el espléndido yelmo, depositó en el suelo la espada reluciente, y todo ello formó una pila inerte a su lado.

Era algo digno de ver, el niño arrodillado junto a la armadura descartada. El brillante montón era hermoso, brillaba al sol con millones de destellos multicolores, de modo que casi parecía un ser vivo. Aun así, comparado con el niño, no era más que un triste, pobre y lamentable apilamiento de objetos. Él permaneció arrodillado humildemente, mientras en sus sinceros ojos brillaban la sinceridad y la confianza albergadas en su limpio corazón y en su alma inmaculada.

La resplandeciente armadura parecía obra de la mano del hombre; como en efecto era, de muchos hombres buenos y de fiar; pero el hermoso niño de rodillas, rodeado por un aura de confianza y fe, era obra de las manos de Dios.

Mientras rezaba, el príncipe Zaphir vio toda su vida pasada, desde los primeros días que alcanzaba a recordar hasta aquel mismo momento, cuando se hallaba cara a cara con el gigante. No hubo ni un pensamiento indigno, ni una palabra de enojo ni una mirada de enfado y motivo de aflicción que no acudieran a su memoria. Mucho le entristeció que hubiera tantos errores por su parte, pues se acumulaban en tal cantidad y a tal ritmo que su número resultaba asombroso.

Siempre sucede del mismo modo con nuestros errores —aunque en su momento nos puedan parecer poca cosa, y pese a que por la dureza de nuestros corazones los consideremos a la ligera—: su recuerdo nos colma de amargura, siempre que el peligro nos hace pensar en lo poco merecedores que somos de ayuda, y en lo muy merecedores que somos de castigo.

El corazón del príncipe Zaphir quedó purificado de todos los errores cometidos en el pasado, por vía del arrepentimiento y de la firme resolución de ser bueno en el futuro; y una vez que su humilde plegaria hubo concluido, se levantó y sintió sus brazos provistos de una fuerza nueva. Sabía que no era la suya propia, sino que su persona no era más que un humilde instrumento para la salvación del pueblo, y su corazón desbordó de agradecimiento.

El gigante terminó por ver los destellos de la armadura dorada y supo que otro enemigo se aproximaba.

Lanzó un rugido de rabia y enfado, que sonó como una salva de truenos. El rugido rebotó en las colinas distantes, se propagó por los valles y penetró en las cavernas y en las gargantas montañosas, adquiriendo los tonos de los murmullos y los roncos gruñidos de las alimañas.

El gigante siempre daba inicio a sus combates con ese sonido, con el que aterrorizaba a los enemigos; pero el bravo corazón del príncipe no se amilanó. Zaphir conservó toda su templanza cuando oyó el ruido, pues sabía que necesitaba todo su valor; si no disponía de él, su pueblo, el rey, su padre, y Bluebell caerían en poder del gigante.

Mientras las pisadas del gigante continuaban destrozando rocas y bosques, y mientras alrededor de sus pies se alzaba el polvo fruto de la desolación causada, el príncipe Zaphir recogió unos cantos rodados en un arroyo.

Colocó uno en la honda que llevaba consigo.

Cuando alzó el brazo e hizo girar la honda sobre su cabeza, el gigante lo vio, y se rio y se burló de él señalándolo con sus manazas, que inspiraban más temor que las zarpas de un tigre. La risa atronadora del gigante fue tan terrible, tan ronca, lúgubre y aterradora, que las criaturas que habían alzado sus tímidos ojos para presenciar el enfrentamiento, volvieron a enterrar la cabeza en el polvo y se estremecieron de miedo.

Se rio y burló de su enemigo, pero la condena del gigante ya estaba dictada.

La honda giró sobre la cabeza del príncipe y el canto salió despedido, silbando. Alcanzó al gigante en el centro de la sien y, aún con una sonrisa de desdén en los labios y la mano extendida en gesto de mofa, se derrumbó boca abajo.

Al desplomarse emitió un único grito, pero tan fuerte que se propagó sobre colinas y valles como un trueno. Hizo que los animales volvieran a encogerse y redoblaran sus temblores.

Muy lejos, las gentes de la ciudad oyeron el portentoso sonido, aunque no supieron interpretarlo.

Cuando el corpachón del gigante cayó boca abajo, la tierra tembló en muchas millas a la redonda, y cuando soltó su gran cachiporra, esta aplastó muchos grandes árboles del bosque sobre el que se encontraba.

Entonces el príncipe Zaphir se dejó caer de rodillas y, con fervor, rezó dando las gracias por su victoria.

Pronto se levantó y, recordando la amarga angustia del rey y de su pueblo, ni siquiera se detuvo a recoger la armadura, sino que partió rápidamente hacia la ciudad para llevarles las alegres noticias.

Ya había caído la noche y el camino estaba a oscuras, pero el príncipe Zaphir tenía fe, continuaba adelante, a través de la oscuridad, con ánimo resuelto y esperanzado.

Pronto, todos los animales nobles se le aproximaron agradecidos, y todos lo que fueron capaces lo siguieron. Muchas nobles bestias se contaban entre ellos: leones, tigres y osos, además de criaturas más mansas; y sus grandes y fieros ojos asemejaban lámparas, y le ayudaron a seguir el camino.

No obstante, a medida que se fueron acercando a la ciudad, los animales comenzaron a detenerse, pues, aunque confiaban en Zaphir, temían al resto de los hombres. Emitieron un suave gruñido de disculpa y se pararon, y el príncipe Zaphir prosiguió en solitario.

Toda la ciudad había pasado la noche en vela. En la corte, el rey Mago y la princesa Bluebell aguardaban y escrutaban el horizonte, sin despegarse uno del otro. La gente que estaba en las calles tomó asiento alrededor de hogueras y nadie osaba pronunciar palabra si no era mediante susurros.

La larga noche fue transcurriendo.

Finalmente, el cielo oriental comenzó a palidecer, y una franja de fuego rojizo asomó sobre el horizonte, y el sol se elevó en toda su gloria, y se hizo de día. El pueblo, al ver la luz y oír los trinos madrugadores de los pájaros, se sintió esperanzado y aguardó ansioso la llegada del príncipe.

Ni el rey Mago ni la princesa Bluebell se atrevieron a subir a la torre; esperaron pacientemente en el salón, pálidos como cadáveres.

Los vigías de la ciudad y quienes se habían unido a ellos escrutaban el largo camino, esperando ver de un momento a otro la dorada armadura del príncipe Zaphir resplandecer con la limpia luz matutina, y su gran pluma blanca, tan bien conocida por ellos, mecerse empujada por la brisa. Sabían que podían verlo desde muy lejos, así que solo de cuando en cuando se molestaban en mirar hacia la distancia.

De pronto, un grito se alzó de la gente, y a continuación se hizo un repentino silencio.

Todos se pusieron en pie y, como si se hubieran acordado su modo de obrar, quedaron a la espera de noticias.

Pues, ¡oh, alegría!, allí mismo, ante ellos, desprovisto de su brillante armadura y la pluma, pero sano y salvo, se hallaba su querido príncipe.

Su expresión decía VICTORIA.

Les sonrió, alzando las manos, como si los bendijera, y señaló hacia el palacio del rey, como si dijera: «Nuestro rey, a él le corresponde ser el primero en escuchar las últimas noticias».

Entró al salón y el pueblo lo siguió.

Cuando el rey Mago y la princesa Bluebell oyeron el grito, así como el silencio que siguió, sintieron cómo se aceleraba su corazón, y, temerosos, aguardaron.

La princesa Bluebell se estremeció y lloró un poco, y se acercó al rey, apoyando la cabeza en su pecho.

Mientras ella se encontraba así, con el rostro oculto, sintió al rey erguirse de pronto. Se apresuró a alzar la mirada y allí —¡oh, alegría suprema!— se hallaba su querido príncipe, que penetraba en el salón con todo el pueblo siguiendo sus pasos.

El rey descendió los escalones que llevaban al trono, lo estrechó entre sus brazos y lo besó, y Bluebell lo abrazó también y lo besó en la boca.

El príncipe Zaphir habló:

—¡Oh, majestad, padre, y pueblo mío! Dios ha sido bondadoso con nosotros y Su brazo nos ha concedido la victoria. El gigante ha caído, pese a toda su fuerza.

Se alzó tal grito de la gente, que rebotó en el techo, y el sonido se propagó por toda la ciudad, ayudado por el viento. La feliz multitud gritó una y otra vez, hasta que el sonido se extendió en oleadas por todo el territorio, y en aquel momento, en Bajo el Ocaso no hubo espacio más que para la dicha. El rey llamó a Zaphir: «mi bravo hijo», y la princesa Bluebell volvió a besarlo y lo llamó: «mi héroe».

En aquel instante, muy lejos de allí, en el bosque, el gigante yacía tendido, pese a toda su fuerza, conformando lo más nauseabundo de todo el país, y sobre el cadáver correteaban los zorros y los armiños. Las serpientes reptaban a su alrededor; y hacia allí también se arrastraban las criaturas más infames, que antes, cuando él vivía, habían huido.

De muy lejos llegaron buitres, que se congregaron para dar cuenta de la presa.

Cerca del gigante abatido, brillando bajo la luz, reposaba la armadura dorada. La gran pluma blanca se erguía desde el yelmo y cabeceaba, mecida por la brisa.

Cuando la gente llegó para ver al gigante muerto, vio que, allí donde se había derramado su sangre, habían crecido malas hierbas, pero que alrededor de la armadura de la que el príncipe se había desprendido, había brotado un cerco de flores adorables. La planta más hermosa de todas era un rosal en flor, pues la rosa que la princesa Bluebell le había regalado había echado raíces y

florecido, formando alrededor del yelmo un cerco de rosas vivas, que se apoyaban contra la pluma.

El pueblo portó con reverencia la armadura de regreso a la ciudad, pero el príncipe Zaphir dijo que no era una armadura así lo que mayor protección proporcionaba, sino un corazón sincero, y que él no osaría volver a vestirla.

Así que la colgaron en la catedral, entre los grandiosos pendones de antaño y los yelmos de los antiguos caballeros, como recordatorio de la victoria sobre el gigante.

El príncipe Zaphir tomó del yelmo la pluma que el rey, su padre, le había regalado hacía tanto tiempo y se la puso de vuelta en el sombrero. El rosal que había florecido fue trasplantado al centro del jardín del palacio, y tanto creció que mucha gente podía sentarse debajo, a resguardo del sol.

Para el cumpleaños del príncipe Zaphir, el pueblo había planeado en secreto una ceremonia. Cuando él se levantó aquella mañana para acudir a la catedral, todo el pueblo se había congregado a los costados de la calle, jalonándola. Cada persona, joven o vieja, sostenía una rosa. Los que tenían varias, las llevaban para repartirlas entre los que no tenían ninguna, y así todos tuvieron una y nada más que una, para mostrarse iguales ante los ojos del príncipe al que amaban. Habían cortado las espinas de los tallos para que no se hirieran los pies del príncipe. Arrojaron las rosas a su paso, hasta que toda la larga calle quedó cubierta por una espesa alfombra de flores.

Una vez que el príncipe había pasado, recogían las rosas tocadas por sus pies y las atesoraban con cariño.

En cada cumpleaños del príncipe hicieron lo mismo, durante el resto de su vida. Cuando Zaphir y Bluebell se casaron, el pueblo cubrió el camino de rosas de igual modo, ya que amaban a ambos.

Una larga y feliz vida tuvieron el príncipe Rosa —pues así lo llamaban— y su bella esposa, la princesa Bluebell.

Cuando, llegada su hora, el rey Mago falleció —como todos los hombres deben hacer—, ellos gobernaron como rey y reina. Lo hicieron de manera justa y generosa, anteponiendo siempre el bien y la felicidad de los demás a su propio interés.

Fueron bendecidos con la paz.

EL GIGANTE INVISIBLE

(The Invisible Giant)

El tiempo transcurre en el País Bajo el Ocaso igual que lo hace aquí.

Pasaron muchos años, que trajeron consigo numerosos cambios. Y llegamos así a un tiempo en que las personas que vivieron en la época del buen rey Mago apenas habrían podido reconocer su bello país si lo vieran ahora.

Había sufrido tristes cambios. No quedaba ni rastro del amor y la reverencia al rey, no quedaba rastro de la perfecta paz de antaño. La gente se había vuelto egoísta y codiciosa, y trataba de acaparar cuanto podía para sí misma. Había unos pocos muy ricos y había muchos muy pobres. La mayoría de los hermosos jardines se encontraban abandonados. Las casas habían proliferado alrededor del palacio, y en algunas vivía gran cantidad de personas, que solo podían pagar por una parte de la morada.

El conjunto del hermoso país había cambiado tristemente, y del mismo modo había cambiado la vida de sus habitantes. La gente casi se había olvidado del príncipe Zaphir, muerto hacía muchos muchos años, y ya no se esparcían rosas sobre las calles. Los que vivían ahora en el País Bajo el Ocaso se reían ante la idea de que siguieran existiendo gigantes; no tenían miedo de ellos porque no los veían. Los había que decían:

—¡Bah! ¿Por qué vamos a tener miedo? Aunque antes existieran los gigantes, ya no queda ninguno.

Y la gente continuaba cantando, bailando y festejando, pensando en nada más que en sí misma. Los Espíritus que guardaban el país estaban muy muy tristes. Sus grandes y blancas alas colgaban, arrastrándose por el suelo, mientras ellos continuaban en su puesto, en el Portal del país. Ocultaban el rostro, y su visión estaba borrosa a causa del llanto permanente, por lo que no se percataban si alguna criatura maligna pasaba ante ellos. Trataron de que la gente cobrara conciencia de su mal comportamiento, pero no podían abandonar su puesto, y el pueblo los oía gemir durante la noche y decía:

—Escucha el susurro de la brisa. ¡Qué grato es!

A nosotros nos sigue sucediendo lo mismo; cuando oímos al viento suspirar, gemir y sollozar en el exterior de nuestra casa durante las noches solitarias, no pensamos que nuestros ángeles puedan hallarse afligidos por nuestras felonías, solo que se avecina una tormenta. Los ángeles lloraban sin descanso y padecían por la estupidez del mundo, pues aunque pudieran hablar, aquellos a los que se dirigían no los escucharían.

Mientras que la gente se reía de la existencia de gigantes, había un anciano que meneaba la cabeza y les respondía:

—La muerte tiene muchos hijos, y continúa habiendo gigantes en las marismas. Puede que no los veáis, pero están allí, y lo único que puede protegernos es un pueblo de corazón paciente y fiel.

Aquel anciano se llamaba Knoal, y vivía en una casa fabricada con grandes bloques de piedra, en mitad de un paraje salvaje, lejos de la ciudad.

En la ciudad había abundancia de casas grandes y viejas, de muchos pisos de altura; y en ellas moraba mucha gente pobre. Cuanto más subías por las empinadas escaleras, más pobre era la gente; de modo que en las buhardillas había algunos tan pobres que, cuando se despertaban por la mañana, no sabían si ese día tendrían algo para comer. Esto era muy muy triste, y los niños buenos llorarían si pudieran presenciar tal sufrimiento.

En una de las buhardillas vivía, sin ninguna compañía, una joven llamada Zaya. Era huérfana, pues su padre había fallecido hacía muchos años, y su pobre madre, que había trabajado larga y fatigosamente por su hijita, lo había hecho recientemente.

La pobre y pequeña Zaya había llorado amargamente ante el cuerpo yaciente de su madre, y pasó tanto tiempo triste y lamentándose que casi olvidó que no tenía nada para vivir. No obstante, la pobre gente que vivía en la misma casa compartió con ella la poca comida que tenía, lo que la salvó de morir de hambre.

Al cabo de un tiempo, trató de trabajar y ganarse la vida por su cuenta. Su madre le había enseñado a fabricar flores de papel, así que las hacía a montones y, cuando juntaba una cesta, salía a la calle a venderlas. Fabricaba flores de muchas variedades, rosas, lirios, violetas, campanillas de invierno, prímulas, resedas y muchas otras bonitas flores que solo crecían en el País Bajo el Ocaso. Algunas era capaz de hacerlas de memoria, pero otras no, así que, cuando necesitaba modelos, cogía una cesta donde guardaba papel, tijeras, cola, pinceles y las demás herramientas necesarias e iba al jardín de

una amable dama, donde crecían muchas flores maravillosas. Allí tomaba asiento y trabajaba.

A veces se sentía muy triste y derramaba gruesas lágrimas cuando pensaba en su querida y difunta madre. A menudo le parecía sentir que su madre la observaba, y casi podía ver su tierna sonrisa en los reflejos del sol en el agua; entonces las penas de su corazón se aligeraban, y cantaba con tal dulzura que los pájaros acudían a su alrededor e interrumpían sus propios cantos para escucharla.

Ella y los pájaros se hicieron grandes amigos, y a veces, después de que ella hubiera cantado una canción, todos entonaban unas pocas notas, posados en círculo alrededor de ella, como si dijeran: «Cántala otra vez. Cántala otra vez».

Y ella volvía a cantarla. Luego les pedía que fueran ellos quienes cantaran, y los pájaros le ofrecían un concierto de trinos. Con el tiempo, los pájaros llegaron a tener tanta confianza con ella que se colaban en su habitación, y hasta construían sus nidos dentro y seguían a la niña allá adonde fuera.

—Mirad a la niña y a los pájaros —decía la gente—. Ella misma debe de ser medio pájaro, porque mirad cómo las aves la aceptan y la quieren.

A fuerza de que la gente dijera cosas semejantes, hubo algunos necios que llegaron a pensar que ella era, en efecto, medio pájaro, y meneaban la cabeza cuando los listos se reían de ellos.

—Pues sí que debe serlo —decían—. Escuchadla cantar. Su voz es más dulce que la de los mismos pájaros.

Y de ese modo acabó recibiendo un mote, y los niños malos se lo gritaban cuando la veían por la calle, y el mote era: «Pajarote». Pero a Zaya no le molestaba que la llamaran así; y aunque a menudo los niños malos se lo decían, con intención de herirla, a ella no le importaba, más bien al contrario, porque amaba y confiaba tanto en sus mascotas de dulces trinos que le gustaba que la consideraran uno de ellos.

En realidad no les vendría mal a unos cuantos niños malos y niñas malas ser tan buenos e inofensivos como los pajarillos, que trabajan todo el día por sus indefensos polluelos, construyendo nidos para ellos, llevándoles comida y sentándose pacientemente a empollar sus pequeños y moteados huevos.

Una noche, Zaya estaba en su buhardilla, muy triste y sola. Era una preciosa noche de verano, y ella estaba sentada junto a la ventana, contemplando la ciudad. Oteaba las calles, alcanzando a ver la gran catedral, cuya aguja se elevaba en el cielo a mayor altura incluso que la gran torre del

palacio del rey. No había apenas brisa y el humo se elevaba recto de las chimeneas, diluyéndose a medida que ascendía, hasta desaparecer por completo.

Zaya estaba muy triste. Por primera vez en muchos días, ninguno de sus pájaros estaba con ella, y no sabía adónde habían ido. Se sentía como si la hubieran abandonado, y la pobre niña estaba tan sola que derramaba amargas lágrimas. Pensaba en la historia que largo tiempo atrás su madre le había contado, la de cómo el príncipe Zaphir había derrotado al gigante, e imaginó cómo sería el príncipe y pensó en lo feliz que el pueblo debió de ser cuando Zaphir y Bluebell eran el rey y la reina. Se preguntó si en aquellos buenos tiempos de antaño habría algún niño que pasara hambre, y luego, como decía la gente, si sería cierto que ya no había gigantes. A continuación retomó su trabajo ante la ventana.

Poco después alzó la vista y miró más allá de la ciudad. En la lejanía vio algo espantoso; tanto, que se le escapó un gritito de temor y asombro, y se asomó a la ventana, poniendo una mano a modo de visera para ver mejor.

En el cielo allende la ciudad, vio una vasta silueta sombría, con los brazos alzados. Iba envuelta en un amplio atuendo brumoso, que hacía que se confundiera en el aire, de modo que ella solo alcanzaba a distinguir el rostro y las sombrías y espectrales manos.

La silueta era de dimensiones tan portentosas que la ciudad bajo la misma parecía el juguete de un niño. Todavía estaba lejos.

La joven sintió que el corazón se le detenía de miedo cuando pensó: «Entonces, los gigantes no están muertos. Es uno de ellos».

Bajó corriendo las escaleras y salió a la calle. Allí gritó a las personas con quienes se encontró:

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡El gigante! ¡El gigante! —y señalaba hacia la silueta que ella seguía viendo avanzar en dirección a la ciudad.

La gente alzó la vista pero no vio nada, y entonces se rieron, diciendo:

—La niña está loca.

La pobre Zaya se asustó más que nunca y corrió por la calle sin cesar de gritar:

—¡Mirad, mirad! ¡El gigante! ¡El gigante!

Pero nadie le hacía caso, limitándose a decir: «Esa niña está loca», tras lo que proseguían con sus asuntos.

Los niños malos la rodearon y le gritaron:

—Pajarote ha perdido la cabeza. Ve en el cielo un pájaro más grande que ella y lo quiere para sí.

E inventaron rimas burlonas y se las cantaron mientras bailaban a su alrededor.

Zaya huyó a la carrera y atravesó la ciudad sin detenerse, salió a los campos, sin dejar de ver la gran silueta en el cielo.

Mientras avanzaba, acercándose poco a poco al gigante, este se iba oscureciendo lentamente. Ella no veía más que nubes, pero en el cielo continuaba siendo visible la tenue silueta de un gigante.

Una niebla fría se cernió sobre la chica a medida que el gigante se acercaba a ella. Zaya pensó en toda la pobre gente de la ciudad y confió en que el gigante se apiadara de ellos, y se arrodilló ante él, alzó las manos en gesto suplicante y exclamó:

—¡Oh, gran gigante! ¡Apiádate de ellos, apiádate de ellos!

Pero el gigante continuó avanzando como si nada hubiera oído.

La chica volvió a exclamar, levantando más la voz:

—¡Oh gran gigante! ¡Apiádate de ellos, apiádate de ellos!

Y humilló la cabeza y lloró, y el gigante, aunque muy despacio, prosiguió avanzando hacia la ciudad.

Había no lejos de allí un anciano en la puerta de una pequeña casa construida con grandes bloques de piedra, aunque la chica no lo vio. El rostro del anciano mostraba miedo y asombro, y cuando vio a la niña arrodillarse y elevar las manos, se acercó para oír lo que decía. Cuando la oyó exclamar: «¡Oh, gran gigante!», murmuró para sí: «¡Es como yo me temía! Aún quedan gigantes, y he aquí uno de ellos». Alzó la vista pero no vio nada, y volvió a murmurar para sí:

—No lo veo, pese a que esa niña sí puede, y aun así yo venía sintiendo temor, pues algo me decía que se avecinaba un peligro. El conocimiento verdadero es más ciego que la inocencia.

La joven, sin percatarse aún de que había otro ser humano cerca, volvió a pedir, angustiada:

—¡No lo hagas, gran gigante, no les hagas daño! Si alguien debe sufrir, que sea yo quien lo haga. Tómame a mí, pues estoy dispuesta a morir, pero apiádate de ellos. Apiádate de ellos, gran gigante y haz conmigo tu voluntad.

Pero el gigante no le prestó atención alguna.

Y a Rnoal —pues era él el anciano— se le llenaron los ojos de lágrimas, y se dijo: «¡Oh, qué noble niña, qué valiente es, dispuesta a sacrificarse por los demás!». Y, acercándose a ella, le puso la mano en la coronilla.

Zaya, que había vuelto a humillar la cabeza, se sobresaltó y miró a su alrededor al sentir el contacto del anciano. Sin embargo, al ver que se trataba

de Knoal, se calmó, sabiendo como sabía lo sabio y bueno que él era, y supo que si había alguien que podía ayudarla, era él. Se abrazó al anciano y enterró el rostro en su pecho, y él le acarició el pelo y la tranquilizó. Pero Knoal continuaba sin ver nada.

La fría niebla se disipó, y cuando Zaya levantó la vista, vio que el gigante los había dejado atrás y proseguía su camino hacia la ciudad.

—Ven conmigo, niña —dijo el anciano, y los dos se levantaron y fueron a la casa construida con grandes piedras.

Cuando Zaya entró, se sobresaltó, pues el interior era ¡idéntico a una tumba! El anciano sintió estremecerse a la pequeña, que continuaba pegada a él, y le dijo:

—No llores, pequeña, y tampoco tengas miedo. Este lugar me recuerda a mí, y a todos cuantos en él entran, que la tumba nos aguarda a todos al final de nuestro camino. Pero no temas, pues ha llegado a ser para mí una alegre morada.

La pequeña se serenó y se dedicó a examinar cuanto la rodeaba. Vio toda clase de instrumentos curiosos y numerosas hierbas, tanto extrañas como bien conocidas, que colgaban en manojos de las paredes, puestas a secar. El anciano la contempló en silencio, hasta que supo que el miedo de la niña se había disipado, y dijo entonces:

—Mi niña, ¿viste el rostro del gigante a su paso?

Ella respondió:

—Sí.

—¿Podrías describirme tanto el aspecto como la cara del gigante?

Le dijo ella entonces todo lo que había visto. Que el gigante era tan grande que llenaba el cielo. Que llevaba los brazos extendidos, si bien ocultos bajo un manto oscuro, el cual, en sus lejanos extremos, parecía disolverse en el aire. Que su rostro era el de un hombre fuerte, despiadado, si bien carente de malicia, y que sus ojos estaban ciegos.

El anciano se estremeció al oírlo, ya que reconoció al gigante como uno de los más temibles, y su corazón lloró por la ciudad condenada, donde tantas personas iban a perecer a causa de sus pecados.

El anciano y la niña decidieron partir y avisar de nuevo al pueblo, así que, sin demora, partieron hacia la ciudad.

Al salir de la pequeña casa, Zaya vio al gigante por delante de ellos, camino también de la ciudad. Se apresuraron, y una vez hubieron atravesado la fría niebla, Zaya miró hacia atrás y vio al gigante a su espalda.

Finalmente, llegaron a la ciudad.

Ofrecían una extraña imagen el anciano y la niña, corriendo pura avisar a la gente de la terrible plaga que se cernía sobre ellos. El pelo y la larga barba blanca del anciano y los rizos dorados de la niña ondeaban al viento tras ellos, de tanto como corrían. Ambos estaban pálidos como cadáveres. Tras ellos, visible tan solo para la niña de corazón puro, no cesaba de aproximarse, a paso lento, el gigante espectral, cuya oscura sombra pendía en la atmósfera vespertina.

Pero los de la ciudad no veían al gigante, y cuando el anciano y la niña les advirtieron, no les hicieron caso, sino que se rieron y se burlaron de ellos, y dijeron: «¡Bah! ¡Ya no existen gigantes!», y prosiguieron con sus quehaceres, riéndose y burlándose de la pareja.

El anciano se adelantó y se subió a un sitio elevado, el pretil de una gran fuente, con la niña a su vera, y se dirigió a ellos del siguiente modo:

—Oh, pueblo, habitantes de estas tierras, sed advertidos ahora que aún estáis a tiempo. Esta niña de corazón puro, cuya inocencia causa que hasta las pequeñas aves, siempre temerosas de los hombres y las mujeres, se congreguen en paz a su alrededor, ha sido testigo esta noche, en el cielo, de la silueta de un gigante que avanza con ánimo amenazador hacia nuestra ciudad. Creedlo, creedlo, y sed advertidos, mientras aún podéis. Para mí, al igual que para vosotros, el cielo se halla despejado y, aun así, yo creo. Pues escuchadme: aun ignorante por completo de que otro gigante había invadido nuestras tierras, me encontraba yo pensativo en mi morada y, sin causa ni motivo, me colmó el corazón un miedo repentino por la integridad de nuestra ciudad. Me puse en pie y miré al norte y al sur, al este y al oeste, hacia arriba y hacia abajo, sin distinguir indicio alguno de peligro. Entonces me dije:

»Mi mirada se ha enturbiado tras cien años vigilando y aguardando, y ya no veo nada". Y aun así, vecinos míos, moradores de estas tierras, aunque a lo largo de este siglo mi visión externa se ha enturbiado, la interna, la mirada del alma, se ha agudizado. Volví entonces a salir de mi casa y ¡oh!, allí se encontraba esta pequeña, a la que yo antes no había visto, arrodillada, suplicando el perdón para la ciudad; pero el gigante no la oyó, o, si la oyó, no le respondió, y ella cayó abatida. Por tal razón acudimos a advertiros. Allí está el gigante, nos dice la niña, y se aproxima a la ciudad. ¡Sed advertidos, sed advertidos a tiempo!».

Pese a todo, la gente continuó inalterable, limitándose a reírse y a mofarse todavía más, y dijeron:

—La cría y el viejo se han vuelto locos.

Tras lo que se dirigieron a sus casas, a continuar riéndose y festejando como antes.

Luego los niños malos aparecieron para reírse de ellos, y dijeron que a Zaya la habían abandonado sus pájaros, y que se había vuelto loca, y les cantaron cancioncillas burlonas, al tiempo que bailaban a su alrededor.

Zaya estaba tan dolida por el destino de aquella pobre gente que ni siquiera se percató de la crueldad de los niños. Al ver que no les hacía caso, algunos se pusieron más violentos y les arrojaron toda clase de objetos y enconaron sus burlas.

Con el corazón afligido, el anciano tomó a la niña de la mano, la sacó de la ciudad y la alojó consigo en la casa fabricada con grandes bloques de piedra. Esa noche Zaya durmió rodeada por el dulce olor de las hierbas puestas a secar, y el anciano le cogió la mano para que no tuviera miedo.

Por la mañana, Zaya se levantó muy temprano y despertó al anciano, que se había quedado dormido en su silla.

Ella abrió la puerta y miró hacia fuera, y un estremecimiento de gozo le atravesó el corazón; frente a la puerta, como si hubieran estado esperándola, aguardaban todos sus pajarillos, y muchos muchos más. Cuando la vieron, entonaron unas notas de alegría y se lanzaron a volar de puro gozo; algunos, sin alzar el vuelo, aletearon de forma tan divertida que ella no pudo menos que reírse.

Cuando Knoal y Zaya hubieron tomado su frugal desayuno y alimentado a sus pequeños amigos alados, partieron de nuevo hacia la ciudad, con el corazón acongojado, para tratar de advertir a la gente una vez más. Los pájaros los siguieron, volando a su alrededor, y, para animar a la pareja, trinaban lo más alegremente que podían, pese a que sus corazoncillos también se hallaban afligidos.

Ante ellos veían al gran gigante sombrío, que ya había llegado a los confines de la ciudad.

Avisaron otra vez a la gente y una gran multitud se congregó en torno a ellos, pero lo único que hizo fue burlarse de la niña y del anciano más que nunca; y los niños malos lanzaron piedras y palos a los pajarillos, y mataron a algunos. La pobre Zaya lloró y Knoal se hallaba muy triste. Al cabo de un rato, cuando se retiraron de la fuente, Zaya alzó la vista y se sobresaltó de asombro y felicidad, pues no vio por parte alguna al gran gigante sombrío. Lloró de alegría y la gente se rio de ella, diciendo:

—¡Cría retorcida! Como no la creemos, hace como que el gigante ha desaparecido.

La rodearon, abucheándola, y alguien dijo:

—Metámosla en la fuente y démosle un buen chapuzón, como lección para los mentirosos que pretenden asustarnos.

Se aproximaron, amenazantes. Ella se abrazó a Knoal, quien estaba muy serio desde que ella dijo que ya no veía al gigante, y que pensaba con tal concentración que parecía abstraído. Pero cuando ella le tocó, volvió en sí, y se dirigió entonces con gran gravedad a la gente, reprendiéndolos. Pero ellos le replicaron y dijeron que él había participado en la mentira de Zaya, así que Knoal también se merecía ir a parar a la fuente, y avanzaron hacia ambos.

El cabecilla ya tenía extendida la mano cuando soltó una pequeña exclamación, se llevó la mano a un costado y, ante los ojos de todos los demás, su rostro se ennegreció y se ennegreció, y se desplomó al suelo, donde se retorció de dolor unos momentos, antes de morir.

La gente gritó de terror y echó a correr, chillando:

—¡El gigante! ¡El gigante! ¡Está entre nosotros!

No poder verlo no hacía más que avivar su miedo.

Pero antes de que pudieran desalojar la plaza del mercado, en cuyo centro se alzaba la fuente, muchos cayeron muertos y sus cuerpos quedaron tendidos en el suelo.

En el centro de la plaza, arrodillados, el anciano y la niña rezaban, mientras los pájaros aguardaban posados en la fuente, silenciosos e inmóviles, sin que se oyera más sonido que los gritos de la gente al alejarse. Los lamentos no cesaban de crecer, pues la plaga del gigante se hallaba entre ellos y asimismo a su alrededor, y no había escapatoria; era demasiado tarde.

Aquel día se derramaron muchas lágrimas en el País Bajo el Ocaso, y cuando se hizo de noche, pocos durmieron, ya que en los corazones en los que no había miedo había dolor. Nadie descansó, con la salvedad de los muertos, que yacían por toda la ciudad, tan rígidos e inertes que ni siquiera la fría luz de la luna y las sombras de las nubes en movimiento eran capaces de proveerlos de la menor impresión de vida.

Y durante otro largo día no hubo más que temor, congoja y muerte en el País Bajo el Ocaso.

Knoal y Zaya hacían cuanto podían por ayudar a la pobre gente, pero era una labor difícil, pues el gigante invisible se hallaba entre ellos, deambulando de un lado a otro de la ciudad, sin que nadie pudiera prever dónde posaría su helada mano.

Algunas personas huyeron, pero de poco les sirvió, porque allá adonde fueran, y por mucha prisa que se dieran, continuaban estando al alcance del

gigante invisible. De cuando en cuando, este, mediante su aliento o su contacto, convertía en hielo el corazón de alguien, que se desplomaba muerto.

Algunos vieron su vida perdonada por el gigante, aunque luego perecieron de hambre, y los que habían huido de la ciudad volvieron arrastrándose para vivir o morir junto a sus amigos. Y todo era tristeza, ya que, de la mañana a la noche, no había más que lamentaciones, miedo y lágrimas.

Veamos ahora cómo los pajarillos de Zaya prestaron ayuda a la niña.

Ellos parecían capaces de predecir la llegada del gigante cuando nadie, ni siquiera la niña, podía, y se las apañaban para avisarla de cuándo había peligro de manera tan efectiva como si pudieran hablar.

Al principio, Knoal y ella se retiraban cada noche a descansar en la casa construida con grandes bloques de piedra, y regresaban por la mañana a la ciudad, donde consolaban y alimentaban a los enfermos y les administraban medicinas que Knoal, con su gran sabiduría, sabía que podían hacerles bien. De ese modo salvaron muchas y valiosas vidas humanas, y las personas a las que auxiliaron se sintieron muy agradecidas y, desde entonces, pasaron a llevar vidas generosas y limpias de pecado.

Al cabo de escasos días, sin embargo, se percataron de que los enfermos necesitaban incluso más ayuda por la noche que durante el día, así que se quedaron a vivir en la ciudad, ayudando a los damnificados día y noche.

Con la primera luz del amanecer, Zaya salía a respirar el aire matutino y se encontraba, recién levantados, a sus emplumados amigos, que ya la estaban esperando. Entonaban trinos jubilosos y se encaramaban a sus brazos y la cabeza, y la besaban. A continuación, si ella se encaminaba hacia cualquier lugar donde, a lo largo de la noche, la plaga hubiera posado su mortal mano, revoloteaban ante la joven, tratando de impedírselo, y gritaban en su propio lenguaje: «¡Vuelve! ¡Vuelve!».

Picoteaban el pan de la niña y bebían de su copa antes de que ella los probara, y cuando había peligro —ya que la fría mano del gigante se encontraba por doquier— gritaban: «¡No, no!», y ella no tocaba la comida ni permitía que nadie más lo hiciera. A menudo sucedía que, tras haber picoteado el pan o bebido de la copa, un pobre pajarillo caía al suelo, aleteaba y moría; pero todos cuantos así murieron lo hicieron con un último trino de dicha, mirando a su querida señora, por la que gustosamente perecían. Siempre que los pajarillos comprobaban que el pan y la copa estaban puros y libres de peligro, miraban confiados a Zaya y aleteaban, y trataban de graznar, y tan vivarachos se mostraban que hacían sonreír a la pobre y triste niña.

Había un pájaro viejo que siempre que el pan estaba sano, tomaba un segundo bocado, y a veces muchos más, dándose una comilona, y en ocasiones seguía zampando hasta que Zaya meneaba el dedo y decía: «¡Avaricioso!», y el pájaro se hacía el sorprendido, como si no hubiera hecho nada malo.

Había otro pajarillo adorable, un petirrojo, con el pecho tan rojo como una puesta de sol, que quería a Zaya más allá de lo imaginable. Cuando cataba la comida y comprobaba que era segura, tomaba un pedacito en el pico y, volando, se lo daba a ella a la boca.

Cada pajarillo que bebía de la copa de Zaya y la encontraba segura, alzaba la cabeza para darle las gracias, y todos los pájaros hacen lo mismo desde entonces, y nunca se olvidan de dar las gracias, como sí les sucede a algunos niños.

Así sobrevivieron Knoal y Zaya, aunque a su alrededor muchos murieron, y el gigante continuaba en la ciudad. Murieron tantos que uno se sorprendía al ver que aún quedaran muchos vivos, porque, solo cuando la ciudad empezó a despoblarse, se percató la gente de la gran cantidad de personas que habían vivido en ella. La pobre Zaya estaba tan pálida y delgada que parecía una sombra, y la espalda de Knoal se encorvó más tras unas pocas semanas de sufrimiento que tras todo un siglo de vida. Pero aunque los dos estaban exhaustos, no cejaban en su trabajo de ayudar a los enfermos.

Muchos pajarillos murieron.

Una mañana, el anciano se sintió muy débil, tanto que apenas podía sostenerse en pie. Zaya se asustó por él y dijo:

—¿Está enfermo, padre? —porque para entonces siempre lo llamaba así.

Respondió con una voz ronca y débil, pero muy muy cariñosa:

—Mi niña, me temo que mi fin está próximo. Llévame a mi casa para que pueda morir allí.

Al oír esas palabras, Zaya cayó de rodillas, enterró el rostro en el pecho del anciano y lloró amargamente, sin dejar de estrecharlo entre sus brazos. Pero ella no dispuso de mucho tiempo para compadecerse, porque el anciano, con gran esfuerzo, se puso en pie, y viendo que él necesitaba ayuda, ella se enjugó las lágrimas para asistirlo.

El anciano tomó su cayado y, apoyándose en Zaya, consiguió llegar hasta la fuente en el centro de la plaza del mercado, y se desplomó en el pretil, agotado. Zaya sintió cómo el anciano se quedaba tan frío como el hielo, y supo que la helada mano del gigante se había posado sobre él.

Entonces, sin conocer el motivo, la niña alzó la mirada hacia donde había visto al gigante por última vez, cuando ella y Knoal se encontraban allí mismo, junto a la fuente. Y, ¡oh, sorpresa!, sin soltar aún la mano de Knoal, vio la sombría silueta del gran gigante, durante tanto tiempo invisible, tornarse cada vez más nítida al otro lado de las nubes.

El rostro del gigante estaba tan serio como serio y sus ojos continuaban ciegos.

Zaya le gritó, aferrada todavía a la mano de Knoal:

—¡A él no, a él no! ¡Oh, poderoso gigante, a él no, a él no!

E inclinó la cabeza y sollozó.

Tal fue la angustia de su corazón que los ciegos ojos del gigante sombrío se llenaron de lágrimas, que cayeron como una suerte de rocío sobre la frente del anciano.

Knoal dijo a Zaya:

—No te aflijas, mi niña. Me alegro de que vuelvas a ver al gigante, pues tengo la esperanza de que ahora libere a la ciudad de su sufrimiento. Soy la última víctima, y gustoso muero.

Zaya se arrodilló entonces frente al gigante y dijo:

—¡Apiádate de él! ¡Apiádate de él y tómame a mí en su lugar! ¡Pero apiádate de él!

El anciano se irguió apoyándose en el codo y le dijo:

—No te aflijas, pequeña mía, y tampoco te quejes. Me consuela saber que darías gustosa tu vida a cambio de la mía. Pero, por el bien de los demás, debemos sacrificar lo que es incluso más preciado para nosotros que nuestra propia vida. Yo te bendigo, mi pequeña, sé buena. Adiós, adiós.

Al emitir la última palabra, se quedó completamente frío y su espíritu lo abandonó.

Zaya se arrodilló y rezó, y cuando alzó la vista vio que el gigante sombrío avanzaba.

El gigante volvió la cabeza cuando pasó a su altura, y Zaya vio que sus ciegos ojos apuntaban hacia ella, como si se esforzara por ver. El gigante alzó sus inmensos brazos, envueltos aún en el manto brumoso, como si la bendijera, y le pareció a ella que el viento portaba el eco de las siguientes palabras: «La inocencia y la devoción salvan la tierra».

Vio ella luego la gran sombra de la plaga del gigante avanzar hacia la frontera del país, pasar entre los espíritus guardianes y penetrar en los desiertos allende el Portal para no volver nunca más.

EL CONSTRUCTOR DE SOMBRAS

(The Shadow Builder)

El solitario Constructor de Sombras no cesa de observar desde su solitaria morada.

Los muros están hechos de nubes y a su alrededor y a través de ellos, en permanente cambio al mismo tiempo que se aproximan, transitan las sombras borrosas de cuantas cosas han existido.

Este ciclo interminable, sombrío, giratorio recibe el nombre de la Procesión del Pasado Fenecido. En ella todo es exactamente tal como fue cuando estaba en el mundo. Nada cambia, pues cada momento, a medida que transcurre, proyecta su sombra a esta oscura procesión. Se cuentan aquí personas y eventos en movimiento, preocupaciones, reflexiones, locuras, crímenes, dichas, quebrantos, lugares, escenas, esperanzas y miedos, y todo ello conforma el conjunto de la vida, con sus luces y sus sombras. Cada imagen de la naturaleza en la que, de algún modo, habita una sombra —es decir, todas ellas—, cuenta aquí con su fantasma difuminado. Aquí se encuentran las imágenes más hermosas, así como las más tristes, la melancolía transitoria en un maizal soleado, cuando, al paso de la brisa, las espigas se inclinan y vuelven a erguirse; las ondas en la superficie esmaltada del mar en verano; las tinieblas que se extienden a los costados de la ancha lista que el reflejo de la luna forma sobre el agua; el encaje de luminosidad y negrura que titila sobre el camino otoñal, cuando la luz de la luna se filtra entre las ramas desnudas de los árboles que sobre él se proyectan; la sombra fresca y reparadora bajo los grandes árboles, en verano, cuando el sol llamea sobre el segador afanoso; las nubes oscuras que se deslizan sobre la luna, ocultando su luz, que a continuación vuelve a imponerse efímera y fría; el tinte entre violeta y negro que se cierne sobre el horizonte cuando se aproxima la tormenta de verano; los oscuros huecos y las tétricas cavernas por donde circula el arroyo subterráneo antes de convertirse en cascada y arrojarse a la poza; todas estas imágenes de sombra, y mil más, que surgen

tanto durante la noche como durante el día, desfilan en círculos en la procesión, junto a todo cuanto ha sido.

Cada acción de un ser humano, cada pensamiento, bueno o malo, cada deseo, cada anhelo, todo cuanto se mantiene en secreto, se encuentra también representado aquí, transformado en un registro duradero e imborrable; porque, siempre que él lo desee, el Constructor de Sombras, mediante un gesto de su mano, puede convocar a cualquiera, dormido o despierto, para contemplar la plasmación del pasado fenecido, desde la imprecisa y misteriosa distancia que protege a su solitaria morada.

En la Procesión del Pasado Fenecido, siempre en movimiento, solo hay un lugar libre de fantasmas en circulación, y donde se extinguen los brumosos muros. Hay ahí una gran negrura, densa y profunda, henchida de tristeza, tras la que yace el mundo exterior.

Esa negrura recibe el nombre de la Puerta del Espanto.

La procesión parte desde ella, en lontananza, y más adelante traza una curva, retornando hacia la negrura, donde los fantasmas sombríos se disuelven de nuevo en la misteriosa oscuridad.

En ocasiones, el Constructor de Sombras atraviesa los vaporosos muros de su morada y se suma a la fila de la procesión; y, a veces, una figura convocada por un gesto de su mano espectral sale de entre la niebla y se detiene junto a él. A veces, de un cuerpo durmiente, el Constructor de Sombras convoca un alma dormida; entonces, por unos momentos, los vivos y los muertos se encuentran cara a cara; los hombres llaman a esto un sueño del pasado. Cuando sucede, el amigo se encuentra con el amigo o el enemigo se encuentra con el enemigo; y al alma del durmiente acude un recuerdo feliz, hace mucho olvidado, o bien la agonía del remordimiento. Pero ningún espectro puede atravesar el muro de bruma, salvo el Constructor de Sombras; y a ningún ser humano, ni siquiera en sueños, le es posible penetrar en la vaguedad por la que discurre la procesión.

De ese modo vive el solitario Constructor de Sombras, rodeado de penumbra y con su residencia tomada por un pasado espectral.

Su compañía se reduce al pasado, ya que, aunque él crea sombras, estas no viven con él. Sus hijos parten de inmediato hacia sus hogares en el ancho mundo, y él no vuelve a saber de ellos hasta que, cuando su tiempo llega a su fin, se suman a la Procesión del Pasado Fenecido y llegan, al cabo, a los muros brumosos de su hogar.

Para el Constructor de Sombras no existen la noche ni el día, ni las estaciones del año, nada más que la silenciosa Procesión del Pasado Fenecido,

circulando sin descanso por su solitaria morada.

En ocasiones, él toma asiento a reflexionar, con la mirada perdida, sin ver nada; y entonces, sobre el mar cae una calma exenta de nubes o bien la negrura de la noche. Pueden pasar meses y meses sin que dirija su mirada hacia el distante norte o el distante sur, parajes donde entonces reina la quietud de la noche polar. Cuando los ojos ensimismados retornan a la vida, el duro silencio se relaja, dejando paso a la luz y los sonidos propios de la actividad. A veces, con el ceño fruncido y una mirada severa, de la que brotan rasgados relámpagos de luz negra, el Constructor de Sombras se afana en su labor, y entonces por todo el mundo campan las sombras, veloces y en gran cuantía. Sobre el mar se extiende la negrura de la tempestad; las linternas parpadean junto a los camastros en páramos solitarios; e incluso en los palacios de los reyes, sombras oscuras transitan, vuelan y se deslizan sobre todas las cosas… Sí, también a través de los corazones de los reyes, pues en esos momentos el Constructor de Sombras es temible.

De cuando en cuando, al cabo de largos intervalos, el Constructor de Sombras se rezaga y se recrea en su trabajo, reacio a concluirlo, como si amara su creación. Su corazón suspira por los hijos que produce, y gustoso conservaría aunque solo fuera una sombra, para que lo acompañara en su soledad. Pero la voz del Gran Presente siempre resuena en sus oídos en tales ocasiones, azuzándolo. La estruendosa voz dice: «Adelante, siempre hacia delante».

Mientras esas palabras se repiten en los oídos del Creador de Sombras, la sombra finalizada se escurre entre sus manos y, atravesando la Puerta del Espanto, se incorpora al ancho mundo del otro lado, donde habrá de interpretar su papel. Luego, cuando completada su vida la sombra se suma a las filas de la Procesión del Pasado Fenecido, el Constructor de Sombras la reconoce y la recuerda, pero en su corazón muerto no queda ni un rescoldo de amor, ya que él tan solo puede amar el presente, que no cesa de escapar de entre sus manos.

La del Constructor de Sombras es una vida solitaria; y en las tinieblas extrañas, tristes, solemnes, misteriosas y silenciosas que lo envuelven, se afana sin descanso en su solitaria labor.

Pero a veces también el Constructor de Sombras tiene un momento de dicha. De sus manos surgen sombras bebés e imágenes soleadas, resplandecientes de ternura y amor, que a continuación se alejan y desaparecen.

Ante el Constructor de Sombras concentrado en su labor se extiende un espacio donde no hay ni luz ni oscuridad, ni alegría ni tristeza. Todo cuanto toca se disuelve, como montículos de arena ante el empuje de la marea en ascenso, o como palabras escritas en la superficie del agua. En ese espacio todas las cosas pierden su ser y se integran al gran No-Ser; y esa terrible y misteriosa línea se denomina: EL UMBRAL. Todo cuanto lo atraviesa desaparece, y todo cuanto surge de él es completo, en la medida en que se lanza al ancho mundo para seguir su propia senda. Ante el Umbral, el mismo Constructor de Sombras no es nada; hay algo en el absorbente poder del Umbral que él no puede gobernar y sobre lo que tampoco puede influir.

Cuando durante su trabajo realiza una invocación, de la nada impalpable del Umbral surge el objeto de su deseo. A veces la sombra emerge de repente, íntegra y nítida, y de repente se pierde en las tinieblas de la Puerta del Espanto; y otras veces se va formando poco a poco, imprecisa, tras lo que vuelve a disolverse en la oscuridad.

El solitario Constructor de Sombras está trabajando en su solitaria morada; a su alrededor, más allá de los vaporosos muros, siempre marchando hacia delante, circula la Procesión del Pasado Fenecido. La tormenta y a continuación la calma han sido convocadas a través del Umbral, y se han ido; y ahora, en este momento de serenidad y melancolía, el Constructor de Sombras realiza una pausa en su labor, y anhela y anhela, hasta que, en contestación a su melancolía solitaria, la nada del UMBRAL le responde.

Surge del Umbral la sombra del pie de un bebé, que da sus primeros pasos, rumbo al mundo; le siguen el cuerpecito rechoncho y la cabezota, y la sombra del bebé avanza, trastabillando y balanceándose sobre sus inseguros pies. Prestas, acuden las manos de la madre, extendidas en gesto amoroso y de auxilio, en caso de que caiga. Un pasito, dos…, y cae, pero las manos de la madre son rápidas y lo sostienen con firmeza y cariño. El niño da media vuelta y camina ahora hacia los brazos de la madre.

Se aventura de nuevo a caminar, y las manos de la atenta madre vuelvan a estar listas. En esta ocasión el bebé no requiere de ayuda, pero cuando concluye su recorrido, la sombra del niño retorna de nuevo al amoroso pecho de la madre. Una vez más, se esfuerza y camina con valentía y resolución, pero ahora las manos de la madre cuelgan a los costados del cuerpo, si bien no cesan de temblar, mientras que una lágrima se desliza por su mejilla, aunque una sonrisa ilumina el rostro.

La sombra del niño se desvía y prosigue caminando un poco más. A continuación, sobre la brumosa nada en que desaparecen las sombras, aletea

la sombra fugaz de una mano diminuta que se despide, y, con paso firme, la sombra de los piececitos se adentra en la penumbra neblinosa de la Puerta del Espanto y desaparece.

Pero la sombra de la madre no se mueve. Las manos se hallan apretadas contra el pecho, el rostro permanece alzado mientras reza y por las mejillas ruedan lagrimones. A continuación la cabeza se inclina, cuando los piececitos se alejan más allá del alcance de su vista, y la llorosa madre se encorva y se encorva, hasta acabar tendida boca abajo. Ante los ojos de Creador de Sombras, las sombras se extinguen, no quedando más que la terrible nada del Umbral.

Poco después, en la Procesión del Pasado Fenecido que circula alrededor de los brumosos muros aparecen las sombras de antes, la de la madre y la del niño.

Ahora, del Umbral, surge un joven de paso valiente y optimista; y cuando su sombra se concreta, el atuendo y el porte revelan que se ha convertido en marinero. Siguiendo de cerca a su sombra, aparece otra, la de la madre. Más vieja y más delgada que antes, a fuerza de esperar, pero la misma de siempre. Las manos envejecidas y afectuosas arreglan la elegante pañoleta que el joven lleva atada alrededor de la garganta, y las manos del chico se extienden, toman el rostro de la madre entre ellas y lo acercan para darle un beso. Los brazos de la madre envuelven rápidamente al hijo y ambos se estrechan en un fuerte abrazo.

La madre besa a su hijo una y otra vez, y permanecen uno junto al otro, como si les fuera imposible separarse.

De pronto, el chico se vuelve, como si hubiera oído una llamada. La madre lo estrecha aún con más fuerza. Él la reprende con ternura, pero los amorosos brazos de la madre lo retienen hasta que él, con cuidado, se libera. La madre da un paso adelante y extiende las delgadas manos, temblorosas, en gesto de agonía. El chico se detiene un momento, hinca una rodilla en el suelo, se enjuga las lágrimas, se despide con el sombrero y se apresura a alejarse, al tiempo que la madre cae de rodillas, sollozante.

Y a continuación, lentamente, las sombras de la madre y del chico crecen con el transcurso del tiempo, atraviesan la Puerta del Espanto y circulan junto al resto de fantasmas en la Procesión del Pasado Fenecido; la madre esforzándose tenazmente en seguir los pasos presurosos del hijo. En la larga pausa que sigue, mientras el Constructor de Sombras observa, todo cambia. Del Umbral surge una niebla como la que pende a veces sobre los mares tropicales.

Poco a poco, la niebla se disipa y hace aparición la proa negra e inmensa de un imponente bajel. Las sombras de las grandes velas penden flácidas en el aire sin rastro de brisa. Sobre el baluarte matan el tiempo unas siluetas apáticas, a la espera de que se levante el viento. La niebla se disuelve lentamente y, a juzgar por las sombras de los hombres cobijadas del resplandor del sol y sin cesar de abanicarse con sus anchos gorros marineros, queda claro que hace un calor terrible.

Ahora, en lontananza, a popa del barco, surge sobre el horizonte una nube oscura, no mayor que la mano de un hombre, pero que se desplaza a una velocidad terrible. También a gran distancia, en este caso a proa de la nave, asoman las cumbres de un arrecife coralino, apenas visible sobre la superficie brillante, pero que oscurece las profundidades.

Quienes se hallan a bordo no ven ninguna de las dos cosas, ocupados tan solo en cobijarse bajo toldos y en suspirar por un poco de brisa fresca.

La nube oscura se acerca cada vez más rápido, a la vez que se oscurece y agranda.

Entonces, los que van a bordo se percatan del peligro. Sombras apresuradas corren por las cubiertas y por las escalas. El débil flameo de las velas cesa, al ser arriadas por manos voluntariosas.

Pero por muy rápido que trabajen las manos de los marineros, la tempestad es más veloz.

Se abalanza, trayendo consigo cosas terribles: oscuridad, olas inmensas que rompen con rabia, torres de espuma que ascienden hacia el cielo, nubarrones que giran enfurecidos, y en el centro de todas esas sombras deslizantes, giratorias, desbocadas, se mece la del barco.

Cuando la negrura celestial lo cubre todo, la tormenta de sombras sopla a través de la Puerta del Espanto.

Mientras aguarda, atento a lo que vaya a suceder, y ve el ciclón girar entre las sombras de la Procesión del Pasado Fenecido, el Constructor de Sombras no puede evitar sentir, pese a su corazón muerto, una punzada de temor por el valiente marinero zarandeado por los elementos, y por la angustiada madre, sola en casa.

Una vez más, cruzando el Umbral, aparece una sombra, cada vez más clara, aunque muy muy débil al principio, ya que aquí el sol brilla con fuerza y hay poco espacio para las sombras en la desnuda roca que asoma entre los destellos del mar.

Sobre la roca solitaria se halla en pie el marinero, delgado y demacrado, con las ropas reducidas a andrajos. Protegiéndose los ojos con la mano, otea

el mar hasta la línea donde el cielo sin nubes se encuentra con el agua, pero nada se ve en el horizonte, ningún asomo de velas que le aporte un rayo de esperanza.

Durante largo, largo rato otea, hasta que, exhausto, toma asiento en una roca e inclina la cabeza, como si, por unos momentos, fuera presa de la desesperación. Cuando baja la marea, recoge crustáceos entre las rocas.

Así transcurre el día y llega la noche, y en el cielo tropical las estrellas penden como lámparas.

En el fresco silencio de la noche, el marinero abandonado descansa, duerme y sueña. Sueña con el hogar, con unos brazos amorosos que se abren para recibirlo, con banquetes, con campos verdes y ramas agitadas por el viento, y con la felicidad protectora del amor de una madre. Durante el sueño del marinero, el Constructor de Sombras ha convocado su alma dormida para mostrarle todas esas imágenes gratas, que desfilan sin cesar en la Procesión del Pasado Fenecido; lo hace con el fin de consolarlo, para que no desespere y se deje morir.

Y así transcurren muchos y fatigosos días, y el marinero sobrevive en la roca solitaria.

En la lejanía, todo cuanto alcanza a ver es una suerte de colina que se alza sobre el agua. Una mañana, cuando la oscura tonalidad del mar y el viento salitroso prometen tormenta, la montaña distante parece un poco más cercana, y el marinero se cree capaz de alcanzarla a nado.

Mientras se decide, la tormenta se desata y barre al marinero de la roca solitaria. Él nada con valentía y, justo cuando sus fuerzas están a punto de agotarse, la furia de la tempestad lo empuja a una playa de arena suave. La tormenta se aleja y las olas lo depositan sano y salvo. Él avanza tierra adentro, donde encuentra cobijo en una cueva y cae dormido.

El Constructor de Sombras, mientras contempla todo este desfile de sombras de nubes, de tierra, de olas, se alegra en su corazón muerto de que la madre quizás no esté esperando en vano.

Transcurre el tiempo y pasan muchos y muchos días fatigosos. El chico se convierte en un hombre, que vive en una isla solitaria; le ha crecido la barba y viste un traje de hojas. Durante todo el día, salvo cuando trabaja en conseguir comida, vigila desde la cima de la montaña, a la espera de que aparezca un barco. Mientras se encuentra allí arriba oteando el mar, el sol proyecta su sombra ladera abajo. Hasta que al atardecer, cuando el astro se hunde en las aguas, la sombra del marinero solitario se hace tan larga que es una lista negra que desciende toda la ladera, llegando a la orilla.

El hombre solitario se entristece cada vez más mientras observa, y ve transcurrir incontables días y noches.

Llega un momento en que comienza a sentirse débil. Finalmente enferma de muerte y sobrevive a duras penas, en una prolongada agonía.

Luego esas sombras desaparecen.

A través del Umbral aparece la sombra de una anciana, delgada y arrugada, sentada en un *cottage* solitario al borde de un acantilado. En la ventana arde una lámpara durante la noche, para dar la bienvenida al hijo perdido y guiarlo hacia el hogar de su madre. Ella vigila junto a la lámpara, hasta que, fatigada, cae dormida.

Mientras ella duerme, el Constructor de Sombras convoca su alma durmiente mediante un gesto de su espectral mano.

Ella se encuentra junto a él en la morada solitaria, mientras a su alrededor, entrevista a través de los muros neblinosos, circula sin jamás detenerse la Procesión del Pasado Fenecido.

Mientras ella mira, el Constructor de Sombras alza su mano espectral para señalarle a su hijo.

Pero los ojos de la madre son mucho más rápidos, y antes de que él termine de alzar la mano, ella ya ha reconocido a su hijo entre las sombras del pasado. Una alegría indescriptible colma el corazón de la madre, pues lo ve sano y salvo, aunque prisionero de los mares tropicales.

Pero, por desgracia, ella desconoce que la tétrica procesión la compone solo lo que ha sido, y que, aunque en el pasado el marinero solitario estaba vivo, es posible que en el presente, en ese mismo momento, esté agonizando o muerto.

La madre extiende los brazos hacia su hijo y en ese mismo instante su alma durmiente pierde de vista la procesión y se desvanece de la solitaria morada del Constructor de Sombras. Porque en cuanto ella sabe que su hijo sigue con vida, sufre una gran tristeza al imaginarlo solo y a la espera de auxilio, y el corazón de la madre rebosa de dolor, y ella se despierta con grito angustiado.

Cuando se levanta y, pasando junto a la lámpara agonizante, sale al campo, cobra conciencia de que ha tenido una visión de su hijo en sueños, y que él continúa vivo y que necesita ayuda, y en su corazón crece la resolución.

Rápidamente, varias sombras surgen del Umbral.

Una madre solitaria se apresura rumbo a una ciudad lejana.

Hombres serios dicen que no, si bien amablemente, a la mujer que les suplica arrodillada y con las manos en alto.

Hombres de corazón insensible dan la espalda a una madre que implora.

Una turba salvaje de niños y niñas odiosos e irreflexivos persigue por las calles a una mujer que huye.

Una sombra de dolor en el corazón de una madre.

La aparición de una negra nube de desesperación, pero que se ve bloqueada a gran distancia, no pudiendo penetrar en la soleada determinación de la madre.

Días fatigosos, con su propia miríada de sombras.

Noches solitarias, desazón, frío, hambre y dolor; y entre todas esas sombras, cada vez más oscuras, la veloz sombra de los pies siempre en movimiento de la madre.

Una larga, larga sucesión de imágenes semejantes desfila en la procesión, hasta que el corazón muerto del Constructor de Sombras se hiela, y dirige miradas coléricas a todos cuantos suman angustia y dificultades al fiel corazón de la madre.

Y todas esas sombras penetran flotando en la niebla negra y se pierden en las tinieblas de la Puerta del Espanto.

Otra sombra cobra forma entre la niebla.

Un anciano sentado en un sillón. Las llamas de una chimenea proyectan su danzante silueta sobre la pared de la estancia. Es viejo, porque los anchos hombros se hallan encorvados, y la cara ancha y fuerte se encuentra arrugada por el tiempo. Hay otra sombra en la habitación: la de la madre; está frente a la mesa y cuenta su historia, sus escuálidas manos señalan hacia donde, en la lejanía, sabe que su hijo se halla prisionero en mares solitarios.

El anciano se pone en pie; el entusiasmo de la madre lo ha conmovido, y retornan a su memoria el amor, la energía y el valor de su juventud. La gran mano se eleva, se cierra en un puño y asesta un fuerte golpe sobre la mesa, como si declarara el establecimiento de una promesa. La madre cae de rodillas, toma la gran mano, la besa y vuelve a ponerse en pie, firme.

Otros hombres aparecen. Reciben órdenes. Se apresuran.

Muchas sombras a continuación, cuyos movimientos, agilidad y firme propósito hablan de vida y esperanza.

A la puesta de sol, cuando los mástiles proyectan largas sombras sobre las aguas del puerto, un gran barco se dispone a emprender viaje hacia los mares tropicales. Las sombras de los hombres suben y bajan a toda prisa por las jarcias y corren por las cubiertas.

Las sombras dan vueltas alrededor del cabrestante y es levada el ancla; y el gran bajel zarpa hacia el sol poniente.

En la proa, como una representación de la Esperanza, se encuentra la madre, escrutando el horizonte.

Esta sombra se disuelve.

Un gran barco se desliza con las velas infladas por la brisa; en la proa, la madre, la vista fija siempre en la distancia frente a ella.

Llegan las tormentas y la nave vuela impulsada por su soplido, pero no se desvía de su rumbo, pues la madre, con la mano extendida, señala el camino, y el timonel, balanceándose aferrado a la rueda, obedece a la mano.

También esta sombra se disuelve.

Las sombras de días y de noches pasan en rápida sucesión, y la madre no cesa en la búsqueda de su hijo.

La crónica del próspero viaje se confunde en una sombra borrosa, turbia, neblinosa entre la que solo se distingue claramente una silueta: la de la madre en la proa del bajel.

Ahora desde el Umbral crecen las sombras de la isla montañosa y del barco que a ella se aproxima. En la proa, se arrodilla la madre, mirando hacia el frente y señalando. Se arría un bote. Hombres suben presurosos a bordo, pero a la cabeza va la madre. El bote se acerca a la isla, llega a aguas poco profundas y los hombres saltan a tierra en la playa de arena blanca y ardiente.

Pero en la proa del bote continúa sentada la madre. Durante las largas y angustiosas horas de agonía, ha visto en sueños a su hijo en pie, a lo lejos, observando; lo ha visto hacer señas con el brazo, presa de un gran júbilo, cuando el barco asomó sobre el horizonte; lo ha visto aguardando en pie en la playa; lo ha visto entrar en el agua y atravesar la rompiente para que lo primero que el marinero solitario toque sean las amorosas manos de su madre.

Pero, por desgracia, sus sueños no se han cumplido. Ninguna silueta jubilosa saluda con los brazos desde la cumbre de la montaña; ninguna silueta ansiosa espera en la orilla ni se zambulle para atravesar el rompiente e ir a su encuentro. El miedo le hiela el corazón.

¿Ha llegado demasiado tarde?

Los hombres se alejan del bote, no sin antes tranquilizarla estrechándole la mano y dándole palmadas afectuosas en el hombro. Ella les hace señas para que se apresuren y continúa de rodillas.

Pasa el tiempo. Los hombres ascienden la montaña, buscan, pero no encuentran al marinero perdido, y despacio, arrastrando los pies, regresan al bote.

La madre los oye venir a lo lejos y se pone en pie para recibirlos. Traen la cabeza gacha. Los brazos de la madre se alzan, impulsados por la desesperación, y se derrumba desmayada.

En un instante, el Constructor de Sombras convoca el espíritu de la madre inconsciente y le señala una silueta que desfila, inmóvil, en la Procesión del Pasado Fenecido.

Más rápida que la luz, el alma de la madre vuela de nuevo al cuerpo, provista de alegría renovada.

Se pone en pie en el bote y salta a tierra. Los hombres la siguen, asombrados.

Ella corre a lo largo de la costa. Los marineros la siguen de cerca.

Se detiene ante la entrada de una cueva, cerrada por una cortina de zarzas. Sin volverse, hace una seña a los hombres, ordenándoles esperar. Ellos se detienen y ella pasa entre las zarzas.

Durante unos momentos, del Umbral no surge más que oscuridad, y entonces una visión muy muy triste cobra forma y pasa.

Una cueva profunda y oscura, un hombre esquelético tendido boca abajo, pero ¡oh, desgracia!, ella no siente latir el corazón que tanto ama.

En un gesto desbocado, con el corazón arrasado, se arroja sobre el cuerpo de su hijo y lo estrecha, como si el abrazo de una madre fuera más fuerte que la presa de la muerte.

El corazón muerto del Constructor de Sombras está vivo de dolor cuando aparta la vista de la lastimera imagen y lanza una mirada de angustia más allá de la Puerta del Espanto, de la que deben surgir la madre y el hijo para sumarse a las filas en perpetuo movimiento de la Procesión del Pasado Fenecido.

Lenta, muy lentamente aparece y pasa la sombra del marinero, frío como la arcilla.

Pero los pies de la madre son más rápidos que la luz. Los brazos, a los que el amor presta fuerza, se hallan extendidos; las escuálidas manos atrapan la sombra en tránsito de su hijo y tiran de ella, obligándola a retroceder, más allá de la Puerta del Espanto, hacia la vida, la libertad y el amor.

El solitario Constructor de Sombras sabe ahora que los brazos de la madre son más fuertes que la presa de la muerte.

DE CÓMO EL SIETE SE VOLVIÓ LOCO

(How 7 Went Mad)

En la orilla del río que fluye a través del país, hay un bello palacio donde mora uno de los nobles de aquellas tierras.

La orilla se eleva, empinada, desde la fuerte corriente, y los grandes árboles que crecen en la pendiente hasta alcanzar una altura tal que sus ramas se mecen al mismo nivel que las torretas palaciegas. Es un hermoso enclave, en el que la hierba crece fresca, corta y apretada, como terciopelo, y tan verde como las esmeraldas. Las margaritas brillan como estrellas caídas, dispersas sobre el césped.

Numerosos niños y niñas han vivido en el antiguo palacio hasta convertirse en hombres y mujeres, y han tenido abundantes mascotas. Entre ellas ha habido muchos pájaros, ya que los pájaros de todo tipo aman el lugar. En un rincón hay un pequeño espacio conocido como el Cementerio de los Pájaros. Todas las mascotas se depositan allí al morir, la hierba brota más verde que en ningún otro sitio y las flores crecen en abundancia entre los monumentos funerarios. Uno de los niños que habitó en el palacio tuvo una vez como mascota un cuervo. El ave se había roto una pata, él la encontró, se la llevó a casa y la cuidó hasta que pudo volver a caminar, pero la pobre criatura aún estaba débil.

El niño se llamaba Tineboy; y el pájaro, Señor Daw. Como pobléis imaginar, el cuervo quería mucho al niño y nunca se separaba de él. Tenía una jaula en su habitación, a la que acudía a posarse cada noche en cuanto se escondía el sol. Los pájaros acostumbran a irse a la cama por iniciativa propia y muy temprano, y si alguna vez queréis castigar a un pájaro, lo que tenéis que hacer es impedirle dormir. Los pájaros no son como los niños y las niñas. ¿Os imagináis lo que sería castigar a los niños o las niñas con no dejarlos irse a la cama al atardecer o prohibiéndoles madrugar?

Cuando amanecía, el cuervo se despertaba y desperezaba, parpadeaba y se daba una buena sacudida, tras lo que se sentía lo bastante espabilado y

dispuesto para dar inicio al día.

El momento de levantarse es mucho más llevadero para un pájaro que para un niño o una niña. No se les mete jabón en los ojos, ni el peine les da tirones cuando se atasca en los nudos del pelo, ni tienen problemas para atarse los cordones de los zapatos. Es así porque no usan jabón, ni peine, ni zapatos con cordones; si lo hicieran, a lo mejor también ellos lo pasarían mal.

Cuando Señor Daw terminaba de espabilarse, pasaba de un brinco a la cama y se ocupaba de que su amo se despertara y se levantara; pero de las dos tareas, la primera era mucho más sencilla. Cuando el niño iba a la escuela, el pájaro lo acompañaba volando y luego se posaba en un árbol hasta que terminaban las clases, tras lo que lo seguía a casa del mismo modo.

Tineboy quería mucho a Señor Daw y a veces intentaba hacerlo entrar a la escuela durante las clases. Pero el pájaro era muy listo y se quedaba fuera.

Un día, Tineboy debía resolver unos ejercicios de aritmética, pero en lugar de prestar atención a lo que estaba haciendo, no dejaba de tratar que Señor Daw entrara al aula. El ejercicio consistía en multiplicar ciento diecisiete mil seiscientos cuarenta y nueve por siete. Tineboy y Señor Daw cruzaban miradas. Tineboy hacía señas al pájaro para que entrara. Señor Daw, sin embargo, no se movía; estaba sentado fuera, a la sombra, ya que hacía un día muy caluroso, inclinaba la cabeza a un costado y miraba con aire de complicidad.

—Vamos, Señor Daw —dijo Tineboy—, entra y ayúdame con el ejercicio.

Señor Daw se limitó a graznar.

—Siete veces nueve son setenta y siete, siete veces nueve son setenta y nueve…, no, noventa y siete. Oh, no lo sé. Me gustaría que nunca se hubiera inventado el número siete —dijo Tineboy.

—¡Croak! —dijo Señor Daw.

Como hacía tanto calor, Tineboy tenía mucho sueño. Se le ocurrió que a lo mejor resolvía el problema si antes descansaba un poco, nada más que para pensar, así que apoyó la cabeza en la mesa. No estaba cómodo del todo, porque su frente se apoyaba en el siete, o al menos eso le pareció a él, así que se movió un poco y la colocó en el borde de la mesa. Un rato después, sin embargo, sucedieron ciertas cosas de lo más extraño.

El director de la escuela se disponía a contarles un cuento.

Los alumnos se prepararon para escuchar; el cuervo se posó en el alféizar de la ventana abierta, se colocó de costado, cerró un ojo, el del lado del aula,

para que pensaran que dormía y escuchó con mayor atención que cualquiera de los niños.

Los alumnos estaban encantados, todos salvo tres. Uno porque se le había dormido una pierna; una niña, porque llevaba requesón en el bolsillo y se lo quería comer, pero no podía hacerlo sin que la descubrieran, y el requesón se estaban ablandando; y otro niño porque tenía mucho sueño y quería dormir, pero también quería escuchar el cuento, y una cosa le impedía hacer la otra.

El director comenzó el cuento.

DE CÓMO EL POBRE SIETE SE VOLVIÓ LOCO

—El médico del alfabeto…

Nada más empezar, ya fue interrumpido por Tineboy, que dijo:

—¿Qué es un médico del alfabeto?

—Un médico del alfabeto —dijo el director—, es un doctor que cura los dolores y las enfermedades de las letras del alfabeto.

—¿Las letras tienen dolores y enfermedades? —preguntó Tineboy.

—Montones. ¿No has escrito nunca una «o» encorvada o una «A» con una pata coja, o una «T» con el trazo vertical inclinado?

Toda la clase respondió a coro:

—Claro que sí. Muchas veces.

Ruffin, el mayor de los niños, dijo luego:

—Lo hace montones de veces. En realidad, siempre.

—Muy bien, entonces debe haber alguien que arregle las letras, ¿no?

Ningún niño supo responder. Solo se oyó murmurar a Tineboy:

—Yo no me lo creo.

El director comenzó de nuevo.

—El médico del alfabeto estaba tomando el té. Estaba muy cansado, pues había atendido casos durante todo el día.

Tineboy le interrumpió de nuevo.

—¿Qué casos?

—Te lo diré. Tuvo que añadir una «i» que alguien había omitido y rectificar la pata de una «R» que más bien parecía una «B».

»Acababa de probar su té cuando alguien llamó con urgencia a la puerta. Fue a abrir y un mozo de cuadra entró a toda prisa en la habitación, sin aliento después de haber ido corriendo, y dijo:

»—¡Doctor, venga rápido! ¡Ha ocurrido una desgracia!

»—¿Dónde? —preguntó el médico.

»—En los establos de los números».

—¿Qué son los establos de los números? —volvió a interrumpir Tineboy.

—Los establos de los números —dijo el director— son los establos donde se guardan los números.

—¿Por qué se guardan en establos? —dijo Tineboy.

—Porque son muy rápidos.

—¿Cómo muy rápidos?

—Trabaja en tus ejercicios de aritmética y lo verás enseguida. O echa un vistazo a las tablas de multiplicar; empiezan en dos por uno son dos y al final de la página ya van por veinte veces veinte. ¿No es eso ir muy rápido?

»Tenían que guardar a los números en establos porque, si no, escaparían todos y no se volvería a saber de ellos. Al final de la jornada, todos volvían a los establos, se cambiaban de zapatos, se aseaban y tomaban la cena.

»El palafrenero del establo de los números estaba muy nervioso.

»—¿Qué sucede? —preguntó el médico.

»—Es el pobre siete, señor.

»—¿Qué le pasa?

»—Está muy mal. No creemos que lo supere.

»—¿Superar qué? —quiso saber el médico.

»—Venga a ver —dijo el palafrenero.

»El médico se apresuró, llevando consigo la linterna, ya que era una noche muy oscura, y no tardaron en llegar a los establos.

»Cuando se acercaron empezó a oírse sonidos extraños: un suspiro y un jadeo, un grito y una tos, una risa y un rechinar de dientes insoportable.

»—¡Dese prisa! —dijo el palafrenero.

»Cuando el médico entró en los establos se encontró al pobre número siete rodeado por todos sus vecinos, y estaba en muy mal estado. Echaba espuma por la boca y parecía haber enloquecido. La enfermera del pueblo de la gramática le sujetaba la mano, tratando de sangrarlo. Los vecinos se estrujaban las manos o se frotaban el cuello, los que no estaban ayudando a sujetarlo. El piesero, el hombre —explicó el director al ver que Tineboy se disponía a preguntárselo— que pone pies a las letras y los números para que se sostengan erguidos sin agotarse, sujetaba contra el suelo al pobre número demente.

»La enfermera, tratando de serenarlo, decía:

»—Ya está, ya ha pasado, querido. No armes tanto escándalo. Aquí está el médico del alfabeto, que te devolverá la cordura.

»—No quiero estar cuerdo —gritó el siete.

»—Pero, buen hombre —dijo el médico—, no puede usted estar tan loco como para insistir en estar loco.

»—¡Sí que lo estoy! —dijo el siete, sin dejar de gritar.

»—En ese caso —dijo el médico amablemente—, si está usted tan loco como para insistir en estar loco, debemos curar su locura, y entonces estará usted lo bastante cuerdo como para querer estar cuerdo, y eso también se lo curaremos».

—No lo entiendo —dijo Tineboy.

—¡Sssh! —dijo toda la clase.

»El médico sacó el estetoscopio, el telescopio, el microscopio y el horóscopo. En primer lugar, apoyó el estetoscopio en la planta del pie del siete, y habló al aparato.

»—No se usa así —dijo la enfermera—. Tiene usted que apoyarlo en su pecho y escuchar.

»—En absoluto, señora —dijo el afable médico—. Eso es lo que se hace con la gente cuerda; pero cuando alguien está loco hay que seguir el tratamiento contrario.

»Tomó luego el telescopio y miró a través de él para ver de cerca al siete, y usó el microscopio para ver lo pequeño que era, y luego le dibujó su horóscopo».

—¿Por qué lo dibujó? —dijo Tineboy.

—Porque, muchacho, cuando estás cuerdo, te redactan el horóscopo; pero como el pobre hombre estaba loco, el horóscopo se lo tenían que dibujar.

—¿Qué es un horroróscopo? —preguntó Tineboy.

—Horroróscopo no, muchacho. Horóscopo.

—¿Y qué es un horóscopo?

—Consúltalo en el diccionario, muchacho —dijo el director.

»Cuando el médico hubo usado todos sus instrumentos, dijo:

»—Los he utilizado para averiguar la dimensión del mal. Procederé ahora a descubrir la causa. En primer lugar, interrogaré al paciente. Señor mío, ¿por qué insiste usted en estar loco?

»—Porque así lo he decidido.

»—Esa no es una respuesta muy cortés. ¿Por qué lo ha decidido?

»—No puedo decirlo —respondió el siete— a menos que dé un discurso.

»—Adelante, dé un discurso.

»—No puedo hablar hasta que no me suelten. ¿Cómo puedo dar un discurso con toda esta gente sujetándome?

»—Nos da miedo soltarle —dijo la enfermera—. Puede escapar.

»—No lo haré.

»—¿Lo promete? —preguntó el doctor.

»—Lo prometo —dijo el siete.

»—Suéltenlo —dijo el doctor, tras lo que colocaron una alfombra debajo del número y el piesero se sentó sobre su cabeza, como se hace cuando un caballo se cae en la calle. Después, todos los demás se apartaron, tras lo que el piesero se retiró también, y, tras mucho forcejeo, el siete se puso en pie.

»—Ahora, dé el discurso —dijo el médico.

»—No puedo empezar —dijo el siete— hasta no tener un vaso de agua y una mesa. ¿Dónde se ha visto que alguien dé un discurso sin un vaso de agua?

»Así que le llevaron un vaso de agua.

»—Damas y caballeros —comenzó el siete, y se detuvo.

»—¿A qué espera? —preguntó el médico.

»—Un aplauso, claro está —dijo el siete—. ¿Dónde se ha visto un discurso sin un aplauso?

»Todos le aplaudieron.

»—Estoy loco —dijo el siete— porque he elegido estarlo, y nunca podré, deberé, querré ni necesitaré estar otra cosa más que loco. El trato que recibo basta para enloquecerme.

»—¿Pero qué dice? —preguntó el médico—. ¿Qué tratamiento?

»—Mañana, tarde y noche me tratan peor que a un esclavo. En todo el temario educativo no hay nadie que tenga que soportar lo que yo aguanto. Me esfuerzo a diario. Nunca me quejo. A menudo soy múltiplo, a menudo multiplicando. Estoy deseoso de desempeñar la parte que me corresponde como resultado, pero no puedo tolerar el trato que recibo. Me suman mal, me dividen mal, me restan mal y me multiplican mal. A los demás números no los tratan así; y, además, no son huérfanos, como yo.

»—¿Huérfanos? —dijo el doctor—. ¿A qué se refiere?

»—A que otros números tienen muchos parentescos. Pero yo no tengo parientes ni amigos, salvo el viejo número uno, y tampoco cuenta mucho; y, además, yo solo soy su tátara-tátara-tátaranieto.

»—¿Qué quiere decir? —preguntó el doctor.

»—Es un buen amigo que siempre está ahí. Vive rodeado de hijos, y yo estoy seis generaciones por debajo.

»—Hmmm… —dijo el doctor.

»—El número dos —continuó el siete— nunca se mete en problemas, y cuatro, seis y ocho son sus primos. El número tres es amigo íntimo del seis y

del nueve. El número cinco es la mitad de una decena y tampoco se mete en problemas. Pero yo, yo soy un desgraciado, se me maltrata y estoy solo.

»El pobre siete rompió a llorar y, agachando la cabeza, sollozó desconsolado».

Llegado a este punto, el director hizo una pausa porque el pequeño Tineboy también estaba llorando.

—¿Por qué lloras? —preguntó Ruffin, el abusón de la clase.

—No estoy llorando —dijo Tineboy, y lloró más copiosamente que nunca.

El director retomó el cuento.

—El doctor del alfabeto trató de animar al pobre siete.

»—Escuche, escuche —dijo.

»El siete dejó de llorar y lo miró.

»—No —dijo—. Tendría que decir usted: “Hable, hable”, soy yo el que debería decir: “Escuche, escuche”.

»—Cierto —dijo el doctor—, lo diría usted si estuviera cuerdo, pero ahora no está usted cuerdo; y, al estar loco, dice lo que no debería decir.

»—Falso —dijo el siete.

»—Comprendo —dijo el doctor—, pero insisto en explicarme. Si estuviera usted cuerdo, diría: “Cierto”, pero ha dicho: “Falso”, lo que significa que me da la razón.

»El siete pareció complacido al comprobar que se le entendía.

»—No —dijo él, queriendo decir: “Sí”.

»—Entonces —continuó el doctor—, si dice usted: “Hable, hable”, cuando un cuerdo diría: “Escuche, escuche”, naturalmente yo debería decir: “Escuche, escuche” cuando quiera decir: “Hable, hable”, porque me estoy dirigiendo a un loco.

»—No, no —dijo el siete, queriendo decir: “Sí, sí”.

»—Prosiga su discurso —dijo el doctor.

»El siete sacó su pañuelo y se sonó.

»—Damas y caballeros —continuó—, una vez más, denuncio la situación del pobre y maltratado número; es decir, yo mismo. Ese número huérfano. Ese número sin parentesco».

Tineboy interrumpió al director.

—¿Cómo es que no tenía pellejo[1]?

—Parentesco, muchacho. Parentesco, no pellejo —dijo el director.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Tineboy.

—Vas a sentir este bastón en tu pellejo si sigues interrumpiendo —dijo el director.

Tineboy se calló.

—Bueno —dijo el director—, el pobre siete continuó: «Suplico su compasión por este triste número. Pensad, niños y niñas, en el pobre número desconsolado, que no tiene casa, ni amigos, ni padre, madre, hermano, hermana, tío, tía, sobrino, sobrina, hijo, hija, ni primo, y que está solo y desamparado».

Tineboy soltó un gran lamento.

—¿Por qué lloras? —preguntó el director.

—Quiero que el pobre siete sea más feliz. Le daré la mitad de mi almuerzo y compartiré la cama con él.

El director se dirigió al maestro.

—Tineboy es un buen chico. Para la semana que viene póngale como ejercicio multiplicar siete por cero. A lo mejor eso le calma.

El cuervo, posado en la ventana, guiñó un ojo, dio un saltito, acompañado de un contenido graznido de diversión, aleteó y pareció abrazarse a sí mismo y reírse. A continuación entró de un saltito en el aula, sin que nadie lo viera, y se ocultó en lo alto de una estantería de libros.

El director retomó el cuento.

—Bueno, niños, al cabo de un rato el pobre siete se sintió mejor y prometió volverse cuerdo. Antes de que el doctor volviera a casa, todos los niños del alfabeto y de los números estrecharon la mano al pobre siete y le prometieron portarse mejor con él a partir de entonces.

»—Y ahora, muchachos, ¿qué pensáis del cuento?».

Todos dijeron que les había gustado, que era precioso y que intentarían portarse mejor con el pobre siete a partir de entonces. Por último, Ruffin, el abusón, dijo:

—Yo no me lo creo. Y si pasó de verdad, yo preferiría que se hubiera muerto. Estaríamos mejor sin él.

—¿Mejor? —preguntó el director—. ¿Cómo?

—Porque ya no nos daría problemas —dijo Ruffin.

A continuación se oyó una especie de graznido, pero nadie le hizo caso, salvo Tineboy, que dijo:

—Señor Daw, tú y yo queremos al siete, al menos.

El cuervo odiaba a Ruffin porque este siempre le lanzaba piedras y una vez había intentado arrancarle las plumas de la cola, y cuando Ruffin habló, el

graznido pretendía decir: «Tú espera y verás». Cuando nadie estaba mirando, Señor Daw alzó el vuelo y se ocultó entre las vigas del techo.

Por fin, acabaron las clases por ese día y la escuela cerró sus puertas; Tineboy volvió a casa pero no consiguió encontrar a Señor Daw por ninguna parte. Pensó que el cuervo se había perdido, se puso muy triste y se fue a la cama llorando.

Entre tanto, cuando la escuela estaba cerrada y desierta, Señor Daw descendió muy en silencio de las vigas, cojeó por el suelo y agachó la cabeza para escuchar, por si veía a alguien; de un corto vuelo se encaramó a la manilla de la puerta y miró por el ojo de la cerradura. No se veía ni se oía nada.

Recorrió toda el aula, se elevó hasta los carteles con las tablas de multiplicar y pasó las páginas de los libros con las garras, cogiendo ALGO con su afilado pico.

Por difícil de creer que resulte, estaba robando todos los números siete que había en la estancia; cogió el siete de la esfera del reloj, lo borró de todas las pizarras de los alumnos, y lo mismo hizo, sirviéndose de las alas, en el encerado de la clase. Señor Daw sabía que si te apropias de todos los ejemplares de cualquier número de un aula, nadie más puede volver a usarlo sin tu permiso.

Al mismo tiempo que cogía y se tragaba todos los sietes, iba creciendo de tamaño, y después de habérselos comido todos, había multiplicado su tamaño, exactamente, por siete.

No fue capaz de hacerlo todo de una sola vez. Le llevó toda la noche, y cuando regresó a su escondrijo en un rincón de las vigas, casi era la hora de apertura de la escuela.

Tan grande era, que lo único que podía hacer era acurrucarse en su rincón.

Llegó la hora de comienzo de las clases, pero el maestro no había aparecido, y tampoco los alumnos. Pasó toda una hora, y entonces llegó el maestro, y los bedeles, y todos los niños y las niñas.

Una vez que estuvieron todos dentro, el maestro dijo:

—Llegáis muy tarde.

—Lo sentimos, señor, no hemos podido evitarlo —respondieron todos a la vez.

—¿Por qué no habéis podido evitarlo?

Volvieron a responder todos a la vez:

—No me despertaron a tiempo.

—¿A qué hora os despiertan por las mañanas?

Todos parecieron a punto de decir algo, pero acabaron guardando silencio.

—¿Por qué no respondéis? —preguntó el maestro.

Movieron la boca como si estuvieran hablando, pero ninguno dijo nada.

El cuervo, en su rincón, rio para sí.

—¿Por qué no respondéis? —volvió a preguntar el maestro—. Si no respondéis a mi pregunta, os quedaréis castigados.

—Lo sentimos, señor, pero no podemos —dijo uno.

—¿Por qué no?

—Porque…

Entonces intervino Tineboy:

—¿Por qué ha llegado usted tan tarde, señor?

—Bueno, muchacho, lamento haber llegado tarde, pero la cuestión es que mi criado no llamó a mi puerta a la hora de costumbre.

—¿Qué hora es esa, señor? —preguntó Tineboy.

El maestro pareció a punto de decir algo, pero no llegó a hacerlo.

—Esto es muy raro —dijo tras una larga pausa.

Ruffin dijo fanfarroneando:

—No llegamos tarde, para nada. Usted está aquí, y nosotros estamos aquí, y ya está.

—No, no está —dijo el maestro—. Las clases empiezan a las diez, y ahora son las once. Hemos perdido una hora.

—¿Cómo la hemos perdido? —preguntó un alumno.

—Eso es lo que no comprendo. Solo tenemos que esperar un poco y todo se aclarará.

—¡A lo mejor alguien la ha robado! —intervino de pronto Tineboy.

—¿Robado el qué? —preguntaron todos.

—No lo sé —dijo Tineboy.

Todos se rieron.

—No os riais. Falta algo. ¡Mirad mi lección! —dijo Tineboy enseñándoles su libro.

He aquí lo que vieron:

> —por uno son, —por dos son catorce, —por tres son veintiuno, —por cuatro son veintiocho, —por cinco son treinta y cinco, —por seis son cuarenta y dos, —por — son cuarenta y nueve, —por ocho son cincuenta y seis, —por nueve son sesenta y tres, —por diez son —cero.

Todos los alumnos se apiñaron alrededor de Tineboy para ver su libro. Ruffin no; él miraba el reloj de la clase.

—Al reloj le falta algo —dijo; y era cierto que algo fallaba en el reloj.

El maestro alzó la vista, pues había estado con la cabeza apoyada en la mesa, gruñendo.

—¿Qué pasa con el reloj? —preguntó.

—Le falta algo.

—Falta un número. Solo hay once horas —dijo el maestro.

—No, no —dijeron los alumnos.

—Cuenta las horas, Ruffin —dijo el maestro.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ocho, nueve, diez, once, doce.

—Correcto —dijo el maestro—. Como veis, hay doce. No, no las hay… Sí, sí las hay… No… Sí… No… Sí… ¿Qué está pasando aquí? —preguntó mirando a su alrededor, tras lo que volvió a apoyar la cabeza en la mesa y retomó sus gruñidos.

Mientras tanto, el cuervo se había desplazado calladamente por las vigas hasta situarse sobre la mesa del maestro, y entonces se sacó un buen siete y lo dejó caer sobre la calva coronilla del maestro. Rebotó en la cabeza y fue a parar a la mesa, delante de él. En cuanto lo vio, el profesor supo qué había estado echando de menos todo ese tiempo. Tapó el siete con un trozo de papel secante. Seguidamente, llamó a Ruffin.

—Ruffin, me has dicho que faltaba algo. ¿Estás seguro?

—Sí, claro.

—Muy bien. ¿Recuerdas lo que dijiste ayer, que te gustaría que cierto número hubiera muerto en un manicomio?

—Sí, me acuerdo, y sigo pensando igual.

—Bien, pues alguien ha robado ese número esta noche.

—¡Hurra! —exclamó Ruffin, arrojando su libro al techo. Este golpeó al pobre Señor Daw, que tenía otro siete en el pico, listo para soltarlo, e hizo que se le escapara. Cayó dentro del sombrero de Tineboy, que este sostenía en la mano. Lo sacó, se acercó para verlo y lo acarició.

—Pobre siete —dijo Tineboy.

—Dame ese número —dijo Ruffin.

—No. Es mío.

—Entonces te obligaré a dármelo —dijo Ruffin, que agarró de las solapas a Tineboy ante las mismas narices del maestro.

—Suéltame. No voy a darte mi pobre siete —dijo Tineboy, y se puso a llorar y gritar.

—Ruffin, suéltalo —dijo el maestro.

Ruffin obedeció.

—¿Siete veces siete? —preguntó el maestro.

Ruffin no respondió. No podía, porque no tenía ningún siete.

—Yo lo sé —dijo Tineboy.

—Claro —dijo Ruffin, desdeñoso—, lo sabe porque tiene un número.

—Cuarenta y nueve —dijo Tineboy.

—Correcto —dijo el maestro—. Subes puestos, Tineboy.

Tineboy ocupó un puesto en la parte alta de la lista de la clase, mientras que Ruffin cayó hasta uno de los últimos.

—¿Siete veces cuarenta y nueve? —preguntó el maestro.

Todos guardaron silencio.

—¡Vamos, responded! —dijo el maestro.

—¿Sabe usted la respuesta? —preguntó Tineboy.

—Bueno, muchacho, me temo que no. Diantres, esto es muy raro —dijo el maestro, y apoyó la cabeza en la mesa y se puso a gruñir más alto que nunca.

Justo entonces Señor Daw soltó otro siete, que cayó en el suelo delante de Tineboy.

—Trescientos cuarenta y tres —dijo Tineboy rápidamente; ya que, teniendo otro siete, podía responder.

El profesor alzó la vista y se rio bien alto.

—¡Hurra, hurra! —dijo.

Con la caída del tercer siete, el cuervo empezó a aumentar de tamaño.

Se volvió siete veces más grande de su tamaño habitual, tan grande que levantó las tejas del tejado.

Todos los alumnos miraron hacia arriba; Ruffin tenía la boca abierta, y Señor Daw, ansioso por deshacerse de los sietes, dejó caer uno dentro.

—Dos mil trescientos uno —farfulló Ruffin.

Señor Daw le dejó caer otro siete en la boca, y el niño volvió a farfullar, con más dificultades aún que antes:

—Dieciséis mil ochocientos siete.

El cuervo se puso a lanzarle sietes todo lo rápido que podía, y cada vez que soltaba uno, se volvió un poco más pequeño, hasta que recuperó su tamaño habitual.

Ruffin seguía farfullando números, medio atragantado, lo más rápido que podía, hasta que empezó a ponerse morado y se derrumbó, presa de un ataque, tras haber llegado a «Setenta y nueve mil setecientos noventa y dos billones doscientos sesenta y seis mil doscientos noventa y siete millones seiscientos doce mil uno».

De pronto, Tineboy se despertó, y descubrió que había estado soñando con la cabeza apoyada en la mesa.

MENTIRAS Y LIRIOS

(Lies and Lilies)

Claribel vivió en paz y felicidad con su padre y su madre, desde que era un bebé hasta que, a los diez años, empezó a ir a la escuela.

Sus padres eran gente buena y cortés, amantes de la honestidad, que siempre trataban de marchar por la senda de la justicia. No enseñaron a Claribel más que cosas buenas, y su madre, Fridolina, le hacía acompañarla a diario cuando iba a visitar y consolar a los enfermos.

Cuando Claribel empezó a ir a la escuela fue incluso más feliz que antes, ya que a partir de entonces no solo tenía su casa, sino también muchos y nuevos amigos de su misma edad, a los que llegó a conocer bien y a querer. La maestra era muy buena y muy amable y muy anciana, con un precioso pelo blanco y un rostro bondadoso que nunca se endurecía ni enfadaba, excepto cuando alguien decía una mentira. Entonces la sonrisa se borraba de su cara, lo que recordaba al cambio que experimenta el cielo cuando se oculta el sol, y ella se ponía muy seria y lloraba calladamente. Si el niño que se había portado mal confesaba la falta y prometía no volver a decir una mentira nunca más, la sonrisa retornaba, igual que el sol al amanecer. Pero si el niño se aferraba a su mentira, la expresión de la maestra mantenía la severidad y su mirada seria se quedaba grabada en la memoria del niño, aunque su maestra ya no estuviera presente.

A diario la maestra hablaba a los niños de la belleza de la verdad y de lo fea y terrible que es la mentira. También les contaba historias del Gran Libro, y una que le gustaba en particular, y asimismo a los niños, era la de la Ciudad Hermosa, donde la gente buena habita en el más allá.

Los niños nunca se cansaban de oír hablar de esa ciudad, hecha de jaspe, tan clara como el cristal, con sus doce puertas, y el nombre de cada una escrito sobre la misma, y hacían preguntas a la maestra sobre el ángel que vigilaba la ciudad tomando la medida de las cosas con un junco dorado. Siempre, hacia el final de la historia, la voz de la maestra se tornaba muy

grave, y empezaba a hablar en susurros, lo que obligaba a los niños a acercarse, un poco asustados, para oír cómo fuera de la bella ciudad vivían, condenados para siempre, «quienesquiera que decían mentiras y disfrutaban de ello».

A continuación, la buena maestra les explicaba lo terrible que debía de ser tener que quedarse fuera de la ciudad y no poder participar de toda la belleza y de la gloria eterna de su interior. Y todo por culpa de una falta que, en realidad, nadie tiene la necesidad de cometer: decir una mentira. La gente no se enfada demasiado, ni siquiera cuando se ha cometido una falta, siempre que la verdad se diga de inmediato; pero si la falta se empeora sumándole una mentira, entonces todo el mundo se enfada mucho, y con justicia. Si hombres y mujeres, incluso padres y madres que quieren mucho a sus hijos pequeños, se enfadan, ¿cuánto se enfadará Dios con quien comete el pecado de la mentira?

A Claribel le encantaba esa historia y a menudo lloraba al pensar en la pobre gente que tenía que quedarse fuera de la Ciudad Hermosa para siempre, pero nunca se detuvo a pensar que ella misma podía decir una mentira. Nunca lo hizo, hasta que sufrió la tentación. Cuando las personas se creen muy buenas, corren el riesgo de caer en el pecado, porque si no nos mantenemos siempre en guardia contra el mal, seguramente incurriremos en algo malo; y como Claribel no temía el mal, fue conducida fácilmente al pecado.

Los niños trabajaban en sus ejercicios de aritmética. Unos pocos sabían hacerlos y llegaron sin dificultades a la solución; pero otros no pudieron dar con la solución correcta, y otros se quedaron bloqueados, sin obtener ninguna solución en absoluto. Un par de niños malos ni siquiera intentaron hacer los ejercicios y se dedicaron a dibujar y escribir sus nombres en sus pizarras. Claribel intentó hacerlos, pero no se acordaba de cuánto es nueve veces siete, y en lugar de empezar por «dos veces uno son dos» e ir ascendiendo, se aburrió, empezó a vaguear, abandonó los ejercicios y se puso a dibujar, sin concluir tampoco ninguno de los dibujos. Miró hacia la ventana en busca de algo que dibujar y vio, en la parte inferior de los cristales, las flores de colores pintadas allí para impedir que los niños miraran hacia el exterior durante las horas de clase. Claribel se fijó en una de ellas, un lirio, y empezó a dibujarlo.

Skooro la vio distraída y dio inicio a su vil labor. Para ayudarla a hacer lo que no debía hacer, tomó la forma de un lirio y se tendió lánguidamente sobre la pizarra de la niña, de modo que, para dibujar la flor, ella solo tuvo que seguir los bordes con la tiza. No es que dibujar un lirio sea algo malo, y si Claribel lo hubiera hecho en el momento apropiado habría sido merecedora de

aplausos; pero algo bueno se puede convertir en malo si se hace en el momento equivocado, y esto es lo que sucedió con el lirio de Claribel.

Finalmente, la maestra pidió las pizarras de los alumnos. Cuando Claribel le llevó la suya, supo que había hecho algo malo y se arrepintió, pero se arrepintió solo porque le daba miedo que la castigaran. Cuando la maestra le pidió la respuesta de sus ejercicios, la niña agachó la cabeza y dijo que no había llegado a ellas.

—¿Lo has intentado? —preguntó la maestra.

—Sí —dijo ella, pensando que lo había intentado un poco, al principio.

—¿Te has distraído? ¿Has hecho algo más, aparte de tus ejercicios?

Supo que si decía que se había distraído tendría problemas, y entonces, olvidándose de la ciudad de jaspe y de los condenados a permanecer allende sus bellas puertas, dijo que no había hecho nada más que sus ejercicios. La maestra aceptó su palabra, ya que la niña siempre había sido sincera hasta entonces, y dijo:

—Supongo que no has sabido resolverlos, cariño. Déjame ayudarte.

Y, amablemente, la maestra le indicó la manera de solucionar los ejercicios.

Claribel regresó a su pupitre con la cabeza gacha, sabiendo que había dicho una mentira, y pese a que nadie tenía por qué saberlo, estaba arrepentida, y se sintió como si estuviera condenada en el exterior de la ciudad reluciente. Si en ese momento hubiera corrido junto a su maestra y dicho: «Me he portado mal, pero volveré a ser una niña buena», todo habría acabado bien; pero no lo hizo, y cada minuto que pasaba hacía la confesión más difícil.

Las clases terminaron poco después y Claribel volvió a su casa muy triste. No tenía ganas de jugar, porque había dicho una mentira y sentía un gran peso en el corazón.

Cuando llegó la hora de ir a la cama, se tumbó, muy cansada, pero no fue capaz de dormir; lloró con amargura, porque no podía rezar. Se arrepentía de haber dicho una mentira y le pareció injusto que su arrepentimiento no bastara para que volviera a sentirse bien, pero su conciencia le decía: «¿Confesarás mañana?». Pero ella pensó que no haría falta, porque el pecado ya era cosa del pasado y no había hecho mal a nadie. No obstante, sabía que se engañaba a sí misma. Si la maestra hubiera dado su opinión sobre lo sucedido, habría dicho:

—Siempre ocurre igual, mis queridos niños. Un pecado no se puede borrar sin pasar antes por la vergüenza, pues, sin la vergüenza y el

reconocimiento de la culpa, el corazón no se puede limpiar de pecado.

Finalmente, Claribel lloró hasta quedarse dormida.

Mientras tanto, el ángel niño se coló en la habitación y pasó sobre sus párpados, de modo que, incluso en sueños, ella vio su maravillosa luz y pensó en la ciudad de jaspe, clara como el cristal, con sus doce puertas, y el nombre de cada una escrito sobre la misma. Soñó que veía al ángel con el junco dorado, sobrevolando la ciudad y midiendo, y Claribel sintió tal felicidad que se olvidó por completo de su pecado. El ángel niño sabía todo cuanto ella pensaba, y se encogió y se encogió, hasta que su luz se extinguió por completo, y, en sueños, Claribel lo sintió como si hubiera anochecido, y supo que se hallaba en el exterior de las puertas de la Ciudad Hermosa. El ángel, que sostenía el junco de oro, apareció sobre las almenas y con voz terrible dijo:

—Claribel, quedaos fuera. Habéis incurrido en una mentira y disfrutado de ello.

—No —dijo Claribel—, no lo he disfrutado.

—En tal caso, ¿por qué no confesáis vuestra falta?

Claribel guardó silencio; no estaba dispuesta a confesar su pecado, pues era dura de corazón, y el ángel alzó la vara de medir y, ¡oh, sorpresa!, de ella brotó un hermoso lirio. El ángel dijo:

—Los lirios solo crecen para los puros, y los puros viven dentro de la ciudad. Vos debéis quedaros fuera, con los mentirosos.

Claribel vio las murallas de jaspe alzarse hasta gran altura ante ella y supo que eran una barrera eterna, que tendría que quedarse para siempre fuera de la Ciudad Hermosa; y entonces, acuciada por la angustia y el horror, se percató de la gravedad de su pecado y anheló la confesión.

Skooro advirtió que ella se arrepentía, porque también él podía ver los pensamientos de la niña, y, mediante la oscuridad que lo rodeaba, trató de ocultar el sueño de la Ciudad Hermosa.

Pero el ángel niño se deslizó en el corazón de Claribel, iluminándolo, y la semilla del arrepentimiento brotó y floreció.

Claribel se despertó muy temprano, se levantó y fue a contar su pecado a la maestra, tras lo que volvió a ser feliz.

Durante el resto de su vida le gustaron mucho los lirios, ya que le recordaban su pecado y posterior arrepentimiento, y solo crecen en el interior de la ciudad de jaspe, reservada únicamente para los puros.

EL CASTILLO DEL REY

(The Castle of the King)

Cuando dijeron al pobre poeta que aquella a quien más amaba en el mundo yacía enferma y bajo la sombra de la muerte, se quedó consternado.

Había pasado varias semanas solo, desde que su esposa partió a su lejano hogar de nacimiento para visitar a su abuelo antes de que este falleciera.

El corazón del poeta llevaba días oprimido por un extraño pesar. Desconocía la causa; solo sabía, gracias a la profunda comprensión que es don de los poetas, que aquella a quien amaba se encontraba enferma. Angustiado, había esperado nuevas. Cuando llegaron, pese a que aguardaba un triste mensaje, la impresión fue excesiva y cayó presa de la consternación.

Impulsado por la tristeza y la angustia, salió al jardín que durante tantos años había mimado para ella. Allí, entre las coloridas flores, donde antiguas estatuas se alzaban amables ante los setos de tejo, se dejó caer sobre la alta hierba veraniega sin cortar y lloró con el rostro contra el suelo.

Pensó en el pasado, en cómo había llegado a conseguir a su esposa y en cuánto se habían amado, y le pareció insoportablemente triste y cruel que ella estuviera lejos y en peligro, y él no pudiera hallarse a su lado para consolarla o, al menos, compartir su sufrimiento.

Numerosos recuerdos volvieron a su mente, narrando la historia de los fatigosos años cuya melancolía y soledad él había olvidado en virtud de la felicidad de su hogar.

Cómo, siendo jóvenes, los dos se habían conocido y, en un instante, enamorado. Cómo la pobreza de él y la nobleza de ella los habían separado. Cómo él había batallado en la empinada y abrupta senda hacia la fama y la fortuna.

Cómo durante todos aquellos años de fatigas él había seguido adelante, impulsado por la única idea de ganarse un lugar en la historia, lo que le permitiría acudir ante ella y decirle: «Te amo», y a su orgullosa familia: «Soy digno de ella, pues también yo me he convertido a la grandeza».

Cómo hasta que llegó esa vida feliz con la que soñaba, mantuvo su amor en secreto. Cómo pasó sin verla, ni oír su voz, ni saber dónde habitaba, por si fracasaba en su propósito vital.

Cómo el tiempo, como siempre hace con quienes trabajan con honestidad y claridad de propósito, había premiado sus esfuerzos y su paciencia.

Cómo el mundo había conocido su nombre, y lo había reverenciado y querido por ayudar con su ejemplo a los débiles y fatigados, por haber purificado los pensamientos de todos cuantos escuchaban sus palabras, y por haber renunciado a toda bajeza en favor de la grandeza y la sencillez.

Cómo la fama había seguido los pasos del éxito.

Cómo finalmente, pese a la timidez y las dudas, concluyó que había alcanzado la grandeza que le permitía solicitar la mano de la mujer que amaba.

Cómo había regresado a su localidad natal, encontrando que ella continuaba soltera.

Cómo, cuando se atrevió a confesarle su amor, ella le susurró que también había esperado durante todos aquellos años, pues sabía que él volvería al fin para pedir su mano.

Cómo ella había llegado, ya como su esposa, a la casa que él le había preparado durante todos aquellos años. Cómo allí habían vivido felices y cómo habían osado imaginar que en los años venideros no les aguardaba más que dicha inmaculada.

Cómo él pensó entonces que, pese a sentirse débil por el trabajo incesante de años y años, y por la desesperanza, ahora solo le correspondía la felicidad.

¿Pero quién sabe lo que le depara el futuro? Hacía poco que su amada había partido, sana y fuerte, en respuesta al deber, y ahora yacía enferma y él no estaba a su lado para prestarle ayuda.

Su vida parecía hecha de nada más que sombras. Los largos años de espera y de paciente buen hacer, que habían culminado en el amor, le parecían ahora nada más que un sueño pasado; todo había sido en vano, en vano.

Ahora, con la sombra de la muerte cerniéndose sobre su amada, la nube parecía hallarse tanto sobre ellos como también rodeándolos, albergando en sus tétricas cavidades la condena de ambos.

—¿Por qué, por qué? —interrogó el pobre poeta a la nada—. ¿Por qué el amor acudió a nosotros? ¿Por qué recibimos dicha y felicidad si ahora las oscuras alas del peligro ensombrecen el aire alrededor de ella y me dejan a mí llorando a solas?

De ese modo se lamentó, desvarió y lloró, y pasó en soledad las horas más amargas.

Continuaba tendido en el jardín con la cara oculta entre la alta hierba cuando llegaron y le dijeron, llorosos, que habían llegado noticias, noticias tristes.

Él alzó la cabeza para mirarlos, y ellos vieron en sus ojos grandes, oscuros y tiernos que continuaba consternado. Les sonrió con tristeza, como si no terminara de comprender la importancia de sus palabras. Del modo más delicado que les fue posible, le dijeron que su amada había muerto.

Dijeron:

—Ha entrado en el valle de las sombras.

Pero él no parecía comprender.

Susurraron:

—Ha oído la música de las esferas.

Pero él continuaba sin entender.

—Habita ahora en el Castillo del rey.

Él los miró con impaciencia, como si preguntara:

—¿Qué castillo? ¿De qué rey?

Ellos agacharon la cabeza, y antes de retirarse a llorar, murmuraron:

—El castillo del rey de la Muerte.

Él no pronunció palabra, por lo que ellos volvieron de nuevo sus llorosos rostros hacia el poeta. Descubrieron que se había puesto en pie y que su expresión mostraba firmeza de propósito. Dijo él tranquilamente:

—Iré en su busca, allá donde ella habite. También yo puedo hacerlo.

Dijeron:

—No puedes ir. Ella está más allá del Portal, en la Tierra de los Muertos.

La mirada amorosa y seria del poeta continuaba hablando de un propósito firme, y por última vez les respondió:

—Allá donde ella esté, iré también yo. Cruzaré en valle de las Sombras. También estos oídos escucharán la música de las esferas. Buscaré y encontraré a mi amada en los salones del castillo del rey. Me aferraré a ella, ante la mismísima presencia aterradora del rey de la Muerte.

Al oír tales palabras, ellos agacharon la cabeza de nuevo, sollozaron y dijeron:

—¡Ay, ay!

El poeta dio media vuelta y se alejó. De buen grado ellos lo habrían seguido, pero él, con un gesto, les ordenó que no se movieran. De ese modo, sin más compañía que su dolor, partió.

Antes de desaparecer en la lejanía, agitó la mano despidiéndose de ellos. Permaneció así un momento, antes de volverse despacio.

De pronto, su mano extendida señaló en una dirección. Sus amigos, mirando hacia donde apuntaba, vieron el paraje vacío y salvaje que se extendía más allá del Portal. Allí, en mitad de la desolación, la bruma procedente de las marismas pendía como un tétrico palio ocultando el horizonte.

Mientras el poeta señalaba hacia allí, un destello de felicidad, si bien muy breve, asomó a sus tristes ojos, consternados por la pérdida, como si a lo lejos alcanzara a ver una señal del ser que había perdido.

Sin demora, rebosante de quebranto, el poeta emprendió su viaje en el día ardiente.

Llegó la Hora del Descanso, pero él prosiguió su camino. No se detuvo en busca de sombra ni de reposo, ni siquiera por un instante se paró a refrescar los labios agrietados en el chorro helado que manaba de los manantiales cristalinos.

Los fatigados viajeros que reposaban a la sombra a la vera de las fuentes alzaban la cansada cabeza para observarlo, soñolientos, cuando pasaba a toda prisa. Él ni siquiera se percataba de ellos, sino que continuaba adelante con mirada resuelta, como si un rayo de esperanza que atravesara las brumas de las distantes marismas lo alentara.

Viajó durante todo el caluroso día y durante toda la noche silenciosa. Al filo del amanecer, cuando la promesa del sol aún oculto trae una luz débil al cielo oriental, llegó al Portal. La fría luz matutina recortaba un horizonte negro.

Allí, como siempre, se hallaban los ángeles guardianes y, ¡oh, maravilla!, aunque invisibles a los ojos humanos, él podía verlos.

Cuando se acercó, ellos lo contemplaron apiadándose de él y desplegaron sus enormes alas como si quisieran prestarle cobijo bajo ellas. Él habló y de su corazón atormentado salieron palabras que se abrieron paso entre los pálidos labios.

—Decidme, vosotros que protegéis el país, ¿ha pasado mi amada por aquí en su viaje hacia el valle de las Sombras, para escuchar la música de las esferas y habitar en el castillo del rey?

Los ángeles del Portal inclinaron la cabeza en gesto de asentimiento y se volvieron y miraron hacia la tierra donde, lejos, en el paraje vacío y salvaje, las húmedas brumas reptaban desde el muerto seno de las marismas.

Ellos sabían que el pobre y solitario poeta iba en busca de su amada y no se lo impidieron ni le urgieron a quedarse. Se apiadaron por todo el amor que sentía.

Se apartaron, permitiéndole atravesar libremente el Portal.

De ese modo, el poeta penetró en el desierto, en busca de su amada, en el castillo del rey.

Durante un tiempo, recorrió jardines de una belleza superior a los de su país. La hermosura de cuanto veía le arrebataba los sentidos, como los aromas de las Islas de los Benditos.

Grande es la malicia del rey de la Muerte, que gobierna en los Reinos del Mal. Ha ordenado él que el camino a continuación del Portal sea rico en encantos. Así, aquellos que se apartan de los senderos reservados a la bondad, se ven rodeados por tal belleza que les hace olvidar la melancolía, la crueldad y la culpa que les aguardan en el desierto.

A medida que avanzaba el poeta, la belleza se iba extinguiendo.

Los hermosos jardines adquirieron un aspecto desatendido, con las malas hierbas, en su atroz exuberancia, asfixiando las flores.

De frescos cobijos bajo las ramas de los árboles y del césped aterciopelado que acaricia los fatigados pies del viajero, el camino dejó paso a un sendero irregular y pedregoso, sin abrigo alguno del sol. Las flores empezaron a perder el aroma y a crecer enanas y atrofiadas. Altas matas de cicuta jalonaban el sendero, infectando el aire con su olor nauseabundo.

Grandes floraciones fungosas brotaban en los recovecos de charcas ponzoñosas. Altos árboles, con ramas como brazos de esqueletos, rosales desnudos, cuya sombra suponía una muerte segura.

A continuación, inmensos peñascos bloquearon el sendero. Solo se podía pasar por pasajes estrechos y serpenteantes, sobre los que se alzaban imponentes farallones, de los que siempre amenazaba con desprenderse alguna piedra que cerrara el paso al viajero.

Llegado a ese punto, cayó la noche y la tétrica niebla llegada de las distantes marismas adoptó forma siniestras. En la lejana vastedad de las montañas, las bestias salvajes dieron inicio a los rugidos en sus cubiles cavernosos. El aire se colmó de feroces sonidos nocturnos.

Pero el pobre poeta se mantenía inalterable ante cualquier clase de imágenes o sonidos terroríficos. Siempre hacia delante avanzaba él, sin pensar en los terrores de la noche. No le asustaba la oscuridad, no le asustaba la muerte, no era consciente de horror alguno. Solo veía a su amada en el

castillo del rey, y enfrascado en tal búsqueda, todos los terrores de la naturaleza quedaban olvidados.

Prosiguió su camino a través de la larga noche. Remontó desfiladeros empinados. Pasó ileso a la sombra de portentosas rocas. Los animales salvajes se le acercaban rugiendo, feroces, con los ojos resplandeciendo como estrellas incandescentes a través de la negrura nocturna.

Desde las rocas más elevadas se arrastraban y se descolgaban grandes pitones, a la espera de presas. En las grietas de las pendientes montañosas y en las simas cavernosas, serpientes venenosas reptaban y se alzaban, dispuestas a atacar.

Pero por mucho que se aproximaran todas esas nocivas criaturas, no llegaban a atacarlo, pues sabían que el viajero solitario se dirigía al castillo del rey.

Adelante, siempre adelante, sin cesar, sin descansar jamás, abriéndose paso.

Cuando por fin llegó el día, iluminó una imagen desoladora. Afanándose en el sendero rocoso, el pobre y solitario poeta continuaba progresando, ajeno al frío, el hambre y el dolor.

Iba descalzo y sus pisadas dejaban sobre la roca un rastro ensangrentado. A sus costados y por la espalda, siguiéndolo pero manteniendo la distancia, bordeando las cimas de las cadenas rocosas, avanzaban bestias salvajes que gustosas lo habrían elegido como su presa del día, pero que se abstenían de tocarlo porque se dirigía al castillo del rey.

En el cielo volaban en círculos las aves obscenas que siempre siguen el curso de los moribundos y los perdidos. Oteaban los buitres de cuello desnudo y pico hambriento, con la mirada atenta. Aleteaban perezosos en el aire inmóvil mientras rastreaban al viajero. El buitre es una criatura paciente, aguarda cuanto hace falta hasta que la presa se desploma.

De las oquedades cavernosas de las gargantas salían reptando, veloces y sigilosas, las serpientes que allí acechaban. Surgió la pitón, con su tamaño colosal y anillos inacabables, en cuyo extremo atisbaba perversa la pequeña cabeza plana. Surgieron la boa y todas las de su especie, que atrapan a sus presas sirviéndose de la fuerza y las trituran con su implacable abrazo. Surgieron las cobras y todas las que acaban con las presas mediante el veneno.

Y surgieron asimismo las más terribles de todas serpientes, las que encandilan con el poder mágico de sus ojos y la gracia parsimoniosa de su aproximación.

Surgían o aguardaban a la espera las serpientes arteras que adoptan el color de la hierba, o de la hoja, o de la rama seca, o de la charca limosa, entre las que acechan y desde donde asaltan a la presa, que no sospechaba de su presencia.

Grandes serpientes de cuerpo ágil pendían de rocas y ramas. Sujetas con fuerza a su asidero, atacan hacia abajo con la rapidez del rayo, lanzándose como un látigo sobre las presas.

Todas esas criaturas nocivas acudieron al encuentro del hombre con una misión, dispuestas a caer sobre él. Pero al advertir que se encaminaba al temible castillo del rey, y ver que avanzaba libre de temor, se abstenían de atacar.

La mortal pitón y la boa se enroscaron sobre sí mismas formando un colosal apilamiento de carne, rico en anillos, y quedaron inmóviles, como hechas de piedra. Las cobras replegaron los colmillos venenosos. Los ojos tiernos y profundos de las serpientes hechizantes se apagaron, tragándose su rabia, al percatarse de que sus habilidades mágicas, en ese caso, de nada servirían. En el transcurso de su descenso mortal, la serpiente que colgaba se frenó y pendió inerte de la roca o de la rama.

Muchas criaturas seguían al viajero a través de las salvajes tierras desiertas, a la espera y ansiosas de una oportunidad para acometer su destrucción.

Muchos otros peligros acosaban al pobre viajero en la soledad desértica. A medida que avanzaba, el sendero rocoso se volvía más empinado y oscuro. Se alzaron nieblas refulgentes y brumas heladoras.

En la senda a través de las tierras salvajes surgieron nuevas y extrañas amenazas.

Mandrágoras —mitad planta, mitad hombre— le dedicaban gritos desesperados mientras, impotentes, estiraban en vano sus bracitos atrofiados.

Espinos gigantes crecían en mitad del camino; pinchaban los ya doloridos pies y desgarraban la carne, mientras el viajero avanzaba sin detenerse. Sentía el dolor pero no le frenaba.

Durante todo el largo y espantoso viaje solo una idea ocupaba su cabeza: encontrar a su amada. Pensó que los hijos de los hombres podrían aprender mucho del viaje al castillo del rey. En su corazón, el poeta hablaba a la multitud de los hijos de los hombres, y las palabras fluían de sus labios como si fueran música, pues cantaba sobre la Puerta Dorada que los ángeles llaman VERDAD.

«¡No traspaséis el Portal del País Bajo el Ocaso. Deteneos donde se encuentran los ángeles encargados de la vigilia! ¡Sed advertidos! No crucéis aunque las puertas abiertas estén, sino que permaneced a salvo en el lado interior. Pese a que los aromáticos jardines y los frescos senderos invitadores son, allende se encuentran los más oscuros valles de la noche. ¡Descansad! ¡Dominaos! Deteneos cuando aún permanecéis inmaculados, no busquéis los horrores de las tierras salvajes y desérticas».

Superando todos los obstáculos con los pies ensangrentados, siempre hacia delante, el pobre y consternado poeta proseguía al encuentro de su amada en el castillo del rey.

Al continuar, los animales parecían ir extinguiéndose a sus espaldas. Los chacales y demás criaturas cobardes se escabulleron. Leones, tigres, osos y lobos, y todas las bestias valerosas y fieras que asimismo seguían su rastro incluso cuando las demás habían cejado, acabaron por detenerse.

Gruñeron y rugieron con la cabeza alzada, los belfos les temblaban de cólera, y entrechocaban los blancos colmillos de rabia contenida. Avanzaron un poco más y volvieron a detenerse, soltando gruñidos y rugidos. Una por una, todas las bestias abandonaron, y el pobre poeta prosiguió solo.

En el cielo, los buitres trazaban círculos y graznaban, haciendo altos en el vuelo, al igual que las bestias terrestres. Finalmente, las aves también dejaron de seguir al viajero.

Las que más lejos llegaron fueron las serpientes. Con abundancia de retorcimientos y de sigiloso deslizar, siguieron con empeño las huellas del viajero. En el rastro sanguinolento que dejaban sus pies en el suelo de pedernal, hallaban motivos de dicha y esperanza, así que proseguían adelante.

Pero llegó un momento en que lo aterrador de los lugares por donde transitaba el poeta frenó incluso a las serpientes; los lóbregos desfiladeros barridos por emisiones tóxicas que expulsaban a las alimañas de sus guaridas, la estéril vastedad propia de los valles de la desolación. Incluso las serpientes arteras abandonaron la persecución. Retrocedieron reptando, con una sonrisa de mortal rencor, rumbo a sus obscenas moradas.

Siguieron lugares donde ya no había plantas ni asomo alguno de verdor. Incluso la maleza era allí más escasa y débil. Más adelante, esta también desapareció, dejando lugar a nada más que la esterilidad de la roca inerte. Las plantas más nocivas, de fantasmagóricas y terroríficas formas, perdieron su poder de herir, que en otros parajes sobrevive a la misma muerte. Raquíticas y privadas incluso de hacer el mal, se hicieron uno con la piedra. Aquí, ni siquiera el mortal árbol upas era capaz de enraizar en el pestífero suelo.

A continuación, en la entrada del Valle de las Sombras, hasta los cuerpos sólidos perdieron su sustancia, y se confundieron con las nieblas húmedas y frías circulantes.

Mientras continuaba caminando, el consternado poeta no sentía el suelo bajo los pies sanguinolentos. Caminaba sobre sombras y entre ellas, cruzando el Valle de las Sombras para encontrarse a su amada en el castillo del rey.

El Valle de las Sombras parecía de ilimitada extensión. Poblado por una tupida bruma, ningún ojo alcanzaba a vislumbrar las montañas que lo rodeaban.

No obstante, estaban allí: el monte de la Desesperación a un lado y la colina del Miedo al otro.

Hasta entonces, el cerebro aturdido del poeta no había advertido los peligros, horrores y padecimientos que lo rodeaban, salvo por la lección que transmitían. Pero ahora, perdido en la mortaja vaporosa del Valle de las Sombras, no pudo evitar pensar en los terrores del camino. Se hallaba rodeado por horripilantes fantasmas que de cuando en cuando asomaban sigilosos entre la niebla y volvían a perderse de vista antes de que él llegara a cobrar plena conciencia de su aparición.

Entonces, una idea espantosa le cruzó el alma como un rayo.

¿Era posible que su amada hubiera tenido que transitar por aquellos mismos parajes? ¿Había pasado ella por las mismas agonías que a él le acosaban? ¿Era necesario que ella se viera aterrada por todos aquellos horrores incesantes?

Al pensar en ella, en su amada, experimento tal dolor y miedo que liberó un grito que se propagó por las soledades, atravesó los vapores del valle y provocó ecos en las cavernas del monte de la Desesperación y de la colina del Miedo.

El salvaje grito, alimentado por la agonía del poeta, se oyó en todo el valle, de modo que las sombras que lo poblaban despertaron momentáneamente a una vida dentro de la muerte. Revoloteaban, se disolvían y volvían a cobrar forma, a la vida, hasta que todo el valle de las Sombras se vio, por una vez, habitado por fantasmas vivientes.

Fue ese el momento más agónico para la afligida alma del poeta.

Pero al cabo llegó una suerte de calma. Una vez pasada la primera oleada de dolor, el poeta recordó que los muertos no deben padecer los mismos horrores del camino por los que él había pacido. Los horrores del viaje al castillo del rey se reservan tan solo para los vivos. Ese pensamiento le aportó tal paz, que incluso allí, en la oscuridad del Valle de las Sombras, le pareció

oír una grata música que, entre las tinieblas del desierto, sonaba como la música de las esferas.

Recordó entonces el pobre poeta lo que se le había dicho: que su amada había caminado a través del Valle de las Sombras, que había escuchado la música de las esferas y que habitaba en el castillo del rey. Luego pensó que como él ya se encontraba en el Valle de las Sombras y había escuchado la música de las esferas, pronto vería el castillo del rey, donde habitaba su amada. Eso le proporcionó esperanza para continuar.

Pero, lamentablemente, la esperanza suponía un nuevo padecimiento.

Hasta entonces había avanzado ciegamente, sin ni siquiera percatarse de por dónde pasaba ni de las criaturas que lo acechaban, concentrado tan solo en proseguir su búsqueda; pero ahora la oscuridad y el camino albergaban terrores nuevos, pues empezó a pensar en cómo podrían dificultar su avance. Tales pensamientos hicieron que el camino pareciera más largo; la esperanza hacía que breves momentos parecieran siglos. Miraba hacia el frente, ansioso por llegar al final, cuando, al otro lado del Valle de las Sombras, divisara las torres del castillo del rey.

La desesperación no cesaba de crecer, y a la par que ella, aumentaba el volumen de la música de las esferas.

Adelante, siempre hacia delante, proseguía como enloquecido el pobre poeta consternado. Las sombras borrosas que poblaban la niebla reculaban cuando él pasaba, alargando hacia él las manos, de sombríos dedos, en gesto de advertencia. En el amargo silencio de aquellos momentos, parecían decir: «¡Regresa! ¡Regresa!».

En sus oídos no cesaba de sonar el tumulto de la música, cada vez más alto.

Apretó más el paso, hasta que su fatigado cuerpo cedió y cayó de bruces al suelo, inconsciente, sangrante y solo.

Tiempo después —le habría sido imposible saber cuánto—, despertó de su desvanecimiento.

Por un momento no supo dónde estaba; sus sentidos, confusos, no podían ayudarlo.

A su alrededor no había más que oscuridad, frío y tristeza. La soledad reinaba en torno a él, más mortífera que nada con lo que hubiera podido soñar. No había ni un asomo de brisa, ninguna nube se movía en el cielo. Ninguna voz ni rastro alguno de criatura viviente en la tierra, el agua o el aire. Ningún susurro de hojas ni mecimiento de ramas; todo estaba callado, muerto

y desierto. En el seno de las eternas colinas tenebrosas se hallaba el valle, vacío de todo cuanto viviera o creciera.

Las nieblas circulantes, con su multitudinaria población de sombras, se habían levantado. Ni siquiera los terrores del desierto continuaban allí. El poeta, mientras miraba en derredor, en aquella soledad absoluta, anheló el soplido de la tormenta o el bramar de la avalancha, cualquier cosa que rompiera aquel horroroso silencio.

Supo entonces que había logrado cruzar el Valle de las Sombras; que, pese a estar herido y medio loco, lo había conseguido, había escuchado la música de las esferas. Supo que sus pies pisaban ahora el desolado Reino de la Muerte.

Escrutó cuanto lo rodeaba, temiendo, aun así, no divisar el temible castillo del rey, donde su amada habitaba; y gruñó al expresar su miedo con palabras.

—¡No está aquí! ¡No está aquí, en esta soledad atroz!

En el silencio reinante, sus palabras rebotaron en las distantes colinas.

«¡No está aquí! ¡No está aquí!». Y, a fuerza de repetirse, los ecos poblaron de voces aquellas tierras desiertas.

De pronto, los ecos cesaron.

Del cielo refulgente llegó un terrible trueno. Se propagó por la lejanía. Más allá del anillo del gris horizonte, se extendió el sonido; se alejó, retornó, repicó, aumentó y se extinguió. Atravesó el éter, acallándose ahora, ominoso, y seguidamente alzándose con el tono de una temible orden.

Entre el bramido llegó un sonido semejante a una palabra:

«Adelante».

El poeta cayó de rodillas y agradeció con lágrimas de júbilo el trueno. Barrió como un Poder Superior la callada desolación de aquel paraje. Le dijo que en el Valle de las Sombras y sobre el mismo también se dejaban oír las órdenes celestiales.

El bramido del trueno se apagó, y el silencio de la desolación volvió a reinar en solitario.

Transcurrió el tiempo, pero nunca llegaba el momento del descanso para los fatigados pies. Adelante, siempre adelante continuaba él, con nada más que un recuerdo para prestarle ánimos: el eco de un trueno en sus oídos, mientras proclamaba a todo lo largo y ancho del Valle de la Desolación: «¡Adelante! ¡Adelante!».

El camino se volvió cada vez menos rocoso. Los altos acantilados se achicaron, a la vez que se distanciaron, y las zonas pantanosas treparon por las faldas montañosas.

Finalmente desaparecieron las colinas y los valles. El viajero prosiguió su senda a través de una vastedad sin referencias, donde no había más que ciénagas de superficie temblorosa.

Adelante, adelante, continuaba él, tambaleándose sobre unos pies agotados, en un viaje sin final.

Sobre su alma se cernía, cada vez más próxima, la negrura de la desesperación. Mientras transitaba por las gargantas montañosas, había disfrutado de algún asomo de esperanza al pensar que detrás de cualquier curva de su senda podía llegar al final de su búsqueda. La desembocadura de algún oscuro desfiladero podía mostrarle, alzándose en lontananza, o quizás próximo, el temible castillo del rey. Pero ahora, rodeado por la llana desolación de las silenciosas ciénagas, sabía que era imposible que el castillo se hallara próximo.

Se detuvo, irguiéndose en toda su altura por un momento, y giró sobre sí mismo lentamente, para barrer con sus fatigados ojos el círculo completo del horizonte. Por desgracia, nada alcanzó a ver. Allí no había nada, salvo la línea negra del horizonte, donde la triste tierra se juntaba con el cielo. No había nada más que oscuridad compacta y silencio.

Aun así, prosiguió adelante, tambaleándose. Su respiración se aceleró, trabajosa. Las piernas le temblaban, apenas capaces de sostenerlo. Su fortaleza, su vida, se extinguía.

Adelante, adelante, se apresuró, siempre hacia delante, con una única idea grabada en su consternada mente: en el castillo del rey encontraría a su amada.

Trastabilló y cayó. No había tropezado con nada; se había desplomado a causa de la debilidad.

Se levantó a toda prisa y continuó, apretando el paso. Temía que, si se caía de nuevo, no podría volver a levantarse.

Cayó de nuevo. Se levantó y, desesperado, retomó el camino con ciega determinación.

Continuó así un tiempo, trastabillando y cayendo, pero volviendo siempre a ponerse en pie y sin detenerse a descansar. Continuó la búsqueda de su amada, que habitaba en el castillo del rey.

Finalmente, su debilidad fue tal que, cuando volvió caerse, ya no se pudo levantar.

Tendido de bruces, se sintió más y más débil, y la pátina de la muerte cubrió sus escrutadores ojos.

Pero incluso entonces halló consuelo, pues supo que su búsqueda había llegado a su fin, y que pronto se reuniría con su amada en los salones del castillo del rey.

Habló, con el desierto como único público. La voz salió débil entre sus labios, como el gemido del viento, previa a la tormenta, cuando circula entre los juncos en la grisura otoñal.

—Un poco más. Pronto me reuniré con ella en los salones del castillo del rey, y ya nunca nos volveremos a separar. Eso justifica haber cruzado el Valle de las Sombras y escuchado la descorazonadora música de las esferas. ¿Qué importa lo lejos que esté el castillo? Los pies de los muertos viajan rápido. Para el espíritu volador, toda distancia es apenas un paso. Ya no temo ver el castillo del rey, porque allí, en el mayor de sus salones, pronto me reuniré para siempre con mi amada.

Supo mientras hablaba que su fin se encontraba próximo.

De la ciénaga llegó arrastrándose una niebla sigilosa. Se alzó callada, más y más alto, abarcando todo el paraje. Se tornó más densa y oscura. Era como si el Espíritu de la Penumbra se ocultara en sus entrañas y se volviera más poderoso a medida que se propagaba la bruma.

Al poeta moribundo, la niebla le pareció un castillo sombrío. Allí estaban las almenas y la lúgubre torre del homenaje. La cavernosa puerta y los torreones le daban la apariencia de una calavera. Las almenas se adentraban en el cielo, a través del aire silencioso. Desde el lugar donde yacía el exhausto poeta, partía, oscura, una vasta calzada que penetraba en el castillo.

El poeta moribundo alzó la cabeza. Los ojos, en sus últimos momentos, recobraron la visión animados por el amor y la esperanza, escrutaron los muros oscuros y los terrores que acechaban tras la puerta.

Dentro, en el gran salón donde el oscuro Rey de Todos los Terrores ejercía su gobierno, vio a la que buscaba. Aguardaba ella en pie en la fila de quienes, con paciencia, esperan la llegada de sus amados, para penetrar juntos en la Tierra de la Muerte.

El poeta supo que apenas tenía que esperar un poco más, y yació paciente en las soledades eternas.

A lo lejos, allende el distante horizonte, brotó una luz tenue, como la que precede a la llegada de un nuevo día.

A medida que la luz fue creciendo, el castillo se vio con mayor claridad, hasta que el amanecer lo reveló en toda su fría dimensión.

El poeta moribundo supo que el fin era inminente. Con un último esfuerzo, se puso en pie, para recibir en posición firme, como corresponde a

un hombre, al oscuro rey de la muerte, en presencia de su amada.

El distante sol se elevó sobre el horizonte.

Un rayo de sol cruzó la atmósfera.

Cuando iluminó la cúspide del castillo, en un instante el espíritu del poeta se deslizó sobre la calzada. Atravesó el sombrío portal del castillo y, gozoso, se encontró con el espíritu de su amada, ante la mismísima presencia del rey de la muerte.

Más rápido que el destello de un rayo, el castillo se disolvió en la nada y el sol del nuevo día alumbró sereno las soledades eternas.

En el país al otro lado del Portal, se elevaba el sol del día recién estrenado. Brillaba calmoso y resplandeciente en un bello jardín, donde, entre la alta hierba veraniega yacía el poeta, más frío que las estatuas de mármol que lo rodeaban.

EL NIÑO MARAVILLOSO

(The Wondrous Child)

Muy lejos, en el fondo de una ensenada que se extendía tierra adentro desde el mar interminable, había un pacífico pueblo.

Los granjeros llevaban allí vidas felices y prósperas. Se levantaban temprano, y en la fría grisura de la alborada oían a la alondra, invisible entre la plenitud del amanecer, cantando el himno matutino imposible de olvidar para quien lo escucha alguna vez.

Cuando el atardecer llegaba calmoso, regresaban ellos a sus casas, deseosos de disfrutar del descanso que la noche traía consigo.

En otoño, cuando llegaba el momento de la cosecha, trabajaban hasta tarde, gracias al pacto al que el amable sol y su esposa la luna llegaban en aquella época, para ayudarlos con la labor de la cosecha. El sol permanecía en el cielo un poco más de lo acostumbrado y la luna se levantaba de su cama, tras el horizonte, un poco antes de lo habitual, de modo que los granjeros siempre tuvieran luz para trabajar.

La luna rojiza, henchida, llena que contempla desde el cielo a los trabajadores en esa época del año recibe el nombre de luna de la cosecha.

El señor de la mansión de aquel pacífico pueblo era un hombre bueno y cortés, siempre dispuesto a ayudar a los pobres. A la hora de la comida, la puerta de su mansión permanecía abierta y todo aquel que tuviera hambre podía entrar, si tal era su deseo, y tomar asiento a la mesa, donde era bien recibido.

El señor de la mansión tenía tres hijos: Sibold, May y un bebé que acababa de nacer y aún no tenía nombre.

Sibold había cumplido ocho años recientemente y a May le faltaban dos meses para su sexto cumpleaños. Se querían mucho —como deben hacer los hermanos y las hermanas— y siempre jugaban juntos. May pensaba que Sibold era muy grande y fuerte, y ella siempre accedía a hacer todo lo que él quisiera.

A Sibold le encantaba descubrir cosas y explorar; y en varias ocasiones los dos niños habían recorrido todos los dominios de su padre.

Tenían escondrijos favoritos que nadie, salvo ellos, conocía. Algunos eran sitios extraños y encantadores.

Uno estaba en un roble hueco, donde vivían tantas ardillas que las ramas del árbol parecían las calles de una ciudad, con sus incesantes idas y venidas.

Otro sitio estaba en la cima de una roca, a la que solo se podía llegar por un estrecho sendero entre altas matas de hiedra. Había allí una suerte de gran silla de piedra, con cabida justo para los dos, e iban a menudo a comer allí y se pasaban la mitad del día mirando por encima de las copas de los árboles, hacia donde el cielo blanco se juntaba en el horizonte con el destellante mar.

Se contaban entonces todo lo que pensaban y lo que les gustaría hacer, y en lo que les gustaría convertirse cuando fueran mayores.

Había otro lugar, que era su favorito.

Se encontraba debajo de un gran sauce llorón. Era este un árbol imponente, de muchos cientos de años de edad, que se elevaba muy por encima de todos los demás árboles dispersos por el campo. Las largas ramas pendían hacia el suelo formando una cortina tan tupida que, incluso en invierno, cuando las hojas habían caído y las ramas quedaban desnudas, apenas se alcanzaba a ver el espacio de debajo.

Con cada nueva primavera, todo el árbol, desde la copa hasta la tierra musgosa de la que nacía, se volvía una sólida masa de verdor, y era costoso colarse debajo, aunque se supiera el camino.

Hacía mucho tiempo, una rama se había partido durante una gran tormenta que derribó bosques enteros; pero de las ramas aledañas crecieron brotes que llenaron el vacío, y la abertura se cerró mediante finos tallos en lugar de con fuertes ramas.

En verano las hojas lo cubrían todo de verde, pero quienes conocían la entrada no tenían más que apartar los tallos y penetrar en la enramada.

Se trataba de la más bella de las enramadas. Por mucho que calentara el sol fuera, dentro se estaba fresco y cómodo. Desde el suelo hasta lo alto, el techo formado por la oscura masa de ramas, todo era de un verde delicado, ya que la luz del exterior se filtraba tenuemente entre las hojas.

Sibold y May pensaban que así debían de ver la superficie del mar las sirenas, que cantaban y se peinaban sus largos cabellos con peines de oro en las frías profundidades de océano.

En el césped alrededor del gran árbol abundaban los lechos de hermosas flores. Ásteres con rostros de abundantes colores, que miraban directamente

al sol sin nunca parpadear, y alrededor de los cuales revoloteaban espectaculares mariposas, con alas que recordaban a arcoíris, pavos reales, puestas de sol y a muchas otras cosas bellas. Dulces resedas, sobre las que las abejas se cernían zumbando. Pensamientos, con sus delicados y amplios rostros temblando en el extremo de los esbeltos tallos. Tulipanes, abriendo la boca al sol y la lluvia, porque el tulipán es una flor codiciosa, que abre tanto la boca que, al final, su cabeza se despedaza y muere. Jacintos, con gran número de campanillas arracimadas en un único tallo, como en una gran fiesta familiar. Grandes girasoles, cuyos rostros alicaídos resplandecen como hijos del mismísimo padre sol.

También había amapolas, de hojas amplias, extendidas, despreocupadas, tallos gruesos y carnosos, y grandes flores escarlatas, que se alzaban y agachaban a su capricho, mostrándose libres, serenas e independientes.

Tanto a Sibold como a May les encantaban las amapolas, e iban todos los días a verlas. En los lechos de flores, entre el césped y el musgo, donde crecía el gran sauce, brotaban de un enorme tamaño, tan altas que cuando Sibold y May estaban tomados de la mano junto al lecho de flores, las grandes amapolas se alzaban a tal altura que Sibold, poniéndose de puntillas, no alcanzaba a tocar las flores escarlatas.

Un día, después del desayuno, Sibold y May cogieron su comida y salieron a pasar el día en los bosques, ya que estaban de vacaciones. Un diminuto hermanito había llegado a casa y todo el mundo estaba muy atareado por su culpa. Los niños solo habían podido verlo un instante.

Tomados de la mano, Sibold y May recorrieron sus lugares favoritos. Se asomaron al roble hueco y dijeron: «¿Qué tal estáis?» a las ardillas que vivían en el árbol, y les contaron lo del bebé recién llegado. Fueron después a la roca y se sentaron juntos en la silla pétrea, contemplando el mar.

Se quedaron allí un rato, descansando al sol y hablando del precioso hermanito que habían visto esa mañana. Se preguntaron de dónde vendría y decidieron que buscarían sin descanso hasta que ellos también encontraran un bebé. Sibold dijo que debía de haber venido de allende del mar, y que los ángeles lo habían depositado en una mata de perejil, donde la enfermera lo había encontrado y se lo había llevado a su pobre y enferma madre para consolarla. Se preguntaron a continuación cómo podrían ellos dos cruzar el mar, y decidieron que algún día habría que agrandar el bote de Sibold, y que entonces los dos subirían a bordo y navegarían hasta el otro lado del mar, en busca de otro bebé para ellos solos. Al final, se cansaron de estar sentados al

sol y, de la mano, deambularon hasta llegar al prado llano donde crecía el gran sauce y donde las flores llenaban la atmósfera de colores y aromas.

Pasearon tomados de la mano, contemplando las mariposas, las abejas, los pájaros y las hermosas flores.

Descubrieron que en uno de los bancos de flores había brotado una nueva. Sibold la conocía y explicó a May que era un lirio tigre; a ella le daba miedo acercarse, hasta que él le dijo que no le haría ningún daño, pues no era más que una flor.

Mientras avanzaban, Sibold iba cogiendo flores de todos los lechos y se las daba a su hermana; cogió también el lirio tigre y, como a Mary le daba miedo tocarlo, lo llevó él mismo.

Llegaron por último al extenso lecho de amapolas. Las flores parecían tan brillantes y frescas gracias a su flamante color, y tan despreocupadas, que May y Sibold pensaron que sería buena idea llevar unas cuantas a la enramada bajo el sauce, ya que iban a comer allí y querían que el lugar estuviera lo más alegre y bonito posible.

Pero antes regresaron al roble para recoger unas cuantas hojas de árbol, porque Sibold propuso que nombraran al bebé rey del banquete, y que le harían una corona de hojas de roble. Como el bebé no podría estar en persona, al menos colocarían la corona en un sitio bien visible.

Cuando llegaron al roble, May exclamó:

—¡Mira, Sibold, mira, mira!

Sibold miró y vio que en casi cada rama había un montón de ardillas, sentadas en parejas, con su peluda cola alzada, apoyada en la espalda, enfrascadas en comer nueces, como si fuera la última vez que pudieran hacerlo.

Cuando las ardillas los vieron, no se asustaron, porque los niños nunca les habían hecho daño alguno. Emitieron una suerte de chirrido, todas al unísono, y dieron un gracioso saltito. Sibold y May se rieron, pero no querían molestarlas, así que tomaron cuantas hojas de roble quisieron y regresaron al lecho de amapolas.

—Ahora, Sibold, querido, debemos coger montones de amapolas, porque a nuestro querido hermanito le gustan mucho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sibold.

—Porque así tiene que ser —respondió ella—. A ti y a mí nos gustan mucho, y él es nuestro hermano, así que está claro que a él también.

Sibold recogió, pues, un montón de amapolas, algunas con las hojas incluidas, hasta que los dos cargaron con una buena brazada de ellas.

Cogieron el resto de las flores y entraron en la enramada del sauce a comer. Sibold se acercó al manantial que brotaba en el jardín, y que lo atravesaba rumbo al mar. Llenó su sombrero de agua y lo llevó de vuelta, meneándolo lo menos que pudo, para no derramar demasiado, y volvió bajo la enramada. May lo ayudó manteniendo abierta la cortina de ramas para que pasara, y cuando él estuvo dentro, la soltó, ocultando el escondrijo. Los niños estaban solos bajo la enramada.

Juntos, engalanaron su tienda de campaña vegetal con las flores. Las enredaron alrededor de las ramas colgantes; fabricaron una corona, que colocaron alrededor del tronco del árbol. Pusieron amapolas por todas partes, tan alto como alcanzaron, y Sibold alzó a May para que introdujera el lirio tigre en una grieta del tronco, por encima de todas las demás flores.

Los niños se sentaron a comer. Estaban muy cansados y tenían mucha hambre, y disfrutaron del descanso y de la comida. Solo hubo algo que echaron de menos, a su nuevo hermanito, para poder coronarlo rey del festín.

Cuando terminaron de comer, se sintieron somnolientos, así que se tumbaron juntos, con la cabeza apoyada en el hombro del otro, y los brazos entrelazados, y se tendieron a dormir, rodeados por las escarlatas amapolas.

Un rato después, sin embargo, seguían despiertos. No parecía que hubiera transcurrido el día, se diría que continuaba siendo la primera hora de la mañana. Ninguno seguía cansado ni somnoliento; al contrario, estaban deseosos de emprender una expedición, la más larga que hubieran hecho.

—Vamos a la ensenada —dijo Sibold— y cojamos mi bote.

May se puso en pie, apartó la cortina de ramas y hojas y salió. Descendieron a la ensenada, donde encontraron el bote de Sibold con todas sus blancas velas desplegadas.

—Subamos a bordo —dijo Sibold.

—¿Por qué? —preguntó May.

—Porque entonces podremos ir a navegar —respondió él.

—Pero no soportará el peso de los dos. Es demasiado pequeño —dijo May, a la que asustaba bastante la idea de salir a navegar, pero que no quería reconocerlo.

—Vamos a intentarlo —dijo su hermano. Tomó el cabo que ataba el bote a la orilla y jaló. El cabo debía de ser muy largo, porque Sibold pasó largo rato tirando de él. Al fin, el bote se acercó a la orilla, volviéndose cada vez más grande, hasta que cuando tocó tierra, vieron que tenía el tamaño justo para que cupieran los dos.

—Subamos a bordo —dijo Sibold.

Por alguna razón, May ya no tenía miedo. Subió al bote y descubrió que a bordo había almohadones de seda de color amapola. Sibold también subió a bordo y lanzó a tierra el cabo con el que estaba atado el bote. Se sentó a popa y tomó la caña del timón; May se acomodó sobre un almohadón en el fondo y se sujetó a las bordas.

Una brisa suave llenó las blancas velas y se apartaron de la orilla; la proa de la embarcación levantaba diminutas olas. May las oía: lap, lap, lap, contra el casco, antes de quedar tras ellos.

El sol brillaba. El agua era tan azul como el cielo y tan cristalina que los niños podía ver el fondo, donde zigzagueaban los pececillos. Las plantas y los árboles que crecían bajo el agua abrían y cerrabas las ramas; y sus hojas se movían como se mueven las de los árboles terrestres cuando sopla el viento.

Durante un breve rato, el bote se alejó en línea recta de la costa, hasta que perdieron de vista el alto sauce, que asomaba por encima de los demás árboles. A continuación, el bote volvió a aproximarse a tierra y prosiguió costeando, siempre lo bastante cerca como para que los niños vieran todo con claridad.

La costa era muy diversa; a cada momento mostraba algo nuevo y hermoso.

Ahora una roca que se erguía sobre el mar, cubierta de enredaderas, cuyas flores casi tocaban el agua.

Ahora una playa, donde la arena blanca resplandecía bajo la luz del sol y las olas producían un grato susurro al subir y bajar por la orilla, como si jugaran al pilla-pilla entre ellas.

Ahora árboles oscuros con un denso follaje que pendía sobre el agua, pero cuya sombra se hallaba salpicada por parches de luz filtrada entre las ramas y las hojas.

Luego, rincones donde una hierba verde esmeralda descendía suavemente hasta el borde del agua y donde las prímulas y los botones de oro que crecían en la orilla casi besaban las pequeñas olas que acudían a su encuentro.

Había lugares donde los cúmulos rosas y blancos de las lilas endulzaban el aire hasta una gran distancia, y los codesos parecían verter interminables lluvias de oro desde la exuberancia de sus flores, colgantes de las retorcidas ramas verdes.

Había asimismo altas palmeras, cuyas anchas hojas proyectaban sombra fresca. Altos cocoteros, por los que trepaban grupos de monos, que arrancaban los cocos y los dejaban caer al suelo. Aloes con grandes tallos

cargados de flores púrpuras y doradas, porque aquel era el único año de cada siglo en que florecen los aloes.

Había amapolas grandes como árboles, y lirios con flores mayores que tiendas de campaña.

A los niños les gustaron todos aquellos sitios, pero finalmente llegaron a un rincón de hierba esmeralda sombreado por árboles gigantes. Alrededor crecían, colgaban o brotaban todas las variedades posibles de flores. Altas cañas de azúcar se alzaban a los bordes de un arroyo diminuto que discurría sobre un lecho de piedras brillantes como joyas. Había palmeras y otras plantas de amplias hojas, que proyectaban sombras superpuestas. Cerca, borboteaba un manantial cristalino, cuya agua iba a parar al arroyo de las cañas de azúcar.

Cuando vieron ese sitio, ambos niños exclamaron:

—¡Qué bonito! Paremos aquí.

El bote pareció comprender sus deseos, porque, sin que nadie tocara la caña del timón, varió el rumbo y se aproximó despacio a la costa.

Sibold saltó a tierra y ayudó a May a bajar. Su intención era amarrar el bote, pero en el momento en que May ya no estuvo a bordo, las velas se izaron por sí solas, el ancla se largó y, antes de que tuvieran tiempo para reaccionar, el bote estaba anclado cerca de la orilla.

Sibold y May se tomaron de la mano y recorrieron juntos el sitio, mirándolo todo.

May dijo, mediante un susurro:

—Oh, Sibold, este lugar es precioso. Me pregunto si habrá perejil por aquí.

—¿Para qué quieres perejil? —preguntó él.

—Porque si hubiera una buena mata de perejil, a lo mejor encontraríamos un bebé. Y, Sibold, yo tengo muchas ganas de un bebé.

—Muy bien, busquemos entonces —dijo su hermano—. Aquí parece haber toda clase de plantas, y, siendo así, tiene que haber perejil.

Sibold era un niño muy lógico.

Los niños recorrieron el vallecito herboso buscando, y al final, bajo las ramas de un cidro, dieron con una gran mata de perejil, el perejil más grande que habían visto nunca.

Sibold estaba bastante satisfecho, y dijo:

—Esto parece perejil. ¿Sabes una cosa, May? Siempre me ha parecido muy raro que un bebé, que es mucho más grande que el perejil, pueda esconderse en él; y los bebés tienen que estar escondidos, porque yo voy

muchas veces a ver el perejil que tenemos en casa y nunca encuentro ninguno, aunque la enfermera encuentra uno siempre que mira. Pero ella no mira casi nunca. Si yo tuviera tanta suerte como ella, estaría mirando siempre.

El deseo de May de tener un bebé creció tanto que dijo:

—Oh, Sibold, tengo muchas ganas de un bebé. Espero que encontremos uno.

En cuanto pronunció estas palabras, oyeron un extraño sonido, una especie de risa, muy muy suave, como la que a veces se emite sin percatarse mientras se escucha música.

May quedó muy sorprendida, y por un momento no supo qué hacer, limitándose a señalar y decir:

—¡Mira, mira!

Sibold se adelantó corriendo y levantó una hoja de la gigantesca planta de perejil, y allí, ¡oh, alegría de alegrías!, yacía el más maravilloso bebe que se hubiera visto jamás.

May se arrodilló junto a él, lo tomó en brazos y lo acunó diciendo: «Tranquilo, bebé, tranquilo», mientras que Sibold los contemplaba satisfecho. Sin embargo, de pronto se impacientó y dijo:

—Escucha, yo he encontrado al bebé, así que es mío.

—Oh, por favor —respondió May—. Yo lo oí primero. Es mío.

—Es mío —dijo Sibold.

—Es mío —dijo May, y los dos se enfadaron.

De pronto oyeron un fuerte gemido, como un lamento fruto de un dolor de muelas, y aun así melodioso. Los dos miraron alarmados hacia abajo y vieron que el pobre bebé estaba muerto.

Horrorizados, rompieron a llorar, y cada uno pidió al otro que le perdonara y se prometieron nunca, nunca volver a enfadarse entre ellos. A continuación el bebé abrió los ojos, los miró muy serio y dijo:

—Nunca os peléis ni os enfadéis. Si volvéis a enfadaros, cualquiera de los dos, estaré muerto y enterrado en un santiamén.

—Te lo prometo, criatura —dijo May—. Nunca, nunca, me volveré a enfadar. Al menos, intentaré no hacerlo.

—Yo le garantizo, señor —dijo Sibold—, que bajo ninguna provocación, resultante de cualquier concatenación de circunstancias, seré yo culpable del delito de la cólera.

—Qué bien habla —dijo May, y el bebé asintió con familiaridad, como si dijera: «Muy bien, viejo amigo. Nos entendemos».

Por un momento, todos guardaron silencio. Luego el bebé volvió sus ojos azules hacia May y dijo:

—Por favor, pequeña madre, ¿quieres cantar para mí?

—¿Qué te gustaría, criatura? —dijo May.

—Cualquier cosa. Algo alegre —respondió él.

—¿De algún estilo en particular? —preguntó May.

—No, gracias. Lo primero que se te ocurra. Prefiero algo sencillo, elemental, como, por ejemplo, una melodía que comience con una escala cromática en quintas y octavas consecutivas, *pianissimo, rallentando, excellerando, crescendo*, hasta un cambio inarmónico en la novena de dominante menor.

—Por favor, criatura —dijo May, humildemente—, yo no sé nada de eso. Solo he aprendido las escalas. No sé qué significa todo lo demás.

—Fíjate y lo comprenderás —dijo el bebé, que cogió una ramita y se puso a escribir música sobre la arena.

—Sigo sin entenderlo —dijo May.

Justo entonces, un animal marrón amarillento entró en el claro persiguiendo a una rata. Cuando llegó frente a ellos, escapó, rápido como un tiro.

—¿Ya lo entiendes? —preguntó el bebé.

—No, criatura, pero no importa —respondió ella.

—Muy bien, querida —dijo el bebé, y le dio un beso—. Canta lo que quieras, con tal de que sea sentido, que te salga del corazoncito —pidió, y la besó de nuevo.

May cantó algo muy dulce y bonito; tan dulce y tan bonito que la hizo llorar, y también a Sibold y al bebé. No se sabía la letra y tampoco la música y no tenía más que una vaga idea de qué hablaba, pero era una canción muy muy bonita. Mientras cantaba, no dejaba de acunar al bebé, que le rodeó el cuello con sus bracitos gordezuelos y la quiso mucho.

Cuando ella terminó de cantar, el bebé dijo:

—¡Chlap, Chlap, Chlap, m-chlap!

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Sibold, angustiado, porque veía que el bebé necesitaba algo.

Justo entonces una preciosa vaca asomó la cabeza entre los arbustos y dijo: «Muuuuu». El niño maravilloso aplaudió y lo mismo hizo May, que dijo:

—Ya lo entiendo. Quiere que le demos de comer.

La vaca se acercó sin que nadie la hubiera invitado, y Sibold dijo:

—Creo, May, que será mejor que la ordeñe.

—Hazlo, por favor, querido —dijo May, que se puso a hacer arrumacos a bebé y a darle besos y a acunarlo y decirle que enseguida le darían de comer.

Mientras hacía esto, la niña estaba sentada de espaldas a Sibold, pero el bebé no perdía detalle de la labor de ordeño, con los ojos azules resplandeciendo de gozo. De pronto rompió a reír, tanto que May se volvió para ver la razón. Y allí estaba Sibold, tratando de ordeñar la vaca tirándole de la cola.

A la vaca no parecía importarle, ya que seguía pastando.

—Calma, muchacha —dijo Sibold. La vaca se puso a retozar—. Oh, vamos. Espabila y danos un poco de leche, que el bebé tiene hambre.

La vaca le respondió:

—El precioso bebé no debe esperar.

A May le pareció muy extraño que la vaca pudiera hablar, pero como Sibold no pareció verlo como algo raro, no dijo nada.

Sibold discutió con la vaca.

—Pero, señora vaca, si él no debe esperar, ¿por qué le obliga usted a hacerlo?

—No me eches la culpa —respondió la vaca—. Es tu culpa. Prueba algo más —y se rio con tanta fuerza como pudo.

Su risa resultaba muy graciosa, al principio muy fuerte, para luego volverse poco a poco como la risa del bebé, hasta que May ya no pudo distinguir una de otra. La vaca dejó de reír, pero el bebé siguió haciéndolo.

—¿De qué te ríes, criatura? —preguntó May, porque ella no tenía ni idea de cómo se ordeñaba, igual que Sibold. Le pareció muy extraño, porque había visto a menudo ordeñar las vacas en su casa.

—Esa no es la forma de ordeñar una vaca —dijo el bebé.

Sibold comenzó entonces a subir y bajar la cola de la vaca como si fuera el mango de una bomba de agua, lo que hizo que el bebé se riera más que nunca.

De pronto, sin que ella supiera cómo había llegado a suceder, May se sorprendió vertiendo leche con una regadera sobre el bebé, tendido en el suelo, mientras Sibold le sujetaba la cabeza. El bebé gorjeaba y reía como loco, y cuando se vació la regadera, dijo:

—Muchas gracias a los dos. Nunca en mi vida me lo había pasado tan bien comiendo.

—Todo esto es muy raro, criatura —dijo May, con un susurro.

—Mucho —dijo Sibold.

Mientras hablaba, llegó un sonido terrible de entre los árboles, muy muy lejano al comienzo, pero que fue acercándose con rapidez. Era como una manada de gatos tratando de imitar el ruido de un trueno. El sonido retumbaba entre los árboles.

—Miauubumrpss. Miauuupsss.

May estaba muy asustada. También Sibold, aunque nunca lo reconocería; sabía que tenía que proteger a su hermana pequeña y al bebé, por lo que se colocó entre ellos y el lugar del que procedía el sonido. May estrechó al bebé y le dijo:

—No tengas miedo, criatura. No le dejaremos que te toque.

—¿Qué es? —preguntó el bebé.

—No lo sé, criatura —respondió ella—. Ya me gustaría. Aquí llega —dijo, y justo entonces un enorme y enfurecido tigre saltó sobre las copas de los más altos árboles y se plantó ante ellos, mirándolos fijamente con sus grandes ojos, verdes y llameantes.

May contempló a la bestia con los ojos abiertos de par en par por el terror, pero no por eso soltó al bebé, sino que lo sujetó con más fuerza aún. No apartó la vista del tigre, y advirtió que este no la miraba a ella, ni a Sibold, sino al bebé. Eso la asustó más todavía, y continuó aferrada al bebé. No obstante, la mirada del tigre se volvía cada vez menos y menos furiosa, hasta que al final, los ojos del felino le parecieron tan amables y dóciles como los de su gatito favorito.

El tigre ronroneó. Su ronroneo era como el de un gato, pero tan fuerte que sonaba como un redoble de tambor. Sin embargo, a ella no le alarmó, porque, pese a su volumen, sonaba grato y acariciante. El tigre se aproximó y se acuclilló ante el niño maravilloso y le lamió las manitas gordezuelas con su gran lengua roja y áspera, pero con mucho cuidado. El bebé se rio, dio unas palmaditas al tigre en la nariz y le tiró de los bigotes, diciendo:

—Arre, caballito, arre.

El tigre continuó comportándose de manera muy graciosa. Se tumbó sobre la espalda y luego dio volteretas y volvió a ponerse en pie y ronroneó más alto que nunca. Levantó la cola, muy recta, moviendo la punta y sacudiendo un gran racimo de uvas que colgaba de un árbol. Parecía abrumado de alegría, y volvió a acuclillarse junto al bebé, y continuó ronroneando, presa de la felicidad. Finalmente, se tendió en el suelo, sonriendo y ronroneando, sin perder de vista al bebé, como si estuviera de guardia.

Poco después llegó desde la lejanía otro sonido terrible. Sonaba como el susurro de un gigante, más fuerte que un chorro de vapor, más bullicioso que

una bandada de gansos. Llegó asimismo un sonido de ramas rotas y de maleza aplastada, además de otro, como de algo siendo arrastrado, diferente a todo cuanto ellos habían oído jamás.

Una vez más, Sibold se interpuso entre los sonidos y May, que de nuevo tomó en brazos al bebé para protegerlo de todo daño.

El tigre se levantó y arqueó el lomo como un gato furioso, dispuesto a lanzarse sobre lo que fuera.

Asomó entonces sobre las copas de los árboles la cabeza de una enorme serpiente, con ojillos que resplandecían como ascuas y las fauces abiertas. Tan grandes eran estas, que parecía que la cabeza de la bestia se hubiera partido en dos, y entre ellas asomaba una gran lengua bífida rezumante de veneno. Tras la monstruosa cabeza aparecieron los enormes anillos de la serpiente. El tigre gruñó, a punto de abalanzarse sobre ella, pero, de pronto, la serpiente agachó la cabeza, sumisa. Contemplaba al niño maravilloso, y May advirtió que el bebé señalaba hacia el suelo con el dedo, como si ordenara a la serpiente postrarse a sus pies. A continuación, el tigre, con un gruñido contenido al que siguió un ronroneo de satisfacción, regresó a su sitio para continuar vigilando; la gran serpiente, mansa de pronto, se ovilló en el claro y también ella pareció estar cuidando del niño maravilloso.

Una vez más, se oyó un sonido terrible. Esta vez procedente del cielo. El batir de unas alas enormes llegó hasta ellos, más poderoso que un trueno, y la silueta de una portentosa ave de presa apareció en las alturas, proyectando sobre la tierra la sombra de sus alas extendidas.

Cuando el ave emprendió el descenso, el tigre volvió a levantarse y a arquear la espalda, como si se dispusiera a saltar a su encuentro, y la serpiente desplegó sus anillos y se alzó, abriendo las mandíbulas, presta a atacar.

Pero en cuanto el ave vio al niño, su apariencia se tornó menos amenazadora y quedó suspendida en el aire con la cabeza gacha, en gesto de sumisión. Poco después, la serpiente volvía a replegarse y se ovillaba, y el tigre retornaba a su puesto de guardia, mientras que el ave de presa se posaba en el claro y se disponía asimismo a vigilar.

May y Sibold contemplaban asombrados al precioso bebé, ante el que los monstruos se mostraban obedientes, pero no distinguían en él nada extraño.

Una vez más, se produjo un sonido terrible; esta vez procedente del mar, como si un gigante estuviera chapoteando.

Miraron a su alrededor y los niños vieron aproximarse a dos monstruos. Un tiburón y un cocodrilo. Salieron del mar y pasaron a tierra. El tiburón iba saltando, dando coletazos contra el suelo y haciendo rechinar sus tres filas de

dientes. El cocodrilo avanzaba sobre sus grandes pies y cortas y curvadas patas, abriendo y cerrando la terrible boca y entrechocando los dientes.

Cuando se acercaron, el tigre, la serpiente y el ave de presa se irguieron para proteger al bebé, pero cuando los recién llegados vieron a este, también le prestaron sumisión y se sumaron a sus guardianes; el cocodrilo recorriendo la playa y el tiburón patrullando por el agua.

Una vez más, May y Sibold miraron asombrados al precioso bebé.

En una nueva ocasión, hubo un sonido terrible, más atroz que todos los anteriores.

La tierra tembló y un profundo retumbo llegó desde las profundidades. A continuación, a cierta distancia, se alzó de pronto una montaña; su cima se abrió y de ella brotaron, con un sonido mayor que el de una tempestad, fuego y humo. Grandes masas de vapor negro se elevaron y se extendieron por el cielo. Rocas incandescentes de gran tamaño salían despedidas del cráter y volvían a caer dentro del mismo, donde desaparecían. Por las laderas descendían torrentes de lava, y géiseres de agua hirviente brotaban por doquier.

Sibold y May estaban más asustados que nunca, y May apretó a su querido bebé contra el pecho.

El estruendo de la montaña ardiente aumentó y aumentó, la llameante lava manaba densa y veloz, y del cráter asomó la testa de un fiero dragón, con ojos como carbones al rojo y dientes como lenguas de fuego.

El tigre, la serpiente, el ave de presa, el cocodrilo y el tiburón se prepararon para defender al niño maravilloso.

Pero cuando el fiero dragón vio al bebé, también él se dominó a sí mismo y, humildemente, emergió a rastras de su ardiente cráter.

A continuación, la montaña en erupción volvió a hundirse en la tierra, la lava ardiente despareció y el dragón se sumó a los demás para proteger al bebé.

Sibold y May estaban más asombrados que nunca, y contemplaban al niño todavía con mayor curiosidad.

—Sibold, quiero decirte algo al oído —dijo de pronto May.

Sibold agachó la cabeza y ella le susurró:

—¡Creo que el bebé es un ángel!

Sibold, sobrecogido, miró al bebé.

—Yo también lo creo, querida. ¿Qué hacemos?

—No lo sé —dijo May—. Espero que no se enfade porque lo llamemos bebé.

—Confío en que no —dijo Sibold.

Mientras hablaban, toda clase de animales, aves y peces se congregaron en el claro, llegando por parejas. Un león y un cordero en primer lugar, y ambos se reclinaron ante el bebé, tras lo que se apartaron y se tendieron en el suelo. Llegaron a continuación un zorro y un ganso, y después un halcón y una paloma, y luego un lobo y otro cordero, luego un perro y un gato, luego un gato y un ratón, luego otro zorro y una cigüeña, y una liebre y una tortuga, y un lucio y una trucha, y un gorrión y una lombriz, y muchos muchos más, hasta que el claro quedó repleto de toda clase de criaturas vivientes, todas en paz unas con otras.

Tomaron asiento por parejas, contemplando al bebé.

May susurró a Sibold:

—Creo que si de verdad es un ángel, debemos mostrarle respeto.

Sibold asintió, de acuerdo, y ella abrazó al bebé más estrechamente y dijo:

—Decidnos, señor bebé, ¿no están todos encantadores y preciosos sentados así?

El niño maravilloso sonrió al responder.

—Encantadores y preciosos están.

—Me gustaría que siempre estuvieran así —dijo May— y nunca en desacuerdo o luchando entre ellos, querido bebé. ¡Oh! Suplico tu perdón. Quiero decir, señor bebé.

—¿Por qué me pides perdón? —le preguntó el bebé.

—Porque te he llamado bebé, en lugar de señor bebé.

—¿Por qué tendrías que llamarme señor bebé?

May no quería decir: «Porque eres un ángel», como debería haber hecho, así que siguió abrazando al bebé y le susurró a su sonrosada orejita:

—Ya lo sabes.

El bebé le rodeó el cuello con sus bracitos, le dio un beso y pronunció, en voz muy baja y dulce, unas palabras que ella no olvidaría durante el resto de su vida.

—Lo sé. Sé siempre cariñosa y dulce, mi querida niña, y entonces los ángeles oirán tus pensamientos y atenderán a tus palabras.

May se sintió muy feliz. Miró a Sibold, que se acercó y la besó, y la llamó: «dulce hermanita», y todas las parejas de animales, así como las bestias terribles que montaban guardia, dijeron al unísono, como si de un vítor se tratara:

—¡Cierto es!

A continuación, todos los animales se pusieron en pie y emitieron, por turnos, los sonidos que acostumbraban a hacer cuando estaban felices. Primero ronronearon, luego cacarearon, chirriaron y aletearon y menearon la cola.

—¡Qué bonito! —dijo May—. ¡Mira, querido bebé!

Estaba a punto de decir «señor» cuando la criatura alzó un dedo en gesto admonitorio, así que ella solo lo llamó «bebé».

El bebé sonrió.

—Bien. Basta con que me llames bebé.

Una vez más, todos los animales exclamaron:

—¡Cierto es! Basta con que lo llames bebé.

Y, de nuevo, todos manifestaron su alegría.

May dijo al bebé y, por alguna razón, su voz sonó muy muy alta, pese a que no era su intención, pues solo quería susurrar:

—Querido bebé, me gustaría mucho que ellos siguieran para siempre felices y en paz como ahora. ¿No hay modo de que así sea?

El niño maravilloso abrió la boca, disponiéndose a hablar, y todas las criaturas vivientes del claro se pusieron de puntillas sobre sus garras, alas o aletas para escuchar atentamente.

Habló él, y aunque pronunció sus palabras en voz baja, sonaron repletas de musicalidad, como el eco de un trueno lejano procedente de allende del mar.

—Has de saber, querida niña, y todos cuantos me escucháis, que habrá paz en la tierra entre todos los seres vivientes cuando los hijos de los hombres pasen una hora en perfecta harmonía entre ellos. Esforzaos, oh, esforzaos, todos y cada uno de vosotros, para que así sea.

Todos se quedaron muy quietos al oírlo e intercambiaron susurros.

A continuación, el niño maravilloso se apartó flotando de los brazos de May y se desplazó en dirección al mar. Todas las criaturas vivientes se apresuraron a disponerse en dos filas para formar un pasillo.

May y Sibold lo siguieron tomados de la mano. Él los esperó en la orilla y besó a ambos.

Mientras esto sucedía, el bote se arrimó a la orilla, el ancla se levó, las velas se arriaron y comenzó a soplar una suave brisa en dirección a casa.

El niño maravilloso se acomodó en la proa. Sibold y May subieron a bordo y ocuparon sus sitios de antes y, tras besar la mano a todas las criaturas vivientes, que bailaban juntas en el claro, fijaron la vista en el precioso bebé.

En cuanto los dos se sentaron, tomados de la mano, el bote se puso en movimiento, con suavidad pero rápidamente. La costa y todos los hermosos rincones se difuminaban en una suerte de bruma a su paso.

Finalmente vieron su arroyo y el gran sauce, sobresaliendo sobre los árboles de la orilla.

El bote se acercó a tierra. El niño maravilloso se dirigió, flotando, hacia la enramada del sauce.

Sibold y May lo siguieron.

Entró bajo la enramada, y ellos poco después.

Cuando la cortina vegetal cayó a su espalda, la silueta del niño maravilloso comenzó a tornarse borrosa, hasta que, por fin, con una amorosa mirada para los niños y agitando las manitas, como si los bendijera, desapareció en el aire.

Sibold y May permanecieron largo rato sentados, tomados de la mano, pensando. Después sintieron sueño, se abrazaron y se tendieron a descansar.

En esa postura volvieron a dormirse, rodeados de amapolas.

ATRAPADOS EN LA NIEVE:
CRÓNICA DE UNA GIRA TEATRAL

(Snowbound: The Record of a Theatrical Touring Party)

PREFACIO

La veracidad, o más bien la fidelidad, de estos relatos queda sujeta a la elección del lector. Se proponen como ficciones.

BRAM STOKER

LA OCASIÓN

(The Occasion)

Durante un rato el tren pareció a punto de quedar atascado en los ventisqueros. Cada poco se producía un brusco aumento de la velocidad, cuando un ventisquero quedaba atrás, igual que en una serrería la sierra se apura al llegar al final del tronco, o cuando una hélice acelera al descender la ola y quedar al aire. Venía a continuación un frenazo ominoso una vez llegaban al siguiente ventisquero. El director abrió las cortinillas y contempló el paisaje nevado.

—Una noche de lo más agradable, y un sitio estupendo para quedar bloqueados. Por lo que veo, no hay ni una casa entre el mar del Norte y los Grampianos. ¡Vaya! ¡Al final lo hemos conseguido! ¡Ahora sí que estamos atascados! —dijo cuando la lenta marcha del tren se frenó por completo.

El resto de la compañía aguardaba presa de la ansiedad, y hubo un suspiro general de alivio cuando la puerta del extremo a resguardo del viento del coche salón se abrió con un vigoroso tirón del guarda; cualquier cosa era mejor que el estado de incertidumbre en que habían vivido durante las dos últimas horas de marcha morosa y espasmódica. El guarda entró, cerró la puerta y se sacudió la rígida costra de nieve.

—Lamento mucho informarles, damas y caballeros, de que nos hemos parado y aquí nos quedamos. Hemos peleado contra la nieve desde que salimos de Aberdeen y el maquinista confiaba en poder llegar a Perth. Pero estos ventisqueros son demasiado para nosotros. Nos quedaremos aquí hasta que se haga de día, a menos que encontremos algún sitio cerca donde darles cobijo a ustedes.

La mentalidad práctica del director vio de inmediato una alternativa.

—¿Por qué no volvemos a Aberdeen? Hemos despejado la vía hasta aquí, así que deberíamos poder regresar.

El guarda negó con la cabeza.

—Eso funcionaría en condiciones normales, pero con semejante viento y con una nevada como yo nunca he visto, no avanzaríamos ni una milla. De todos modos, el fogonero ha salido a echar un vistazo, así que pronto sabremos qué nos espera.

—Diga al maquinista que venga —dijo el director—. Me gustaría saber exactamente cuáles son nuestras opciones.

Cuando el guarda abrió la puerta para salir, la ráfaga de aire helado que irrumpió hizo encogerse a toda la compañía. Estaban demasiado abatidos y angustiados como para hablar, así que nada perturbó el silencio hasta que el guarda regresó en compañía del maquinista; la ropa con que este se abrigaba, negra y aceitosa, brillaba más que de costumbre por los regueros de nieve derretida.

—¿Dónde estamos? —preguntó el director.

—Por lo que sé, a unas diez millas de ninguna parte. La nieve cae tan apretada que no se ve nada a diez pies, y el fogonero ha tenido que volver después de no poder alejarse del tren ni veinte yardas.

—Deduzco que no podemos esperar ayuda hasta que cese la tormenta.

—Ninguna.

—¿Y debemos pasar la noche en el tren sin que ustedes puedan proporcionarnos ninguna comodidad?

—Eso es.

Un lamento generalizado coreó sus palabras.

—En ese caso —prosiguió el director—, debemos hacer lo que podamos para, al menos, mantenernos calientes. Tenemos que hacer un fuego.

El guarda se apresuró a replicar.

—¿Hacer fuego en un vagón de la empresa y que acabe todo reducido cenizas? ¡No harán ustedes ningún fuego! —dijo con decisión.

El director le respondió con decisión equivalente.

—¿Quién nos lo va a impedir?

—Yo.

—¿De veras? ¿Cómo piensa hacerlo?

—Por la autoridad que me concede la línea Great North, a la cual represento. Considérese usted formalmente advertido de que prohíbo que se haga fuego de cualquier clase en el vagón.

El guarda calló, satisfecho de sí mismo.

El director sacó del bolsillo su cuadernillo de notas y escribió algo.

—Comprenderá —dijo a continuación con suavidad— que me dirijo a usted como representante de la compañía de teatro, reclamándole el

cumplimiento del contrato que firmamos, por el cual deben llevarnos a Londres.

—Sabe usted muy bien que no puedo hacerlo.

—Lo afirma amparándose, presumo, en la fuerza mayor.

—¡Eso es!

—Lea entonces este papel; verá que es asimismo una notificación formal. Si se ampara usted en la fuerza mayor, nosotros hacemos lo mismo. ¡Y a nosotros nos respalda una fuerza mucho más grande que la suya! Haremos fuego y, si es necesario, nos enfrentaremos a su gente para conseguirlo. Brooke, ve al vagón de los trabajadores y diles que vengan.

El recadero fue a hacer lo que le habían dicho y el director, viendo que el guarda cedía, prosiguió en tono más afable.

—No causaremos ningún daño, ya verá usted; no tenemos intención de morir como ratas en una trampa. No nos queda más remedio que encender un fuego, pero lo haremos de modo que no provoque desperfectos. Toda nuestra gente vendrá aquí, y la suya puede hacer lo mismo para compartir el calor, cuando consigamos hacer fuego.

—¡Eso es! Cuando lo consigan —murmuró el maquinista.

El director sonrió.

—¡Ya lo verá usted! Yo dirigiré el asunto. Usted fíjese bien y aprenda para futuras nevadas.

En ese momento la puerta se abrió de golpe e irrumpió media docena de trabajadores, carpinteros y utileros, encabezados por el jefe de operarios y el jefe de atrezo. Tras ellos, el jefe de equipajes. Todos traían una gruesa capa de nieve sobre los pies. El director se apresuró a hablar para evitar altercados.

—¡Silencio, muchachos! Estamos atascados en la nieve y tendremos que apañárnoslas para ponernos todo lo cómodos que podamos. Tenemos que hacer un fuego aquí mismo. Ruggles —dijo al jefe de atrezo—, ¿puede sacar algunas de nuestras cosas?

—¡Cosa fácil, señor! No llevamos mucha carga así que se puede acceder a los baúles.

—¿Y usted, Hempitch? —preguntó al jefe de operarios.

—Lo mismo señor. Nosotros tampoco vamos muy cargados.

—¡Muy bien! Haremos el fuego en este vagón.

—No harán fuego aquí —intervino el guarda—. Por encima de mi cadáver.

—Calma —dijo el director alzando la mano—. Verá usted que no pasará nada. Aguarde un momento y quedará tranquilo, y así no tendremos que

noquearlo de un golpe en la cabeza ni maniatarlo. Y ahora, Hempitch, desmonte esa parrilla portaequipajes y colóquela aquí, en el suelo, en el lado de sotavento del vagón y junto a la ventana. Usted, Ruggles, consiga un buen pedazo de arcilla de modelar, de la que usamos para *Pigmalión*, y haga con ella un cerco para contener la ceniza. Luego, Hemptich, hágase con media docena de listones de hierro y póngalos apoyados en un par de leños o cajas de material. Sobre esa plataforma colocaremos un hogar. Luego, Ruggles, pondrá encima una chimenea Luis XI, con una pantalla contra las llamas detrás, y haga también una salida de humos con una manta de asbesto y sáquela por la ventana; puede sellarla con más arcilla. El maquinista nos proporcionará unos carbones al rojo de la locomotora, y uno de los carpinteros podría coger una sierra y cortar una sección de la valla que veo ahí fuera, hecha con traviesas viejas.

Los empleados del ferrocarril eran inteligentes y vieron lo seguro y práctico del plan, así que fueron a la locomotora en busca de los carbones. Cuando regresaron con ellos, el director dijo al jefe de equipajes:

—Convendría que trajera usted un par de cestas de las pieles que usamos para *Miguel Strogoff*; nos ayudarán a estar confortables. Y ahora, damas y caballeros, será mejor que saquen sus provisiones. He visto que todos llevan cestas de comida para el viaje a Londres. Cenemos. Yo contribuiré con una buena garrafa de *whisky* de las *Highlands* y pasaremos un rato tan agradable como nos sea posible.

Siguió un gran ajetreo, y aunque temporalmente el coche salón reinó un frío de muerte mientras se llevaban a cabo las diversas tareas, el fuego improvisado se organizó con tanta prontitud y las llamas ardieron tan bien que el calor y la comodidad enseguida se dejaron sentir. El maquinista hizo un par de aportaciones de su reserva personal, en especial una tetera de fondo plano que, llenada con nieve derretida, pronto siseó sobre el fuego. El jefe de atrezo proporcionó la vajilla, sacada de sus herramientas de trabajo, y disfrutaron de la cena con buen humor y en un ambiente que no podría ser más cómodo.

Cuando concluyeron, se sirvió té y ponche para todos, y se encendieron pipas y cigarros. La compañía, abrigada con pieles, se apiñó alrededor del fuego.

Al cabo de un rato empezó a remitir el murmullo de las conversaciones y unos comentarios esporádicos señalaron la transición a un completo silencio. Este fue roto por el director con unas súbitas palabras que sacaron a sus compañeros de la somnolencia.

UNA LECCIÓN CON MASCOTAS

(A Lesson in Pets)

—Ya en otra ocasión tuve que pasar la noche en un coche salón, en unas circunstancias que tampoco eran las más deseables.

—Cuéntenoslo —dijo la primera actriz—. Nos esperan unas cuantas horas aquí y nos ayudará a pasar el rato.

—¡Atención! ¡Silencio! —exclamó el resto de la compañía, siempre deseosa de escuchar a su director.

El director se puso en pie e hizo una reverencia con la mano sobre el pecho como si estuviera ante un telón, volvió a sentarse y dijo:

—Sucedió hace muchos años, unos diez, creo recordar, cuando salí de gira con *Revelaciones de Sociedad*. Algunos de ustedes recordarán la obra. Estuvo largo tiempo en cartel, tanto en la ciudad como en provincias.

—La conozco muy bien —dijo el padre robusto—. Cuando yo era primer actor juvenil interpreté a Geoffroi D'Almontiere, el villano francés, en el Smalls con la compañía de George Bucknill, con Evangeline Destrude como Lady Margaret Skeffington. Una obra estupenda. Me pregunto a menudo por qué nadie la repone. Vale más que una docena de esas ñoñeces intragables de ahora.

—¡A callar! ¡A callar! —pidieron todos, y la creciente indignación del orador remitió.

—Aquella vez tuvimos una invasión de perros —prosiguió el director.

—¿De qué?

—¿Cómo fue?

—¿De perros?

—¿Cómo que «aquella vez»?

—¡Explíquese! —pidió la compañía.

—De perros y de algo más —continuó el director—. Pero será mejor que empiece por el principio. En la gira anterior yo había llevado *La lección de la cruz*, y como el objetivo era sacar todo el dinero posible a los santurrones,

pensé que lo mejor sería hacerme con un equipo que tuviera un aire de ostensible moralidad. Los elegí basándome en cuestiones familiares. No había nadie que no estuviera casado, y no importaba lo viejas ni lo feas que fueran las mujeres, porque sabía que serían aceptables para el público al que nos dirigíamos. Pero no me esperaba lo que pasó. Todos llevaron a sus hijos. No me habría importado tanto si hubieran llevado a los mayores, que podrían haber servido para engrosar el público. Hasta les habría pagado. Pero solo llevaron bebés y niños pequeños, que necesitaban que alguien cuidara de ellos todo el tiempo. No se creerían ustedes la cantidad de niñeras y chiquillas sacadas de asilos y demás instituciones que llevamos con nosotros. Cuando llegué a la estación y el revisor me señaló nuestro tren privado, no pude creer lo que estaba viendo. No había ventanilla de la que no asomara un bebé, y el andén estaba atestado de ancianas y niños que reían, lloraban, hacían muecas a los críos, se enjugaban las lágrimas y sacudían pañuelos. La gente que pasaba por la calle se había enterado de lo que sucedía y, siendo domingo por la tarde y no teniendo nada mejor que hacer, no cesaba de entrar y sumarse a la pantomima. Yo no podía hacer nada, al margen de buscar mi vagón personal, echar las cortinillas y rezar para que saliéramos puntuales.

»Cuando llegamos a Mánchester, donde estrenábamos, nos aguardaba la habitual muchedumbre dominical, deseosa de ver a los actores. Al salir de la curva del Exchange miré hacia fuera y comprobé complacido la ansiedad general por ver por primera vez a la célebre compañía que pondría en escena *La lección de la cruz*, como anunciaba nuestra publicidad. Pero al igual que una ráfaga de brisa inclina los tallos de un maizal, vi surgir en la fila de rostros miradas de asombro, y a continuación los destellos de los dientes de cada hombre, mujer y niño cuando sus bocas se abrieron en una sonrisa. Miré hacia atrás, y allí volvía a estar la infernal hilera de bebés, mecidos frente a cada ventanilla. La multitud los jaleó; yo esperé hasta que rodearon a los bebés en el andén y hui a mi hotel.

»Pasó lo mismo, una vez tras otra, durante toda la gira. En cada sitio al que arribábamos o del que partíamos nos encontrábamos con la misma muchedumbre; llegábamos y nos íbamos entre coros de risas. No me habría molestado tanto si nos hubiera reportado algún beneficio, pero lo único que conseguíamos era que montones de personas que iban a ver la obra esperando encontrarse en ella a los bebés acabaran decepcionados. Con tacto, pregunté a los miembros de la compañía si podrían mandar a algunos de los bebés de vuelta a casa, pero todos me dijeron que sus familias ya habían hecho planes y no podían cambiarlos. El único motivo de diversión que encontré provino de

una joven pareja de la que sabía que acababa de contraer matrimonio. Llevaban consigo a una niña de unos tres años, a la que habían vestido como a un niño. Cuando les expuse mis quejas, se sinceraron conmigo y me confesaron que, como todos los demás llevaban niños, pensaron que ellos llamarían la atención negativamente si iban solos, así que habían alquilado la niña a un pariente pobre durante lo que durara la gira. Me hizo tanta gracia que no les dije nada más.

»Tuvimos luego otro inconveniente por culpa de los niños; no hubo epidemia infantil en cien millas a la redonda de la que no se contagiaran: sarampión, tos ferina, varicela, paperas, tiña…, todas, hasta que el tren ya no pareció una guardería sino la sección de pediatría de un hospital. Les aseguro, si es que son ustedes capaces de creerme, que durante el año que estuve de gira con aquella dichosa compañía —y tuvimos una gira con enormes beneficios, todo hay que decirlo— toda la red de ferrocarriles de Inglaterra quedó sembrada de pañales y migas de galleta».

—Señor Benville Nonplusser, ¿cómo puede quejarse de semejante cosa? —se lamentó la primera anciana.

—Poco antes del final de la gira —continuó el director— reuní a toda la compañía y les advertí que nunca volvería a permitir bebés en una de mis giras, bajo ninguna circunstancia, jamás en uno de mis trenes privados. Y la decisión la he mantenido hasta el día de hoy.

»Bueno, nuestra siguiente gira fue muy distinta. Como ya he dicho, representamos *Revelaciones de sociedad* y, claro está, el reparto era muy diferente. Queríamos que la obra tuviera un aire elegante, refinado, así que invité a participar a unos aficionados de la alta sociedad. Los papeles principales los interpretaban, naturalmente, buenos actores, pero los pequeños fueron para todos aquellos encopetados. La gira nada tuvo de agradable pues hubo celos de principio a fin. Los aficionados eran, como resultaba de esperar, más teatrales que los profesionales del teatro; se reirían ustedes de los aires que se daban algunos. Esto irritó a nuestra gente, que formó una piña, se lo aseguro. Al principio intenté mantener la paz, porque todos aquellos engreídos de la alta sociedad eran exactamente lo que necesitábamos para la obra, pero la compañía no tardó en dividirse en dos bandos y yo me encontré con que todo lo que hiciera estaba mal. Cualquier cosa que uno hiciera o consiguiera, los demás la querían también; a nadie se le permitía ningún privilegio o distinción sobre los demás, por breve que fuera. Al final tuve que ponerme firme y tomar cartas en el asunto, pero cada vez que lo hacía me

encontraba con la renuncia de alguien, así que debía tener cuidado si no quería quedarme sin actores para la obra.

»No pasaba ni una hora sin una crisis de celos. Si al menos las hubiera podido prever habría sido tolerable, pero lo peor es que no dejaban de surgir cuando uno menos se lo esperaba, y yo solo me enteraba cuando ya era demasiado tarde para impedir la riña.

»Habiendo prohibido a los niños en la gira anterior, no me pareció necesario prohibir nada más, y la consecuencia fue que me encontré de pronto en mitad de una invasión de mascotas. Mi primera actriz de entonces, la señorita Flora Montressor, que había estado conmigo en siete giras y que era la favorita del público en todas las salas de provincias, tenía un pequeño toy terrier trigueño que llevaba a todas partes desde que estaba conmigo. Varias veces otros intérpretes habían preguntado a mi jefe de actores si ellos también podían llevar perros, pero él siempre había respondido negativamente, diciendo que el personal del ferrocarril no lo permitía, y que era mejor no insistir, pues el caso de la señorita Montressor era excepcional, por ostentar ella una posición de privilegio. Esa respuesta siempre había bastado con la compañía habitual, pero todos y cada uno en el nuevo reparto tenían alguna mascota, y al cabo del primer viaje, después de que se les llamara la atención por la irregularidad, se limitaron a sacar billetes para los animales, que ellos mismos pagaron. A los actores profesionales les bastó ver eso para que en el siguiente viaje no hubiera ni un alma en todo el reparto que no llevara alguna clase de mascota. La mayoría eran perros, y una manada de lo más variada, desde los más diminutos hasta mastines enormes. El personal del ferrocarril no estaba preparado para aquello —habría hecho falta un vagón especial solo para los perros— y yo tampoco lo estaba; al principio no supe qué decir. El domingo siguiente reuní a todo el reparto y les dije que me temía que tras aquel viaje no permitiría que siguieran llevando a sus mascotas. La estación parecía una feria canina, y apenas podía oír mis propias palabras por culpa de los ladridos, gañidos y aullidos. Había mastines, san bernardos, collies, caniches, terriers, bulldogs, skyes, king charles spaniels, duchshunds y turnspits, todas las variedades del mundo canino, por raras que fueran, estaban representadas. Un hombre tenía un gato con un collar plateado, al que llevaba de una correa; otro tenía una rana amaestrada; varios, ardillas, ratones blancos, conejos, ratas, un canario en una jaula y un pato amaestrado. Nuestro segundo actor de farsa tenía un cochinillo, pero se le escapó en la estación y no fue capaz de atraparlo. Cuando me dirigí a la compañía guardaron silencio,

me enseñaron sus billetes para los animales, todos con la salvedad de la señorita Flora Montressor, que tranquilamente dijo:

»—Me dio usted permiso hace años para llevar a mi perrito.

»Comprendí que no podía hacer nada sin provocar la clase de bronca que precisamente quería evitar. Me retiré a mi compartimento a reflexionar.

»Pronto llegué a la conclusión de que debía darles una lección ejemplar y se me ocurrió una idea brillante: Yo también me buscaría una mascota.

»Nos dirigíamos entonces a Liverpool, y a comienzos de la semana hice una rápida visita a mi viejo amigo Ross, el importador de animales, para realizarle una consulta. En mi juventud había trabajado con un circo y pensé que podría servirme de aquella experiencia. Ross había salido, así que pedí a uno de sus hombres que me recomendara una mascota que resultara incómoda para una persona nerviosa si tuviera que viajar con ella. No era alguien con sentido del humor, así que me sugirió un tigre. “Tenemos un adulto maravilloso”, dijo, “recién llegado de Bombay. No podría ser más salvaje. Tenemos que mantenerlo aislado porque, si lo ponemos con los otros, los aterroriza de tal manera que están a punto de escapar en masa”.

»Me pareció una solución demasiado drástica; no quería terminar la gira en el cementerio ni en la cárcel, así que le propuse algo más suave. Me ofreció pumas, leopardos, cocodrilos, lobos, osos, gorilas y hasta una cría de elefante, pero ninguno parecía apropiado. Llegó entonces Ross, que me llevó con él para enseñarme algo más.

»—Acaba de llegar —dijo—. Un lote de boas constrictoras de Surinam. Tres toneladas en total. Los mejores ejemplares que jamás he visto.

»Pese a que mi experiencia previa me había acostumbrado a cosas así, me sentí incómodo cuando me acerqué a verlas. Yacían en el fondo de una caja, como montones de melones, sin más cierre que una tapa de cristal que ni siquiera tenía cerrojo. Una masa inmensa, viscosa, multicolor que se plegaba y enroscaba en todas direcciones, y si no fuera por las cabezas que asomaban acá y allá, se podría haber pensado que se trataba de un único y enorme reptil. Ross me vio recular un poco.

»—No tienes que asustarte —dijo para tranquilizarme—. Con este tiempo están medio aletargadas. Hace bastante frío, y aunque hiciera calor tampoco se levantarían de repente.

»A mí seguían sin gustarme porque cada vez que una de ellas engullía lo que se ponía delante —una rata, un conejo o lo que fuera—, toda la masa se convulsionaba, se arrastraba y retorcía un poco. Pensé en el efecto que tendrían en mi compañía, así que allí mismo cerré con Ross el alquiler de las

serpientes para el siguiente viaje. Uno de sus hombres nos acompañaría hasta Carlisle, adonde íbamos esa vez, para luego traerlas de vuelta.

»Dispuse con la compañía de ferrocarriles que para ese viaje contaríamos con uno de sus coches salón grandes, especiales para excursiones particulares, de modo que todos los miembros de la compañía tuvieran que viajar juntos en lugar de en compartimentos diferentes, repartidos en bandos. Cuando se congregaron en la estación nadie estaba satisfecho. No obstante, no se quejaron abiertamente. Yo había mencionado de pasada, y la voz había corrido, que viajaría en su compañía y que tenía una sorpresa muy especial preparada para ellos. Por sus insistentes preguntas a los mozos de estación y al jefe de equipajes sobre si ya había llegado mi equipaje, pensaban que la sorpresa iba a consistir en un pícnic. Yo había organizado cuidadosamente con la gente de Ross que mi contribución no llegara hasta el último momento, y, en privado, había dado una propina al guarda para que, cuando se produjera la entrega, partiéramos de inmediato. Se había programado que el tren privado realizara un viaje rápido, sin paradas entre Liverpool y Carlisle.

»Cuando se acercó la hora de salida, la compañía ocupó los sitios que habían reservado en el coche; los primeros ocuparon las plazas de los extremos. La selección natural dividió el vagón en dos campos. Los perros de ambos ocuparon el centro. Cuando mi jefe de actores gritó: "¡Todos a bordo!", como era su costumbre, se sentaron los últimos. Varios hombres aparecieron entonces en el andén empujando una gran carretilla. Esta transportaba dos grandes cajas con las tapas sin asegurar, y que, habiendo abundancia de manos, fueron rápidamente montadas al coche salón. Una se colocó junto a la puerta del extremo del vagón y la otra, justo delante de la puerta de entrada, bloqueándola.

»La puerta se cerró, se le puso el seguro, sonó el silbato del guarda y partimos.

»Huelga decir que durante todo el tiempo los perros habían estado ladrando y aullando hasta desgañitarse, y algunos estaban empeñados en enzarzarse con los otros, y si no lo hacían era solo porque sus amos los retenían. El gato había buscado refugio en la parrilla de equipajes, desde donde lanzaba bufidos y mecía la cola erizada. La rana permanecía sentada, con aire satisfecho, en una caja junto a su amo, y las ratas y los ratones se habían escondido en el fondo de sus jaulas de manera que no se los veía. Cuando entraron las cajas, algunos perros se encogieron de miedo y se pusieron a temblar, mientras que otros se pusieron a ladrar furiosos y apenas

se los pudo retener. Yo saqué mi periódico del domingo y me dediqué a leer tranquilamente, a la espera de lo que sucediera.

»El clamor de los perros furiosos persistió un buen rato, y uno de ellos, un mastín, se puso incontenible.

»—No puedo sujetarlo mucho más —me dijo su amo a gritos—. Debe de haber algo en esa caja que lo pone nervioso.

»—Puede estar seguro —dije, y seguí leyendo.

»Un par de miembros de la compañía empezaron a preocuparse y uno se acercó con curiosidad a echar un vistazo a la caja, se inclinó hacia ella, la olfateó sospechosamente y retrocedió de golpe. Eso avivó la curiosidad de los demás, y varios otros se acercaron a oler. Comenzaron los murmullos y una mujer me preguntó directamente:

»—Señor Benville Nonplusser, ¿qué hay en esa caja?

»—Mis mascotas. Nada más que eso —respondí sin levantar la vista del periódico.

»—Unas mascotas asquerosas, sean lo que sean —dijo ella con aspereza —. Huelen muy mal.

»—Cada uno tiene sus gustos, querida. Usted los suyos y yo los míos. Y puesto que todos los miembros de esta compañía llevan consigo a sus mascotas, he decidido traer también las mías. No dudo de que con el tiempo les terminarán cobrando afecto. De hecho, es mejor que empiecen ya mismo, porque a partir de ahora nos acompañarán en todos los viajes.

»—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó un joven.

»Asentí dando mi consentimiento, y cuando levantó la tapa, todos se apiñaron a su alrededor, todos menos el hombre del mastín, demasiado ocupado en contener a su clamorosa bestia. El joven alzó la tapa y cuando vio lo que había dentro retrocedió de inmediato; la tapa cayó al suelo, dejando el interior expuesto. Toda la multitud reculó con un escalofrío y algunas mujeres se pusieron a chillar. Me preocupé por si los gritos llamaban demasiado la atención, pues nos acercábamos a una parada, así que dije con calma:

»—Harán mejor en estar lo más callados que puedan. Nada irrita más a las serpientes que el ruido. Creen que es hora de salir en busca de presas.

»Tan seria afirmación quedó aparentemente corroborada por el hecho de que varias de las boas alzaron soñolientas la cabeza siseando suavemente. La muchedumbre echó a correr, empujándose y estorbándose entre sí, hacia los extremos más alejados del vagón. A esas alturas el hombre del mastín estaba agotado de luchar con el poderoso animal. Queriendo terminar de dejar claras las cosas, dije:

»—Será mejor que hagan callar a sus perros. Si no lo hacen, no respondo de las consecuencias. Si ese mastín ataca a las serpientes, como trata de hacer, ella se lanzarán a por él y pelearán, y entonces…

»En casos así el silencio es lo más elocuente. El miedo generalizado quedó manifiesto por la palidez de las caras y los temblores.

»—¡Me temo que no puedo sujetarlo más! —dijo el hombre entre jadeos.

»—En ese caso —dije—, algunos de sus compañeros que también tienen perros deberían ayudarlo, antes de que sea demasiado tarde.

»Varios respondieron y, con la ayuda de unas cuantas correas, ataron a la bestia a la pata de un banco. Al comprobar que todos estaban medio paralizados de miedo volví a poner la tapa a la caja, lo que los alivió un poco. Cuando me vieron sentarme encima, hubo algunos asomos de sonrisa. Seguí insistiendo para que hicieran callar a sus animales, y tratándose de una labor inacabable, eso los mantuvo bien ocupados.

»Reconozco que al principio yo también estaba un poco nervioso, y habría bastado con que una boa constrictor diera un cabezazo a la tapa de la caja para que hubiera salido corriendo. Sin embargo, como permanecieron absolutamente tranquilas, mi valor fue en aumento.

»Transcurrieron varias horas, no exentas de incidentes, cada vez que alguna de las muchas mascotas se hacía notar. El canto del canario, por ejemplo, recibió un coro de maldiciones. Pero la cólera llegó al extremo cuando el pato, hasta entonces mudo, arrancó con su sonsonete habitual: “¡Cuac! ¡Cuac!”.

»—¿Quiere hacer el favor de callar a ese maldito animal? —susurró rabioso el exhausto dueño del mastín. Lo que hizo sonreír a muchos.

»Cuando comprobé por la hora que nos acercábamos a Carlisle, me puse en pie sobre la caja y pronuncié unas palabras.

»—Damas y caballeros, confío en que el episodio de hoy, por desagradable que haya sido, nos traiga un beneficio a la postre. Han aprendido que el bienestar del grupo depende de todos y cada uno de ustedes, y que, tarde o temprano, hay que responder por la persecución egoísta de nuestra propia y mezquina satisfacción. Cuando me quejé ante ustedes sobre la cuestión de los animales, decidieron aferrarse a su parecer y llegaron incluso a dejar a un lado sus celos personales y profesionales para unirse en mi contra. Se me ocurrió entonces pagarles con su misma moneda pero con creces. ¿Lo he conseguido?

»Hubo un momento de silencio y al cabo empezaron a asomar aquí y allí sonrisas y asentimientos, así que continué:

»—Espero que se tomen ustedes lo sucedido tan bien como yo me tomé todo lo que pasó antes. En cualquier caso, mi decisión es firme. Las mascotas quedan incluidas, juntos con los bebés, en el *Index Expurgatorius* de mis giras. Por lo que respecta a lo que queda de la gira presente, si alguien trae su mascota, lo mismo haré yo con las mías. Y creo que se han dado cuenta ustedes de que sé elegirlas muy bien. Cualquiera que no esté de acuerdo puede cancelar su compromiso con la compañía en este mismo instante. ¿Alguien tiene algo que decir?

»Hubo quienes se revolvieron pero todos guardaron silencio, y vi que mi victoria había sido absoluta. Cuando me bajaba de la caja, sin embargo, mi mirada se encontró con la de los llorosos ojos de la señorita Montressor, que seguidamente se dirigieron a su perrito.

»—Lo que acabo de decir no se aplica a la señorita Montressor, que obtuvo permiso hace años para traer a su perro. No estoy dispuesto a privarla ahora de su privilegio.

»Y nadie osó objetar».

—¡El siguiente! —dijo el jefe de actores, el señor Wragge, que por exigencia de su trabajo era alguien enérgico y emprendedor, acostumbrado a asumir responsabilidades no asignadas o que nadie más deseaba, y que en el presente caso se convirtió, fruto de una suerte de selección natural, manifestada por el consentimiento tácito de toda la compañía, en maestro de ceremonias.

Hubo un silencio total, pues la sesión de narraciones acababa todavía de empezar y nadie deseaba tomar la palabra. El agudo maestro de ceremonias se percató de inmediato de lo que pasaba y volviéndose hacia la primera actriz, sentada a la izquierda del director, dijo:

—Tendrá usted que ser la siguiente, señorita Venables. Le toca hablar a quien le toca beber, si es que tenemos algo de beber.

El primer actor de farsa no dejó pasar indirecta. Desenroscó el tapón de su petaca y cortésmente ofreció esta, junto con un vaso y una botella de agua, a la ruborizada chica.

—He aquí la bebida —dijo—. *Vin du pays*.

Ella hizo un delicado amago de protesta pero el director le sirvió una pequeña cantidad de *whisky*, que rebajó generosamente con agua. Ella agradeció la amabilidad con una deliciosa y breve reverencia y dirigió una mirada seductora a la compañía.

—Haré encantada cuanto pueda por el confort de todos —dijo—, pero, de veras, no tengo ni idea de qué contar. Mi vida no ha sido rica en incidentes y

no se me ocurre nada que me haya pasado y merezca la pena contar.

Uno de los jóvenes, que la admiraba en secreto, no pudo contenerse.

—Yo sé de algo que a todos nos interesaría.

—¿De qué se trata? —preguntó el maestro de ceremonias.

El joven enrojeció y tartamudeó al responder, mientras miraba aprehensivamente al objeto de su devoción, que lo observaba inquisitiva y con el ceño fruncido.

—Era una broma, o algo así, no sé qué, que contaba la compañía que puso en escena *Su excelencia, la Blanchisseuse*, justo antes de que yo me uniera a ella. Alguien les había obligado a jurar silencio sobre su origen, así que no conseguí que nadie me dijera por qué se referían siempre a la señorita Venables como «El accesorio de Coggins».

La chica rio encantada.

—Yo se lo hice jurar. Fue una historia muy divertida. A mí no me importaba, pero hubo alguien más, el pobre Coggins, un compañero excelente, que se tomó tan a pecho las continuas bromas de la compañía que acabó presentando su renuncia. Supe que tenía mujer e hijos, así que no habría dejado un buen trabajo si no se hubiera sentido realmente herido, y pedí personalmente a todos que no contaran de dónde venía el apodo, y ellos me lo prometieron. Pero yo no estoy sujeta a la promesa, así que lo puedo decir; además aquello pasó hace mucho tiempo y ahora Coggins es un próspero constructor en las Midlands.

—¡Eso! ¡Adelante! —exclamaron todos, despertadas sus expectativas.

Y la primera actriz comenzó su relato:

EL ACCESORIO DE COGGINS

(Coggins's Property)

—Cuando estaba haciendo *Su excelencia, la Blanchisseuse*, yo acababa de empezar en el teatro e interpretaba montones de papeles pequeños, de una o dos frases. A veces era un cuerpo sin voz, y otras, una voz sin cuerpo.

—*Vox et praeterea nihil* —murmuró otro de los jóvenes, que había asistido a una escuela pública.

—Entre mis papeles consistentes en nada más que una voz, estuvo el de una reina tendida en una cama, en una habitación junto al salón representado en el escenario. Se entreveía el borde de la cama y yo tenía que sacar una mano sosteniendo una carta y decir un par de frases. Un sirviente tomaba la carta, la puerta se cerraba y eso era todo. Claro está que no tenía que vestirme para el papel, salvo ponerme una chaquetilla de seda y encaje, y enfundarme una manga de un camisón, así que me presentaba justo antes de mi pie y entraba en escena, o más bien me metía en la cama. A continuación un utilero aparecía con una colcha bordada con las armas imperiales, me tapaba con ella y remetía el borde que quedaba a la vista del público. El hombre a quien inicialmente asignaron este trabajo se llamaba Coggins, y como tenía mucho que hacer, tratándose de una obra con cantidad de atrezo, se presentaba justo a tiempo de colocar la colcha y de retirarse antes de que se abriera la puerta y mi sirviente se acercara a por la carta. Coggins era un tipo excepcional, serio, educado, puntual, sobrio y tan firme e impasible como una roca. La escena era silenciosa y lo que pretendía ser mi dormitorio estaba prácticamente a oscuras. El público veía, más allá del salón iluminado, la habitación en penumbra, una mano pálida con una carta que asomaba entre las cortinas de la cama y oía una voz adormilada, como de alguien que se acabara de despertar. No había oportunidad para que el utilero hablara, ni necesidad de ello. Coggins conocía muy bien su trabajo y el director de escena y sus ayudantes insistían en que se mantuviera el más absoluto silencio. Después de varias noches, en las que Coggins había sido siempre de lo más escrupuloso en su

trabajo, le deseé buenas noches cuando me crucé con él en la puerta de actores y le di un chelín. Él se sorprendió un poco, pero se levantó el sombrero con sumo respeto. A partir de entonces nos saludamos siempre, cada uno a su estilo, y yo a veces le daba un chelín, que él recibía con cierta sorpresa. En otros momentos del trabajo yo entraba a menudo en contacto o, más bien, en yuxtaposición con Coggins, pero él nunca mostraba el mismo delicado detallismo que ponía al arroparme en *Su excelencia, la Blanchisseuse*. La obra, como ustedes sabrán, estuvo mucho tiempo en cartel en Londres, y después la compañía original salió de gira por «los Grandes» durante toda una temporada. Naturalmente, el director llevó a toda la gente que era necesaria, de los que habíamos trabajado en Londres, y entre ellos estaba el excepcional e impasible Coggins.

»Al cabo de meses de trabajo en todas las condiciones imaginables, nos sabíamos tan bien nuestros pies que ajustábamos muy bien el tiempo; a menudo nos colocábamos en nuestras marcas justo antes de nuestros pies. Mi papel invitaba especialmente a ello, y me temo que empecé a apurar demasiado, porque llegaba a mi puesto apenas un par de segundos antes de que Coggins hiciera aparición con la colcha imperial.

»Al final, una noche, en el Gran Teatro de Leeds —ya saben ustedes lo grande que es y lo complicado que resulta dar con la puerta correcta— fui demasiado lejos. Estaba charlando en el camerino con Birdie Squeers y el recadero apareció a la carrera por el pasillo, gritando: “Señorita Venables, señorita Venables. ¡Llega usted tarde! ¡Dese prisa o habrá una interrupción en la obra!”. Me levanté de un brinco, corrí por el pasillo y llegué a la parte de atrás del escenario justo a tiempo de encontrarme con el impasible Coggins, cuya impasibilidad, por una vez, se hallaba destruida. Como de costumbre, llevaba la colcha imperial plegada sobre un brazo, pero con la otra mano gesticulaba desesperado.

»—¡Venid aquí! —susurró enfadado a un grupo de trabajadores—. ¿Quién demonios ha cogido mi accesorio?

»—¿Tu accesorio? —dijo uno—. ¡Serás bobo! ¿No lo llevas en el brazo?

»—¿Esto? No, esto está bien —respondió—. No me refiero a esto. Lo que quiero es lo que tapo con esto.

»—¿Y no tienes ahí la cama? Espabila y deja de hacer el imbécil.

»No oí nada más porque me escabullí por detrás de ellos y me metí en la cama. Coggins estaba decidido a no dejar de hacer su trabajo. Él no era responsable de lo que había en la cama sino de nada más que colocar la colcha, y eso hizo. Me causó gracia su cara de completo asombro cuando

extendió la colcha y vio que no quedaba lisa, como la primera vez. Le oí murmurar para sí:

»—¿Qué broma es esta? ¡Han vuelto a poner el accesorio! Hablaré con ellos en cuanto termine la obra.

»Coggins era fornido, había quienes decían que era un verdadero gorila, así que decidí presenciar con mis propios ojos las consecuencias de la broma que le habían gastado. Supongo que fue un poco cruel por mi parte, pero yo también me sentía ofendida. Era una novata y hasta entonces había sentido cierto interés por Coggins. La ternura y devoción constante que ponía en su trabajo, del cual yo era la figura central, tenía, en mi opinión, un lado romántico. Él era de clase humilde y yo de clase alta, pero él era un hombre y yo una mujer, y la devoción masculina siempre resulta dulce a una mujer. Recordaba a menudo lo que Claude Melnotte esperaba que Pauline respondiera a su petición de mano: “Lo mismo que la reina de Navarra dijo al pobre trovador: Mostradme al oráculo capaz de decir a todas las naciones que soy hermosa”.

»Pero yo empezaba a sospechar que mi amigo y humilde admirador, Coggins, no albergaba ningún interés por mí. Mi intervención en la obra terminaba antes del final de la escena, así que cuando se cerraba la puerta de mi dormitorio, me escabullí como de costumbre. Esa vez, sin embargo, no fui al camerino, como solía hacer, sino que esperé para ver lo que hacía Coggins. Siguiendo su rutina, apareció y retiró la colcha, y una vez más quedó sorprendido al ver que yacía lisa sobre la cama.

»—Así que han vuelto a llevarse el accesorio —murmuró—. Tendré que hablar claro con ellos.

»Después de que retirara la colcha, llegaron otros dos hombres para llevarse la cama; el dormitorio de la emperatriz no volvía a aparecer en la obra. Como no había nada más que hacer hasta el final de la función, fui a la entrada de artistas, pretendiendo comprobar si había alguna carta para mí, pero en realidad porque los trabajadores acostumbraban a reunirse allí cuando no se les requería en el escenario, por lo que esperaba que el desenlace del incidente se produjera allí. Varios carpinteros y utileros fumaban fuera de la puerta de artistas, y al poco rato apareció Coggins y se encaró con ellos con aire combativo.

»—Vamos a ver, muchachos —dijo—, hay algo que quiero saber, y quiero que me lo digáis ahora mismo. ¿Cuál de vosotros me está tomando el pelo?

»—¿De qué hablas? —dijo uno, con idéntica agresividad. Era vecino de la ciudad y tenía pinta de luchador—. ¿De qué va esto?

»Coggins, reconociendo a un antagonista digno de consideración, contestó con toda la calma que pudo:

»—Quiero saber quién está jugando con mi accesorio.

»—¿Qué accesorio, Coggins? —preguntó uno de sus compañeros.

»—Lo sabéis muy bien. El que suele estar en la cama y yo tapo con la colcha.

»Los hombres respondieron con un ataque de carcajadas y lo bombardearon con pullas.

»—Si ese es tu accesorio, Coggins, me pregunto qué dirá tu mujer cuando se entere.

»—¡Eso no es ningún accesorio! ¡Es una chica!

»—¡Eh, muchachos! Cuando su mujer le pida el divorcio, nosotros podremos declarar que no había nada entre ellos. Y cuando ella oiga que este no conocía la diferencia entre un accesorio y una chica, se pondrá en pie y dirá: “No culpable. El prisionero sale del tribunal sin la menor mancha en su reputación”.

»Coggins se puso muy pálido, mirándolos perplejo.

»—Chicos, ¿es una broma o qué? —preguntó en un tono muy distinto.

»—De broma nada —dijo uno—. ¿De verdad no sabías que lo que arropas cada noche es una de las chicas?

»—¡No! —respondió con vehemencia—. ¿Cómo iba a saberlo? Siempre llego con el tiempo justo de poner la colcha y remeterla. ¡Está oscuro y ella nunca dice nada! ¡Cómo demonios iba a saber que la dichosa cosa estaba viva!

»Dijo esto con tanta sinceridad que me desarmó y rompí a reír. Coggins se volvió enfadado pero, al verme, se quitó el sombrero, como acostumbraba a saludarme.

»—¡Ahí tienes a tu accesorio, Coggins! —dijo uno de los hombres; y Coggins se quedó mudo.

»Por supuesto, se burlaron de él sin piedad, y de mí también. Hubo varios de la compañía que tomaron la costumbre de acercarse a mí en cualquier momento, y, después de mirarme fijamente a los ojos y tocarme, decir: “¡Vaya, la dichosa cosa está viva!”.

»Coggins llegó a las manos con algunos. Pasó semanas con algún ojo morado, y eso en el mejor de los casos, y no solo muchos de nuestros hombres estaban en una condición similar, sino que allá adonde íbamos

siempre dejábamos detrás una muchedumbre de contusionados. Yo sabía que no serviría de nada quejarme, porque pedir a un grupo de amigos que se olviden de un buen motivo de broma es como pedirle al viento que deje de arrastrar las hojas caídas de los árboles; pero me compadecí del pobre Coggins cuando acabó presentando su renuncia. Yo sabía que estaba casado y que tenía hijos, así que no habría dejado un buen trabajo si no hubiera sido sufrió una presión intolerable. Hablé con él. En la explicación que me dio había más de humor inconsciente que de equivocación. Pero mostraba asimismo un padecimiento verdadero, y Coggins se comportó, dentro de sus limitaciones y de acuerdo a su entendimiento, como un auténtico caballero.

»—Hay dos cosas, señorita, que no puedo pasar por alto. Mi mujer es muy buena y cuida de maravilla de los críos. Pero cree que no hay nadie mejor que yo en el mundo, y como tengo que pasar mucho tiempo fuera de casa con las giras, cree que hay otras mujeres tan tontas como para pensar como ella. Eso la pone un poquito celosa, y si llegara a enterarse de que yo me dedicaba a arropar todas las noches en la cama a una guapa joven, disculpe usted mis palabras, ella me daría puerta ya mismo. Y además, señorita, y confío en que usted me perdone, quiero hacer lo que es correcto. No dejé de trabajar de carpintero para meterme en el teatro sin aprender algo sobre cómo se comporta la gente de alcurnia. Yo estaba en el Teatro Duque de York cuando pusieron aquella obra en la que decían que cuando en la alta sociedad un hombre mete a una chica en problemas, sin que importe lo inocente de su intención, y eso le acarrea a ella pública vergüenza, lo que él tiene que hacer para enmendar su error es casarse con ella. Y yo, señorita, como ya estoy casado, no puedo hacer lo correcto, por eso he renunciado y tengo que buscarme el pan en otro sitio».

—¿Qué les parece oír una historia sobre un bebé muerto? —preguntó de pronto la costurera, dirigiendo una mirada interrogativa a toda la compañía—. Me sé una desgarradora.

El silencio que siguió fue de lo más expresivo.

Nadie dijo palabra; concentrados todos en el fuego. El segundo actor de farsa suspiró. Ella prosiguió en un tono mitad reflexivo, mitad de disculpa, más como si pensara en voz alta que como si hablara a los demás.

—No es que yo sepa mucho de bebés, porque nunca he tenido ninguno, en parte por no haberme casado. De todas formas, nunca he tenido oportunidad de tenerlos, casada o no casada.

La encargada del guardarropa, conocida en la compañía como Ma, por ser la matrona del grupo, se sintió interpelada.

—Los bebés son cosa interesante, vivos o muertos. Aun así, no sé si se merecen tanta atención, ya estén vivos, agonizantes o muertos. Me parece a mí que siempre hay que seguir adelante, por mucho que grites o llores, o por muy a pecho que te tomes el duelo. Así que, queridos míos, es mejor aceptar las cosas tal como vienen y tratar de sacar lo mejor de ellas.

—Puede usted apostar su alma inmortal —dijo el segundo actor de farsa —. ¡Ma ha hablado con sentido común!

Con el instinto propio de su profesión, todos aplaudieron el acierto, y Ma miró encantada a su alrededor. Recibir aplausos no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

—¡Muy bien, sigamos! —dijo el animoso maestro de ceremonias—. Escoja usted el tema del que nos hablará, señora Wrigglesworth, o, más bien, señorita Wrigglesworth, como corresponde decir tras la confesión de su soltería.

La costurera tosió, se aclaró la garganta y realizó todos los preparativos habituales del orador sin experiencia. Durante aquella pauso resonó la profunda voz del actor dramático:

—Los bebés muertos son de lo más alegre. Me encanta verlos en las paredes de los museos. Me encanta cuando el bajo de los Christy Minstrels canta el villancico «Cuna vacía, bebé muerto», me estremece de gusto. En una noche como esta, rodeados por las letales fuerzas de la naturaleza en sus más desatadas manifestaciones, el tema resulta bastante apropiado. Se me ocurre que las guirnaldas de nieve que la tempestad escupe contra las ventanillas de nuestra prisión son los bebés muertos golpeando con sus manitas los cristales, reclamando helarnos el corazón con sus caricias.

Toda la compañía, en especial las mujeres, se estremeció, y hubo comentarios de toda índole.

—¡Por Dios! —dijo la encargada del guardarropa.

—¡Huesos! —que era el apodo del actor dramático—, ni se le ocurra mentarlo. Querrá usted que alguien escriba una obra sobre ello —dijo el actor de farsa.

El actor dramático lo fulminó con la mirada, resoplando, pero no dijo nada. Se contentó con engullir de un trago lo que restaba de su ponche de *whisky*.

—¡Rellenemos el cáliz de la muerte! —dijo el segundo actor de farsa con tono sepulcral—. Vamos, tipo elegante —dijo al primer actor juvenil—, pase el *whisky*.

El servil deseo de complacer, habitual en ella, animó a proceder a la costurera.

—Bien, señor Benville Nonplusser —comenzó— y damas y caballeros. Confío en que no esperen de mí nada muy literario. De coser botones, de eso sí que sé, porque lo he hecho en toda clase de sitios. Podría contarles muchas historias curiosas de eso, si pudiera recordarlas y si las damas no tuvieran objeción, ¡aunque veo que algunas, pobre criaturas, ya se están sonrojando! Con aguja e hilo, soy capaz de todo, aunque sea con prisas y a oscuras y entre escena y escena.

La interrumpió el actor de farsa, que dijo insinuante:

—Adelante, querida. No es el momento ni el lugar para objetar nada. El sonrojo ayudará a las damas a entrar en calor, y a los demás nos hará sentir jóvenes de nuevo. Además —y aquí dirigió un guiño a la compañía—, el humor, consciente o no, que seguro salpicará sus palabras añadirá fuerza por contraste a la horripilante historia del homúnculo difunto.

—No sea usted malo, señor Parmentire —le susurró la doncella cantante —. Si nos hace sonrojar, usted será el responsable.

—¡Asumo esa responsabilidad! —respondió él cortésmente, añadiendo *sotto voce* al apuntador—: Y no necesitaré ningún seguro de vida en Lloyd's para protegerme de ese riesgo.

—En cuanto al bebé muerto —prosiguió la costurera—, que me hace llorar solo de pensar en él, y de su pobre y joven madre, cada vez más y más fría pese a las cataplasmas…

Su voz empezaba a adoptar el tono nasal que en una mujer de su clase es a la vez preludio y motivo para las lágrimas. El director se apresuró a interrumpirla.

—Estamos en éxtasis con ese niño, pero a modo de introducción de la historia, ¿no podría usted contarnos alguna vivencia personal? El bebé no fue suyo, por lo tanto fue solo algo de lo oyó hablar.

—Dios lo bendiga a usted, señor, pero yo no tengo vivencias que recordar.

—¿Y algo que haya visto u oído en el teatro? Vamos, lleva usted mucho tiempo en el negocio, ¿nunca ha sido testigo de algo heroico?

—No me he cruzado con muchos héroes, señor. Ni ahora ni nunca.

—Veamos, ¿nunca ha sido testigo de alguna situación difícil que se resolviera gracias a la prontitud, o la fuerza de resolución, o la osadía, o la resistencia al sufrimiento?

—Sí, señor. Todo eso lo vi, todo junto en una misma ocasión, pero no tiene nada que ver con el bebé muerto.

—Cuéntenos eso primero: cómo la prontitud, la resolución, la osadía y la resistencia al sufrimiento permitieron salvar la situación.

Al mismo tiempo que decía esto, el director dedicó a la compañía una mirada cargada de intención. Luego la mujer procedió:

LAS ESBELTAS SIRENAS

(The Slim Syrens)

—El primer espectáculo con el que salí de gira se titulaba *Las Sirenas*, con la compañía femenina del señor Sloper. Cuando la obra empezó a representarse, a la alta sociedad le gustaban las muñecas finas, las caderas estrechas y los pechos planos, así que las chicas para la obra fueron escogidas en consonancia. Una banda de delgaduchas, verdaderos sacos de huesos; entre todas no tenían carne ni para hacer un caldo. ¡Y llevaban un vestuario digno de ver, de lo ceñido que era! Las piernas parecían mangueras, tan largas que se podrían enrollar en una bobina. Y en cuanto a su busto, tan planas eran que podían pasar sin problemas a través de un escurridor. Pero la obra estuvo tanto tiempo en cartel que la moda cambió, y al público encopetado empezaron a gustarle las chicas rollizas. Así que las chicas también tuvieron que cambiar, engordaron hasta ponerse bien carnosas y se embutieron en corsés que te estrujaban las tripas y te las subían a la garganta, hasta que se adaptaron a la moda. ¡Dios! ¡Las cosas que he visto hacer a las chicas para parecer más corpulentas de lo que la naturaleza las había hecho! Cuando la obra ya había pasado dos veces por los grandes teatros, el señor Sloper pensó en cómo adaptarla a los nuevos gustos. ¡Su lema siempre fue: «Aprovecha la ola»! Así que para la nueva generación de su compañía femenina, solo se contrató a macizas. En el guardarropa decían que se había fijado un mínimo de peso y que no se contrataba a ninguna que no pasara de ahí. Por supuesto, el vestuario que había en el teatro y para las giras no servía a «Las Esbeltas Sirenas», como eran conocidas. Tuvimos que encargar un montón de ropa ceñida fabricada ex profeso, y cuando llegó el pedido, el chico que lo trajo se rio tanto que se le saltaron las lágrimas y se empeñó en quedarse para ver cómo las chicas se lo probaban; tuve que echarlo a patadas. En mi vida había visto ropa así. Tenían tantas costuras que se me cayó el alma a los pies cuando pensé en cómo podría coserlas cuando alguna reventara, porque las chicas gordas revientan más costuras que las delgadas, por no hablar de cómo

nos las apañaríamos para meterlas allí dentro. Pero la ropa ceñida no fue lo peor. Recordará usted, señora Solomon, que había una escena en que todas las chicas se visten de pastorcillas. El señor Sloper quería gastarse lo menos posible, así que va a ver a Morris Angel, y nos lleva con él a mí y a la señora Beilby, que era la encargada de vestuario de las Esbeltas Sirenas. Morris Angel saca todos los calzones de satén que tenía almacenados. Claro está que la mayoría no servía a las chicas, aunque nos las apañamos para elegir unos pocos que a lo mejor valían a las de mayor talla. Eso resolvió parte del problema, y a las actrices principales, claro está, se les hicieron calzones a medida. Estos no eran tan bastos como los de Angel, porque nuestras chicas serían rollizas, pero les gustaba lo bueno, y les aseguro que en la prueba de vestuario parecía como si las hubieran derretido y luego vertido dentro de la ropa. El señor Sloper, el director de escena y algunos caballeros del sindicato que fueron a ver la prueba se lo pasaron de maravilla. Había que oír todo lo que dijeron, y las bromas, y ver cómo las chicas corrían detrás de ellos y los machacaban juguetonamente, como hacen las chicas. También ustedes se habrían reído si llegan a verlo. Lo que allí se dijo sonrojaría a cualquiera. Y el peor de todos fue uno que no era famoso precisamente por reírse mucho y gastar bromas, el señor Santander, que se iba a hacer cargo de la dirección de la compañía; sí, el mismo al que en los camerinos llamaban «Cachete» Santander. Tenía una chica que era su amiguita y a la que le había dado el primer papel, aunque las demás decían que no se lo merecía. ¡En fin! Las chicas suelen ponerse así cuando a otra le dan un empujoncito y les pasa por encima. ¡Lo que he oído y visto porque a una chica la han pasado a la primera fila! Mientras la estábamos vistiendo en el guardarropa, porque el señor Santander insistió en que a la señorita Amontillado se la vistiera con todo el tacto posible, la señora Beilby dijo algo que se me quedó grabado: «Bueno, señorita, no se puede negar que es usted bien guapa y rolliza». La señora Beilby tenía más razón que un santo, y quedaba claro tanto en el guardarropa como en el escenario, tanto que casi todos en la orquesta, donde no había nadie que se fuera en busca de su *whisky* con soda, o de su cerveza, o de su partida de cartas o de lo que fuera, o a fumar un cigarro, antes de que ella se retirara al camerino, se compraron gafas nuevas, cuando no impertinentes. Pues cuando la prueba de vestuario acabó, el señor Sloper intentó ponerse serio y va y dice: «Señoritas, deben ustedes tener mucho cuidado, ¡llevan mucho peso encima!», y así terminó su discurso, porque le dio un ataque de risa que casi se asfixia, y uno de los del sindicato tuvo que darle unas

palmadas en la espalda, antes de echarse él también a reír doblado por la mitad.

»Al principio de la temporada, el señor Santander me dijo que fuera a verlo y me habló de la señorita Amontillado, y me dijo que ya podía despedirme de mi trabajo si le pasaba algo malo. Le dije que haría todo lo que pudiera, y luego llevé a la señorita Amontillado a un lado y le digo: "Señorita, que alguien tan guapa y rolliza como usted se meta en esas ropas ceñidas es tentar a la suerte". Y le digo también: "Las fuerza usted mucho, y el satén no es más que satén, al fin y al cabo. Aguanta bien la tensión en la buena dirección, pero es que usted lo tensa en todas direcciones. Si yo fuera usted, no me la jugaría". Ella se ríe y me dice: "¿De verdad, vieja bruja?", me suelta, porque era toda una señorita, siempre amable y educada con sus inferiores. "¿Y qué harías tú en mi caso?". "Bueno, señorita", le digo, "si yo fuera tan agraciada como usted, pediría que me hicieran el vestuario de un material más resistente, que no me dejara con el culo al aire si llega a pasar lo peor". Se rio, me dio seis peniques y me dice: "Eres de lo que no hay, Sorbidos", que es como me llamaban algunas de las chicas, "y le diré a Cachete lo bien que me cuidas. A lo mejor te da algo más que los cuatro cuartos que te paga ahora".

»El señor Santander y la señorita Amontillado estaban nerviosos la noche del estreno, y en los vestuarios se hacían apuestas sobre cómo se las apañaría ella en el número en que tenía que bailar alzando las piernas hasta el techo. Usted se acuerda de la obra, señora Solomon, y de cómo, para sorpresa del público, toda la compañía de chicas, que hasta entonces han hecho poco más que bailar modositas, levantan las piernas y dejan a todos con la boca abierta. Mientras ponían a la señorita Amontillado su vestido de pastorcilla, le digo: "Escuche, señorita. Tenga cuidado". Y el señor Santander dice: "Eso es, hazle caso". "Estoy perfectamente", suelta ella. "¡Mira, Cachete!", y de repente da una patada al aire y se deja caer al suelo abierta de piernas, de una manera que hizo que el corazón me diera un brinco, y antes que nadie pudiera decir nada ya volvía estar en pie sobre sus tacones.

»Justo entonces oí al recadero acercarse por el pasillo gritando: "¡Señorita Amontillado, señorita Amontillado!". "¡Aquí!", dice ella, y cuando el chico entró en la habitación, ella levanta las manos sobre la cabeza y le hace una reverencia tan profunda que casi barre el suelo con el pelo. Y de pronto oigo que algo se rasga con un ruido que nos pone los pelos de punta, y ahí lo tenemos: el calzón rasgado en dos mitades por la parte de atrás, de arriba abajo, como si lo hubieran cortado con unas tijeras.

»“La ha hecho usted buena, señorita”, le digo, mientras ella reía y lloraba, todo a la vez, porque no era ninguna broma echar a perder su gran escena de esa manera y además en el estreno. Y el señor Santander se tira del pelo, que no le sobraba, por cierto, le suelta la bronca y le dice que va a anular su contrato; en realidad, él de caballero no tenía nada. Y mientras tanto el recadero no deja de gritar: “¡Señorita Amontillado, va a haber una interrupción en la obra!”, y yo me muerdo la lengua para no romper a reír. ¡Mono descarado! Yo sabía que, si se hacía algo, había que hacerlo rápido, así que cojo una aguja enorme para coser velas de barco, que usábamos para arreglar lonas y alfombras, y un buen montón del bramante encerado del que usaba para reparar rotos en las zapatillas de *ballet*; porque no era ningún juego de niños arreglar los calzones de una chica así de robusta, y además ceñidos. Agarré los dos lados del desgarro e intenté juntarlos, pero nada. La rotura era tan ancha que no podía ni acercarlos. La ayudante de camerino que estaba allí me echó una mano, pero no hubo manera. Y luego lo intentó el señor Santander, pero ni por esas. Entonces agarro al recadero por los pelos y le hago tirar también, porque es ciclista y tiene dedos fuertes. Luego aparece el técnico para ayudarnos con un par de tenazas; pero por mucho que nos esforzábamos, no podíamos juntar los lados de la rotura.

»Estábamos desesperados y el tiempo corría; oíamos los abucheos por culpa de la pausa, y el director de escena llegó hecho una furia, maldiciendo y gritando: “¿Qué demonios pasa? ¿Dónde está la puñetera cría? ¿Por qué no se da prisa?”.

»Tuve entonces una inspiración. Fue un golpe de inspiración y nada más que eso; el éxito de la pobre chica estaba en juego, por no decir nada de su trabajo. “Escucha, querida”, le digo, “túmbate en ese sofá bocabajo, pon un cojín debajo del pecho y levanta los pies todo lo que puedas, doblando la espalda hacia atrás”. Se dio cuenta al segundo de lo que me proponía, así que se tendió en el sofá y el recadero le metió un cojín debajo. Se dobló hacia atrás de tal manera que oí crujir el abominable corsé como si fuera a reventar.

»Pero, damas y caballeros, funcionó; el truco fue un éxito. Los dos lejanos lados de la rotura se acercaron como un par de hermanos gemelos que quisieran darse un beso, y antes de que nadie pudiera abrir la boca, yo ya tenía la aguja en la mano y los estaba cosiendo con fuerza. Fui con tanta prisa que algunas puntadas atravesaron no solo satén, también carne. Pero era una chica valiente, y aunque chilló, no se movió ni un pelo. No había tiempo para cortar el hilo, y en cuanto di la última puntada, ella se puso en pie de un salto, desgarrando los puntos en la piel, y saltó al escenario con la aguja aún

colgando. Imagínenlo, toda ensangrentada, y aterrizó en el escenario como una diosa.

»El bramido de los chicos del público cuando la vieron fue digno de oírse.

»Pero todo esto no tiene nada que ver con lo que quería contar del bebé muerto».

—¡Al diablo el bebé muerto! —dijo el segundo actor de farsa—. Métalo en un frasco y déjelo en el estante hasta que alguien lo quiera. Después de un acto de vitalidad y valor como el que nos ha contado, no queremos oír hablar de nada muerto.

—¡El siguiente! —dijo el maestro de ceremonias en la pausa que siguió.

Siendo el siguiente el actor de farsa, este había ido poniéndose cada vez más nervioso a medida que se aproximaba su turno; estaba claro que entre sus pertrechos no guardaba ningún arma con la que enfrentarse a la prueba de una narración improvisada. Varios de los que solían ser blanco de sus agudezas sabían, ya por intuición, ya por experiencia, de esta debilidad suya, y le hicieron pagar lo que habían tenido que sufrir a sus manos. Comenzaron por animarlo, a simple vista de manera genuina y cordial, pero con una nota subyacente de ironía que no podía dejar de herir a un espíritu tan pagado de sí mismo.

—Ánimo.

—Adelante, Gags.

—Tómate antes una copa. Luego siempre eres más gracioso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, enojado e indignado, el actor de farsa —. ¿Qué quieres decir con «luego»? ¿Cuando estoy borracho o qué?

—¡Solo era una broma! —dijo el apuntador, a modo de disculpa, pues fue él el autor del desafortunado comentario.

El padre robusto, que solía ser una de sus víctimas, le espetó:

—Seguramente se refiere a que a ti los chistes se te ocurren demasiado tarde, cuando ya ha pasado el momento.

Al actor de farsa no se le ocurrió ninguna réplica a la altura, así que salió por la tangente:

—Si yo fuera usted, viejo, intentaría hablar en irlandés. Su escocés resulta a veces difícil de entender.

—¡Basta! —dijo el maestro de ceremonias, con prisa por zanjar lo que parecía el arranque de una pelea—. La botella, o más bien el turno de palabra, está en manos del señor Parmentire.

El actor de farsa miró pensativo el fuego por unos segundos; se pasó luego la mano por el pelo y, tras mirar a quienes lo rodeaban, comenzó:

—Como supongo que ya saben ustedes, damas y caballeros, existe la idea extendida de que un actor de farsa debe ser gracioso a todas horas.

Lo interrumpió el actor dramático, que, precediendo su comentario con una carcajada mefistofélica, dijo:

—Si es así, se trata de un error; o, en el mejor de los casos, una idea a echar por tierra. Seguramente, el humor es la última cualidad que se espera de un comediante, no digamos ya de un actor de farsa. Pero, claro está, puede que hablen mis prejuicios; nunca hay que tomarme demasiado en serio.

—¡Silencio! ¡Silencio! —dijo el siempre atento maestro de ceremonias, al modo de un ujier de tribunal, mientras el primer actor juvenil susurraba al apuntador:

—Huesos se ha librado por los pelos.

El actor de farsa prosiguió:

—El humor fuera del escenario no siempre es fácil de proporcionar, como Huesos bien ha dado a entender, con su típico estilo discursivo y ácido. No obstante, puede que nuestra faceta profesional, el desempeño de nuestro arte, lleve al público a pensar lo contrario.

UN NUEVO RUMBO ARTÍSTICO

(A New Departure in Art)

—Recuerdo una vez en que se me pidió que fuera gracioso en unas circunstancias en que ser humorístico era tan difícil como atrapar un murciélago con una caña de pescar.

Con el cultivado instinto de los buenos oyentes, algo que todos los actores deben ser capaces de fingir, la compañía en su conjunto se revolvió inquieta, ese movimiento síntoma de intensa atención. La perfección y simultaneidad del movimiento vinieron dadas por las dotes artísticas del grupo, pero había sinceridad en él, pues todos percibían que les aguardaba una historia verídica. El actor de farsa, con el curtido instinto del intérprete, supo que tenía al público en el puño y se relajó un poco.

—Interpretaba el papel de Conn en *El Shaughraun* a cambio de lo que valía una cerveza. Me habían dado el papel nada más que porque sabía imitar el acento local. La compañía era una basura y lo mismo los sitios adonde íbamos, agujeros que nos hacían justicia. Acabamos en un pueblo pequeño y miserable al oeste del Bog of Allen. El negocio era ruinoso porque la gente era pobre; la sala donde actuábamos era un agujero infecto, y el bar clandestino al que llamaban hotel y donde nos alojábamos, un verdadero espanto. La suciedad del suelo se había apelmazado y era como pisar arena. En cuanto a las camas…

—¡No, por favor, señor Parmentire! ¡Es demasiado horrible! —dijo la primera actriz, estremecida.

—Sin embargo —continuó él—, el público, el poco que había, era bueno. No estaban acostumbrados a ver obras de teatro, y me temo que la mayoría pensaba que lo que veían cuando se alzaba el telón era real. Actuamos tres noches. La segunda, cuando terminamos, se me acercó un joven fortachón.

»—¿Puedo hablar un momento con usted, señor? —me preguntó.

»—Claro que sí —dije, imitando su acento lo mejor que pude—. Todo lo que quieras.

»—Bien, pero hable más bajo —dijo, y tomándome del brazo me hizo cruzar la calle para que estuviéramos a solas.

»—¿Qué pasa? —pregunté.

»—Lo he visto a usted, señor, en el velatorio de la función. Le juro por Dios que nunca me había reído tanto. Ha sido tan gracioso que habría hecho reír hasta a un muerto de verdad, no digamos a sus amigos. Me pregunto si le importaría hacer una actuación privada —dijo muy inseguro. Sus modales eran afables e invitaban a la confianza, como suelen ser los de los irlandeses, y de la manera más vehemente que pude le dije que estaría encantado y le pregunté de qué se trataba. La cara le resplandecía cuando me contestó.

»—Esta noche se celebra un velatorio, uno de verdad, su excelencia, en Kenagh, y la viuda está muy triste y abatida. Me preguntaba yo si tendría usted la amabilidad de actuar allí; estoy seguro de que eso la animaría. Es un sitio humilde, sin más que cerveza y chicas, pero hay *whisky* y tabaco, y alguien de la alcurnia de su excelencia sería bienvenido.

»¡Me convenció! ¡Yo habría hecho lo que fuera por alguien que me consideraba persona de alcurnia! Se lo aseguro a ustedes, hay que haber trajinado a cambio de un mendrugo en sitios como donde actuábamos, y ser tratado con el desprecio que, en mi juventud, era el pan de cada día para los actores, para comprender lo que una invitación como aquella significaba para la autoestima. Dije a mis compañeros que me iba a una fiesta, yo solo, pues no quería que echaran por tierra mi recién estrenada dignidad, y partí con mi amigo. Me llevó en un carro sin amortiguadores, tirado por un burro. ¡Qué carro y qué camino! Yo tenía un montón de paja para sentarme encima, así que estaba aceptablemente cómodo, menos cuando nos metíamos en una rodada más profunda que las demás y el zarandeo ponía a prueba mi resistencia física. Nos detuvimos por fin ante una casa a un centenar de yardas del camino. Había luz en las ventanas y en la puerta abierta, que parecían resplandecer en la noche negra como la tinta. Me despegué del montón de paja y salté al suelo. Un niño salió de la oscuridad, como un sirviente demoníaco, y se llevó al burro con el carro. Fue como si se volatilizaran en el aire, porque cuando desaparecieron por una abertura en un seto, las ruedas dejaron de oírse sobre el blando suelo de turba.

»—Con cuidado, señor. El camino es un poco accidentado.

»¡Qué razón tenía! Llegué hasta la casa trastabillando por lo que parecía el lecho de un arroyo, cubierto de piedras irregulares. Al acercarnos, la luz hizo retroceder la oscuridad, y cuando llegamos al porche, el rectángulo iluminado de la puerta situada a nuestra derecha se oscureció por la aparición

de una silueta que salió a recibirnos, una anciana de cabello gris, con un sombrero blanco y un vestido negro. Hizo una reverencia al ver mi ropa, y con la distinción que las irlandesas reservan para los momentos de cautela y que todas las mujeres tienen en su sufrimiento, me dijo:

»—Bienvenido, su excelencia. Le agradezco mucho que nos honre al venir a esta casa de aflicción.

»—¡Dios salve a todos los presentes! —dijo mi cicerone quitándose la boina.

»Yo imité su saludo y seguí a la mujer al interior de la casa, un poco angustiado.

»La estancia era de buen tamaño, pues no me hallaba yo en una choza de campesinos sino en una granja importante. Había allí sentadas treinta o cuarenta personas de ambos sexos, jóvenes y viejas. Casi todos los hombres estaban fumando, unos en pipas cortas y negrísimas, otros en largas pipas de arcilla, claramente provenientes del surtido que había sobre una mesa, junto a un buen montón de tabaco. Este era fuerte, y también debían de serlo los pulmones de los fumadores; en la habitación había una densa humareda, que se agitaba y rizaba cada vez que una corriente de aire se colaba por la puerta. En la chimenea ardía un gran fuego de turba, sobre el que colgaba una gran tetera negra que resoplaba como una locomotora. Flotaba una fragancia a ponche de *whisky*, bebida de la que había varias jarras repartidas. Los invitados bebían de toda clase de vasos: de cristal, loza, hojalata y madera, que parecían de uso comunal, porque todos bebían de cualquiera siempre que les apetecía. No habiendo espacio para tanta gente, muchas de las mujeres, tanto viejas como jóvenes, se sentaban en las rodillas de los hombres de manera práctica y con el mayor de los decoros.

»Mi cicerone, al que todos saludaban llamándolo Dan, cogió una pipa de la mesa y la cargó. Una chica se levantó de su silla viviente, sacó con las tenazas un terrón de turba del fuego y se lo acercó para que la encendiera. Él dio un trago de ponche del vaso que encontró más a mano y repitió su saludo: "¡Dios salve a todos los presentes!".

»La viuda en persona me hizo sentarme en un sillón que un joven fornido abandonó ex profeso, junto con las dos chicas que tenía sentadas una en cada rodilla. La anciana me sirvió una buena medida de ponche humeante en uno de los pocos vasos de cristal que había, que previamente restregó con el borde de su delantal. Me dio asimismo una pipa y tabaco, y ella misma me trajo un terrón de turba con el que encenderla. Tal cortesía con un desconocido era

para ella, pese a su sufrimiento, una obligación a la que no podía dar la espalda.

»Casi todos los presentes parecían alegres, algunos hasta reían, lo que me llevó a pensar que el espíritu y el propósito de la ocasión eran aplacar en la medida de lo posible el dolor y la tristeza que emanaban del ataúd negro que descansaba en el centro de la estancia sobre un par de sillas.

»Contemplándolo, se me ensombreció el humor y me sentí conmovido. La tapa no estaba cerrada. La habían retirado un poco para dejar a la vista el rostro muerto, inmóvil y cerúleo que yacía en el interior. Sobre la tapa había un crucifijo negro de madera con un Cristo blanco, además de unas flores flácidas, entre las que sobresalía la pálida belleza de unos lirios.

»Necesité el ponche para animarme. Había algo conmovedor en la situación —un profundo quebranto contenido a fuerza de terquedad, la simpatía de tantos amigos, proporcionando con su presencia cuanto consuelo les era posible, combatiendo el frío de la muerte con el calor y el amor de sus corazones— que me desarmó. Había habido música, dado que una flauta descansaba sobre una mesa y varias gaitas en un rincón. Me quedé sentado muy quieto, en silencio, y aguardé, temiendo que, en mi ignorancia, pudiera herir los sentimientos de los afligidos, ya fuera por pecado de comisión o de omisión. Me sentí incómodo por disfrutar de un asiento en exclusiva cuando todos los demás tenían dos o tres ocupantes, y me sorprendí especulando sobre si alguna de las chicas se sentaría en mis rodillas. Pero ninguna lo hizo».

—¡Tenían buen gusto! —dijo el actor dramático con mirada saturnina, y dio un trago a su ponche.

—¡Exacto, Huesos! —respondió el actor de farsa con aspereza—. Demostraron que tenían buen gusto. No era la gentuza tabernaria a la que tú estás acostumbrado. Eran personas decentes, respetables, que se trataban entre ellas con familiaridad sin que eso llevara a pensar mal a nadie, pero que no cometían el error de tratar con la misma familiaridad a un desconocido, en especial cuando albergaban la equivocada idea de que era alguien de alcurnia.

»En cualquier caso, demostraron tener buen gusto, entendido este como lo hago yo o como lo hace Huesos, así que permanecí sentado en distinguida soledad, y poco a poco fui siendo aceptado gracias al efecto del ponche de *whisky*. La reserva propia del recién llegado pronto desapareció y disfruté de la música, pintorescas y antiguas canciones, alegres pero todas con un poso de tristeza. Este quedaba especialmente de manifiesto por efecto de las gaitas, dado que el sonido de las gaitas irlandesas es muy diferente al de las

escocesas, de una dulzura ajena a aquellas. Puede que no sepan ustedes que las gaitas irlandesas tienen medios tonos, mientras que las escocesas solo tonos completos».

Se oyó un bufido acallado, procedente del director musical, sentado cerca de él, y un comentario *sotto voce*, del que se distinguieron palabras como «Por Dios» y «fastidiarse». El actor de farsa le dedicó una breve mirada pero no dijo nada, y tras una pausa prosiguió.

—Poco después Dan se puso en pie y dijo:

»—Viuda, este caballero es el hombre más divertido que he visto nunca. ¿Te importaría que nos enseñara lo que sabe hacer?

»La viuda asintió muy seria al responder.

»—Claro que no, y si su excelencia es tan amable, todos le estaremos agradecidos. Dan, ¿qué cosas graciosas hace su excelencia?

»Se me encogió el corazón. Y eso que no soy tímido».

—¡Claro que no! ¡Sobre todo si has bebido lo bastante! —le interrumpió el actor dramático.

El actor de farsa sonrió. Supo, por el siseo generalizado, que contaba con la atención del público, así que prosiguió.

—No soy tímido por lo general, pero hay una primera vez para todo, y allí, en presencia de la muerte, recordada insistentemente por la velas alrededor del ataúd, parpadeando entre la humareda, la frivolidad parecía fuera de lugar. La carcajada de Dan cuando volvió a hablar estuvo próxima a ofenderme.

»—¡Todo lo que hace este hombre es divertido! Lo he visto actuar esta noche y pensé que me ahogaba de risa.

»—¿Qué hizo, Dan? —preguntó una de las chicas.

»—¿Que qué hizo? ¡Hizo de un muerto! Fue lo más gracioso que he visto nunca.

»Lo interrumpió un profundo sollozo de la viuda, que se cubrió el rostro con el delantal, se dejó caer sentada junto al ataúd, con una mano sobre él, de manera que acariciaba la marmórea mejilla, y empezó a mecerse atrás y adelante sin dejar de llorar. Su autocontrol se vino abajo en un instante. Algunas chicas se solidarizaron con ella rompiendo a llorar, y en un momento nos vimos inmersos en una escena de puro quebranto.

»Pero el principal motivo por el que se celebran los velatorios es para combatir la tristeza y amainar sus más poderosas manifestaciones. Los más fuertes y curtidos de los presentes se miraron entre ellos y actuaron de inmediato. Un anciano rodeó los hombros de la viuda con su brazo y

empleando la fuerza justa la obligó a levantarse y la condujo al asiento que ocupaba antes, junto a la chimenea, donde ella siguió meciéndose atrás y adelante pero en silencio.

»Cada uno de los muchachos que tenía a una chica llorosa en las rodillas la abrazó y se aplicó en besarla, acariciarla y consolarla, de manera que pronto cesaron los llantos. El viejo que se había ocupado de la viuda dijo en tono de disculpa:

»—¡No se lo tengáis en cuenta, vecinos! Es lo que hacen las mujeres cuando se les rompe el corazón. Ya es duro, mucho, para las humildes almas femeninas soportar el sufrimiento del día a día, así que no tenemos que ser severos con ellas en un mal momento. Para nosotros es diferente.

»Había una férrea resolución en la actitud del hombre, así como un temblor en su voz, indicador de que era uno de aquellos cuyo autocontrol se conseguía a costa de gran esfuerzo.

»—¿Quién es? —pregunté al hombre sentado a mi lado.

»—El hermano del muerto, señor —me dijo.

»Las palabras de disculpa fueron recibidas con asentimientos solidarios y murmullos de aquiescencia.

»—¡Cierto es!

»—¡Cuánta razón llevas!

»—¡Las mujeres no pueden dejar de serlo!

»—¡Pobre criatura, que Dios la asista en su sufrimiento!

»Dan retomó la palabra como si nada hubiera pasado. Que no había nada impropio en su comportamiento quedó claro por las miradas, más animadas que antes, con que lo contemplaron mientras contaba:

»—¡Fue lo más gracioso que he visto nunca! Él hacía del muerto, ¡pero no estaba muerto! ¡Para partirse de risa! Era un velatorio muy raro. El muerto echaba un trago del ponche de la plañidera cada vez que ella no miraba.

»Nuestra plañidera, sentada en un banqueta baja junto al extremo del ataúd más alejado del fuego, oyó, pese a su somnolencia, la alusión a su cometido, se espabiló de inmediato y, enojada, se dirigió a Dan.

»—Las plañideras no duermen, no hasta que se reza la última oración sobre la tumba.

»Después, como para demostrar que estaba bien despierta, emitió un lamento que arrancó bajo y lastimero y fue creciendo en tono y volumen hasta que las vigas empezaron a temblar y resonar. A partir de entonces y durante lo que restaba de la noche, lanzó lamentos a intervalos, en general escogiendo las pausas en lo que fuera que en ese momento sucedía, para así dar

prominencia al ejercicio de su lúgubre profesión. Nadie, sin embargo, se tomó como una interrupción su trabajo, sino que todos se comportaban como si no pasara nada. Al principio fue un poco violento, pero al cabo de poco rato la gente le hacía tanto caso como al tictac del reloj, el silbido del viento o el murmullo de las olas.

»—Imaginaos —continuó Dan—, cogía rapé y se lo echaba a la cara a unos policías.

»—¿Para qué? ¿Por qué lo desperdiciaba así? —preguntó una anciana de aspecto temible.

»—Para dejarlos inútiles, ¡claro!

»—¿Dejarlos inútiles? ¿Con rapé? —dijo ella con desdén—. No es la forma que elegiría yo para dejar inútiles a unos policías, más inútiles de lo que ya son. ¡Darles con un garrote de endrino en el cráneo es lo que hay que hacer, y unas cuantas veces!

»Hubo una pausa, rota por otra anciana, que dijo en tono calmado:

»—¿Quién iba a pensar que hay algo gracioso en un velatorio? Yo llevo asistiendo a velatorios cien años y nunca he visto nada que me hiciera gracia.

»Dan se apresuró a defender su idea.

»—A lo mejor, cariño, es porque este caballero no fue nunca el muerto. Si lo hubiera sido, y lo hubiera hecho como en la función que yo he visto, se te habrían salido las tripas de la risa.

»—¡Los muertos son una cosa muy seria! —dijo un anciano—. ¡Pienso yo que es importante que nos reunamos para velar a quien alguna vez quisimos!

»A Dan no le gustaron aquellas interrupciones. No estaba desprovisto de espíritu empresarial y quería explotar la que consideraba una buena incorporación a la noche: un cómico, así que intentó explicárselo a todos.

»—¡Amigos! ¿No entendéis que no era un muerto de verdad sino un hombre que pretendía serlo? Era teatro. Y su excelencia es el hombre más gracioso que he visto nunca».

—¡Las falsas oportunidades tienen consecuencias temibles! —murmuró el actor dramático, pero nadie le prestó atención.

—Dan se volvió hacia mí —continuó el actor de farsa— y me dijo:

»—¿Su excelencia querría hacer algo gracioso para nosotros?

»—¡Por Dios! —dije—. No podría hacer gracias en presencia de un muerto. ¡No sería respetuoso!

»—Sáquese eso de la cabeza, señor —dijo el hermano del muerto—. Todos estos amigos y vecinos están aquí por respeto, y hacen lo que pueden

para animar a la pobre viuda, que no encuentra más consuelo en su dolor. ¡Está bien ayudarla a olvidar!

»Era tan cierto lo que decía, que le di la razón con una reverencia y dije que haría lo que pudiera por divertirlos. Solo necesitaría un minuto para pensar algo, si me disculpaban. Con genuina elegancia irlandesa, comenzaron a hablar entre ellos, dejándome a solas como había pedido. Dan no paraba de sonreír, convencido de que sus esfuerzos iban a verse coronados con el éxito, y dijo para que todos lo oyeran:

»—En el velatorio del que os hablo pasó una cosa de lo más rara: todas las chicas, una detrás de otra, ¡daban un beso al muerto!

»Hubo un murmullo de asombro e incredulidad, y abundancia de susurros y forcejeos entre las chicas y los chicos en cuyas rodillas estaban sentadas.

»—¡Eso sería muy propio de ti, Katty! —dijo un muchacho a la chica que tenía al lado.

»—A ti te encantaría, Avick —fue la rápida respuesta de ella—. Sería la única forma de que alguien te diera un beso.

»Hubo un pellizco que no se llegó a ver y el chico recibió una bofetada, que todos vimos y oímos, y que habría dejado con dolor de cabeza todo un día a alguien menos fuerte. Hablaban sobre mí, y el siguiente comentario se lo dedicaron a mi oficio.

»—¡El teatro es una cosa muy rara! —dijo un hombre—. Yo fui una vez, en la feria de Limerick. Los actores actuaban subidos en unos cajones, pero iban muy bien vestidos, eso sí.

»—Yo vi una vez a un hombre, en la feria de Ballinasloe Heifer, que hacía música con una caja y que llevaba un mono vestido de general.

»—Y yo he visto perros que subían por una escalera, se hacían los muertos, saltaban tan arriba como la cabeza de la gente y pasaban por un aro. Me pregunto, señor —dijo este dirigiéndose a mí—, si le importaría saltar un rato a través de un aro. Es una cosa muy graciosa y a la viuda le haría mucho bien.

»No podía tolerarlo. Era demasiado humillante: nuestro arte equiparado a las payasadas de gallinas, monos y perros, como si todos fuéramos colegas al mismo nivel. Pero la intención de todos era tan amable que me decidí a cantar una canción cómica.

»Interpreté para ellos “Are you there, Moriarty!” dando lo mejor de mí. Desde el punto de vista artístico, fue un éxito, pero, cuando ya había arrancado a cantar, caí en la cuenta de que el tema de la canción: una glorificación de la policía, era de lo más inapropiado. Pero eran un público

maravilloso, y en cuanto empecé a actuar supe que podía contar con ellos, así que lo hice lo mejor que supe. Aunque al principio fue escalofriante plantarme delante del muerto en el ataúd, y de la viuda, con sus ojos hinchados de llorar, y el crucifijo, las flores y las velas, e intentar ser gracioso. Era lo más horroroso que hubiera hecho nunca o de lo que hubiera tenido noticia. Me sentí inicialmente como un canalla, como un sinvergüenza, como un villano y como un estafador, todo a la vez. Les aseguro que entendí lo que debe de sentir un intérprete de tragedias. Solo cuando vi que la viuda apartaba un poco el delantal de los ojos y que una mirada divertida asomaba tras las lágrimas, comprendí el saludable propósito del velatorio. Para terminar, les recité "Shamus O'Brian", con un éxito clamoroso. Y así llegamos al amanecer; la luz grisácea se coló por las estrechas ventanas y la puerta abierta, volviendo inútiles las velas a punto de consumirse. Para entonces los hombres cabeceaban y muchas de las mujeres dormían profundamente entre sus brazos, con la cabeza apoyada en sus hombros y los encarnados labios entreabiertos. Yo estaba exhausto al volverme a montar en el carro y sentarme encima del montón de paja para que me llevaran de vuelta a Fenagh, pero supe que el esfuerzo había merecido la pena cuando todo el grupo de amigos —ahora eran auténticos amigos— salieron al camino para despedirme y la pobre viuda me miró agradecida mientras me decía adiós con la mano desde el umbral, con la primera luz de la alborada alumbrándola, como una promesa de esperanza».

Una vez hubieron cesado los aplausos, el director se puso en pie y dijo:

—Damas y caballeros, antes de que prosigamos, hay algo que me gustaría ver: a dos buenos amigos míos estrecharse la mano. Dos excelentes compañeros, dos ejemplos y modelos de las dos ramas del arte que todos amamos y cuyo ejercicio es nuestra vocación: la tragedia y la comedia. No es que tal cosa sea necesaria, porque en la estrecha convivencia que nuestro trabajo exige, nos está permitido gastarnos bromas sin la menor piedad. Pero hoy estamos en compañía de extraños, los caballeros del ferrocarril, nuestros invitados, y no me gustaría que pensaran que las pullas, acompañadas de humor y sátira, que se han venido lanzando nuestros consumados representantes de los coturnos y los soccus están reñidas con el más perfecto de los compañerismos.

Ambos hombres vieron la necesidad del gesto y se pusieron en pie tendiendo la mano.

—Gags, muchacho, te deseo lo mejor, a ti y a tu familia, y que disfrutéis de una vida larga y próspera —dijo el actor dramático.

—Huesos, viejo amigo —dijo el actor de farsa—, te deseo que acabes con al menos un clavo en tu ataúd y ni un pelo en la cabeza. Cuando admiro tus bucles jacintinos y la fortaleza y simetría de tu porte, tan admirado por tus colegas, siento que me hallo en presencia de la más sublime manifestación de chochez.

Los dos, auténticos amigos que habían pasado por muchas cosas juntos, pese a sus repetidos ataques, se estrecharon cordialmente la mano. El maestro de ceremonias dio el episodio por concluido e intervino.

—¡El siguiente! —dijo señalando al apuntador con la mano con que no sostenía el ponche caliente.

—Supongo —comenzó el apuntador— que debo ceñirme a alguna vivencia personal relacionada con el teatro. Es una lástima verme así de constreñido, pues si fuera libre de hablar de mis aventuras juveniles sobre el agua y sobre la tierra, tal relato podría contar que les helaría a todos la sangre y erizaría cada uno de sus cabellos como si fueran un puercoespín aterrado.

—Hablando de aventuras sobre el agua, ¿qué hay de aquella riada de la que hablabas a Gags la otra noche? Los dos parecíais muy interesados —dijo el padre robusto.

—¡Ah, aquello! —respondió el apuntador con una risita—. No estuvo mal pero no es exactamente una historia, y aunque estuve allí no tuve una participación destacada. El señor Hupple también estuvo presente. Él podrá contarles más, porque yo solo me enteré de cómo atravesamos la riada y de lo que el conductor dijo, pero él oyó las confesiones.

—No te preocupes por él —dijo el maestro de ceremonias—. Ya le llegará su turno.

—Cuéntanos lo que sepas de lo que sucedió.

La sugerencia provino del director. El apuntador lo interpretó como una orden, o como una indicación escénica, en cualquier caso. Hizo una profunda reverencia y comenzó:

—Como usted diga, señor Benville Nonplusser. Sus deseos son órdenes.

MICK, EL DIABLO

(Mick the Devil)

—Aquello pasó cuando yo estaba con la compañía del Teatro Windsor, en Estados Unidos, en los ochenta. Yo era entonces segundo actor. ¡Cómo cambian las cosas! En fin, habíamos estado en el norte, el este y el oeste, y cuando entrábamos ya en el último cuarto de nuestra gira de ocho meses nos encaminamos a Nueva Orleans. El otoño había sido inusualmente seco y los ríos estaban en su nivel más bajo en años. La tierra estaba reseca y cuarteada; los árboles estaban agostados y la hierba y la maleza tan marrones como los helechos en diciembre. El Mississippi discurría tan bajo que se veía la base de los diques y la poca agua que llevaba parecía tan espesa como puré de guisantes. Teníamos un acuerdo para actuar tres semanas, antes, durante y después del Mardi Gras, y como llevábamos dos meses actuando una noche en cada sitio, estábamos encantados ante la perspectiva del descanso. Nadie se imagina, hasta que lo vive, lo cansado que es tener que mover los bártulos a diario o cada pocos días. Llegas a estar tan aturdido que cuando te despiertas por la mañana no sabes dónde estás, aunque no hayas estado de juerga con los chicos la noche anterior.

»Justo antes del Mardi Gras el tiempo cambió. Hubo dos días del calor más intenso y húmedo que yo hubiera sufrido nunca. Era imposible mantenerse seco, y cada noche temía que el maquillaje se nos derritiera en la cara. Fue un milagro que los bigotes no se despegaran, y en cuanto al rubor de juventud y belleza en las mejillas de las chicas…, bueno, “hay una divinidad que modela nuestros fines, cualquiera que haya sido nuestro esbozo”. Luego llegó la lluvia. ¡Válgame Dios! ¡Qué forma de llover, tanto en calidad como en cantidad! Era como si el cielo estuviera repleto de ángeles dedicados a vaciar cubos de agua. El terreno estaba tan endurecido que al principio no era capaz de absorber el agua, que corría en regueros hacia los arroyos y el río. ¡Ya sabéis cómo es Nueva Orleans! Justo asoma la cabeza sobre el agua cuando el nivel de esta se encuentra bajo, pero cuando el Mississippi sube, los

diques se llenan y el río corre por encima del nivel de la ciudad. A nosotros la lluvia no nos preocupó; refrescó el aire y vino menos gente a las funciones, pero no pasó de eso.

»Os aseguro que nunca había visto nada más horrible que las calles de Nueva Orleans. En teoría, la ciudad es un encanto, y si me ciñera a los hechos descarnados os daría una impresión errónea. ¿Qué pensaríais, por ejemplo, de unas calles por cuyos costados discurren corrientes de agua cuyo murmullo te acompaña a cada paso? Suena bien, ¿cierto? Pero la verdad es que toda la calle es un lodazal, y que el agua corre embarrada; los arroyos de las calles van cargados de lavazas y basura de toda clase. Si os ponéis a cavar en cualquier sitio, encontráis agua a un pie de profundidad; esa es la razón por la que las conducciones de gas van por el aire, y por lo que a los muertos se les entierra por encima del nivel del suelo, en unos sarcófagos estucados que parecen hornos de panadería. Bueno, pues no dejaba de llover, y el Mississippi subió hasta el borde de los diques, y todos en Nueva Orleans nos preguntamos cuándo se inundaría la ciudad. Un día, cuando vi que la base de los diques se empezaba a desmoronar, me alegré de que nos largáramos de allí esa misma noche. Partíamos hacia Memphis, y nuestro tren tenía la salida programada para la una de la madrugada. Antes de subir, me encontré con el ingeniero de sección, que paseaba arriba y abajo a zancadas mientras mordisqueaba ansioso el extremo de un cigarro, y me paré a hablar con él. Vi que estaba preocupado y le pregunté el porqué. Me dijo en confianza —"entre usted y yo", como él lo llamó— que la riada se había llevado parte de las vías que discurrían por el valle, por donde estaba previsto que nosotros pasáramos, así que tendríamos que dar un rodeo. Yo también me preocupé, lógicamente, pues iba a viajar en aquel tren, y traté de animarlo, pretendiendo no estar asustado. Él se percató y me explicó el verdadero problema.

»—Verá usted, me asusta el Bayou Pierre. Allí hay una hondonada de un par de millas de anchura y de terreno esponjoso. La cruza un puente de caballetes por el que ustedes tendrán que pasar. Incluso cuando las condiciones son buenas, ese puente ya me preocupa, porque el terreno es tan inestable que en cualquier momento puede suceder algo. Pero ahora, después de dos semanas sin dejar de llover y con el Mississippi hasta la cota de los diques y con todas las tierras bajas del estado inundadas, ese dichoso sitio parecerá un estuario marino. Ese puente no se construyó para soportar un tiempo así, y seguro que ya está por debajo del nivel del agua. Un tren que intente cruzarlo tendrá que jugársela, pues no sabrá si el puente sigue allí; y aunque nada más que una parte del puente haya desaparecido —arrastrada por

el agua o derrumbada—, bueno, ¡que Dios ayude a ese tren! Todos los que viajen en él morirán como ratas en una trampa.

»Aquello era de lo más tranquilizador para alguien que iba a ser uno de los pasajeros. No supe qué hacer ni qué decir, así que me limité a formular una sola pregunta, tratando de mantener el tipo.

»—¿Cuánto tardaremos en llegar al Bayou Pierre?

»—Suponiendo que consigan salir ustedes alrededor de las tres de la madrugada, llegarán allí al mediodía o un poco antes.

»Le deseé buenas noches y monté al tren, decidido a despertarme bien temprano y estar preparado para resolver algunos asuntos a primera hora, en cuanto llegáramos a destino.

»No pude conciliar el sueño, y el amanecer grisáceo ya asomaba bajo la persiana de mi coche cama cuando conseguí dormirme. Tuve muchas pesadillas. Recuerdo que la última fue que un cocodrilo enorme emergía de un tumultuoso río, me aferraba entre sus mandíbulas y me arrastraba a una velocidad increíble. Tardé un momento en comprender lo que estaba pasando. Era innegable que nos desplazábamos a gran velocidad; oía claramente el chirrido de las ruedas.

»Ahogué un grito cuando recordé que los cocodrilos no se mueven sobre ruedas, y salté de mi litera más rápido que cuando el portero negro me despertaba tocándome la cara o tirándome de los dedos de los pies. Íbamos a una velocidad espantosa. El vagón se sacudía y tuve que agarrarme, o habría acabado revolcado por el suelo como si estuviera en el camarote de un barco durante una tormenta. Miré por la ventanilla y vi palmeras, cipreses y ringleras de robles con colgajos de musgo de Florida. Era evidente que no íbamos a detenernos en breve. Consulté mi reloj, eran cerca de las once. Corrí hacia la trasera del tren y aporreé la puerta del coche salón, donde nuestro director se alojaba cómodamente.

»—¡Pase!

»Quedó muy sorprendido al verme en pijama y presa de una violenta excitación.

»—¿Y bien, señor Gallimant, qué sucede? —me preguntó secamente poniéndose en pie.

»—¿Sabe usted que vamos a cruzar un arroyo desbordado, por un puente que está bajo el agua, y que puede que el puente ya no esté, que se lo haya llevado la corriente?

»—No —dijo, conservando la calma—. No lo sabía. ¿Quién le ha contado esa sandez?

»—El ingeniero de sección me lo dijo anoche —respondí sin pensar.

»—¡Anoche! —dijo él con sarcasmo—. ¿Y por qué no me lo contó usted antes? Ay, ya entiendo. Pensó en quedarse y dejar que nosotros nos enfrentáramos solos al peligro. Pues déjeme decirle que si luego hubiera intentado reincorporarse a la compañía habría encontrado su puesto ocupado. ¿Lo entiende?

»Comprendí con toda claridad que no podía esperar ninguna comprensión por su parte y corrí por el tren en busca del revisor, al que encontré en el mirador del último vagón. Varios miembros de la compañía, viéndome tan alterado, dieron por supuesto que algo malo sucedía y me siguieron. Cuando irrumpimos en el mirador, el revisor, que estaba anotando una entrada en su libro, alzó la vista y dijo:

»—¿Qué problema tienen ustedes?

»—¡Pare el tren! —exclamé—. ¡Queremos bajar antes de acabar ahogados!

»—Conque sí, ¿eh? —dijo con frialdad—. ¿Y por qué piensa usted que vamos a ahogarnos?

»—Porque vamos a cruzar el Bayou Pierre por un puente de caballetes —dije impulsado por la vehemencia— que está bajo el agua. ¿Y quién sabe si alguna parte no se la ha llevado la corriente o se ha derrumbado?

»Me miró sonriente.

»—Comprendo —dijo—. Eso demuestra amplios conocimientos topográficos y técnicos por parte de usted. Así que quieren apearse, ¿eh? Pues no pueden. ¿Quieren saber por qué? A Mick Devlin se le asignó la conducción de este tren porque es el maquinista más audaz de toda la compañía. Lo llaman: Mick, el Diablo. Y Ahora mismo Mick está haciendo correr a la locomotora al máximo de la velocidad que es capaz. Escuchen, vamos a sesenta millas, justas. Mick conoce bien su trabajo, y me temo que a ustedes no les queda más remedio que sentarse y comerse las uñas mientras él se ocupa de los mandos».

—¡Le deseo buena suerte a Mick! —dijo, efusivo, el maquinista.

Todos los demás, interesados por la historia, le chistaron para hacerlo callar. El apuntador prosiguió:

—Pregunté por qué Mick hacía ir tan rápido al tren.

»—Por fin dice usted algo con sentido —respondió el revisor—, y como veo que ya está al tanto de bastantes cosas, le informaré de algo más. Mick sabe lo que tiene entre manos; lo que él no sepa de locomotoras, puentes y riadas, no merece la pena saberse. ¿Entiende? Hoy tenemos que cruzar el

Bayou Pierre, y probablemente seremos los últimos en cruzarlo antes de que descienda la riada. Conoce usted parte de los peligros, pero no sabe tanto como Mick. Alguien le ha llenado a usted la cabeza de sandeces y lo ha tomado como si fuera la palabra de Dios. El ingeniero de sección nunca se mueve de su puesto, así que lo ve todo desde el punto de vista de la estática. Pero resulta que la competencia particular de Mick tiene que ver con la dinámica. Conoce todos los peligros que el ingeniero le hizo tragar a usted, y los afronta ciegamente, porque nada más puede hacer al respecto. Si alguna parte del puente se ha venido abajo o se la ha llevado el agua, nos aguarda el Juicio Final. Pero hay otros peligros que Mick conoce, y que también conozco yo, y puede que el ingeniero de sección también conozca pero de los que no dijo nada porque no son de su incumbencia.

»—¿Qué otros peligros? —pregunté, con toda la despreocupación que pude acopiar, porque el umbral estaba atiborrado de caras pálidas. El revisor sonrió al responder.

»—Será mejor que me explique —dijo, llegando a reírse—, aunque me atrevo a afirmar que a algunos de ustedes les parecerá fatigoso escuchar un discurso sobre los peligros que se avecinan mientras un irlandés loco los conduce a toda velocidad hacia la perdición. Bueno, como quieran. Su jefe firmó un contrato. La compañía de ferrocarril dio su conformidad, y a Mick y a mí nos ha tocado hacer que se cumpla tal contrato. Su director ha dicho que tenemos que llevarlos a Nashville, con inundaciones o sin ellas, y eso haremos, salvo que Dios diga lo contrario. Y pronto sabremos lo que dice Dios. Esta riada ya dura una semana. Las riadas en un sitio amplio como el Bayou Pierre, por norma, no discurren tan rápido como para llevárselo todo por delante, como sucede con los ríos grandes o cuando el mar se encrespa. Pero una riada así sí puede debilitar las instalaciones. Se forman remolinos interminables alrededor de la base de los pilares y el mortero entre los ladrillos se disuelve. Hay muchos pilares en el puente hacia el que nos dirigimos, tantos que no se lo creerían, porque atraviesa un valle ancho y plano, por el que apenas discurren unos pocos riachuelos, salvo cuando hay crecidas. Cuando la albañilería y la carpintería se erosionan y debilitan así, pueden seguir manteniéndose en pie, pero se reducirán a añicos en un instante en cuanto reciban una sacudida. Ya saben a lo que me refiero. Cada pilar sostiene un tramo del puente, y si uno cae, caen todos. ¿Se ha detenido alguno de ustedes a pensar en el peso de un tren, en su peso muerto? Uno como en el que nos encontramos pesará, con locomotora, ténder, sistema de frenos, carga, pasajeros y demás, más de medio millón de libras. Suelten ese peso de pronto

sobre uno de esos pilares debilitados y tambaleantes y ¿qué pasará? Que todo el condenado puente cederá, o se alabeará, o se retorcerá, o se hará pedazos, o se desmigará, y eso, dense cuenta, al margen del empuje continuo del agua, que disuelve el mortero poco a poco. Por lo tanto, al circular sobre él contribuimos al deterioro y el colapso que el ingeniero de sección teme.

»Hizo una pausa, y entre los latidos de mi corazón y el zumbido de la sangre en mi cabeza oí un gemido lloroso proveniente del conjunto de las mujeres; estaban demasiado asustadas para chillar. Del exterior llegaban el bramido chirriante de las ruedas y los jadeos de la locomotora, forzada al máximo para mantener aquella terrible velocidad. El revisor nos miró fijamente antes de continuar.

»—Pero Mick sabe todo esto, y sabe asimismo el modo de minimizar el riesgo. Lo está haciendo ahora mismo, es por eso por lo que vamos a esta velocidad. Mick está arremetiendo a ciegas contra ese puente.

»—¿Por qué? —preguntó angustiada una de las chicas, con los ojos tan abiertos como un pájaro aterrorizado.

»El revisor asintió aprobatoriamente.

»—Eso está bien. Me gusta que la gente se comporte de manera racional y no se deje dominar por el miedo. Bueno, señora, le diré por qué. Un pilar no puede desplomarse de manera instantánea; lleva su tiempo acabar con cualquier cosa que ha llevado su tiempo construir, incluso aunque se demuela con dinamita. La locomotora está trabajando ahora con mucha presión, pero no puede mantenerse así mucho tiempo. Cuanto más rápido vayamos, menos tiempo podremos mantener la velocidad; así que cuando las cosas están realmente mal, tan cerca de derrumbarse que solo les falta el toque final, podemos cruzar el puente antes de que empiece a venirse abajo. He visto a Mick llevar un tren a través de tres pies de agua durante una crecida en uno de los afluentes del Pan Handle, y sentí cómo tirábamos del último vagón, que ya empezaba a inclinarse, cuando colapsaron las vigas del puente. ¡No se asusten ustedes! Mick es la persona más adecuada para este trabajo, y si sobreviven ustedes al día de hoy, será gracias a él. Si no lo conseguimos, en fin, al menos el destino que nos espera es mucho mejor que el suyo. El ahogamiento es una muerte agradable, por lo que dicen, pero si la locomotora se hunde en el agua de cabeza, y es lo que sucederá si algo va mal, en las calderas hay vapor caliente de sobra como para cocer a Mick y a su ayudante al mismo tiempo que se ahogan.

»“Y ahora, me despido de ustedes. Voy al vagón de equipajes, en la parte delantera del tren, para estar cerca de Mick. Llevamos trabajando juntos

mucho tiempo como para estar separados en el momento final, si es que este se da. ¡Allá vamos! Ya estamos en el Bayou Pierre, y mientras nos encontremos sobre el puente, todo lo que ustedes pueden hacer es rezar y confesar sus pecados. Al margen de eso, bueno, yo no me preocuparía demasiado".

»Se alejó, con un aire de valiente hombría que me hizo avergonzarme de mi miedo.

»La velocidad había disminuido claramente, aunque todavía era considerable; había un sonido extraño, una suerte de chillido silbante, producido por las ruedas al batir el agua.

»Salí a la plataforma trasera y miré a mi alrededor. Frente a mí, la orilla que acabábamos de abandonar se alejaba a cada segundo. Las palmeras enanas se convirtieron en una masa confusa y los sotillos de cipreses y robles menguaron hasta el tamaño de grupos de arbustos. A nuestro alrededor, una gran masa de agua fluía veloz bajo nuestros pies; una inmensa riada, amarillenta y espumosa, que arrastraba troncos, pacas de heno, ganado muerto y toda clase de restos imaginables. Allá adonde se mirase, era igual. Me asomé, inclinándome sobre la barandilla, y atisbé la orilla más alejada, apenas una línea oscura en el horizonte. Atravesábamos la crecida a alta velocidad y nuestra locomotora proyectaba, al igual que hace la proa de un vapor, olas a los costados. De cuando en cuando percibíamos una sacudida o un golpe repentino, como si algo se hubiera aflojado o cedido debajo de nosotros. Pero continuamos adelante, y a medida que la orilla que habíamos dejado se volvía más borrosa, y la de enfrente se aproximaba, recuperamos el buen ánimo y perdimos el miedo.

»Todos nos alegramos cuando volvimos a sentir suelo firme debajo de nosotros y a oír el clásico estruendo de las ruedas. El chirrido de los frenos fue como música para nuestros oídos cuando poco después nos detuvimos.

»La locomotora jadeaba como un animal que acaba de superar un enorme esfuerzo; y su señor, Mick, el Diablo, alegre, relajado y elegante, alzó su gorra a modo de respuesta cuando todos nos apeamos y le dedicamos tres hurras al más genuino estilo anglosajón».

—Y ahora, señor Hupple —dijo el maestro de ceremonias—, como gracias a Gallimant sabemos que estuvo usted el tren que cruzó el Bayou Pierre y oyó las confesiones, quizás estaría dispuesto a contarnos algo de lo que sucedió.

Hubo un coro de ruegos, entre los que destacaron las voces de las mujeres. Las confesiones —sobre todo las ajenas— siempre despiertan interés.

Sintiéndose obligado, el segundo actor de farsa parecía dispuesto a hablar. Comenzó sin preámbulos:

POR MIEDO A LA MUERTE

(In Fear of Death)

—El grupo comprendía la mayor parte de la compañía. Nadie había hablado con el ingeniero de sección, así que ninguno tuvo oportunidad de salvar el pellejo largándose sin decir nada a sus colegas. Hasta hoy, nunca supe la verdadera dimensión de la valentía de nuestro amigo.

—¡El tiempo corre! —dijo el maestro de ceremonias en tono de advertencia.

El segundo actor de farsa asintió, jovial, y prosiguió:

—Fue solo cuando nos vimos sobre el agua cuando algunos empezaron a preocuparse. En realidad, al principio nadie concedió importancia a lo que sucedía, pues ya en otras ocasiones nuestro tren se había dado un chapuzón en un río desbordado. Pero cuando aflojó la velocidad y el batir de las ruedas en el agua adquirió otro tono, todos se abalanzaron a las ventanillas para mirar fuera. A algunos de los más graciosos les pareció una buena oportunidad para asustar a las chicas y gastar una broma a los más tímidos de entre los hombres. No parecía labor difícil, porque algunos estaban de veras alarmados; la sorpresa se transformaba rápidamente en terror. Todo contribuía a empeorar la situación; era como si el agua amarillenta discurriera en dos direcciones a la vez: corriente abajo y oponiéndose a la marcha del tren; el horrible batir de las ruedas, que nos llegaba desde abajo a través de las ventanillas recién abiertas; los bufidos y jadeos de la locomotora; las crecientes expresiones de miedo y horror en los rostros empalidecidos; todo parecía escalar hacia la cumbre de la histeria. El más bromista de los hombres era el joven Gatacre, el suplente de Huntley Vavasseur, que era entonces nuestro primer actor juvenil. Simuló estar terriblemente asustado y se encogió, ocultó la cara y gimió, sin dejar de lanzarnos guiños a algunos. Pero poco después, cuando la extensión de agua se hizo más y más ancha, las miradas que lanzaba por la ventanilla se fueron volviendo más angustiadas, y pude ver cómo se le iba el color de los labios. De repente se puso blanco

como un fantasma y, alzando las manos, lanzó un incuestionable grito de terror y rompió a rezar del más servil de los modos; no hay otra manera de describirlo. Para algunos de nosotros fue algo desagradable de presenciar, y nos habría gustado hacerlo callar a patadas, pero el efecto que tuvo en las chicas fue espantoso. Toda la histeria que había venido acumulándose a cuenta del pánico se liberó de pronto, y en cuestión de medio minuto el vagón parecía el taburete del arrepentimiento en una ceremonia evangelista para ganar conversos.

»Me complace decir que, salvo excepciones, en general se comportaron como personas valientes y sensatas, que mantuvieron la templanza e intentaron, por una cuestión de vergüenza propia, que sus amigos hicieran lo mismo. Opino que las mujeres buenas de verdad nunca demuestran mejor su auténtica naturaleza que cuando asisten a una hermana más débil. Me refiero a ayudar de verdad, no cuando se trata de una tarea fácil y grata. No considero que sea ayudar a una mujer refrescarla derrochando el *eau de cologne* de otro y aflojarle con ostentación el corsé y luego volverse hacia el grupo de hombres que miran sin saber qué hacer y dedicarles un "¡Bah!", como si ellos también supieran que a aquella mujer en realidad no le pasa nada grave. Todos sabemos cómo nuestras mujeres se ayudan entre ellas, porque somos todos compañeros, y las chicas son las mejores de nosotros. Pero en aquella ocasión el bando femenino estaba un poquito atacado por el pánico, e incluso las que conservaron la calma e intentaron proteger a las demás de las consecuencias de abandonarse a la histeria estaban pálidas, se abrazaban a sí mismas y mantenían un ojo puesto en la crecida amarillenta que discurría bajo nuestros pies.

»Sin duda, yo nunca había oído revelaciones como las incluidas en las confesiones de algunas de ellas, y les aseguro que no tuvo nada de grato escucharlas. Hicieron que algunos de los hombres nos enfadáramos y nos sintiéramos humillados al pensar que también podríamos llegar a vernos así de impotentes. Intentamos hacer recuperar la razón a alguna de las chicas a fuerza de zarandeos, pero ¡Dios mío!, de nada sirvió. Cuanto más las zarandeábamos, más cosas soltaban que habría sido mejor callarse. Casi parecía como si las confesiones fueran pequeños cuerpos materiales que pudieran sacarse de las personas y esparcirse por doquier, como granos de maíz de un morral. Fue todo tan endemoniadamente repentino que no hubo tiempo de pensar. Todo era serenidad y buen humor y un momento después aquellas pobres mujeres estaban farfullando las confesiones más dolorosas y desgarradoras sin que pudiéramos hacer nada para que se callaran. Lo más

curioso, pienso ahora, es que a ninguno se nos ocurrió largarnos y dejarlas solas. No hicimos nada, ni siquiera cuando se armó la gorda. Por fortuna, las chicas no tenían gran cosa que confesar que a la mayoría nos pareciera de veras grave. Hubo un par de cosas feas y lamentables, claro está, pero todos decidimos olvidarlo, y hasta el día de hoy aquello no tuvo ninguna consecuencia que yo conozca, salvo por un caso, cuando una mujer casada contó una vieja historia de su pasado a su marido. Es como si lo estuviera viendo ahora mismo. El terror en los ojos grises de ella, la frente fruncida y pálida de él, que parecía más blanca en contraste con su pelo negro. "Sol y Sombra" solíamos llamarlos».

Se calló de pronto, hizo una breve pausa y luego siguió hablando:

—Pero era asunto suyo, y aunque aquello no pareció resolverse para bien, ninguno de nosotros dijo ni una palabra al respecto.

—¿Ninguno de los hombres confesó nada? —preguntó la doncella cantante. Había en su tono una nota subyacente de desafío militante que siempre sale a la luz cuando el tema de la mujer en abstracto se menciona en un grupo de ambos sexos.

El segundo actor de farsa sonrió al responder:

—¡Por supuesto que sí, querida! Pensé que habían entendido que me refería a las damitas de ambos sexos. Recordará usted que quien lo desencadenó todo fue un presunto hombre.

»Comprenderán ustedes que estas cosas supusieron el lado malo del incidente, porque no tiene nada de agradable oír a la gente decir cosas de las que luego se arrepentirán. Pero estuvo también el otro lado, tan interesante como divertido: el modo como las verdaderas personalidades quedaron manifiestas a través de las confesiones, y el modo como esto sucedió. Si no los hubiésemos conocido de antemano —hablo por mí—, lo sucedido nos habría bastado para catalogar las flaquezas de cada uno, y averiguar lo que con tanto celo había mantenido en secreto. Supongo que es en ocasiones así cuando descubrimos cómo somos realmente, o lo haríamos si tuviéramos el buen juicio de aprovechar tales oportunidades. En cualquier caso, la nota dominante de cada una de las personalidades quedó manifiesta de manera tan clara que el escenario parecía una suerte de jardín de caracteres poblado de flores humanas».

Cuando el aplauso que siguió a su arranque poético hubo cesado, se produjo un coro de indignada decepción.

—¿Eso es todo?

—¿Por qué se detiene cuando empezaba a ponerse interesante?

—Con semejante material entre manos, ¿por qué limitarse a generalidades vagas?

—¿No puede contarnos algo más sobre lo que dijeron?

—¿Qué sentido tiene hablarnos de confesiones pero sin revelar estas?

—¿Se dijo algo comprometedor para usted o alguien más? ¿Por eso prefiere callar?

—No hay nada más que contar —dijo el segundo actor de farsa con una sonrisa burlona—. Si hubiera habido algo de veras comprometedor, estaría encantado de revelárselo, en especial, huelga decirlo, si concerniera a mi persona. Pero de cuantas confesiones se hayan pronunciado o escrito alguna vez, dudo que haya habido alguna menos comprometedora que las que en aquella ocasión se dijeron. Con la única excepción de la que les he hablado, y sobre la cual mis labios están sellados, no hubo nada que ofendiera los oídos de un sargento de la policía angélica. Claro está, dejo al margen al joven que inició el follón. No hubo ni uno de los que «confesaron» que se pusiera a sí mismo en una situación comprometida. ¡Pero dijeron cosas de lo más extrañas! Yo ignoraba que en todo el abanico existente de maldades hubiera tantas perversidades inmaculadas.

—¿A qué diantres se refiere? —preguntó la primera actriz desorbitando los ojos, como cuando mostraba incredulidad sobre el escenario—. Denos algún ejemplo para que podamos entenderle.

—Sabía que eso era lo que usted quería —respondió él con un guiño—. Quieren oír las confesiones, buenas o malas, o, más bien, malas o peores, y juzgar por sí mismos la medida de su perversidad. ¡Muy bien! Les contaré lo que recuerdo.

»Estaba nuestra primera actriz, no diré nombres, que llevaba sobre los escenarios, que yo sepa, veintiocho años, y que era segunda actriz cuando la conocí en Halifax interpretando *La locura de Wibster*, una pieza de repertorio popular en el circuito de Yorkshire. Confesó ella haber engañado, no solo al público, sino a sus amigos, incluso a sus más queridos amigos en la compañía, y que deseaba enmendarse con todos ellos y obtener su perdón antes de morir. Su pecado había sido la vanidad, que la había llevado a mentirles sobre su edad. Había dicho que tenía veintinueve años, pero ahora que llegaba su hora final, y que el miedo a la muerte le perlaba la frente y que el frío de la crecida le helaba el alma, quería confesar. Todos sabían lo duro que era para una mujer ser sincera respecto a su edad; al menos las otras mujeres la entenderían; confesó que en realidad tenía treinta y tres. Se hincó a continuación de rodillas, en una pintoresca pose que, como a menudo había

contado a sus amigos, ella había hecho famosa en East Lynne, y tendió las manos implorando su perdón. Casi todos los presentes se sintieron tan conmovidos por el sacrificio autoimpuesto en momento tan difícil, que se volvieron y ocultaron la cara entre las manos. Yo mismo presencié cómo los hombros de algunos se sacudían de la emoción.

»Su ejemplo fue contagioso; ella apenas se había arrodillado cuando nuestro primer actor juvenil la imitó. Con un sollozo que te rompía el corazón, como con los que adornaba su interpretación en *Azrael, el Pródigo*, alzó las manos con los dedos entrelazados y elevando la vista hacia la galería —quiero decir el techo, o el cielo, o lo que fuera que él viera encima de él mediante su visión externa o interna— lloró por su mal: el orgullo. Había estado henchido de impío orgullo desde que, partiendo de su primer papel, había ido escalando posiciones gracias solo al más puro mérito, saliendo proyectado, si es que podía decirlo así, hacia el cielo como un cohete, abandonando los círculos más bajos de la profesión para irrumpir, envuelto en esplendor, en las más nobles cotas de la misma. Oh, pero ni siquiera eso había bastado para poner freno a su exceso de orgullo. Tal maligno rasgo, que, al igual que los celos "se burla de su propio alimento", había seguido engordando con cada uno de los éxitos, cada vez mayores, que llovían sobre él como gigantescos copos de nieve procedentes del empíreo. Cuando el *El Observador Anti-Baptista de las Fangosas Midlands* dijo de él que era "un genio histriónico en ascenso destinado a borrar del velado rostro de Melpómene la sombra en apariencia indeleble que la incompetencia artística de una era repuritanizada había arrojado sobre él" se regocijó con la idea de que sobre sus hombros reposaba el peso de la bandera del arte, y que sería su orgullo, así como su deber, portarla por las naciones y hacerla ondear ante los mismísimos ojos de los reyes. ¡Ah! Pero no era ese el mayor de sus pecados, pues en los años que mediaron entre su tormentosa juventud y el esplendor de su primera hombría creció en él un orgullo incluso mayor, fruto del regalo divino de una belleza física en la más perfecta de sus manifestaciones, de la que tenía constancia por las miradas de adoración de las mujeres y sus apasionadas demostraciones de arrobo, tanto por escrito como de palabra. En tal regalo hallábase incluida la voz, a la vez dulce y poderosa, que le mereció el entusiasta tributo del *El Interpelante del Botín del Gobierno Local*, donde figuraba el notable pasaje: "Es atípico, si no insólito, hallar en las tonalidades de la voz humana, al margen del perfecto abrigo físico del que surja, al mismo tiempo la sutileza de la lira, la inmensa precisión epigramática del figle y la resonancia atronadora del clarín y el fagot". El regalo incluía asimismo una

elegancia y nobleza en el porte que “recordaban”, como *Joe el Arrollador*, el órgano humorístico de las Midland, había señalado, “la talla del joven emperador Gluteus Maximus”. ¡Oh! Todo esto eran sin duda fuentes de orgullo, y en el mejor de los casos flaquezas y muestras de una pobre talla humana. Su orgullo era algo que mantener bajo control, con una firmeza a la altura de sus dimensiones. “¡*Mea culpa*! ¡*Mea culpa*!”, dijo en el tono con que hacía estremecerse al público en *Don Alzavar, el Penitente* o en *El monje de Madrid*. Aún prosiguió, pues el orgullo no parecía tener límite, sino que aspiraba, cuando arraigaba en naturalezas audaces y grandilocuentes, a asaltar los mismísimos bastiones del Olimpo. Era él tan tan orgulloso, que en ese temible momento, cuando estrechaba la mano a su colega y hermana, la Muerte, alcanzaba a ver la terrenal pequeñez de este. Tras interpretar los papeles que le habían reportado su gran fama, había osado, con la mejor y más pura de las intenciones, nos aseguró, prenderse la más alta condecoración al mérito histriónico interpretando a Hamlet en el Ladbroke Hall. Supo que su esfuerzo se hallaba justificado cuando leyó las encendidas palabras del *Crónica de Acontecimientos Impactantes en el Bosque de Westbourne y Ganaderías Vecinas*: “El triunfo de nuestro más joven Hamlet es tan notable como sus muchos otros éxitos en menos ambiciosas encamaciones del género histriónico”.

»Lo interrumpió nuestro actor de farsa, que dijo:

»—¡Un momento, compañero! Hay otros que desean realizar pública confesión mientras la Muerte aún nos mira frente a frente.» Añadió a continuación nuestro hombre grueso:

»—Es una buena idea, además de novedosa, confesar tus reseñas. Al menos es un cambio, acostumbrados como estamos a que insistas en leerlas cada vez que asaltas a alguien para que te invite a una copa.

»El primer actor juvenil lanzó una mirada de odio a quienes le habían interrumpido, como la que acostumbraba a adoptar cuando interpretaba a Geoffrey Plantagenet en *El usurpador frustrado*. Estaba a punto de dar rienda suelta a su enfado cuando nuestra doncella cantante, que discretamente se había soltado el pelo preparándose para su momento, se dejó caer de rodillas lanzando un grito desgarrador y, alzando las manos en gesto de invocación, como en *El lamento de la doncella*, declamó, interrumpida solo por los gemidos acallados fruto de una asfixiante angustia:

»—¡Oh, poderes celestiales, a quienes es otorgada la inestimable custodia de la vida de una doncella, dirigid hacia abajo vuestra mirada, rica en piedad compasiva, y contemplad las delincuencias de alguien que, sin genuino

propósito malvado, sino llevada por el candor de su inocente juventud y la sin par crueldad de los jóvenes y los inconscientes, hubo de afrontar el apasionado pero honorable amor de duqueses y marqueses! *¡Peccavi! ¡¡Peccavi!! ¡¡¡Peccavi!!!*

»Tras esta última exclamación se desplomó desmayada bocabajo, presa de convulsiones, hasta que, al ver que nadie acudía en su ayuda, se quedó quieta un momento y, avergonzada, se levantó y se retiró a su rincón, llorando por fuera y maldiciendo para sus adentros.

»No obstante, apenas había concluido su monólogo cuando dos nuevas aspirantes a los honores confesionales reclamaron la atención del público. Una era la suplente de la anterior confesante, y la otra, la primera anciana. Eran ambas similares en edad y apariencia, las dos en el otoño de la vida y de complexión robusta. Ambas eran dueñas de una voz profunda, y como ninguna estaba dispuesta a ceder su turno a la otra, tuvieron que vociferar sus confesiones, que se entremezclaron una con la otra, si bien fueron ricas en arrepentimiento. Las dos mujeres se hincaron de rodillas, una a la derecha, la otra a la izquierda, como las esculturas arrodilladas a los costados de una tumba isabelina. Los demás permanecimos en pie, presa de una admirativa solidaridad, manifiesta en nuestras inspiraciones atragantadas y las sonrisas cada vez más anchas. Fue una lucha muy igualada. La primera anciana luchaba por conservar su posición, lo que siempre es un buen acicate; la otra se esforzaba por alcanzar una nueva cota dentro de sus olímpicas ambiciones, lo que es asimismo una poderosa ayuda. Hablaban tan alto y tan rápido que no entendimos ni una palabra de lo que dijeron. Pero ninguna cedió, hasta que nuestro actor dramático, al borde de la desesperación por sus deseos de confesarse, respiró hondo y arrancó a hablar, a la manera de su celebrada interpretación de Manfredo durante la tormenta en los Alpes, donde, como recordarán ustedes, sus palabras deben imponerse al trueno, el fagot, el viento y la lluvia, por no mencionar las avalanchas, aunque él generalmente hacía una pausa hasta que pasaban. Las mujeres resistieron cuanto les fue posible, hasta que, derrotadas por el trueno del actor dramático, se aliaron contra el enemigo común y chillaron histéricas al unísono hasta quedarse sin aliento. La confesión de nuestro actor dramático fue portentosa. Me gustaría recordarla al pie de la letra, tal como la efectuó, alargando, acariciando las palabras, y haciendo restallar las consonantes a su particular estilo. Todos guardamos silencio porque queríamos recordar lo que decía, para luego repetirlo. Siendo un actor dramático, comenzó, claro está, por invocar a Júpiter.

»—¡Oh, Altísimo, que te sientas en la cima cubierta de nubes del Olimpo y contemplas la espectral figura del poderoso Hyster sentado en su sombrío carruaje, dígnate escuchar los lamentos de un corazón cuyas más portentosas manifestaciones adoptaron la forma del más noble lenguaje de los más altos bardos! ¡Escucha, oh, hijo de Saturno! ¡Oh, esposo de Juno! ¡Oh, padre de Talía y Melpómene! ¡Oh, hermano de Neptuno y Plutón! ¡Oh, amante de Leda, Sémele, Danae y de toda la galaxia de celestiales bellezas que coronaron con amor tus multifacéticas inclinaciones, oh, divinidad con el más multitudinario de los corazones! ¡Escucha el triste lamento de un devoto al arte de Roscio! Escucha la voz destinada a dirigirse con volumen atronador a los oídos de un mundo asombrado, y ahora silenciada ante la perspectiva del lastimero reconocimiento de un hondo pesar. ¡Escúchame lamentarme por las oportunidades perdidas durante una vida no vacía de triunfos! Cuando pienso que he tenido a mis pies la copa del éxito y que, en mi sublime indiferencia, la he desdeñado como si careciera de valor, a sabiendas de que, sin que importe cuánto tiempo transcurra, los genios como el mío deben aspirar a los aplausos de un mundo embelesado, ¿qué puedo decir, cómo puedo siquiera expresar la medida, o incluso el nombre de mi pecado? Escúchame pues, oh, poderoso Júpiter…

»En aquel momento el batir y el susurro de las ruedas bajo el agua dejó paso al estrépito normal, habiendo quedado atrás el puente de caballetes y entrado en la trinchera de ferrocarril de la otra orilla. El primero en hablar fue el apuntador, que dijo:

»—Su arranque ha sido un poco lento, señor Montressor. ¡Es duro que el telón baje antes incluso de que la invocación haya comenzado propiamente!».

Hubo una pausa, que casi todos emplearon para apurar el licor que quedaba en sus vasos y hacer que se los rellenaran. La rompió uno de los jóvenes, que se sentaba un tanto apartado del fuego y lejos del apuntador, un joven de cabello largo y con ambiciones literarias. En ocasiones se refería a sí mismo como «hombre de letras además de actor».

—¡Qué pequeño es el mundo! ¿Saben ustedes que el episodio del que el señor Hupple nos acaba de hablar dio lugar a una curiosa historia? Si fuera yo el siguiente en hablar, podría ofrecérselo a modo de apropiado corolario.

—Corolario o no corolario —murmuró la costurera, a la que el ponche había provocado una modorra que la cubría como un manto—. Corolario o no corolario, no tiene nada que ver con el bebé muerto del que yo hablo.

El maestro de ceremonias le sacudió el hombro para acallar el relato con que los amenazaba.

—Despierte, querida, y vea lo pequeño que es el mundo. Creo que podemos consentir —añadió mirando a su alrededor— que, en caso tan excepcional, rompamos la norma y pidamos a Zurriago que sea el siguiente. «Zurriago» era el apodo del señor Horatio Sparbrook (nombre artístico), otorgado por el intento que en una ocasión hizo de dar una nota de realismo al papel de Gaspard en *La dama de los leones*, cuando replicó a la súplica de Claude para que le perdonase los castigos asestados mientras se hallaba a su servicio diciendo: «¡Zurriagazos! ¡Melnotte, zurriagazos! ¡Zurriagazos!». En lugar del tradicional: «¡Golpes! ¡Melnotte, golpes! ¡Golpes!».

Sin más preámbulos, el señor Sparbrook tomó la palabra.

—El señor Hupple ha mencionado que durante aquel memorable viaje a través del Bayou Pierre desbordado, se realizó cierta confesión. ¿Puedo preguntarle si alcanzó usted a escucharla?

Formuló la pregunta con considerable curiosidad, y todos se volvieron hacia el segundo actor de farsa, a la espera de su respuesta. Al cabo de un momento, llegó esta, no sin cierta vacilación.

—Sí, varios escuchamos aquella confesión. En un primer momento nadie le concedió importancia, pero tuvo una lamentable consecuencia. Se dijeron pocas palabras, pero trascendentes. Después de aquello, no los volvimos a ver hablar entre ellos, y en cuanto terminó la gira ambos dimitieron de la compañía, y nunca he vuelto a saber de ellos. ¡Alguien me dijo que habían dejado los escenarios! Me encantaría saber cómo está usted informado al respecto. Hubo un acuerdo tácito entre quienes presenciamos la escena y oímos lo que se dijo para nunca hablar de ello. Yo jamás lo he hecho.

—¿Él era un hombre alto, apuesto, de cabello tupido y canoso?

—Entonces lo tenía negro, tan negro como el de Huesos. Le pido disculpas, amigo —añadió dirigiéndose al actor dramático.

—¿Y era ella hermosa, de perfil un tanto aguileño? —prosiguió el joven —. ¿Una mujer atractiva, de buena presencia, con melena blanca y unos ojos grises que brillaban como estrellas?

—Tenía unos preciosos ojos grises que resplandecían como candelas, pero su pelo era rubio. Eran la pareja más atractiva que yo hubiera visto nunca; y por aquel entonces creo que se adoraban uno al otro. Les aseguro que todos lamentamos lo que pasó en aquel viaje.

—Si lo supiéramos todo —dijo muy serio el joven—, como lo sabe el Todopoderoso, lamentaríamos algunas cosas más de lo que hacemos, y otras menos. He supuesto que el Bayou Pierre fue el escenario donde comenzó la historia; el final se produjo en el otro confín del mundo.

Todos los presentes se estremecieron de expectación. Se avecinaba una buena historia verídica. La quietud, más apreciable en contraste con la nieve que caía fuera, tomó el vagón.

POR FIN

(At Last)

—Cuando yo era joven —no es que ahora sea muy viejo, pero entonces era muy joven, un tiempo que me parece muy lejano— cometí un error que me hizo quedar en ridículo. No fue nada muy grave, ningún crimen, pero estaba muy avergonzado, ya que mi familia era de alcurnia y ostentaba una elevada posición en el condado. Cuando volví a casa, tuve miedo de contárselo a la chica con que me hallaba comprometido. Ella era muy lista y supo, de manera instintiva, que algo había sucedido y me preguntó por ello. Yo negué que hubiera pasado nada. Eso lo zanjó todo, pues sabía que ella era una persona recta, que no aceptaría nada más que la verdad, y como no quería decirle que era un mentiroso además de un imbécil, hui a Australia. Lo que hice allí no viene al caso, y de todos modos carece de interés. Solo lo menciono para que puedan comprender lo que vino después. Yo había sido estudiante de medicina, y me gustaba tanto la profesión médica que desde entonces me sigue interesando todo cuanto guarda alguna relación con ella. En el barco donde iba había una enfermera, que viajaba a Melbourne para trabajar como ayudante de la jefa de enfermeras de un hospital. Era una chica joven, pero ya tenía el cabello blanco, y acostumbraba a bajar al entrepuente —donde yo viajaba— para prestar ayuda. Yo me había ofrecido voluntario para asistir al médico de a bordo, que se percató de que había sido un caballero —no abundaban los caballeros en el entrepuente, se lo aseguro— e hizo que las cosas fueran más confortables para mí. Fue ayudándolo en su trabajo como conocí a la enfermera, y nos hicimos buenos amigos. Era muy comprensiva y enseguida se dio cuenta de que mi corazón arrastraba algún quebranto, y con la dulzura y bondad que son naturales en las mujeres —¡que Dios las bendiga!— supo pronto mi secreto. Tarde, una noche —nunca la olvidaré, una noche profunda, serena, en la que la luna producía reflejos dorados en la superficie del mar silencioso— estábamos sentados en cubierta, en el extremo de la popa; el batir de la hélice, justo debajo de nosotros, nos

molestaba tan poco como el tictac de un reloj. Lo misterioso del lugar y el ansia de simpatía que me roía el corazón sin tregua hicieron que me dejara llevar y le abrí mi corazón de un modo como nunca había hecho y como tampoco he vuelto a hacer. Cuando cesé de hablar, vi que sus grandes ojos miraban fijamente el mar, y que corrían lágrimas por sus mejillas. Se volvió hacia mí, me tomó una mano entre las suyas y me dijo:

»—¿Por qué no se lo contó? Ella se lo habría perdonado todo, todo, y eso la habría llevado a amarlo más aún, por el resto de su vida. ¡Es la ocultación lo que de veras hiere! Y las naturalezas nobles la padecen especialmente. Lo sé, lo sé demasiado bien, ¡por la amargura albergada en mi corazón destrozado!

»Percibí una tristeza mayor que la mía e intenté consolarla. Pensé que sería un alivio para ella, como lo había sido para mí, hablar de su problema, y la animé a confiarse a mí. Me contó que en su juventud había huido con un hombre al que creía amar; se casaron en un registro civil, pero al cabo de un tiempo ella descubrió que él ya estaba casado. Quiso abandonarlo de inmediato, pero él la asustó, amenazándola con matarla si trataba de dejarlo. Se vio forzada a continuar con él hasta que, por fortuna, él sufrió un accidente mortal que la dejó libre. Más tarde ella tuvo un bebé que nació muerto, y se vio sola en el mundo».

Se produjo en este punto una interrupción de la costurera, que comentó *sotto voce*:

—¡Otra vez mi bebé muerto! ¡Este también habla de mi bebé muerto!

—¡Silencio! ¡Silencio! —dijo el maestro de ceremonias, y el joven prosiguió.

—Se cambió de nombre y, después de probar en diversos trabajos, encontró una salida en los escenarios. Entonces se enamoró, se enamoró de verdad, de un hombre al que respetaba; y cuando descubrió que también él la amaba a ella, le asustó revelarle aquel oscuro episodio de su vida, por miedo a perderlo. Pensó que era cosa del pasado y que no quedaba rastro de ello, así que nadie tenía necesidad de saberlo. Estaba casada y gozaba de una felicidad perfecta, y dos años después, durante los que habían tenido una hija, se hallaban al final de una gira, tras la que ella regresaría a casa para volver a ver a su niñita, cuando se produjo una situación de gran peligro, en la que todos a su alrededor se apresuraron a confesar cuanto habían hecho de malo en la vida, y ella se dejó arrastrar por el remolino de histeria y se lo contó todo a su marido. Él pareció herido en lo más hondo, pero no dijo apenas nada; ni una palabra de reproche. Ella también se sintió abocada al silencio, y una barrera

se alzó entre los dos, de tal manera que cuando llegaron a Inglaterra —para entonces el hogar no era más que una denominación, no una realidad— eran incapaces de hablar libremente, y ambos vieron claro que no les restaba más opción que separarse. Él quería quedarse con la niña y, cuando abordaron la cuestión, dijo que pretendía llevársela muy lejos, donde la pequeña nunca pudiera saber lo que había sucedido.

»—Yo lo quería tanto —se lamentó ella—, que me parecía que lo único que podía darle era a mi hija. La niña, cuando creciera, no tendría noticia de la vergüenza de su madre. Era una amarga expiación de mi engaño, pero era todo cuanto podía hacer. Quizás Dios lo valore en mi favor, y en el de mi hija y en el del esposo al que amo, y de algún modo nos lo compense cuando Él considere que ha llegado el momento.

»La consolé como buenamente pude, pese a que no había mucho consuelo para ella en el mundo, pobre mujer, separada de su marido, al que seguía amando, y de su hija. Nos hicimos muy buenos amigos y nos escribíamos con frecuencia, y durante mis vagabundeos siempre la mantuve informada de dónde me encontraba.

»Me adentré en el país, trabajando como pastor, y después de una temporada muy muy fatigosa…

Amargo es el camino a recorrer para el hijo más joven
donde hacerse con hogar y montura
en el tumultuoso cobertizo de los esquiladores
en el silencio de la solitaria cabaña del pastor.

»… fui a parar a un rincón solitario en la orilla de un arroyo. Era un sitio precioso, y saltaba a la vista que su propietario había invertido tiempo y cuidado en hacerlo aún más bello, ya que se había sacado el mayor provecho a los árboles y las flores autóctonos, a la vez que era una delicia ver crecer también, con la exuberancia propia de aquel suelo, las flores de mi hogar. Mi jefe, el señor Macrae era un ogro para algunas cosas, pero también un caballero, e hizo que mi vida fuera muy diferente de como había sido durante mi formación como cuidador de ganado. También él, muy pronto, advirtió que yo había sido un caballero, y me invitó a alojarme en la casa, en lugar de en el rústico cobertizo, como era habitual con la mano de obra. ¡Qué lujo y qué confort! ¡Una casa de verdad, con una cama de verdad y comida de verdad, en lugar de un camastro y la bazofia que yo mismo me preparaba! El señor Macrae era muy amable, pero estricto en ciertas cuestiones.

Sencillamente idolatraba a su pequeña hija, una niña brillante, preciosa, rubia y con unos enormes ojos grises que, cuando los vi, me pareció conocer de toda la vida. La niña era el centro de la vida del padre, pero incluso con ella era estricto, y hasta cruel, en una medida como yo nunca había conocido. Una noche, después de cenar, la criatura estaba acurrucada contra él, jugando a su típico estilo mimoso. Él le hizo una pregunta sin importancia y ella esquivó la respuesta. Esto hizo salir a relucir de inmediato la dureza del padre, que le hizo algunas preguntas más, con una contundencia y una seriedad que asustaron a la niña. Ella simuló bromear, para combatir el enfado, como hacen las mujeres, pero el padre no quiso saber nada. Rechazó sus intentos e insistió en el interrogatorio. Estaba claro para mí que la niña tenía poco o nada que ocultar, pero estaba asustada, y el miedo la hizo ceder a la debilidad de la mujer que crecía dentro de ella, y mintió. En el peor de los casos, fue una mentirijilla sin importancia, más ocultar la verdad que decir una falsedad; pero bastó para encolerizar al padre. Los ojos le brillaban por la intensidad de la cólera. Se dominó, sin embargo, y su enfado contenido fue infinitamente peor que si lo hubiera desatado. Abrazó con ternura a la niña y dijo:

»—Pequeña, ¿sabes que te quiero?

»—¡Sí papá! —dijo con su bonita voz, sin dejar de llorar.

»—¿Y sabes que nunca te haría daño si no fuera por tu propio bien, querida?

»—¡Sí, papá! Pero, papá, papá, ¡no me hagas daño! ¡No me hagas daño!

»—Debo hacerlo, pequeña. ¡Debo hacerlo! Tienes que recordar toda tu vida lo que significa mentir; que al mentiroso le corresponde el fuego, ya sea en la tierra o en el infierno. ¡Y es mejor que lo aprendas ahora, en lugar de tener que sufrir por ello más adelante, y hacer sufrir a otros!

»Se inclinó hacia el fuego, sujetando la mano de la niña; los lastimosos forcejeos de esta nada podían contra su fuerza. Al ver que yo, impulsado por el instinto, me acercaba con intención de proteger a la niña, me obligó a retroceder.

»—No interfieras. Es necesario que mi niña aprenda una pequeña lección que le ahorre otra peor más adelante.

»Con determinación férrea y los labios apretados, a la vez que se ponía pálido como la nieve, apoyó por un instante los rosados dedos de la niña en el morillo al rojo de la chimenea. Pese al grito de dolor de ella, él la sostuvo allí un par de segundos y luego la retiró, al borde del desmayo. La niña quería a su padre y confiaba en él, a pesar de aquel cruel acto, y se colgó de su cuello, llorando como si su corazoncito estuviera a punto de partirse en pedazos. Él la

apretó contra su pecho, y luego, muy suavemente, se liberó de los brazos de la niña. Se acercó al fuego y diciendo: "¡Mira, pequeña, no sientes ningún dolor que yo no padezca también!", introdujo la mano derecha en el mismísimo corazón de las llamas. La mantuvo allí unos segundos, sin vacilar, mientras la preciosa niña chillaba, corría hacia él y tiraba de su mano hasta conseguir que la retirara del fuego.

»—¡Papá, papá, papá! —se lamentaba—. ¡Por decir una mentira te he hecho sufrir así!

»Os juro que, como que estoy aquí, vi en los ojos de aquel hombre, pese a que debía de estar sufriendo un dolor atroz, un destello de felicidad. Con su otra mano acarició los dorados rizos de la niña.

»—Ha merecido la pena, pequeña, si has aprendido una verdad tan importante.

»Ante semejante demostración de heroísmo, yo no pude más que guardar silencio y poner mis conocimientos médicos a su disposición. Él aceptó de buena gana y, cuando volví con ungüento y vendas, me hizo cubrir la quemadura de la niña antes de atender la suya. Era una quemadura fea y yo temía de veras que condujera a una trágica conclusión. Él le restó importancia, no obstante, y se esforzó por animar a la niña. Yo hice lo mismo, y la pequeña fue a acostarse de mejor humor de lo que yo habría esperado. La fortaleza y la buena constitución de Macrae le ayudaron a curarse, y, aunque le quedó una fea cicatriz en la mano, recuperó el completo uso de esta.

»Esa noche él tuvo tanta fiebre que insistí en quedarme a su lado. Logré calmarlo un poco y se mostró agradecido. Hablamos con más libertad que nunca antes. Insistió en ir varias veces a ver si la niña estaba bien. De una de las visitas regresó con los ojos húmedos, y al tumbarse en la cama dijo en voz baja:

»—¡Pobre chiquilla! Que Dios me perdone si he obrado mal, pero creí que era lo mejor que podía hacer.

»Luego, dirigiéndose a mí, añadió:

»—Imagino que me ve usted no solo como un ser brutal, sino diabólico. Pero si supiera usted la gran medida en que valoro la futura felicidad de mi hija, quizás fuera más tolerante conmigo. Una mentira arruinó la vida de su madre y la mía; y estoy resuelto a impedir que cometa el mismo error. Su madre y yo nos amábamos, nuestra vida parecía libre de toda mácula; pero en una ocasión en que nos vimos en peligro de muerte, mientras cruzábamos una crecida de aguas revueltas, ella me confesó que la inocencia que a mí me había encandilado inicialmente no era más que una impostura; que había

amado a otro hombre antes de conocerme, y que había vivido con él en pecado. Pero yo he pasado página; esa parte de mi vida ha quedado atrás para siempre.

»No dijo nada más y, claro está, yo nunca volví a hacer referencia al tema. Más adelante me pareció curioso que dos personas que yo conocía sufrieran por causas similares —al igual que yo sufría— pero nunca acerté a relacionar los dos hechos.

»Tras aquella noche creció nuestra amistad, pues creíamos comprendernos uno al otro. Yo llegué a querer a la niña casi tanto como si fuera mi propia hija. Durante aquella época trabajé duro y disfruté de pocas diversiones, pero me prometí un pequeño alivio la siguiente vez que fuera a Warrow, la ciudad más cercana al arroyo, pues había tenido noticia de que la enfermera Dora era la nueva jefa de enfermeras del hospital de la localidad. Cuando mis pequeñas vacaciones estaban a punto de llegar, la pequeña Dora cayó enferma con fiebres. La mujer blanca que trabajaba con nosotros también enfermó, y Macrae y yo tuvimos que hacer de enfermeros. Era época de crecidas y el arroyo parecía un mar; los nativos, al saber que había fiebre en la casa, huyeron. La fiebre no fue muy alta; aun así, al cabo de unos pocos días la mujer murió. La niña empeoraba y empeoraba; era doloroso oírla lamentarse. El padre pasaba horas y horas sentado con la cara entre las manos, gimiendo. Una noche le oí decir que si tuviéramos una mujer que cuidara de la niña, esta se salvaría; y eso me dio una idea. No dije más que iba a salir brevemente, decidido a llevar a mi amiga enfermera. Monté en mi yegua, Wild Meg, crucé el arroyo crecido y, a primera hora de la mañana siguiente, tras cabalgar sin descanso, llegué a Warrow. Fui directo al hospital y pregunté por la jefa de enfermeras. Cuando ella salió a mi encuentro, el corazón me dio un brinco. Fue como si dos cables eléctricos hubieran entrado en contacto. La carita de Dora, demacrada por la fiebre, tal como yo la había visto la noche anterior descansando en la almohada, se reproducía en los pálidos rasgos de la mujer que se hallaba ante mí. Lo comprendí todo. El hombre con un pasado; la mujer con un pasado; la niña separada de su madre; ¡la madre que había mentido! El cielo me había enviado a mí, para que, procedente del otro extremo del mundo, sostuviera en cada mano un extremo de la cadena del destino. Le hablé de la niña enferma, agonizante; ella lloró, pero me dijo que su deber era permanecer en su puesto. Le describí a continuación a la niña y al hombre solitario, y sus ojos destellaron. ¡La esperanza había regresado a su marchito corazón! No dijo nada; me hizo un gesto para que esperara y

desapareció por la parte trasera del hospital. Volvió un minuto después, llevando de la brida un magnífico caballo ruano.

»—¡Vamos! —dijo saltando a la silla.

»Cabalgamos todo el día sin intercambiar palabra. A última hora de la tarde llegamos al arroyo justo cuando descargaba una tormenta, que en cuestión de un momento convirtió el arroyo crecido en un torrente furioso. Pero a ella nada la amedrentaba.

Valerosamente, se introdujo a caballo en la corriente, conmigo pisándole los talones, y juntos nos enfrentamos al líquido elemento. Venciendo al peligro y a la fatiga, ganamos la otra orilla, aunque nuestros gallardos corceles se desplomaron muertos a la vista de la casa. Entramos corriendo, ella a la cabeza. Cuando se detuvo en el umbral, Macrae se puso en pie gritando:

»—¡Dora, Dora, querida mía, has vuelto al fin! ¡Ahora nuestra niña vivirá!

»Y a continuación se desplomó desmayado».

El señor Sparbrook guardó silencio y miró a su alrededor. Algunas mujeres se enjugaban las lágrimas y sorbían por la nariz; les palpitaba el pecho. Algunos administrativos dijeron: «¡Qué cosas! ¡Qué cosas pasan!», en voz baja. El único comentario bien audible fue el de la encargada del guardarropa:

—El señor Bloze está inspirado esta noche. Podría escribir una obra con esa historia. ¡Viajar a Australia! ¡Él! Lo conozco desde que era un mocoso, cuando su madre vendía *pudding* en una tienda de Ipswich, cerca del teatro, y que yo sepa no ha salido de Inglaterra en su vida.

—Usted es el siguiente —dijo el maestro de ceremonias al segundo hombre grueso, el señor Hemans, que tomaba sorbos de su ponche con una solemnidad preternatural.

—¡Ay! Ya lo sé. Y de todos ustedes me compadezco, pero supongo que no es obligado incurrir en los terrenos del romance —dijo con una mirada disimulada al último narrador.

—¡Cuéntenos algo verdadero, amigo! —dijo el maestro de ceremonias—. Después de tanta heroicidad, un poco de sórdido realismo no estará de más. Si pudiera contarnos algo divertido, se lo agradeceríamos.

—¿Algo donde aparezca un bebé muerto? —preguntó, con un fugaz brillo burlón en la mirada.

—Damas y caballeros, y no me olvido de usted, señor Benville Nonplusser, señor, cuando gusten yo estoy lista para contarles la horrible

historia del bebé muerto de la que antes les hablaba.

El segundo hombre grueso la interrumpió sin miramientos, poco dispuesto a que le estropeasen su historia con esa clase de realismo.

—En mi relato no hay bebés muertos, por fortuna, sino que les contaré una divertida anécdota con uno vivo; se podría decir que incluso demasiado vivo.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Silencio! ¡Sssh!

—¡Adelante! —dijo el maestro de ceremonias al segundo hombre grueso, dispuesto ya a comenzar.

—Puede que alguno de ustedes ya sepa que yo no siempre he sido actor. Ni siquiera ahora lo soy —añadió con prontitud, viendo que el actor dramático ya se había sacado la pipa de la boca, dispuesto a lanzar un comentario cáustico—. Aspirando a trabajar en los escenarios, y teniendo especial predilección por la alta tragedia, me convertí, de manera natural, en viajante de comercio, oficio que me permitiría cultivar tanto la compostura como una insolencia total, sin adulterar y desvergonzada; cualidades muy necesarias en el teatro.

—Como ejemplo: yo mismo —dijo el actor dramático, levantándose a medias. Al no encontrar, sin embargo, solidaridad en las caras de la compañía, volvió a sentarse y se dedicó a fumar con fruición.

El segundo hombre grueso prosiguió:

—Más tarde me gradué en el oficio de enterrador, pues pronto comprendí que un aire lúgubre y sombrío era un rasgo más urgente, si deseaba ver materializada mi ambición teatral. Es extraño, no obstante, que no haya triunfado en ninguna rama del arte de la tragedia. Los clientes me consideraban un «embaucador» demasiado solemne y sospechaban ante una actitud frívola sobreimpuesta a mi lúgubre apariencia. Me encontré con que los grandes polos de la civilización estaban poco dispuestos a competir entre ellos por mis más maduros esfuerzos. Así que, tras cruzar el océano, continué desplazándome, poco a poco, hacia donde se pone el sol, y durante un tiempo me gané precariamente la vida vendiendo en los alrededores de las Black Mountains un nuevo curalotodo concebido para evitar los estragos tanto de la insolación como de la congelación.

SERENATA

(Chin Music)

Una noche viajaba en tren por el oeste de las Rocosas por una vía con tantas traviesas flojas que estaba a punto de sacarnos los dientes a todos a fuerza de sacudidas.

»Viajar por aquella parte del mundo, en especial en los tiempos de los que hablo, era muy duro. Los pasajeros eran hombres en su mayoría, todos exhaustos de trabajar, todos tensos en demasía e intolerantes con cuanto entorpeciera su trabajo o interfiriera en su reposo. En los viajes nocturnos, las literas de los coches cama se montaban muy pronto, y como en los trenes nocturnos solo había coches cama, lo único que se podía hacer era acostarse y matar el tiempo durmiendo. Como la mayoría estábamos cansados después de una jornada de trabajo, el plan le parecía bien a todo el mundo.

»Hacía mal tiempo; los estornudos y las toses estaban a la orden del día. Esto hacía que todos en el coche cama, todos hombres, estuvieran irritables; más cuando la mayoría contribuía al coro de sonidos que llegaban amortiguados desde detrás de las cortinillas y debajo de las mantas, así que era imposible señalar a alguien especialmente molesto al que echar las culpas. Más adelante, sin embargo, el cambio de postura, de en pie o sentado a tumbado, tuvo cierto efecto apaciguador, y nuevos sonidos, en forma de ronquidos ocasionales, aportaron variedad a la molesta monotonía de antes. El tren se detuvo en una estación de paso, y siguió el extenso trámite del cambio de vía, con su marcha atrás y marcha adelante, y las sacudidas imprevistas, tan especialmente molestas cuando no has conseguido dormirte profundamente; y luego dos nuevos pasajeros entraron en el coche cama, un hombre y un bebé. El bebé era pequeño, tanto como para ignorar con desafío e intolerancia toda regla o norma concerniente al bien común. Estaba llorando, y como se hallaba en extremo enfadado, además de dotado de unos pulmones excepcionalmente potentes, su presencia y su estado de ánimo, aunque no se supieran los motivos de este, se hicieron notar de inmediato. Los

estornudos cesaron, y su lugar lo ocuparon gruñidos y quejas entre dientes; las toses aumentaron, por la irritación renovada, y por doquier se producían los movimientos de incomodidad de una humanidad impotente. Las cortinas se descorrían con rabia, las anillas chirriaban en los rieles de latón, y caras cejijuntas, con ojos brillantes y labios fruncidos lanzaban miradas coléricas al perturbador de nuestra anterior quietud, pues así nos lo parecía ahora, en comparación con la nueva situación. El recién llegado no parecía percatarse de nada en absoluto, sino que, impasible, siguió intentando calmar al niño, cambiándolo de brazo, meciéndolo arriba y abajo y de costado.

»Personalmente, yo me estaba divirtiendo mucho con el enojo de los demás pasajeros. No estaba resfriado, así que me habían molestado sus ruidos; además, había subido al tren después de estar en una cena con amigos, donde el vino del país había corrido libremente. Cuando un hombre tiene una familia numerosa —lamento decir que en aquel entonces mi primera mujer estaba criando a nuestro séptimo hijo— adquiere cierta indiferencia ante las quejas infantiles. De hecho, no siente solidaridad alguna por el niño, reservando su compasión para otras personas.

»Todos los bebés son seres malignos; la perversidad natural del ser humano, fruto del pecado original, se manifiesta de forma no adulterada en la expresión de sus emociones.

»Confieso que la imagen de un niño que llora, y en especial si llora de enfado —salvo, claro está, que me moleste en algo que yo esté haciendo— me provoca un placer que es al mismo tiempo filosófico, cómico, contemplativo, nostálgico y especulativo».

—¡Oh, por favor, señor Hemans, qué desagradable es usted diciendo esas cosas! —lo increpó la primera actriz—. En realidad no piensa así. No hay nadie al que le gusten los niños más que usted ni que sea más atento con ellos.

Él no respondió; nada más que alzó una mano en gesto de protesta, y sonrió dulcemente al proseguir.

—Aquel bebé era un espécimen muy particular. No parecía tener escrúpulo ninguno, ni respeto por su progenitor, ni afecto natural, ni contención alguna en la virulenta manifestación de su rencor. Chillaba, bramaba, berreaba, rugía. La raíz y la esencia de lo profano, lo obsceno y lo blasfemo eran uno con su voz. Golpeaba con los puños la cara de su padre, le arañaba los ojos con dedos engarfiados, usaba la cabeza como ariete con el que arremeter contra él. Daba patadas, forcejeaba, se contorsionaba, se convulsionaba, se retorcía en circunvoluciones serpentinas, y de cuando en cuando, de tantos esfuerzos vocales y físicos, a punto estaba de asfixiarse.

Durante todo el tiempo, el impasible padre intentaba calmarlo mediante continuos cambios de postura y susurrándole: «¡Ya está, ya está, cariño!», «¡Tranquila! Quieta, pequeña», «¡Descansa, cariño mío, descansa!». Era un hombre alto, larguirucho, de aspecto paciente y rasgos angulosos, con manos grandes y encallecidas y unos pies enormes, que no dejaba de mover a la vez que hablaba, así que tanto él como la niña parecían en permanente estado de agitación.

»Lo que sucedía pareció despertar una suerte de fascinación en casi todos los hombres del vagón. Las cortinillas de muchas literas se abrieron, y montones de caras, todas ceñudas, se asomaron. Yo contuve una risita e intenté ocultar lo bien que lo estaba pasando, no fuera a arruinar el espectáculo. Durante mucho rato nadie dijo nada, hasta que un individuo moreno, de edad avanzada, larga barba y mirada enfurecida, con pinta de mormón, dijo:

»—¡Dígame, caballero! ¿Qué clase de bestia berreante lleva usted ahí? ¿Acaso nadie tiene una pistola?

»De las literas llegó un coro de expresiones de apoyo:

»—¡Habría que matar a ese maldito bicho!

»—¡Parece una manada de perros de las praderas aullando a la luna!

»—¡Cuando me despertaron los aullidos, pensé que venían a por mí!

»—Tranquilos, muchachos, puede ser una bendición oculta. Algo malo va a pasarnos en este viaje y, después de esto, la mismísima muerte no nos parecerá tan mala.

»El padre dijo:

»—Lo lamento, caballeros, si ella les incomoda.

»Sus palabras fueron tan inapropiadas que un estruendo de carcajadas sacudió el vagón. Al oeste del Mississippi la vida es, o al menos lo era, dura, y la gente no le iba a la zaga. La risa, cuando había ocasión para ella, era desbocada y áspera, y esa vez hasta el larguirucho se dio cuenta. Sujetó a la niña apretándola más contra él, como si quisiera protegerla del bombardeo de pullas irónicas que siguió.

»—¡Incomodarnos! No, en absoluto. Es el sonido más dulce que he oído nunca.

»—¡Puro almíbar musical!

»—Por favor, no nos permita perturbar el concierto con nuestros ronquidos.

»—¡Más música para nuestros oídos!

»Justo enfrente de donde el hombre se movía sin descanso con el bebé en brazos, estaba la litera de un joven gigantón en quien yo ya me había fijado antes. Hasta el momento, no parecía haberse percatado de lo que pasaba, pero de pronto descorrió la cortinilla de un tirón, se incorporó sobre un codo y preguntó enfadado:

»—Dígame, ¿dónde está la madre, por cierto?

»El padre musitó fatigado, sin mirar alrededor:

»—En el vagón de equipajes, señor. En su ataúd.

»El silencio de todos los hombres se podría haber cortado con un cuchillo. Los chillidos del bebé y el resoplido, el bramido y el traqueteo del tren perturbaban de manera antinatural el profundo mutismo. Un instante después, el joven, vestido con nada más que la ropa interior, saltó al suelo y se acercó al hombre.

»—Escuche, forastero —dijo—, si lo hubiera sabido, me habría mordido la lengua. Y ahora que lo veo bien, amigo, me doy cuenta de que está agotado. Vamos, deme a la niña y túmbese en mi litera. No, no se asuste —dijo al ver que el padre retrocedía estrechando aún más a la niña—. Vengo de familia numerosa y me ha tocado cuidar de muchos bebés. Déjemela a mí. Yo cuidaré de ella y hablaré con el revisor y me aseguraré de que lo despierte antes de su parada.

»Tendió las manazas y tomó a la pequeña, mientras el padre la cedía a su cuidado sin pronunciar palabra. El joven la sostuvo con un brazo, ayudando con el otro a que el padre subiera a su litera.

»Por extraño que parezca, la niña ya no dio más guerra. Puede que la sangre o la piel joven le recordaran a la calidez y la suavidad del pecho de su madre, que tanto echaba de menos, o que la calma del joven consiguiera serenarla, mientras que los nervios extenuados del afligido no habían hecho más que irritarla; pero, con un suspiro de alivio, la pequeña apoyó la cabeza sobre el hombro del joven y, un instante después, dormía profundamente.

»Y durante toda la noche, arriba y abajo, arriba y abajo, el joven gigantón, sin más que los calcetines y la ropa interior de franela, paseó por el vagón llevando a la niña dormida contra el pecho, mientras que en su litera el padre exhausto y desconsolado dormía…, y olvidaba».

Siguió un largo silencio, roto nada más que por alguien que, acá y allá, sorbía por la nariz, mientras que las lágrimas corrían por muchas caras. La primera en hablar fue la primera actriz. Su cara era una máscara de ternura, y la vehemencia de su voz nacía de lo más profundo de su corazón.

—Puede que el cuerpo de la madre estuviera lejos de donde su bebé y su esposo dormían, pero me parece a mí que su alma andaba cerca.

Hubo a continuación otra larga pausa, rota por el actor de farsa.

—¡A eso lo llama una historia divertida! ¡Ya me dirá qué tiene de divertida si nos ha puesto así! ¡Míreme!

Tenía los ojos hinchados y llorosos. El siguiente comentario provino de la costurera, una pregunta que formuló con la mayor de las preocupaciones:

—¿Y el bebé murió, señor?

Y entonces todo el vagón rompió en carcajadas; los sentimientos contenidos de todos encontraron por fin desahogo. El segundo hombre grueso miró a su alrededor con una sonrisa complacida en el solemne rostro.

—Si no era divertida, ¿por qué se ríen todos así?

—Me parece que es usted la siguiente, querida —dijo el maestro de ceremonias a la doncella cantante.

—Preferiría que alguien ocupara mi lugar —declaró ella con un coqueto embarazo, o una excelente interpretación del mismo—. ¡Me siento como la Cenicienta!

—¡Un estado habitual antes del triunfo de una doncella! —le interrumpió el actor dramático. Ella le dedicó una sonrisa afectada y desvalida.

—¿Acaso no podría dar una oportunidad a mi suplente? —dijo ella.

—¡Nada de eso! —se apresuró a contestar la aludida—. No me importa tener que improvisar si ha habido un accidente, pero usted se encuentra perfectamente, y si no se sabe su papel, ¡allá se las apañe!

—¡Muy cierto! —dijo el apuntador, que, por norma, no sentía mucho afecto por los suplentes.

El director asintió dando su aprobación, así que la doncella cantante, lanzando una mirada suplicante al conjunto de la compañía, tomó la palabra:

EL CAMARERO SUSTITUTO

(A Deputy Waiter)

—Cuando empecé mi carrera, ambicionaba brillar en los escenarios de la lírica… ¡No, señor! No en Shaftesbury Avenue. —Dijo esto en respuesta al actor dramático, que una vez más se había sacado la pipa de entre los labios, como paso previo a una nueva demostración de hiriente sarcasmo—. Aspiraba a la ópera, a lo más alto. No hacía mucha comedia por aquel entonces. De hecho, pensaba que la comedia era vulgar. —Esto motivó un gruñido de aprobación del actor dramático. Sin mirarlo, ella continuó—: ¡Tan vulgar como ridícula era la tragedia! No se rían, niños y niñas, eso fue cuando yo era joven, muy joven. Ahora sé un poquito más del mundo.

»En el Conservatorio de París me dijeron que podía triunfar si *algo* le sucedía a mi garganta, y que en ese caso yo sería una estrella, porque mi voz sería alta en una medida fuera de lo normal. Sin embargo, ese *algo* no tuvo lugar, y tuve que buscar mis triunfos en otro sitio. Yo no sabía entonces que poseía, latente, el talento cómico que me ha elevado hasta la actual altura de mi carrera. Esto, no obstante, carece de importancia; lo traigo a colación nada más que para explicar cómo llegué a ser amiga íntima de la gran cantante de ópera Helda, de quien fui compañera de clase. Ella ascendió como un cohete, se podría decir; y cuando la varilla cayó por fin, lo hizo sobre su tumba. A pesar de todos sus éxitos, nunca se olvidó de mí, y siempre que se enteraba de que yo estaba en la misma ciudad, o cerca, me invitaba a alojarme con ella. Era una buena persona y sabía recibir con elegancia los honores que no cesaban de hacerle. Pero estos también la agobiaban en ocasiones, porque cuando yo me quedaba con ella, le encantaba simular que yo era la gran estrella, y me hacía sentarme frente a ella en la comida, o en la cena, después de la función, cuando estábamos solas, cargada con las magníficas joyas que le habían regalado reyes y reinas. Al principio eso me agradaba, pero al cabo de unos pocos años, cuando la falsedad del mundo se me hizo insoportable, empecé a verlo como una burla cruel. Claro está, yo no le habría dicho por

nada del mundo lo que pensaba; eso la habría herido en lo más hondo. Así que nada cambió; seguimos con aquel juego infantil hasta el final.

»Estaba con ella en Chicago cuando viví una rara aventura. Puede que alguno de ustedes haya oído hablar de ello».

Miró alrededor interrogativamente. El silencio fue roto por la voz del actor dramático.

—Lo han olvidado, querida, los que ya no estén chochos.

—¡Huesos! ¡Nunca hay que dar golpes bajos a una dama! —dijo uno de los jóvenes, que había estudiado en Oxford.

El actor dramático le lanzó una mirada furiosa; la enorme insolencia de aquel crío, que parecía de veras enfadado y hablaba muy en serio, no tenía precedentes. ¡Por todos los…! Se dio cuenta, no obstante, de que lo que había dicho estaba mal, y guardó silencio, a la espera. La doncella cantante miró con descaro en derredor; pero los labios le temblaban y en sus ojos había una borrosidad esquiva, como de lágrimas contenidas. El comentario le había dolido.

—Fue hace mucho —dijo—, no tiene sentido negarlo. Pero lo recuerdo con tanta claridad como si hubiera sucedido ayer mismo. Allí estaba yo, completamente sola, en la *suite* de Helda. Era en el Annexe, cuyas *suites* tienen una puerta al corredor que se cierra con un simple pestillo. Helda estaba cantando *Fidelio* y todas sus doncellas habían ido con ella. Yo me había quedado porque estaba indispuesta y no participaba en *El legado fatal*, que nuestra compañía representaba esa noche en el McVicker's. Estaba tumbada en un sofá confortable, medio dormida, cuando oí abrirse la puerta. No me volví para comprobar quién era porque había un camarero asignado a cada *suite* y pensé que venía a preguntar si me apetecía un café, como acostumbraba a hacer alrededor de esa hora cuando estábamos en la habitación. Al mismo tiempo, oí entrar a las camareras en el dormitorio por la otra puerta para preparar las camas. El camarero no dijo nada, a diferencia de lo que tenía por hábito, así que dije adormilada:

»—Fritz.

»No hubo respuesta.

»—Creo, Fritz, que esta noche tomaré una taza de té en lugar de café. —Él seguía sin decir nada, así que me erguí y vi que era un camarero desconocido—. Oh, pensaba que era Fritz. ¿Dónde está?

»El hombre me respondió con perfecta educación.

»—Ha salido, señora. Es su noche libre, pero yo le sustituyo.

»—Entonces, ¿sería usted tan amable de traerme el té en cuanto pueda? Me duele la cabeza y quizás me ayude. —Volví a tumbarme en el sofá. No le oí salir, así que me volví hacia él y dije—: Dese prisa, por favor —porque su demora me molestaba.

No se había movido, sino que seguía allí plantado, mirándome fijamente. Me asusté un poco porque me pareció ver algo feroz en su mirada, semejante a la de alguien perseguido o desesperado. Oí trajinar a las camareras en el dormitorio de Helda. Me levanté a toda prisa y me dirigí hacia la puerta, con intención de enviar a alguna de ellas a por el té en lugar de al nuevo camarero, de quien para entonces ya pensaba que estaba loco. Sin embargo, en cuanto mi mano tocó la manilla, una voz cortante dijo detrás de mí, con un fiero susurro:

»—¡Deténgase!

»Me volví y me encontré cara a cara con el cañón de un revólver apuntándome a la cabeza. Por un instante, me quedé tan petrificada que no pude ni gritar, y pensé que el único modo de manejar a un loco era quedarme muy quieta y conservar la calma. Déjenme decirles, sin embargo, que quedarse quieto y conservar la calma no es tarea fácil, bajo determinadas circunstancias. Gustosa habría entregado mi salario de un año por haberme podido comportar de manera nerviosa y confusa.

»—¡Siéntese ahí! —dijo, señalando el taburete del piano. Tomé asiento—. La conozco. Es la doncella cantante, ¡así que cante!

»—Pese a la situación, me reportó cierto alivio ver reconocidas mis habilidades profesionales, aunque fuera por un lunático. Cuando alcé la vista hacia él para preguntarle qué tenía que cantar, vi que los ojos se le desorbitaban de un modo espantoso. Me pareció que sería mejor no hacer preguntas, así que, sin preámbulos, arranqué con “George’s Kiss is not Like Daddy’s”, mi gran canción, que había hecho famosa en la farsa *Desde el Oeste*. Al principio pareció que no le gustaba. A lo mejor algunos de ustedes la han oído; claro está, en su lejana juventud —dijo con una mirada de reproche al actor dramático—. Empieza de modo maravilloso y sigue subiendo y subiendo con cada estrofa. Es una canción para ser interpretada, y, por aquel entonces, yo solía concluir el estribillo con una nota alta, dando una impresión de sorpresa repentina, como cuando alguien te da un pellizco inesperado. El *Interocean* lo bautizó “El gritito de la señorita Pescod”. A los chicos de la galería les encantaba, y los últimos versos siempre los cantaba con un acompañamiento de coros por parte del público.

»Estaba claro que mi amigo el lunático no conocía la canción, aunque yo la había cantado tres veces a la semana en Chicago durante todo un mes, así que supuse que, puesto que sabía que era actriz, me había visto en alguna otra ciudad. Él, no obstante, se dejó llevar por la música y cuando llegué al final de la primera estrofa, relajó la expresión y exclamó: "¡Sí, señor! ¡Sí, señor!". Después me hizo cantar el estribillo varias veces y me hizo el coro. Parecía satisfecho con mi colaboración, porque aunque no soltó el revólver, ya no me apuntaba con él.

»En mitad de una estrofa, la puerta del dormitorio se abrió nada más que una rendija y tan suavemente que, si yo no hubiera estado mirando hacia allí, no me habría percatado; las camareras estaban escuchando. Era mi oportunidad.

»—¡Adelante! —dije en tono imperativo y resuelto.

»La puerta se cerró al instante, tan rápido que esta vez sí hizo ruido; a la vez, el cañón del revólver se levantó y volvió a apuntar hacia mí.

»—¡Silencio! —susurró él, cortante—. Esta función es solo para mí. Si alguien intenta compartirla, morirá.

»Me esforcé por seguir cantando, pero el terror era excesivo. Me masajeé las sienes para calmarme. Oí entonces el pestillo de la otra puerta; las camareras se habían ido.

»Miré al lunático. Sonreía de placer, un placer despiadado, y, viéndome por completo a su merced, caí al suelo de rodillas.

»—¡Es mía! ¡Toda para mí! ¡La maravilla, la fascinación de la música de una voz genial!

»Apuntándome con el revólver, añadió:

»—¡En pie, doncella cantante! ¡Cante! ¡Cante para mí! ¡Cante por su vida!

»Es asombroso lo reconstituyente que puede resultar un revólver bien utilizado. Creo que cuando sea dueña de mi propio teatro, daré uno a mi director de escena. ¡Será una gran ayuda, con efectos inmediatos!».

—¡Eso es! ¡Sí! —dijo el director de escena, entusiasmado.

—Bueno —prosiguió ella—, me puse en pie a toda prisa y retomé la canción en el punto donde la había dejado. En semejantes circunstancias no debía hacer tonterías. Canté dando lo mejor de mí, y el lunático se sumó a los coros con un entusiasmo que me crispaba los nervios. Me habría gustado arañarle la cara.

»Después de que me hiciera repetir la canción dos veces, empecé a cansarme. Aquello no tenía nada de fácil, y si no hubiera sido una cuestión de

vida o muerte, no podría haber continuado. Cuando me quejé, endureció la expresión y alzó la mano con que empuñaba el revólver. Se quedó pensativo un momento, tras lo que dijo:

»—Puede tomarse cinco minutos de descanso. Deje de cantar pero siga tocando.

»Me puse a tocar. Pensé que algo alegre quizás lo tranquilizara, y escogí un tema folclórico escocés. Funcionó tan bien que él empezó a chasquear los dedos y a seguir el ritmo con los pies. Mi cerebro, mientras tanto, no dejaba de trabajar, y se me ocurrió de pronto que si podía controlarlo de aquel modo mediante la música, quizás hubiera algún medio de librarme de él. Tan esperanzadora era la idea, que no pude evitar reírme. En el mismo instante que mis manos se detuvieron y dejaron de tocar, la suya se levantó con el revólver.

»—¡Toque o está acabada! —dijo con un susurro perentorio.

»La naturaleza es la naturaleza, y la necesidad es la necesidad, e imagino que la histeria surge del conflicto entre ambas. En cualquier caso, seguí tocando el tema escocés, sin cesar de agitarme de risa sobre el taburete del piano. Al final, una palabra autoritaria me llamó al orden.

»—¡Tiempo!

»Seguía apuntándome.

»—¡Han pasado los cinco minutos! ¡Doncella cantante, haga su trabajo! ¡Siga su vocación! ¡Ejerza su profesión! ¡Practique su arte! ¡Cante!

»—¿Qué debo cantar? —pregunté desesperada.

»—Vuelva a cantar la misma canción de antes —dijo con una sonrisa de sarcasmo—. Mientras lo hace tendrá tiempo de pensar algo más.

»Acometí de nuevo la canción. Antes me parecía muy divertida, provista de una pintoresca melancolía, pero ahora la veía como una basura: un montón de sentimientos falsos, sin tacto, pura necedad. Desde entonces, no he podido volver a cantarla sin sufrir un nauseabundo sentimiento de humillación».

—¡Sí! ¡Muy bien! —exclamó el actor dramático, pero no dijo más, acallado por la enojada petición de silencio por parte de toda la compañía.

La doncella cantante le lanzó una mirada de reproche y continuó.

—Poco después, mi camarero lunático se me acercó y susurró:

»—¡No pare! ¡Si lo hace, aunque sea nada más que un momento, está muerta! Ahí viene Fritz. Oigo sus pasos.

»Era dueño de un oído portentoso, pensé; pero la locura tiene cosas así.

»—Cuando abra la puerta, dígale que está usted ensayando unas canciones, y que no quiere que la molesten. ¡Recuerde: la estoy vigilando!

Aunque no haga nada más que titubear, despídase de su vida. ¡Estoy desesperado! ¡La música es solo para mí, y nadie más que yo la tendrá!

»Se metió en el dormitorio, dejando la puerta un poco abierta. No se le podía ver desde la puerta exterior, pero él me veía a mí. Y yo lo veía a él, con el revólver apuntando a mi cabeza y una expresión rígida, rencorosa y amenazadora. Supe que me mataría en caso de no hacer lo que él quería, así que cuando Fritz abrió la puerta, me dirigí a él del modo más ufano que fui capaz; de algo debía servir la práctica sobre el escenario.

»—Estoy ensayando, Fritz, y no deseo ser molestada. No necesitaré nada hasta que la señora regrese.

»—De acuerdo —dijo el agradable Fritz, retirándose de la misma.

»Mi loco amigo salió del dormitorio y con una sonrisa macabra que dejaba a la vista toda su dentadura, me dijo:

»—¡Ha demostrado usted su valor y su buen juicio, doncella cantante! Y ahora, ¡cante!

»Canté y canté, todas las canciones que se me ocurrieron, hasta acabar tan cansada que no podía sentarme con la espalda recta ni pensar bien. El maniaco, al mismo tiempo, empezó a desesperarse. Cuando di muestras de fatiga, me apuntó con la pistola y me obligó a continuar por puro miedo a la muerte. Se le crispó la cara, los ojos le giraban en las cuencas de una manera horrible y tenía espasmos en la boca.

»—¡Siga! —me ordenó con un susurro salvaje—. ¡Cante! ¡Cante! ¡Más rápido! ¡Más rápido! ¡Más rápido!

»Me hizo ir más y más rápido, marcándome el ritmo con el revólver, hasta que me quedé sin aliento. Continué un poco más, por miedo a que me matara, hasta que ya ni siquiera el terror pudo sostenerme. Lo último que vi antes de caer desmayada del taburete fue su gesto ceñudo y los movimientos admonitorios del cañón del revólver, mientras él no dejaba de repetir: “¡Más rápido! ¡Más rápido!”.

»Lo siguiente que recuerdo es la voz de Helda, que parecía llegar hasta mí desde muy lejos. Reconocí la voz antes incluso de comprender lo que decía, pero todo se fue aclarando poco a poco, hasta darme cuenta de que me hallaba entre sus brazos y de que me sostenía la cabeza en alto. A continuación oí claramente lo que estaba diciendo.

»—¡No tiene importancia! ¿Cuál es el problema? ¡Me preocupa más su bienestar que todas las joyas de la cristiandad!

»—Compréndalo, señora —dijo una voz ronca y fuerte—, en este momento la rapidez lo es todo. No podemos ponernos manos a la obra hasta

que tengamos alguna pista. Usted, simplemente, cuéntenos lo que sepa; nosotros nos ocuparemos del resto.

»—No sé nada —respondió ella, impaciente—, salvo lo que ya les he dicho. Vine aquí al salir de la ópera y me la encontré desmayada. Quizás, cuando ella vuelva en sí, pueda decimos algo.

»Volví a oír seguidamente la voz fuerte.

»—Y usted, Fritz Darmstetter, ¿no tiene nada que añadir a: "Vine varias veces a lo largo de la tarde y la oí cantar, casi siempre la misma canción, una vez tras otra. Algo sobre un tal George y un papaíto. Cuando, al final, abrí la puerta, me dijo que me fuera, que estaba ensayando y que no quería que la molestaran. No necesitaría nada hasta que volviera la señora"?

»—Eso es.

»Terminé entonces de despertarme. Abrí los ojos y, cuando vi a mi querida Helda junto a mí, me aferré a ella y le supliqué que me protegiera. Me prometió hacerlo. Luego, un poco más calmada, miré alrededor y me descubrí rodeada por una multitud. Por un lado, había una fila de policías gigantescos, con un inspector aún más gigantesco al frente; por otro lado, había un montón de empleados del hotel, tanto hombres como mujeres, además de las doncellas de Helda, que no dejaban de estrujarse las manos. Un policía trajo el joyero tapizado en cuero ruso de Helda, con la cerradura forzada. Cuando el inspector vio que me había recuperado, se agachó y, con toda facilidad, me puso en pie.

»—Y ahora, jovencita —dijo, autoritario—, dígame todo lo que sepa.

»Imagino que las mujeres reconocemos el tono de los hombres y, al igual que hicieron nuestras madres antes que nosotras, hemos aprendido a obedecer, así que respondí por puro instinto.

»—El lunático vino y me apuntó con un revólver, y me hizo cantar durante toda la tarde, hasta que caí desmayada de puro cansancio.

»—¿Cómo era él, señorita? —preguntó el gigantesco inspector, de nuevo autoritariamente.

»—Delgado —respondí—. Tenía el pelo oscuro y llevaba el labio superior afeitado, ¡y no dejaba de hacer girar los ojos!

»Le conté todo lo que recordaba de lo que el lunático había hecho. Mientras yo hablaba, fue asomando una suerte de sonrisa extraña en la cara de los policías; el inspector habló en nombre de todos ellos cuando dijo:

»—Señora, el caso está bastante claro. Creo que ha sido Dimeshow Pete. Nuestro buen amigo nos ha vuelto a engañar. ¡Es muy astuto! Ha sido muy ingenioso por su parte hacer que la joven cante una y otra vez, una y otra vez,

la misma canción con una nota alta, como si estuviera ensayando, mientras sus compinches se largaban con el botín. Imagino que se subieron al tren rápido a Lake Shore hace horas, y que él se bajó en Lake. ¡Pete es un fuera de serie! Esta vez se nos ha escapado, pero le aseguro que acabaremos pillándolo».

Desde hacía unos momentos, las miradas de la compañía se habían ido centrando en el actor dramático, que era el siguiente al que le tocaba hablar. Los ojos expertos se habían percatado de una cierta inquietud, aunque él, sirviéndose de la habilidad de su oficio, intentaba ocultarla bajo un manto de serenidad despreocupada.

Cuando la última hablante hubo terminado —lo que sucedió, tratándose su público de actores, una vez que concluyeron los aplausos y pasada la oportunidad de un bis o de una última reverencia—, el maestro de ceremonias tomó la palabra.

—Ahora, señor Dovercourt, ansiamos tener el honor de escucharle.

Toda la compañía se sumó de inmediato a la petición; siendo el director el más moderado —no exactamente condescendiente, sino logrando el punto medio exacto entre la condescendencia y el respeto—, mientras que todos los demás manifestaban un serio interés, desde el compañerismo y la deferencia del actor de farsa, hasta la autodegradación de la costurera.

Esta última, que con el correr del tiempo había llegado a ver con perspectiva histórica sus aspiraciones literarias, y a la que la ingesta de ponche había hecho sentir rodeada de un halo de gloria imaginativa, añadió su llorosa petición:

—Si se me permite, señor Wragge, viendo que puedo reclamar un puesto en la hermandad del arte, aunque sea uno muy humilde, me atrevería yo a pedirle que, con todo su arte trágico, nos cuente algo, pero que no trate de un bebé muerto, porque eso me toca a mí, y —lo siguiente lo dijo con cruel determinación— estoy decidida a hacer valer mis derechos, aunque no sea yo más que una pobre mujer que sabe bien cuál es su sitio en…

Su elocuencia quedó zanjada gracias al maestro de ceremonias, que dijo, con una resolución capaz de atravesar las nubladas facultades de la costurera hasta llegar a su cerebro:

—¡Ya basta, señora Wriggleswoth! Cuando llegue su turno, la invitaremos a hablar, no se alarme. Mientras tanto, no debe usted interrumpir a nadie; en especial, no a nuestro actor dramático, al que todos respetamos y admiramos tanto, la gloria de nuestra compañía, el orgullo de nuestra

vocación, la sublime excelencia de nuestro arte. Señor Dovercourt, ¡va por usted! Damas y caballeros, a la vieja usanza: hip, hip, ¡hurra!

Brindaron en pie, con respeto manifiesto por parte de todos, un verdadero tributo a su rama del oficio. Por muy gruñones que fueran, los compañeros del actor dramático siempre habían albergado en secreto un gran respeto, si no por el hombre, al menos sí por el artista.

El actor dramático tomó la palabra:

ASILO

(Work'us)

Como mi amigo Parmentire dijo antes en este mismo simposio, el humor no es siempre el…, ¡ah!, exponente profesional del cómico. En cierta medida, puede paliar la tristeza de mis papeles preferidos, arrebatados por las grandes pasiones, cuya interpretación me ha sido concedida a mí, y a otros…, sí, a algunos otros, por el maestro Shakespeare, y por la galaxia de talentos dramáticos y poéticos que hasta el día de hoy han portado la antorcha del pensamiento trágico. Ojalá se me permita, en esta hora de comunión social, en la que, si se me concede la expresión, las botas están desatadas y bajados los calcetines, relatarles un episodio humorístico de mi «ardiente juventud», cuando, a semejanza de nuestro querido príncipe Hal, alguna que otra vez retorné a casa en las horas más oscuras, previas al amanecer.

»Volviendo atrás la mirada, compruebo que aquellas parrandas han dejado un recuerdo más arraigado en mi memoria que el de los tumultuosos celos o incluso que el de los tiernos escarceos amorosos».

—¡Oh, señor Dovercourt! —dijo la segunda actriz, llevándose las manos a las mejillas para ocultar un discreto rubor.

El actor dramático, complacido, continuó.

—Es, quizás, el contraste entre los momentos de lo que podemos llamar mi desempeño artístico y aquellos sin su aura —lo que un gran escritor ha denominado «la ironía de las cosas»— lo que hace que mi memoria se aferre a pequeñas trivialidades absurdas, acaecidas en muy lejanos días, mientras que esa misma memoria ha perdido de vista tantos momentos de sumo triunfo, arrebatados a la codiciosa humanidad antes incluso que los mismísimos tronos de los reyes de la Tierra. ¡Ay de mí! ¡Aquellos días gloriosos han pasado para siempre! Pero «permanecen firmes en mi alma» y «ya pueden ustedes torturarme, pues debo callar al respecto». Bueno, sucedió esto mientras trabajaba yo en Wigam, cuando Hulliford Greenlow controlaba los destinos teatrales de aquella banda de diamantes en bruto. Unos pocos

espíritus privilegiados teníamos por hábito reunirnos por las noches, una vez concluidas las funciones. Nuestro *rendezvous* tenía lugar en el hotel, o más bien debería decir, el bar conocido como «La Doncella Achispada». En realidad era un antro, pero disponía de unas pocas habitaciones, que de vez en cuando ocupaban juerguistas exhaustos. El sitio, no obstante, tenía tan mala reputación a ojos de la policía que nadie se quedaba voluntariamente, una vez retirada la peculiar clientela, a no ser que se hallara del todo derrotado por sus libaciones a Baco. Como es lógico, nuestra conversación, que a veces se hacía notar, era brillante; y como es lógico asimismo, también se producían algunas bromas, tanto prácticas como…, ¡ah!, verbales, en consonancia con las diversas disposiciones de los asiduos nocturnos al local. Había unos pocos elegidos, ajenos a nuestra galaxia habitual, y había otros que se esforzaban por penetrar en nuestro selecto círculo. Nosotros éramos, sin embargo, conservadores en nuestras tendencias. No prestábamos atención a nadie que no supusiera una grata compañía, y al mesonero, un alma cordial, pero bien provisto de instinto profesional, no le interesaba nadie que no fuera bien provisto de dinero en efectivo. Claro está, incluso los más privilegiados de entre nosotros pasábamos de cuando en cuando por periodos de…, ¡ah!, escasez, cuando no había suerte sobre las tablas; y en tales ocasiones teníamos por costumbre ejercitar nuestros talentos histriónicos para cosechar unas monedas entre los eclécticos parroquianos.

»Una noche disfrutamos de una curiosa experiencia, bajo la forma de un nuevo parroquiano. Era un chico muy joven, un pelele con alguna deformidad. De hecho, nuestro cordial anfitrión nos hizo fijarnos, en primer lugar, en su…, ¡ah!, excentricidad, mediante el humorístico recurso de dirigirse a él como “mi señor”, por ser nuestra costumbre en aquel entonces designar como miembro de la nobleza a cualquiera a quien la naturaleza, en un momento de malevolencia, hubiera regalado una joroba. El joven se encontraba incómodo pero también estaba tan manifiestamente ansioso por unirse a nuestra juerga, y fue tan entusiasta en su apreciación a nuestras achispadas ocurrencias y pullas —la llamativa exhibición de nuestras espadas intelectuales— que, de manera tácita, decidimos permitirle quedarse con nosotros. Nuestro gracioso, pero muy profesional anfitrión tuvo buen cuidado de que el gasto del recién llegado en los bienes propios de su oficio estuviera a la altura de su diversión. En posteriores visitas de aquel joven caballero, el mesonero lo forzó de tal modo a incurrir en gastos innecesarios —además de claramente excesivos, a la vista de sus medios, ya que sus ropas eran pobres y estaban raídas— que un par de los más blandos de entre nosotros interfirieron

y regañaron al mesonero, invitándolo a perseguir sus fines económicos de manera más decorosa. El joven se sumaba a nosotros de cuando en cuando, no de forma regular, pero rara vez transcurría una semana sin que apareciera. Al cabo de poco tiempo, perdió la timidez, y en ocasiones se aventuraba a hacer un comentario, en general de naturaleza abstrusa, y para cuyo completo entendimiento era necesario un conocimiento profundo de los clásicos. Para entonces, asimismo habíamos averiguado algo sobre los antecedentes personales del joven. Era hijo de un maestro de escuela, que murió en un incendio mientras trataba de rescatar a alguien. La viuda, sin blanca, no tuvo más opción que acudir al asilo de beneficencia, donde se crio el niño. Siendo un tullido, incapacitado para jugar o trabajar con los demás críos, puso todo su afán en la escuela, donde destacó, y había leído todos libros que cayeron en sus manos e incluso había aprendido, de manera autodidacta, varias lenguas muertas. Cuando supimos esto, a algunos pasó a no gustarles que hubiéramos acogido al joven en nuestro grupo. Existe, damas y caballeros, un prejuicio natural contra los asilos de beneficencia y contra cualquiera que sufra la mácula de haber pasado por uno de ellos, e incluso algunos de los más nobles espíritus de nuestra camarilla lo albergaban. Nuestro afable anfitrión fue uno de los más indignados. Pese a ser él mismo de origen humilde, era hombre de sentimientos refinados, y dejó claro que le ofendía, a él y a su negocio, la presencia de aquella escoria de asilo; así de misericordiosas y elegantes fueron sus palabras. “¡Y pensar”, dijo, “que tiene el maldito descaro de entrar a mi negocio, a mi hotel, y derrochar dinero mientras su pobre madre está en el asilo, viviendo de los impuestos que pagamos nosotros!”. El hombre que nos había contado la historia del muchacho aclaró las cosas al mesonero; la anciana no seguía viviendo en el asilo, hacía mucho que había salido de allí. En cuanto su hijo empezó a ganar dinero, lo que hacía, como nos fue informado, escribiendo para periódicos y revistas, este la había sacado del asilo, y ahora vivían juntos en una casita fuera de la ciudad, donde los alquileres son bajos.

»Bueno, pues estábamos discutiendo de este asunto, cuando, mira por dónde…».

—¡Usa mis palabras! ¡Me las está robando! —dijo la costurera, y soltó un bufido.

Toda la compañía le pidió silencio. El actor dramático le dedicó una mirada de enojo antes de continuar.

—Cuando, mira por dónde, quién entró sino el mismísimo jorobado en persona, vestido de pies a cabeza con ropas nuevas. Todos tratamos de actuar

como si no pasara nada raro, pero pese a nuestros esfuerzos, la conversación a partir de ese momento versó sobre los asilos. Nuestro afable mesonero permanecía con la boca cerrada, de lo que deduje que tramaba algo. Al principio el joven se sonrojó, incómodo, lo que no fue agradable de presenciar, pero al cabo se dirigió a la barra y pidió algo *sotto voce*. Regresó luego a nuestro lado y, puesto en pie, dijo algo así como:

»—Caballeros, me gustaría que bebieran una jarra de ponche en mi compañía. Esta es una noche especial para mí, y desearía que todos ustedes, como buenos compañeros que son, me permitieran manifestarles mi gratitud. Porque han hecho por mí más de lo que quizás saben. Me permitieron unirme a ustedes y hacerme partícipe de su diversión, y obtuve inspiración de su ingenio. Me emociona todo lo que han dicho sobre los asilos. Nadie sabe mejor que yo lo cierto que es. Pero debo algo al asilo; le debo mucho. Acogió a mi madre en su penuria y a mí me dio cobijo durante mi juventud. Me dio una educación y me proporcionó, así, unas posibilidades de las que en otro caso no habría disfrutado. Le estoy agradecido. Pero la vida allí era, en el mejor de los casos, yerma, y poca luz penetraba en sus pesadas y tristes sombras. Yo ansiaba algo diferente a aquellas sombras de mi juventud, y entonces oí hablar de ustedes, compañeros, y de las brillantes veladas de las que aquí disfrutaban. Yo ganaba poco dinero, pero las estrecheces por las que mi madre y yo habíamos pasado nos habían enseñado a vivir con lo mínimo, así que me las apañaba para ahorrar a la semana lo necesario para venir aquí. Mi querida madre así lo deseaba. Siempre que yo venía, ella se quedaba levantada hasta que regresaba a casa, y antes de irnos a la cama le hablaba de ustedes y de las cosas inteligentes que les había oído decir. A partir de su alegría de vivir, y del contraste con aquello por lo que tuve que pasar, pensé que podía comenzar la obra que llevaba deseando escribir desde hacía mucho tiempo. ¡Ustedes me proporcionaron el material! ¡Ustedes me proporcionaron la inspiración! ¡Ustedes me proporcionaron la esperanza! Y me gustaría que fueran conscientes de la profunda gratitud que albergo por sus personas. Mi obra se estrena mañana en el teatro Crown de Londres, y yo estaré allí para ayudar en lo que sea necesario. Ayer mismo gané un poco de dinero con un relato, y me ven ahora ustedes con las primeras prendas buenas que he tenido en mi vida. Les cuento todo esto porque han sido tan buenos conmigo y porque quiero que sepan, todos y cada uno, lo mucho que les debo. Esta camisa la ha hecho mi madre en persona, y la ha lavado y planchado para mí; y me ha conmovido, cuando me disponía a salir esta noche, que ella me la entregara diciendo: “Hijo mío, no puedo acompañarte, pero quiero que sientas

que estoy cerca de ti. Cada puntada de esta camisa alberga amor y esperanza, y así lo sentirás, pienses en ello o no". Ha sido ella quien me ha aconsejado venir esta noche y darles las gracias a todos, mis buenos amigos, para cerrar de manera digna la puerta de mi antigua vida, y llevar conmigo a la vida que ahora tengo por delante, si acaso es posible, parte de los buenos sentimientos que tan generosamente compartieron conmigo.

»Parecía de veras conmovido, con los ojos humedecidos. Todos bebimos su ponche, claro está; y como se trataba de su ponche, brindamos, claro está, a su salud. A continuación, nuestro afable anfitrión dijo que él también quería invitarnos a una jarra de ponche, para que pudiéramos decir *adieu* a nuestro joven amigo como es debido. Así que también bebimos su ponche. Luego el mesonero se me acercó y me dijo al oído que invitara yo a otra ronda. "Paga la casa. Y asegúrese de que su señoría beba mucho; quiero decir mucho incluso para ser carne de asilo". Y así corrió la voz de que nuestro joven amigo tenía que acabar como una cuba. Y lo hizo. No estaba acostumbrado a semejante disponibilidad de licor, y, al cabo de unas pocas jarras, se hizo fácil convencerlo de que siguiera bebiendo. Nos recordaba que tenía que tomar el tren a Londres de las ocho quince de la mañana, y no dejaba de enseñarnos el billete.

»Lo metimos en la cama en una habitación de "La Doncella Achispada". Todos ayudamos. Pero antes de irnos nos aseguramos de quitar el lustre a su ropa nueva. Debo decir que fuimos un poco más lejos de lo necesario, pero es que era muy gracioso pensar en la cara que pondría cuando se despertara con dolor de cabeza y se encontrara su ropa recién estrenada hecha harapos, quemada, rajada con una navaja y con manchas de tinta y de sebo de vela. Para terminar, restregamos la camisa por el suelo de la chimenea hasta que quedó hecha un cuadro. Cuando ya nos íbamos, nuestro afable mesonero dijo riéndose:

»—Cuando vea su ropa, Lord Asilo se sentirá como en los viejos tiempos.

»La verdad es que nuestra pequeña broma no salió tan redonda como queríamos. Por supuesto, era nuestra intención que perdiera el tren, pero, por lo visto, a primera hora de la mañana, su madre se presentó buscándolo, y un criado le dijo que estaba allí. Como nuestro afable mesonero seguía durmiendo, nadie impidió la entrada a la mujer. Lo puso en el tren justo a tiempo. Después de invitarnos a la primera ronda de ponche, al muchacho no le quedaba ni una moneda.

»Me enteré por alguien de la compañía del Crown que llegó en un estado lamentable. Le puso agallas, eso debo concedérselo, y estaba dispuesto a

ponerse manos a la obra vestido como un espantapájaros, y lo habría hecho, de no ser por la mala suerte de que Grandison, el director, lo viera a tiempo y se lo llevara a sus habitaciones para que se lavara y adecentara.

»En cualquier caso, no volvió nunca a Wigan. ¡Pero a veces hay justicia en el mundo! Resulta que aquel advenedizo salido de un asilo ha hecho fortuna. Dicen que es dueño de más de cien mil libras, y que su esposa y su madre van por ahí en sus propios carruajes; mientras que hombres de talento como yo tienen que hacinarse en antros con la chusma de la profesión. ¡Puag!».

Ahogó su indignación de un trago.

Durante un rato, nadie dijo nada; los hombres fumaban, las mujeres se miraban el regazo. El silencio fue roto por el maquinista.

—Es una historia muy graciosa. Graciosa de veras. No diré lo que pienso porque estamos en Navidad y porque el caballero que la ha contado es un viejo con un pie en la tumba. Yo soy de Wigan, sí. Así que pueden imaginar ustedes lo agradable que es para mí oír una historia así. Conozco «La Doncella Achispada» y también la reputación de su «afable mesonero». ¡Que Dios lo bendiga! Me pasaré por allí la próxima vez que vaya a casa y veré si podemos organizar alguna otra bromita.

Más tarde se le oyó decir en un aparte al maestro de ceremonias:

—Escuche, caballero. Usted, que es un hombre de mundo, dígame, ¿así se las gastan hoy en día en las Midlands? ¿Por qué les parece bien una broma en la que un pobre hombre acaba arrastrado por los suelos?

—Es usted el siguiente, Murphy —dijo el maestro de ceremonias al director de supernumerarios, a la vez que le tendía un humeante vaso de ponche de *whisky*—. Que no le asuste. Es John Jamieson.

—Soy tímido por naturaleza —dijo, y tomó un sorbo a modo de preliminar—, y cuando me veo obligado a hablar en público, me siento acorralado, así que espero sepan disculpar, damas y caballeros, si incurro en algún defecto.

Siendo irlandés, la compañía lo veía como un humorista, y se sentía en la obligación de estar a la altura de tan arriesgada reputación; al igual que tenía que esforzarse para hablar con un acento lo bastante marcado.

—Supongo que lo mejor será que me mantenga en terreno conocido y les cuente alguna experiencia personal, en lugar de meterme en atolladeros inventando historias y fábulas. *Illi robur et aes triplex circa pectus erat.* ¡Ya saben ustedes!

Había ido de niño a una escuela rural, pero aseguraba, absurdamente, que había ido a la universidad.

—Muy bien, Murphy. Lo que usted quiera, pero rápido. En esta gira viajamos con poco equipaje.

Los actores recibieron el símil profesional con risas y aplausos, pero Murphy, que era un tipo astuto, sabía que no debía desperdiciar su oportunidad con ocurrencias y pullas, así que se apresuró a comenzar.

UN MONOPOLIO DE ENANOS

(A Corner in Dwarfs)

—Yo era director de supernumerarios en el teatro Lane cuando se aprobó la ley que regulaba la actuación de niños en el teatro. Me tocó lidiar con ella porque mi trabajo también incluía contratar a niños y a extras, y aquel año no fue una tarea fácil. Os lo aseguro. Gustavus se había peleado el año anterior con Madam Laffan, la profesora de baile, de Old Street, que acaparaba todos los niños del East End, y la señora Purefoy había hecho fortuna y se había retirado, así que no había nadie al oeste con una reserva de niños entrenados. Como ustedes recordarán, los aficionados a arrimarse al sol que más calienta forzaron la aprobación de la ley, que entró en vigor en un abrir y cerrar de ojos. Y entonces empezaron los problemas. Los padres, que antes me rogaban y suplicaban que escogiera a sus hijos, se pusieron altaneros y empezaron a exigir contratos. Querían el doble y hasta el triple de dinero. Se creían con derecho a vender los servicios de sus críos, y que, gracias a la nueva ley, nada podía impedírselo. Y Gustavus prefirió mantenerse a la espera, cuando, mira tú por dónde…

—¡Él también me roba las palabras! —murmuró la costurera. No se atrevió a hablar más alto por miedo a ofenderlo. Murphy era bondadoso y a menudo se mostraba caritativo con ella.

—… los magistrados terminaron de zanjar la cuestión impidiendo que se contratara a ningún niño. Estábamos muy preocupados, no sabíamos qué hacer. Como pantomima para las navidades habíamos programado *Cenicienta*. Iba a ser interpretada nada más que por niños, y ya estaban listos el escenario, el atrezo y el vestuario. Pasaba el tiempo y yo me iba poniendo más nervioso. Los niños requieren mucha instrucción y muchos ensayos, y si tienes que cogerlos sin ninguna experiencia, te espera un trabajo arduo. Antes, generalmente había muchos, y en circunstancias normales, si no lo dejabas para última hora, podías elegir entre los que ya habían trabajado para ti, y no tenías más que ponerlos al día y enseñarles la nueva obra. Por supuesto, cada

teatro tenía una lista de críos a los que volver a llamar. Lo menciono nada más que para recordarles a ustedes que no soy el único buen director de supernumerarios en el negocio. Al cabo, cuando el patrón me preguntó cuántos niños teníamos, no me quedó más remedio que decirle:

»—¡Ni uno! ¿No recuerda que me dijo usted que no contratara ni a uno de esos bastardos?

»Gustavus nunca se enfadaba, ni maldecía, ni pataleaba, como otros muchos, pero era alguien despiadado, lo que resultaba mucho peor. Así que me dijo:

»—¿De veras? En ese caso, señor Murphy, permítame recordarle algo. Si no tengo supernumerarios, ni extras, ni niños, no veo motivos para recurrir a un director de supernumerarios. ¿Comprende usted?

»—Perfectamente —dije, y salí a la calle para que el aire fresco me bajara el mal humor.

»Estaba fumando junto a la entrada de artistas cuando el recadero apareció diciendo:

»—El patrón quiere verte, Murphy. Ahora mismo.

»Cuando entro, me dice con mucha amabilidad, con tanta amabilidad que sospeché que tramaba algo malo:

»—Por cierto, Murphy, a la hora de hacer los contratos, quiero que ponga en ellos su nombre como empleador. Puede ser beneficioso para usted, ya sabe, y a mí me da igual.

»Estaba él hablando todavía cuando comprendí de golpe lo que pretendía. Pienso muy rápido. “¡Oh, oh!”, me dije. “Así que esa es la jugada. Yo los contrato. Y cuando la policía venga y nos acuse de incumplir la nueva ley, a quien detendrán será al empleador”.

»—¿Me da unos impresos de contrato, señor? —dije.

»—Claro, todos los que quiera. Lleve esta orden a la imprenta de Miles y que le hagan un lote. —Mientras decía esto, arrancó una hoja del cuaderno de pedidos y me la dio, junto con un modelo de contrato ya modificado—. Diga que lo impriman así. Ya he cambiado el nombre.

»—Entonces, señor —dije—, soy yo el que los contrata. Imagino que puedo hacerlo como mejor crea.

»—Por supuesto, por supuesto —dijo él—. Tiene usted libertad para actuar como guste. Luego, yo haré otro contrato con usted, cuando necesite a los críos.

»—¿Y qué hay de su paga, señor?

»—No hay ningún problema. No tiene usted que pagarles nada hasta que empiece el trabajo.

»—Es cierto —dije, y, sin más, me fui.

»Al día siguiente, recogí de la imprenta los contratos —cientos, miles— y me puse manos a la obra. Tenía un plan y no le dije ni una palabra a nadie. Sabía bien que no tenía ningún sentido contratar a niños, porque, cuando llegara la hora, los magistrados no les permitirían trabajar, en absoluto. Así que me puse a buscar y fiché a todas las chicas menudas que encontré y que fueran bonitas y delgadas. ¡Y vaya! ¡Las había a montones! Supongo que a mí me gustaban más las mujeres de talla grande y antes solo me fijaba en ellas. Pero ahora ahí estaba yo, contratando a las pequeñas, y en masa, a cientos, y diciendo a cada una que tuviera la boca bien cerrada y no dijera nada de nuestro acuerdo, para que no se corriera la voz y se nos estropeara el negocio.

»Invertí luego algo de mi propio bolsillo en billetes a todas las grandes ciudades donde se representaban pantomimas, y también allí fiché a cientos de chicas delgadas y bajitas.

»Luego, de vuelta en Londres, contraté, esta vez en nombre de Gustavus, a unos cuantos niños para él; esta vez niños de verdad. Yo había hecho incluir una cláusula de *force majeure* en el contrato para guardarle las espaldas.

»Gustavus firmó su contrato conmigo, accediendo a pagarme por cada niño un chelín más a la semana de lo habitual. Eso era más de lo que yo había acordado con los padres; así que, si no había problemas con la policía, ganarían más que de costumbre. Luego todo estaba en orden.

»Comenzamos los ensayos de inmediato. Y llevábamos dos semanas en ello cuando, mira tú por dónde…».

—¡Mis propias palabras, otra vez! —murmuró la ofendida costurera.

—… se presentó la policía y acusó a Gustavus por contravenir la ley al tener actuando a menores de dieciséis años. Allá que fue él, a Bow Street, muy creído, y haciendo que yo lo acompañara. En su defensa dijo, en primer lugar, él no había contratado ninguna mano de obra, pues su teatro ni siquiera estaba abierto todavía. Y en segundo lugar, él no era, en absoluto, el empleador. Era yo. Pero el magistrado le hizo callar. Calificó sus justificaciones de insustanciales, pues el juez se hallaba informado de que yo formaba parte del personal de su teatro, y que, puesto que yo era su agente, se podía aplicar la máxima legal *facit per alium facit per se*.

»—¡No es mi agente! —protestó—. Y además, Murphy, queda usted despedido en este mismo instante.

»—Ya basta —dijo el magistrado—. Que despida usted a este hombre prueba que ha sido su agente hasta este momento. Así que la situación es la siguiente. Puesto que este tal Murphy era su agente, los niños fueron contratados por usted; y si los hace actuar en público, irá usted a prisión. Acepto la declaración de que aún no han empezado a trabajar, pues interpreto que los ensayos constituyen una preparación, no pagada, para el trabajo más que un trabajo en sí mismos. Por lo tanto, en el día de hoy, le dejo a usted en libertad, o, más bien, pospongo la audiencia hasta después de Navidad. Y, por cierto, puesto que acaba usted de despedir de plano a este hombre, le debe usted, así lo declaro, su sueldo de una semana. Si es usted listo, le pagará de inmediato. En otro caso, se emprenderán acciones contra usted, y esta misma corte actuará como testigo.

»Cuando salimos a la calle, me dijo:

»—¿Y ahora qué?

»—Parece el fin, señor, aunque en realidad no es más que el principio.

»—Murphy, le mantendré contratado, claro está —dijo.

»—Gracias, señor —dije yo—, pero tengo otros planes.

»—¿Qué quiere decir? —dijo.

»—Quiero decir, señor —dije yo—, que me ha utilizado para su propio provecho, así que pienso quedarme con los beneficios que dé mi trabajo.

»—No le entiendo —dijo.

»—Lo hará enseguida —dije—. Escuche bien, señor Gustavus, con viles propósitos me dijo que contratara a un montón de niños para la pantomima, añadiendo que lo hiciera en mi propio nombre. De esa manera, cuando se presentara la policía, usted podría decir, como acaba de hacer en presencia del juez, que no tuvo nada que ver, que todo era cosa mía. En cualquier caso, uno u otro los contrató. Si usted se hubiera declarado culpable, habría tenido que aguantar el chaparrón, o habría tenido que hacerlo si la temporada ya hubiera empezado; y eso le habría honrado. Pero cuando se vio en manos de la policía, prefirió culparme a mí. Así que no hay más que hablar. Pero resulta que fui yo el que los contrató, así que los beneficios serán todos míos. ¿Lo comprende ahora? Es más, me acaba de despedir frente a la corte, y el mismísimo magistrado ha dicho que me debe el salario de una semana. Así que ahora ya no tengo nada que ver con usted, estoy de patitas en la calle. Pero todavía tengo los contratos que he firmado con montones de personas y en muchos sitios. Son de mi propiedad, y pretendo hacer uso de ellos como mejor me plazca. Los únicos contratos redactados en su nombre son los de los niños para su pantomima, y debe cumplirlos. Yo podría haber dicho a su

señoría que eran de usted, pero como juró al principio que no tenía nada que ver con ellos, pensé que sería mejor cerrar la boca y guardarme ese as, por si luego se ponía usted escandaloso.

»“Así que ahora está en dificultades. No puede usar a los niños que ha contratado. Y le advierto que no se le permitirá contratar a ninguno más, ni uno. Pero resulta que yo tengo contratadas a un montón de chicas, de talla menuda, aptas para los papeles y que podrán actuar, mal que les pese a todos los policías del país. Así que, si sabe bien lo que le conviene, señor Gustavus, no le queda más remedio que acudir a mí. Yo tengo todo el repertorio. No se moleste en patalear. Puedo demostrar que he actuado de buena fe desde el principio. Será usted el que quede como un capitalista henchido que engañó a un trabajador pobre y honesto —yo—, que confiaba en usted. Como alguien que firmó unos viles contratos con niños pobres e inocentes, que pasarán hambre esta Navidad. Y como alguien que cometió perjurio frente a una corte de justicia, como puede demostrar el mismísimo juez, además de sus contratos con los niños. No yo, por supuesto, porque ¿no juró usted que yo no estaba a su servicio? Pero, en cualquier caso, cuenta con una cláusula de *force majeure*. Eso no pinta bien, ¿verdad? Es como si yo la hubiera añadido, mientras que yo no dispongo de la misma cláusula para mi protección en mis propios contratos”.

»“Por lo tanto, señor Gustavus, haría usted bien en darse prisa y contratar a algunas bailarinas de mi *troupe*. Solo le cobraré por cada una el doble de lo que ofrecía mi antiguo jefe”.

»El viejo estaba entre la espada y la pared, y lo sabía. Me hizo volver con él a su oficina y, allí mismo, firmó conmigo un contrato leonino para utilizar los servicios de más de cien de mis enanas.

»—Recuerde —le dije—, puede contratar a todas las que quiera por el precio que acabamos de acordar. Pero si aplaza la obra o si quiere más chicas porque no tiene suficientes, tendrá que ponerse a la cola, como todos los demás directores. No concedo trato de favor.

»Todo salió bien. En cuanto comenzaron los ensayos, la policía entró en acción en todo el país. Todos los directores fueron detenidos. Al igual que Gustavus, no recibieron ningún castigo porque en realidad no habían hecho nada malo, todavía. Pero se asustaron, como pretendía la policía, y prometieron no contratar a ningún niño mientras la ley se hallara vigente. Y al final todos tuvieron que acudir a mí, que tenía el monopolio de enanas. Por supuesto, tenía buen cuidado de no llamarlas así; si me hubieran oído habría

habido bronca y se habrían largado como una bandada de palomas, y todo para nada.

»Luego empezó la diversión. Las mujeres pequeñas son más cerriles que las grandes. Los directores de escena y los puñeteros directores de las compañías, acostumbrados a explotar a los niños durante la temporada de pantomimas, pronto descubrieron la diferencia. Algunos amenazaron a las mujercitas —"niñas preciosas" las llamaba yo, y así pensaban que era amable, nos llevábamos bien y no había peleas— igual que hacían con los niños, y llegaron a castigarlas. Gran error. Un director —Cuthbert Kinsey, del Royal de Queenhythe— dio una bofetada a una de las chicas. Y ella se la devolvió con creces; era una miniatura fuerte y valiente, que plantaría cara a un gato salvaje, como dicen los yanquis. Se arremangó y se lanzó a por él. Le soltó un mamporro en la panza y otro en las napias que lo dejó noqueado. Eso bastó para suavizarlo por lo que quedaba de temporada. También hubo trifulcas en otros teatros, porque las chicas no pasaban ni una tontería. Y cuando a los puñeteros directores de las compañías y los directores escénicos les quedó claro que se trataba de mujeres e intentaron cortejarlas, las cosas todavía empeoraron. Es más, las chicas echaban el lazo a cualquiera que tuviera algo de dinero. Os aseguro que la carnicería que hubo aquel año entre los solteros de los teatros fue terrorífica. Yo mismo estaba soltero por aquel entonces, así que hablo con conocimiento de causa».

—¿Fue así como conoció usted a su esposa, señor Roscoe? —preguntó la segunda anciana, una mujer robusta y con un gran carácter.

El resto de la compañía sonrió, ya que era un secreto a voces que la señora Roscoe, que en el pasado había formado parte de la compañía como encargada del vestuario, había sido invitada a abandonar el grupo por su participación en una pelea a bofetadas en la que la segunda anciana había salido mal parada. El director de supernumerarios, quien, tanto por ocupar un cargo directivo como por ser irlandés, y por tanto esperarse de él una gran cortesía con las mujeres, reprimía su genio y sus efusiones, salvo a la hora de sofocar un entuerto o de bromear con los suyos, respondió dulcemente:

—Sí, señora. Me enorgullece decir que así fue. Bendito sea el día que la conocí.

—Me he fijado en que ya no anda por aquí —dijo la segunda anciana con idéntica suavidad—. ¿Puedo preguntarle dónde está?

—Por supuesto, señora —respondió él cordialmente—. Se encuentra en una larga gira por Estados Unidos, como parte de una compañía de primera categoría.

—¡Ah! Y sigue ocupándose del vestuario…, ahora como ayudante, imagino.

—No, señora —dijo él, entristecido—. Lamento decir que ha ido a menos en la vida.

—Entiendo. ¿Ayudante de camerino?

—No, señora. Más abajo aún. Es primera anciana. Pero hay que decir que es una compañía tan buena que las ancianas las interpretan mujeres jóvenes y atractivas. Nada de las viejas glorias ni de las fracasadas de costumbre.

El ataque de risa de los más jóvenes de la compañía fue prueba de que el comentario había dado en el blanco. A la segunda anciana le ardía la cara de rabia cuando, a costa de un gran esfuerzo, dijo suavemente:

—Confío en que se haya vuelto alguien respetable.

—No «se ha vuelto», señora, sigue siéndolo. Es, y siempre ha sido, respetable. Y también ha sido siempre una mujer serena y tierna. Salvo, por supuesto, cuando debe castigar la insolencia, como usted muy bien sabe.

La segunda anciana hubo de contentarse con mirarlo con rabia, sabiendo, por las risas de toda la compañía, que llevaba las de perder. El director de supernumerarios apuró hasta la hez la copa de su revancha.

El maestro de ceremonias se volvió hacia el siguiente orador, el agente de prensa, un hombre espabilado, de mediana edad.

—Confío en que acepte usted ser el siguiente, Alphage. Es tan poco habitual que tengamos el honor de disfrutar de su compañía mientras estamos de viaje que, si nos permitiera escuchar alguna historia o recuerdo personal, lo veríamos como la oportunidad de nuestra vida.

—De acuerdo, amigo. Haré lo que pueda. Espero que no les moleste, damas y caballeros, si lo que les cuento les parece un poco soso. Pero la verdad es que estoy tan acostumbrado a inventar mentiras sobre mis estrellas que la realidad ha llegado a parecerme prosaica. En cualquier caso, el cambio me vendrá bien; estoy cansado de buscar nuevas virtudes para mis empleadores y de vocear las antiguas.

UNA ESTRELLA CRIMINAL

(A Criminal Star)

—Naturalmente, todos ustedes recuerdan a Wolseley Gartside…

—¡Bastante bien! —dijo el actor dramático—. Me acuerdo de cuando adoptó ese nombre. De hecho, me enfadé con él por ese motivo; era casi igual al nombre que yo había adoptado…, o, perdón, al que me pusieron mis padrinos en mi bautizo. Me consolé pensando que Wolseley era un nombre con menos historia que Wellesley.

—Gartside —prosiguió el agente de prensa—, como muchos otros surgidos de la alcurnia, de la alcurnia de su profesión, era, bueno, un poco, una pizca sensible en cuestión de la atención que recibía del público. En realidad, le gustaba ser siempre el centro de atención.

El segundo hombre grueso lo interrumpió con una presteza y una acritud que llevaban a pensar que su indignación tenía origen en alguna ofensa personal.

—«Un poco sensible en cuestión de la atención que recibía del público». Me gusta. Era un engreído insoportable, querrá usted decir. Tenía que conseguir todo cuanto se le encaprichara. ¡Era indecente la forma que tenía de eliminar los nombres de todos los demás de las marquesinas! Y el tamaño de las letras con que aparecía su nombre era una invitación a la ceguera y una afrenta al sentido común de una comunidad educada.

El agente de prensa continuó sin alterarse.

—… le gustaba ser siempre el centro de atención. Esto ya era malo cuando estaba contratado por alguien, pero cuando iba por libre, sin nadie que lo controlara, más que el tesorero y sus informes de gastos, se volvía algo terrorífico. En esos casos no es que expulsara los nombres de los demás de la publicidad; sencillamente, no aparecían nombres. Los nombres de los demás, quiero decir.

El suyo sí, claro, siempre que los carteles fueran lo más grandes posible y estuvieran en los espacios más visibles, y las letras fueran las más grandes de

la ciudad. Más tarde fue incluso más lejos, cuando se hizo imprimir su publicidad en Londres y Nueva York, con unos tipos diseñados especialmente para él.

—¡No! —volvió a interrumpirlo el segundo hombre grueso—. El señor Wolseley Gartside no cejaba mientras hubiera algún medio de comunicación en el que influir o una valla publicitaria que ocupar.

—Exacto —dijo el agente de prensa con sequedad. Empezaba a temer que las efusivas quejas del segundo hombre grueso le arruinaran el turno de palabra. Pero el instinto profesional del público contribuyó a la paz. Todos estaban acostumbrados a escuchar. El señor Alphage aprovechó la oportunidad y continuó—: Cuando estaba organizando su primera gira americana, quiso que alguien, una *persona grata*, se encargara de la prensa; alguien que comprendiera las sutilezas de la naturaleza humana, con el instinto de un diplomático, la experiencia de un mariscal de campo, el tacto de un fiscal general, el…

—Muy bien, amigo. Ya sabemos que cargó usted con él.

—Gracias, Huesos. Comprendido. Gartside era un actor dramático también y, naturalmente, quería que todo el escenario fuera para él. Son todos iguales.

—Bueno, en cuanto a eso… —comenzó a decir Dovercourt, pero se detuvo. La amenaza de réplicas agudas por parte del agente de prensa hacía tambalear su serenidad.

—Cargué con él, como dice Huesos. Pensé que tendría libertad a la hora de hacer mi trabajo, pero, seguro que Huesos sabe cómo son estas cosas; él también forma parte de esa banda voraz y egoísta a la que se debe publicitar, igual que Gartside.

»Antes de que yo me pusiera en marcha, lo que mi patrón insistió que hiciera con una semana de adelanto respecto a él, se empeñó en enseñarme mi oficio. Yo empecé a decirle que el programa de publicidad anticipada no estaba mal solo por el hecho de que él no lo hubiera hecho. Pero me cortó en seco y me soltó lo mucho que sabía sobre el tema. Me regaló toda una disertación sobre publicidad, diciéndome que para llegar bien al público había que darle mucha información. La gente quería saberlo todo sobre la persona; no les preocupaba demasiado si lo que se decía era bueno o malo, pero, en general, preferían lo malo. Me facilitó a continuación lo que él denominó “mis instrucciones”. Yo tenía que conseguir que la prensa publicara algo sobre él a diario. “Hágame parecer”, me dijo, “una especie de Don Juan, salvaje y vengativo. Alguien de cuya cólera ningún hombre se halla a salvo, al

igual que ninguna mujer de su pasión. No se preocupe por la moralidad. Al público no le interesa, y a mí menos aún. Diga lo que plazca sobre mí, siempre que consiga hacer hablar a la gente. No quiero discutir con usted. Cíñase a mis instrucciones y todo irá bien. Si no lo hace, le mando a la calle de una patada". Yo tampoco quería discutir con él. En primer lugar, porque con un hombre así no tiene sentido discutir, en especial sobre sus instrucciones. ¡Instrucciones! ¿Se lo imaginan? Un agente de prensa que conoce bien su oficio siendo instruido por una estrella a la que debe anunciar a bombo y platillo, y con cuya vanidad…, perdón, sensibilidad, debe lidiar. En mi trabajo hasta el principiante más inepto tiene más sentido de la realidad que las estrellas del firmamento teatral. Yo estaba muy enojado, lo reconozco; pero sus instrucciones me dieron de pronto una idea que me hizo olvidarme del enfado. Un perro puede morder aunque no esté enfadado. "Muy bien, señor Wolseley Gartside", me dije, "seguiré sus instrucciones al pie de la letra. Son suyas, no mías, así que si algo sale mal, usted será el responsable". Antes de irme a la cama, puse por escrito las "instrucciones".

»"El público quiere saberlo todo sobre la persona. Deles mucha información, toda cuanta quieran. No les preocupa que lo que se diga sea bueno o malo. En general, prefieren lo malo. Haga que se publique algo a diario. Conviértame en un Don Juan, salvaje, vengativo, apasionado. Que ningún hombre esté a salvo de mi cólera y ninguna mujer de mi pasión. No se preocupe por la moral; al público no le interesa, y a mí menos aun. Diga lo que plazca sobre mí, siempre que consiga hacer hablar a la gente. ¡Anime el ambiente antes de mi llegada!".

»A modo de encabezamiento escribí: "Instrucciones para Montague Phase Alphage, agente de prensa del señor don Wolseley Gartside". Por la mañana se lo llevé y le pedí que le pusiera fecha y lo firmara, pues era mi intención seguir fielmente sus instrucciones, y aprender de toda su sabiduría y portentosa capacidad de iniciativa. Lo firmó, muy complacido, con la sonrisilla de suficiencia propia de todos los actores dramáticos cuando se sienten satisfechos.

»Al día siguiente empecé a viajar. La gira arrancaba con una semana de actuaciones únicas, cada una en una ciudad diferente. Wolseley Gartside había insistido en diseñar en persona la gira, porque, naturalmente, nadie podía hacerlo mejor que él. Ya sabe usted lo que eso significa, Wragge. Me afané en allanarle el terreno aquella primera semana. Vivía a bordo de trenes y desgasté las escaleras de aquello a lo que llamaban periódicos. ¿Saben ustedes? A veces pienso que hay un escuadrón especial de ángeles de la

guardia encargados de velar por los agentes de prensa. Si es así, el que cuidaba de mí estuvo muy atareado. De otro modo, no se comprende que yo no desarrollara *delirium tremens* a fuerza de hacerles el trabajo a todos los plumillas de aquellos tugurios. Pronto descubrieron, encantados, que no tenían que escribir nada, porque ya me ocupaba yo de ello. De todos modos, era mejor así, porque no habrían sabido escribir un párrafo decente ni aunque de ello dependiera la salvación de su alma.

»Los atiborré de información sobre Wolseley Gartside, y ellos atiborraron todo el espacio que sus editores pudieron conseguir, incluso robándoselo a la publicidad. En general, yo pagaba por la impresión, aunque no tengo ni idea de quién se beneficiaba realmente. Pensé que Gartside se enfurecería cuando recibiera mi factura, pero satisfice sus deseos…, en cuestión de cantidad, al menos. Pero también era buena la calidad; exactamente lo que el jefe quería. No solo lo retraté como un hombre de genio sobresaliente y como un artista sin parangón en el pasado ni en el presente, sino que lo doté de tal fama de libertino que los don juanes locales empezaron a hablar en los bares de recuperar la tradición del linchamiento, mientras que las mujeres esquilmaron las tiendas de ropa, ansiosas de vestidos nuevos y perifollos de toda clase. Me contaron que la demanda de pelucas, flequillos postizos y extensiones fue tal, que las empresas neoyorquinas de venta de pelo al por mayor tuvieron que enviar montañas de cajas de género. Todas se preparaban para él, desde los vejestorios a las jovencitas, pasando por las más frescas de entre las casadas. Lo mostré como alguien con el coraje de un león y el corazón de un demonio, la destreza con las cartas de un prestidigitador, el estilo y la osadía en la caza de Búfalo Bill, la erudición de Erasmo, la voz de De Reske y la fuerza de Milo; aquello fue antes de la época de Sandow. Concluí dándole el don de la hipnosis, en una medida inédita, de modo que era capaz de dominar al público desde el escenario, y en el salón de fumadores o en el *boudoir* podía volver a hombres y mujeres dóciles como esclavos. Conseguí que casi todos los periódicos discutieran el tema del hipnotismo, y escribí montones de cartas sobre el tema, bajo nombres diferentes, que abrieron los ojos a la gente sobre ese misterioso oficio, o habilidad, o lo que sea, y el peligro que podía suponer para la vida de todo el mundo. No necesito decir que la polémica sobre Gartside y sus increíbles poderes se propagó por doquier. Les aseguro que, para el sábado, cuando mi estrella llegó con su cohorte en un tren especial, con un vagón privado cerrando el convoy y con él en la plataforma trasera, todas las mujeres de Patricia City, donde arrancaba la gira, estaban palpitantes. No sabían si era por esperanza o por miedo. Conociendo a las

mujeres como lo hago, me inclino a pensar que se trataba de esperanza. ¡El corazón de una buena mujer no alberga mayor deseo que el de refrenar y domar a un dragón de voluptuosa impureza!».

—¿En serio, señor Phase Alphage? —dijo la primera anciana, alzando un dedo en gesto de protesta.

—Cierto, querida, cierto. Así sucede. Lo declaro con la más absoluta de las solemnidades.

—Sí, es la pura y triste verdad —murmuró el actor dramático con su estruendosa voz de bajo—. Mis experiencias durante mi apasionada juventud lo demuestran. Nada importaban los dones de la mente ni del cuerpo, por muy irresistibles que resultaran, ni la fascinación de nuestra glamurosa vocación. Todo ello se doblegaba ante el ímpetu que la manzana del Edén engendró en el seno de la mujer.

—Una metáfora un tanto confusa —dijo el joven de Oxford, que parecía haberse atribuido la labor de mantener controlado al actor dramático—. Pero comprendemos lo que quiere decir. Siga, Alphage.

—El día del estreno yo iba cincuenta millas por delante, pero di media vuelta, corriendo también con los gastos, para ver a Gartside y comprobar qué le parecía el modo como lo había promocionado. Subí a su tren en tránsito y me reuní con él. Se mostró exultante y efusivo, y me dijo que nunca había tenido una prensa mejor. «Siga así, muchacho, no se detenga. Va por el buen camino», fue lo último que me dijo. Me apeé en la terminal y tomé otro tren; no quería enfrentarme a su cólera cuando descubriera que la expectación era menor de la que se esperaba. Creo que imaginaba que lo estaría aguardando una multitud enardecida, provista de una soga y ansiosa por ahorcarlo, y varios regimientos de tropas estatales para contenerla.

»Cuando llegué a la siguiente ciudad, la prensa ya estaba al tanto de todo lo que yo había dicho en Patricia City y esperaba de mí algo más y mejor, porque no podía limitarse a repetir lo ya sabido. Si esto sucedía, significaría el jaque mate a mi carrera como agente de prensa, así que estaba en serios problemas. Era imposible ir más allá en las alabanzas a mi estrella; no me quedaba más vía que denigrarlo. Me mentalicé para profundizar en su carácter criminal. No había más opción. Sabía bien que cada ciudad de la gira querría que aumentara un poco más la presión, así que empecé a urdir planes. Debía distribuir las etapas de la degradación personal entre cinco ciudades diferentes; organicé la labor y lo puse todo por escrito. Esa noche no me acosté, sino que la dediqué a escribir taquigráficamente todas las notas de prensa que adelantar a los medios. Por la mañana, busqué una mecanógrafa

eficiente y le dicté mis notas. Envié por correo lo que debía aparecer el martes y dejé todo lo demás ordenado para ir mandándolo cuando llegara el momento. Debía tener cuidado de no enviar el material con demasiada antelación para que los lectores y los periódicos de las diferentes ciudades no pudieran compararlo.

»El sábado por la mañana, llegué temprano a Hustleville, la segunda ciudad de la gira, y empezó la fanfarria. Todos los periódicos estaban repletos no solo del material que yo les había proporcionado, sino de los comentarios al respecto. Casi todos incluían un editorial donde se despedazaba al actor dramático. El *Heraldo de la Libertad* presentaba su llegaba como nada menos que una ofensa internacional.

»"Deja en mal lugar", rezaba el periódico, "a la cortesía entre naciones que a un país ostensiblemente amistoso como es Inglaterra se le permita descargar en nuestras costas una partida de individuos decadentes y criminales como ese tal Wolseley Gartside y el séquito de gamberros que lo acompaña. Que se le haya otorgado libertad para obrar a su aire, como parece que ha ocurrido, dice poco tanto de la moral como de la cordura de las personas que han permitido su presencia aquí. Es una mácula en el hermoso rostro de la ley universal, el germen de una enfermedad intelectual, una masa cancerosa incluso para la profesión parásita que practica, una ofensa al hombre y a la moral, a la vida honrada, a la existencia de las criaturas de Dios…, e incluso al Mismísimo Dios. Los ciudadanos de este Estado no han carecido en el pasado de valor ni de iniciativa a la hora de erradicar con prontitud, mediante el ejercicio, en las salas a cielo abierto, de la severa justicia surgida de la ley natural, las acciones de quienes suponen una amenaza para el bien común. Hemos oído historias de péndulos humanos colgados de una rama de alguno de nuestros nobles árboles; nuestros pioneros guardan aún el recuerdo de facinerosos despreciables expulsados de la ciudad montados sobre un listón y con un modesto atavío de plumas y alquitrán. Corresponde a las heroicas almas que fundaron Hustleville romper el largo silencio de su merecido reposo, y, para la protección de la ciudad que arrebataron a los bosques, y para la defensa de sus familias, alzar la voz y el puño en nombre del honor de las mujeres y la nobleza de los hombres. Una insinuación debería bastar. *Verbum sapientice sufficit*. No hay más que decir".

»Gartside lo leyó después del desayuno y de inmediato me mandó un telegrama. "Siga así. Todo bien. La publicidad tiene la nota adecuada. Larga vida al ciclón internacional".

»Partí esa misma tarde hacia Comstock, que era la siguiente parada en la ruta. Naturalmente, había mandado material en abundancia por adelantado, y los editores me habían escrito muy agradecidos. Pero cuando fui a visitar *El Vítor*, que, por lo que tenía yo entendido, era el periódico más popular de la localidad, fui recibido de un modo que no se puede calificar más que de gélido. En general, como voy escaso de confianza en mí mismo…».

—Se subestima usted, caballero —dijo el actor dramático, retándolo a combate—. No debería dar una imagen tan negativa de sí mismo.

El agente de prensa lo miró con rabia, aunque siguió su relato.

—… pero reconozco que estaba un poco desconcertado, y no pretendo hacer ningún juego de palabras, jefe —dijo al director—. Así que pregunté al editor si le había causado algún perjuicio o lo había ofendido de algún modo, lo que explicaría que su recibimiento tuviera un tono tan distinto al del agradecimiento enviado por escrito. Vaciló un poco pero acabó reconociendo que le había disgustado que en *El Vítor de Comstock* no hubiera recibido un trato tan bueno como de *El Heraldo de la Libertad de Hustleville*.

»—¿Qué? Si les envié material por adelantado, un veinte por ciento más.

»—Cierto. La cantidad estaba bien, pero no tenía ninguno de los detalles picantes que despiertan la conciencia dormida de hasta un tugurio como Hustleville. Como supongo que ya sabe usted, las ciudades jóvenes no pueden vivir del pasado. Los éxitos de antaño no son una buena dieta para quien aún tiene mucho que crecer. Es más, todos competimos entre nosotros, con uñas y dientes. Lo que queremos en *El Vítor* es encender al personal; cualquier otra cosa no nos sirve. Así que póngase a trabajar y denos lo que necesitamos. Queremos algo más fuerte que lo que tuvieron en Hustleville.

»—Pero no hay nada más fuerte. Decir algo en esa línea sería mentir.

»El editor se quedó anonadado. Alzó las manos, como si clamara a los poderes celestiales.

»—¡Increíble! —dijo—. No puedo creer que haya vivido para ver al agente de prensa de una *troupe* discutir lo que es cierto y lo que no. Escuche, caballero. No tiene sentido que pierda el tiempo hablando con usted sobre ética. Eso significaría que yo estoy borracho, y todavía es demasiado temprano para eso, o bien que la excentricidad de usted escapa a mi entendimiento. Y permítame decirle, por su propio beneficio, que aquí no tenemos la excentricidad en gran consideración. Comstock es una ciudad donde se nos agota rápido la paciencia, y en el bosque hay un montón de espacio para ampliar nuestro cementerio. Cuando recibimos su primera carta, tuve que contener a mis muchachos, porque estaban dispuestos a matarlo; era

como si ya llevara usted la mortaja. No estaban nada contentos. Son buenos chicos, y le plantarían cara al Altísimo con tal de conseguir una buena historia, así que ya puede usted ponerse manos a la obra. Conoce a su jefe y ellos no. Haga que su historia parezca más real. Quiero el texto aquí a las siete. Vamos, cuanto antes empiece, antes terminará.

»No había más opción que cumplir las instrucciones de Wolseley Gartside. Para seguir inflando su reputación, esta vez lo convertí en un maltratador de mujeres. Yo no tenía ningún deseo de que los chicos de *El Vítor* me dieran una paliza, ni de proporcionar a Comstock una oportunidad para demostrar la rapidez con que pierden la paciencia, en absoluto, ni tampoco de contribuir a la ampliación del cementerio, así que conté con todo lujo de detalles la experiencia de WG como acusado en el tribunal policial de Abingchester, en el Peak of Derbyshire, sobre la que hasta entonces nada había sabido la prensa, junto con la descripción del jefe de la administración de justicia que lo condenó, y un excitante relato de su huida, bajo una lluvia de balas, de la prisión del condado. El editor resplandecía al leerlo, y cuando concluyó me dijo:

»—Es la mayor exclusiva que hemos tenido nunca. Escuche, le daré una propina sustanciosa si la cosa marcha bien. Todo indica que, en cuanto termine la obra mañana por la noche, una partida de ciudadanos irá al bosque, y que de uno de los robles acabará colgando una variedad nueva de bellota. Una bien gorda pero con el corazón podrido. ¿Comprende?

»Comprendía, y envié una carta urgente a WG a través del maquinista del tren correo, diciéndole con franqueza a dónde era probable que le condujeran sus instrucciones.

»Por una vez, fue listo y alteró su ruta. No era una cuestión de vanidad, sino de salvar el pellejo. Así que ninguna nueva bellota terminó colgada en el bosque cercano a Comstock, aunque la partida de vecinos estaba preparada».

—Su turno, señor Hempitch —dijo el maestro de ceremonias, y el aludido arrancó sin demora.

—Muy bien. La historia del señor Alphage sobre una estrella me ha recordado otra sobre una estrella muy diferente, más próxima al que es mi oficio.

UNA TRAMPILLA DE ESTRELLA

(A Star Trap)

—Cuando yo era aprendiz de carpintero en el teatro, mi superior era John Haliday, que era jefe de operarios —entonces llamábamos a la gente en ese cargo «jefe de carpinteros»— en el antiguo teatro Victoria, en Hulme. En realidad, no estaba en Hulme, pero dejémoslo así. Dar la ubicación verdadera solo serviría para avivar recuerdos dolorosos. Sospecho que algunos entre ustedes (no entre las damas —dijo con una elegante reverencia—) recordarán el caso de un arlequín que murió en un accidente durante una pantomima. No hay necesidad de facilitar los nombres reales; digamos que se llamaba Mortimer, Henry Mortimer. El motivo del accidente nunca quedó esclarecido. Pero yo lo sé, y he guardado silencio durante tanto tiempo que ya puedo hablar sin causar perjuicio a nadie. Hace mucho que murieron todos los que podían conservar algún interés en la muerte de Henry Mortimer y en la identidad del causante.

»Los que conozcan el caso recordarán lo atractivo, atildado y fornido que era Mortimer. En mi opinión, era el hombre más atractivo que jamás he visto».

—Eso es mucho decir —se oyó gruñir al actor dramático, con una nota de advertencia en la voz.

Hempitch, sin embargo, no pareció oírlo, pues prosiguió.

—Naturalmente, yo entonces no era más que un niño, y no había conocido a ninguno de ustedes, caballeros. A usted, soberbio Wellesley Dovercourt y compañía. Y a ustedes, señoras, huelga que les diga lo bien que sienta la ropa de arlequín a alguien esbelto. No es de extrañar que, en estos tiempos de sufragistas, las mujeres quieran ser arlequines, además de columbinas. Aunque confío en que no conviertan el de columbina en un papel masculino.

»Mortimer era la persona más ágil que he visto a la hora de salir despedido por una trampilla. Tenía tanta seguridad en sí mismo que ponía carga extra en los contrapesos para que, cuando estos se liberaran, él fuera

disparado cinco o seis pies más alto de lo que nadie ni siquiera se atrevía. Además flexionaba de tal modo las piernas cuando estaba en el aire —igual que una rana mientras nada—, que hacía que su salto pareciera todavía más alto.

»Todas las chicas estaban enamoradas de él, por el modo como se congregaban entre bastidores cuando se acercaba el momento de su entrada. Eso no habría tenido importancia, pues las chicas siempre se están enamorando de alguien, pero la situación comenzó a complicarse, como habitualmente sucede, cuando lo mismo les sucedió a las casadas. Había varias que siempre andaban tras él, sin pudor ninguno. Eso ya era bastante peligroso, y difícil de soportar para un hombre resuelto a actuar de manera decente. Pero la verdadera prueba —y el verdadero problema asimismo— no fue sino la joven esposa de mi propio jefe, y ella era más de lo que cualquiera de carne y hueso podría resistir. Se había sumado a la pantomima la temporada anterior, como corista, ¡y qué bien se le daba! Alzaba las piernas más arriba que chicas que eran un pie más altas que ella, pues era menuda y preciosa, de cabello dorado, ojos azules, tan esbelta que su figura parecía casi la de un chico, si no fuera por… lo que la salvaba de cualquier idea equívoca. Jack Haliday se volvió loco por ella, y cuando eso se hizo público, y en ausencia de algún joven bien provisto de dinero para cortejarla, la chica se casó con él. Al principio pareció lo que ustedes, señoras, llaman un matrimonio de conveniencia, pero al cabo de poco tiempo empezaron a llevarse muy bien y todos pensamos que a ella comenzaba a gustarle el viejo, porque Jack tenía edad suficiente para ser su padre, siendo generosos con él. En verano, cuando el teatro cerró, él la llevó a la isla de Man, y cuando volvieron, él no se calló que había sido la época más feliz de su vida. Ella también parecía feliz, y lo trataba con afecto, y todos comenzamos a pensar que aquel matrimonio no había sido en absoluto un error.

»Las cosas cambiaron, no obstante, cuando al año siguiente empezaron los ensayos de la pantomima. Jack parecía desdichado y no ponía interés en el trabajo. Loo —que así se llamaba la señora Haliday— ya no se mostraba tan encariñada con él, y solía estar incómoda cuando él se hallaba presente. Los hombres no dijimos nada al respecto, pero las mujeres casadas sonreían, asentían y susurraban que quizás hubiera razones para que se comportaran así. Un día, en el escenario, al comienzo del ensayo de la arlequinada, alguien dijo que a lo mejor la señora Haliday no bailaría ese año, y las chicas sonrieron como si compartieran un secreto. Entonces apareció ella y les echó una buena bronca por no ocuparse de sus asuntos y andar esparciendo mentiras, como a

ustedes, señoras, les gusta hacer cuando se sueltan la melena. Los demás la aplacamos como buenamente pudimos, y ella se fue a casa.

»Un día, poco después, ella y Henry Mortimer se fueron juntos tras el ensayo, después de que él dijera que la llevaría a casa. Ella no puso objeciones. Les recuerdo que él era muy apuesto.

»A partir de entonces, ella no le quitaba los ojos de encima durante los ensayos, hasta llegar al último, que fue, claro está, con vestuario: "Todo el mundo y todo el equipo".

»Jack Haliday no parecía percatarse de nada de lo que pasaba, a diferencia de los demás. Cierto es que en ese momento estaba absorbido por su trabajo, porque les aseguro que a un jefe de operarios no le sobra el tiempo cuando llega el primer ensayo con vestuario de una pantomima. Y, naturalmente, nadie en la compañía dijo ni hizo nada que pudiera darle una pista de lo que estaba sucediendo. Los hombres y las mujeres son criaturas extrañas. Están ciegas y sordas mientras el peligro se cierne, y solo cuando ya no hay forma de reparar el escándalo abren la boca, en el preciso momento en que la mayoría deberían estar callados.

»Yo veía todo lo que pasaba, pero no lo entendía. Me gustaba Mortimer y lo admiraba, al igual que a la señora Haliday, y pensaba que él era un buen tipo. Yo no era más que un crío, ya saben ustedes, y el aprendiz de Haliday, y no quería meterme en problemas, por muy inevitable que eso parezca ahora. Fue solo una vez que todo hubo pasado cuando lo comprendí; así que espero que acepten que lo que les cuento es resultado no solo de lo que vi y oí, sino también de lo que averigüé más tarde, y después de darle muchas vueltas en la cabeza a todo ello.

»La pantomima llevaba tres semanas en cartel cuando un sábado, entre una función y otra, oí hablar a dos chicas de la compañía. Formaban parte de las que cantaban, bailaban y buscaban hacerse imprescindibles. No creo que ninguna de las dos fuera intachable; les gustaban mucho las cenas bien regadas con champán y en compañía de jóvenes derrochadores. Esto no viene a cuento, salvo porque estaban celosas de las mujeres casadas —lo que ellas aspiraban a ser— y que llevaban una vida más recta que la suya. A las chicas así les gusta ver tropezar a las buenas mujeres; eso hace que aquellas parezcan mejores de lo que son. Sin embargo, las chicas malas que han llegado a tocar fondo ayudan a las decentes a evitar el camino que ellas siguieron. Siempre que sean jóvenes, porque una mujer mala con muchos años a cuestas ya no tiene remedio. Estas no ayudan a nadie en problemas a no ser que puedan obtener algo a cambio.

»¡No se ofendan, ustedes, señoras! Las dos chicas se estaban ensañando con la señora Haliday y el embrollo en que había metido a Mortimer. No se dieron cuenta de que yo estaba sentado en una caja, detrás de una pieza del escenario para el prólogo de la pantomima, ya listo para la siguiente función. Las dos estaban enamoradas de Mortimer, que ni sabía que existían, así que se regodeaban en su crueldad, como dos gatas sobre un tejado.

»—El viejo parece ciego —dice una—. No se entera de nada.

»—No estés tan segura —dice la otra—. No va a dejar escapar la oportunidad. Tú también pareces ciega, Kissie. —Así se llamaba una de ellas; al menos, ese era el nombre con que figuraba en los carteles, Kissie Mountpelier—. Él la acompaña a casa todas las noches, sin falta, después de la función. Tendrías que estar enterada, porque tú sueles estar en la entrada, esperando a que tu chico llegue del club.

»—¿Pero qué dices, bola de grasa? —dice la otra, cuyo lenguaje era de lo más soez—. ¿No sabes que cada historia tiene al menos dos versiones? ¡El viejo solo ve una!

»Las dos soltaron risitas y cuchichearon, hasta que una dice en voz alta:

»—Cree que solo pueden hacer algo cuando ya ha acabado la función.

»—Eso es —dice la otra—. Ella y él saben que el viejo tiene que estar metido en su puesto desde mucho antes de que se levante el telón, pero ella no entra en escena hasta el baile de la visión de Venus, en la segunda mitad, y él no entra hasta la arlequinada.

»Entonces me largué. No quería seguir escuchando.

»Durante el resto de la semana la cosas siguieron como de costumbre. El pobre Haliday no estaba nada bien. Parecía preocupado y estaba muy irritable. Yo lo sabía bien, porque lo que le tenía preocupado era el trabajo. Siempre ponía mucho empeño en su labor, y la temporada de pantomimas le suponía una faena enorme. Parecía pensar en nada más que el trabajo. Se me ocurrió entonces que el bulo de aquel par de cotillas surgía de eso; al fin y al cabo, toda difamación, por falsa que sea, debe partir de algo. Algo con apariencia de motivo, a falta de un motivo real. Pero al margen de lo ocupado que estuviera, Jack siempre encontraba tiempo para llevar a su mujer a casa.

»A medida que transcurría la semana, él se iba poniendo más y más pálido, y pensé que estaba enfermando. Generalmente, se quedaba en el teatro entre las funciones del sábado; no se iba a casa sino que se tomaba un té cargado en un café que había cerca, para así estar a mano en caso de que surgiera cualquier contratiempo durante los preparativos. Aquel sábado salió, como de costumbre, una vez que el primer decorado quedó montado y todos

los demás dispuestos. Poco después hubo un alboroto —lo habitual los sábados— y yo fui a avisarle. No lo encontré en el café. Pensé que era mejor no hacer preguntas, como si yo nunca hubiera estado allí; volví al teatro, donde el problema se había resuelto por sí solo, como a menudo solía suceder, cuando los hombres que se habían estado peleando se fueron a tomar otra copa. Metí prisa a los demás y lo dejamos todo listo a tiempo para que pudieran ir a tomar el té. Yo también fui. Empezaba a percatarme de la responsabilidad de mi trabajo, así que no alargué la pausa. Volví para hacer una última revisión y asegurarme de que todo estuviera en orden, en particular la trampilla, que era a lo que Jack Haliday concedía más importancia. Podía perdonar un error en cualquier otra cosa, pero la trampilla debía funcionar de manera impecable.

Siempre decía a sus hombres que aquello no era trabajo corriente, sino una cuestión de vida o muerte.

»Acababa de concluir mi revisión cuando vi a Jack entrar desde el recibidor. No había nadie más a esa hora, y el escenario estaba a oscuras. Pero pese a la falta de luz llegué a ver que el viejo estaba pálido como un fantasma. No abrí la boca, porque no estaba cerca de él y porque, viendo lo sigiloso que se movía por detrás de los decorados, se me ocurrió que a lo mejor no quería que nadie supiera que andaba por allí. Pensé que lo mejor que podía hacer era largarme sin hacer ruido, así que fui a tomar otra taza de té.

»Regresé un poco antes que los demás técnicos, que no tenían ninguna preocupación más que estar en sus puestos cuando Haliday silbara. Fui a informar a mi jefe, que estaba en su cubículo con paredes de cristal, al fondo de la carpintería. Estaba encorvado sobre su banco de trabajo, afilando algo con tanta concentración que no me oyó, así que volví a desaparecer. Les informo, damas y caballeros, que un aprendiz no demuestra mucha inteligencia si se dedica a entrometerse en las cuestiones privadas de su jefe.

»Cuando sonó la señal de aviso y se encendieron las luces, Haliday se encontraba en su puesto. Estaba muy blanco y parecía enfermo, tanto que el director de escena, cuando lo vio, le dijo que si quería irse a casa a descansar, él se ocuparía de atender su trabajo. Haliday le dio las gracias y añadió que creía estar lo bastante bien como para quedarse. “Es cierto que me siento un poco flojo y enfermo, señor”, dijo. “Hace un momento creí que iba a desmayarme. Pero ya estoy mejor, y estoy seguro de que podré ocuparme de todo esta noche”.

»Las puertas se abrieron y el público de la noche del sábado entró a toda prisa, dándose codazos. El teatro Victoria funcionaba bien las noches de

sábado. No importaba cómo fueran las demás, la del sábado siempre era buena. En la profesión se decía que el Victoria vivía de esa noche, y que la dirección se tomaba el resto de la semana de vacaciones. Los actores lo sabían y, al margen de lo perezosos que hubieran estado de lunes a viernes, el sábado todos daban lo mejor de sí mismos. Los sábados por la noche no había ensayos ni se perdía el tiempo en menudencias; a los haraganes se les ponía de patitas en la calle.

»Mortimer era uno de los que más empeño ponían. Nunca se le vio holgazanear; de hecho, la holgazanería no se cuenta entre los defectos de un arlequín, ya que si hay holgazanería ya no tenemos a un arlequín. Pero Mortimer siempre ponía un poco de carne extra en el asador las noches de sábado. Cuando saltaba a través de la trampilla de estrella, subía un par de pies más alto que de costumbre. Para que lo consiguiera, teníamos que cargar más el contrapeso. Él siempre supervisaba esta labor, ya que, no lo olviden, no es ninguna broma salir propulsado a través de una trampilla igual que si te dispararan con un cañón. Las puntas de la estrella debían estar sueltas, y las bisagras de las bases bien engrasadas; en otro caso, podía suceder un desastre. Además, había alguien con el propósito concreto de asegurarse de que el escenario estuviera despejado. Me contaron que, una vez, en Nueva York, hace muchos años, a un arlequín lo mató un "virutas" —como los yanquis llamaban a los carpinteros, lo que aquí conocemos como un tramoyista— que pasaba sobre la trampilla en el instante en que se liberaron los contrapesos. No fue un gran consuelo para la viuda saber que el "virutas" también murió.

»Esa noche, la señora Haliday estaba más linda que nunca, y en el escenario alzó la pierna más alto de lo que yo nunca le había visto hacer. Luego, ya con ropa de calle y lista para volver a casa, ocupó su lugar de costumbre entre bambalinas para ver el comienzo de la arlequinada. Jack cruzó el escenario y se situó a su lado; yo lo veía desde detrás del decorado deslizante que cerraba el Reino de las Delicias. No dejé de fijarme en que seguía tan pálido como un fantasma. No cesaba de lanzar vistazos a la trampilla de estrella. Como es natural, yo también miré hacia allí, temiendo que hubiera algún problema. Yo me había asegurado de que funcionaba correctamente y de que las bisagras estuvieran bien lubricadas cuando dejamos listo el escenario para la función de la tarde, y como no se había vuelto a manipular desde entonces, estaba tranquilo. De hecho, vi las bisagras de latón brillar bajo la luz de las candilejas. Había un cañón de luz en la pasarela, apuntando hacia la trampilla, para iluminar bien al arlequín en el momento de su gran entrada. El público solía aullar de placer cuando emergía

a través de la trampilla y, en el aire, encogía las piernas y luego las abría un instante, antes de aterrizar, flexionando apenas las rodillas al tocar el escenario.

»Cuando se dio la señal, el contrapeso actuó correctamente. Supe, por el sonido que hizo, que esa parte había funcionado.

»Pero algo fue mal. La trampilla no se abrió con la facilidad debida, no se abrió inmediatamente en cuanto la tocó la cabeza del arlequín. Hubo un golpe y un chasquido de rotura, y la estrella saltó en pedazos, sembrando trozos por todo el escenario. Y entre ellos saltó la figura colorida y ataviada con lentejuelas que todos conocíamos tan bien.

»Pero no fue un salto como de costumbre. Salió erguido, pero sin la elasticidad habitual. Las piernas no se movieron, y, cuando llegó a cierta altura —alto, pero no tanto como solía subir—, fue como si se desplomara, y cayó al escenario de costado. El público gritó y la gente que estaba entre bambalinas, tanto actores como técnicos, se apresuró hacia él, algunos vestidos para la función, otros, listos ya para irse a casa. El hombre ataviado de lentejuelas yacía inmóvil.

»El mayor grito de todos fue el de la señora Haliday, y ella fue la primera en llegar al sitio donde él, ya muerto, se hallaba tendido. Jack fue tras ella, a tiempo de sujetarla cuando se desmayó. Yo vi poco más que eso, porque decidí ocuparme de los trozos de la trampilla; ya había mucha gente atenta al cadáver. Y el público estaba cruzando el foso de la orquesta y subiendo también al escenario.

»Me las apañé para recoger los fragmentos antes de que llegara la multitud. Me fijé en que algunos tenían profundos arañazos, pero no había tiempo para examinarlos con detenimiento. Coloqué un cajón tapando el hueco de la trampilla, para que nadie metiera un pie. Eso habría supuesto, en el mejor de los casos, una pierna rota; y si la víctima llegaba a caer del todo a través de la trampilla, algo peor. Entre otros restos, encontré una extraña pieza de acero, plana, con forma de estrella y algunas puntas dobladas. Sabía que no formaba parte del mecanismo de la trampilla, pero de algún sitio tenía que proceder, así que la guardé en el bolsillo.

»Para entonces, había una muchedumbre alrededor del cuerpo de Mortimer. Nadie dudaba que estuviera muerto. Su posición lo dejaba claro. El cuerpo yacía en una postura que nada tenía de natural; una pierna estaba plegada debajo de él, con el pie apuntando en dirección incorrecta. ¡Pero basta! No tiene sentido detenerse en los detalles de un cadáver. ¿Alguien puede servirme un poco más de ponche?

»Había otro numeroso grupo de gente alrededor de la señora Haliday, cerca de las bambalinas, donde su marido la había llevado y ayudado a tenderse. También ella parecía un cadáver, pues estaba igual de pálida e inmóvil, y parecía igual de fría. Jack estaba arrodillado junto a ella, frotándole las manos. Quedaba claro que estaba asustado por ella, porque también él estaba blanco como un muerto. Sin embargo, mantuvo la calma y convocó a sus hombres. Dejó a su esposa bajo el cuidado de la señora Homcroft, la encargada del vestuario, que había llegado corriendo. Era una mujer competente, que se hizo cargo de inmediato de la situación. Ordenó a uno de los hombres que levantara a la señora Haliday y la llevara al guardarropa. Supe luego que, cuando llegaron allí, la señora Homcroft echó a todos los que los habían seguido, tanto hombres como mujeres, y se ocupó de ella en persona.

»Yo dejé los trozos de la trampilla sobre el cajón que tapaba el hueco y encargué a uno de nuestros chicos que las vigilara, cuidando de que no las tocara nadie, pues luego podían reclamarlas. Para entonces, los policías que habían estado patrullando la calle ya estaban allí, y, como habían telefoneado a la comisaría central, muchos más no dejaban de llegar. Uno se ocupó de la trampilla rota, y cuando se enteró de quién había puesto allí un cajón y los fragmentos, me mandó llamar. Otros se ocuparon de trasladar el cuerpo al almacén de atrezo, una estancia amplia, con bancos y que se podía cerrar. Dos policías se ubicaron ante la puerta y no dejaban entrar a nadie sin permiso.

»El hombre que se ocupaba de la trampilla me preguntó si había presenciado el accidente. Cuando le dije que sí, me pidió que se lo contara. No debió de tener en gran consideración mis dotes descriptivas, porque enseguida me hizo cambiar de tema. Me dijo que le indicara dónde había encontrado los trozos de la trampilla.

»—La verdad, señor, no podría decírselo. Estaban desparramados por todas partes. Tuve que recogerlos entre los pies de la gente mientras subían en masa al escenario.

»—Muy bien, chico —dijo, de manera bastante amable para ser un policía —. No creo que nadie vaya a molestarte. Hay mucha gente, me han informado, que se encontraba cerca y que lo vio todo. A todos se les citará.

»Yo era un crío enclenque —tampoco es que ahora sea un gigante— y supongo que pensó que no tenía sentido llamar a un niño como testigo disponiendo de un montón de adultos. Luego hizo un comentario sobre mí y un asilo para idiotas que no tuvo nada de amable y que tampoco fue muy inteligente por su parte, porque yo cerré el pico y no solté ni una palabra más.

»El público se fue largando poco a poco. Algunos se fueron por iniciativa propia, a tomar una copa antes de cerraran los *pubs* y a comentar lo sucedido. A los demás los echamos a patadas, entre la policía y nosotros. Luego, cuando la policía se hubo ocupado de todo y asignado a dos agentes para que permanecieran de guardia toda la noche, apareció el forense y se llevó el cuerpo a la morgue, donde un médico de la policía le hizo un *post mortem*. A mí me dijeron que podía irme a casa. Así lo hice, y encantado, después de asegurarme de dejar el sitio en orden. El señor Haliday se llevó a su mujer a casa en un carruaje de alquiler. Supongo que fue lo mejor, porque la señora Homcroft y algunas otras almas amables habían hecho beber a la chica tanto *whisky*, *brandy*, ron, ginebra, cerveza y pipermín, que no habría sido capaz de dar ni un paso.

»Cuando me quitaba los pantalones al desvestirme, algo me rozó la pierna. Era la pieza metálica plana que había cogido del suelo del escenario. Tenía la forma de una estrella de mar, salvo por los brazos, que eran más cortos. Algunas puntas estaban dobladas y otras extendidas. La sostuve, preguntándome de dónde provenía y para qué podía servir, pero no se me ocurrió nada en todo el teatro de lo que pudiera formar parte. La examiné con más atención y vi que los bordes estaban afilados y brillantes. Pero eso no me dijo nada, así que la dejé en la mesa y decidí llevarla al teatro a la mañana siguiente; a lo mejor alguno de los hombres sabía qué era. Cerré el gas y me fui a la cama.

»Debí de empezar a soñar de inmediato y, como es natural, mis sueños versaron sobre el espantoso accidente. Pero, como sucede en los sueños, todo aparecía mezclado. Mortimer, con sus lentejuelas, siendo lanzado por la trampilla, y esta rompiéndose, y los fragmentos desperdigados. Jack Haliday mirando desde un lateral del escenario, junto a su esposa; él pálido como un muerto y ella más guapa que nunca. Y luego Mortimer cayendo, desarmado, y estrellándose contra el escenario, la señora Haliday gritando, y ella y Jack echando a correr, y yo recogiendo los restos de la trampilla rota entre los pies de la gente, y encontrando la estrella de acero con algunas puntas dobladas.

»Me desperté bañado en sudor frío y, a oscuras, me senté en la cama diciendo: “¡Eso es!”.

»La cabeza empezó a darme vueltas y tuve que volver a tumbarme. Ahora lo veía todo claro. El señor Haliday fabricó la pieza en forma de estrella y la colocó en la trampilla, en el lugar donde se juntaban las puntas, y lo había hecho porque su mujer y Mortimer eran amantes. Al final, resultaba que aquellas chicas tenían razón. Las puntas de acero habían bloqueado la

apertura de la trampilla, y cuando Mortimer fue propulsado a través de ella, se partió el cuello.

»A continuación pensé, horrorizado, que si era Jack quien lo había hecho, era un asesino, y lo colgarían. Y, al fin y al cabo, su mujer y el arlequín eran amantes, y Jack la quería mucho y había sido bueno con ella, y ella era su esposa. Y si aquel trozo de metal salía a la luz, lo conduciría a la horca. Pero nadie, al margen de mí y de quien lo fabricó y lo colocó en la trampilla, sabía de su existencia, y el señor Haliday era mi jefe, y el otro ya estaba muerto, de todos modos, y había actuado mal.

»Yo vivía entonces en Quarry Place, y en la antigua cantera había un lago tan profundo que los niños decían que el agua del fondo hervía, de tan cerca que estaba del infierno.

»Abrí la ventana sin hacer ruido y lancé el trozo de metal, a través de la oscuridad, hacia la cantera, lo más lejos que pude.

»Nadie lo ha sabido nunca, porque hasta hoy no he contado ni una palabra. No fui citado en la investigación. Todo el mundo tenía prisa: el forense, el jurado y la policía. Nuestro director también prefería que todo se zanjara lo más rápidamente posible; quería que siguiéramos trabajando, y hablar mucho de la tragedia haría daño al negocio. Así que nada se supo y todo continuó como siempre. Salvo que, después de aquello, la señora Haliday ya no estaba entre bambalinas durante la arlequinada, y se mostraba muy afectuosa con su marido. Era a él a quien ella contemplaba ahora, y siempre con una suerte de adoración respetuosa. Ella sabía lo que había pasado, además de su marido y yo».

Cuando terminó de hablar, hubo un gran silencio. La compañía había escuchado atentamente, así que el único cambio fue la interrupción del discurso de Hempitch. Las miradas de todos se volvieron hacia el señor Wellesley Dovercourt. Era tarea del actor dramático tomar la palabra en una ocasión así. Este, bien consciente de los privilegios de su estatus, dijo sin demora:

—Hmm… ¡Excelente! ¡Sí, señor! Debería usted sumarse a las filas de nuestra profesión, señor jefe de operarios…, comenzando por abajo, claro está. Ha sido muy emocionante su relato, e inequívocamente verídico. Puede que haya algunos errores de detalle, como que la señora Haliday no volvió a flirtear. Yo… conocí al señor Haliday, bajo, naturalmente, su nombre real. Pero preservaré en secreto la información que usted, de forma muy juiciosa, ha suprimido. Una persona muy respetable. Era carpintero en el teatro Duke’s, en Bolton, allá cuando yo disfruté de mis primeros triunfos en el arte

de los histriones, en el año… hmmm. Traté bastante con la señora Haliday por aquel entonces. Y no ha sido usted justo con ella. ¡En absoluto! Era una mujer mucho más atractiva que como la ha retratado. Mucho más.

La encargada del guardarropa susurró a la segunda anciana:

—Señora, todos están haciendo lo mismo esta noche. Me parece a mí que el señor Bloze los ha contagiado. No hay ni una maldita palabra cierta en todo lo que ha dicho Hempitch. Yo estaba presente cuando ocurrió el accidente, porque Jim Bungnose, el *clown*, murió en un accidente. Y era *clown*, no arlequín, y tampoco era el amante de la señora Haliday. A ella ni se le habría pasado por la cabeza cortejar a Jim; era forzuda en un circo y tenía otros gustos. Además, no había ninguna señora Haliday que valga. El carpintero en Grimsby, que es donde pasó esto, era Tom Elrington, que fue mi primer marido. Y en cuanto a eso que el señor Dovercourt recuerda… ¡Todo un cuento chino!

El relato del jefe de operarios fue tan deprimente que el maestro de ceremonias trató de animar las cosas. Cualquier cambio de humor sería para mejor, así que se apresuró a señalar al siguiente narrador.

—Señor Turner Smith, le toca a usted. Es una lástima que no dispongamos de caballete, lienzo y caja de pinturas, ni siquiera de papel de dibujo y carboncillo, para que pueda ofrecernos una demostración de su arte… Una diversión plástica alternativa al caudal de genio narrativo que nos ha venido distrayendo del yermo nevado que nos rodea.

El público, integrado por artistas, aplaudió el vuelo lírico de estas palabras; todos salvo el joven de Oxford, que se limitó a decir de manera que se le oyera bien: «¡Pip, pip!». Había oído algo parecido en las reuniones sindicato. El escenógrafo vio avecinarse el peligro, pues el actor dramático ya se había sacado la pipa de la boca y estaba aclarándose la garganta, así que dio comienzo a su relato:

UN EFECTO DE LUZ DE LUNA

(A Moon-Light Effect)

—Temo no poder ofrecerles ningún relato humorístico ni conmovedor. Mi vida, como requiere el arte que practico, ha carecido de interés. Puede que eso haya sido lo mejor; el arte necesita de serenidad, si no de aislamiento, para alcanzar sus manifestaciones más elevadas. La perfección nunca se ha logrado entre el tumulto silencioso de los pensamientos en conflicto.

—¡Pip, pip! —volvió a decir el joven de Oxford.

El actor dramático se puso en pie de un brinco; el enojo le hizo olvidarse de manera momentánea de su habitual parsimonia de movimiento.

—Protesto contra esta interrupción indecorosa. Esta intromisión en la privacidad de nuestro arte por parte de patanes carentes de alma; esta invasión del núcleo del refinamiento por parte de los más ordinarios vulgarismos, procedentes de un mundo de ineptitud decadente. Más aún, cuando los perpetradores de semejante infamia innoble parecen ignorar el respeto más elemental debido a personas de reconocida superioridad, practicantes de un arte glorioso y miembros de una honrosa profesión. ¡Bah! No se preocupe, Turner Smith. Imagino que las bellas artes deben ser acometidas por turnos. Llegará su momento. Luego podrá usted extraer provecho profesional de este lamentable episodio. Tengo entendido que está usted construyendo el decorado para la pantomima que representaremos en Poole. ¿Por qué no elige como lema para su decorado inicial, el de la escena más lóbrega, La Casa del Patán? El público expresará a las claras cuánto detesta a ese ofensivo sector. Estoy seguro de que el sastre estará a la altura de las circunstancias y nos mostrará a un maníaco especialmente ofensivo, con todo un surtido de modales detestables. El director musical, asimismo, proporcionará un efecto satírico al incorporar a su partitura el: «¡Pip, pip!», cada vez que el patán haga aparición.

El actor dramático retornó a su sitio con aire victorioso. En el tenso silencio que siguió, la encargada del guardarropa susurró a la costurera:

—El señor Wellesley le ha dado un buen rapapolvo. El Buey nunca olvidará la lección.

Buey era el apodo del joven de Oxford, recibido al poco de sumarse a la compañía. Comenzaron a llamarlo así después de que, en el libro de registro de un hostal, escribiera su nombre añadiendo a continuación: «Oxon», lo que sus camaradas interpretaron no como una muestra de presunción sino como un error de ortografía[2].

El escenógrafo vio la oportunidad de proseguir y retomó el relato.

—En cierta ocasión trabajé como pintor de decorados para Schoolbred, el empresario. Fue un contrato un tanto especial pero que me convenía, pues yo había asumido por aquel entonces una gran cantidad de encargos y andaba a la búsqueda de un estudio de pintura. Schoolbred tenía un alquiler a largo plazo del Queen's Opera House, que disponía, como algunos de ustedes quizás recuerdan, de un magnífico *atelier*. Schoolbred me pagaba un buen salario… O, mejor dicho, me lo prometió, porque nunca pagaba a nadie si podía evitarlo. Creo que sospechó que no me fiaba de él, porque añadió a nuestro acuerdo que yo gozaría de libre disponibilidad del estudio de pintura, para mi propio uso, desde que firmara el contrato hasta que empezara a trabajar en su encargo. Mi abogado me dio un buen consejo. Este sabía, por experiencias pasadas, que siempre había problemas con Schoolbred, e insistió en que yo firmara un contrato de alquiler del estudio. «En otro caso», me dijo, «tus pertenencias no estarán a salvo. Si Schoolbred acaba en bancarrota, los acreedores se apropiarán de todo cuando haya en el local, incluidas tus cosas».

Cuando manifesté mis dudas, dijo: «Para ti no supondrá ningún cambio. Cada semana, le das un recibo por tu salario, y él a ti, un recibo por el alquiler; uno por lo otro. En cualquier caso, al final no vas a ver ningún dinero».

Como Schoolbred corría con los materiales y los sueldos de los trabajadores, no vi ningún inconveniente, pues yo no tendría gastos. Todo cuanto arriesgaba era mi tiempo, y en contrapartida, disponía de los mejores marcos de Londres. El encargo de Schoolbred consistía en retocar los viejos decorados pertenecientes a la Opera House, y pintar otros para la nueva ópera de Magnoli, *Il Campador*. Mi ayudante, al que pagaba él, se podía ocupar de la mayoría de los retoques, y como la fecha de entrega era dentro de seis meses, yo disponía de ese plazo de alquiler gratuito y con todo el tiempo para mí.

»En cuanto trasladé mis materiales, me puse a trabajar. Me llevó medio día revisar el libreto de decorados con Grimshaw, el carpintero, y un par de días más examinar los decorados existentes. Estos eran anticuados; casi todo fondos; apenas maquetas, ya no digamos un *trompe l'oeil*. Todo era pesado y viejo, e imposible de plegar, y con tanta madera como para aprovisionar un astillero. Schoolbred había ordenado que los decorados fueran fácilmente transportables, para cuando llegara el momento de salir con las óperas de gira. Grimshaw iba a tener mucho trabajo en cortar en secciones todos aquellos decorados y unir las piezas mediante bisagras para poder plegarlos. Sin embargo, Grimshaw era un buen tipo al que no le asustaba el trabajo duro. Se arremangó y, cuando él y sus hombres se pusieron manos a la obra, no tuve necesidad de supervisar nada. A Schoolbred le corría prisa el trabajo; tanta que ni siquiera se quejó cuando le pedí otro ayudante y un par de trabajadores más. Piensen ustedes lo mucho que eso le suponía, ya que los salarios semanales requieren liquidez, y cada sábado debía apoquinar de su propio bolsillo. Había diecisiete óperas; despiezar y convertir en plegables todos los decorados no era ninguna minucia. Pero una vez solventada esa labor de carpintería, la producción se simplifica mucho y se ahorra tiempo. Pero cuantos más decorados —no de construcción, sino fondos, tules, laterales y bastidores— hay que disponer para su uso en las representaciones y para los viajes, y que sacar y meter del almacén, más faena hay también para el sufrido pintor.

»No obstante, una vez arrancaron los trabajos, y yo hube explicado a los ayudantes lo que quería, y les hube proporcionado bocetos que les sirvieran de guía, pude sacar un poco de tiempo para mi propio trabajo. Había aceptado muchos encargos. Como ustedes saben, acababa de empezar a trabajar por cuenta propia, y cada decorado que terminaba me suponía un buen beneficio que embolsarme. Me esforcé mucho para ganarme un nombre y poder disfrutar de cierta holgura, y así no tener que vivir siempre con un ojo puesto en el dinero. Todos trabajábamos sin descanso. Como Schoolbred no ponía reparos a pagar las horas extra, los hombres estaban dispuestos a trabajar todo el día. Nuestro trabajo incluye largas pausas, y como los hombres deben estar a mano siempre que se les necesite, se las apañaban para dormir allí mismo. Al principio les bastaban unos sacos viejos para tumbarse encima, pero luego fueron poniéndose exquisitos y no se conformaban con menos que terliz, paja fresca y mantas del ejército. A mí no me importaba. Hacía como que no los veía.

»Al fin y al cabo, los trabajadores tienen que descansar en algún momento, y si dormían en el teatro, se ahorraban el coste del alojamiento. Como ustedes saben, los escenógrafos, si estamos atareados, a menudo cocinamos y comemos en el mismo estudio, así que aquellos hombres vivían casi por nada. Naturalmente, yo cargaba todos los gastos, ya que Schoolbred tenía tanta prisa que no se aplicaban las normas de costumbre. Se alegraba de que el trabajo estuviera listo a tiempo, costara lo que costara.

»Yo tenía montados sobre bastidores un conjunto de decorados para *Manfredo*, encargados por Wilbur Winston. Me había quitado de encima el otro trabajo lo más rápido que pude para poder encargarme de eso. Se trataba de una producción importante para mí. El decorado de la Tormenta de Nieve en los Alpes me llevaría a lo más alto. Me detuve a reflexionar; quería hacer algo realmente bueno. Era mi primer trabajo para Winston y necesitaba que quedara satisfecho. Es más, él tenía un buen proyecto a continuación, y todos hablaban de un gran decorado para el British. El encargo de Winston, una vez terminado, era muy voluminoso e incluía gran cantidad de embalaje. Para entonces ya había arrancado la temporada operística. Winston no estaba listo todavía para recibirlo y me pidió que lo guardara hasta que comenzaran los ensayos. No me quedaba más remedio que plegarme a sus deseos, pero, por suerte, en el Queen’s había espacio de sobra, incluso después de haber ordenado los lotes de decorados para las óperas de manera que todos estuvieran a mano cuando llegaran las representaciones. No había ningún problema.

»La temporada prometía mucho, pero al cabo de un par de noches, el negocio se hundió. Schoolbred estaba desesperado. Ya se encontraba hasta las cejas de deudas, y el crédito adicional se vio condicionado a que los acreedores cobraran, al menos, algo de lo que se les debía. Se comportaron bien, eso hay que concedérselo. Ofrecieron a Schoolbred todas las oportunidades posibles, pero cuando vieron que, lejos de mejorar, el negocio iba de mal en peor, solicitaron una reunión.

»En aquella reunión se decidió tomar medidas, y poco después Schoolbred hubo de declararse en bancarrota. El tribunal designó a un síndico, y tomó posesión formal. Todos en el teatro estaban molestos, menos yo. Tenía mi contrato de alquiler, así que estaba a mis anchas.

»No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que descubriera que, pese al alquiler, no todo eran ventajas. Como empleado, yo debía recibir un salario, en caso de haber dinero para pagarlo; pero el liquidador había cortado todos los gastos y yo, junto a los demás trabajadores, había sido despedido. Pero

como arrendador, seguía sujeto a mi contrato de alquiler y tenía que pagar la renta. Como he dicho, para entonces hacía mucho que el encargo de Schoolbred estaba terminado, y yo estaba trabajando en mis proyectos. No tenía derecho a quejarme porque la renta era baja, y aunque no había recibido prácticamente nada a modo de salario, había dispuesto del *atelier*. Así que pagué puntualmente, encantado de poder seguir trabajando. Cierto es que había un pequeño inconveniente; como toda la Ópera estaba bajo control del síndico, y como el estudio que yo tenía alquilado se encontraba dentro del edificio, cada vez que quería sacar uno de mis nuevos decorados, a medida que los iba terminando, necesitaba un permiso especial. No me apetecía tener problemas, así que nunca me quejé; siempre que necesitaba un permiso, lo solicitaba formalmente. El síndico era un buen tipo, muy cortés conmigo. Nos hicimos buenos amigos. Schoolbred seguía representando su espectáculo, con autorización del liquidador. Disponía de buenos activos y sus contratos con los cantantes se hallaban en orden.

»Un día me encontré con él. Schoolbred estaba rabioso. Cuando le pregunté qué le sucedía, apenas pudo articular palabra. Cuando se calmó un poco me dijo:

»—Es para volverse loco. He gastado dinero a manos llenas para fomentar la afición por la ópera, y ahora, cuando tengo una compañía sencillamente excelente y las cosas deberían ir como la seda, esto lo arruina todo. Y lo peor es que todas las deudas eran antiguas, salvo la del propietario del edificio, que es el peor de toda la banda. Me he encargado de restaurar esta ratonera, que llevaba tanto tiempo sin usarse que no había en ella ni un pie de madera que no estuviera podrido. Y va él, y me lleva a la bancarrota, ¡como si eso le beneficiara en algo!

»—¿Y por eso está tan enfadado? —pregunté—. ¿Por qué hoy, si ya lo sabía?

»—Es un motivo indirecto.

»—¿Cómo es eso?

»—Acabo de recibir una oferta de América, una oferta magnífica, una que haría que cualquier director se pusiera a bailar de alegría. Una fortuna, caballero, una fortuna inmensa. Una gira por todas y cada una de las grandes ciudades de los Estados Unidos, Canadá, México y Sudamérica, donde la ópera los vuelve locos.

»—Pero eso es un motivo de alegría —dije—, no de enfado. ¿Por qué patalea cuando una fortuna inesperada se le pone al alcance de la mano?

»—¡Porque es el colmo!

»—Me temo que no le entiendo —dije.

»—¡Ah! ¿Así que no me entiende? —dijo, con una medida de sarcasmo indicadora de que lo peor del enfado ya había quedado atrás—. En ese caso será mejor que se lo explique. ¿Cuál es la razón de poner una fortuna al alcance de mi mano… y luego no permitirme hacerme con ella?

»—A riesgo de parecer tonto, señor Schoolbred —dije—, sigo sin entenderlo.

»—¿Cómo puedo aprovechar una oportunidad de oro si no me es posible salir de aquí? ¿Acaso no tenemos alguaciles en el edificio? ¿Acaso no hay un síndico oficial? ¿Cómo voy a partir hacia América si no me dejan sacar nada de la Ópera? ¡No se puede interpretar ópera de verdad sin decorados, atrezo y vestuario, estúpido! Tenemos aquí dieciséis óperas, la mejores y más populares, todas listas para salir de gira, y ni siquiera podemos mover un dedo. Están todas ensayadas y pulidas hasta el último detalle. Dispongo de los intérpretes, con contrato de dos años y salario inglés, pero que pueden actuar donde y cuando yo lo desee. Si pudiera salir hacia América en algún momento de los dos meses siguientes, nada podría interponerse entre el éxito y yo. No tienen argumentos para impedírmelo y no podrían sacarse uno de la manga a tiempo. Por si fuera poco, cuento con todos los artistas populares, todos y cada uno. Sí, y al principio tendrán que echarme una mano trabajando el primer mes por la mitad del sueldo o incluso completamente gratis, además de tener que correr ellos mismos con sus gastos. Porque están entre la espada y la pared. Se hallan comprometidos conmigo, no pudiendo actuar para nadie más; si no trabajan conmigo, no trabajan en nada. Y aun así, aquí me tiene, aquí nos tiene a todos, bloqueados por culpa de un montón de astillas y trapos. ¡Es una crueldad! ¡Es una perversidad! ¡Es una vileza! Ojalá encontrara el modo de largarme.

»Mientras él hablaba, me vino a la mente un pensamiento que me inquietó mucho. ¿Cómo me afectaba todo aquello? Era cierto que se me había permitido sacar parte de mi trabajo cuando hubo urgencia de hacerlo, pero desde entonces la situación se había recrudecido. Hasta el momento el desastre no había sido más que una amenaza; ahora se trataba de un hecho. ¿Y si se apropiaban de mis pertenencias al igual que de las de Schoolbred? Recordé entonces mi acuerdo de arrendamiento y me felicité por lo inteligente que había sido firmarlo, ya que gracias a él no podrían quedarse con mis cosas. Schoolbred me miraba fijamente, y de pronto dijo:

»—Pero no puedo irme. Ninguno de nosotros puede. Tienen posesión formal de todo cuanto alberga el inmueble, y pondrán buen cuidado en que

nada salga de aquí hasta que llegue el momento de que puedan apropiarse de todo.

»—¡Pero no pueden quedarse con mis cosas! —dije.

»Se frotó las manos, encantado.

»—Cierto. Tiene un arriendo. Me alegro por usted.

»Se quedó pensativo un momento y la expresión se le desmoronó. Pareció alegrarse por un instante, pero el cambio de humor pasó tan rápido como llegó, dejando tras de sí un rostro tomado por una tristeza irremediable. Esta también quedó manifiesta en su voz cuando me dijo:

»—El síndico ese es un tipo cauteloso. ¡Un villano astuto, frío e implacable! A la larga, no tendrá ninguna consideración conmigo ni con usted. Se lo digo, Turner Smith, a modo de invitación a la cautela. No se fíe de él y, si puede evitarlo, no le pida favores. Más adelante puede que no haya problemas, pero de momento, él tiene que pensar en sí mismo.

»—¿Qué quiere decir? —dije.

»—Él tiene que velar por su trabajo. Puede que esté dispuesto a echarle una mano a usted, pero su responsabilidad primera es con la Corte que le da empleo.

»Dos o tres días después se presentó en mi habitación y me dijo que tenía un encargo para mí, explicándome que iba a emprender un nuevo camino en el negocio de la ópera.

»—Pienso ofrecer al público una ópera realista y actual; en realidad será un drama anticuado, al estilo de Adelphi, pero cantado íntegramente. Se titulará *Por el amor de una actriz*. Los decorados consistirán todos en los interiores de un teatro, salvo en el tercer acto, que se desarrollará en el palacio que el billonario perverso tiene en Park Lane. La soprano es, claro está, la heroína, e hija del diseñador de decorados. Ella ama al tenor, siendo correspondida por él, que es el hijo no reconocido que el billonario tuvo con una mujer con quien se casó en secreto. El billonario (el bajo, por supuesto), que es viudo, quiere casarse con ella, pero ella lo rechaza. Entonces él se vuelve loco y la rapta. El tenor irrumpe en el palacio de Park Lane, y hay entonces un gran trío, que concluye cuando el rey y todos sus nobles, que van a cenar, llegan inesperadamente temprano. Resulta que el rey lleva en el bolsillo el certificado del primer matrimonio del billonario, así como el de nacimiento de su hijo. Luego, allí mismo, el rey organiza una asamblea de la Cámara de los Lores, en la que declaran al billonario culpable. Se convoca al verdugo, y el billonario está a punto de ser ejecutado cuando la soprano, mediante una súplica apasionada, ruega al rey que lo perdone. “¡Ayuda, oh,

por favor, el Más Misericordioso de los Gobernantes, ayuda al abuelo de mi hijo no nacido!”. Luego el billonario lega todo su dinero a su hijo, al que el rey nombra duque, y todo acaba bien. ¿Qué le parece, muchacho? ¿Eh?

»—Bien, pues ya que me lo pregunta —dije—, me parece el mayor montón de basura que he oído en mi vida.

»De buen humor, me dio una palmada en el hombro, tras lo que explicó:

»—Cierto, muchacho, está más claro que el agua. Llamarlo basura es quedarse corto. Por eso tengo tantas esperanzas en el proyecto. Lo interpretaremos con toda la seriedad posible y no habrá ni una escena que no esté rebozaba con los tópicos más espantosos. Todo Londres irá corriendo a verla y reventará de risa. La música es buena, muy pegadiza, justo lo que le gusta a la sociedad elegante y sin criterio que solo busca divertirse. Vamos a llenarnos los bolsillos, se lo digo yo, muchacho.

»Seguidamente me hizo una oferta muy atractiva por pintarle los decorados. Dijo que me ofrecía una cantidad generosa porque no podría pagarme hasta el estreno de la ópera. Era razonable, así que acepté. Me dijo luego que, para el primer acto, lo mejor que podíamos hacer era reproducir mi propio estudio de pintura, tal y como estaba ahora.

»—Tiene un aire muy profesional. Todas las herramientas necesarias para la pintura de decorados listas y el pintor manos a la obra; un buen toque realista. Eso enganchará al público. El tenor irá vestido como usted; Willie Larkom se ocupará de eso. Y como nos vendrá bien dejarle claro al público lo cara que es una buena ópera, usted, o más bien él, contará con doce ayudantes, todos caracterizados como los miembros más conocidos de la Royal Academy. Naturalmente, ellos serán el coro, y cantarán una canción con un estribillo pegadizo; algo tan disonante como el chirrido de un torno.

»Cuando ya estaba en la puerta, se volvió para decirme:

»—Por cierto, dos cuestiones: ni una palabra a nadie. El efecto sorpresa es la mitad de la victoria, y quiero que esto vaya ágil, así que debe usted tener listo el primer acto lo antes posible. Como el decorado será una reproducción de su propio taller, y usted mismo se ocupará de la pintura, no hay necesidad de un modelo. Puede empezar a trabajar ya mismo. Para ahorrar tiempo, ya tengo listo el material para los fondos, los de todo el escenario, muchacho, y quiero lienzos nuevos en marcos plegables, fáciles de transportar, y que no haya ni una arruga. Una cosa más, muy importante. Quiero que esa escena, en la que los amantes se encuentran, esté iluminada por una luna radiante. Debe usted fabricar una bien grande, cuyos rayos entren por el techo de cristal del estudio. Quiero mostrar un efecto de luz de luna nunca visto.

»Empecé a trabajar sin demora, y al cabo de tres días lo tenía casi listo. Mantuve las puertas bien cerradas y nadie estaba al tanto del secreto, salvo Schoolbred, yo mismo y, como es lógico, mi gente, de la que me podía fiar.

»Fue una lástima que tuviera que sufrir una demora, pero supongo que fue inevitable. Resultó que Wilbur Winston fijó una fecha para el estreno de *Manfredo*, y necesitaba ya mismo el decorado de la tempestad de nieve, para comenzar con los ensayos de iluminación. Lo había decidido cuatro días antes, pero no se lo dijo a nadie, con la salvedad de unos pocos amigos, hasta que lo tuvo todo listo para acometer los ensayos. Acordé con él que el material sería transportado al British el sábado siguiente por la noche, después de la función. Conseguí un permiso de la policía, que era imprescindible, pues había una cantidad endiablada de material que transportar; parte de ella, de gran tamaño. Algunas de las partes rígidas tenían más de cuarenta pies de largo. Había un ciclorama que abarcaba casi los tres lados del escenario. Este tendría que viajar en dos carruajes unidos, uno a remolque del otro. Yo iría el domingo a primera hora para supervisar la colocación de todo en el escenario del British, y el equipo de Winston comenzaría con la iluminación esa misma noche. Los ensayos empezarían el lunes.

»Schoolbred fue de una gran ayuda a la hora de organizarlo todo. No cabe duda de que era muy resuelto, cuando se lo proponía. Se encargó de conseguir y supervisar el traslado. Le dije cuántos carruajes necesitaríamos, y todos los detalles. Él tenía un contrato con la Compañía de Transportes de Londres, que cubría personal, caballos y horas de faena, y me quedó claro que yo no podría conseguir nada a un precio mejor. Hubo que mantener vigilado al viejo, porque era el granuja más artero con el que me había topado nunca. Dije a mi ayudante que no le quitara el ojo de encima, y él se ocupó de que el material se transportara como es debido. Naturalmente, yo había acordado con el síndico la salida del decorado. Fue muy amable y me dio un permiso por escrito; todo estaba en orden. En absoluto se comportó como Schoolbred me había advertido que haría. Ahora sé bien lo artero que era el viejo estafador.

»Schoolbred me había pedido que colocara nuestro decorado en el escenario; bien elevado para que no molestara durante el ensayo del sábado. No tuvimos función aquella noche, así que el montaje fue sencillo. Utilicé a mis propios hombres y a unos pocos más, enviados por el patrón; el personal de día de la ópera tenía la tarde libre. El patrón había elegido ese día para el descanso del personal del teatro, y todos estaban disfrutando de una gran cena en Islington. El viejo les agasajó con una cena “de lo más generosa”, como luego dijeron. La iluminación no tenía nada de especial: solo con gas y

cenital, como la que usábamos en el estudio de pintura. Schoolbred fue en persona a presenciar el montaje. No queríamos jaleo, así que no había nadie al margen de los que estábamos trabajando. Elogió mucho mi trabajo. Dijo que nunca habría creído que alguien pudiera dar al tristón estudio de pintura un aire tan lujoso.

»—Solo por haber hecho algo así, ya me compensa el haberle alquilado el estudio a cambio de nada —dijo, en un arranque de franqueza impropio de él.

»—¡Pero si no es más que lo que usted mismo me pidió! —respondí—. ¿No recuerda que me dijo que quería que pareciera el súmmum del lujo artístico? Me costó mucho esfuerzo, se lo aseguro, pintar todos esos preciosos muebles antiguos. Dagmar me permitió tomar apuntes en su casa; dijo que estaría encantado de dejarme traer aquí sus cosas.

»—¡Ya lo sabía! —respondió—. En realidad, yo tenía intención de amueblar un poco el escenario, así que fui a verlo y, cuando me confesó qué muebles había tomado usted como modelos, se los compré; él no habría permitido que salieran de su casa de otra manera. Los tengo ahora mismo en mis habitaciones. Haré que los bajen mañana, para que estén listos para los ensayos.

»Hubo un único incidente desagradable aquel día y, curiosamente, provino de quien no nos lo esperábamos. Los hombres encargados de vigilar el inmueble se pusieron irascibles porque a ellos no los habían invitado a unirse a la gran cena. Su queja era de lo más estrambótica, ya que todo su trabajo consistía en estar dentro del inmueble, y nunca fuera. Pero la gente en su situación puede ocasionar montones de problemas simplemente por no hacer nada; y todo el que haya tenido la desgracia de tenerlos en su local sabe que lo mejor es mantenerlos de buen humor. Yo estaba un poco preocupado, pues eran, al fin y al cabo, servidores de la Corte, y podían traerme la ruina si ponían pegas a mi permiso, ya que no podría conseguir otro en regla hasta el lunes. Si Winston no tenía su decorado de la tempestad de nieve el sábado por la noche, también él podía ponerse irascible y repudiar todo nuestro acuerdo, y, en ese caso, ¿dónde me vería yo?».

—En problemas, muchacho, en problemas —dijo el actor de farsa.

—Sssh —dijo toda la compañía a coro, querían oír lo que pasó luego.

—No obstante, Schoolbred los aplacó con la promesa de una cena para ellos solos. El sábado por la noche vi a los hombres sentarse a cenar. No cabe duda de que el viejo cuidó bien de ellos. Hizo que les enviaran la cena desde el restaurante Old Red Post: sopa de pescado, entrantes, carne, dulces, entremeses, queso, postre y café. Además de champán para hartarse, y licores:

brandy y *whisky*, y para acabar, cigarros. Todo estaba dispuesto en la mesa y lo contemplaron relamiéndose con el espectáculo. Me dije: «Estos tipos no pondrán ni la menor pega a mi permiso. Este banquete, digno de Heliogábalo, los cegará. Es más, en breve estarán ciegos, salvo que de otro modo. Después de esto, van a estar durmiendo hasta mañana por la tarde».

»Mi ayudante, Rooke, estaba presente para supervisar el envío de nuestra mercancía, así que yo me fui a casa a disfrutar de un merecido sueño. Sabía bien que no habría ni un momento para dormir ni para descansar en cuanto Winston empezara a ensayar su gran escena.

»El domingo, cuando terminé de colocar mi decorado en el British y lo dejé todo dispuesto para que Winston fuera a inspeccionarlo, apareció Rooke, muy excitado, y me llevó a un lado.

»—¡Qué bribón del demonio! —comenzó. Estaba tan inquieto que me resultó difícil sacarle algo más. Por fin, conseguí que me lo contara todo.

»—¡Ese bribón de Schoolbred! ¿Qué cree usted que ha hecho? Resulta que había firmado un contrato para ir de gira por América, aquel que le dijo a usted que le habían ofrecido, y poner en escena dieciséis óperas. Las tenía preparadas, como sabe usted; el problema era sacarlas, pues estaban en manos de la Corte, y los vigilantes del inmueble no les quitaban el ojo de encima. Bueno, pues resulta que eligió la noche de ayer para largarse. Tenía un gran vapor trasatlántico, el *Rockefeller*, dispuesto en el muelle, y anoche hizo embarcar a la compañía: actores, coro, a todos. Para la medianoche tenía esperando una caravana de carruajes, debía de haber un centenar, y, con la disculpa de sacar el decorado de nuestra escena, arrambló con todo lo que había dentro de la ópera. No se pusieron a ello, claro, hasta no haber hecho lo nuestro, porque yo estaba allí y podría haber sido peligroso. Por supuesto, acompañé a nuestro material y los dejé solos. Viajé en el último de los carruajes y me aseguré de que todo llegara bien al British.

Lo de la nueva ópera no era más que una patraña. Lo de la nueva escena era también una pantalla de humo, para tener callada a la gente y no levantar sospechas. Lo de la luna fue una broma. Llevó todos los sofás al escenario, como dijo que haría, e invitó a los alguaciles a tumbarse a descansar después de la cena. Por lo que sé, allí siguen todavía. Tardarán todo el día en recuperar la consciencia. A ojos de la policía y del resto del mundo, pareció un único trabajo; tenían la orden del síndico y el permiso policial, y en apariencia estaba todo en regla. Una vez que los carruajes se pusieron en marcha, nadie se preocupó de comprobar adónde se dirigían. Así ha sido como el bribón se ha salido con la suya. A estas horas ya estará en alta mar, con todo su

material, y volverá con una fortuna en los bolsillos. El propietario del inmueble no se quejará, porque Schoolbred sigue teniendo que pagarle el alquiler; en otro caso, lo detendrán por robar los decorados. Tampoco se quejará el síndico, porque, al menos durante un año, le aguarda un trabajo fácil, sin nada que hacer y con la certeza de que le seguirán pagando. Incluso los hombres a los que engañó deberán seguir en la ópera, sin otra tarea que rascarse la barriga. Me temo que esperan disfrutar a diario de un atracón como el de anoche. Pero no será así. No conocen a Schoolbred. Es de lo más generoso cuando quiere algo, pero no da a cambio de nada.

»Pero lo hizo, aunque solo fuera por una vez. Antes de regresar de América, me envió el recibo, firmado por el síndico, por la totalidad de mi alquiler. Él mismo lo había pagado».

En aquel momento se oyó un ruido lejano entre el viento. Provenía de debajo de sus pies. Hubo un silbido estridente. Poco después, se oyó un fuerte golpe en la puerta lateral del vagón salón, y la puerta se abrió de golpe, dejando entrar la nieve y un viento gélido. Dos empleados del ferrocarril entraron, cerrando la puerta con dificultad. Uno anunció:

—¡Todo arreglado! Dos locomotoras, una de ellas con rastrillo de cabeza, vienen para acá desde Dundee. Nos abrirán paso por los ventisqueros. Estamos encendiendo la caldera a toda prisa, así que esta noche dormirán en camas, en algún sitio. Y me parece a mí que no nos vendría mal un poco de ese ponche de Johnny Walker.

EL INVITADO DE DRÁCULA
Y OTROS RELATOS INQUIETANTES

(Dracula's Guest and Other Weird Stories)

PREFACIO

Escasos meses antes de su lamentable muerte —podría decirse que cuando la sombra de la muerte ya se cernía sobre él—, mi esposo planificó la publicación de tres colecciones de relatos, siendo el presente libro una de ellas. A la lista original de relatos de este volumen, he sumado un capítulo de *Drácula* inédito hasta el momento. Fue descartado de la novela por la excesiva extensión de esta, pero puede ser de interés para los lectores de la que se considera la obra más importante de mi esposo. Los demás relatos ya han aparecido en publicaciones periódicas inglesas o estadounidenses. Si mi esposo hubiera vivido más tiempo, podría haber considerado necesaria la revisión de esta obra, habiendo sido escrita en su mayor parte en la juventud de su laboriosa vida. Pero habiéndome confiado el destino su publicación, me parece más conveniente y apropiado ofrecer estos relatos prácticamente tal como él los dejó escritos.

FLORENCE BRAM STOKER

EL INVITADO DE DRÁCULA

(Dracula's Guest)

Al empezar nuestro paseo el sol brillaba en Múnich y se respiraba en el aire la alegría propia del inicio del verano. Cuando estábamos a punto de partir, *Herr* Delbrück (el *maître d'hotel* del Quatre Saisons, donde yo me alojaba) se acercó, con la cabeza descubierta, al carruaje y, después de desearme un paseo agradable, dijo al cochero, sin soltar todavía la manilla de la puerta:

—Recuerde estar de regreso antes de medianoche. El cielo parece despejado pero en el viento del norte hay un frescor que quizás sea aviso de una tormenta repentina. Aunque estoy seguro de que no volverá usted tarde. —Dicho esto sonrió y añadió—: Ya sabe qué noche es hoy.

Johann respondió con un enfático: «*Ja, mein Herr*», y, tocándose el sombrero, se puso en marcha con rapidez. Cuando dejamos atrás la ciudad le dije, tras hacerle una seña para que se detuviera:

—Dígame, Johann, ¿qué noche es hoy?

Se santiguó mientras respondía lacónicamente:

—*Walpurgis-Nacht*.

A continuación sacó su reloj, un anticuado artefacto alemán grande como un nabo y lo miró juntando las cejas y con un breve e impaciente encogimiento de hombros. Me di cuenta de que era su modo de protestar respetuosamente por aquel retraso innecesario, así que volví a meterme en el carruaje haciéndole un gesto para que prosiguiera. Se puso en marcha rápidamente, como si deseara recuperar el tiempo perdido. De cuando en cuando los caballos erguían la cabeza y olfateaban con sospecha el aire. En tales ocasiones yo miraba alarmado a mi alrededor. La carretera era desolada, pues atravesábamos una suerte de meseta alta y azotada por el viento. Mientras avanzábamos alcancé a ver un camino con aspecto de estar poco transitado y que penetraba en un valle pequeño y ventoso. Resultaba tan invitador que, a riesgo de molestarlo, pedí a Johann que parara, y cuando

hubo tirado de las riendas le dije que me gustaría seguir por aquel camino. Presentó toda clase de excusas y se santiguó varias veces mientras hablaba. Esto me picó la curiosidad y le hice algunas preguntas. Respondió con evasivas, sin dejar de consultar su reloj a modo de protesta. Finalmente dije:

—Johann, quiero ir por ese camino. No le obligaré si de veras no quiere, pero dígame por qué no le gusta, es todo lo que le pido.

Antes de responder nada, pareció arrojarse del pescante, de tan rápido como bajó al suelo. Me tendió las manos en gesto implorante y me suplicó no ir por allí. Había entre su alemán el inglés justo intercalado para que yo siguiera el rumbo de su discurso. Parecía siempre a punto de decirme algo, lo que de veras le asustaba, pero se frenaba cada vez, limitándose a decir, mientras se santiguaba: «*Walpurgis-Natch!*».

Intenté razonar con él, pero era difícil hacerlo con un hombre cuyo idioma yo desconocía. Él jugaba con ventaja porque, aunque arrancaba hablando en inglés, un inglés muy rudimentario y entrecortado, siempre acababa poniéndose nervioso y volviendo a su idioma, y cada vez que lo hacía miraba el reloj. Los caballos se pusieron nerviosos y olfatearon el aire. Cuando esto sucedió, el cochero empalideció y, mirando asustado a su alrededor, corrió a tomarlos por las bridas y los hizo avanzar unos veinte pies. Lo seguí y le pregunté por qué había hecho tal cosa. A modo de respuesta se santiguó, señaló el lugar del que acabábamos de apartarnos y acercó el carruaje al otro camino. Indicándome una cruz dijo, primero en alemán y luego en inglés:

—Enterrado. Uno que se suicidó.

Recordé la vieja costumbre de enterrar a los suicidas en los cruces de caminos.

—Entiendo, un suicida. ¡Qué interesante!

Pero aunque me fuera la vida en ello no podría decir qué era lo que asustaba a los caballos.

Mientras hablábamos oímos un sonido a medio camino entre un gañido y un ladrido. Sonó muy lejos, pero los caballos se inquietaron mucho y a Johann le llevó un buen rato calmarlos. El cochero estaba muy pálido.

—Parece un lobo. Pero aquí ya no hay lobos.

—¿De veras? —pregunté—. ¿No es cierto que hace mucho que no se ven tan cerca de la ciudad?

—Hace mucho mucho tiempo —respondió—, sobre todo en primavera y verano; pero con nieve se han visto lobos no hace tanto.

Mientras el cochero acariciaba a los caballos intentando calmarlos, unas nubes oscuras corrían por el cielo. Se ocultó el sol y llegó un hálito frío. No

fue más que una ráfaga de aire, no obstante, y más similar a una advertencia que a un hecho consumado, ya que pronto el sol volvió a brillar con toda su fuerza. Johann escrutó el horizonte colocando la mano a modo de visera y dijo:

—Tormenta de nieve llegar pronto.

Volvió a consultar el reloj y, de la misma, aferrando las riendas, pues los caballos seguían pateando incansables el suelo y agitando la cabeza, trepó al pescante como si fuera hora de retomar la marcha.

Fui un poco obstinado y no entré en el carruaje.

—Háble me de adónde lleva ese camino —dije señalando en aquella dirección.

Una vez más se santiguó y farfulló una oración antes de responder: «Está maldito».

—¿Qué está maldito?

—El pueblo.

—¿Entonces hay un pueblo?

—No, no. Desde cientos de años nadie vivir allí.

Me picó la curiosidad.

—Pero dice que hay un pueblo.

—Lo había.

—¿Ya no?

Se enfangó en una larguísima historia, saltando con tanta frecuencia del alemán al inglés y viceversa, que yo apenas podía entenderlo, pero a duras penas capté que hacía mucho tiempo, cientos de años, allí habían muerto muchas personas, a las que habían enterrado en el lugar; y luego se oían ruidos bajo la arcilla, y cuando abrieron las tumbas se encontraron con hombres y mujeres aún con la piel rosácea de los vivos y la boca ensangrentada. Y después, desesperados por salvar la vida ¡y el alma! —y al decir esto se santiguó— los que quedaban huyeron a otros parajes, donde los vivos vivían y los muertos estaban muertos y no… otra cosa. Quedó manifiesto su miedo a pronunciar estas últimas palabras. Cuando retomó su narración se excitó más y más. Parecía como si su imaginación hubiera hecho presa en él, conduciéndolo a un paroxismo de miedo: piel blanca, sudores, temblores y miradas fugaces alrededor, como si temiera que alguna presencia espantosa pudiera manifestarse a plena luz del sol y en terreno abierto. Finalmente, llevado por una desesperación agónica, exclamó: «*Walpurgis-Nacht!*» y señaló el carruaje para pedirme que montara. La totalidad de mi sangre inglesa se reveló ante eso y, plantándome con firmeza, dije:

—Está usted asustado, Johann, está usted asustado. Vuelva a casa. Yo regresaré por mi cuenta; el paseo me vendrá bien. —Cogí del asiento del carruaje mi bastón de marcha de madera de roble, que siempre llevo en las excursiones, y cerré la puerta. Señalé en la dirección de Múnich y dije—: Vuelva a casa, Johann. La *Walpurgis-Nacht* no afecta a los ingleses.

Los caballos estaban más inquietos que nunca y Johann trataba de contenerlos, mientras no cesaba de implorarme nervioso que no cometiera tal tontería. Me compadecí del pobre hombre, que me hablaba muy en serio, pero aun así yo no podía evitar reírme. Su inglés se había esfumado. Presa del nerviosismo, se había olvidado de que la única forma de hacerme comprender lo que sucedía era hablar en mi idioma, y farfullaba en alemán. Aquello empezaba a resultar aburrido. Tras volver a señalarle la dirección, «¡A casa!», me dispuse a dejar atrás el cruce de caminos y adentrarme en el valle.

Con expresión desesperada, Johann hizo dar media vuelta a los caballos, en dirección a Múnich. Me apoyé en el bastón y observé cómo se alejaba. Al principio fue despacio, luego hizo aparición sobre la cresta de la colina un hombre alto y delgado. No distinguí más, estando tan lejos. Cuando se acercó a los caballos, estos empezaron a corcovear y cocear, y relincharon de terror. Johann no pudo contenerlos; se lanzaron al galope por la carretera, despavoridos. Los miré hasta que se perdieron de vista. Busqué a continuación al desconocido, pero me encontré con que también él se había esfumado.

Con ánimo despreocupado di media vuelta y eché a caminar por el camino que se adentraba en el valle, por el que Johann había rehusado llevarme. No había ni la menor razón, que yo alcanzara a vislumbrar, para su negativa; y no tengo reparos en decir que caminé durante las dos horas siguientes sin prestar atención a la hora ni a la distancia recorrida, y sin ver ni asomo de personas o de viviendas. Por lo que respecta al lugar, era pura desolación. Pero eso no llamó mi atención particularmente hasta que, al doblar una curva del camino, llegué un sotillo; me percaté entonces que, de manera inconsciente, me venía sintiendo impresionado por la desolación del paraje.

Me senté a descansar y miré a mi alrededor. Advertí que hacía mucho más frío que cuando inicié el paseo; se oía una suerte de sonido gimiente, en el que se intercalaba de tanto en cuando un bramido sordo. Miré hacia arriba y descubrí que gruesos nubarrones surcaban el cielo desde el norte y hacia el sur, a gran altura. Había indicios de la gestación de una tormenta incipiente en un estrato elevado de la atmósfera. Estaba un poco destemplado así que,

pensando que me estaba enfriando por detenerme tras el ejercicio, retomé la marcha.

El terreno por el que ahora iba era mucho más pintoresco. No había elementos llamativos que atrajeran la mirada pero en todo imperaba una suerte de encanto. No presté atención a la hora y solo cuando el crepúsculo se hizo manifiesto empecé a pensar en cómo dar con el camino de vuelta a casa. La luminosidad previa había desaparecido. Hacía frío y cada vez más nubes se deslizaban por el cielo. Las acompañaba un soplido lejano, entre el que se abría paso a intervalos aquel misterioso aullido que el cochero había atribuido a un lobo. Por un instante vacilé. Pero había dicho que vería el pueblo desierto, así que seguí adelante, y poco después llegué a una amplia extensión de campo abierto, rodeada de colinas. Las laderas de estas se hallaban pobladas de árboles, que descendían hasta la llanura, donde formaban pequeños sotos en las pendientes y declives. Seguí con la vista el camino y vi que trazaba una curva cerca de uno de los sotos más densos y desaparecía tras él.

El aire se tornó más frío y empezó a nevar. Pensé en las millas y millas de paraje desolado que había recorrido, y me apresuré a buscar refugio en el sotillo que tenía delante. El cielo no dejaba de oscurecerse y la nieve caía con más fuerza y más tupida, hasta que el suelo se convirtió en un resplandeciente manto blanco cuyos límites se perdían en una indefinición neblinosa. El camino en aquel punto era muy rudimentario, y en terreno llano sus bordes no estaban tan claros como cuando discurría por laderas; y no tardé en darme cuenta de que en algún momento me había apartado de él, pues bajo mis suelas ya no sentía una superficie dura, sino que los pies se me hundían en la hierba y el musgo. El viento arreció y su fuerza no cesó de aumentar, hasta obligarme a correr para guarecerme. La temperatura se tornó helada y, pese al ejercicio, empecé a sufrir el frío. La nieve caía ahora muy cerrada y giraba a mi alrededor formando vertiginosos remolinos, de manera que yo apenas podía mantener los ojos abiertos. De cuando en cuando un nítido rayo rasgaba los cielos, y los destellos me permitieron ver, frente a mí, una gran masa de árboles, tejos y cipreses sobre todo, cubiertos por una gruesa capa de nieve.

Estuve pronto al cobijo de los árboles, y allí dentro, en el silencio que reinaba en comparación, oí el soplido del viento en las alturas. Poco después la negrura de la tormenta se confundió con la de la noche y, poco a poco, la tormenta fue pasando; ya solo quedaban de ella unas ráfagas de viento, fuertes pero intermitentes. En tales momentos, el extraño sonido del lobo parecía multiplicarse en forma de ecos a mi alrededor.

De cuando en cuando, entre la negra masa de nubes en movimiento asomaba un lánguido rayo de luz lunar que iluminaba el lugar y me informaba de que me encontraba al borde de una densa masa de cipreses y tejos. Como había dejado de nevar, abandoné el refugio e investigué un poco. Se me ocurrió que, entre todos los antiguos cimientos junto a los que había pasado, a lo mejor quedaba alguna casa que, si bien en ruinas, pudiera proporcionarme un buen cobijo para pasar unas horas. Al rodear el sotillo, descubrí un muro bajo que lo circundaba y, siguiéndolo, llegué a una abertura. Los cipreses formaban allí un sendero que conducía a la cuadrada silueta de una suerte de construcción. Pero en el momento preciso en que alcancé a ver esto, las nubes ocultaron la luna y hube de recorrer el sendero entre tinieblas. El viento debía de ser más frío ahora, pues me puse a temblar; pero al menos contaba con la perspectiva de un refugio, así que seguí adelante a tientas.

Me detuve, en respuesta a una quietud repentina. La tormenta había pasado; y, simpatizando quizás con el silencio de la naturaleza, mi corazón parecía haber cesado de latir. Pero fue solo algo pasajero, pues de pronto la luz de la luna se abrió paso entre las nubes, revelándome que me hallaba en un cementerio, y que la silueta cuadrada ante mí era una enorme y maciza tumba de mármol, tan blanca como la nieve que yacía sobre ella y a su alrededor. Junto con la luz de la luna llegó el fiero lamento de la tormenta, que parecía haber retomado su curso con un aullido sordo y prolongado, como el de numerosos perros o lobos. Yo estaba impresionado y asustado, y sentí cómo el frío penetraba en mí hasta atenazarme el corazón. Mientras el manto de luz lunar continuaba tendido sobre la tumba de mármol, la tormenta dio muestras adicionales de recobrar fuerzas, como si volviera sobre sus pasos. Impulsado por alguna clase de fascinación, me aproximé al sepulcro para verlo mejor y averiguar por qué ocupaba un lugar aislado y destacado. Caminé a su alrededor y, sobre la puerta dórica, leí, escrito en alemán:

CONDESA DOLINGEN DE GRATZ
EN STYRIA
BUSCÓ Y HALLÓ LA MUERTE
1801

En lo alto de la tumba, aparentemente clavada en el sólido mármol —pues la estructura la componían unos pocos e inmensos bloques de piedra—, había una gran barra de hierro, o quizás un gran pincho. En la parte trasera de la tumba figuraba grabado en grandes caracteres rusos:

«Los muertos viajan deprisa».

Había algo tan raro y misterioso en todo aquello que sufrí un vahído y sentí que me faltaban las fuerzas. Deseé, por primera vez, haber seguido el consejo de Johann. Me asaltó un pensamiento, inspirado por las inusuales circunstancias en que me encontraba y que me causó una terrible impresión. ¡Era la noche de Walpurgis!

La noche de Walpurgis, cuando, de acuerdo a la creencia de millones de personas, el diablo anda suelto, cuando las tumbas se abren y los muertos emergen y caminan sobre la tierra. Cuando todo lo maligno proveniente de la tierra, el aire y el agua campa a sus anchas. El cochero había querido evitar aquel sitio en particular. Aquel pueblo abandonado hacía siglos. Allí era donde yacían los suicidas, y allí era donde me hallaba yo, solo, desguarnecido, temblando de frío, rodeado de nieve y con una fuerte tormenta cerniéndose sobre mí. Hube de recurrir a toda la filosofía y a toda la religión que me habían inculcado, a todo mi valor, para no ceder al miedo.

Y a continuación un auténtico tornado cayó sobre mí. El suelo tembló como si miles de caballos lo surcaran al galope; y esta vez la tormenta desplegó sus heladas alas, no en forma de nieve, sino de gruesas piedras de granizo, que caían con tanta fuerza como si fueran lanzadas por honderos baleares; granizo que rompía hojas y ramas de manera que los cipreses no prestaban más cobijo del que proporcionarían los tallos de un maizal. Mi primera reacción fue correr hacia el árbol más próximo, pero pronto hube de abandonarlo y buscar protección en el único sitio que podría proporcionarla, el profundo umbral dórico de la tumba de mármol. Allí, acurrucado contra la gran puerta de bronce, me vi aceptablemente a salvo del castigo del granizo, dado que ahora solo llegaban hasta mí las piedras que salían rebotadas tras chocar contra el suelo o el mármol.

Al apoyarme en la puerta, esta cedió y se abrió hacia dentro. Incluso el refugio de una tumba resultó bienvenido bajo aquella tempestad implacable, y estaba yo a punto de entrar cuando un rayo de múltiples brazos iluminó toda la extensión del cielo. Juro por mi vida que vi entonces, cuando los ojos se me habituaron a la oscuridad de la tumba, a una hermosa mujer, de mejillas rellenas y labios rojos, que parecía dormir tendida sobre unas andas.

Cuando el trueno restalló en las alturas, sentí como si la mano de un gigante me apresara y me vi arrojado de nuevo bajo la tormenta. Fue todo tan repentino que, antes de reponerme de la impresión, tanto moral como física, me encontré acribillado por el granizo. Al mismo tiempo experimenté la sensación extraña e imperiosa de no hallarme solo. Miré hacia la tumba. Cayó justo entonces otro relámpago cegador, que golpeó la barra de hierro que

coronaba la tumba y a través de la cual descendió hasta el suelo, sacudiendo y quebrando el mármol, entre una ráfaga de llamaradas. La muerta se alzó por un instante, presa de la agonía, lamida por las llamas, y su amargo grito de dolor quedó ahogado por el trueno. Lo último que oí fue esa aterradora combinación de sonidos, pues una vez más me vi atrapado por la misma presa de gigante de antes y alejado a rastras, mientras el granizo me ametrallaba y el aire reverberaba con el aullido de los lobos. La última imagen que recuerdo es la de una tenue y blanca masa en movimiento, como si todas las tumbas a mi alrededor hubieran expulsado los fantasmas de sus muertos amortajados, y estos se cernieran sobre mí a través de la blanca borrosidad del granizo.

Poco a poco fui recobrando un débil inicio de conciencia; a continuación padecí un cansancio aterrador. Por unos momentos no pude recordar nada, pero lentamente recobré el uso de los sentidos. Un fuerte dolor me atormentaba los pies; no podía moverlos. Parecían paralizados. Una sensación de frío helador partía de mi nuca y descendía por la columna vertebral, y mis oídos, al igual que los pies, estaban muertos, pero me dolían; no obstante, sentía en el pecho una calidez que, en comparación, resultaba deliciosa. Se trataba de una pesadilla, una pesadilla física, si es que puede emplearse tal expresión, pues un gran peso sobre mi pecho me dificultaba respirar.

Ese periodo de semiletargo pareció prolongarse largo tiempo, durante el que debí de caer dormido o desvanecerme. Experimenté a continuación náuseas, como un primer asomo de mareo, y el deseo irrefrenable de liberarme de algo, no sabía de qué. Me rodeaba una profunda quietud, como si el conjunto del mundo se hubiera dormido o muerto, rota tan solo por el leve jadeo de algún animal próximo a mí. Algo caliente me raspó la garganta, y con ello llegó la espantosa revelación de lo que estaba sucediendo, helándome el corazón y haciendo que la sangre me subiera en oleadas al cerebro. Había un animal grande tendido sobre mí, lamiéndome el cuello. Evité moverme, una prudencia instintiva me hizo quedarme inmóvil; pero la bestia debió de percatarse de que algún cambio se había producido, pues alzó la cabeza. Entre las pestañas, vi sobre mí los grandes ojos llameantes de un lobo inmenso. Los dientes, blancos y afilados, brillaban en la boca entreabierta y roja, y sentí su aliento, caliente, fuerte y acre, en la cara.

Siguió otro intervalo del que no conservo ningún recuerdo. Cobré a continuación conciencia de un gruñido sordo, seguido por un gañido, que se repitió una y otra vez. Proveniente de muy lejos oí: «¿Hay alguien ahí? ¿Hay alguien ahí?», como si muchas voces gritaran a la vez. Con cautela, levanté un poco la cabeza y miré en la dirección de la que provenía el sonido, pero el

cementerio me bloqueaba la vista. El lobo seguía gañendo de aquel modo extraño, y un resplandor rojizo hizo aparición entre los cipreses y se desplazó como si siguiera el sonido. Cuando las voces se acercaron, el lobo gañó más rápido y más fuerte. Me daba miedo hacer cualquier movimiento o ruido. El resplandor rojizo se acercó más, reflejado en el blanco palio de nieve. Proveniente del otro lado de los árboles apareció una tropa de jinetes al galope, portando antorchas. El lobo se levantó de mi pecho y se alejó hacia el cementerio. Vi a uno de los jinetes (soldados, a juzgar por sus tocados y los amplios capotes militares) alzar su carabina y apuntar. Un compañero le apartó el arma de un golpe y oí silbar la bala sobre mi cabeza. Me había confundido con el lobo. Otro soldado avistó al animal mientras este se escabullía y hubo un segundo disparo. Al galope, la tropa siguió adelante, dividiéndose en dos; unos en mi dirección, otros siguiendo al lobo, que desapareció entre los cipreses nevados.

Cuando se acercaron traté de moverme, pero estaba inerme, pese a que podía ver y oír cuanto sucedía. Dos o tres soldados echaron pie a tierra y se arrodillaron junto a mí. Uno me alzó la cabeza y me puso una mano sobre el corazón.

—¡Buenas noticias, camaradas! —exclamó—. ¡Su corazón aún late!

Me vertieron un poco de brandi en la boca, que me revigorizó, y pude abrir los ojos del todo y mirar alrededor. Luces y sombras se movían entre los árboles, y oí a los hombres llamarse entre ellos. Se agruparon, profiriendo exclamaciones de miedo, y las luces centellearon cuando otro grupo emergió del cementerio en tropel, como poseídos. Cuando se acercaron a nosotros, los que estaban conmigo preguntaron ansiosos:

—¿Lo habéis encontrado?

La respuesta llegó atropelladamente.

—¡No, no! ¡Vayámonos de aquí! ¡Rápido! Este no es sitio para estar, ¡y menos esta noche!

«¿Qué era eso?», fue la pregunta que formulaban de un centenar de maneras. Las respuestas eran diversas e inconcretas, como si los hombres sintieran el impulso de hablar y aun así un miedo compartido les llevara a callar lo que pensaban.

—Era… era… ¡Ya lo creo que sí! —farfulló uno, al que el juicio parecía haberle abandonado de manera pasajera.

—Un lobo, ¡pero en realidad no! —dijo otro con un escalofrío.

—De nada sirve ir tras él si no tenemos una bala previamente bendecida —comentó otro en tono más normal.

—¡Por esta noche ya hemos cumplido! ¡Nos hemos ganado los mil marcos! —exclamó un cuarto.

—Había sangre en los trozos de mármol —dijo otro tras una pausa— y eso no fue por el rayo. En cuanto a él, ¿está bien? ¡Fijaos en su garganta! Mirad, camaradas, el lobo estaba tumbado sobre él para mantenerlo caliente.

El oficial me miró la garganta y contestó:

—Se encuentra bien. La piel no está desgarrada. ¿Qué significa esto? Nunca lo habríamos encontrado de no haber sido por los gañidos del lobo.

—¿Qué ha sido de esa cosa? —preguntó el que me sostenía la cabeza, y que parecía el menos afectado por el pánico; sus manos estaban firmes, sin asomo de temblor. En la manga llevaba un galón de oficial de bajo rango.

—Se ha ido a su casa —respondió un hombre de rostro alargado y pálido, que temblaba de miedo mientras no dejaba de mirar a su alrededor—. Aquí hay tumbas de sobra donde puede yacer. Vayámonos, camaradas. ¡Vayámonos rápido! Salgamos de este sitio maldito.

El oficial me irguió hasta dejarme sentado y pronunció una orden; entre varios hombres me subieron a un caballo. El oficial montó detrás de mí, me sujetó entre sus brazos y dio orden de ponerse en marcha. Dando la espalda a los cipreses, nos alejamos deprisa y en formación.

Mi lengua seguía rehusando funcionar, así que yo permanecía forzosamente en silencio. Debí de dormirme porque lo siguiente que recuerdo es estar en pie, sujetado por un soldado a cada costado. Era casi pleno día y al norte el sol proyectaba una lista roja sobre la extensión de nieve. El oficial decía a los hombres que no contaran nada de lo que habían visto, salvo que encontraron a un inglés protegido por un perro grande.

—¡Un perro! Eso no era un perro —lo interrumpió el hombre que tanto miedo había manifestado—. Sé reconocer a un lobo cuando lo veo.

El joven oficial respondió con serenidad:

—He dicho un perro.

—¡Un perro! —replicó el otro irónicamente. Con la salida del sol estaba recuperando el valor. Señalándome, dijo—: Mire su garganta. ¿Es eso obra de un perro, señor?

Instintivamente, me llevé la mano al cuello, y al tocarlo grité de dolor. Los hombres se arremolinaron a mi alrededor para mirar, algunos tras saltar de sus sillas de montar, y una vez más se oyó la serena voz del oficial.

—Un perro, como he dicho. Si dijéramos cualquier otra cosa solo conseguiríamos que se rieran de nosotros.

Me hicieron montar a la espalda de uno de los jinetes y entramos en los suburbios de Múnich. Allí encontramos un carruaje libre, al que monté y que me llevó al Quatre Saisons; el joven oficial me acompañó, mientras que un jinete nos seguía llevando el caballo de aquel y los demás se retiraban a sus barracones.

Cuando llegamos, *Herr* Delbrück bajó tan apresuradamente a recibirme que resultó evidente que me había estado esperando. Tomándome las manos me condujo con gran cuidado al interior. El oficial me saludó y ya se estaba dando media vuelta para irse cuando le insistí para que me acompañara a mis habitaciones. Con una copa de vino en la mano le di sentidamente las gracias, a él y a sus camaradas, por salvarme. Respondió que estaba feliz de haberlo hecho y que *Herr* Delbrück se había ocupado desde el primer momento de gratificar a la partida de búsqueda. Ante esas desconcertantes palabras, el *maître d'hotel* se limitó a sonreír; por su parte, el oficial adujo que el deber lo llamaba y se retiró.

—*Herr* Delbrück —pregunté—, ¿cómo y por qué razón fueron los soldados en mi búsqueda?

Se encogió de hombros, como si quisiera quitar importancia a lo que había hecho.

—Tuve la suerte de que mi antiguo comandante de regimiento me concediera permiso para solicitar voluntarios.

—¿Pero cómo sabía usted que me había perdido?

—El cochero vino a verme con lo que quedaba del carruaje, que sufrió serios desperfectos cuando los caballos se desbocaron.

—¿Y solo por eso envió usted una partida militar de búsqueda?

—Claro que no —respondió—. Antes incluso de que llegara el cochero, recibí este telegrama del boyardo que lo ha invitado a usted.

Sacó del bolsillo un telegrama que me tendió y en el que leí:

> *Bistritza*.
>
> Cuide usted de mi invitado. Su seguridad es de lo más preciada para mí. Si algo le sucediera, o en caso de perderse, no repare usted en medios para encontrarlo y garantizar su seguridad. Es inglés y por lo tanto temerario. La nieve, los lobos y la noche son fuentes de peligro. No se demore un instante si sospecha de cualquier perjuicio que él pueda sufrir. Compensaré su celo con mi fortuna. *Drácula*.

Mientras sostenía el telegrama sentí que la habitación daba vueltas a mi alrededor, y si el atento *maître d'hotel* no me hubiera sujetado, habría caído al suelo. Había algo tan extraño en todo aquello, tan inquietante e imposible de concebir, que me sentí como si fuerzas desconocidas jugaran conmigo, idea

que bastó para paralizarme. Me hallaba bajo alguna forma de protección misteriosa. Desde un país lejano había llegado, justo a tiempo, un mensaje que me rescató del peligro de morir congelado y de las fauces del lobo.

LA CASA DEL JUEZ

(The Judge's House)

Cuando se acercó el momento de sus exámenes, Malcolm Malcolmson decidió irse a algún sitio donde pudiera estar a solas para estudiar. Temía las distracciones de la costa, y temía asimismo el completo aislamiento del campo, cuyos atractivos conocía desde hace mucho, así que decidió buscar algún modesto pueblecito donde nada lo distrajera. Se abstuvo de pedir sugerencias a sus amigos, pues supuso que cada uno le recomendaría un lugar familiar para él y donde tuviera conocidos. Como Malcolmson pretendía evitar a sus amigos, tampoco deseaba cargar con las atenciones de los amigos de sus amigos, por lo que se ocupó de dar él mismo con el sitio. Llenó un baúl de viaje con ropa y los libros que necesitaba y sacó un billete para el primer destino de la lista de salidas que le fuera desconocido.

Cuando al cabo de tres horas de viaje se apeó en Benchurch, se alegró de haber borrado sus huellas de manera que pudiera proseguir en paz sus estudios. Fue directamente a la única posada que había en el tranquilo lugar y tomó alojamiento para esa noche. En Benchurch se celebraba un mercado cada tres semanas, momento en que el pueblo se llenaba de gente, pero durante los veintiún días restantes era tan atractivo como un desierto; al día siguiente de su llegada, Malcolmson buscó un alojamiento incluso más aislado que el que la serena posada The Good Traveler le proporcionaba. Hubo un solo sitio que le gustó, y, en efecto, se ajustaba a sus más extravagantes deseos de tranquilidad; en realidad, «tranquilo» no era la palabra más adecuada para el lugar; «desolado» era el único término que reflejaba la medida de su aislamiento. Se trataba de una casa de estilo jacobeo, laberíntica, robusta, con pesados gabletes y ventanas anormalmente pequeñas y ubicadas más alto de lo que era habitual en casas de aquel tipo, y que se hallaba rodeada por un alto muro de piedra de recia construcción. De hecho, más parecía una casa fortificada que una vivienda convencional. Pero todo ello satisfacía a Malcolmson. «Aquí», pensó, «esto es exactamente lo

que estoy buscando. Si pudiera alojarme en esta casa sería feliz». Su alegría creció al advertir, sin espacio para la duda, que la vivienda se hallaba deshabitada.

En la oficina de correos averiguó el nombre del agente inmobiliario, que se mostró extrañamente sorprendido ante la solicitud de alquilar una parte de la vieja casa. El señor Carnford, el abogado y agente inmobiliario de la localidad, era un caballero afable y de avanzada edad, que con franqueza le confesó cuánto le alegraba que alguien estuviera dispuesto a vivir en aquella casa.

—Si le digo la verdad —añadió—, estaría encantado, e igualmente los propietarios, de dejar que alguien viviera gratis en ella durante años, para que la gente de aquí se acostumbre a verla habitada. Lleva tanto tiempo vacía que ha surgido un absurdo prejuicio contra ella, y la mejor vía para acabar con ello es poblarla…, aunque —añadió dedicando una mirada traviesa a Malcolmson— solo sea por un estudiante como usted, que busca durante un tiempo la tranquilidad del sitio.

Malcolmson consideró innecesario preguntar al agente por el «absurdo prejuicio»; sabía que podría recabar más información sobre el tema, en caso de requerirla, de otras fuentes. Abonó tres meses de alquiler, tomó el recibo, se informó del nombre de una buena mujer que pudiera ocuparse de las faenas domésticas y salió con las llaves en el bolsillo. Fue a ver seguidamente a la patrona de la posada, una persona alegre y de lo más amable, y le pidió consejo sobre las provisiones y demás efectos que pudiera necesitar. Ella alzó las manos, atónita, cuando él le dijo dónde iba a instalarse.

—¡En la casa del juez no! —dijo ella, empalideciendo.

Él le explicó dónde estaba la casa, puesto que no sabía su nombre. Cuando terminó, ella dijo:

—Sí, seguro que sí. Es el mismo sitio. Es la casa del juez.

Él le pidió que le hablara del sitio, por qué se llamaba así y qué tenía la gente en su contra. Ella le contó que en el pueblo la conocían por ese nombre porque hacía muchos años —no sabía cuántos porque ella procedía de otra parte del país, pero creía que cien o más— fue la morada de un juez que inspiraba terror a causa de sus duras sentencias y de la hostilidad que manifestaba contra los prisioneros en Assizes. En cuanto a qué había contra la casa, no lo sabía. Había preguntado a menudo al respecto, pero nadie pudo aclarárselo; no obstante, existía la impresión general de que allí había *algo*, y, por lo que a ella respectaba, no pasaría una hora a solas en la casa ni por todo

el dinero del banco Drinkwater. A continuación se disculpó por haber perturbado a Malcolmson con sus palabras.

—Ha sido muy incorrecto por mi parte, señor, pero también lo es por la suya, si me permite decirlo, vivir allí completamente solo, tratándose además de un joven caballero. Y discúlpeme usted, pero si fuera mi hijo no dormiría allí ni una noche, ¡aunque tuviera que ir yo en persona a hacer sonar la gran campana de alarma que hay en el tejado!

La buena mujer hablaba tan manifiestamente en serio y sus intenciones era tan amables que Malcolmson, pese a que todo aquello le divertía, se sintió conmovido. Le dijo sinceramente cuánto apreciaba su interés, y añadió:

—Pero, mi querida señora Witham, no hay razón para que se preocupe usted por mí. Un hombre que estudia matemáticas en la universidad de Cambridge tiene demasiado en lo que pensar como para que lo moleste cualquier «algo» misterioso, y su trabajo es de una índole demasiado exacta y prosaica como para dejar espacio en su cabeza para misterios de cualquier clase. ¡La progresión harmónica, las permutaciones, las combinaciones y las funciones elípticas ya entrañan misterios suficientes para mí!

La señora Witham se puso manos a la obra con lo que le había encargado y él fue en persona a ver a la anciana que le había sido recomendada. Cuando volvió con esta a la casa del juez, un par de horas más tarde, se encontró en la puerta con la señora Witham, que lo esperaba junto con un grupo de hombres y niños cargados de paquetes, y con un tapicero que llevaba una cama en un carro, ya que, según ella, aunque las mesas y las sillas podían seguir en buen estado, una cama que podía llevar cincuenta años sin airear no era descanso adecuado para unos huesos jóvenes. Era evidente que sentía curiosidad por ver el interior de la casa, y pese a estar tan asustada del «algo» que al menor ruido se acurrucaba contra Malcolmson, que no la dejó sola en ningún momento, recorrió todo el lugar.

Tras examinar la casa, Malcolmson decidió instalarse en el amplio comedor, lo bastante grande para satisfacer todas sus necesidades; y la señora Witham, con ayuda de la asistenta, la señora Dempster, procedió a disponerlo todo. Una vez trasladados los bultos al interior, Malcolmson se encontró con que, haciendo gala de gran previsión, la señora Witham había enviado provisiones de su propia cocina para varios días. Antes de irse, ella le manifestó sus mejores deseos, y en la puerta se volvió y dijo:

—Y, señor, como el comedor es amplio y hay en él corrientes de aire, quizás sería conveniente hacerse con un biombo grande para colocarlo por las noches alrededor de la cama, aunque, si le digo la verdad, yo me moriría si

tuviera que estar ahí dentro, encerrada, con toda clase de… «cosas» asomando la cabeza por los costados y por arriba, ¡mirándome!

La imagen que ella misma había invocado fue demasiado para sus nervios, y salió huyendo sin disimulo.

La señora Dempster inspiró por la nariz con aire de superioridad y comentó que, por lo que a ella respectaba, ni todos los duendes del reino bastaban para asustarla.

—Le diré lo que sucede, señor. Los duendes son toda clase de cosas, ¡menos duendes! Ratas y ratones, e insectos, y puertas que chirrían, y tejas sueltas, y ventanas rotas, y cajones atrancados, que se quedan abiertos y caen al suelo en mitad de la noche. Fíjese en el empanelado de las paredes. Es viejo. Tiene siglos. ¿Cree usted que ahí atrás no habrá ratas e insectos? ¿Cree usted, señor, que no va a verlos? Las ratas son duendes, se lo aseguro, y los duendes son ratas. ¡Que no se le meta nada más en la cabeza!

—Señora Dempster —dijo Malcolmson muy serio, dedicándole una educada reverencia—, ¡sabe usted más que el mejor graduado en matemáticas de Cambridge! Y permítame añadir que, como muestra de mi estima por su indudable fortaleza de mente y corazón, le haré entrega, cuando me vaya, de esta casa y dejaré que se aloje aquí durante los dos últimos meses del alquiler, ya que a mí me bastará con cuatro semanas.

—Le estoy muy agradecida, señor —respondió ella—, pero no podría pasar ni una noche fuera de mi actual alojamiento. Estoy en el albergue de caridad de Greenhow, y si me ausentara una sola noche perdería todo lo que tengo en el mundo. Las reglas son muy estrictas, y hay mucha gente a la espera de una vacante como para correr riesgos. Al margen de eso, señor, estaré encantada de venir a atenderle durante su estancia.

—Señora mía —dijo Malcolmson atropelladamente—, he venido aquí con el solo propósito de encontrar soledad, y créame que estoy muy agradecido al difunto Greenhow por su caridad admirable, consista en lo que consista, la cual me evita la tentación de tener compañía. Ni el mismísimo san Antonio podría ser más riguroso.

La anciana se rio ásperamente.

—Ustedes, los jóvenes —dijo—, no le tienen miedo a nada. Aquí tendrá usted toda la soledad que quiera, así será.

De la misma se puso a limpiar, y al atardecer, cuando Malcolmson regresó de su paseo —siempre se llevaba un libro para estudiar cuando paseaba— se encontró la estancia barrida y ordenada, un fuego ardiendo en la antigua

chimenea, la lámpara encendida y la mesa preparada para la cena con la excelente comida de la señora Witham.

—Esto sí que es confort —se dijo frotándose las manos.

Cuando hubo terminado de cenar, llevó la bandeja al otro extremo de la gran mesa de roble, sacó sus libros, echó leña al fuego, despabiló la lámpara y se dispuso a emprender una concentrada sesión de trabajo. A ello se dedicó sin pausa hasta cerca de las once de la noche, cuando se detuvo para avivar el fuego, ajustar la lámpara y prepararse una taza de té. Siempre le había gustado el té, y durante su estancia en la universidad se había acostumbrado a trabajar hasta tarde y beber té. El descanso era un gran lujo para él, así que lo disfrutaba con un abandono exquisito, voluptuoso. El fuego avivado saltaba y chisporroteaba, proyectando extrañas sombras en la antigua y gran estancia; y mientras sorbía su té caliente, gozó de sentirse aislado del resto de personas. Fue entonces cuando se percató por primera vez del ruido de las ratas.

«No puede haber sonado tan fuerte mientras estaba estudiando», pensó. «En ese caso seguro que lo habría notado».

Poco después, cuando el ruido aumentó, se dio la razón a sí mismo. Estaba claro que al principio las ratas se habían asustado por la presencia de un desconocido, así como por el fuego y la luz de la lámpara, pero luego se habían ido envalentonando y ahora correteaban como tenían por costumbre.

¡Cuánto se movían! ¡Y qué extraños ruidos hacían! Arriba y abajo tras el viejo revestimiento de madera de las paredes, por encima del techo y por debajo del suelo corrían, roían y chillaban. Malcolmson sonrió al recordar las palabras de la señora Dempster: «¡Los duendes son ratas y las ratas son duendes!». El té empezó a hacer su efecto de estímulo intelectual y nervioso y Malcolmson previó otra buena sesión de trabajo antes de la llegada del amanecer, y, con la tranquilidad que le proporcionaba tal perspectiva, se concedió el lujo de echar un buen vistazo a la estancia. Cogió la lámpara y recorrió el comedor, asombrado por que una casa tan pintoresca y hermosa hubiera estado tanto tiempo abandonada. Las molduras talladas en el roble del empanelado eran de gran calidad, y las que cubrían y rodeaban las puertas, así como las ventanas, eran preciosas y de un talento nada común. Había algunos cuadros antiguos, pero se hallaban tapizados por una capa tan gruesa de polvo y mugre que no se distinguía ni el menor detalle de ellos, pese a que Malcolmson alzó la lámpara todo lo alto que pudo. Aquí y allí, mientras paseaba, vio grietas y agujeros bloqueados momentáneamente por una rata, con los ojos reflejando la luz, pero un instante después ya habían desaparecido, sin dejar más rastro que un chillido y el ruido que hacían al

escabullirse. Lo que más le impresionó, no obstante, fue la cuerda de la gran campana de alarma que había en el tejado, la cual pendía en un rincón de la estancia, a la derecha de la chimenea. Arrastró junto al fuego una gran silla tallada de roble, con respaldo alto, y se sentó a tomar una última taza de té. A continuación avivó el fuego y retomó el trabajo, sentado en la esquina de la mesa, con el fuego a su izquierda. Al principio las ratas le molestaron un poco con sus perpetuos correteos, pero se acostumbró al ruido igual que uno se habitúa al tictac de un reloj o al murmullo del agua en movimiento, y se concentró en su trabajo en tal medida que todo el mundo, salvo el problema que trataba de resolver, desapareció para él.

Alzó la vista de pronto, el problema continuaba sin solución, y en el aire pendía la impresión propia de ese momento previo al amanecer, tan temido por su carácter incierto. El ruido de las ratas había cesado. Le pareció que debía de haber sucedido hacía poco, y que había sido precisamente su repentina interrupción lo que le había alarmado. El fuego ardía con poca fuerza pero aún emitía un resplandor rojo encendido. Al mirar hacia la chimenea, Malcolmson dio un respingo pese a toda su *sang froid*.

En la gran silla tallada de roble colocada a la derecha del fuego había sentada una rata enorme, mirándolo fijamente con ojos torvos. Hizo amago de ir hacia ella, como si fuera a cazarla, pero el roedor no se movió. Luego Malcolmson hizo amago de tirarle algo. Ella continuó sin moverse, pero le mostró, furiosa, los grandes y blancos dientes, y la luz de lámpara hizo brillar sus ojos con un rencor añadido.

Malcolmson estaba incrédulo, y tomando el atizador de la chimenea se abalanzó contra ella dispuesto a matarla. Sin embargo, antes de que pudiera golpearla, la rata, lanzando un chillido que pareció fruto de todo su odio concentrado, brincó al suelo y, trepando por la cuerda de la campana de alarma, desapareció en la oscuridad más allá del cerco de luz de la lámpara. Al instante, por extraño que resulte, volvieron a empezar los ruidosos correteos de las ratas tras el empanelado.

Para entonces Malcolmson ya había perdido la concentración en el problema y, cuando el estridente canto de un gallo le avisó de la proximidad del día, se acostó en la cama.

Durmió tan profundamente que ni siquiera se despertó cuando la señora Dempster entró a arreglar la habitación. Solo cuando ella ya hubo limpiado y preparado el desayuno y dio unos golpecitos en el biombo tras el que se ocultaba la cama, se despertó él. Seguía un poco cansado tras la dura noche de trabajo, pero una taza de té cargado le dio energías y, cogiendo un libro, salió

a dar su paseo matutino, llevándose además algunos sándwiches, por si acaso no volvía a casa hasta la hora de la cena. Dio con un sendero tranquilo que discurría entre altos olmos, a las afueras del pueblo, y pasó allí la mayor parte del día, estudiando a Laplace. En el camino de vuelta se detuvo a hacer una visita a la señora Witham y agradecerle su amabilidad. Cuando ella lo vio acercarse a través de los cristales emplomados de la ventana salediza de su sanctasanctórum, salió a recibirlo y lo invitó a pasar. Lo escrutó y dijo:

—No debe usted excederse, señor. Está más pálido esta mañana de lo que debería. Hacer trabajar demasiado al cerebro, y además a horas tardías, no es bueno para nadie. Pero cuénteme, señor, ¿cómo ha pasado la noche? Bien, espero. Se lo aseguro. Me alegré mucho cuando la señora Dempster me dijo esta mañana que usted se encontraba bien y dormía profundamente cuando fue a verlo.

—Sí, he estado bien —respondió él con una sonrisa—, ese «algo» no me ha molestado, al menos de momento. Solo las ratas, que tienen montado todo un circo en la casa, se lo aseguro. Una criatura diabólica se sentó en mi propia silla, junto al fuego, y no se fue hasta que la amenacé con el atizador. Subió por la cuerda de la campana de alarma y desapareció por algún sitio de lo alto de la pared o del techo. No vi dónde; estaba muy oscuro.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —dijo la señora Witham—. Una criatura diabólica, ¡y sentada en una silla junto al fuego! ¡Tenga cuidado, señor! ¡Tenga cuidado! Mucho de lo que se dice en broma resulta ser cierto.

—¿A qué se refiere? Le juro que no la entiendo.

—¡Una criatura diabólica! Puede que el mismísimo diablo. ¡Basta, señor! No se ría usted —dijo, pues Malcolmson había roto en carcajadas—. Ustedes, los jóvenes, creen que se pueden reír de lo que a los viejos nos da escalofríos. Bueno, no pasa nada. No pasa nada. Por favor, ría siempre y todo cuanto quiera. Es lo que le deseo.

Y la mujer resplandeció de simpatía en respuesta a las carcajadas de él, con todos sus miedos olvidados por el momento.

—Perdóneme —dijo Malcolmson—. No me considere descortés, pero no he podido contenerme ante la idea de que ¡el mismísimo diablo estuvo sentado anoche frente a mí!

Y al imaginárselo volvió a echarse a reír. A continuación fue a casa a cenar.

Esa noche los correteos de las ratas empezaron antes; en realidad, ya se hallaban en marcha antes de que él llegara, y solo hicieron una pausa por la sorpresa de su retorno. Después de la cena se sentó un rato a fumar junto a la

chimenea, y luego, tras despejar la mesa, se puso a trabajar. Esa noche las ratas le molestaron más que la anterior. ¡Qué manera de correr arriba y abajo tras las paredes, sobre el techo y bajo el suelo! ¡Qué manera de chillar, arañar y roer! Cada vez más envalentonadas, asomaban a las bocas de sus ratoneras y a los agujeros y grietas del empanelado y sus ojillos resplandecían como lamparitas con el bailoteo de las llamas. Pero para Malcolmson, acostumbrado ya a ellas, sus ojos nada tenían de perverso, solo le conmovía su carácter juguetón. A veces las más osadas hacían incursiones por el suelo o recorriendo las molduras de los paneles. De cuando en cuando, si lo molestaban, Malcolmson hacía algún ruido para asustarlas, golpeando la mesa con la mano o emitiendo un enfadado: «¡Sssh!», y ellas huían directas a sus agujeros.

Y así pasó la primera parte de la noche y, pese al ruido, Malcolmson se sumergió cada vez más en su trabajo.

Se detuvo de pronto, igual que la noche anterior, sorprendido por un silencio repentino. No se oía ni el menor chillido, ni arañazo, ni sonido de dientes al roer. El silencio era el mismo que habría en una tumba. Malcolmson recordó el extraño suceso de la noche previa, e instintivamente miró hacia la silla junto a la chimenea. Y una extraña sensación le recorrió el cuerpo.

Allí mismo, en la gran silla tallada de roble y de respaldo alto, al lado del fuego, estaba la misma rata enorme, mirándolo fijamente con sus ojos rencorosos.

Instintivamente cogió lo que tenía más a mano, un libro de logaritmos, y se lo lanzó. No apuntó bien y la rata ni se movió, así que hubo de repetir el número del atizador; y una vez más, la rata, seguida de cerca, escapó trepando por la cuerda de la campana de alarma. Resultó asimismo extraño que la huida de la rata también fuera seguida en esa ocasión por la renovación de la algarabía de la comunidad de roedores. Esa vez, como la anterior, Malcolmson tampoco llegó a distinguir en qué parte de la estancia desapareció la rata, ya que la pantalla verde de la lámpara dejaba la parte superior del comedor en tinieblas, y el fuego ya ardía con poca fuerza.

Al consultar su reloj descubrió que ya era cerca de medianoche; y, agradeciendo el *divertissement*, avivó el fuego y se preparó la tetera nocturna. La sesión de trabajo había sido provechosa y juzgó que se merecía un cigarrillo, así que se sentó en la gran silla de roble ante el fuego para disfrutarlo. Mientras fumaba pensó que estaría bien saber por dónde desaparecía la rata, ya que empezaba a trazar planes para el día siguiente,

planes en los que intervendría una trampa para roedores. Con ese propósito encendió otra lámpara y la colocó de modo que iluminara bien la esquina del comedor a la derecha de la chimenea. Luego cogió todos los libros que tenía y los dejó a mano para lanzárselos a la alimaña. Por último, levantó la cuerda de la campana y colocó el extremo sobre la mesa, pisado por la lámpara. Al hacerlo no pudo evitar fijarse en lo flexible que era, algo que resultaba llamativo en una cuerda tan resistente y que llevaba tanto tiempo sin usarse. «Se podría ahorcar a un hombre con ella», pensó. Una vez concluidos estos preparativos miró a su alrededor y dijo complacido:

—Ya está todo listo, amiga mía. Creo que esta vez averiguaré algo sobre ti.

Retomó el trabajo y, aunque, al igual que antes, inicialmente le molestó el ruido de las ratas, pronto se enfrascó en las proposiciones y los problemas.

Una vez más su atención volvió a verse atraída de pronto por el entorno inmediato. Esa vez no fue tan solo el silencio repentino lo que lo alertó; la cuerda se desplazó un poco, y asimismo la lámpara. Sin mover un músculo, miró de reojo para asegurarse de que la pila de libros estaba al alcance de su mano, y a continuación recorrió la cuerda con la mirada. Vio a la gran rata saltar desde la cuerda a la silla de roble y tomar asiento, desde donde lo miró fijamente. Malcolmson alzó un libro en la mano derecha, apuntó con tiento y se lo lanzó. La rata, con un rápido movimiento, se hizo a un lado y esquivó el proyectil. Él cogió un segundo libro y luego un tercero, y uno tras otro se los fue lanzando, pero siempre sin éxito. Al final, con él en pie y armado con otro libro que ya se disponía a lanzar, la rata chilló, en apariencia asustada. Esto avivó el afán de Malcolmson, y el libro surcó el aire y alcanzó a la rata con un sonoro golpe. Soltó esta un chillido de terror y, no sin antes dedicar a su atacante una mirada cargada de malevolencia, trepó por el respaldo de la silla, dio un gran salto hasta la cuerda de la campana y corrió por ella hacia arriba como un rayo. La lámpara se balanceó por el repentino tirón, pero era pesada y no llegó a volcarse. Malcolmson no apartó la vista de la rata y, a la luz de la segunda lámpara, la vio saltar hasta la moldura de un panel y desaparecer por un agujero en uno de los grandes cuadros colgados de la pared, oscuro e indiscernible tras la capa de mugre y polvo.

—Por la mañana echaré un vistazo a la morada de mi amiga —dijo el estudiante mientras recogía los libros—. El tercer cuadro desde la chimenea; no lo olvidaré. —Fue levantando los libros uno por uno, dedicándoles comentarios—. *Secciones cónicas* no dio en el blanco, tampoco *Oscilaciones cicloidales* ni los *Principios* ni *Cuaterniones* ni *Termodinámica*. ¡Veamos qué

libro sí lo consiguió! —Lo cogió y sufrió un respingo, a la vez que una repentina palidez le cubría el rostro. Miró incómodo a su alrededor, temblando un poco, mientras murmuraba para sí—: ¡La Biblia que me regaló mi madre! Qué extraña coincidencia.

Se sentó de nuevo a trabajar y las ratas reanudaron sus retozos tras el empanelado. No obstante, no suponían una molestia para él; en cierto modo, su presencia le hacía sentir acompañado. Pero no era capaz de concentrarse en la tarea, y al cabo de un rato de tratar sin éxito de asimilar la cuestión que le ocupaba, se rindió desesperado y se fue a la cama cuando el primer atisbo del amanecer se colaba por la ventana oriental.

Tuvo un sueño profundo pero intranquilo, y soñó mucho; y cuando la señora Dempster lo despertó ya tarde él se mostró confundido y tardó unos minutos en reconocer dónde se encontraba. Su primera petición sorprendió a la sirvienta.

—Señora Dempster, mientras yo esté fuera hoy, me gustaría que cogiera usted la escalera y desempolvara o limpiara esos cuadros. En especial el tercero desde la chimenea. Me gustaría ver qué hay en ellos.

Por la tarde Malcolmson se dedicó a sus libros en el paseo sombreado, y la alegría del día anterior volvió a él a medida que discurría la jornada y adelantaba trabajo a buen ritmo. Resolvió de manera satisfactoria todos los problemas que hasta entonces se le habían resistido, así que cuando pasó a hacer una visita a la señora Witham en el The Good Traveller, se sentía jubiloso. Encontró a un desconocido en el acogedor salón de la patrona, en compañía de esta, que se lo presentó como doctor Thornhill. Ella estaba inquieta, y eso, junto con la repentina serie de preguntas que el médico dedicó a Malcolmson, llevó a este a deducir que la presencia del desconocido no era casual, así que dijo sin preámbulos:

—Doctor Thornhill, responderé gustoso a todas las preguntas que quiera hacerme si antes me responde usted una a mí.

El doctor pareció sorprendido, pero sonrió y dijo:

—Claro que sí. ¿Cuál es?

—¿Le ha pedido la señora Witham que viniera a verme y darme consejo?

Por un momento el doctor Thornhill quedó desconcertado, y la señora Witham enrojeció y les dio la espalda, pero el doctor era un hombre sincero y con buena disposición, así que respondió abiertamente.

—Así lo ha hecho, pero no era su intención que usted lo supiera. Supongo que han sido mis torpes prisas las que le han llevado a sospecharlo. Me dijo que no le gustaba que estuviera usted completamente solo en esa casa y que

creía que tomaba usted demasiado té cargado. De hecho, ella desea que le aconseje dejar el té y no trabajar hasta altas horas. Fui un buen estudiante en mis tiempos, así que imagino que puedo tomarme esta libertad y, sin que sea motivo de ofensa, pedírselo no como un desconocido sino como un colega.

Con una gran sonrisa, Malcolmson le tendió la mano.

—¡Chóquela!, como dicen en Estados Unidos. Le agradezco su amabilidad, y a usted la suya, señora Witham, y tal amabilidad merece una respuesta por mi parte. Prometo no volver a tomar té cargado. Nada de té hasta que usted me lo vuelva a permitir. Y esta noche me iré a la cama a la una como muy tarde. ¿Está bien así?

—Magnífico —dijo el médico—. Ahora cuéntenos todas sus impresiones sobre la vieja casa.

Y fue así como Malcolmson les hizo un pormenorizado relato de lo sucedido en las dos últimas noches. De cuando en cuando le interrumpía alguna exclamación de la señora Witham, hasta que al final, cuando narró el episodio de la Biblia, las emociones contenidas de la patrona hallaron desahogo con un grito; y hasta que no le administraron un buen vaso de brandi con agua la señora no se recompuso. El doctor Thornhill había escuchado con expresión cada vez más seria y, cuando la narración concluyó y la señora Witham estuvo recuperada, preguntó:

—¿La rata siempre sube por la cuerda de la campana?

—Siempre.

—Supongo que sabe usted —dijo el médico— qué cuerda es esa.

—No.

—Es la mismísima cuerda —dijo lentamente el médico— que el verdugo usó con todas y cada una de las víctimas de la furia sentenciadora del juez.

Le interrumpió otro grito de la señora Witham, y hubo que volver a tomar medidas para su recuperación. Malcolmson consultó su reloj, y viendo que estaba próxima su hora de cenar, partió hacia su casa antes de que ella se recobrara.

Cuando la señora Witham volvió de nuevo en sí, bombardeó al médico con preguntas enojadas acerca de qué pretendía al meter ideas tan horribles en la cabeza de un pobre joven.

—Ya tiene suficientes motivos de preocupación allí —añadió.

—Mi querida señora —contestó el doctor Thornhill—, ¡mi intención era otra! Quería atraer su atención hacia la cuerda de la campana, que se fijara en ella. Podría suceder que se hallara él en un estado de elevada crispación, y ha estudiado demasiado, aunque me atrevería a decir que nunca he visto a un

joven así de robusto y sano, tanto de mente como de cuerpo. Pero esa historia de las ratas… y la sugerencia de una aparición diabólica… —El médico meneó la cabeza y luego prosiguió hablando—: Le habría ofrecido ir con él y quedarme una noche, pero estoy seguro de que eso habría supuesto un motivo de ofensa. Por la noche él podría sufrir alguna clase de extraño ataque de miedo o de alucinación, y en ese caso quiero que tire de la cuerda. Pese a estar completamente solo, de ese modo nos avisará, y nosotros podremos llegar a tiempo de servir de ayuda. Me quedaré despierto hasta bien tarde esta noche y mantendré los oídos atentos. No se alarme usted si Benchurch vive un sobresalto antes de mañana.

—¿Qué quiere decir, doctor? ¿De qué está hablando?

—Me refiero a que posiblemente…, no, más bien muy probablemente, esta noche oiremos sonar la gran campana de alarma de la casa del juez.

Y dicho esto, el médico hizo una salida de escena tan dramática como era posible.

Cuando Malcolmson llegó a casa era un poco más tarde de su hora habitual, y la señora Dempster ya se había ido; no se debían desatender las reglas del albergue de caridad de Greenhow. Le agradó comprobar que el lugar estaba limpio y brillaba con la luz de un alegre fuego y de una lámpara bien despabilada. La noche era más fría de lo que se podía esperar para abril, y un fuerte viento soplaba con violencia tan creciente que prometía una tormenta segura. Por espacio de unos minutos tras su llegada, el ruido de las ratas se interrumpió, pero en cuanto se acostumbraron a su presencia volvió a empezar. Le alegró oírlas, pues una vez más sus ruidos le hicieron sentir acompañado, y pensó de nuevo en el extraño hecho de que solo dejaran de manifestarse cuando la otra —la gran rata de mirada torva— hacía aparición. Solo estaba encendida la lámpara de lectura y la pantalla verde dejaba a oscuras el techo y la parte alta de las paredes, y la cálida y alegre luz de la chimenea se extendía por el suelo y el mantel blanco dispuesto en un extremo de la mesa. Malcolmson se sentó a cenar, con apetito y ánimo optimista. Tras la cena y un cigarrillo, se puso a trabajar, dispuesto a no dejar que nada le perturbara, pues recordaba la promesa hecha al médico, así que se mentalizó a sacar el mayor provecho posible al tiempo con que contaba.

Durante más o menos una hora trabajó bien, y entonces sus pensamientos empezaron a apartarse de los libros. La realidad física que lo rodeaba, las llamadas a su atención y su susceptibilidad nerviosa no podían pasarse por alto. Para entonces el viento se había convertido en temporal, y luego el temporal en tormenta. La vieja casa, pese a su solidez, parecía temblar hasta

los cimientos, y la tormenta rugía colérica entre las numerosas chimeneas y los extraños y antiguos gabletes produciendo sonidos raros y sobrenaturales en las habitaciones desiertas y los pasillos. Incluso la gran campana de alarma del tejado debía de notar la fuerza del viento, ya que la cuerda subía y bajaba, como si la campana oscilara un poco de cuando en cuando, y entonces la flexible cuerda se arrastraba por el suelo con un sonido sordo y desagradable.

Mientras lo escuchaba, Malcolmson recordó las palabras del médico: «Es la cuerda que el verdugo usaba con las víctimas de la furia sentenciadora del juez», y se acercó a la esquina de la chimenea para tomarla entre las manos y verla mejor. Parecía irradiar una suerte de interés mortífero, y mientras Malcolmson se hallaba allí en pie se enfrascó en especulaciones acerca de quiénes fueron tales víctimas y del macabro interés del juez por tener semejante reliquia siniestra a la vista. Mientras tanto el mecimiento de la campana seguía haciendo subir y bajar la cuerda, pero a continuación Malcolmson percibió algo diferente, una especie de temblor en la cuerda, como si algo se moviera por ella.

Miró hacia arriba por instinto y vio a la gran rata descender despacio hacia él, mirándolo fijamente. Soltó la cuerda y retrocedió de un salto a la vez que mascullaba una maldición, y la rata dio media vuelta, corrió cuerda arriba y desapareció, y en ese mismo instante Malcolmson volvió a oír el ruido de las ratas, que se había interrumpido.

Todo ello le hizo pensar y se acordó de que no había investigado el cubil de la rata ni echado un vistazo a los cuadros, como era su idea. Encendió la otra lámpara, la que no tenía pantalla, y sosteniéndola en alto se situó frente al tercer cuadro desde el lado derecho de la chimenea, por donde había visto desaparecer a la rata la noche previa.

Nada más verlo, retrocedió tan rápido que a punto estuvo de dejar caer la lámpara, y una palidez de muerte le cubrió el rostro. La fallaban las rodillas, goterones de sudor asomaron a su frente y se puso a temblar como un álamo. Pero era joven y valiente, y se recompuso, y al cabo de unos segundos volvió a adelantarse, levantó la lámpara y examinó el cuadro que, desempolvado y limpiado, ahora se distinguía con claridad.

Era un juez ataviado con sus ropas de escarlata y armiño. Su rostro era poderoso e implacable, malvado, astuto y vindicativo, con una boca carnosa, nariz ganchuda y rubicunda y con el perfil del pico de un ave de presa. El resto de la cara tenía un color cadavérico. Los ojos poseían un brillo singular y tenían una mirada terriblemente maligna. Mirándolos, Malcolmson se quedó helado, al distinguir en ellos la perfecta semejanza con los de la gran rata. La

lámpara casi se le cayó de la mano; vio a la rata, con sus ojos torvos, asomada al agujero en la esquina del cuadro, y advirtió la inmediata interrupción de todo ruido por parte de los demás roedores. No obstante, se dominó y prosiguió examinando el cuadro.

El juez estaba sentado en una gran silla de roble tallado, de respaldo alto, a la derecha de una gran chimenea de piedra junto a la que, en un rincón, pendía una cuerda desde el techo, con el extremo enrollado en el suelo. Experimentando algo cercano al horror, Malcolmson identificó el escenario como la estancia donde él mismo se encontraba, y miró atemorizado a su alrededor como si esperara toparse con alguna extraña presencia a su lado. Miró a la esquina de la chimenea, y con un fuerte grito dejó caer la lámpara.

Allí mismo, en la silla, con la cuerda colgando detrás, se hallaba sentada la rata, con los mismos ojos torvos que el juez, intensificados por una mirada diabólica. Salvo por el aullido de la tormenta todo estaba en silencio.

La lámpara caída obligó a Malcolmson a centrarse. Por suerte era metálica, así que el aceite no se había derramado. No obstante, la necesidad de recogerla le bastó para dominar los nervios. Cuando la hubo recogido, se enjugó la frente y se detuvo a pensar.

—Esto no está bien —se dijo—. Si sigo así voy a volverme loco. ¡Esto tiene que acabar! Prometí al médico no tomar té. Cuánta razón tenía. Debo de haber forzado mis nervios en exceso. Es raro que no me percatara. Nunca me había sentido mejor. Sin embargo, ahora me he dado cuenta y no volveré a ser tan necio.

Se sirvió una buena copa de brandi con agua, resuelto a sentarse y retomar el trabajo.

Había pasado cerca de una hora cuando alzó la vista del libro, alertado por un silencio repentino. En el exterior, el viento soplaba y bramaba con más fuerza que nunca, y cortinas de lluvia azotaban las ventanas, golpeando los cristales como granizo, pero dentro no había ningún sonido más allá del eco del viento en la gran chimenea, y de cuando en cuando el siseo de algunas gotas de lluvia que se abrían paso por el cañón de la chimenea en un receso de la tormenta. El fuego había menguado y ardía sin llama, si bien emitía un resplandor rojizo. Malcolmson escuchó con atención y terminó por oír un muy débil chillido. Procedía de la esquina donde colgaba la cuerda, y pensó que sería el sonido que hacía la cuerda contra el suelo al subir y bajar. Al alzar la vista, no obstante, vio en la penumbra que la gran rata colgaba de la cuerda y la estaba royendo. Casi la había cortado del todo; Malcolmson vio el tono más claro de las puntas roídos de las hebras. Seguía mirando cuando la

labor quedó finalizada, y el extremo cortado cayó sonoramente al suelo de roble, mientras que por un instante la rata pendió como un tirador o una borla de la cuerda restante, que se meció de un lado a otro. Malcolmson sufrió otra punzada de terror al darse cuenta de que se le había privado de la posibilidad de pedir ayuda al exterior, pero rápidamente una intensa cólera ocupó el lugar de ese sentimiento y alzando el libro que estaba leyendo se lo lanzó a la rata. Había apuntado bien, pero antes de que el proyectil pudiera dar al roedor, este se soltó y cayó al suelo con un ruido blando. De inmediato Malcolmson se lanzó sobre la rata pero ella huyó a toda prisa, desapareciendo entre las sombras de la estancia. Malcolmson se dijo que el trabajo ya había concluido por esa noche, y decidió introducir un poco de variedad en su rutina cazando a la rata. Retiró la pantalla verde a la lámpara para disponer de más luz. Disminuyó así la oscuridad de la parte alta de la habitación, y bajo la marea de luz, potente en comparación con la oscuridad previa, los cuadros de las paredes quedaron del todo visibles. Desde donde se encontraba, Malcolmson vio, justo frente a él, el tercer cuadro a partir de la derecha de la chimenea. Se frotó los ojos, asombrado, y a continuación le invadió un terrible miedo.

En el centro del cuadro había un gran espacio irregular de lienzo marrón, tan limpio de pintura como si acabara de ser tensado sobre el marco. El fondo seguía siendo el mismo, con la silla, la esquina de la chimenea y la cuerda, pero el juez había desaparecido.

Malcolmson, casi petrificado de horror, dio media vuelta lentamente, y tembló como alguien presa de un ataque. Las fuerzas lo habían abandonado y era incapaz de realizar ningún movimiento, apenas podía pensar. Solo ver y oír.

En la gran silla de roble tallado estaba sentado el juez, con sus atavíos de escarlata y armiño, los ojos torvos resplandeciendo de afán de venganza, y una sonrisa triunfal en la boca firme y cruel, mientras alzaba en las manos un sombrero negro. Malcolmson sintió que se le helaba la sangre, como suele suceder en los episodios de suspense prolongado. Le zumbaban los oídos. Alcanzaba a oír la tormenta que soplaba y bramaba fuera, sonido entre el que se colaron los repiques de la medianoche procedentes del pueblo. Se quedó quieto como una estatua durante un tiempo que le pareció infinito, con los ojos horrorizados, abiertos de par en par, sin aliento. Con los tañidos de los relojes, la sonrisa triunfal de juez se intensificó, y con el último tañido se colocó el sombrero en la cabeza.

Muy despacio, el juez se alzó de la silla y tomó el trozo de cuerda que yacía en el suelo, lo acarició, como si gozara con su tacto, y a continuación,

lentamente, hizo un lazo con él. Lo tensó y lo probó con el pie, tirando con fuerza hasta que pareció satisfecho. Caminó a lo largo de la mesa, por el lado opuesto a donde Malcolmson se encontraba, mirando a este fijamente, pasó por delante de él y se plantó frente a la puerta. Malcolmson se vio atrapado y trató de pensar en qué hacer. Los ojos del juez, que no se apartaban de los suyos, ejercían una fascinación que impedía mirar hacia otro lugar. Lo vio acercarse, interponiéndose siempre entre él y la puerta, alzar el lazo y lanzarlo hacia él como si quisiera apresarlo. Con gran esfuerzo, logró apartarse a un lado y la cuerda cayó al suelo de roble. El juez cobró el lazo y volvió a alzarlo para capturarlo, siempre con la torva mirada fija en él, y en cada ocasión, gracias a un portentoso esfuerzo, el joven estudiante conseguía esquivarlo en el último momento. Lo mismo sucedió unas cuantas veces, sin que el juez se desanimara ni pareciera molesto por sus fallos; más bien recordaba a un gato que disfrutara jugando con un ratón. La desesperación de Malcolmson alcanzó un clímax, permitiéndole echar un vistazo a su alrededor. La luz de la lámpara resultaba deslumbrante, iluminando bien la estancia. En todas las ratoneras, grietas y aberturas de los paneles de las paredes vio ojos de ratas, y eso, una sencilla percepción física, le proporcionó un atisbo de calma. Vio que la cuerda de la gran campana de alarma estaba cargada de ratas. Cada pulgada de la misma estaba cubierta de roedores, y más y más salían del pequeño orificio circular del techo, y bajo el peso de todas ellas la campana empezaba a oscilar.

Siguió haciéndolo hasta que el badajo tocó las paredes. El sonido resultó bajo pero la campana solo comenzaba a moverse; aumentaría.

Al oírlo, el juez, que había mantenido la mirada fija en Malcolmson, alzó la vista y una furia diabólica le frunció el rostro. Los ojos le brillaban como carbones incandescentes y estrelló un pie contra el suelo con tal estampido que toda la casa tembló. Un horrible trueno bramó en el cielo cuando el juez volvió a levantar la cuerda, mientras las ratas seguían corriendo arriba y abajo por la cuerda como si actuaran contrarreloj. En esta ocasión, en lugar de arrojarlo, se acercó a su víctima sosteniendo abierto el lazo. Su proximidad tenía un efecto paralizador, y Malcolmson se quedó rígido como un cadáver. Sintió los dedos helados del juez en la garganta mientras aquella rodeaba con la cuerda. El lazo se tensó…, se tensó. A continuación, el juez, tomando al rígido estudiante en brazos, cargó con él y lo colocó en pie sobre la silla de roble, se situó a un lado, levantó un brazo y atrapó el oscilante extremo de la cuerda de la campana de alarma. Cuando subió la mano todas las ratas huyeron soltando chillidos y desaparecieron por el orificio del techo. Ató el

extremo del lazo dispuesto alrededor del cuello de Malcolmson al extremo de la cuerda de la campana, y después retiró la silla.

En cuanto la campana de alarma de la casa del juez empezó a sonar se congregó una multitud. Hicieron aparición antorchas y luces diversas y rápidamente una masa silenciosa se apresuraba hacia el sitio. Aporrearon la puerta pero no hubo respuesta. La echaron abajo y entraron en tropel en el gran comedor, con el médico al frente.

En el extremo de la cuerda de la gran campana de alarma colgaba el cuerpo del estudiante, y, en el cuadro, el juez lucía una maligna sonrisa.

LA *SQUAW*

(The Squaw)

Por aquel entonces Núremberg no era una ciudad tan turística como lo es hoy. Irving todavía no había interpretado *Fausto* y a la mayoría de los turistas ni siquiera le sonaba el nombre de la ciudad. Estando mi mujer y yo en la segunda semana de nuestra luna de miel, era natural que quisiéramos que alguien más se uniera a nuestro viaje, así que cuando un divertido extranjero, Elias P. Hutcheson, natural de Isthmian City, Bleeding Gulch, en el condado de Maple Tree, Nebraska, apareció en la estación de Fráncfort y comentó casualmente que planeaba visitar la ciudad más castigada y antigua de Europa, y que le parecía que tanto viajar solo podía hacer que hasta la persona más inteligente y en sus cabales acabara en el pabellón para melancólicos de un manicomio, captamos la insinuación y le propusimos unir nuestras fuerzas. Descubrimos mi mujer y yo, al contrastar más tarde nuestros recuerdos, que ambos habíamos pretendido hablar con reticencia o duda para no parecer ansiosos, pues en caso de dar esta impresión no estaríamos haciendo ningún cumplido a nuestro matrimonio; pero arruinamos nuestro propósito cuando nos lanzamos a hablar atropelladamente y a la vez, nos callamos y volvimos a empezar al mismo tiempo. En cualquier caso, no tuvo importancia, lo conseguimos: Elias P. Hutcheson se sumó a nuestro viaje. Amelia y yo disfrutamos de un beneficio inmediato; en lugar de discutir, como habíamos venido haciendo, descubrimos que la presencia de un tercer miembro en el grupo ejercía tal efecto moderador que aprovechamos la menor oportunidad para besuquearnos en los rincones. Amelia afirma que, a resultas de aquella experiencia, desde entonces recomienda a todas a sus amigas llevarse a un amigo a la luna de miel. En fin, «hicimos» Núremberg los tres juntos y disfrutamos mucho con los comentarios picantes de nuestro amigo del otro lado del Atlántico, quien, con su pintoresca manera de hablar y su asombroso historial de aventuras parecía salido de una novela. Entre todos los puntos de

interés de la ciudad, dejamos para el final el Burgo, y el día elegido para la visita paseamos por el lado oriental de la muralla exterior del casco antiguo.

El Burgo se halla emplazado sobre una gran masa rocosa, dominando la ciudad, y un foso de gran profundidad lo guarda por el flanco norte. Núremberg se congratula de no haber sido nunca saqueada; de haberlo sido no tendría un aspecto tan impecable como el que conserva hoy en día. Hacía siglos que el foso no se utilizaba, y su base estaba tomada por cafés al aire libre y huertos, en algunos de los cuales crecían árboles de tamaño considerable. Mientras deambulábamos alrededor de la muralla, coqueteando bajo el cálido sol de julio, nos deteníamos a menudo para admirar las vistas que se extendían ante nosotros, y en especial la gran llanura cubierta de pueblos y aldeas y bordeada por una línea azul de colinas, como un paisaje de Claude Lorraine. A continuación volvíamos los ojos con agrado a la ciudad, con su miríada de pintorescos y antiguos gabletes y las hileras e hileras de amplios tejados rojos salpicados de buhardillas. Un poco a nuestra derecha se alzaban las torres del Burgo, y más cerca, la lúgubre Torre de Torturas, la cual era, y puede que siga siéndolo, el punto de mayor interés de la ciudad. Durante siglos, el uso de la Virgen de Hierro de Núremberg ha sido ejemplo de la horrorosa crueldad de la que es capaz el hombre; llevábamos mucho tiempo anhelando verla, y por fin teníamos delante su morada.

En una de nuestras paradas nos inclinamos sobre el murete del foso para mirar abajo. El jardín se hallaba a unos buenos cincuenta o sesenta pies de nosotros, y el sol caía sobre él caldeándolo con un calor tan intenso y estático como el de un horno. Junto a él se elevaba la muralla gris y sombría hasta una altura en apariencia infinita, y a derecha e izquierda se plegaba en los ángulos del bastión y la contraescarpa. Árboles y arbustos coronaban la muralla, y más allá asomaban unas tras otras las nobles casas a las que el tiempo había bendecido con su aprobación. El sol calentaba mucho y estábamos perezosos; éramos dueños de nuestro tiempo y nos demorábamos cuanto queríamos, apoyados en el murete. Justo debajo de nosotros se desarrollaba una bonita escena: una gran gata negra se encontraba tendida al sol, mientras a su alrededor retozaba graciosamente un gatito negro. La madre movía la cola para que su cría jugara con ella, o alzaba las patas y apartaba al pequeño para azuzarlo a nuevos juegos. Estaban al pie mismo de la muralla, y Elias P. Hutcheson, para animar el juego, se agachó y cogió del camino un guijarro de buen tamaño.

—¡Miren! —dijo—. Lo dejaré caer junto al gatito y los dos se preguntarán de dónde ha venido.

—Tenga cuidado —dijo mi mujer—. Podría dar a la cría.

—Eso nunca, señora —dijo Elias P.—. Soy tan pacífico como un cerezo de Maine. Bendito sea el Señor. Antes le cortaría la cabellera a un bebé que hacerle daño a esa pobre criatura. ¡Puede usted apostar sus medias de colores! Mire, la dejaré caer bien lejos de ellos.

Se asomó sobre el murete y, con el brazo extendido, dejó caer la piedra. Puede que fuera porque existe una fuerza irresistible que transforma las cuestiones sin importancia en graves, o, más probablemente, porque el muro no era del todo vertical sino que se inclinaba en la base —sin que nosotros pudiéramos apreciarlo desde arriba—, pero, con un desagradable ruido blando que llegó hasta nosotros a través del aire caliente, la piedra cayó directamente sobre la cabeza del gatito, salpicando sus sesos por doquier. La gata negra lanzó una rápida mirada hacia arriba y vimos sus ojos, en los que ardía un fuego verde, fijarse un instante en Elias P. Hutcheson; seguidamente devolvió la atención a su cría, que yacía inmóvil salvo por un temblequeo en sus patitas, mientras que un hilo de sangre serpenteaba desde la cabeza abierta. Con un grito sofocado, como el que podría emitir un ser humano, la gata se inclinó sobre su cachorro y le lamió las heridas sin dejar de gemir. Pareció advertir de pronto que estaba muerto, y una vez más alzó la vista hacia nosotros. Nunca lo olvidaré, pues aquel animal parecía la mismísima encarnación del odio. Los verdes ojos le refulgían, y los dientes, blancos y afilados, parecían brillar entre la sangre que le manchaba la piel y los bigotes. Nos mostró los dientes y las uñas asomaron en toda su extensión en cada pata. A continuación se lanzó muro arriba en un intento desesperado por alcanzarnos, pero cuando se agotó su impulso cayó, lo que aún empeoró su ya horrible apariencia, pues fue a caer justo encima de la cría muerta, de donde se levantó con pegotes de sangre y sesos en la piel. Amelia a punto estuvo de desmayarse y yo hube de apartarla del muro. Había un banco cerca, a la sombra de un plátano, y la acomodé allí mientras se recomponía. Volví junto a Hutcheson, que permanecía inmóvil, mirando a la gata furiosa. Cuando estuve a su lado, él dijo:

—Vaya, creo que es la bestia más salvaje que he visto nunca, salvo aquella vez en que una *squaw* apache se empecinó en dar con un mestizo al que apodaban Astillas, después de que este le robara a su *papoose* durante una incursión a su poblado, como venganza por la muerte de su madre, a la que los indios habían torturado en la hoguera. Se le quedó fijada una mirada penetrante, como si siempre hubiera estado allí. Siguió el rastro a Astillas durante más de tres años, hasta que los bravos lo cogieron y se lo entregaron.

Luego dijeron que nadie, ni blanco ni *injun*, había padecido una tortura más larga a manos de los apaches. La única vez que la vi sonreír fue cuando la liquidé. Llegué al campamento justo a tiempo de ver a Astillas pasar a mejor vida, cosa que no lamento. Era un tipo duro, y aunque yo no quise volver a tratar con él después de lo del *papoose*, porque aquello fue cosa fea, y porque se tendría que haber comportado como el hombre blanco que parecía ser, lo pagó con creces. Piense usted lo que quiera, pero cogí un trozo de la piel que le habían arrancado e hice fabricar con ella una cartera. ¡Aquí la llevo! —dijo dando una palmada al bolsillo del pecho de su chaqueta.

Mientras él hablaba, la gata insistía en sus frenéticos esfuerzos por trepar el muro. Retrocedía para cobrar carrerilla y se lanzaba hacia arriba, alcanzando a veces una altura increíble. No parecía importarle la dura caída que sufría cada vez sino que volvía a intentarlo con vigor renovado; y con cada golpe su aspecto se hacía más horrible. Hutcheson era un hombre de buen corazón —mi mujer y yo habíamos sido testigos de pequeñas muestras de bondad por su parte dirigidas tanto a animales como a personas— y parecía preocupado por la furia que embargaba a la gata.

—No cabe duda de que esa pobre bestia está desesperada —dijo—. Lo siento, lo siento, pobre animal, fue un accidente, aunque eso no te devolverá a tu cría. Lo juro. No lo habría hecho a propósito ni por un millar de dólares. Esto solo demuestra lo torpe y necio que puede llegar a ser alguien cuando no pretende más que divertirse. Parece que soy tan inútil que no puedo ni jugar con un gato. Dígame, coronel —era divertida su forma de conferir títulos gratuitamente—, espero que su esposa no me guarde rencor por este desagradable accidente. De ningún modo era mi intención que ocurriera.

Fue junto a Amelia y se deshizo en disculpas, y ella, con su amabilidad de costumbre, se apresuró a asegurarle que comprendía que había sido un accidente. Después todos volvimos junto al muro y miramos hacia abajo.

Habiendo perdido de vista a Hutcheson, la gata había retrocedido por el foso y estaba sentada sobre las ancas, si bien dispuesta a saltar. De hecho, brincó en cuanto lo vio, con una furia ciega e irracional que habría resultado grotesca de no ser tan real. No intentó trepar el muro sino que sencillamente se lanzó hacia arriba, donde estaba él, como si el enfado y la rabia pudieran prestarle alas que le permitieran salvar la distancia que los separaba. Amelia, de un modo muy femenino, se preocupó y dijo a Elias P. en tono admonitorio:

—Debe usted tener mucho cuidado. Si ese animal estuviera aquí trataría de matarlo. Tiene una mirada asesina.

Él se rio jovialmente.

—Disculpe, señora, pero no puedo evitar reírme. Alguien que ha luchado contra osos pardos e *injuns* no puede temer que lo mate un gato.

Cuando el felino lo oyó reír, su actitud cambió. Ya no intentó trepar el muro, sino que se quedó inmóvil; luego volvió a sentarse junto a la cría muerta y se puso a lamerla y acariciarla como si siguiera viva.

—¡Fijaos! —dije—. Ese es el efecto de un hombre fuerte. Incluso un animal presa de la rabia reconoce la voz de su señor y se inclina ante él.

—¡Como la *squaw*! —fue el único comentario de Elias P. Hutcheson cuando retomamos nuestro camino a lo largo del foso.

De cuando en cuando echábamos un vistazo sobre el muro y siempre nos encontrábamos con que la gata nos venía siguiendo. Al principio se alejaba de la cría muerta y luego volvía junto a ella, pero cuando nos alejamos más, la tomó en la boca para seguirnos. Al cabo de un rato, no obstante, vimos que nos seguía ella sola; había escondido el cuerpo en alguna parte. La persistencia de la gata hizo crecer la inquietud de Amelia, que varias veces repitió su advertencia, pero el estadounidense siempre respondía riéndose divertido, hasta que al final, viendo que ella estaba de veras preocupada, dijo:

—Le aseguro, señora, que no debe tener miedo de ese gato. Voy bien preparado. —Dio unas palmaditas a la pequeña pistola que llevaba oculta en la parte trasera de la cintura—. Si de veras está usted preocupada, le pego un tiro al animal, sin pensarlo, a riesgo de que la policía me ponga problemas por llevar un arma en contra de las normas. —Mientras hablaba, se inclinó sobre el muro, pero en cuanto lo vio la gata, esta retrocedió y se escondió en un cantero de flores altas—. Diría yo que ese bicho tiene más sentido común que la mayoría de cristianos. Me parece que no volveremos a verla. Seguro que volverá junto al gatito muerto y celebrará un funeral privado.

Amelia prefirió no decir más, no fuera que él, en una mal entendida muestra de generosidad, cumpliera su amenaza de disparar al gato. Seguimos adelante y atravesamos un pequeño puente de madera, del que partía un camino adoquinado y de acusada pendiente que unía el Burgo y la pentagonal Torre de Torturas. Mientras cruzábamos el puente volvimos a ver a la gata abajo. Cuando nos vio, su furia retornó, e hizo esfuerzos frenéticos por salvar la empinada pared. Hutcheson se rio y dijo:

—Adiós, chica. Siento haber herido tus sentimientos, pero lo superarás con el tiempo. Adiós.

Atravesamos a continuación un largo y oscuro pasaje abovedado y llegamos a la entrada del Burgo.

Cuando volvimos a salir tras nuestra visita a aquel bello y antiguo emplazamiento, que ni siquiera los bienintencionados esfuerzos de los restauradores góticos de hacía cuarenta años habían conseguido arruinar —aunque su labor era bien patente— casi habíamos olvidado el desagradable episodio de aquella mañana. El viejo limero de nudoso tronco con casi nueve siglos de antigüedad, el profundo pozo excavado en piedra viva por prisioneros, y la encantadora vista desde la muralla de la ciudad habían borrado de nuestras mentes el incidente del gatito muerto.

Fuimos los únicos visitantes de la Torre de Torturas aquella mañana, o al menos eso nos dijo el viejo guardés, y al tener el lugar para nosotros solos disfrutamos de una visita más detallada y satisfactoria de lo que habría sido posible en otro caso. El guardés, viéndonos como su única fuente de ganancias del día, estaba deseoso de satisfacer todos nuestros caprichos. La Torre de Torturas es un sitio muy lúgubre, incluso hoy en día, pese al torrente de vida aportado por los miles de visitantes y la alegría que conlleva; pero en la época de la que hablo conservaba toda su fealdad y espanto. El polvo de siglos cubría las superficies, y la oscuridad y los horribles recuerdos que albergaba eran perceptibles de un modo que habría satisfecho las almas panteístas de Filón o Spinoza. La cámara inferior, por donde entramos, se hallaba tomada por una oscuridad palpable, y la luz del sol que se coló por la puerta pareció desintegrarse contra los gruesos muros, mostrando apenas un atisbo de la cantería, en el mismo estado que cuando los constructores retiraron los andamios, salvo que tapizada de polvo y salpicada aquí y allí de unas manchas oscuras que, en caso de poder hablar, narrarían historias de pánico y suplicio. Nos alegramos de subir la polvorienta escalera de madera, mientras que el guardés mantenía abierta la puerta para proporcionarnos un poco de luz, ya que la vela vieja y maloliente que ardía en un candelera del muro era menos que insuficiente para nosotros. Cuando atravesamos la trampilla conducente a un rincón de la cámara superior, Amelia se pegó a mí con tanta fuerza que sentí los latidos de su corazón. Debo reconocer que no me extrañó que tuviera miedo, ya que aquella estancia era incluso más espantosa que la de abajo. Había más luz, pero apenas la suficiente para apreciar el horrible contenido del lugar. Saltaba a la vista la intención de los constructores de la torre de que solo aquellos que llegaran a su cima pudieran disfrutar de luz y vistas. Allí arriba, como habíamos visto desde fuera, había filas de ventanas, si bien de pequeñez medieval, mientras que el resto de la torre solo contaba con las estrechísimas saeteras características de las instalaciones defensivas del medievo. Unas pocas aberturas iluminaban la

estancia, aunque situadas a tal altura que desde ningún sitio alcanzaba a verse el cielo. Dispuestas en bancos, o apoyadas en desorden contra los muros, había gran cantidad de espadas de cacique, enormes mandobles de hoja ancha y muy afilados. Junto a ellas se encontraban los tajos de madera donde antaño se apoyaban los cuellos de las víctimas, bloques heridos por mellas, allá donde el acero había atravesado la carne hasta morder la madera. Alrededor de la estancia, dejados de cualquier modo, había numerosos instrumentos de tortura, cuya visión hacía que el corazón se te encogiera: sillas erizadas de púas que causaban un dolor instantáneo e intolerable; sillas y sillones provistos de salientes romos y que, en apariencia, provocaban una tortura menor, aunque en realidad eran igual de eficaces, salvo que más lentos; potros, cinturones, botas, collarines, todos diseñados para ejercer presión a voluntad; cestas de acero dentro de las que podía comprimirse una cabeza, en caso de necesidad, hasta reducirla a pulpa; armas para vigilantes, provistas de un mango largo y una hoja curva y afilada en el extremo para infligir cortes a distancia, método habitual de la antigua policía de Núremberg; y muchos muchos otros instrumentos concebidos para que el hombre inflija daño a sus semejantes. Amelia empalideció ante semejante desfile de horrores pero no llegó a desmayarse, ya que cuando se empezó a marear buscó asiento en una silla de tortura de la que al instante se levantó con un chillido, perdida toda intención de perder el conocimiento. Hicimos parecer, ella y yo, que había sido el temor a que el polvo de la silla manchase el vestido, o a que las púas oxidadas lo dañaran, lo que la había hecho gritar, y el señor Hutcheson dio por buena la explicación con una risa generosa.

Pero la pieza principal de la cámara de los horrores era el artilugio conocido como la Virgen de Hierro, que ocupaba el centro de la sala. Tenía una tosca silueta femenina, de estilo acampanado, o, por hacer una comparación más cercana, como la silueta de la señora Noé en el arca, salvo que sin la cintura esbelta y la perfecta *rondeur* de caderas características de las representaciones de la familia de Noé. Podría haberse pasado por alto que pretendía reproducir una figura humana si quien la fabricó no la hubiera dotado en la parte delantera de un rudimentario rostro femenino. El exterior del artefacto estaba cubierto de óxido, y este a su vez de polvo; había una cuerda atada a una anilla en la parte frontal, situada aproximadamente donde debería estar la cintura, y la cuerda pasaba por una polea fijada al pilar de madera que sustentaba la solería superior. Al tirar de la cuerda, el guardés alzó el frontal y vimos que el artilugio se componía de dos piezas, unidas mediante bisagras laterales a semejanza de una puerta; vimos asimismo que

era de un grosor considerable, disponiendo en su interior de apenas el espacio justo para alojar a una persona. La puerta tenía el mismo grosor y pesaba mucho, pues, pese a la ayuda de la polea, el guardés necesitó de todas sus fuerzas para levantarla. Una razón para que pesara tanto era que la puerta estaba diseñada para que no llegara a abrirse del todo, y así pudiera cerrarse por su propio peso en cuanto se soltara la cuerda. El interior estaba corroído por la herrumbre; pero no, no podía ser. La herrumbre fruto del tiempo no podría haber devorado en semejante medida, tan profundamente, las paredes de hierro. Solo cuando nos acercamos a examinar el lado interior de la puerta nos quedó manifiesta su intención. Había allí varias púas, robustas y de sección cuadrada, anchas en la base y afiladas en la punta, ubicadas de modo que, cuando la puerta se cerrase, las superiores perforaran los ojos de la víctima, y las inferiores el corazón y otros órganos vitales. La imagen fue excesiva para la pobre Amelia, y esta vez sí cayó desmayada, y hube de llevarla escaleras abajo y acomodarla en un banco de fuera para que se recuperara. La profundidad de la impresión sufrida quedó más delante de manifiesto por el hecho de que, a día de hoy, mi hijo mayor sigue teniendo una fea mancha de nacimiento en el pecho, con la forma, como toda la familia coincide, de la Virgen de Núremberg.

Cuando regresamos por fin a la sala encontramos a Hutcheson inmóvil frente a la Virgen de Hierro; saltaba a la vista que había estado filosofando, y compartió con nosotros sus conclusiones en forma de un breve exordio.

—Bueno, pues me parece que algo he aprendido aquí mientras la señora se recuperaba de su vahído. Creo que estamos muy atrasados a nuestro lado del charco. Pensábamos en las llanuras que los *injuns* podían enseñarnos alguna que otra cosa a la hora de hacérselo pasar mal a la gente, pero me temo que sus agentes de la ley y el orden medievales los derrotarían incluso con una mano atada a la espalda. Astillas se lo hizo pasar mal a la *squaw*, pero esta señorita que tenemos aquí le saca mucha ventaja a la hora de hacer sufrir al personal. Esas puntas siguen afiladas, aunque los extremos están carcomidos por lo que sea que las ensucie. Nuestra sección india haría bien en conseguir algunos juguetitos como este y repartirlos por las reservas para hacer entrar en vereda a los bravos, y también a las *squaws*, y enseñarles que la civilización del viejo continente les lleva ventaja hasta en la que es su especialidad. Me parece que voy a meterme en esta caja para ver qué se siente.

—¡No, no! —dijo Amelia—. ¡Es espantosa!

—Señora, no hay nada demasiado espantoso para un espíritu explorador. En mis tiempos estuve en algunos sitios de lo más raros. En el territorio de Montana pasé una noche entera dentro de un caballo muerto mientras la pradera ardía a mi alrededor, y dormí dentro del cadáver de un búfalo una vez que los comanches estaban en el sendero de guerra y no me apetecía cruzarme con ellos. Pasé dos días en un túnel de la mina de oro Bronco Billy en Nuevo México, y fui uno de los cuatro que quedaron encerrados las tres cuartas partes de un día en una cápsula sumergible que escoró mientras plantábamos los cimientos del puente Búfalo. No he dado la espalda a ninguna vivencia extraña, ¡y no pienso empezar ahora!

Comprendimos que estaba decidido a realizar el experimento.

—Bueno, dese prisa, amigo —dije—, y acabemos pronto con esto.

—Muy bien, general —dijo él—, pero creo que no estamos listos todavía. Los caballeros que me precedieron, los que estuvieron dentro de esa lata, no se ofrecieron voluntarios, ¡ni mucho menos! Así que imagino que habría algún ritual de inmovilización antes del gran final. Quiero hacer las cosas bien, así que antes me tienen que atar. Estoy seguro de que este buen amigo tiene alguna cuerda por ahí con la que me podrá inmovilizar como se tenía por costumbre.

Estas últimas palabras fueron dirigidas en tono de interrogación al viejo guardés, pero este, que comprendió a groso modo el discurso de nuestro compañero, aunque seguramente sin captar todas las particularidades dialectales y metafóricas, dijo que no con la cabeza. Su negativa, no obstante, fue solo de carácter formal, y efectuada para ser vencida. El estadounidense le plantó una moneda de oro en la mano diciendo:

—¡Aquí tienes, muchacho! Te llevas un buen pellizco, así que no te andes con remilgos. ¡No te pido nada demasiado estiloso!

El guardés encontró una cuerda delgada y deshilachada y procedió a maniatar a nuestro acompañante con toda la rigurosidad que exigía el fin. Una vez que tuvo las manos inmovilizadas, Hutcheson dijo:

—Espere usted un momento, juez. Me temo que peso demasiado para que cargue conmigo y me meta en esa lata. Deje que yo me meta dentro y luego termine usted de atarme las piernas.

Mientras hablaba se introdujo de espaldas en la cavidad, que era apenas lo bastante amplia como para acogerlo. Entró muy justo; el artefacto estaba bien diseñado. Amelia lo miraba asustada pero se contenía de decir nada. El guardés concluyó la labor atando los pies del estadounidense, de manera que este quedó completamente indefenso y encajado en su prisión voluntaria.

Nuestro acompañante estaba disfrutando de veras, y su siempre incipiente sonrisa se ensanchó al decir:

—Me parece a mí que a esta Eva la crearon a partir de la costilla de un enano. Apenas hay sitio dentro para un ciudadano de los Estados Unidos adulto. Los ataúdes que hacemos en el territorio de Idaho son más espaciosos. Y ahora, juez, empiece a cerrar la puerta despacio. Quiero sentir el mismo placer que los condenados cuando esas púas se les acercaban a los ojos.

—¡No, no, no! —estalló Amelia, histérica—. ¡Es demasiado horrible! ¡No puedo verlo! ¡No puedo!

Pero el estadounidense era terco.

—Coronel —me dijo—, ¿por qué no lleva a la señora a dar un paseíto? No quisiera yo herir sus sentimientos por nada del mundo, pero ya que he llegado aquí, al cabo de ocho mil millas, no me gustaría tener que renunciar a la experiencia por la que tanto he esperado y por la que acabo de pagar. Un hombre no tiene muchas oportunidades para sentirse como una sardina enlatada. El juez y yo acabaremos enseguida y luego ustedes podrán volver y todos nos reiremos.

Una vez más, triunfó el convencimiento nacido de la curiosidad, y Amelia me aferró el brazo, temblorosa, mientras el guardés empezaba a largar lentamente, pulgada a pulgada, la cuerda que sostenía la puerta de hierro. Hutcheson estaba entusiasmado, no despegaba los ojos de las púas que se acercaban a él.

—¡Vaya! —dijo—. Me parece que no me lo había pasado tan bien desde que salí de Nueva York. Menos por una pelea con un marinero francés en Wapping, y aquello no fue precisamente gran cosa, no he tenido ni un buen momento en este podrido continente, donde no hay osos ni indios y los hombres no van armados. ¡Más despacio, juez! ¡No te des prisa! ¡Quiero un buen espectáculo a cambio de mi dinero!

Por las venas del guardés debía de correr la misma sangre que por las de quienes lo precedieron en aquella torre escalofriante, porque manejaba el artefacto con una parsimonia tan premeditada e insoportable que al cabo de cinco minutos la puerta apenas se había cerrado unas pulgadas; aquella lentitud afectó a Amelia. Vi cómo los labios se le ponían blancos y sentí que cargaba el peso de su cuerpo sobre mi brazo. Eché un rápido vistazo alrededor en busca de un sitio donde pudiera sentarse, y cuando volví a mirarla me encontré con que tenía la vista clavada en un lateral de la Virgen. Siguiendo la dirección de su mirada descubrí a la gata agazapada en la media luz. Los ojos

verdes brillaban como linternas en la penumbra del lugar, y su color se veía realzado por la sangre que aún le manchaba la piel y la boca.

—¡La gata! ¡Cuidado con la gata! —exclamé cuando el felino se plantó de un salto frente al artilugio. Parecía un demonio triunfante. Los ojos le resplandecían de furia, el pelaje erizado le hacía parecer el doble de su tamaño y oscilaba la cola igual que el tigre frente a su presa. A Elias P. Hutcheson le hizo gracia verla, y dijo alegremente:

—¡Maldita sea! ¡Pero si la *squaw* se ha puesto sus pinturas de guerra! Libraos de ella si intenta algún truco, porque aquí el jefe me ha atado tan bien que si el animal trata de sacarme los ojos yo no podré hacer nada. ¡Tranquilo, juez! ¡No sueltes la cuerda o estoy vendido!

Amelia terminó por desmayarse y yo hube de sostenerla por la cintura para que no se desplomara en el suelo. Mientras me ocupaba de ella vi que la gata se disponía a saltar y me abalancé a espantarla.

Pero, con un aullido diabólico, se lanzó, no como esperábamos sobre Hutcheson, sino directa a la cara del guardés. Las uñas le asomaban, tan amenazadoras como las de los dragones rampantes de los dibujos chinos, y pude ver cómo una se hundía en uno de los ojos del pobre hombre y lo desgarraba, y continuaba cortando mejilla abajo, abriendo un ancho surco rojo del que manó la sangre como si allí convergieran todas las venas del cuerpo.

Con un grito de pánico previo incluso a la aparición del dolor, el hombre retrocedió de un salto, soltando la cuerda que sujetaba la puerta de hierro. Me lancé a por ella, pero demasiado tarde; la cuerda corrió como un rayo por la garganta de la polea, y la pesada puerta cayó por su propio peso.

Antes de que se cerrara tuve un último atisbo de nuestro pobre acompañante. Parecía petrificado de terror. Tenía la mirada fija, presa de una angustia horrible, y ningún sonido salía de su boca.

Y las púas cumplieron su cometido. Al menos su final fue rápido; cuando tiré de la puerta para abrirla vi que se habían quedado trabadas en el cráneo después de atravesarlo, y al levantarse alzaron con ellas el cuerpo, extrayéndolo de la prisión de hierro, tras lo que cayó al suelo cuan largo era con un desagradable sonido blando y el rostro hacia arriba.

Corrí junto a mi mujer, la levanté y la saqué de allí, temiendo por su cordura en caso de que despertara y se encontrara con semejante escena. La tendí en un banco del exterior y corrí de regreso adentro. Apoyado contra la columna de madera, el guardés gemía de dolor y sostenía un pañuelo ensangrentado contra los ojos. Y sentada sobre la cabeza del pobre

estadounidense se hallaba la gata, ronroneando mientras lamía la sangre que brotaba de las laceradas cuencas de los ojos.

Supongo que nadie me acusará de crueldad por haber empuñado uno de los viejos mandobles y cortado al animal en dos.

EL SECRETO DEL ORO CRECIENTE

(The Secret of the Growing Gold)

Cuando Margaret Delandre fue a vivir a Brent's Rock todo el vecindario se abandonó al placer de un nuevo e inédito escándalo. Los escándalos relacionados con las familias Delandre y Brent no escaseaban, y si se hubiera escrito una detallada historia secreta del condado, ambos apellidos habrían contado con una buena representación. Cierto es que el estatus de las dos familias era tan diferente que bien podrían haber pertenecido a continentes distintos —o, ya puestos, a mundos distintos— ya que hasta el momento sus órbitas nunca se habían cruzado. Los Brent eran considerados, por unanimidad, la familia más notoria del condado, y siempre se habían movido muy por encima de la clase de terratenientes rurales a la que Margaret Delandre pertenecía, del mismo modo que un hidalgo español de sangre azul se halla por encima de sus granjeros arrendatarios.

El linaje de los Delandre provenía de antiguo y, a su modo, se enorgullecían de él tanto como los Brent del suyo. Pero la familia nunca había prosperado más allá del rango de los terratenientes rurales; y pese a haber disfrutado de una posición acomodada en los viejos buenos tiempos de las guerras foráneas y el proteccionismo, su fortuna se había agostado bajo el sol del libre comercio y las «felices épocas de paz». Como sus miembros de mayor edad acostumbraban a afirmar, estaban «arraigados a aquella tierra» y, en consecuencia, habían terminado enraizando en ella, en cuerpo y en alma. De hecho, habiendo elegido la vida de los vegetales se habían desarrollado como lo hacen estos: creciendo y floreciendo en las buenas temporadas y padeciendo en las malas. Su propiedad, Dander's Croft, se hallaba esquilmada, a semejanza de la familia que la habitaba. Esta había venido declinando generación tras generación, enviando al mundo de cuando en cuando algún lánguido retoño, en forma de un soldado o un marino que se habían abierto camino hasta las graduaciones inferiores de sus respectivos servicios para allí quedarse estancados, impedida su promoción bien por falta

de compromiso y valentía a la hora de entrar en acción, bien por esa querencia autodestructiva propia de hombres sin educación y que no han recibido suficiente cariño en la infancia: el anhelo de una posición superior a la suya y, al mismo tiempo, la consciencia de que nunca serán capaces de alcanzarla. De modo que, poco a poco, la familia cayó cada vez más bajo; los hombres, huraños e insatisfechos, bebiendo hasta matarse, las mujeres trabajando como esclavas en la casa o casándose con hombres de clase inferior a la suya, o haciendo cosas peores. Con el tiempo todos fueron desapareciendo, hasta que no quedaron más que dos en Dander's Croft, Wykham Delandre y su hermana Margaret. Ambos parecían haber heredado, uno en forma masculina y la otra en femenina, la maléfica propensión de su estirpe, compartiendo los rasgos principales pero manifestándolos de modos distintos: cólera huraña, voluptuosidad y temeridad.

La historia de los Brent había sido similar, pero siendo las causas de su decadencia las propias de la aristocracia, no las de los plebeyos. Ellos, asimismo, habían enviado sus retoños a las guerras; pero los rangos que alcanzaron fueron diferentes a los de los Delandre y a menudo se habían visto condecorados, pues todos sin excepción eran valientes, y protagonizaron acciones valerosas antes de que la disipación egoísta que era su estigma minara su vigor.

El actual cabeza de familia —si de una familia puede hablarse cuando solo queda un miembro de la línea directa— era Geoffrey Brent. Era el prototipo de heredero de una estirpe arruinada, manifestando por un lado sus más brillantes cualidades y por otro su absoluta degradación. Se lo podría comparar oportunamente con los nobles italianos de antaño cuyas efigies han preservado los pintores, mostrándonos su coraje, su ausencia de escrúpulos, su lujuria y crueldad refinadas, la voluptuosidad manifiesta y la maldad potencial. Era, sin duda, atractivo; provisto de la belleza morena, aquilina e imponente que las mujeres identifican con frecuencia como superior a todas las demás. Con los hombres se comportaba él de modo distante y frío; pero tal forma de actuar nunca disuade al sexo femenino. Las inescrutables leyes del sexo han dispuesto que ni la más tímida de las mujeres sienta miedo ante un hombre altivo y temible. De modo que apenas se podía encontrar a una mujer, fuera cual fuera su clase o situación, que viviera a la vista de Brent's Rock, que no albergara una secreta admiración por aquel atractivo gandul. El conjunto era numeroso, pues Brent's Rock se alzaba prominente en mitad de una región llana, y desde cientos de millas a la redonda, sus altas y antiguas

torres y los tejados empinados sobresalían en el horizonte por encima de bosques, aldeas y las escasas y dispersas mansiones.

Siempre que Geoffrey Brent restringiera su libertinaje a Londres, París y Viena —cualquier lugar fuera del alcance de la vista y los oídos de sus vecinos— la gente se abstenía de opinar sobre él. Es sencillo escuchar con impasibilidad noticias lejanas, podemos recibirlas con incredulidad, burla, desdén o cualquier otra actitud fría que consideremos adecuada. Pero cuando el escándalo se acercó, cambió la cosa, y los sentimientos de independencia e integridad propios de toda comunidad que no esté moralmente arruinada se manifestaron y reclamaron condena. Aun así, hubo una reticencia generalizada, y no se reclamaban más noticias de los hechos que las estrictamente necesarias. Margaret Delandre actuaba de manera tan audaz y abierta, aceptaba su posición como legítima compañera de Geoffrey Brent de modo tan natural, que la gente llegó a pensar que se había casado con él en secreto, y consideraron más prudente morderse la lengua, no fuera que el tiempo le diera la razón a ella y la convirtiera en un enemigo a temer.

La única persona que, mediante su intervención, podría haber puesto fin a las dudas, se veía privada de entrometerse a causa de las circunstancias. Wykham Delandre se había peleado con su hermana —o puede que fuera ella quien se peleó con él— y no se hallaban en términos de una mera neutralidad armada sino de odio amargo y manifiesto. La pelea había tenido lugar antes de que Margaret se fuera a Brent’s Rock. Ella y Wykham a punto habían estado de llegar a las manos. Se habían proferido amenazas por ambas partes, y al final Wykham, dominado por la cólera, había ordenado a su hermana que abandonara la casa. Ella se puso en pie de inmediato y, sin molestarse en recoger sus bienes personales, salió de la vivienda. En el umbral se detuvo un momento para advertir amargamente a Wykham que este lamentaría hasta su última hora de vida lo que había hecho ese día. Pasaron unas semanas y en el pueblo todos daban por sentado que Margaret se había ido a Londres, cuando de pronto apareció en compañía de Geoffrey Brent, y antes del anochecer todo el vecindario estaba enterado de que se había trasladado a Brent’s Rock. No causaba sorpresa que Brent se hubiera presentado de manera inesperada, pues tal era su costumbre. Ni siquiera sus sirvientes sabían nunca cuándo podían esperarlo; había una puerta privada, de la que solo él tenía llave, por la que a veces entraba sin que nadie en la casa se percatara de su llegada. Era esa su forma de aparecer al cabo de una larga ausencia.

La noticia enfureció a Wykham Delandre. Juró venganza y, para que su buen juicio no pusiera obstáculo a la cólera, bebió más que nunca. Varias

veces trató de ver a su hermana, pero ella, despreciativa, rehusó recibirlo. Intentó entonces hablar con Brent, que también rechazó reunirse con él. Trató de interceptarlo en el camino, pero sin éxito, pues Geoffrey no era un hombre al que se le pudiera detener en contra de su voluntad. Hubo varios encuentros fallidos entre los dos hombres, además de otros intentos, urdidos por uno y evitados por el otro. Al final Wykham Delandre hubo de aceptar la situación, aunque no sin malhumor ni ánimo vengativo.

Ni Margaret ni Geoffrey eran de temperamento pacífico, así que no pasó mucho tiempo antes de que empezaran las peleas entre ellos. Una cosa llevaba a otra y el vino corría en abundancia en Brent's Rock. De cuando en cuando las peleas tomaban un cariz amargo, y las amenazas se proferían en términos tan intransigentes que atemorizaban a la servidumbre. Pero las peleas concluían donde generalmente suelen hacerlo los altercados domésticos, en reconciliación, y en un mutuo respeto por el carácter del contrincante y sus dotes para la refriega. Pelearse por el mero hecho de hacerlo es algo en lo que cierta clase de personas, en todo el mundo, halla un interés absorbente, y no hay motivos para pensar que las condiciones domésticas minimicen tal atracción. Geoffrey y Margaret salían ocasionalmente de Brent's Rock, y cada vez Wykham Delandre salía también de casa, dispuesto a encontrarse con ellos; pero como casi siempre tenía noticia demasiado tarde de que la pareja estaba fuera, él regresaba sobre sus pasos más amargado y frustrado que antes.

Finalmente, la pareja se ausentó de Brent's Rock más tiempo de lo habitual. Unos días antes habían tenido una pelea, que superó en crudeza a todas las anteriores; pero también esta vez se habían reconciliado, y mencionaron en presencia de los sirvientes un viaje al continente. Al cabo de pocos días Wykham Delandre se ausentó también, y transcurrieron varias semanas hasta su regreso. Los vecinos se percataron de sus nuevas ínfulas, se mostraba satisfecho, exaltado; apenas sabían cómo calificarlo. Fue directo a Brent's Rock y exigió ver a Geoffrey Brent, y cuando le informaron de que aún no había vuelto, dijo con una resolución ominosa que los sirvientes no dejaron de notar:

—Volveré. Tengo noticias importantes que no pueden esperar.

Dio media vuelta y se fue. Pasaron las semanas y a continuación los meses, y llegó entonces el rumor, más adelante confirmado, de que se había producido un accidente en el valle de Zermatt. Cuando atravesaba un peligroso paso montañoso, el carruaje donde viajaban una dama inglesa y su cochero había caído por un precipicio; el caballero que los acompañaba, el

señor Geoffrey Brent, había tenido la fortuna de salvarse, pues en ese momento no iba a bordo sino que subía la pendiente a pie para facilitar la labor de los caballos. Dio aviso de lo acontecido y se organizó la búsqueda. El parapeto roto, el camino en mal estado, las marcas dejadas por los caballos al forcejear en el terraplén antes de caer finalmente al torrente que discurría abajo… todo confirmaba el triste relato. Estaban en la temporada de lluvias y en invierno había nevado mucho, así que el nivel del río estaba mucho más alto de lo habitual y la corriente arrastraba témpanos de hielo. Se efectuó una búsqueda exhaustiva, y finalmente los restos del carruaje y el cadáver de un caballo fueron localizados en un remanso. Más tarde el cuerpo del cochero apareció en una llanura de aluvión cerca de Täsch; pero del cuerpo de la mujer, así como del segundo caballo, no había rastro; lo que para entonces quedara de ellos estaría girando en los remolinos del Ródano, de camino al lago Ginebra.

Wykham Delandre efectuó todas las pesquisas posibles pero no encontró ninguna huella de la mujer desaparecida. Descubrió, sin embargo, en los libros de registro de varios hoteles el nombre de «señor Geoffrey Brent y señora». Erigió una estela en Zermatt en memoria de su hermana, empleando su nombre de casada, e hizo colocar una lápida en la iglesia de Bretten, la parroquia a la que pertenecían tanto Brent’s Rock como Dander’s Croft.

Hizo falta casi un año para que la conmoción provocada por el accidente se extinguiera y el vecindario volviera a sus rutinas. Brent continuaba ausente, y Delandre bebía más y estaba más malhumorado y vengativo que nunca.

Se produjo entonces un nuevo revuelo. Brent’s Rock se preparaba para la llegada de una nueva señora. El mismo Geoffrey lo anunció de manera oficial en una carta enviada al vicario, en la que le informaba de que unos meses atrás había contraído matrimonio con una dama italiana, y que se hallaban de camino a casa. Un pequeño ejército de obreros invadió Brent’s Rock; los martillos y las garlopas se oían todo el día y en el aire imperaban los olores de la cola y la pintura. El ala sur de la vieja casa se reformó por completo y los trabajadores se fueron, dejando nada más que los materiales para el arreglo del antiguo salón, que se efectuaría al regreso de Geoffrey Brent, quien deseaba supervisarlo en persona. Portaba consigo dibujos detallados de un salón en la residencia del padre de su esposa; quería reproducir para ella la estancia a la que estaba acostumbrada. Como había que rehacer las molduras, se llevaron postes y tableros para montar andamios y lo dejaron todo apilado a un lado del gran salón, así como un enorme tanque o caja de madera para mezclar la cal, de la que también se dispusieron unos cuantos sacos.

Cuando llegó la nueva señora de Brent’s Rock, repicaron las campanas de la iglesia y hubo júbilo generalizado. Era una criatura maravillosa, plena de poesía, con el fuego y la pasión del sur; y las pocas palabras en inglés que había aprendido fueron pronunciadas de modo tan dulce y vacilante que de inmediato se ganó el corazón de la gente, que no sabía qué le gustaba más de ella, si la música de su voz o la belleza arrebatadora de sus oscuros ojos.

Geoffrey Brent se mostraba más feliz que nunca; pero su expresión tenía un cariz oscuro y ansioso que quienes lo conocían desde hacía mucho identificaron como algo nuevo, y a veces se sobresaltaba, como por la irrupción de una voz inaudible para los demás.

Y pasaron los meses y corrió el rumor, cada vez más insistente, de que en Brent’s Rock iba a haber un heredero. Geoffrey era muy cariñoso con su mujer, y su vínculo parecía haberlo aplacado. Mostraba mayor interés que nunca en sus arrendatarios y en las necesidades de estos; y abundaron las obras de caridad, tanto por parte de él como de su encantadora y joven esposa. Geoffrey parecía haber depositado todas sus esperanzas en el niño que se hallaba en camino, y, al poner la vista en el futuro, la oscura expresión que le alteraba el rostro fue poco a poco apagándose.

Mientras tanto Wykham Delandre seguía alimentando su ansia vengativa. En el fondo de su corazón había brotado un deseo de represalia que solo aguardaba una oportunidad para cristalizar y adoptar su forma definitiva. Su vaga idea se centraba en la esposa de Brent, a sabiendas de que podía infligirle más daño a través de aquellos a los que amaba, y los tiempos venideros parecían albergar en su seno la oportunidad por él anhelada. Una noche estaba él sentado a solas en el salón de su casa. En otra época había sido una bella estancia, a su estilo, pero el tiempo y el abandono le habían pasado factura y su estado ahora era poco más que ruinoso, sin rastro de dignidad ni pintoresquismo de ninguna clase. Él llevaba un buen rato bebiendo sin parar y se hallaba algo más que atontado. Le pareció oír a alguien en la puerta y alzó la vista. Ordenó a gritos a quien fuera que pasara, pero no se produjo respuesta. Farfulló una blasfemia y retomó sus libaciones. Poco después, sumido en el atolondramiento, inconsciente de cuanto lo rodeaba, se sobresaltó de repente al ver que ante él se hallaba en pie alguien o algo que recordaba a una versión ajada y fantasmagórica de su hermana. Por unos instantes lo dominó el miedo. La mujer que estaba frente a él, de rasgos deformados y mirada ardiente apenas parecía humana, y lo único que conservaba de su hermana, tal como antes había sido, era la abundante melena dorada, si bien se hallaba ahora entreverada de gris. Ella lo contempló fría y

prolongadamente, y él, al mirarla a su vez y cobrar conciencia de lo real de su presencia, sintió rebrotar en su corazón el odio que antaño había sentido contra su hermana. Toda la cólera contenida durante el último año cobró voz de súbito cuando él preguntó:

—¿Qué haces aquí? Estás muerta y enterrada.

—Estoy aquí, Wykham Delandre, no porque te quiera, sino porque odio a otro incluso más de lo que te odio a ti.

Sus ojos ardían de cólera.

—¿A él? —susurró su hermano con rabia tal que la mujer se asombró y requirió un instante para recobrar la calma.

—¡Sí, a él! —respondió—. Pero no te confundas, mi venganza es cosa mía, y solo me serviré de ti para que me ayudes.

—¿Se casó contigo? —preguntó Wykham.

El deteriorado rostro de mujer se ensanchó en un escalofriante intento de sonrisa. Fue un simulacro espantoso; los rasgos rotos y las suturas adoptaron extrañas formas y tonalidades, y cuando los músculos tensionados presionaron contra las viejas cicatrices asomaron desagradables líneas blancuzcas.

—¡Eso te gustaría saber! A tu orgullo le halagaría enterarse de que tu hermana llegó a casarse de verdad. Bien, nunca lo sabrás. Aquella fue mi venganza contra ti y no pienso cambiarla ni un ápice. He venido esta noche nada más que para hacerte saber que estoy viva, y así, si allí adonde me dirijo soy víctima de alguna forma de violencia, habrá un testigo.

—¿Adónde vas? —reclamó saber el hermano.

—¡Es asunto mío! ¡No tengo la menor intención de decírtelo!

Wykham se levantó, pero había bebido demasiado y se tambaleó y cayó desplomado. Tendido en el suelo declaró su intención de seguir a su hermana; y en un estallido de humor enfermizo le dijo que la seguiría a través de la oscuridad gracias al brillo de su pelo y de su belleza. Ella se volvió hacia él y le dijo que habría otros para los que su cabello y su belleza serían también causa de arrepentimiento.

—Es lo que le pasará a él —siseó—, porque el pelo permanece aunque la belleza haya desaparecido. Cuando liberó el freno y nos lanzó al río, precipicio abajo, poco le importó mi belleza. A lo mejor la suya también se arruinaría si bajara dando tumbos contra las rocas del Visp, como me sucedió a mí, o si acabara convertido en un témpano de hielo. ¡Pero dejemos que se preocupe! ¡Su hora se acerca! —exclamó, y abrió rabiosa la puerta y desapareció en la oscuridad.

Más tarde, esa misma noche, la señora Brent, que no estaba dormida del todo, se sobresaltó y dijo a su esposo:

—Geoffrey, ¿no ha sido eso el ruido de una cerradura en la planta baja?

Pero Geoffrey —pese a que a ella le había parecido que también se había sobresaltado con el ruido— parecía profundamente dormido y su respiración era rítmica. La señora Brent volvió a adormecerse, pero se despertó de nuevo al notar que su esposo se había levantado. Él estaba a medio vestir y mortalmente pálido, y cuando la lámpara que llevaba en la mano le iluminó la cara, a ella le asustó su mirada.

—¿Qué pasa, Geoffrey? ¿Qué haces? —preguntó.

—¡Calla, pequeña! —respondió él con tono extraño, áspero—. Duerme. Estoy intranquilo. Voy a terminar un trabajo que dejé a medias.

—Tráelo aquí, esposo —dijo ella—. Tengo miedo de estar sola. No me gusta que no estés conmigo.

A modo de respuesta él se limitó a besarla y salió cerrando la puerta. Ella permaneció despierta un rato, hasta que la fatiga se impuso y cayó dormida.

Se despertó bruscamente, con el eco en los oídos de un grito acallado, proveniente de no muy lejos. Saltó de la cama, corrió a la puerta y escuchó, pero no se oía nada.

Preocupada por su esposo, lo llamó: «¡Geoffrey, Geoffrey!».

Al cabo de unos instantes se abrió la puerta del gran salón y apareció Geoffrey, pero sin la lámpara.

—¡Calla! —susurró, en tono áspero y severo—. ¡Calla! ¡Vuelve a la cama! Estoy trabajando y no se me debe molestar. ¡Vuelve a la cama y no despiertes a toda la casa!

Con un escalofrío, pues nunca había oído hablar a su esposo con tal aspereza, ella regresó a la cama a regañadientes y se tumbó, temblorosa, demasiado asustada para llorar, atenta a todos los sonidos. Hubo una larga pausa silenciosa, tras la que llegaron los golpes acallados de algún tipo de herramienta de hierro. A continuación, el ruido de una piedra pesada al caer al suelo, seguido de una maldición entre dientes. Después el sonido de algo al ser arrastrado y nuevos golpes, esta vez de piedra contra piedra. Oyó un sonido extraño, como si abajo estuvieran rascando algo, y luego silencio. Poco después la puerta se abrió lentamente y entró Geoffrey. Su mujer se hizo la dormida pero entre las pestañas lo vio lavarse las manos para retirar algo blanco que parecía yeso.

Por la mañana no hizo ninguna mención a la noche previa; le daba miedo formular preguntas.

Desde aquel día una sombra se cernió sobre Geoffrey Brent. No comía ni dormía como antes, y retomó su antiguo hábito de volverse de pronto como si alguien le hablara a su espalda. Cuando el capataz de los obreros volvió para preguntar cuándo podían continuar los trabajos, Geoffrey había salido con su carruaje; el hombre fue al salón, y, cuando Geoffrey volvió, un sirviente le informó de la visita y de dónde estaba. Con un juramento aterrador apartó a un lado al sirviente y corrió al antiguo salón. Cuando Geoffrey irrumpió en la estancia, casi se dio de bruces con el trabajador, que se dirigía a la puerta.

—Mil perdones, señor, justo ahora iba a hacer unas averiguaciones. Di orden para que mandaran doce sacos de cal pero no veo más que diez.

—¡Malditos sean los diez sacos de cal y también los doce! —fue la descortés e incomprensible réplica.

Sorprendido, el trabajador trató de cambiar de tema.

—Verá usted, señor, hay un pequeño desperfecto que nuestros hombres deben de haber causado, pero, naturalmente, mi superior correrá con los gastos de la reparación.

—¿De qué está hablando?

—Aquella losa de la chimenea, señor. Algún idiota debe de haber apoyado en ella el poste de un andamio y la ha partido por la mitad. Es un poco extraño, porque es muy gruesa y parece capaz de soportar cualquier peso.

Geoffrey se quedó un minuto callado, al cabo del cual dijo en tono contenido y de modo mucho más cortés:

—Diga a sus hombres que de momento no voy a hacer nada en el salón. Lo dejaré como está durante un tiempo.

—Muy bien, señor. Enviaré a unos muchachos para que se lleven los andamios y los sacos de cal y adecenten esto un poco.

—¡No! ¡No! —dijo Geoffrey—. ¡Déjenlo todo donde está! ¡Yo le avisaré cuando haya que reanudar el trabajo!

El capataz se fue y dijo luego a su jefe:

—Yo mandaría la factura por el trabajo que ya está hecho. Me parece a mí que no sobra el dinero en esa casa.

En una o dos ocasiones Delandre intentó interceptar a Brent en la carretera, y, al comprobar que nada conseguiría así, cabalgó tras el carruaje gritando:

—¿Qué ha sido de mi hermana, tu mujer?

Geoffrey fustigó a los caballos para ponerlos al galope, y el otro, al ver por su palidez y porque su esposa estaba al borde del desmayo que había

conseguido su propósito, se alejó soltando una carcajada.

Esa noche, cuando Geoffrey entró en el salón y pasó junto a la gran chimenea retrocedió asustado, sofocando un grito. Con gran esfuerzo, se recompuso y salió de la estancia, a la que regresó portando una luz. Se inclinó sobre la losa rota de la chimenea para comprobar si la luz de la luna que atravesaba la historiada ventana le había engañado. Con un gemido de angustia cayó de rodillas.

Sin lugar a dudas, a través de la grieta en la losa rota, asomaban unas hebras de cabello dorado, entreveradas de gris.

Alertado por un ruido en la puerta, se volvió y vio a su mujer, en pie en el umbral. En la desesperación del momento, tomó medidas para evitar que ella descubriera nada; encendió una cerilla con la lámpara, se agachó y quemó el pelo que brotaba de la losa rota. A continuación, levantándose de modo tan despreocupado como le fue posible, simuló sorpresa al ver a su esposa a su lado.

Pasó la siguiente semana presa de la agonía, ya que, bien por casualidad o bien por designio, le era imposible estar a solas en el salón. En cada visita, el cabello había vuelto a crecer a través de la grieta y él debía vigilarlo en todo momento a fin de que su espantoso secreto no fuera descubierto. Intentó dar con un escondrijo fuera de la casa para el cadáver de la mujer, pero siempre lo interrumpía alguien; y, en una ocasión, cuando salía por su puerta secreta se topó con su esposa, que lo interrogó al respecto y dejó manifiesto su asombro por no haberse percatado nunca de la llave que él le mostraba ahora con tanta renuencia. Geoffrey amaba sincera y apasionadamente a su mujer, así que la posibilidad de que ella descubriera sus temibles secretos, o incluso de que dudara de él, lo colmaba de angustia; y al cabo de un par de días no pudo evitar llegar a la conclusión de que, cuando menos, ella sospechaba algo.

Esa misma noche ella entró al salón después de su paseo y lo encontró sentado y deprimido ante la chimenea apagada. Le habló sin rodeos.

—Geoffrey, ese hombre, Delandre, ha hablado conmigo. Dice cosas horribles. Me ha contado que hace una semana su hermana volvió a casa, convertida en una ruina, en un despojo. Lo único que quedaba de ella tal como era antes era su pelo, dorado como el oro, y lo advirtió de un propósito ominoso. Me preguntó dónde está ella, pero, Geoffrey, está muerta, ¡muerta! ¿Así que cómo puede haber vuelto? ¡Estoy muy asustada y no sé qué hacer!

A modo de respuesta, Geoffrey prorrumpió en un torrente de blasfemias que la hizo estremecerse. Geoffrey maldijo a Delandre y a su hermana y a

toda su familia, y en especial dedicó maldición tras maldición a su cabello dorado.

—¡Calla, calla! —dijo ella, y también guardó silencio, pues le daba miedo el estado de su esposo.

Geoffrey, impulsado por la rabia, se levantó y se apartó de la chimenea, pero se detuvo de súbito al ver la nueva expresión, de terror, en el rostro de su esposa. Siguió la dirección de su mirada y también se estremeció, porque un mechón dorado asomaba por la grieta de la losa y yacía sobre esta.

—¡Mira, mira! —gritó ella—. ¡Una aparición fantasmal! ¡Vámonos, vámonos de aquí!

Y aferrando a su esposo por la muñeca, con el frenesí fruto de la locura, lo sacó a rastras de la estancia.

Esa noche ella sufrió fiebre muy alta. El médico del distrito acudió de inmediato a atenderla y se telegrafió a Londres solicitando asistencia de un especialista. Geoffrey estaba desesperado; la angustia que le causaba la situación de su joven esposa casi le hizo olvidarse de su crimen y de las consecuencias de este. Por la tarde el médico tuvo que irse para atender a otros pacientes, dejando que Geoffrey se ocupara de su mujer.

—Recuerde, debe usted conseguir que permanezca serena hasta que yo vuelva mañana por la mañana, o hasta que otro médico se haga cargo del caso. Lo que hay que evitar, por encima de todo, es otro arrebato emocional. Cuide de mantenerla abrigada. Nada más se puede hacer.

Más tarde, esa noche, cuando toda la servidumbre se había retirado ya, la esposa de Geoffrey se levantó de la cama y dijo a su marido:

—¡Vamos! ¡Vamos al antiguo salón! ¡Yo sé de dónde sale el oro! ¡Quiero verlo crecer!

Geoffrey la habría detenido de buen grado, pero, por una parte, temía por la vida y la cordura de su esposa, y por otra quería evitar que, en un ataque, ella anunciara a gritos sus terribles sospechas, y viendo que era inútil tratar de disuadirla, la envolvió en una manta y la acompañó al antiguo salón. En cuanto entraron, ella echó la llave.

—No quiero que ningún desconocido nos moleste esta noche a nosotros tres —susurró con una lánguida sonrisa.

—¿Nosotros tres? ¡Aquí solo estamos dos! —dijo Geoffrey estremeciéndose. Tuvo miedo de decir nada más.

—Siéntate aquí —dijo su esposa apagando la luz—. Sentémonos junto a la chimenea y veamos crecer el oro. ¡La luz plateada de la luna tiene celos! Mira cómo se desliza sigilosa por el suelo hacia el oro, ¡nuestro oro!

Geoffrey miró, con temor creciente, y comprobó que en las horas que habían mediado desde su última visita al salón el cabello que salía de la grieta en la losa había seguido creciendo. Trató de taparlo poniendo los pies sobre la rotura; y su esposa, acercando su silla a la de él, apoyó la cabeza en su hombro.

—No te muevas, querido —dijo—. Quedémonos sentados, sin movernos, y observemos. ¡Juntos descubriremos el secreto del oro que crece!

Él la rodeó con un brazo y permaneció sentado en silencio, y, mientras la luz de la luna se deslizaba por el suelo, ella se quedó dormida.

Tenía él miedo de despertarla, así que siguió sentado y abatido mientras transcurrían las horas.

Ante sus ojos horrorizados, el cabello dorado crecía y crecía, y al mismo tiempo el corazón de Geoffrey se enfriaba cada vez más, hasta que al final no le restaron fuerzas para moverse, y se quedó sentado, contemplando horrorizado su condenación.

Por la mañana, cuando llegó el médico de Londres, Geoffrey y su mujer no aparecían por ningún lado. Buscaron inútilmente en todas las habitaciones. Como último recurso, se forzó la gran puerta del antiguo salón y quienes entraron se encontraron con una visión triste y escalofriante.

Junto a la chimenea apagada se hallaban sentados Geoffrey Brent y su joven esposa, helados, pálidos y muertos. La expresión de ella era pacífica y tenía los ojos cerrados como si durmiera; pero el rostro de él, con una expresión de horror intolerable, hizo estremecerse a cuantos lo presenciaron. Tenía abiertos los ojos, que miraban vidriosos a sus pies, enredados en unos mechones de cabello dorado, entreverado de gris, que brotaban de la losa rota de la chimenea.

LA PROFECÍA GITANA

(A Gipsy Prophecy)

—Creo de veras —dijo el médico— que, en cualquier caso, uno de nosotros debería ir a comprobar si se trata de un engaño.

—Muy bien —dijo Considine—. Después de cenar nos fumaremos un cigarro mientras vamos dando un paseo al campamento.

De acuerdo al plan, al cabo de la cena, y cuando terminaron el *La Tour*, Joshua Considine y su amigo, el doctor Burleigh, se encaminaron hacia el este del páramo, donde se ubicaba el campamento gitano. Al principio del paseo, Mary Considine, que los había acompañado hasta donde terminaba el jardín y arrancaba el camino, llamó la atención de su esposo para decirle:

—Recuerda, Joshua, les vas a conceder una oportunidad, pero no les des pistas que los ayuden a predecir tu futuro, y nada de flirtear con las chicas gitanas, y asegúrate de que Gerard no se meta en líos.

A modo de respuesta Considine alzó una mano, como si estuviera parando un carruaje, y silbó la melodía de la vieja canción «The Gipsy Countess». Gerald se sumó a la interpretación y, riendo alegremente, los dos hombres abandonaron el camino y se adentraron en las tierras comunales, volviéndose de cuando en cuando para saludar con la mano a Mary, que, inclinada sobre la portilla, a la luz del crepúsculo, observaba cómo se alejaban.

Era un encantador atardecer de verano, la atmósfera estaba henchida de paz y serena felicidad, como si la tranquilidad y el júbilo que hacían del hogar de la joven pareja un lugar divino se hubieran proyectado puertas afuera. Considine no había tenido una vida azarosa. El único episodio perturbador había sido su galanteo a Mary Winston, y la negativa recia y persistente de sus ambiciosos padres, que querían un buen partido para su única hija. Cuando el señor y la señora Winston descubrieron el afecto que el joven abogado profesaba a su hija, trataron de separar a la pareja enviando a Mary a un largo periplo de visitas, no sin antes obligarla a prometer que no mantendría correspondencia con su amado durante la ausencia. El amor, no

obstante, superó la prueba. Ni la ausencia ni la falta de comunicación hicieron mella en la pasión del joven, y su naturaleza optimista parecía desconocer los celos; así que, tras una larga espera, los padres cedieron y la pareja contrajo matrimonio.

Llevaban unos meses viviendo en el *cottage*, que empezaban a sentir como su hogar. Gerald Burleigh, viejo amigo de Joshua de los tiempos de la universidad, y también él una víctima de los encantos de Mary, había llegado hacía una semana, dispuesto a quedarse con ellos tanto tiempo como se lo permitiera su trabajo de Londres.

Cuando su marido se perdió de vista, Mary volvió a la casa, se sentó al piano y dedicó una hora a Mendelssohn.

El campamento gitano estaba a un corto paseo de distancia, y los dos hombres llegaron antes de terminar sus cigarros. Era tan pintoresco como suelen serlo los campamentos gitanos, siempre que estén en el campo y el negocio marche bien. Había unas pocas personas alrededor de una hoguera, invirtiendo su dinero en profecías, y un número mucho mayor, gente más pobre o más reacia, más allá del límite del campamento pero lo bastante cerca como para ver lo que sucedía.

Al aproximarse los dos caballeros, los vecinos, que conocían a Joshua, les abrieron paso, y una bonita gitana de intensa mirada les salió al paso y se ofreció a leerles su destino. Joshua tendió la mano, pero la chica, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta, lo miró a los ojos de modo muy extraño. Gerald dio un codazo a su amigo.

—Debes obsequiarla con plata —dijo—. Es una de las partes más importantes del ritual.

Joshua sacó media corona del bolsillo y se la tendió a la chica, que ni siquiera se dignó mirarla, sino que dijo:

—Parece que es con oro con lo que debes obsequiarla —dijo Gerald riéndose—. Eres una presa de primera.

Joshua era de la clase de hombres —la más extendida a nivel universal— que disfrutan siendo contemplados por una chica bonita, así que con moderada prudencia respondió:

—Muy bien, aquí tienes, preciosa, pero a cambio debes conseguirme un destino propicio —dijo tendiéndole medio soberano, que ella tomó.

—No depende de mí —dijo la chica— que el destino sea bueno o malo. Yo solo leo lo que dicen las estrellas.

La gitana le tomó la mano y volvió la palma hacia arriba; pero en cuanto posó la vista en ella la soltó tan rápido como si estuviera al rojo vivo, y con

una mirada de susto se escabulló a toda prisa. Apartó la cortina que cerraba una gran tienda en el centro del campamento y desapareció en su interior.

—¡Te ha timado! —dijo el cínico de Gerald, mientras Joshua permanecía perplejo y en absoluto satisfecho.

Los dos contemplaban la gran tienda. Unos instantes después salió de ella no la chica, sino una mujer de mediana edad de imponente apariencia y aires autoritarios.

En cuanto apareció, todo el campamento quedó paralizado. El clamor de conversaciones en diferentes lenguas, de risas y el ruido de las diferentes labores que allí se desempeñaban se interrumpieron por unos segundos, y todo hombre o mujer que estuviera sentado, acuclillado o tumbado se puso en pie y se volvió hacia la gitana de porte imperial.

—La reina, claro está —murmuró Gerald—. Es nuestra noche de suerte.

La reina gitana escrutó el campamento y, sin dudarlo un instante, se acercó directa a Joshua y se plantó ante él.

—Muéstrame la mano —dijo de manera imperiosa.

—No me habían hablado así desde que estaba en el colegio —dijo Gerald, de nuevo *sotto voce*.

—Debe haber una ofrenda de oro.

—Parece que esta vez va en serio —susurró Gerard, mientras Joshua depositaba otro medio soberano en la palma de la mano.

La gitana contempló la mano frunciendo el ceño y a continuación, mirándolo a la cara, dijo:

—Tienes una gran fuerza de voluntad. ¿Tienes también un buen corazón, capaz de demostrar valor por alguien a quien amas?

—Confío en ello, pero me temo que no soy tan vanidoso como para decir que sí.

—En ese caso yo responderé por ti, pues veo determinación en tu rostro, una determinación capaz de llegar al extremo, cueste lo que cueste y pese a quien pese, si así ha de ser. ¿Tienes una esposa a la que amas?

—Sí —dijo él enfáticamente.

—Entonces déjala, ahora mismo. Nunca vuelvas a verla. Aléjate de ella ahora que tu amor es joven y tu corazón se haya limpio de intenciones perversas. Vete rápido, vete lejos, ¡y nunca vuelvas a verla!

Joshua arrancó su mano de la de la gitana y dijo: «¡Gracias!», con frialdad y sarcasmo, empezando a alejarse.

—Calma —dijo Gerald—. No hay necesidad de comportarse así, amigo mío. De nada sirve indignarse con las estrellas y sus profecías, y además,

¿qué hay de tu soberano? Al menos escucha todo lo que ella tenga que decir.

—¡Silencio, irreverente! —ordenó la reina—. No sabes lo que haces. Déjalo ir y permanecer en la ignorancia, si prefiere no ser advertido.

Joshua se volvió de inmediato.

—Bien, lleguemos hasta el final —dijo—. Señora, me ha dado usted un consejo, pero yo he pagado para saber mi destino.

—¡Te lo advierto! —dijo la gitana—. Las estrellas han guardado silencio mucho tiempo; deja que el misterio siga siéndolo.

—Señora mía, no me topo con un misterio todos los días, y prefiero conocimientos a cambio de mi dinero antes que ignorancia, de la que puedo conseguir cuanta quiera, siempre que lo desee y a cambio de nada.

—Yo mismo dispongo de una gran reserva que no hay forma de vender —dijo Gerard haciéndose eco.

La reina gitana los miró con dureza.

—Como queráis. Habéis hecho vuestra elección, y habéis respondido a la advertencia con desdén y a la súplica con frivolidad. ¡Que sobre vuestras cabezas caiga la condena!

—¡Amén! —dijo Gerald.

Con gesto imperioso, la reina volvió a tomar la mano de Joshua y le leyó su destino.

—Veo sangre correr. Sucederá pronto. Corre ante mis ojos. Fluye a través del círculo roto de un anillo cortado.

—¡Continúe! —dijo Joshua sonriendo. Gerald guardaba silencio.

—¿Puedo hablar con claridad?

—Claro que sí. A los comunes mortales nos gustan las cosas inequívocas. Las estrellas están muy lejos y sus palabras se pierden un poco en el trayecto.

La gitana se estremeció, tras lo que habló sin rodeos.

—Es esta la mano de un asesino. ¡El asesino de su esposa!

Soltó la mano y se apartó. Joshua rompió a reír.

—¿Sabe una cosa? —dijo—. Creo que si yo fuera usted introduciría un poco de jurisprudencia en mis profecías. Por ejemplo, dice que «esta mano es la de un asesino». Bien, sea lo que llegue a ser en el futuro, potencialmente, a día de hoy no lo es. Debería usted expresar su profecía en términos tales como «la mano que pertenecerá a un asesino» o «la mano de quien será el asesino de su esposa». A las estrellas no se les dan nada bien las cuestiones técnicas.

La gitana no replicó sino que, con la cabeza gacha y aire abatido, volvió despacio a su tienda, alzó la cortina y desapareció dentro.

Sin decir nada, los dos hombres emprendieron el camino de regreso a través del páramo. Finalmente, al cabo de ciertas vacilaciones, Gerald tomó la palabra.

—Está claro, amigo mío, que ha sido una broma, escalofriante, pero una broma al fin y al cabo. Aun así, ¿no sería mejor que nos lo guardáramos para nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Que no se lo cuentes a tu mujer. Podría preocuparla.

—¡Preocuparla! Mi querido Gerald, ¿en qué estás pensando? Ella no se preocuparía ni se asustaría aunque todas las gitanas salidas de Bohemia coincidieran en que yo iba a asesinarla. Ni siquiera se detendría un segundo a considerarlo.

—Viejo amigo, las mujeres son supersticiosas —protestó Gerald—, mucho más que los hombres; y además han sido bendecidas, o malditas, con un sistema nervioso que a nosotros, los hombres, nos es completamente desconocido. Veo demasiadas muestras en mi trabajo como para no saberlo. Sigue mi consejo y no se lo cuentes, o la asustarás.

La expresión de Joshua se endureció de manera inconsciente al contestar.

—Querido amigo, yo nunca le ocultaría un secreto a mi esposa. Eso supondría el comienzo de un nuevo orden de cosas. No tenemos secretos entre nosotros. Si alguna vez llegamos a tenerlos, puedes estar seguro de que algo malo nos sucede.

—Aun así —dijo Gerald—, a riesgo de entrometerme, vuelvo a pedirte que sigas mi advertencia.

—Lo mismo que dijo la gitana —respondió Joshua—. Tú y ella estáis muy de acuerdo. Dime, amigo, ¿ha sido un montaje? Tú fuiste el que me habló del campamento gitano… ¿Lo organizaste todo junto con su majestad? —preguntó con seriedad juguetona.

Gerald le aseguró que había sabido del campamento aquella misma mañana y se burló de cada una de las siguientes réplicas de su amigo, y así, entre chanza y chanza, pasó el tiempo y llegaron al *cottage*.

Mary estaba sentada al piano pero sin tocar. La borrosa luz del crepúsculo le había despertado tiernos sentimientos y tenía los ojos húmedos. Cuando entraron los hombres, corrió hacia su marido para besarlo. Joshua adoptó una actitud trágica.

—Mary —dijo con voz profunda—, antes de que te acerques a mí, escucha las palabras de la fortuna. Las estrellas han hablado y el destino está sellado.

—¿Cuál es, querido? Dime el destino, pero no me asustes.

—En absoluto, querida, pero hay una verdad que debes saber. Es necesario para que hagas tus planes con antelación, y todo se efectúe en orden y como debe ser.

—Adelante, querido, te escucho.

—Mary Considine, puede que tu efigie acabe en el museo de Madame Tussaud. Las estrellas, con la *jurisimprudencia* que las caracteriza, han relevado la notica fatal, que esta mano acabará roja de sangre, tu sangre. ¡Mary! ¡Mary! ¡Dios mío!

Se abalanzó hacia ella pero demasiado tarde para impedir que cayera al suelo desmayada.

—Te lo advertí —dijo Gerald—. No las conoces tan bien como yo.

Mary se recuperó poco después, pero solo para ser presa de un ataque de histeria, durante el que rio, lloró, desvarió y gritó.

—Apártalo de mí, apártalo de mí, a Joshua, mi marido —dijo entre otras cosas, suplicante y asustada.

Joshua Considine se hallaba al filo de la agonía, y cuando Mary por fin se calmó, se arrodilló junto a ella y le cubrió de besos los pies, las manos y el cabello, y le habló con palabras tiernas y le dedicó cuanta declaración de cariño se le pudo ocurrir. A lo largo de la noche y casi hasta el amanecer ella se despertó una y otra vez y lloraba asustada hasta asegurarse de que su marido velaba a su lado.

A la mañana siguiente, mientras daban cuenta de un desayuno tardío, Joshua recibió un telegrama mediante el que lo reclamaban en Withering, a casi veinte millas de allí. Era reacio a ir, pero Mary no quiso saber nada de que se quedara, y antes del mediodía partió solo en el carruaje que empleaba para salir de caza.

Cuando él se fue, Mary se retiró a su habitación. No salió de allí a la hora de comer, pero a la tarde, cuando se sirvió el té en el césped bajo el gran sauce del jardín, se sumó a su invitado. Parecía casi del todo recuperada. Al cabo de unas frases casuales, dijo a Gerald:

—Lo de anoche fue una tontería, pero no pude evitar asustarme. De hecho, volvería a hacerlo si cediera a pensar en ello. Pero puede que al fin y al cabo no sean más que fantasías de esa gente, y se me ha ocurrido una forma de demostrar sin lugar a dudas que la predicción es falsa…, si es que lo es —añadió con tristeza.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Gerard.

—Iré al campamento gitano y haré que la reina me lea mi destino.

—Estupendo. ¿Puedo acompañarte?

—¡No! Eso lo estropearía todo. Ella podría reconocerte y deducir quién soy yo, y sabría lo que le conviene decir. Iré sola, esta tarde.

Al final de la tarde Mary Considine partió hacia el campamento gitano. Gerald la acompañó hasta el límite de las tierras comunales y luego volvió solo a casa.

Apenas había transcurrido media hora cuando Mary entró en el salón, donde él leía tumbado en un sofá. Estaba pálida como un fantasma y atacada por una extrema agitación. Casi no había superado el umbral cuando se derrumbó y cayó de rodillas sobre la alfombra, sollozando. Gerald corrió a ayudarla pero, con gran esfuerzo, ella se recompuso y le pidió que guardara silencio. Él esperó, y el mero hecho de plegarse a su solicitud y no hacerle preguntas pareció ayudarla, ya que pocos minutos después ella se había recuperado en parte y fue capaz de contarle lo sucedido.

—Cuando llegué —dijo— parecía no haber ni un alma. Fui al centro del campamento y me quedé allí. De pronto apareció una mujer alta a mi lado. «He sentido que se me necesitaba», dijo. Extendí la mano y puse una moneda de plata en ella. Ella se quitó del cuello una baratija dorada y la dejó también en mi palma, luego tomó ambas cosas y las lanzó al arroyo que por allí discurre. Cogió a continuación mi mano y dijo: «Nada salvo sangre en este lugar para la culpa», y dio media vuelta. Conseguí detenerla y le pedí que me contara algo más. Dudó pero me dijo: «¡Ten cuidado! ¡Mucho cuidado! Te veo yacer a los pies de tu esposo, y sus manos están ensangrentadas».

Eso no tranquilizó a Gerald en absoluto, pero se esforzó por reírse.

—Seguramente —dijo— esa mujer tiene una fijación con el asesinato.

—No te rías —dijo Mary—. No lo soporto.

Y llevada por un impulso repentino salió del salón.

Poco después volvió Joshua, tranquilo y risueño, y tan hambriento como un cazador. Su presencia animó a su esposa, que parecía mucho más contenta, pero esta no mencionó su visita al campamento gitano, así que Gerald tampoco dijo nada. Como si existiera un acuerdo tácito al respecto, no se hizo mención al tema en toda la tarde. Pero Mary tenía una expresión extraña, inamovible, que Gerald no pudo dejar de observar.

Por la mañana Joshua bajó a desayunar más tarde de lo habitual. Mary llevaba una hora levantada y haciendo cosas por la casa, pero a medida que transcurría el tiempo iba poniéndose más nerviosa y de vez en cuando lanzaba una mirada inquieta a su alrededor.

A Gerald le fue imposible no fijarse en que ninguno de ellos disfrutó del desayuno. No fue porque las chuletas estuvieran duras sino porque todos los cuchillos estaban desafilados. Tratándose de un invitado, él, claro está, no dio muestras de haberlo notado, pero vio cómo Joshua, en un gesto en apariencia inconsciente, pasaba la yema del pulgar por el filo de su cuchillo. Al darse cuenta, Mary empalideció y a punto estuvo de caer desmayada.

Tras el desayuno salieron al jardín. Mary estaba reuniendo un ramo de flores.

—Consígueme unas rosas de té, querido —dijo a su marido.

Joshua se dirigió a un macizo en el frente de la casa. Los tallos se doblaban pero eran demasiado duros y no llegaban a romperse. Se llevó la mano al bolsillo, en busca de su navaja, pero en vano.

—Déjame tu navaja, Gerald.

Como Gerald no tenía, Joshua fue al salón donde acostumbraban a almorzar y cogió un cuchillo. Salió al jardín probando el filo y quejándose.

—¿Qué diantres les ha pasado a todos los cuchillos? No hay ninguno afilado.

Mary entró apresuradamente en la casa.

Joshua se puso a cortar rosas con el cuchillo sin filo, igual que los cocineros cortan el cuello a los pollos o los escolares cortan bramante. Con un poco de esfuerzo concluyó la tarea. El macizo de rosas era muy abundante, así que decidió formar un gran ramo.

No fue capaz de encontrar ni un cuchillo afilado en el aparador donde guardaban los cubiertos, así que llamó a Mary y le dijo lo que pasaba. Ella se mostró tan inquieta y abatida que él adivinó la verdad, y, estupefacto y herido, le preguntó:

—¿Quieres decir que lo has hecho tú?

—Joshua —dijo ella sin poder contenerse—, estaba muy asustada.

Él se puso pálido. Su rostro adoptó una expresión rígida.

—¡Mary! ¿Es esta la confianza que tienes en mí? Nunca lo habría creído.

—¡Joshua! ¡Joshua! Perdóname —suplicó ella, y rompió a llorar.

Joshua se detuvo a pensar un momento.

—Ya comprendo lo que sucede —dijo—. Es mejor que acabemos con esto antes de que nos volvamos locos.

Entró a zancadas al salón.

—¿Adónde vas? —preguntó Mary, gritando casi.

Gerald supo lo que pensaba su amigo: que ninguna superstición le obligaría a usar instrumentos romos el resto de su vida, así que no se

sorprendió cuando lo vio salir por la ventana francesa empuñando un enorme cuchillo gurkha, que habitualmente estaba en la mesa de centro y que su hermano le había enviado desde el norte de la India. Era uno de los grandes cuchillos de caza que tantos estragos causaron en las distancias cortas entre los enemigos de los leales gurkhas durante el motín de Sepoy. Tenía un peso considerable, pero estaba tan bien equilibrado que parecía ligero, y cortaba como una cuchilla de afeitar. Con cuchillos como aquel los gurkhas cortaban ovejas en dos.

Cuando Mary lo vio salir con el arma soltó un alarido de pavor y sufrió un ataque de histerismo como el de la noche anterior.

Joshua corrió hacia ella, y, al ver que se desplomaba, soltó el cuchillo y trató de atraparla.

Pero llegó un segundo demasiado tarde, y ambos hombres gritaron horrorizados al verla caer sobre la hoja desnuda.

Cuando Gerald acudió en su auxilio vio que el filo, que yacía mirando hacia arriba entre la hierba, había causado un corte en la mano izquierda de Mary. Varias venas menores habían quedado cercenadas y la sangre manaba a borbotones de la herida. Mientras la vendaba, señaló a Joshua que el acero también había cortado la alianza de matrimonio.

Llevaron a Mary, desvanecida, a la casa. Cuando un rato después volvió en sí, con el brazo en cabestrillo, estaba serena y feliz.

—La gitana estuvo increíblemente cerca de la verdad —dijo a su marido —; demasiado cerca como para que la predicción real se haga nunca realidad, querido.

Joshua se inclinó y depositó un beso en la mano herida.

EL RETORNO DE ABEL BEHENNA

(The Coming of Abel Behenna)

El pequeño puerto de Pencastle, en Cornualles, resplandecía a principios de abril; el sol había regresado, y parecía que para quedarse, tras un largo y crudo invierno. Rotundo y negro, el peñón se alzaba ante un fondo de azul desvaído, allá donde el cielo se encontraba con la niebla a la altura del lejano horizonte. El mar tenía la genuina tonalidad de Cornualles: zafiro, salvo cuando se tornaba de un profundo verde esmeralda en las profundidades insondables al pie de los acantilados, donde las cuevas de las focas abrían unas lúgubres fauces. En las laderas la hierba estaba marrón y reseca. Las matas de tojo eran de un gris ceniciento, pero el amarillo dorado de sus flores se propagaba por la pendiente de la colina, rodeando las rocas a medida que estas afloraban, y reduciéndose luego a macizos en puntos concretos, hasta finalmente desaparecer del todo donde los vientos marinos barrían los filos de los acantilados como una guadaña aérea que jamás cesara de trabajar. El conjunto de la ladera, con el fondo marrón y los destellos dorados, era idéntico a un colosal martillo amarillo.

El pequeño puerto se abría entre dos altos acantilados y al abrigo de una peña solitaria, herida por numerosas grutas y bufones a través de los cuales, en las tormentas, el mar hacía oír su voz atronadora a la vez que proyectaba surtidores de espuma. La ensenada doblaba hacia el oeste en un rumbo serpenteante, protegida su boca por dos pequeños muelles curvos a izquierda y derecha. Eran estos de tosca construcción, de oscuras losas de pizarra dispuestas de canto, sostenidas por grandes pilares, unidos entre sí mediante zunchos de hierro. Más arriba fluía, sobre un lecho rocoso, el río cuyas avenidas invernales habían venido horadando desde antiguo las colinas. El río era profundo en la desembocadura, pero aquí y allí, en los tramos más anchos, quedaban al descubierto con la marea baja partes resquebrajadas del fondo de roca, abundantes en agujeros donde se pescaban cangrejos y langostas. De entre las piedras asomaban postes robustos, empleados para amarrar las

pequeñas embarcaciones de bajura que frecuentaban el puerto. Aguas arriba, la corriente continuaba siendo profunda, ya que la marea penetraba mucho tierra adentro, pero calmosa, porque hasta el efecto de las más fuertes tormentas quedaba antes aplacado. A un cuarto de milla tierra adentro la corriente conservaba su profundidad en marea alta, pero con la bajamar afloraban en ambas orillas tramos de la misma roca fracturada que podía verse más abajo, entre cuyas grietas corría y murmuraba el agua dulce del río. También aquí había postes de amarre para las embarcaciones de pesca. Las orillas estaban flanqueadas por filas de *cottages* que alcanzaban casi la línea de la marea alta. Eran bonitas casas, de construcción mimada y robusta, con jardines estrechos y bien cuidados en la parte delantera, repletos de plantas de estilo conservador: groselleros en flor, coloridas primaveras, alhelíes y uva de gato. Por las fachadas de muchas de ellas trepaban clemátides y glicinas. La marquetería de ventanas y puertas era en todas blanca como la nieve, y el pequeño sendero que llevaba a cada una estaba pavimentado con losas de piedra clara. En algunas entradas había unos porches diminutos, y en otras, bancos rústicos confeccionados a partir de troncos o de viejos barriles; casi todos los alféizares estaban adornados con cajas o tiestos con flores o plantas de follaje vistoso.

Dos hombres vivían en sendos *cottages* situados frente a frente, uno en cada orilla. Dos hombres, ambos jóvenes, ambos apuestos, ambos prósperos, y que habían sido compañeros y rivales desde la infancia. Abel Behenna era moreno, con la tez oscura agitanada que los fenicios, mineros viajeros, dejaron a su paso; Eric Sanson —apellido que, según el anticuario local, era una corrupción de Sagamanson— era rubio, con la complexión rubicunda rastro de las incursiones de los salvajes noruegos. Los dos parecían haber resuelto desde el primer momento de su vida trabajar juntos y competir entre ellos, luchar por el otro y afrontar espalda con espalda toda empresa. Ahora los dos habían puesto colofón a su templo de la Unidad al enamorarse de la misma chica. Sarah Trefusis era sin duda la chica más guapa de Pencastle, y muchos eran los jóvenes que gustosos habrían probado fortuna con ella, pero antes había dos a los que batir, y cada uno de estos era el hombre más fuerte y resuelto del puerto, a excepción del otro. La mayoría de los chicos pensaban que el reto era demasiado duro, lo que los llevaba a no tener buena opinión de ninguno de los tres actores principales; mientras que la mayoría de las chicas, que, en el mejor de los casos, tenían que soportar los gruñidos de sus novios y el sentimiento de no ser nada más que plato de segunda mesa, tampoco veían a Sarah con buenos ojos. Y esto llevó a que, al cabo de más o menos un año,

pues los cortejos rurales son procesos lentos, los dos hombres y la mujer se vieran unidos por las circunstancias. Todos estaban contentos, así que no tenía importancia, y Sarah, que era vanidosa y frívola, se cobraba venganza, de manera callada pero cuidadosa, tanto de hombres como de mujeres. Cuando una joven sale de paseo y no puede presumir más que de un chico, y no del todo satisfecho, no le hace ninguna gracia que este mire con ojos de carnero degollado a otra chica, más guapa que ella y escoltada por dos devotos pretendientes.

Al cabo llegó el momento que Sarah había temido y retrasado una y otra vez, el momento en que tendría que elegir entre los dos hombres. Los dos le gustaban y, en realidad, cualquiera de ambos habría satisfecho los requerimientos de una chica incluso más exigente que ella. Pero su carácter era tan reacio a los cambios que pensaba más en lo que podía perder que en lo que podía ganar, y siempre que creía haber llegado a una decisión, de inmediato la asaltaban las dudas. Cada vez, el hombre al que había rechazado se veía provisto de repente de toda una serie de ventajas nuevas, volviéndolo más atractivo de lo que habría sido en caso de haber resultado él el elegido. Prometió a cada uno que el día de su cumpleaños —el cumpleaños de Sarah — le daría una respuesta, y ese día, el once de abril, había llegado. Las dos promesas se habían formulado de manera individualizada y confidencial, pero ninguno de los hombres era dado al olvido. A primera hora de la mañana, Sarah se encontró con que ambos aguardaban ante su puerta. Ninguno de los dos había dicho nada al otro; simplemente querían oír lo antes posible su respuesta y, si era posible, solicitar su mano.

Damón no tiene por costumbre hacerse acompañar por Fintias a la hora de hacer una propuesta de matrimonio, y en el corazón de aquellos dos hombres sus aspiraciones sentimentales se hallaban por encima de las obligaciones de la amistad. Durante todo el día se mantuvieron alejados uno del otro. Era una situación violenta para Sarah y, pese a que ser adorada de aquel modo halagaba su vanidad, había momentos en que le molestaba la persistencia de los dos hombres. El único consuelo en tales momentos se lo proporcionaba el atisbar, tras las elaboradas sonrisas de las chicas que pasaban por la calle y veían su puerta doblemente guardada, los celos que les desbordaban el corazón. La madre de Sarah era una mujer de ideas vulgares y mezquinas, y, al ver lo que sucedía, su único objetivo, insistentemente manifestado a su hija con las palabras más claras posible, era el de disponerlo todo de modo que Sarah sacara todo lo posible de ambos hombres. Con tal propósito se había mantenido astutamente lo más al margen posible de los galanteos de su hija,

observando en silencio. Al principio Sarah reaccionó con indignación ante sus mezquinos planes, pero, como de costumbre, su débil naturaleza cedió ante la insistencia y ahora estaba dispuesta a aceptarlos. No se sorprendió cuando, en el pequeño patio de la parte trasera de la casa, su madre le dijo:

—Ve a dar un paseo por la colina. Quiero hablar con ese par. Los dos están subiéndose a las paredes por ti y es hora de arreglar las cosas.

Sarah protestó débilmente pero su madre la cortó en seco.

—¡Mira, niña, ya lo he decidido! Los dos te quieren y solo uno puede tenerte, pero antes de que elijas hay que organizarlo para que te quedes con todo lo que tienen los dos. ¡No discutas! Vete a dar un paseo y cuando vuelvas ya lo habré arreglado. Hay una forma muy fácil.

Sarah subió la colina por estrechos senderos entre la aulaga dorada y la señora Trefusis se reunió con los dos hombres en el salón de la pequeña casa.

Inició su ataque con la valentía desesperada característica de toda madre que protege a sus hijos, por muy cuestionables que sean sus ideas.

—Vosotros dos estáis enamorados de mi Sarah.

Un silencio avergonzado confirmó palabras tan descaradas. Prosiguió.

—Ninguno tiene muchas posesiones.

Una vez más, aceptaron tácitamente a la acusación.

—No creo que ninguno pueda mantener a una esposa.

Aunque ninguno de los dos dijo nada su mirada y actitud dejaban claro su disentimiento.

—Pero si juntáis lo que tenéis habría bastante para un hogar confortable para uno de vosotros… y para Sarah.

Los miró fijamente, con sus astutos ojos entrecerrados; cuando su escrutinio le dijo que habían asimilado la idea se apresuró a seguir, como si temiera que fueran a contradecirla.

—A la chica le gustáis los dos y puede que le sea difícil escoger. ¿Por qué no os la echáis a suertes? Primero juntad vuestro dinero; sé que los dos tenéis algo ahorrado. Que el ganador lo coja todo y negocie con ello un tiempo, y que luego vuelva a casa y se case con ella. ¡Supongo que no tenéis miedo! ¡Y que ninguno se negará a hacer tal cosa por la chica a la que decís amar!

Abel rompió el silencio.

—¡No me parece decente jugárnosla a suertes! A ella no le gustaría y no es… respetuoso.

Eric lo interrumpió. Sabía que no tendría tantas posibilidades como Abel en caso de que Sarah eligiera entre los dos.

—¿Te asusta el azar?

—¡De eso nada! —dijo Abel, resuelto.

Al ver que su plan estaba funcionando, la señora Trefusis aprovechó de su ventaja.

—¿Estáis de acuerdo en juntar todo vuestro dinero para darle un hogar, tanto si os la jugáis a suertes como si es ella quien decide?

—¡Sí! —dijo Eric apresuradamente, y Abel coincidió, con idéntica testarudez.

Los perversos ojillos de la señora Trefusis destellaron. Oyó los pasos de Sarah en el patio.

—¡Aquí la tenemos! Se lo dejo a ella —dijo, y salió.

Durante el corto paseo por la colina, Sarah había intentado llegar a una decisión. Estaba cerca de sentirse enfadada con los dos hombres por ponérselo tan difícil, y en cuanto entró en el salón dijo sin preámbulos:

—Quiero hablar con los dos. Vamos a Flagstaff Rock, donde podremos estar solos.

Cogió su sombrero, salió de la casa y tomó el ventoso sendero que trepaba por la empinada peña, coronada por un alto mástil, donde antaño prendían sus hogueras los causantes de naufragios. La peña formaba la mandíbula norte del pequeño puerto. El camino solo era lo bastante ancho para dos personas, y la situación quedó clara cuando, por una suerte de acuerdo implícito, Sarah marchó por delante, con los dos hombres siguiéndola, uno junto al otro, sin que ninguno se quedara atrás. A esas alturas, el corazón de cada uno ardía de celos. Cuando llegaron a la cima de la peña, Sarah se apoyó contra el mástil y los dos jóvenes se situaron frente a ella. La chica había escogido el lugar con astucia y premeditación, pues no había espacio para nadie a su lado. Guardaron silencio un momento, hasta que Sarah se echó a reír y dijo:

—Os prometí que hoy os daría una respuesta. He pensado y pensado y pensado, hasta enfadarme con los dos por atormentarme así, y ni siquiera estoy cerca de llegar a una decisión.

—¡Déjanos echarlo a suertes, muchacha! —dijo Eric de pronto.

Sarah no se indignó por la propuesta; la sugerencia reiterada de su madre la había predispuesto a aceptar algo semejante, y su carácter débil la inclinaba a precipitarse hacia cualquier salida que le evitara dificultades. Con la mirada gacha y aire distraído se toqueteó las mangas del vestido, pareciendo haber accedido tácitamente a la propuesta. En cuanto lo infirieron, cada uno de los hombres se sacó una moneda del bolsillo, la lanzó al aire, la atrapó en la palma de una mano y la cubrió con la otra. Durante unos segundos se

quedaron así, todos en silencio, hasta que Abel, el más reflexivo de los dos hombres, habló.

—¡Sarah! ¿Te parece bien?

Al mismo tiempo que lo dijo, descubrió su moneda y volvió a guardarla en el bolsillo. Sarah estaba molesta.

—Da igual si está bien o mal. A mí me vale. Y tú haz lo que quieras, tómalo o déjalo —dijo ella.

—¡Nada de eso, muchacha! —fue la rápida respuesta de Abel—. Mientras tú estés de acuerdo, a mí me vale. Solo temo que luego te arrepientas y lo lamentes. Si quieres a Eric más que a mí, dilo claramente, por Dios. Creo que soy lo bastante hombre como para aceptarlo. Pero si soy a quien más quieres, ¡no nos hagas a los dos unos desgraciados de por vida!

Enfrentado a una dificultad, el carácter débil de Sarah salió a relucir; la chica se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

—¡Es por mi madre! —dijo—. ¡No deja de decirme que lo haga!

El silencio que siguió fue roto por Eric, quien, acalorado, dijo a Abel:

—Deja en paz a la muchacha, ¿quieres? Si prefiere hacerlo así, que así sea. A mí me vale, y a ti también te tendría que valer. Ella lo ha decidido y nosotros tenemos que apechugar.

Sarah se volvió hacia él, presa de una repentina furia.

—¡Cállate! ¿A ti qué te importa, en cualquier caso? —dijo, y reanudó su llanto.

Eric estaba tan pasmado que se quedó sin palabras. Su aspecto era ridículo, boquiabierto y con las manos ante él, todavía con la moneda entre ellas. Guardaron silencio hasta que Sarah se apartó las manos de la cara y soltó una risa histérica.

—¡Como no sois capaces de decidiros me voy a casa! —dijo, y dio media vuelta.

—¡Alto! —dijo Abel en tono autoritario—. Eric, tú lanza la moneda y yo elijo. Pero antes dejémoslo todo bien claro: el que gane coge todos los ahorros de los dos, se va a Bristol y zarpa para negociar con el dinero. Luego vuelve, se casa con Sarah y los dos se quedan con todos los beneficios, sean cuanto sean. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —dijo Eric.

—Me casaré con el ganador en mi próximo cumpleaños —dijo Sarah, y al hacerlo le impactó el despreciable espíritu mercenario de lo que iba a hacer. Se volvió a toda prisa para ocultar un violento rubor.

Los ojos de los dos hombres resplandecían como si albergaran fuego en su interior.

—Un año. ¡Que así sea! —dijo Eric—. El que gane dispone de un año.

—¡Lanza! —dijo Abel, y la moneda giró en el aire.

Eric la atrapó y, una vez más, la sostuvo entre las manos extendidas.

—¡Cara! —eligió Abel, empalideciendo al decirlo.

Se inclinó a mirar y lo mismo hizo Sarah; sus cabezas casi se tocaban. Él sintió el cabello de la chica rozarle la mejilla y se estremeció, como si quemara. Eric alzó la mano superior; la moneda yacía en la palma mostrando su cara. Abel abrazó a Sarah. Con una maldición, Eric lanzó la moneda al mar. Se apoyó en el mástil y contempló con el ceño fruncido y las manos hundidas en los bolsillos a los otros dos. Abel susurraba palabras felices y apasionadas a Sarah y esta, a medida que lo escuchaba, empezaba a pensar que el azar había adivinado los deseos secretos de su corazón: que Abel era al que más quería de los dos.

Al cabo Abel alzó la vista e intercambió una mirada con Eric en el momento justo en que el último rayo del ocaso iluminaba el rostro de este. La luz roja intensificaba lo rubicundo de su piel; parecía empapado de sangre. Abel no dio importancia al ceño fruncido del otro, pues ahora que su corazón había hallado la paz sentía una compasión inmaculada por su amigo. Caminó hacia él con intención de consolarlo, y le tendió la mano diciendo:

—La suerte ha estado de mi lado, viejo amigo. No me guardes rencor. Me esforzaré por hacer feliz a Sarah y tú serás como un hermano para nosotros.

—¿Un hermano? ¡Al diablo! —fue la respuesta de Eric, que dio media vuelta y echó a caminar pendiente abajo.

Pero tras unos pasos por el sendero rocoso se detuvo y regresó junto a la pareja. Se plantó frente a Abel y Sarah, que permanecían abrazados.

—Tienes un año —dijo—. ¡Sácale provecho! ¡Y asegúrate de estar de vuelta a tiempo de reclamar a tu mujer! Regresa a tiempo de leer las amonestaciones para casarte el once de abril. Si no lo haces, te aseguro que yo leeré las mías.

—¿Qué estás diciendo, Eric? ¿Te has vuelto loco?

—No más loco que tú, Abel Behenna. Ve y aprovecha tu oportunidad. Yo me quedo, pero también aprovecharé la mía. No voy a dejar que la hierba me crezca bajo los pies. Hace cinco minutos a Sarah no le importabas más que yo, y puede cambiar de parecer cinco minutos después de que te vayas. Solo has ganado por un punto. El resultado final puede cambiar.

—¡Nada va a cambiar! —dijo Abel, cortante—. Sarah, ¿me serás fiel? ¿No te casarás hasta que vuelva?

—¡Solo te esperará un año! —dijo Abel—. Es el acuerdo.

—Mi promesa durará un año —dijo Sarah.

La expresión de Abel se ensombreció y a punto estuvo de replicar algo, pero supo controlarse y sonrió.

—Esta noche no quiero ponerme duro ni enfadarme. ¡Vamos, Eric! Hemos jugado y luchado juntos. He ganado limpiamente. He jugado limpiamente durante todo el cortejo. Lo sabes tan bien como yo, y ahora que parto le pido a mi viejo y buen amigo que me ayude mientras estoy fuera.

—¡No me pidas eso! ¡Que sea Dios el que te ayude!

—Ya lo ha hecho —dijo Abel llanamente.

—Entonces que siga haciéndolo —respondió Eric enojado—. ¡Yo me conformo con el diablo!

Y sin decir más bajó a zancadas por el empinado sendero y se perdió de vista tras las rocas.

Cuando Eric se fue, Abel se volvió hacia Sarah, confiando en disfrutar de un momento íntimo, pero lo primero que ella le dijo le heló la sangre.

—¡Qué solitario está esto sin Eric!

Y estas palabras resonaban todavía en la cabeza de Abel cuando dejó a Sarah en su casa, y continuaron haciéndolo más tarde.

A la mañana siguiente, temprano, Abel oyó un ruido en su puerta y al abrir vio que Eric se alejaba a paso vivo. En el umbral aguardaba una pequeña bolsa de lona repleta de oro y plata; y en un trozo de papel prendido a ella con un alfiler, leyó:

«Toma el dinero y vete. Yo me quedo. ¡Que Dios te acompañe! ¡Y que el diablo me acompañe a mí! Recuerda: el once de abril. ERIC SANSON».

Esa misma tarde Abel partió hacia Bristol, y una semana más tarde zarpó en el *Star of the Sea* con destino Pahang. Su dinero —incluyendo el que había sido de Eric— viajaba a bordo en forma de un cargamento de juguetes baratos. Había sido aconsejado por un viejo y sagaz marino al que conocía, buen sabedor de cómo se hacían las cosas en el Quersoneso Áureo, que le aseguró que conseguiría un chelín por cada penique que invirtiera en ese negocio.

A medida que el año fue transcurriendo, la inquietud de Sarah aumentó. Eric no cesaba de rondarla para cortejarla a su estilo persistente y dominante, a lo que ella no presentaba objeción. No recibió más que una carta de Abel, en la que este le decía que el negocio había sido provechoso, que ya había

enviado alrededor de doscientas libras al Banco de Bristol y que planeaba invertir otras cincuenta en productos que vender en China, adonde el *Star of the Sea* se dirigía y desde donde regresaría a Bristol. También sugería que devolvieran a Eric su dinero, junto con su parte de los beneficios. Eric recibió la propuesta con cólera, mientras que la madre de Sarah se limitó a tacharla de infantil.

Desde entonces habían pasado más de seis meses sin que llegara ninguna otra carta, y las esperanzas de Eric, que se habían venido abajo con la misiva de Pahang, volvían a alzarse. No cesaba de acosar a Sarah con preguntas hipotéticas. Si Abel no regresa, ¿se casaría ella con él? Si pasaba el once de abril sin que Abel hubiera arribado a puerto, ¿se casaría ella con él? Si Abel se había quedado con su fortuna y había desposado a otra mujer, ¿se casaría ella con él, Eric, en cuanto tuvieran noticia de ello? Y así, sin descanso, ofreciendo una variedad interminable de posibilidades. La fuerza de voluntad y la determinación de él acabaron por imponerse al débil carácter de ella. Sarah comenzó a perder la fe en Abel y a contemplar a Eric como posible esposo; y a ojos de una mujer, un posible esposo se diferencia de todos los demás hombres. Comenzó a experimentar un afecto inédito por él, y la confianza fruto del cortejo diario consentido hizo crecer el sentimiento. Sarah empezó a ver a Abel como nada más que un episodio del pasado, y si su madre no le hubiera recordado constantemente la notable fortuna que ya había depositada en el Banco de Bristol, se habría olvidado por completo de la existencia de Abel.

El once de abril era sábado, por lo que para contraer matrimonio ese día era necesario que se leyeran las amonestaciones el domingo veintidós de marzo. Desde comienzos de ese mes Eric no cesó de insistir en la ausencia de Abel, y su opinión, manifestada a las claras, de que este había muerto o se había casado empezó a calar en la chica. Cuando la primera mitad del mes quedó atrás, Eric se mostró exultante, y el día quince, después de la misa, llevó a Sarah a dar un paseo a Flagstaff Rock. Allí dejó bien claras sus intenciones.

—Le dije a Abel, y también a ti, que si no estaba aquí para leer sus amonestaciones el día once, yo leería las mías el doce. Ha llegado ese momento y así voy a hacerlo. Abel ha incumplido su palabra.

Al oír esto, Sarah se impuso a su flaqueza e indecisión.

—¡Todavía no lo ha hecho!

Eric rechinó los dientes de rabia.

—Si no quieres renunciar a él —dijo arremetiendo a golpes coléricos contra el mástil, que tembló emitiendo un murmullo—, muy bien, adelante. Yo cumpliré mi parte del acuerdo. El domingo leeré mis amonestaciones y tú podrás rechazarlas en la iglesia si así lo quieres. En caso de que Abel esté en Pencastle el once, puede cancelarlas y leer las suyas; pero hasta entonces, haré lo que tengo que hacer, ¡y ay del que se interponga en mi camino!

Sin añadir más bajó a zancadas por el sendero rocoso y, mientras Sarah lo veía alejarse siguiendo la línea de los acantilados, en dirección a Bude, no pudo menos que admirar su valor y su intensidad vikingas.

Durante la semana siguiente no llegaron noticias de Abel, y el sábado Eric anunció las amonestaciones de matrimonio entre él y Sarah Trefusis. El clérigo esbozó una queja porque, aunque nada formal se había dicho al vecindario, todos daban por supuesto desde la partida de Abel, que cuando este volviera se casaría con Sarah; pero Eric no estaba dispuesto a discutirlo.

—Es un tema doloroso, señor —dijo con una firmeza que convenció al pastor, un hombre joven—. No creo que haya nada contra Sarah ni contra mí. ¿Por qué deberían ponerse objeciones?

El pastor no dijo nada más y al día siguiente leyó por primera vez las amonestaciones, entre murmullos de la congregación. Sarah estaba presente, de modo contrario a la costumbre, y pese a su rubor, disfrutó de su triunfo sobre las demás chicas, cuyas amonestaciones no habían llegado aún. Antes de que terminara la semana empezó a trabajar en su vestido de novia. Eric tomó la costumbre de ir a verla coser; la imagen le emocionaba. Le decía cosas bonitas y eran para ambos momentos íntimos deliciosos.

Las amonestaciones fueron leídas por segunda vez el veintinueve, y las esperanzas de Eric se fortalecieron más y más, pese a sufrir episodios de total desesperación cuando recordaba que la copa de la felicidad podía serle arrebatada de los labios en cualquier momento, hasta el último segundo. En tales ocasiones se veía arrebatado de cólera —irrefrenable y sin asomo de remordimientos—, rechinaba los dientes y apretaba los puños como si un rastro de la cólera berserker de sus ancestros todavía circulara por sus venas. El jueves fue a ver a Sarah y la encontró, bañada por el sol, dando los últimos retoques al blanco vestido de novia. El corazón de Eric se colmó de alegría, que se transformó en un júbilo inexpresable, al ver tan enfrascada en la tarea a la mujer que pronto sería su esposa, y se relajó, presa de un lánguido éxtasis. Se inclinó, besó a Sarah en los labios y susurró en su sonrosada oreja:

—¡Tu vestido de boda, Sarah! ¡El que llevarás cuando te cases conmigo!

Cuando retrocedió para seguir admirándola, ella alzó la vista y lo miró con descaro.

—A lo mejor contigo no. ¡A Abel todavía le queda más de una semana!

Luego ella rompió a llorar consternada, pues Eric soltó una maldición colérica y salió de la casa dando un portazo. El incidente perturbó a Sarah más de lo que habría esperado porque hizo revivir en ella los miedos, las dudas y la indecisión. Lloró un poco, dejó a un lado el vestido y, para tranquilizarse, salió a dar un paseo, con intención de sentarse un rato en la cima de Flagstaff Rock. Cuando llegó, se encontró con un grupo de gente que discutía acaloradamente sobre el tiempo. El mar se hallaba en calma y brillaba el sol, pero el mar se encontraba recorrido por unas extrañas franjas, oscuras y claras, y en la costa las rocas estaban ribeteadas de espuma, que se estiraba trazando curvas y círculos al retroceder las olas. El viento había rolado y llegaba ahora en forma de rachas frías y violentas. El bufón que atravesaba Flagstaff Rock, desde la bahía rocosa hasta el muelle, bramaba de manera intermitente, y las gaviotas no cesaban de chillar sobrevolando en círculos la bocana del puerto.

—Tiene mala pinta —oyó que decía un viejo pescador al guardacostas—. Lo vi así una vez, cuando el *Coromandel*, de la Compañía de las Indias Orientales, se hizo añicos en Dizzard Bay.

Sarah no quiso oír más. Era tímida en todo cuanto implicara peligro y no soportaba oír hablar de naufragios y desastres. Volvió a casa y retomó la labor de su vestido, y mientras trabajaba decidió que tranquilizaría a Eric con una dulce disculpa en cuanto lo volviera a ver, y que, después de la boda, aprovecharía la primera oportunidad de la que dispusiera para ajustarle las cuentas y quedar a la par.

La predicción meteorológica del viejo pescador se vio confirmada. La tormenta llegó al anochecer. El mar se levantó y azotó la costa occidental desde Skye hasta Scilly causando desastres por doquier. Los marinos y pescadores de Pencastle subieron a los acantilados a contemplar preocupados el mar. El destello de un rayo dejó ver un queche a la deriva, con nada más que un foque en pie, a media milla del puerto. Todos los ojos y los catalejos apuntaron hacia la embarcación, a la espera del siguiente rayo, y, cuando se produjo, un coro de voces anunció que era la *Lovely Alice*, que comerciaba entre Bristol y Penzance, tocando cada puerto intermedio.

—¡Que Dios los ayude! —dijo el capitán de puerto—. Nada se puede hacer por salvarlos, estando entre Bude y Tintagel y con viento de tierra.

Los guardacostas se pusieron manos a la obra, ayudados por voluntariosos brazos y corazones, y llevaron el lanzacohetes a la cumbre de Flagstaff Rock. Prendieron bengalas azules para señalizar la bocana del puerto a los que iban a bordo, en caso de que pudieran hacer algo por alcanzarla. A bordo le echaban valor, pero ni la experiencia ni la fuerza servían de nada. Al cabo de unos minutos la *Lovely Alice* se abalanzaba hacia su fin contra el islote rocoso que guardaba la bocana. La tormenta acalló los gritos de quienes saltaban por la borda en un último intento por salvar la vida. Las bengalas azules seguían encendidas y ojos ansiosos escrutaban las aguas por si conseguían ver a alguien, mientras que las cuerdas se hallaban dispuestas para ser lanzadas en ayuda de los supervivientes. Pero no se veía a nadie, y los voluntariosos brazos colgaban inmóviles. Eric se contaba entre los presentes. Su procedencia islandesa nunca fue tan palmaria como en aquella hora aciaga. Cogió una cuerda y gritó al oído del capitán de puerto:

—Bajaré a la roca que hay sobre la cueva de las focas. La marea está subiendo y puede haber arrastrado a alguien allí.

—¡Ni se te ocurra, muchacho! —fue la respuesta—. ¿Te has vuelto loco? Si pierdes pie en esa roca estás perdido. ¡Y nadie puede conservar el equilibrio en ese sitio, y de noche, y con esta tormenta!

—¡Nada de eso! Recuerda que Abel Behenna me salvó allí en una noche como esta, cuando mi barca chocó contra Gull Rock. Me sacó de las aguas profundas de la cueva de las focas, y ahora a alguien puede pasarle lo mismo que a mí.

Y diciendo esto se perdió entre la oscuridad. Los altos peñascos dejaban en sombras Flagstaff Rock, pero conocía bien el camino. Impulsado por su resolución y su paso firme, poco después se encontraba sobre la gran roca de cima redondeada, erosionada en su parte inferior por las olas, donde se abría la cueva de las focas, lugar en que el agua alcanzaba profundidades insoldables. Disfrutaba allí de una relativa seguridad, dado que la forma cóncava de la roca repelía las olas, y pese a que bajo él el agua hervía como una marmita borboteante, un poco más allá había una zona casi en calma. La roca parecía aplacar asimismo el sonido de la galerna, y Eric aguzó el oído a la vez que escrutaba el agua. Mientras aguardaba dispuesto a lanzar la cuerda, le pareció oír por debajo de él, más allá de donde se arremolinaba el agua, un débil y desesperado grito. Respondió con una llamada que atravesó la noche. Esperó a continuación al destello de un rayo y cuando se produjo lanzó la cuerda hacia el punto de la oscuridad donde había visto asomar un rostro entre

el torbellino de espuma. La cuerda fue apresada, pues notó un tirón, y volvió a gritar con su poderosa voz:

—¡Átala a la cintura! ¡Te sacaré de ahí!

Cuando sintió la cuerda asegurada, se desplazó a lo largo de la roca hasta el extremo de la cueva, donde las aguas estaban un poco más tranquilas y donde podía afianzarse mejor para tirar del hombre e izarlo. Empezó a jalar y pronto, por la cuerda que había cobrado, supo que el hombre debía de estar cerca de la cima de la roca. Hizo una breve pausa, aseguró los pies y respiró hondo; un esfuerzo más y concluiría el rescate. Justo cuando retomó la labor, un rayo permitió a los dos hombres verse entre sí: rescatador y rescatado.

Eric Sanson y Abel Behenna se hallaban frente a frente, y nadie al margen de ellos, y de Dios, sabía de su encuentro.

En ese instante una ola de cólera rompió contra el corazón de Eric. Todas sus esperanzas saltaron por los aires y en sus ojos brilló un odio digno de Caín. Al mismo tiempo que reconoció a Abel, vio la alegría de este al ver quién había ido en su auxilio, y eso avivó su odio. Dominado por la cólera, saltó atrás soltando la cuerda, que corrió entre sus manos. Al arrebato de odio siguió un impulso de su lado bueno, pero era demasiado tarde.

Sin llegar a comprender lo que había sucedido, Abel, entorpecido por la cuerda que debería haber sido su salvación, cayó con un grito desesperado a las tinieblas del mar voraz.

Sintiendo que la locura y la maldición de Caín se cernían sobre él, Eric echó a correr sin prestar atención al peligro, deseando una única cosa: estar entre otras personas, cuyas voces silenciaran el grito que seguía oyendo. Cuando llegó a Flagstaff Rock los hombres lo rodearon y, a través del estruendo de la tormenta, oyó al capitán del puerto decir:

—¡Te creímos perdido cuando oímos gritar a alguien! ¡Qué pálido estás! ¿Y la cuerda? ¿La corriente había llevado a alguien a la cueva?

—No, a nadie —gritó él. Le resultaba imposible explicar que había abandonado a su viejo camarada, que lo había arrojado de vuelta al mar, y en el mismo sitio y en las mismas circunstancias en que su amigo le había salvado la vida. Confiaba en que una mentira contundente zanjara la cuestión para siempre. No había testigos, y si él tenía que vivir con el recuerdo de aquella cara pálida y aterrada y con el eco interminable de su grito desesperado, al menos nadie más lo sabría—. No, a nadie —repitió más alto —. Resbalé en la roca y la cuerda cayó al mar.

Les dio la espalda y se apresuró por el sendero en pendiente, hacia su *cottage*, donde se encerró.

Pasó el resto de esa noche tendido en la cama, vestido e inmóvil, con la vista fija en el techo y viendo asomar entre la oscuridad una cara pálida, mojada y resplandeciente, acompañada de un grito que no cesaba.

Por la mañana la tormenta había amainado y todo volvía a estar en calma, salvo el mar, alborotado por un resto de furia. La corriente arrastró al puerto grandes fragmentos del naufragio, y otros muchos flotaban alrededor del islote rocoso. También fueron a parar al puerto dos cadáveres, el del capitán del queche siniestrado y el de un marinero a quien nadie conocía.

Sarah no supo nada de Eric hasta el final de la tarde, y este solo se dejó ver un minuto. No entró en la casa sino que asomó la cabeza por la ventana abierta.

—¿Y bien, Sarah? —dijo en voz bien alta, aunque a Sarah el tono le pareció forzado—. ¿Está terminado el vestido de boda? El domingo en siete días, recuérdalo. ¡El domingo en siete días!

A Sarah le alegró que la reconciliación hubiera sido tan fácil, pero, con actitud muy femenina, ahora que había pasado la tormenta, así como el motivo de sus miedos, recayó en la ofensa.

—El domingo, que así sea —dijo sin levantar la mirada—, ¡si es que Abel no está aquí el sábado!

Lo miró con descaro, aunque temía otro arrebato por parte de su impetuoso amante. Pero ya no había nadie en la ventana; Eric se había ido, y con un mohín ella retomó el trabajo. No volvió a verlo hasta el sábado por la tarde, después de que las amonestaciones se leyeran por tercera vez, cuando él se le acercó delante de todos con una actitud de propietario que en parte la complació y en parte la molestó.

—¡Todavía no, señor mío! —dijo ella apartándolo, mientras las demás chicas soltaban risitas—. Espere hasta el próximo domingo, si no le importa. ¡El día siguiente al sábado! —dijo, mirándolo retadora.

Las chicas emitieron nuevas risitas y los chicos rompieron en carcajadas. Pensaban que el desaire era la razón por la que, cuando Eric dio media vuelta y se fue, estuviera blanco como una sábana. Pero Sarah, que lo conocía mejor, se rio, porque tras la expresión doliente de su rostro detectó un asomo de triunfo.

Transcurrió la semana sin incidentes; no obstante, a medida que el sábado se aproximaba Sarah experimentó algunos momentos de ansiedad, y en cuanto a Eric, pasaba las noches como un poseso. Se dominaba siempre que había alguien delante, pero de cuando en cuando se perdía entre las rocas y las cuevas para desahogarse a gritos. Eso lo aliviaba un poco y le ayudaba a

seguir manteniendo el tipo durante un tiempo. Pasó todo el sábado sin salir de casa. Como iba a casarse al día siguiente, los vecinos pensaron que se debía a la timidez, y nadie lo molestó. Solo recibió una visita, la de un oficial de los guardacostas, que se presentó en su casa, tomó asiento y, al cabo de una pausa, dijo:

—Eric, ayer fui a Bristol. Estuve donde el cordelero, comprando una cuerda para reemplazar la que perdiste en la tormenta, y me encontré con Michael Heavens, un comerciante de allí. Me dijo que Abel Behenna había llegado la semana anterior a bordo del *Star of the Sea,* procedente de Cantón, y que había hecho un depósito en el Banco de Bristol a nombre de Sarah Behenna. Él mismo le dijo a Michael que tenía un pasaje en el *Lovely Alice* para venir a Pencastle. Ánimo, muchacho —añadió, pues Eric, con un gruñido, se había llevado las manos a la cara y apoyado la frente en las rodillas—. Era amigo tuyo, lo sé, pero no pudiste hacer nada por ayudarlo. Debió de hundirse con los demás aquella noche horrible. Pensé que debía decírtelo, antes de que te enteraras de otro modo, y para que puedas evitar que Sarah Trefusis se asuste. Eran buenos amigos, y las mujeres se toman estas cosas muy a pecho. No tiene sentido entristecerla con una noticia así el día de su boda.

Se levantó y se fue, dejando a Eric con la cabeza apoyada desconsoladamente en las rodillas.

—Pobre hombre —murmuró para sí—. Se lo ha tomado a pecho. Bueno, es normal. Fueron muy amigos, y Abel le salvó la vida.

Ese mismo día, por la tarde, cuando los niños salieron del colegio se dispersaron jugando por los diques y los caminos de los acantilados. Poco después un grupo de ellos fue corriendo, presa de una gran excitación, al puerto, donde unos pocos hombres descargaban un queche carbonero bajo la supervisión de muchos otros.

—¡Hay una marsopa en la bocana! —dijo uno de los niños—. ¡La vimos a través del bufón! ¡Tenía una cola muy larga y nadaba muy profundo!

—No era ninguna marsopa —dijo otro—. Era una foca, pero sí que tenía la cola larga. Asomaba por la cueva de las focas.

Los demás niños aportaron versiones diferentes, pero todas coincidían en dos aspectos: fuera «aquello» lo que fuera, lo habían visto por el bufón, nadando a gran profundidad, y tenía una cola larga y delgada, tan larga que no llegaron a ver el extremo. Los hombres no ahorraron chanzas crueles a los niños, pero como estaba claro que habían visto algo, un buen número de personas, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, subieron por los caminos

hacia los acantilados a ambos costados de la bocana para ver aquella nueva incorporación a la fauna marina: una marsopa o foca de cola larga. La marea estaba subiendo. Había un poco de brisa y la superficie del agua estaba rizada, así que solo durante breves momentos podía verse lo que había debajo. Al cabo de un rato una mujer gritó que había visto algo moviéndose canal arriba, justo debajo de donde ella estaba. La gente corrió en estampida hacia allí, pero para cuando se congregaron en el sitio la brisa se había levantado y era imposible distinguir nada debajo del agua. En respuesta a las preguntas de todos, la mujer contó lo que había visto, pero de manera tan incoherente que acabaron atribuyéndolo a su imaginación; si no hubiera sido por lo que habían contado los niños, no se le habría concedido crédito alguno. Su medio histérica afirmación de que lo que había visto parecía «un cerdo con las entrañas fuera» solo significó algo para un viejo guardacostas, que meneó la cabeza pero no hizo ningún comentario. Aquel hombre se quedó hasta el anochecer en la orilla, con la mirada fija en el agua y expresión consternada.

Eric se levantó temprano a la mañana siguiente. No había dormido en toda la noche y la llegada del día fue un alivio para él. Se afeitó sin que le temblara la mano y se puso el traje de boda. Estaba ojeroso y parecía haber envejecido varios años en los últimos días. Aun así, en sus ojos había un brillo, inquieto y feroz, de triunfo, y no dejaba de musitar para sí, una y otra vez:

—¡Es el día de mi boda! Abel ya no puede reclamarla… ¡ni vivo ni muerto! ¡Ni vivo ni muerto! ¡Ni vivo ni muerto!

Se sentó en un sillón a esperar con una serenidad asombrosa la hora de ir a la iglesia. Cuando sonó la campana, se levantó, salió de casa y cerró la puerta. Echó un vistazo a la ría y vio que la marea estaba bajando. En la iglesia se sentó con Sarah y la madre de esta, agarrando con fuerza la mano de la chica, como si temiera perderla. Una vez concluido el oficio, los dos se pusieron en pie al unísono y contrajeron matrimonio en presencia de toda la congregación, pues nadie abandonó la iglesia. Ambos respondieron con claridad; Eric incluso con cierto tono retador. Terminada la boda, Sarah tomó a su esposo del brazo y salieron juntos, seguidos por los niños, algunos de los cuales recibieron coscorrones de sus mayores para que se comportaran y no agobiaran a los recién casados.

El camino de la iglesia pasaba por la parte trasera del *cottage* de Eric, donde se abría un estrecho corredor entre la casa de este y la de su vecino. Cuando la pareja pasó por allí, el resto de la congregación, que los había seguido a poca distancia, fue sorprendido por un grito agudo y prolongado de la novia. Se apelotonaron pasando por el corredor y la encontraron en la

orilla, con mirada enloquecida, señalando un punto de la orilla, justo ante la puerta de Eric Sanson.

La marea, al bajar, había depositado allí el cuerpo de Abel Behenna, sobre el lecho de rocas. La cuerda atada a su cintura se había enredado en el poste de amarre y lo había retenido mientras descendía la marea. El codo derecho había quedado encajado en un canal entre rocas, de manera que la mano se hallaba extendida hacia Sarah, con los dedos pálidos y goteantes, y con la palma hacia arriba como a la espera de estrechar la de la chica.

Sarah Sanson nunca tuvo claro lo que sucedió a continuación. Siempre que trataba de recordarlo, un zumbido asomaba a sus oídos y la vista se le oscurecía, sin permitirle ver nada. Lo único que alcanzaba a recordar —y de lo que nunca se olvidó— fue de los jadeos de Eric, y de su rostro, más pálido que el del mismo cadáver, mientras musitaba:

—¡La ayuda del diablo! ¡La confianza del diablo! ¡El precio del diablo!

EL ENTIERRO DE LAS RATAS

(The Burial of the Rats)

Si se sale de París por la carretera de Orleans, cruzando el Enceinte, y se gira a continuación a la derecha, se va a parar a un distrito desolado y nada respetable. A derecha e izquierda, delante y detrás, por doquier, se alzan enormes apilamientos de basura y desperdicios acumulados con el transcurso del tiempo.

París tiene una vida diurna, así como una nocturna, y el visitante que llegue a su hotel en la *rue* de Rivoli o en la *rue* St. Honoré tarde por la noche y salga por la mañana temprano deducirá, si es que no lo ha hecho ya, al acercarse a Montrouge, el propósito de todos esos grandes carromatos de madera, parecidos a calderas sobre ruedas, con los que se encuentra por todas partes.

Toda ciudad cuenta con instituciones peculiares en respuesta a sus particulares necesidades, y una de las más notables instituciones de París es su población de traperos. A primera hora del día —y en París el día comienza muy temprano— pueden verse en la mayoría de las calles, en los callejones aledaños a los patios y entre los edificios, como aún sucede en algunas ciudades de los Estados Unidos, incluso en partes de Nueva York, grandes cajones de madera donde los criados o los propios inquilinos de los edificios de apartamentos vacían la basura acumulada durante el día anterior. Alrededor de tales cajones se congregan, y luego parten rumbo a nuevos campos que explotar, hombres y mujeres escuálidos y de mirada ansiosa, consistiendo las herramientas de su oficio en una maltratada bolsa o cesta colgada al hombro y un pequeño rastrillo con el que revuelven, exploran y examinan de la manera más minuciosa el contenido de los cajones de basura. Recogen y depositan en sus cestas, sirviéndose del rastrillo, lo que sea que encuentran, con la misma facilidad con que un chino usa los palillos.

En París impera la centralización; y centralización y clasificación van siempre de la mano. Al principio, cuando la centralización comienza a

manifestarse, la clasificación es su precursora. Todo lo que sea similar o análogo es agrupado, y de la asociación de grupos surge un núcleo o punto central. Numerosos y largos brazos, a semejanza de tentáculos innumerables, irradian en todas direcciones, mientras que en el centro se eleva una cabeza gigantesca provista de un cerebro exhaustivo, ojos que escrutan a todo su alrededor, oídos agudos y una boca voraz.

Otras ciudades guardan similitud con aves, bestias y peces cuyos apetitos y digestiones son normales. París se diferencia de todas por su apoteósica analogía con el pulpo. Producto de la centralización llevada *ad absurdum*, mantiene un estrecho parecido con la diabólica bestia marina, y en nada se asemejan más que en su aparato digestivo.

Los turistas inteligentes que, habiendo dejado su criterio personal de lado para ponerse en manos de los Messrs. Cook o Gaze, «hacen» París en tres días, se quedan perplejos al descubrir que la cena por la que en Londres tendrían que pagar seis chelines la pueden disfrutar por tres francos en un café del Palais Royal. No se asombrarían tanto de eso si se detuvieran a pensar en una de las especialidades de la vida parisina: la actividad clasificatoria, en la que tiene su génesis la figura del *chiffonier*.

El París de 1850 no era como el de hoy, y los que ven el París de Napoleón y del Barón Hausseman difícilmente se pueden imaginar cómo eran las cosas cuarenta y cinco años atrás.

No obstante, entre lo que no ha cambiado se hallan los distritos donde se deposita la basura. La basura es basura en todas partes y en todas las épocas, y la semejanza de sus amontonamientos es perfecta. Por lo tanto, el viajero que visita los alrededores de Montrouge puede fácilmente viajar de vuelta al año 1850.

Aquel año me encontraba yo haciendo una larga estancia en París. Estaba muy enamorado de una joven que, pese a corresponder mi pasión, se avenía en tal medida a los deseos de sus progenitores que había prometido no verme ni escribirme por espacio de un año. También yo me había visto obligado a acceder a esas condiciones, aferrándome a la vaga promesa de recibir la aprobación de los padres. Prometí permanecer fuera del país durante el periodo de prueba y no escribir a mi amada hasta el cabo de un año.

Huelga decir que el tiempo pasaba despacio. No había nadie de mi familia ni de mis amigos que pudiera darme noticias de Alice; tampoco nadie de su círculo, lamento decirlo, con suficiente generosidad como para tranquilizarme sobre su salud y bienestar. Pasé seis meses viajando por Europa, pero al no hallar ninguna distracción satisfactoria decidí instalarme en París, donde, al

menos, estaría cerca de Londres en el caso de que la buena fortuna me permitiera volver antes de la fecha señalada. Que «la esperanza pospuesta amarga el corazón» nunca fue más cierto que en mi caso, ya que, además del anhelo perpetuo de ver el rostro que amaba, cargaba siempre con la angustia de que un accidente me impidiera presentarme ante Alice y rendir cuentas de que, durante el largo periodo de prueba, yo había sido fiel tanto a su confianza como a mi propio amor. Por lo tanto, toda aventura que acometía me generaba un gran placer, ya que entrañaba unas consecuencias mucho mayores de las que acarrearía en circunstancias ordinarias.

Igual que todos los viajeros, agoté todos los lugares de interés en el primer mes de estancia, y en el segundo no me quedó más remedio que buscar entretenimiento donde fuera. Habiendo hecho varias excursiones a los suburbios más conocidos, descubrí que existía una *terra incognita*, al menos por lo que concierne a las guías de viaje, en el paraje social que media entre esos puntos señalados. Emprendí pues una investigación sistemática, y cada día retomaba el hilo de mi exploración allí donde lo había interrumpido la víspera.

Con el paso de los días, mis paseos me condujeron a las proximidades de Montrouge, y descubrí allí la Última Thule de la exploración social, un paraje tan poco conocido como las fuentes del Nilo Blanco. Resolví así investigar meticulosamente al *chiffonier*: su hábitat, costumbres y medio de vida.

Era una labor desagradable, difícil de llevar a cabo y con escasos visos de recompensa. No obstante, pese a lo que recomendaba el sentido común, la obstinación se impuso y afronté mi nueva investigación con mayor entusiasmo del que pondría en cualquier otro proyecto más útil y beneficioso.

Un día, a última hora de una bonita tarde de finales de septiembre, me adentré en el corazón del corazón de la ciudad de la basura. El sitio servía de morada a numerosos *chiffoniers*, a juzgar por la disposición nada casual de los montones de basura cerca del camino. Pasé ente ellos, que se alzaban como centinelas firmes, decidido a penetrar más y más, hasta el destino último de la basura.

Vi entre los montones unas siluetas nerviosas, que observaban con interés la aparición de un desconocido en un sitio semejante. El distrito era como una Suiza en miniatura, y el tortuoso camino se perdió de vista a mi espalda tras una curva.

Llegué finalmente a lo que parecía una pequeña ciudad o comunidad de *chiffoniers*. Había unas cuantas chabolas o cabañas, como las que pueden encontrarse en zonas remotas del Bog de Allan: toscas construcciones de

zarzo y barro y techumbres de paja de mala calidad, desechada por los establos; sitios donde uno no querría entrar bajo ninguna circunstancia y que ni siquiera en pintura resultarían pintorescos, a no ser que fueran plasmados con mucha generosidad. Entre aquellas cabañas había una de las adaptaciones —no puedo denominarla residencia— más extrañas que hubiera visto nunca. Un armario inmenso y viejo, un remanente del algún boudoir de Carlos VII o Enrique II, había sido transformado en alojamiento. Las puertas dobles estaban abiertas de par en par, así que el interior quedaba a la vista de quien pasara por delante. En una mitad del armario había una salita de estar de unos cuatro pies por seis, donde estaban sentados, fumando sus pipas alrededor de un brasero de carbón, seis antiguos soldados de la Primera República, con los uniformes sucios y harapientos. Saltaba a la vista que entraban en la categoría de *mauvais sujef*, los ojos llorosos y las mandíbulas flojas eran pruebas evidentes de su amor compartido por la absenta, y sus miradas ojerosas mostraban la fatiga y la ferocidad sedada consecuencia de la bebida. El otro lado del armario permanecía como había sido originariamente, con sus seis estanterías, salvo que estas habían sido recortadas hasta dejarlas con la mitad del fondo, y en cada una había ahora una cama fabricada con harapos y paja. La media docena de ilustres personajes que ocupaba semejante habitáculo me miró con curiosidad al pasar, y cuando miré hacia atrás poco después vi sus cabezas arracimadas, cuchicheando. Aquello no me gustó nada; era un sitio solitario y aquellos hombres parecían de la peor calaña. No obstante, no encontré motivos para tener auténtico miedo y seguí adelante, adentrándome más y más en el Sáhara. El camino era tortuoso y, después de recorrer varios tramos en forma de semicírculo, como cuando practicas el balanceo holandés al patinar sobre hielo, acabé por perder la orientación.

Poco más tarde, al rodear un montón de basura a medio levantar, vi, sentado sobre una paca de paja, a un viejo soldado con un abrigo raído.

«¡Vaya!», me dije. «La Primera República cuenta aquí con una buena representación de sus soldados».

Cuando pasé ante él, el viejo no me miró, sino que permaneció con la vista resueltamente clavada en el suelo. Una vez más, me dije: «He ahí las consecuencias de la guerra. A ese hombre ya no le queda ninguna curiosidad».

Unos pasos más allá, sin embargo, miré de pronto hacia atrás y vi que su curiosidad no había muerto; el veterano había erguido la cabeza y me observaba con expresión extraña. Se parecía mucho a los seis hombres del armario. Al ver que lo estaba mirando volvió a agachar la cabeza, y, sin

volver a pensar en él, retomé mi camino, satisfecho de haber hallado cierta semejanza entre los antiguos guerreros.

Pocos después me encontré con otro viejo soldado, similar a los anteriores. Él tampoco dio muestras de verme cuando pasé por delante.

Para entonces ya se estaba haciendo tarde y yo empezaba a pensar en dar media vuelta. Volví sobre mis pasos pero me topé con varios caminos diferentes que se perdían entre las pilas de basura y no sabía cuál debía tomar. Esperaba encontrar a alguien a quien preguntar cuál era el camino correcto, pero en ese momento no vi a nadie. Decidí seguir adelante unos pocos amontonamientos más, con la esperanza de ver a alguien; a ser posible, que no fuera un veterano.

Lo conseguí, pues al cabo de unas doscientas yardas apareció ante mí una chabola como las vistas antes, con la salvedad de que esa no estaba destinada a servir de vivienda, pues contaba con nada más que un tejado sostenido por tres paredes, con el frente abierto. Por las evidencias que ofrecían los alrededores, deduje que era un lugar donde clasificar basura. En el interior de la chabola había una vieja arrugada y encorvada.

Su puso en pie cuando me acerqué y le pregunté el camino. De inmediato se enfrascó en una conversación conmigo, y se me ocurrió que aquel, el mismísimo centro del Reino de la Basura, era el mejor sitio para recabar detalles sobre la historia de los traperos parisinos, sobre todo si contaba con el testimonio de quien parecía la moradora más vieja del lugar.

Arranqué con mis preguntas y la vieja me dio respuestas de lo más interesantes; había sido una de las mujeres que a diario se plantaban ante la guillotina y que destacaron durante la revolución por su violencia. Mientras hablábamos, dijo de pronto:

—Pero *m'sieur* debe de estar cansado de permanecer de pie.

Quitó el polvo a un taburete viejo y tambaleante para que yo tomara asiento. No me apetecía hacerlo, por razones varias, pero la pobre vieja era tan educada que no quería arriesgarme a ofenderla rechazando su ofrecimiento, por no mencionar que la conversación de alguien que había tomado parte en la toma de la Bastilla era de lo más atractivo, así que me senté y proseguimos la charla.

Mientras hablábamos, un viejo —mayor e incluso más encorvado y arrugado que la anciana— apareció por un lado de la chabola.

—Este es Pierre —dijo la vieja—. Él puede contarle muchas historias al *m'sieur*, porque Pierre estuvo en todo, desde la Bastilla a Waterloo.

Respondiendo a mi invitación, el viejo cogió otro taburete y nos enfrascamos en un mar de recuerdos revolucionarios. Aquel viejo, pese a vestir como un espantapájaros, era como los seis veteranos del armario.

Yo estaba sentado en el centro de la baja chabola, con la mujer y el hombre frente a mí; ella a la izquierda y él a la derecha. El sitio estaba atestado de toda clase de curiosas muestras de basura, y de muchas cosas a las que yo no quería ni acercarme. En un rincón había un montón de harapos que parecía moverse, de tantos gusanos como albergaba; y en otro, una pila de huesos de olor mareante. De cuando en cuando, entre los montones veía brillar los ojos de algunas de las ratas que infestaban el lugar. Aquello ya era bastante repugnante, pero más espantosa aún era una vieja hacha de carnicero con mango de hierro y manchas de sangre que había apoyada contra la pared derecha. Pese a todo, nada me preocupó. La charla de la vieja pareja eran tan fascinante que perdí la noción del tiempo, hasta que anocheció y las pilas de basura arrojaron oscuras sombras sobre los valles entre ellas.

Al cabo de un rato empecé a inquietarme. No sabía por qué, pero no estaba tranquilo. La inquietud responde al instinto y es una advertencia. Las facultades físicas son a menudo los centinelas del intelecto, y cuando hacen sonar la alarma la razón empieza a actuar, aunque quizás de manera inconsciente.

Fue eso lo que me pasó. Recordé dónde estaba y lo que me rodeaba, y me pregunté qué haría en caso de verme atacado, y entonces me asaltó la idea, pese a carecer de causa manifiesta, de que me hallaba en peligro. La prudencia me susurró: «Quédate quieto y no des señales de inquietud». Y eso hice, consciente de que tenía cuatro astutos ojos fijos en mí. «Cuatro… ¡por lo menos!». ¡Dios mío, qué idea tan horrible! ¡La chabola podía estar rodeada por tres de sus costados por malvados! Podía estar a merced de un grupo de bandidos resultado de medio siglo de revolución periódica.

El peligro agudizó mi intelecto y mi capacidad de observación, volviéndome más atento que de costumbre. Me fijé en que la mirada de la vieja se veía atraída constantemente hacia mis manos. Yo también las miré y descubrí el motivo: mis anillos. En el meñique izquierdo llevaba un sello de buen tamaño y en el derecho un diamante de calidad.

Pensé que, en caso de existir verdadero peligro, mi primera precaución debía ser evitar sospechas. Conduje la conversación hacia el oficio de los traperos, hacia las cloacas, hacia las cosas que podían encontrarse allí, y así, paso a paso, hasta las joyas. Viendo una buena oportunidad, pregunté a la vieja si sabía algo de este último tema. Respondió que sí, un poco. Extendí la

mano derecha y, enseñándole el diamante, le pregunté qué le parecía. Me respondió que su vista era mala y se acercó a mi mano.

—Discúlpeme —dije de la manera más despreocupada que pude—. Lo verá mejor así.

Sacándomelo del dedo se lo tendí. Una luz impía alumbró su marchito rostro cuando lo cogió. Me lanzó una mirada tan fugaz y aguda como el destello de un rayo.

Se inclinó sobre el anillo, quedando su rostro fuera del alcance de mi vista mientras lo examinaba. El viejo miraba fijamente hacia el exterior de la chabola, al mismo tiempo que rebuscó en sus bolsillos y sacó un pellizco de tabaco envuelto en un papel y una pipa, que procedió a cargar. Aproveché el momento de serenidad y el descanso que me habían concedido los escrutadores ojos de la pareja para examinar con cuidado el lugar, ahora borroso y repleto de sombras con la llegada del crepúsculo. Allí seguían los pestilentes montones de detritus diversos, la terrible hacha manchada de sangre apoyada en un rincón a mi derecha, y por doquier, pese a la penumbra, el siniestro brillo de los ojos de las ratas. Los vi relucir incluso a través de las grietas entre las tablas de la parte baja del fondo de la chabola, cerca del suelo. ¡Un momento! ¡Aquellos ojos parecían más grandes, brillantes y siniestros!

Se me encogió el corazón y la cabeza me dio vueltas, presa de esa suerte de embriaguez espiritual durante la que no llegas a desplomarte tan solo porque al cuerpo no le da tiempo, pues te recuperas antes. Un segundo después volvía a estar sereno, imbuido de una fría calma, repleto de energía, gobernado por un autocontrol se diría que perfecto y con los sentidos e instintos alerta.

Conocía ahora la dimensión del peligro que se cernía sobre mí: ¡me observaba y rodeaba una banda de desesperados! No podía imaginar cuántos había tendidos en el suelo tras la chabola, a la espera del momento de atacar. Yo sabía que era grande y fuerte, y ellos lo sabían también. Sabían asimismo, al igual que yo, que era inglés y que por lo tanto presentaría batalla; así que todos aguardábamos. Pensé que en los últimos segundos había ganado cierta ventaja, ya que era consciente del peligro y me había hecho una composición de la situación. Ahora, pensé, se pone a prueba mi valor, también mi resistencia; ¡mi capacidad de pelea la comprobaremos luego!

La vieja levantó la cabeza y me dijo en tono de complacencia:

—Muy buen anillo, claro que sí. ¡Un anillo precioso! Yo antes tenía muchos así, montones, ¡y también brazaletes y pendientes! Es que en los

buenos tiempos yo llevaba de cabeza a toda la ciudad. Pero ya no se acuerdan de mí. No; en realidad, no. La gente de ahora nunca ha oído hablar de mí. A lo mejor sus abuelos me recuerdan, ¡los que quedan! —dijo, y se rio de una manera rasposa, similar a un graznido. Y debo decir que la vieja me asombró cuando a continuación me tendió el anillo de vuelta con un asomo de anticuada elegancia no carente de patetismo.

El viejo le clavó una mirada rabiosa, levantándose a medias del taburete, y me dijo súbitamente y con aspereza:

—¡Déjeme verlo!

Estaba yo a punto de dárselo cuando la vieja dijo:

—¡No! ¡No se lo deje a Pierre! Es descuidado. Pierde las cosas. Y es un anillo muy bonito.

—¡Cierra la boca! —dijo el viejo, rabioso.

De pronto, la vieja dijo, más alto de lo que parecía necesario:

—¡Espere! Le contaré una historia sobre otro anillo.

Algo en su tono de voz me hizo ponerme en guardia. Quizás fuera mi hipersensibilidad, agudizada por el estado de excitación nerviosa, pero me pareció que no se dirigía a mí. Eché un vistazo y vi los ojos de las ratas en los montones de huesos pero no vi los que antes se asomaban a las grietas de la parte trasera de la chabola. De inmediato, estos volvieron a aparecer. La orden de la vieja —«¡Espere!»— me había dado un respiro al posponer el ataque; los hombres habían vuelto a tumbarse en el suelo.

—Una vez perdí un anillo, un precioso anillo de diamantes que había pertenecido a una reina, y que me regaló un recaudador de impuestos que más tarde se cortó el pescuezo cuando lo abandoné. Pensé que me lo habían robado e interrogué a mi gente, pero no encontré ninguna pista. Vino la policía y dijo que a lo mejor se había caído por el desagüe. Bajamos a las alcantarillas, yo con mis preciosas ropas, porque no me fiaba de ellos si encontraban mi precioso anillo. Ahora conozco mejor las alcantarillas, y a las ratas, pero nunca olvidaré la primera vez que entré en aquel sitio horrible, repleto de ojos resplandecientes, todo un muro de ellos, justo donde terminaba la luz de nuestras antorchas. Llegamos debajo de mi casa. Buscamos bajo la salida de mi desagüe y allí, entre la porquería, encontramos mi anillo, y nos dispusimos a salir.

»Pero antes nos encontramos con algo más. Cuando ya casi estábamos en la salida, una banda de ratas de cloaca —estas humanas— se nos acercó. Dijeron a la policía que uno de los suyos se había adentrado en la alcantarilla y no había vuelto. Había sido poco antes de que nosotros anduviéramos por

allí, así que, en caso de haberse perdido no podía andar muy lejos. Pidieron ayuda para dar con él, por lo que dimos media vuelta. Intentaron impedirme ir con ellos, pero yo insistí. Era una experiencia nueva, y había recuperado el anillo. No tardamos en dar con algo. Había poca agua y el fondo de la alcantarilla quedaba a la vista: ladrillos e inmundicia de toda clase. El tipo había presentado batalla, incluso cuando ya se le había apagado la antorcha. ¡Pero eran muchas para él! ¡No hacía mucho que se habían ido! Los huesos todavía estaban calientes, y mondos. Hasta se habían comido a las que habían muerto de las suyas; había huesos de ratas además de los del hombre. Sus compañeros se lo tomaron fríamente y se rieron de su camarada cuando lo encontraron muerto, aunque de haber llegado a tiempo le habrían ayudado. ¡Bah! ¿Qué importa morir o vivir?».

—¿Y no tuvo usted miedo? —pregunté.

—¿Miedo? —preguntó ella riendo—. ¿Miedo yo? ¡Pregunte a Pierre! Entonces era joven y mientras avanzaba por aquella cloaca horrible, con el muro de ojillos hambrientos moviéndose a la vez que la luz de las antorchas, no estaba nada tranquila. ¡Pero caminaba por delante de los hombres! ¡Esa es mi costumbre! Nunca dejo que un hombre vaya por delante de mí. Todo cuanto necesito es la oportunidad y los medios. Y ellas lo devoraron, no dejaron más que los huesos, y nadie se dio cuenta, ¡no oímos nada!

Al decir esto rompió en el arranque de carcajadas más escalofriante que yo hubiera oído jamás. Una gran poetisa describió a su heroína con las siguientes palabras: «¡Oh! ¡Verla u oírla cantar! ¡Nada más divino conozco!».

Lo mismo puedo afirmar de aquella bruja, salvo por lo divino, porque no podría decir qué fue más endiablado: la risa rasposa, malvada, satisfecha de sí misma y cruel, o la sonrisa lasciva y la horrible abertura cuadrada de su boca, semejante a una máscara trágica, y el brillo amarillento de los pocos dientes que le quedaban en sus deformes encías. Sus carcajadas, su sonrisa y su graznante satisfacción me informaron, tan claramente como lo habrían hecho palabras estruendosas, de que mi asesinato estaba decidido, y que los asesinos solo aguardaban el momento idóneo. Entre las líneas de su espantoso relato leí las instrucciones dirigidas a sus cómplices. «Esperad», parecía decir. «Aguardad el momento. Yo daré el primer paso. Conseguidme un arma y yo crearé la ocasión. No escapará. Que no hable y nadie se enterará. No habrá alboroto. ¡Las ratas harán su trabajo!».

Cada vez estaba más oscuro; la noche se aproximaba. Eché un vistazo alrededor, todo seguía igual. El hacha ensangrentada en el rincón, los

montones de hediondez y los ojos en las pilas de huesos y en las grietas al pie de la pared.

Pierre había estado aculatando su pipa con gestos exagerados; encendió una cerilla y chupó por la boquilla.

—Querido —dijo la vieja—, qué oscuro está. Pierre, sé bueno y enciende la lámpara.

Pierre se levantó y tocó con la llama de la cerilla la mecha de una lámpara colgada a un lado de la entrada de la chabola, y que tenía un reflector que arrojaba luz sobre todo el sitio. Debía de ser la que usaban en sus salidas nocturnas.

—¡Esa no, estúpido! ¡Esa no! ¡La linterna! —le gritó la vieja.

Él la apagó inmediatamente de un soplido.

—Muy bien, mamá. La buscaré —dijo, y se puso a rebuscar en el rincón izquierdo de la estancia.

—¡La linterna! ¡La linterna! —no cesaba de repetir la vieja en la oscuridad—. Es la luz más útil para nosotros, la pobre gente. ¡La linterna fue la amiga de la revolución! ¡Es la amiga del *chiffonier*! ¡Nos ayuda cuando falla todo lo demás!

Apenas había dicho esto cuando se oyeron crujidos por todas partes y algo se arrastró, claramente, sobre el tejado.

Una vez más, leí entre líneas. Interpreté sus palabras sobre la linterna.

«¡Que uno de vosotros suba al tejado con una cuerda y lo estrangule si se nos escapa!».

Miré hacia fuera y vi un lazo recortado sobre el fondo brillante del cielo. Ahora sí que me hallaba rodeado.

Pierre no tardó en dar con la linterna. Yo no perdía de vista a la vieja. Pierre encendió otra cerilla y durante el fogonazo vi que la vieja se erguía tras haber cogido del suelo, donde había aparecido misteriosamente, un cuchillo largo y afilado, o quizás una daga, que ocultó entre los pliegues de su ropa. Parecía un afilador de carnicero, con el extremo en punta.

Se encendió la linterna.

—Tráela aquí, Pierre —dijo ella—. Ponla junto a la entrada, donde podamos verla. ¡Qué bonita es! ¡Expulsa la oscuridad para nosotros! ¡Es perfecto!

¡Perfecto para ella y sus propósitos! La luz me daba en la cara, dejando en sombra los rostros de Pierre y de la mujer, sentados frente a mí.

Se acercaba el momento de entrar en acción, pero sabía que la orden y el primer movimiento vendrían de la mujer, así que no la perdía de vista.

Yo estaba desarmado pero había decidido lo que haría. En primer lugar cogería el hacha de carnicero que estaba a mi derecha y me abriría paso con ella. Al menos, vendería cara mi vida. Eché un vistazo para asegurarme de su ubicación exacta y poder cogerla a la primera porque, más que nunca, la rapidez y la precisión serían cruciales.

¡Dios mío! ¡Había desaparecido! El horror de la situación me embargó, pero lo más terrible fue pensar en que, si yo salía perdiendo, Alice sufriría. O bien pensaría que la había engañado —y cualquiera que ame a alguien o que lo haya hecho comprende lo amargo de tal perspectiva— o bien continuaría amándome cuando yo ya hubiera desaparecido para ella y para el resto del mundo, con lo que su vida acabaría rota, hecha añicos por la decepción y la desesperanza. Imaginar la dimensión de su dolor me dio fuerzas y me permitió resistir el horrible escrutinio de los conspiradores.

Pienso ahora que no me fallé a mí mismo. La vieja me observaba como un gato mira a un ratón; tenía la mano derecha oculta entre los pliegues de la ropa, aferrada, estaba seguro, a la larga daga de cruel apariencia. En caso de haber visto un asomo de flaqueza en mi rostro, habría sabido que el momento había llegado y se habría abalanzado sobre mí como una tigresa, segura de tomarme desprevenido.

Miré hacia la noche y me encontré con una nueva fuente de peligro. Frente a la caseta y a su alrededor, a escasa distancia, atisbé varias siluetas; permanecían inmóviles pero supe que estaban alerta y a la espera. En aquella dirección no tenía muchas posibilidades.

Eché otro vistazo a mi alrededor. En momentos de gran excitación o de gran peligro, que es motivo de excitación también, la mente trabaja muy rápido y la agudeza de las capacidades dependientes del cerebro aumenta en proporción. Eso sentí entonces. Me bastó un instante para percibir la totalidad de la situación. Supe que habían sacado el hacha a través de un agujero abierto en una tabla podrida de la pared. En qué estado se hallaría esta para poder hacer tal cosa sin el menor ruido. La chabola era una trampa mortal, bien guardada por todas direcciones. En el tejado yacía un estrangulador presto a atraparme con su lazo en caso de que yo consiguiera escapar de la daga de la bruja. Por la parte delantera el camino estaba cortado por no sabía cuántos hombres. Y en la parte trasera aguardaba una fila de desesperados —había visto sus ojos entre las tablas la última vez que miré— a la espera de una señal para levantarse de un salto. Si había que hacerlo, ¡ahora era el momento!

Tan despreocupadamente como pude, me giré un poco sobre el taburete, como si quisiera acomodar la pierna derecha. A continuación, con un salto repentino, agachando la cabeza y protegiéndola con las manos, y con el instinto luchador de los caballeros de antaño, exclamé el nombre de mi amada y me lancé contra la pared trasera de la choza.

Pese a hallarse atentos, lo súbito de mi movimiento sorprendió a Pierre y a la vieja. Mientras atravesaba las tablas podridas vi a la vieja levantarse de un salto como un felino y oí su exclamación de frustración y rabia. Pisé algo que se movió y supe que era la espalda de uno de los hombres que aguardaban bocabajo fuera de la chabola. Me arañaron clavos y astillas pero no sufrí heridas mayores. Sin aliento, subí la pila de basura que me encontré delante, oyendo a mi espalda el ruido blando que la chabola hizo al venirse abajo.

Fue una escalada de pesadilla. El montón, pese a no ser excesivamente alto, sí era muy empinado, y a cada paso la masa de basura y ceniza se deshacía y yo perdía pie. Se levantó el polvo, asfixiándome; era asqueroso, fétido, insoportable, pero sabía que era cuestión de vida o muerte así que seguí subiendo. Los segundos parecían horas, pero los instantes ganados gracias a la sorpresa, unidos a mi juventud y fortaleza, me proporcionaron una gran ventaja, y, pese a que varias siluetas luchaban por seguirme, en un completo silencio más aterrador que cualquier sonido, alcancé la cima con facilidad. Después de aquello he escalado el cono del Vesubio, y mientras me esforzaba en aquella temible pendiente, entre fumarolas sulfurosas, el recuerdo de aquella espantosa noche en Montrouge volvió a mí con intensidad tal que a punto estuve de padecer un mareo.

El montón era uno de los más altos del basural, y mientras trepaba hacia la cumbre, jadeando en busca de aire y con el corazón palpitando como un martillo pilón, vi a mi izquierda el brillo rojizo del cielo, y más cerca luces de casas. ¡Gracias a Dios! ¡Ya sabía dónde estaba y en qué dirección se encontraba París!

Hice un alto de dos o tres segundos y miré atrás. Mis perseguidores seguían a bastante distancia, pero lejos de ceder, y avanzando en un silencio mortal. Más allá la chabola había quedado reducida a ruinas: una masa de tablas y de siluetas en movimiento. Podía verla bien porque de ella brotaban las llamas; la linterna había prendido fuego a los harapos y la paja. ¡Y aun así de allí no llegaba sonido alguno! ¡Nada más que completo silencio! Aquellos engendros aún podían ganarme la mano, en cualquier caso.

No tuve tiempo más que para una mirada rápida, porque cuando, antes de iniciar el descenso, eché un vistazo alrededor del apilamiento de basura, vi

varias figuras oscuras que corrían por ambos laterales para cortarme el paso. Me tocaba correr por mi vida. Intentaban cerrarme el camino a París, y respondiendo a lo que me dictó el instinto me lancé por el lado derecho. Justo a tiempo, porque aunque llegué abajo en lo que me parecieron unas pocas zancadas, los viejos que me perseguían se acercaron mucho y, cuando me abalancé por el hueco entre dos montones de basura, a punto estuvo de alcanzarme un golpe asestado con la terrible hacha de carnicero. ¡Era imposible que hubiera dos armas como aquella!

Arrancó entonces una horrible persecución. Saqué terreno fácilmente a los viejos, e incluso cuando algunos más jóvenes y unas pocas mujeres se sumaron a la cacería seguí ganando distancia. Pero no sabía por dónde ir y ni siquiera podía guiarme por la luz del cielo, que había quedado a mi espalda. Yo había oído que, salvo que tomara una decisión consciente, alguien que se ve perseguido siempre gira a la izquierda, y eso me descubrí haciendo; imagino que mis perseguidores, siendo más animales que personas, lo sabían también, ya fuera por perversidad o instinto, porque después de un gran esfuerzo tras el que confiaba poder hacer un alto para recobrar el aliento, vi pasar a toda prisa frente a mí a dos o tres siluetas que bordeaban una pila.

¡Iba a caer en una tela de araña! Pero la consciencia de este nuevo peligro trajo consigo la resolución del hombre acosado, y en el siguiente giro me lancé hacia la derecha. Seguí en esa dirección unos cientos de yardas y volví a doblar a la izquierda, convencido de que al menos ya no estaba rodeado.

Pero me seguían persiguiendo. La muchedumbre se acercaba, terca, tenaz, incansable y siempre en un absoluto y lúgubre silencio.

Al aumentar la oscuridad —casi era ya de noche— los apilamientos parecían más altos que antes. Sacaba una buena ventaja a mis perseguidores, así que me lancé a trepar una pila de basura.

¡Mi alegría no podría haber sido mayor! Casi había salido de aquel infierno de desperdicios. Frente a mí, el brillo rojizo de París alumbraba el cielo, y más allá se erguían las alturas de Montmartre: una semiluz salpicada de puntos brillantes como estrellas.

Recuperada la energía en un momento, superé los pocos montones que quedaban, cada vez de menor altura, y llegué a terreno llano. No obstante, ni siquiera allí la perspectiva era halagüeña. A mi alrededor no había más que oscuridad y desolación; había ido a parar a uno de esos lugares húmedos, oscuros y llanos que hay en los alrededores de las grandes ciudades. Lugares sucios y deprimentes, destinados a la aglomeración última de cuanto es nocivo, y donde la tierra es tan pobre que ni los más necesitados sienten

deseos de ocuparla. Con los ojos habituados a la penumbra del atardecer, y lejos de las sombras de las horribles pilas de basura, veía mucho mejor que un momento atrás. También podía suceder, claro está, que el reflejo de las luces de París en las nubes, pese a hallarse la ciudad a unas cuantas millas, proporcionara claridad suficiente. En cualquier caso, podía ver a cierta distancia.

En frente se extendía un basural desolado y, en principio, llano, salpicado del oscuro brillo de algunas charcas de agua estancada. A la derecha, y lejano en apariencia, entre un cúmulo de luces, se elevaba la oscura masa de Fort Montrouge, y a la izquierda, entre la oscuridad, la luz en las ventanas de unas casas aisladas señalaba la localidad de Bicêtre. Me bastó un momento para decidirme por la derecha e intentar llegar a Montrouge. Allí encontraría al menos alguna protección y era posible que no tardara en toparme con algún cruce de caminos conocido. En alguna parte, no muy lejos, debía estar la estratégica carretera que conectaba la cadena de fuertes que rodeaba la ciudad.

Miré atrás. Encima de los montones de la basura y recortadas contra el resplandor parisino, vi acercarse varias siluetas negras, y a la derecha, a buena distancia todavía, unas cuantas más se desplegaban entre donde yo estaba y mi objetivo. Estaba claro que pretendían cortarme el paso en esa dirección, así que mis opciones se habían reducido; se limitaban ahora a seguir de frente o hacia la izquierda. Me agaché y escruté el horizonte en busca de más siluetas recortadas, sin ver rastro de enemigos. Deduje que si no habían protegido aquella dirección ni parecían tener intención de hacerlo, era porque albergaba algún peligro. Decidí por tanto continuar hacia el frente.

No era una perspectiva prometedora, y no tardó en empeorar. El terreno se volvió blando y limoso, y cada pocos pasos mis pies se hundían, lo que resultaba de lo más desagradable. Pese a que me había parecido que el terreno era llano, debía de descender porque pronto me vi rodeado de puntos más altos que donde yo estaba. Miré a mi alrededor sin ver a mis perseguidores. Era extraño, porque durante toda la noche aquellas aves nocturnas me habían seguido con tanta facilidad como a plena luz del día. Me maldije por haber elegido aquella mañana un traje de turista de *tweed* claro. El silencio y el no poder ver a mis enemigos, sintiendo que ellos me observaban, era aterrador, así que con la esperanza de que alguien que no perteneciera a aquella temible banda pudiera oírme, grité varias veces. No hubo ni la más mínima respuesta, ni siquiera un eco recompensó mis esfuerzos. Me quedé paralizado un instante, con la vista fija. En uno de los puntos elevados vi moverse una

sombra, y luego otra, y otra más. Sucedía eso a mi izquierda; querían adelantarme para cortarme el paso.

Pensé de nuevo que mis dotes como corredor me permitirían volver a librarme de mis enemigos, y me lancé adelante a toda velocidad.

¡Splash!

Mis pies se habían hundido en una masa de desperdicios viscosos y había caído de cabeza en una charca hedionda. La mezcla de agua y barro en que mis brazos se hundieron hasta los codos era nauseabunda en una medida que escapaba a la descripción, y al caer de improviso había tragado algo de aquella materia repugnante, que a punto estuvo de asfixiarme y que me hizo jadear en busca de aliento. Nunca olvidaré los instantes que pasé tratando de recuperarme, al borde del desmayo, rodeado por la fetidez de la inmunda charca, de la que se alzaba una neblina blancuzca y fantasmagórica. Y lo peor de todo, la agudeza fruto de la desesperación con que el animal acosado vislumbra la manada que se cierne sobre él me permitió ver, mientras seguía quieto e indefenso, que mis perseguidores me cercaban a toda velocidad.

Es curioso qué cosas tan extrañas nos detenemos a pensar incluso cuando todas nuestras energías mentales se concentran en una amenaza terrible y urgente. Mi vida estaba en peligro, mi integridad dependía de que me pusiera en acción, y debía tomar decisiones cruciales casi a cada paso que daba, y pese a todo no podía dejar de admirar la extraña persistencia de aquellos viejos. Su callada resolución, su firme y lúgubre empeño eran motivo no solo de temor sino asimismo de cierto respeto. Lo que debieron ser en el vigor de su juventud. Comprendí entonces la carga arrolladora en el puente de Arcola y los gritos de desdén de la Vieja Guardia en Waterloo. La actividad mental inconsciente tiene momentos de recreo, incluso en ocasiones como aquella, pero por fortuna no acalla los pensamientos que llaman a la acción.

Me bastó un vistazo para saber que había fracasado en mi objetivo. Mis enemigos habían conseguido cercarme por tres lados y me forzaban a dirigirme hacia la izquierda, donde algún peligro me aguardaba, pues ellos no se habían molestado en ir por allí. Acepté la alternativa; era eso o nada. Mis enemigos tenían tomadas las posiciones elevadas, así que hube de conformarme con las bajas. Sin embargo, pese a los impedimentos del cieno y del terreno irregular, la juventud y la buena forma física me permitieron mantener la distancia y, tomando un curso diagonal, incluso les gané terreno. Eso me dio ánimo y energía; el entrenamiento habitual me permitía sacar fuerzas de flaqueza. Ante mí el terreno se elevaba un poco. Corrí pendiente arriba y me vi en una extensión fangosa, con un dique o terraplén oscuro y

lúgubre al fondo. Pensé que si era capaz de llegar sano y salvo allí, donde dispondría de terreno sólido bajo los pies y un sendero que me guiara, podría encontrar con comparativa facilidad una escapatoria a mis problemas. Tras mirar a derecha e izquierda y no ver a nadie cerca, durante unos minutos no despegué la vista de mis pies, para ayudarme a cruzar la ciénaga. Era un trabajo sucio y duro, pero que no albergaba gran peligro, solo requería esfuerzo, y no tardé en alcanzar el dique. Exultante, trepé la pendiente, solo para toparme con otra desagradable sorpresa. A cada lado había siluetas encorvadas. Corrieron hacia mí desde la derecha y la izquierda. Sostenían una cuerda entre todos.

El cerco casi se había cerrado. No podía pasar por ningún lado y se me agotaba el tiempo.

Solo había una opción y la tomé. Crucé el dique a toda velocidad y, eludiendo en el último segundo a mis enemigos, me lancé a la corriente.

En cualquier otra ocasión aquella agua me habría parecido fétida y repugnante, pero entonces la agradecí tanto como el viajero sediento agradece un arroyo de aguas cristalinas. ¡Era una vía de salvación!

Mis perseguidores se abalanzaron tras de mí. Si la cuerda la hubiera llevado solo uno de ellos, habría sido mi fin, porque podría haberme echado el lazo antes de que tuviera yo tiempo de dar una sola brazada, pero al sostenerla entre todos se entorpecían, lo que los retrasó, y para cuando la cuerda golpeó el agua yo ya me había distanciado. Braceé con fuerza durante unos minutos. Refrescado por el chapuzón y animado por haberme librado de ellos, volví a trepar al dique con la moral más alta.

Desde arriba miré hacia atrás. A través de la oscuridad vi a mis acosadores dispersos a lo largo del dique. La persecución no había concluido, y yo debía elegir una nueva ruta para escapar. Más allá del dique se extendía un paraje desolado y pantanoso como el que había cruzado antes. Decidí evitarlo y dediqué unos minutos a pensar hacia qué lado del dique dirigirme. Creí oír algo: el chapoteo apagado de unos remos; agucé los oídos y grité.

No hubo respuesta, pero el sonido cesó. Mis enemigos se habían hecho con un bote. Eché a correr hacia el sentido del dique opuesto a donde ellos estaban. Cuando pasé a la izquierda del punto donde me había lanzado al agua, oí chapoteos, suaves, sigilosos; un ruido como el de una rata al zambullirse en el agua, salvo que más fuerte, y vi el lustre oscuro de la superficie roto por las estelas de varias cabezas que se aproximaban. Varios de mis enemigos se acercaban a nado.

A mi espalda, corriente arriba, el golpeteo y los crujidos de unos remos rompieron el silencio; mis enemigos no estaban dispuestos a abandonar. Saqué fuerzas de flaqueza y aceleré la carrera. Al cabo de un par de minutos miré atrás y un rayo de luz que se coló entre las nubes iluminó varias siluetas que trepaban por el terraplén. Se había levantado viento; la superficie se había rizado y contra el dique rompían olitas. Tenía que mirar bien dónde pisaba si no quería tropezar, sabiendo bien que un traspié suponía una muerte segura. Unos minutos después volví a mirar atrás. En el dique había solo unas pocas personas, pero había muchas cruzando la llanura pantanosa. No sabía qué nuevo peligro me auguraba eso; apenas podía imaginarlo. Retomé la carrera, al tiempo que me percataba de que mi camino trazaba una lenta curva a la derecha. Miré hacia delante y vi que el río era mucho más ancho que antes, y que el dique descendía, y que al otro lado, a cierta distancia, había una nueva corriente de agua, desde cuya orilla más cercana unas cuantas personas corrían hacia mí a través del cenagal. Estaba en una suerte de isla.

Mi situación era ahora desesperada: los enemigos me habían rodeado por completo. Por detrás se aproximaba el golpeteo de los remos, ahora acelerado, como si mis perseguidores presintieran la proximidad del fin. A mi alrededor no había más que desolación; ni un tejado ni una luz hasta donde alcanzaba mi vista. Lejos, a la derecha, se alzaba una masa oscura, pero no sabía de qué se trataba. Me detuve a pensar qué hacer durante un instante, no más, pues los perseguidores se acercaban. Tomé una decisión. Me deslicé terraplén abajo y me metí en el agua. Me zambullí de cabeza para alcanzar lo antes posible el centro de la corriente, dejando atrás el remanso tras la isla, si es que en efecto se trataba de eso. Aguardé hasta que una nube se deslizó sobre la luna, dejándolo todo a oscuras. Me quité el sombrero y lo abandoné en el agua para que la corriente se lo llevara, y al segundo siguiente me zambullí y buceé con todas mis fuerzas. Pasé, calculo, medio minuto bajo el agua, y cuando emergí lo hice tan silenciosamente como pude, y miré hacia atrás. Mi sombrero marrón claro se alejaba despacio. Lo seguía de cerca un bote viejo y bamboleante, impulsado desesperadamente por un par de remos. La luna seguía cubierta en parte por las nubes pero incluso con aquella luz parcial alcancé a ver a un hombre en pie en la proa, sosteniendo, dispuesto a asestar un golpe, lo que me pareció la espantosa hacha de la que yo había escapado antes. El bote se acercó más y más, y el hombre golpeó con rabia. El sombrero desapareció. El hombre cayó hacia delante y a punto estuvo de ir a parar al agua. Sus camaradas lo agarraron, pero había perdido el hacha, y luego, cuando invertí todas mis energías en alcanzar la orilla más alejada, oí

una exclamación entre dientes: «*Sacre!*», manifestación del enojo de mis frustrados perseguidores.

Era el primer sonido proveniente de boca humana que oía en aquella cacería aterradora, y pese a toda la amenaza y el peligro que suponía, lo agradecí, dado que rompía el silencio terrible que hasta entonces me había estremecido y espantado. Era una señal manifiesta de que mis oponentes eran personas, no fantasmas, y de que tenía al menos una oportunidad, aunque yo fuera solo uno contra muchos.

Roto el hechizo del silencio, los sonidos empezaron a llegar más claros y en rápida sucesión. Desde el bote hacia la orilla y a la inversa hubo un intercambio de preguntas y respuestas susurradas. Miré atrás, lo que fue un gran error, porque al instante alguien vio mi cara, una mancha blanca entre la oscuridad del agua, y dio un grito de alarma. Varios dedos me señalaron y un instante después el bote, sobrecargado de gente, me seguía apretando la marcha. Yo estaba cerca de mi destino pero el bote se acercaba muy rápido. Unas pocas brazadas más y habría alcanzado la orilla, pero sentía el bote a mi espalda y esperaba recibir, en cualquier momento, el golpe de un remo o de otra arma en la cabeza. Si no hubiera visto aquella hacha aterradora perderse en el agua creo que no habría tenido fuerzas para llegar a la orilla. Oí los juramentos murmurados de los que no remaban y los resoplidos de los remeros. Con un esfuerzo supremo alcancé la orilla y trepé por ella a toda velocidad. No había ni un segundo que perder; justo detrás de mí el bote tocó tierra y varias personas saltaron en mi persecución. Llegué a lo alto del dique y eché a correr hacia la izquierda. El bote se apartó de la orilla y me siguió descendiendo la corriente. Viendo peligro por ese costado, di un quiebro, bajé por el otro lado del dique y, tras un superar un trecho cenagoso, llegué a terreno seco y llano, donde apreté la carrera.

No me despegaba de mis incansables perseguidores. A lo lejos volví a ver la masa oscura de antes, pero más próxima y grande. El corazón me dio un brinco de alegría; tenía que ser la fortaleza de Bicêtre. Con nuevas energías, seguí adelante. Había oído que, uniendo las fortalezas que protegían París, había vías estratégicas, caminos hundidos en el terreno por donde los soldados podían marchar a cubierto del enemigo. Si conseguía llegar a una de aquellas vías estaría a salvo, pero en la oscuridad no veía rastro de ninguna, así que seguí adelante confiando ciegamente en dar con una.

Poco después llegué a un desnivel acusado, por cuyo fondo discurría un camino protegido a cada lado por un foso de agua y un alto muro.

En el límite de mis fuerzas y a punto de desplomarme mareado, seguí adelante; el terreno era cada vez más irregular, trastabillé, caí, me levanté y continué corriendo con la ciega desesperación de la presa. Pensar en Alice volvió a proporcionarme ánimos. No cedería y arruinaría su vida; pelearía hasta el final. Con gran esfuerzo alcancé la cumbre del muro. Mientras forcejeaba como un puma para trepar, sentí que alguien me rozaba un pie. Me encontraba ahora en una especie de calzada elevada y ante mi vi una luz tenue. A ciegas y mareado, corrí, me tambaleé y caí, volviendo a levantarme cubierto de polvo y sangre.

—*Halt là!*

Aquellas palabras parecieron proceder del mismísimo cielo. Me rodeó un rayo de luz y grité de júbilo.

—*Qui va là?*

Chasquidos de mosquetes, acero destellante ante mis ojos. Instintivamente, frené en seco, pese a la cercanía de los pasos de mis perseguidores.

Hubo más gritos, y de una puerta manó una marea roja y azul al desplegarse la guardia. A mi alrededor todo eran destellos, luces reflejadas sobre acero, tintineos y chasquidos de armas, y órdenes pronunciadas en voz alta y rasposa. Cuando me desplomé, completamente exhausto, un soldado me sostuvo. Miré atrás, expectante y aterrado, y vi al grupo de sombras dispersarse entre la noche. Luego debí de desmayarme. Cuando recobré el sentido estaba en la sala de la guardia. Me dieron brandi y al cabo de un rato pude explicarles lo que me había sucedido. Apareció un comisario de policía, aparentemente caído del cielo, como suelen presentarse los oficiales de policía en París. Me escuchó con atención y se retiró a consultar con el oficial al mando. Debieron de coincidir en lo que había que hacer, porque me preguntaron si estaba capacitado para acompañarlos.

—¿Adónde? —pregunté.

—A las montañas de basura. Puede que todavía los cojamos.

—Lo intentaré —dije.

El comisario me miró fijamente.

—¿Prefiere usted esperar un poco, quizás hasta mañana, inglesito? —preguntó. Eso hirió mis sentimientos, quizás como era su intención, y me puse en pie de un salto.

—¡Vayamos! —dije—. ¡Ahora mismo! ¡Un inglés siempre está presto a cumplir con su deber!

El comisario era un buen hombre, además de perspicaz; me dio una amable palmada en el hombro.

—*Brave garçon!* —dijo—. Discúlpeme, sabía que eso le ayudaría. La guardia está lista. ¡Adelante!

Atravesamos la sala de la guardia, un pasaje abovedado y salimos al exterior. Algunos de los hombres que marchaban delante llevaban potentes linternas. Cruzamos varios patios siguiendo un camino en pendiente y, cruzando una gran arcada, pasamos a un camino por debajo del nivel del terreno, el mismo que había visto durante mi huida. Se dio la orden de formar en columna de a dos, y los soldados marcharon a paso ligero, a medio camino entre el paseo y la carrera. Sentí retornar mis energías, transformado ahora en cazador en lugar de presa. Al cabo de escasa distancia llegamos a un pontón bajo que cruzaba la corriente, no muy lejos de donde yo la había atravesado a nado. Habían intentado sabotearlo; las cuerdas estaban cortadas y había una cadena rota. Oí que el oficial decía al comisario:

—¡Justo a tiempo! Unos minutos más y habrían destrozado el puente. ¡Adelante, más rápido!

Allá fuimos. Llegamos a otro pontón que cruzaba la corriente agitada por el viento; al acercarnos oímos golpes de metal contra metal, también intentaban destruir aquel puente. Se dio una orden y varios hombres alzaron los rifles.

—¡Fuego!

Hubo una descarga. Se oyó un grito acallado y las siluetas se dispersaron. Pero el mal ya estaba hecho, y vimos el extremo opuesto del pontón derivar arrastrado por la corriente. Esto supuso un importante retraso; transcurrió casi una hora hasta que hubimos cambiado las cuerdas y reparado el puente lo suficiente como para poder cruzarlo.

Retomamos la persecución. Más y más rápido, nos dirigimos a los apilamientos de basura.

Al cabo de un rato llegamos a un lugar que me era conocido. Quedaban los restos del fuego, unos pocos maderos seguían ardiendo sin llama y emitían un resplandor rojizo, pero la mayor parte de las cenizas ya estaba fría. Identifiqué el emplazamiento de la chabola y la colina de basura que había detrás, por la que había trepado a la carrera, y el parpadeante brillo de los ojos de las ratas, con su suerte de fosforescencia. El comisario dijo algo al oficial, que gritó:

—¡Alto!

Los soldados recibieron orden de desplegarse y vigilar, y nosotros examinamos las ruinas. El comisario en persona levantó tablas y restos carbonizados, que los soldados tomaban y apilaban. Poco después retrocedió, sorprendido por algo, se inclinó y me hizo señas para que me acercara.

—¡Mire!

Era una estampa desagradable. Un esqueleto yacía bocabajo, una mujer por sus dimensiones, y de avanzada edad, a juzgar por la basta textura de los huesos. Entre las costillas asomaba una larga daga, confeccionada a partir de un hierro para afilar, con la afilada punta clavada en la espina dorsal.

—Como pueden ustedes comprobar —nos dijo el comisario al oficial y a mí mientras sacaba su cuaderno de notas— la mujer debe de haber caído sobre su propia arma. Aquí hay muchas ratas, miren cómo relucen sus ojos entre los montones de desperdicios, y pueden ustedes comprobar asimismo —sufrí un escalofrío cuando lo vi posar una mano desnuda sobre el esqueleto— que hace poco que se han ido. Los huesos apenas han comenzado a enfriarse.

No había rastro de nadie más en las cercanías, ni vivo ni muerto, así que, formando en columna una vez más, los soldados siguieron adelante. Poco después llegamos al viejo armario convertido en morada. Nos acercamos. En cinco de los seis compartimentos dormía un anciano, tan profundamente que ni siquiera la luz de las linternas los despertó. Su aspecto era ajado, lúgubre, gris, con los rostros chupados, arrugados y tiznados y sus grandes mostachos canos.

El oficial exclamó una áspera orden y un instante después los cinco estaban levantados y en posición de firmes.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Dormir.

—¿Dónde están los otros *chiffoniers*? —preguntó el comisario.

—Se han ido a trabajar.

—¿Y ustedes?

—Nosotros estamos de guardia.

—*Peste!* —soltó el oficial, riéndose con dureza, mientras miraba a los ancianos a la cara uno por uno, y añadió con crueldad deliberada—: ¡Durmiendo cuando se encuentran de servicio! ¿Es ese el estilo de la Vieja Guardia? ¡En ese caso no me extraña lo que pasó en Waterloo!

A la luz de las linternas vi empalidecer las caras viejas y tiznadas, y a punto estuvo de hacerme retroceder la mirada de los viejos ante las risas con que los soldados corearon el cruel chiste del oficial.

Me sentí vengado en parte.

Por un instante pareció que iban a lanzarse sobre el bromista, pero años de instrucción los habían enseñado bien y permanecieron inmóviles.

—Ustedes son solo cinco —dijo el comisario—, ¿dónde está el sexto?

La respuesta llegó junto con lúgubres risitas.

—¡Ahí! —El que había hablado señaló al fondo del armario—. Murió anoche. No queda mucho de él. ¡El entierro de las ratas es muy rápido!

El comisario se agachó sobre los restos. Se volvió a continuación hacia el oficial y dijo con calma:

—Podemos irnos. Aquí no queda ninguna pista, nada que pruebe que este era el hombre al que hirieron las balas de sus soldados. Seguramente ellos lo mataron para ocultar el rastro. Fíjese. —Se agachó de nuevo y apoyó las manos sobre el esqueleto—. Las ratas actúan rápido y las hay a montones. ¡Estos huesos aún están calientes!

Sufrí un escalofrío, como muchos de los que estábamos allí.

—¡A formar! —dijo el oficial, y marchando en columna, con las linternas columpiándose al frente y los veteranos esposados en el centro del grupo, salimos a paso ligero del basural y regresamos a la fortaleza de Bicêtre.

Hace mucho que concluyó mi año de prueba y Alice es mi esposa. Pero cuando rememoro aquellos doce meses, uno de los episodios que recuerdo con más nitidez es el de mi visita a la Ciudad de la Basura.

EL SUEÑO DE LAS MANOS ROJAS

(A Dream of Red Hands)

Lo primero que me contaron sobre Jacob Settle fue una sencilla descripción: «Es un tipo infeliz», pero me pareció que reflejaba perfectamente la opinión de sus vecinos y compañeros de trabajo. Más que una mera opinión, la frase albergaba una cierta tolerancia relajada, una completa ausencia de sentimiento positivo, que dejaba manifiesta la posición que aquel hombre ocupaba en la estima pública. No obstante, existía una desemejanza entre lo que tal afirmación transmitía y la persona real que me hizo reflexionar y, poco a poco, a medida que fui conociendo mejor el lugar y a los vecinos, empecé a sentir un interés creciente por Jacob Settle. Averigüé que no escatimaba los actos bondadosos, sin incurrir en dispendios económicos más allá de sus humildes posibilidades, sino mediante diversas manifestaciones de previsión, paciencia y sacrificio personal, formas de caridad mucho más sinceras. Mujeres y niños confiaban en él de manera instintiva, pese a que, por extraño que parezca, él los evitaba, salvo cuando alguien estaba enfermo, ocasión en que él acudía a prestarle ayuda en la medida que le era posible, con timidez y cierta torpeza de comportamiento. Llevaba una vida solitaria, en un *cottage* minúsculo, más bien una cabaña, de una sola estancia, que mantenía él solo, más allá de los límites del páramo. Su existencia me pareció tan triste y aislada que deseé animarlo un poco, así que cuando ambos coincidimos visitando a un muchacho al que yo había herido por accidente, aproveché la ocasión para ofrecerme a prestarle unos libros. Aceptó gustoso, y cuando nos separamos bajo la grisura del crepúsculo sentí que cierta confianza mutua había nacido entre nosotros.

Siempre me devolvía los libros puntualmente e impolutos y con el transcurso del tiempo Jacob Settle y yo llegamos a ser amigos. En un par de ocasiones, cuando yo paseaba por el páramo los domingos por la tarde, fui a visitarlo, pero él se mostraba tan tímido e incómodo que me volví reacio a pasar a verlo. Él nunca, bajo ninguna circunstancia, fue a mi casa.

Un domingo por la tarde, volvía yo de dar un largo paseo por el páramo y al pasar frente al *cottage* de Settle me detuve a saludar. Como la puerta estaba cerrada pensé que habría salido, así que llamé nada más que por probar, o por la fuerza del hábito, sin esperar que nadie respondiera. Para mi sorpresa, oí una voz débil procedente del interior, aunque no pude entender lo que decía. Entré y encontré a Jacob tendido en la cama, medio vestido. Estaba pálido como un cadáver y gotas de sudor le corrían por la cara. Sus manos aferraban inconscientemente la ropa de cama, igual que el hombre que se está ahogando se aferra a lo que sea. Cuando me acerqué, se irguió, con una mirada ida, aterrada, en los ojos fijos y abiertos de par en par, como si una aparición horrorosa se hubiera presentado ante él, pero cuando me reconoció se dejó caer sobre la almohada con un acallado gemido de alivio y cerró los ojos. Volvió a abrirlos y me miró, pero con una expresión tan desesperada y afligida que, lo juro por mi vida, yo jamás había presenciado un rostro que transmitiera tanto horror. Tomé asiento a su lado y me interesé por su salud. Pasó un rato sin responder, salvo para decirme que no estaba enfermo, pero a continuación, tras escrutarme, se irguió a medias apoyándose en un codo y dijo:

—Agradezco su amabilidad, señor, pero es la verdad lo que le digo. No padezco ninguna enfermedad, tal como los hombres lo entienden, pero sabe Dios si no existen enfermedades peores que las que conocen los médicos. Se lo contaré, pues es usted tan amable conmigo, pero confío en que nunca diga usted nada a alma viviente alguna, porque eso me acarrearía desgracias añadidas y mayores. Es un mal sueño lo que me hace padecer.

—¡Un mal sueño! —dije con la esperanza de animarlo—. Los malos sueños se desvanecen con el amanecer. Ni siquiera eso, basta con despertarse.

Me callé de repente, porque sin necesidad de que él dijera nada leí su respuesta en la mirada desolada que dirigió a su pequeña morada.

—¡No! ¡No! Es así para la gente que disfruta de una vida confortable, junto a sus seres queridos. Para quienes viven solos y no les queda más opción que hacerlo así, es mil veces peor. ¿Qué alegría puedo esperar cuando me despierto aquí, en el silencio de la noche, con el ancho páramo a mi alrededor, repleto de voces y rostros que hacen de mi despertar una pesadilla peor que la que padecía en sueños? Ah, joven señor, usted no tiene un pasado que envía sus legiones para poblar la oscuridad y el vacío, y ruego a Dios que nunca lo tenga.

Había una convicción tan absoluta e indiscutible en sus palabras que renuncié a minimizar los inconvenientes de su vida solitaria. Me sentí en

presencia de alguna influencia secreta que escapaba a mi discernimiento. Para mi alivio, pues no sabía qué decir, prosiguió.

—He tenido el mismo sueño durante dos noches. La primera ya fue bastante malo pero logré soportarlo. La pasada noche la espera fue casi peor que el sueño en sí, hasta que este llegó y barrió todo recuerdo de padecimientos menores. Me quedé despierto hasta justo antes del amanecer, y entonces lo soñé de nuevo, y desde ese momento vivo presa de una agonía como la que seguro padece quien se halla al filo de la muerte, a la que hay que sumar el temor por lo que sucederá esta noche.

Antes de que terminara de hablar, yo ya había tomado una decisión y me pareció que podía dirigirme a él de modo más relajado.

—Váyase a dormir temprano, antes incluso del crepúsculo. El sueño le hará sentirse bien de nuevo, y le prometo que no habrá más pesadillas.

Meneó la cabeza, nada convencido, así que me quedé un rato más haciéndole compañía.

Cuando llegué a mi casa hice los preparativos para esa noche, habiendo decidido compartir la solitaria vigilia de Jacob Settle en su *cottage* del páramo. Calculé que si se iba a la cama antes del atardecer, se despertaría al filo de la medianoche, así que, cuando las campanas de la ciudad tocaban las once, me presenté ante su puerta armado con una bolsa donde llevaba mi cena, una petaca extra grande de licor, un par de velas y un libro. La luna alumbraba el páramo casi como si fuera de día, pero de vez en cuando unas nubes oscuras surcaban el cielo, causando una oscuridad que, en comparación, parecía tangible. Abrí con cuidado la puerta y pasé sin despertar a Jacob, que dormía con el pálido rostro mirando hacia el techo. Estaba inmóvil y, una vez más, empapado en sudor. Traté de imaginar qué clase de imágenes discurrían ante aquellos ojos cerrados que fueran capaces de provocar todo el dolor y la miseria estampadas en su cara, pero fui incapaz y me limité a esperar a que despertara. Sucedió esto de manera súbita, y de modo tal que me encogió el corazón, pues el ronco lamento que surgió de entre los pálidos labios de Jacob, cuando este se irguió a medias y seguidamente se dejó caer de nuevo sobre la cama, era la manifestación o conclusión indiscutible del hilo de pensamientos que lo había precedido.

«Si se trata de un sueño», me dije, «debe de estar basado en un hecho real y terrible. ¿Cuál pudo ser aquel episodio desgraciado del que hizo mención?».

Mientras yo pensaba así, él se percató de mi presencia. Me pareció extraño que no pasara por ese hiato de duda que experimenta quien acaba de despertarse y durante el que no termina de discernir si sigue o no dormido.

Con una exclamación de regocijo, tomó mi mano entre las suyas, húmedas y temblorosas, igual que un niño asustado se aferra a alguien a quien quiere. Traté de calmarlo.

—Tranquilo, tranquilo. No sucede nada. He venido para quedarme con usted esta noche, y juntos nos enfrentaremos a ese mal sueño.

Soltó de repente mi mano, se dejó caer en la cama y se tapó los ojos con las manos.

—¿Enfrentarnos a él? ¡Al sueño! ¡No, señor, no! No existe poder terrenal que pueda enfrentarse a ese sueño, pues proviene del mismísimo Dios, y está marcado a fuego aquí dentro —dijo golpeándose la frente, tras lo que prosiguió—: Es el mismo sueño, siempre, pero su poder para torturarme crece cada vez.

—¿Cómo es ese sueño? —pregunté, pensando que hablar de él podría reportarle algún alivio, pero reculó, apartándose de mí.

Al cabo de una larga pausa dijo:

—No, es mejor que no hable de él. Puede que no vuelva a suceder.

Estaba claro que me ocultaba algo, algo relacionado con el sueño.

—Muy bien —dije—. Espero que no vuelva a sucederle. Pero si lo sueña de nuevo, me lo contará, ¿de acuerdo? No se lo pido por mera curiosidad, sino porque opino que hablar puede aliviarlo.

Me respondió con lo que juzgué una solemnidad excesiva.

—Si vuelvo a soñarlo, se lo contaré.

Después intenté distraerlo llevándolo a temas más mundanos, así que dispuse la cena y le hice compartirla conmigo, incluido el contenido de la petaca. Poco después ya estaba más animado, encendí un cigarro, le ofrecí otro y fumamos durante una hora, hablando de infinidad de cosas. Poco a poco el confort de su cuerpo se trasladó a su mente, y vi cómo el sueño apoyaba sus acariciadoras manos sobre sus párpados. También él percibió el sopor y me dijo que ya se sentía bien y que yo podía irme con tranquilidad, pero le respondí que, para bien o para mal, tenía intención de quedarme hasta que saliera el sol. Así que encendí la otra vela y me puse a leer, mientras él caía dormido.

Poco a poco, me enfrasqué en el libro, tanto que me sobresalté cuando al final se me cayó de entre las manos. Jacob seguía dormido y me alegró la expresión de inusitada felicidad de su rostro, mientras que sus labios se movían pronunciando palabras inaudibles. Retomé la lectura y un rato después volví a despertarme sobresaltado, pero en esta ocasión un escalofrío me dejó helado hasta el tuétano cuando oí la voz proveniente de la cama.

—¡No con esas manos rojas! ¡Nunca! ¡Nunca!

Jacob continuaba dormido. Se despertó, sin embargo, un instante después y no se sorprendió de verme; una vez más demostró una extraña apatía respecto a cuanto lo rodeaba.

—Cálmese —dije—. Cuénteme su sueño. Hable con libertad, consideraré sus palabras sagradas. Mientras ambos vivamos no diré nada a nadie de lo que usted decida confiarme.

—Dije que lo haría —dijo—, pero es mejor que antes le cuente algo anterior al sueño, para que pueda comprenderlo. Cuando era yo muy joven, trabajaba como maestro. Ejercía en una escuela parroquial en un pueblecito del West Country. No hay necesidad de dar nombres. Es mejor que no. Yo estaba comprometido con una chica a la que quería y casi reverenciaba. Fue la típica historia. Mientras esperábamos el momento en que pudiéramos permitimos vivir juntos, entró en escena otro hombre. Era casi tan joven como yo, y apuesto, y un caballero, con todo el repertorio de modales caballerescos que tan atractivos resultan a las mujeres de nuestra clase. Él iba de pesca y ella se encontraba con él mientras yo estaba en la escuela. Intenté razonar con ella y le imploré que dejara de verlo. Le ofrecí casarnos sin dilación e irnos y empezar de cero en otro sitio, pero no quiso escucharme, estaba infatuada. Decidí ocuparme personalmente del asunto y reunirme con aquel hombre para pedirle que se comportara debidamente con ella, pues creía yo que podía albergar intereses honestos; de ese modo no habría posibilidad de habladurías. Fui en su busca, habiendo elegido un sitio donde nadie nos molestaría. Y en efecto, nos encontramos.

Llegado a este punto, Jacob Settle y jadeó en busca de aire, como si algo se le hubiera quedado atravesado en la garganta.

—Señor, tan seguro como que existe un Dios sobre nosotros —prosiguió —, mi corazón no albergaba ninguna intención egoísta aquel día. Yo amaba a mi preciosa Mabel demasiado como para contentarme con solo una parte de su amor, y había reflexionado sobre mi desgracia lo bastante a menudo como para concluir que, decidiera ella lo que decidiera, no había esperanza para mí. Él se mostró insolente conmigo. Usted, señor, siendo un caballero, desconoce, quizás, lo hiriente que puede ser la insolencia de alguien de clase superior a la de uno. Pero lo aguanté. Le imploré que se comportara debidamente con la chica, porque lo que para él podía no ser más que un pasatiempo con el que ocupar un momento ocioso, a ella podía arruinarle la vida. Porque yo nunca había dudado del amor de ella, ni me había planteado que pudiera llegar a sufrir la peor de las desgracias; todo cuanto temía era el quebranto de su

corazón. Pero cuando le pregunté cuándo planeaba casarse con ella, su risa me indignó en tal extremo que perdí los nervios y le aseguré que no me quedaría al margen, viendo cómo la vida de Mabel acababa arruinada. También él se encolerizó, y llevado por la cólera dijo de ella cosas tan crueles que juré que aquel hombre no viviría para herirla. Sabe Dios cómo sucedió, porque en momentos de rabia cuesta discernir los pasos mediante los que se pasa de las palabras a los golpes, pero de pronto me vi plantado sobre su cadáver, con las manos escarlatas, empapadas de su sangre, que manaba a borbotones de la garganta abierta. No había nadie más allí y él no era del lugar, no tenía ningún familiar que se interrogara por su ausencia; los asesinatos no siempre se descubren, o no de inmediato. Por lo que sé, sus huesos siguen blanqueándose en el remanso del río donde dejé el cuerpo. Su ausencia y los motivos de esta no llevaron a nadie a sospechar, salvo a Mabel, y ella no osó decir nada. Pero fue todo en vano, porque cuando regresé al cabo de varios meses —me fue imposible quedarme allí— descubrí que la vergüenza la había alcanzado y que eso la había conducido a la muerte. Hasta entonces me había dado esperanzas pensar que mi atroz acción la había salvado, pero al enterarme que había actuado demasiado tarde, y que el pecado de aquel hombre había mancillado a mi pobre amada, hui, cargando con mi culpa inútil, más pesada de lo que creía que podía soportar. ¡Ah, señor! Usted, que no ha cometido un pecado semejante, no sabe lo que es vivir con algo así. Puede pensar que la costumbre lo hace más llevadero, pero no. El peso crece y crece a cada hora, hasta que se convierte en intolerable, y junto con él crece el convencimiento de que el cielo te ha sido vetado para siempre. No sabe usted lo que eso significa, y ruego a Dios que nunca llegue a saberlo. Las personas comunes, para las que todo es posible, no piensan en el cielo casi nunca, o nunca. Para ellas no es más que un nombre, nada más, y se contentan con esperar y dejar que todo siga su curso, pero no sabe usted lo que significa para los condenados a no entrar jamás en él, no puede calcular ni concebir el anhelo terrible e inacabable por ver abiertas las puertas y poder unirte a las blancas figuras que moran al otro lado.

»Y esto me lleva a mi sueño. Era como si la entrada del cielo se hallara ante mí, con grandes puertas de acero macizo, provistas de barrotes del grosor de un mástil de barco, que se alzaban hasta las mismísimas nubes y tan juntos entre sí que por los espacios que mediaban apenas se entreveía una caverna de cristal sobre cuyas brillantes paredes se recortaban numerosas figuras ataviadas de blanco y con rostros radiantes de dicha. Cuando llegué ante la puerta, mi corazón y mi alma estaban tan henchidos de éxtasis y anhelo que

me olvidé de todo lo demás. Y ante las puertas había dos portentosos ángeles de batientes alas y, ¡oh!, rostro severo. Cada uno sostenía en una mano una espada flameante y en la otra una aldaba que se corría o descorría bajo el más leve de sus toques. Más próximas había unas figuras envueltas en ropajes negros, de modo que nada salvo sus ojos quedaba a la vista, y tendían a cada recién llegado unos atuendos blancos similares a los que vestían los ángeles. Un suave murmullo informó de que todos debían ponerse aquellas ropas, y que estas habían de permanecer impolutas, pues en otro caso los ángeles no permitirían el paso, sino que nos expulsarían hostigándonos con sus flameantes espadas. Yo estaba ansioso por ponerme las ropas que me habían sido entregadas, cosa que hice a toda prisa y me adelanté hacia las puertas; pero estas no se abrieron, y los ángeles, soltando las aldabas, señalaron mi ropa, y miré hacia abajo, y quedé horrorizado al verla toda manchada de sangre. Mis manos estaban rojas, relucientes por la sangre que goteaba de ellas como aquel día a la orilla del río. Y los ángeles alzaron las espadas flameantes para expulsarme, con lo que el horror alcanzó su cúspide… y me desperté. Una vez y otra y otra, vuelvo a tener ese sueño espantoso. Nunca aprendo de la experiencia, nunca recuerdo nada, sino que al principio la esperanza se presenta siempre renovada, para hacer más horrible el final; y sé que el sueño no proviene de la común oscuridad donde moran los sueños, ¡sino que es un castigo que me envía Dios! Nunca, nunca podré cruzar las puertas. Mis manos ensangrentadas siempre mancharán mis ropajes angélicos».

Yo escuchaba hechizado las palabras de Jacob Settle. Había algo tan ajeno en su tono, algo tan onírico y místico en sus ojos, que miraban más allá de mí, como fijados en un espíritu invisible, algo tan elevado en su dicción y en marcado contraste con sus ajadas ropas de trabajo y su humilde casa, que me pregunté si yo mismo no lo estaría soñando todo.

Guardamos silencio largo rato. Yo miraba a aquel hombre con un asombro que no cesaba de crecer. Pronunciada su confesión, su alma, hasta entonces doblegada, había vuelto a ponerse en pie haciendo gala de resistencia. Supongo que debería haberme sentido horrorizado ante su relato, pero, por extraño que resulte, no era así. Sin duda, no es agradable ser el destinatario de las confidencias de un asesino, pero aquel pobre hombre no solo había actuado en respuesta a una provocación sino que la sangrienta acción había tenido una causa tan abnegada que no me sentí inclinado a juzgarlo. Mi único propósito era consolarlo, así que me dirigí a él con cuanta calma pude, pues el corazón me latía acelerado y con fuerza.

—No desespere, Jacob Settle. Dios es bondadoso y grande es Su misericordia. Continúe adelante con su vida y su trabajo, manteniendo la esperanza de que algún día sentirá expiado el pasado. —Hice un alto al ver que un sueño, esta vez pesado y natural, iba haciendo presa de él—. Vaya a dormir —dije—. Yo lo velaré y esta noche no tendremos más malos sueños.

Hizo un visible esfuerzo para calmarse y dijo:

—No sé cómo agradecerle la bondad que me ha dedicado esta noche, pero creo que es mejor que se vaya. Trataré de dormir; después de contárselo todo siento que me he quitado un peso de encima. Si algo queda del hombre que una vez fui, debo seguir luchando y plantar cara a la vida yo solo.

—Me iré, como desea —dije—, pero acepte mi consejo y no viva de manera tan solitaria. Busque la compañía de hombres y mujeres, viva entre ellos. Comparta sus alegrías y sus penas; le ayudará a olvidar. Esta soledad solo le hará enloquecer a fuerza de melancolía.

—Así lo haré —dijo, consciente a medias de ello, pues ya estaba cayendo dormido.

Bajo su mirada, me volví para irme. Ya había levantado la aldaba cando la solté, volví junto a la cama y le tendí la mano. Él se irguió hasta quedar sentado y me la aferró entre las suyas, y yo le deseé buenas noches y añadí, tratando de animarlo:

—¡Ánimo, hombre! Tiene usted un trabajo que hacer, Jacob Settle. ¡Puede usted vestir esas ropas blancas y cruzar las puertas de acero!

A continuación me marché.

Una semana más tarde encontré su *cottage* desierto, y cuando pregunté en su trabajo me dijeron que se había ido al norte, nadie sabía exactamente adónde.

Dos años después, pasé unos días visitando a mi amigo, el doctor Munro, en Glasgow. Era un hombre muy ocupado y no podía dedicarme mucho tiempo, así que yo dedicaba los días a hacer excursiones a los Trossachs, al Loch Katrine y al Clyde. El penúltimo día de mi estancia, volví a casa más tarde de lo previsto pero me encontré con que mi anfitrión no había llegado aún. La doncella me informó de que habían mandado recado del hospital para que fuera: un accidente en la explotación de gas, y de que la cena se había pospuesto una hora; así que, diciéndole que iría dando un paseo a buscar a su señor y luego volveríamos juntos, salí a la calle. En el hospital lo encontré lavándose las manos antes de regresar a casa. Por curiosidad, le pregunté qué había sucedido.

—Lo de siempre. Una cuerda podrida y vidas que no importan. Dos hombres estaban trabajando en un gasómetro cuando la cuerda que sujetaba su barquilla se rompió. Debió de suceder justo antes de la hora de la cena porque nadie se percató de su ausencia hasta que volvieron los trabajadores. En el fondo del gasómetro había siete pies de agua, así que esos desgraciados tuvieron que pelear para mantenerse a flote. Sin embargo uno ha sobrevivido, aunque apenas, porque hemos tenido que dar lo mejor de nosotros para que salga adelante. Por lo visto le debe la vida a su compañero. Nunca he visto mayor heroísmo. Nadaron mientras les duraron las fuerzas, pero al final estaban tan exhaustos que ni siquiera ver luces arriba y a los hombres que se descolgaban en su rescate les prestó energía. Pero uno de ellos se puso en pie en el fondo y sostuvo a su compañero sobre la cabeza, y esos pocos segundos supusieron la diferencia entre la vida y la muerte. Cuando los sacaron no ofrecieron una imagen grata de ver. Allá abajo el agua es como tinte púrpura a causa del gas y la brea. El que estuvo encima parecía bañado en sangre.

—¿Y el otro?

—Aún peor. Pero debió de poseer una noble naturaleza. Su lucha bajo el agua tuvo que ser horrible; se aprecia por el modo como la sangre huyó de sus extremidades. Verlo te hace creer en la idea de los estigmas. Se diría que una resolución tal es capaz de desatrancar las mismísimas puertas del cielo. Mire, amigo mío, aunque no es algo agradable de ver, en especial antes de la cena, pero usted es escritor y este un caso singular. He aquí algo que no querrá perderse, pues hay escasas probabilidades de que pueda encontrarse con algo igual en el futuro.

Mientras hablábamos me había conducido a la morgue del hospital. Sobre unas andas yacía un cadáver apretadamente envuelto en una sábana blanca.

—Parece una crisálida, ¿cierto? Si hay algo de verdad en el antiguo mito de que un alma es como una mariposa…, bueno, pues entonces la que salió de esta crisálida tuvo que ser un espécimen portentoso, que apresó toda la luz del sol en sus alas. Fíjese.

Descubrió la cara. Era horrible, ciertamente; como si la hubieran bañado en sangre. Pero reconocí de inmediato a Jacob Settle. Mi amigo bajó más la mortaja.

Las manos reposaban cruzadas sobre el pecho púrpura como si un alma bondadosa así las hubiera colocado reverentemente. Al verlas, el corazón me dio un vuelco de júbilo, al mismo tiempo que recordé su angustioso sueño. No había mácula alguna en aquellas humildes y valientes manos, ahora tan pálidas como la nieve.

Y supe que el mal sueño había llegado a su fin. Aquella noble alma se había ganado su paso a través de las puertas. Las manos no habían dejado mancha alguna en las ropas al ponérselas.

LAS ARENAS DE CROOKEN

(Crooken Sands)

El señor Arthur Fernlee Markam, que alquiló la que se conocía como la Casa Roja en el pueblo de Mains of Crooken, era un comerciante de Londres y, siendo básicamente *cockney*, consideró necesario antes de pasar las vacaciones de verano en Escocia, proveerse de un atuendo completo de cacique de las *Highlands*, como los que aparecían en las cromolitografías y en los teatros de variedades. Una vez había visto en el Empire al Gran Príncipe —en una representación de *El rey granuja*— provocar una gran ovación del público al aparecer vestido como el «MacSlogan de su pueblo» y cantar la famosa canción escocesa «There's neathing like haggis to mak a mon dry!», y se le había quedado grabado su aspecto pintoresco a la vez que aguerrido. De hecho, si las verdaderas expectativas del señor Markam a la hora de elegir Aberdeenshire como destino veraniego se hicieran públicas, descubriríamos que, en su imaginación, tras el paisaje del pueblecito de vacaciones se vislumbraba la colorida figura de MacSlogan de su pueblo. Sea como fuere, la suerte lo llevó a elegir Crooken Bay, al menos, por su belleza exterior. Se trata de un rincón adorable, entre Aberdeen y Peterhead, al pie del cabo rocoso donde los alargados y peligrosos arrecifes conocidos como Los Espolones penetran en el Mar del Norte. Entre ese lugar y Mains of Crooken —un pueblo bajo el cobijo de los acantilados situados al norte— se abre una pequeña bahía, abrazada por un cerco de dunas pobladas por millares de conejos. Cada extremo de la bahía cuenta con un promontorio rocoso, y cuando el amanecer o el ocaso iluminan las rocas de siena rojiza el efecto es encantador. El fondo de la bahía es de arena llana y el mar retrocede hasta gran distancia con la marea baja, descubriendo una tersa planicie de arena dura, salpicada de las estacas a las que fijan sus redes y nasas los pescadores de salmón. En una punta de la bahía hay un pequeño grupo o afloramiento de rocas cuyas cúspides asoman sobre la superficie en la marea alta, salvo cuando hace mal tiempo y quedan cubiertas por las olas. Con la marea baja

quedan expuestas por completo, hasta el punto donde surgen del lecho de la bahía, y he ahí, quizás, el único punto de la costa oriental donde la arena resulta peligrosa. Entre las rocas, separadas entre sí unos cincuenta pies, hay una pequeña franja de arenas movedizas, que, como sucede en Goodwins, solo es de temer cuando la marea está subiendo. Se prolonga por un lado hasta perderse mar adentro y por otro hasta la arena firme de la playa. En la ladera de la colina a continuación de las dunas, a mitad de camino entre Los Espolones y el puerto de Crooken, se encuentra la Casa Roja. Se erige en el centro de un sotillo de abetos que le prestan abrigo por tres de sus costados, dejando despejada la fachada, que mira al mar. Un jardincillo bien atendido y de estilo anticuado llega hasta la carretera, al otro lado de la cual parte un camino herboso, apto para vehículos ligeros, que lleva hasta la costa culebreando entre las dunas.

Cuando la familia Markam llegó a la Casa Roja al cabo de treinta y seis horas de zarandeo a bordo del Vapor de Aberdeen *Ban Righ*, procedente de Blackwall, con el consecuente tramo en tren hasta Yellon y las últimas doce millas en carruaje, todos coincidieron en que jamás habían visto sitio más bonito. Su opinión favorable resulta más valiosa si se tiene en cuenta que en aquel momento nadie de la familia, por variados motivos, veía con buenos ojos nada situado al otro lado de la frontera escocesa. Pese a que la familia era numerosa, la prosperidad de su negocio les había permitido toda clase de lujos, entre los que se incluía una amplia libertad a la hora de ataviarse. La frecuencia con que las chicas Markam renovaban sus vestidos era motivo de envidia para sus amistades a la vez que de regocijo para ellas.

Arthur Fernlee Markam no se había fiado de su familia a la hora de elegir su nuevo traje. No estaba seguro de no hacer el ridículo, o al menos de no ser objeto de sarcasmo, y siendo sensible a ese respecto creyó mejor esperar hasta encontrarse en el entorno propicio antes de sorprenderlos con todo el esplendor de sus ropas. Se había tomado serias molestias para asegurarse de que su traje de las *Highlands* tuviese todo lo que debía tener. Con tal fin efectuó no pocas visitas a The Scotch All-Wool Tartan Clothing Mart, negocio recientemente instalado en Copthall-court por los señores MacCallum More y Roderick MacDhu. Hizo preocupadas preguntas al presidente de la firma, MacCallum, como prefería que lo llamaran, no agradándole añadidos tales como «señor» o «don». El catálogo habitual de hebillas, botones, correas, broches y ornamentos de todo tipo fue examinado con atención y ojo crítico, hasta que al final dieron con una pluma de águila de dimensiones lo bastante majestuosas y el equipamiento quedó completo.

Solo cuando Markam vio todo el traje, en el que los vivos colores del tartán parecían sobrios en comparación con la multitud de accesorios de plata, los broches de cuarzo ahumado, la falda, la daga y la escarapela, quedó plena y absolutamente satisfecho con su elección. Había pensado en un primer momento en el tartán de los Royal Stuart, pero renunció a la idea cuando MacCallum le señaló que si se acercaba a los alrededores de Balmoral podría acarrearle complicaciones. MacCallum, quien, por cierto, hablaba con llamativo acento *cockney*, sugirió otras telas escocesas, pero una vez planteada la cuestión de lo acertado o no del estampado, el señor Markam previo dificultades si tenía la mala suerte de ir a parar a la región del clan cuyos colores hubiera usurpado. MacCallum propuso diseñar, a expensas de Markam, un estampado exclusivo que no coincidiera del todo con el de ningún tartán existente, si bien tomaría características de varios. El nuevo tartán se basó en el de los Royal Stuart, pero contenía guiños a la sencillez de diseño de los clanes Macalister y Ogilvie, y a la neutralidad de colorido de los clanes Buchanan, Macbeth, Chief of Macintosh y Macleod. Cuando enseñaron una muestra del tejido a Markam, este temió que para su familia resultara demasiado chillón, pero al comprobar el entusiasmo de Roderick MacDhu ante la belleza de la tela, no puso objeciones a que se usara para completar su atuendo. Opinó, y sabiamente además, que si a un escocés genuino como MacDhu le gustaba, debía estar bien; en especial si el socio más joven era de su misma altura y constitución. Cuando MacCallum recibió su cheque —que, por cierto, fue por una cantidad muy abultada—, dijo:

—Me he tomado la libertad de tejer algo más de esta tela, por si usted o algún amigo suyo la quiere.

Markam, complacido, respondió que le haría muy feliz que aquel hermoso tejido concebido entre los dos se hiciera popular, como estaba seguro de que acabaría sucediendo. El sastre podía elaborar y vender todo el que quisiera.

Markam se probó el traje una tarde en su oficina, cuando todos los secretarios ya se habían ido. El resultado le satisfizo, aunque también le asustó un poco. MacCallum había hecho bien su trabajo, y no faltaba nada que contribuyera a la dignidad marcial de quien portara aquellas ropas.

«El espadón y las pistolas no los llevaré de ordinario, claro está», se dijo Markam mientras se desvestía. Decidió que se pondría el traje por primera vez para desembarcar en Escocia; en consecuencia, la mañana en que el *Ban Righ* divisó el faro de Girdle Ness, a la espera de que subiera la marea para poder entrar en el puerto de Aberdeen, salió de su camarote luciendo todo el

colorido esplendor de su nuevo traje. El primer comentario que oyó provino de uno de sus propios hijos, que al principio no lo reconoció.

—¡Ahí tenemos a alguien importante! ¡Un gran escocés! ¡Por Dios, pero si es el viejo!

Y el niño salió corriendo y hundió la cara en un cojín del salón para ocultar las risas. Markam era un buen marinero y no había padecido los mecimientos del barco, así que su rostro, ya de natural rubicundo, se mostró todavía más rosado con el rubor que subió a sus mejillas al verse convertido en blanco de todas las miradas. Lamentó haberse precipitado, pues se percató, por el frío que sentía, que su alegre gorra Glengarry dejaba desnuda una amplia zona de su cabeza. No obstante, se enfrentó con valentía al grupo de desconocidos. No pareció molesto ni siquiera al oír algunos de los comentarios.

—Deslumbra mirarlo —dijo un *cockney* con un traje de llamativa tela escocesa.

—¡Hay que ser memo! —dijo un yanqui alto y delgado, pálido por el mareo, que pretendía instalarse por un tiempo todo lo cerca que pudiera de las puertas de Balmoral.

—¡Qué gran acierto! ¡Llenemos las copas de ponche; la ocasión bien lo merece! —dijo un joven oxoniense de camino a Inverness.

Como colofón, el señor Markam oyó a su hija mayor.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntaba mientras se acercaba corriendo por la cubierta, con el sombrero volando tras ella.

La joven presentaba síntomas de inquietud, después de que su madre le informara del aspecto del padre; pero cuando lo vio rompió inconscientemente en unas risas tan violentas que acabaron conduciéndola a un ataque de histerismo. Algo parecido les pasó a los demás hermanos. Después de que todos tuvieran oportunidad de verlo, el señor Markam se retiró a su camarote y envió a la doncella de su esposa a decir a los miembros de su familia que quería verlos de inmediato. Acudieron todos, ocultando lo que pensaban lo mejor que podían.

—Queridos míos —dijo él con toda la calma del mundo—, ¿no os concedo todos vuestros caprichos?

—Sí, padre —respondieron muy serios—. No se podría ser más generoso.

—¿No os permito vestiros como gustéis?

—Sí, padre —respondieron sumisos.

—En ese caso, queridos míos, ¿no pensáis que sería más agradable y cortés por vuestra parte no hacerme sentir incómodo, aunque yo decida vestir

de un modo que os puede parecer ridículo, pese a ser de lo más habitual en el país al que nos dirigimos?

No hubo más respuesta que la que dejaban de manifiesto sus cabezas gachas. Era un buen padre y lo sabían. Satisfecho, Markam prosiguió:

—Ahora id a divertiros. No volveremos a hablar de ello.

Él regresó a la cubierta y plantó cara con valentía a las burlas, que no pudo dejar de percibir, pese a que nada más se dijo al alcance de sus oídos.

El asombro y las chanzas que su atavío ocasionaron en el *Ban High* no fueron nada, sin embargo, comparados con lo que despertaron en Aberdeen. Los niños, los gandules y las mujeres cargadas con bebés que esperaban en el muelle siguieron *en masse* a los Markam hasta la estación; hasta los mozos de cuerda, con sus arreos anticuados y sus modernas carretillas, que aguardaban a los viajeros al pie de la pasarela de desembarco, los siguieron encantados. Por suerte el tren a Peterhead estaba a punto de partir, así que el martirio no se prolongó innecesariamente. En el vagón, el glorioso traje de las *Highlands* quedaba oculto a las miradas, y como en la estación de Yellon había poca gente allí todo marchó bien. Sin embargo, cuando el carruaje se acercaba a Mains of Crooken y los pescadores salieron corriendo a las puertas de sus casas a ver quién pasaba, la excitación superó todos los límites. Los niños agitaron sus gorras y echaron a correr tras el carruaje; los hombres dejaron abandonados los cebos y las redes y fueron tras ellos; y lo mismo hicieron las mujeres, después de echarse en brazos a los bebés. Los caballos estaban cansados después del largo viaje hasta Yellon y el trayecto de regreso, y la colina era empinada, así que la muchedumbre dispuso de todo el tiempo del mundo para congregarse e incluso adelantar a la familia.

A la señora Markam y a sus hijas mayores les habría encantado protestar o hacer algo en aras de aliviar su mortificación por la burla que veían en las caras que las rodeaban, pero el falso *Highlander* lucía una expresión de tan inamovible resolución que las asustaba un poco, así que guardaron silencio. Parecía como si la pluma de águila, pese a erguirse sobre la calva, como si el broche de cuarzo ahumado, pese a brillar sobre el hombro rechoncho, y el espadón, la daga y las pistolas, pese a colgar de la amplia panza y asomar de la media de lana que abrigaba una pantorrilla gordezuela, desplegaran todo su influjo como símbolos de marcialidad y terrorífico poder. Cuando el grupo llegó a la entrada de la Casa Roja, lo esperaba allí una multitud de vecinos de Crooken, con la cabeza descubierta y en respetuoso silencio; el resto del pueblo trepaba esforzadamente la colina. Solo un sonido rompió el silencio, una profunda voz masculina que exclamó:

—¡Vaya! ¡Solo le falta la gaita!

Los criados habían llegado con varios días de antelación y todo se hallaba dispuesto. La perspectiva de una buena comida después del largo y desagradable viaje hizo que toda la mortificación consecuencia del aborrecible traje quedara olvidada.

Por la tarde Markam, aun con su atuendo al completo, salió a pasear por Mains of Crooken. Fue él solo porque, por extraño que parezca, su mujer y sus dos hijas estaban mareadas por el viaje y, según le dijeron, habían tenido que tumbarse un rato para reponerse. Su hijo mayor, que aseguraba tener edad suficiente, había ido a explorar los alrededores por su cuenta, y a uno de los pequeños no hubo forma de encontrarlo. El otro, después de que le dijeran que su padre lo buscaba para salir a dar un paseo, se las había apañado para caer —por accidente, claro está— en el tonel de agua, y hubo que secarlo y volver a vestirlo; hallándose toda su ropa en las maletas, y estas todavía sin deshacer, era imposible que estuviera listo a tiempo.

El señor Markam no acabó de disfrutar del paseo. No tuvo oportunidad de conocer a ningún vecino. No fue porque no hubiera nadie por allí, puesto que cada casa y *cottage* parecían repletos, sino que la gente se mantenía a considerable distancia por detrás de él, oculta en los portales, o por delante, en el camino, sin permitirle alcanzarla. Cuando pasaba ante las casas los veía asomar los ojos tras el marco de ventanas y puertas. Su único encuentro nada tuvo de gratificante. Lo mantuvo con un viejo de pinta extraña, al que rara vez se le oía pronunciar palabra, salvo para decir «amén» en el templo. Su única ocupación parecía ser la de esperar ante la ventana de la oficina de correos desde las ocho de la mañana hasta la una, cuando llegaban las sacas de correspondencia, tras lo que acarreaba la destinada al cercano castillo del barón. El resto de la jornada la pasaba en un banco en un rincón ventoso del puerto, donde se arrojaban los menudillos del pescado, los cebos defectuosos y la basura de las casas, y donde los patos acostumbraban a montar una algarabía continua.

Cuando Saft Tammie lo vio acercarse alzó la vista, que habitualmente mantenía fija en la nada, más allá de la carretera que pasaba frente a su banco. Se puso en pie de un brinco y alzó la mano en gesto admonitorio, diciendo:

—«Vanidad de vanidades, dijo el pastor. Todo es vanidad». ¡Considérate advertido! «Mira los lirios del campo, no hilan ni tejen su atuendo, pero ni Salomón, en toda su gloria, vestía como ellos». ¡Escucha! ¡Escucha bien! Tu vanidad es como la de las arenas movedizas que engullen todo cuanto se pone a su alcance. ¡Cuídate de la vanidad! ¡Cuídate de las arenas movedizas, que

abren sus fauces para ti y que te acabarán engullendo! ¡Ten cuidado! ¡Aprende de tu vanidad! Encuéntrate contigo mismo, cara a cara, y descubrirás el mortífero poder de tu vanidad. ¡Descúbrelo, conócelo y arrepiéntete antes de que las arenas movedizas te engullan!

A continuación, sin decir más, volvió a sentarse en su banco, tan quieto e inexpresivo como antes.

Markam no pudo evitar sentirse molesto por la diatriba. Si hubiera provenido de un loco, no le habría concedido importancia, considerándola nada más que una muestra del excéntrico humor escocés o simple insolencia, pero la seriedad del mensaje —porque eso era precisamente lo que parecía— hacía imposible esa lectura. No obstante, estaba resuelto a no creer que estaba haciendo el ridículo, y aunque en el tiempo que llevaba en Escocia aún no había visto nada que ni siquiera se pareciera a un *kilt*, decidió seguir usando su traje de las *Highlands*. Cuando, menos de media hora después, volvió a casa, se encontró con que, a pesar de los dolores de cabeza, todos los miembros de su familia habían salido a pasear. Aprovechando su ausencia, se encerró en el vestidor, se cambió el traje de las *Highlands* por otro de franela, fumó un cigarro y echó una cabezada. Le despertó el ruido de su familia al volver; se puso de nuevo el traje escocés y se presentó en el salón para tomar el té.

Por la tarde no volvió a salir, pero después de cenar se puso otra vez el traje —naturalmente, se había vestido para la cena, como de costumbre— y fue a dar un paseo él solo hasta la costa. Para entonces había llegado a la conclusión de que tendría que acostumbrarse poco a poco al traje de las *Highlands* antes de convertirlo en su atuendo de ordinario. Había luna, así que siguió sin dificultad el sendero entre las dunas, y poco después se vio en la costa. La marea estaba baja y la arena de la playa tan firme como roca; continuó hacia el sur hasta casi llegar al extremo de la bahía. Allí llamaron su atención dos rocas aisladas, a poca distancia del borde de las dunas, y se encaminó hacia ellas. Cuando alcanzó la más cercana, trepó a ella, y, sentado allí, a quince o veinte pies por encima de la planicie arenosa, admiró la vista, encantadora y pacífica. La luna asomaba tras el cabo de Pennyfold y su luz comenzaba a iluminar el vértice más alejado de Los Espolones, a unos tres cuartos de milla; las demás rocas estaban sumidas en sombras. A medida que la luna se elevó sobre el cabo, primero Los Espolones y a continuación la playa quedaron iluminados.

El señor Markam pasó un buen rato sentado, contemplando el ascenso de la luna y la creciente área iluminada. Después se volvió hacia el este y apoyó

la barbilla en la mano, mirando al mar; se recreó en la paz, la belleza y la libertad que la escena le transmitía. El estruendo de Londres —la lobreguez, la pelea continua y la fatiga propias de la vida londinense— parecían haber quedado atrás; disfrutaba ahora de una vida mejor, más libre. Observó el agua destellante a medida que esta progresaba por la llanura arenosa, acercándose poco a poco, de modo casi imperceptible: la marea había empezado a subir. Poco después oyó un grito procedente de la lejana de la playa.

«Son los pescadores, llamándose entre ellos», se dijo mirando alrededor. Se deslizó entonces una nube por delante de la luna y Markam sufrió un gran sobresalto, porque, pese a la repentina oscuridad que lo cubrió, se vio a sí mismo. Por un instante, en la cumbre de la roca de enfrente, vio la nuca de su cabeza calva y la gorra Glengarry con la inmensa pluma de águila. Trastabilló y acabó por resbalar, se deslizó hacia la franja de arena entre las dos rocas. No se angustió, pues hasta la arena solo había una caída de unos pocos pies, y su cabeza seguía ocupada con aquel reflejo o simulacro de sí mismo, que ya había desaparecido. Se frenó y, considerándolo el modo más rápido de alcanzar *terra firma*, se dispuso a salvar de un salto la distancia que quedaba hasta el suelo. Todo lo anterior sucedió en menos de un segundo, pero el cerebro trabaja rápido, y cuando se preparaba para saltar vio que la marmórea superficie de arena se agitaba y desplazaba de modo extraño. Le embargó un miedo repentino; le fallaron las rodillas y en lugar de saltar resbaló patéticamente roca abajo, despellejándose las piernas desnudas. Sus pies tocaron la arena, que cedió como si fuera agua, y antes de darse cuenta de que había caído en arenas movedizas ya se había hundido hasta las rodillas. Desesperado, se aferró a la roca para evitar seguir hundiéndose; por suerte, había un saliente o borde al que pudo agarrarse. Se colgó de él, angustiado. Trató de gritar pero le faltaba aliento, y solo al cabo de grandes esfuerzos pudo hacer oír su voz. Gritó una vez más y fue como si el sonido de su voz le diera coraje, porque resistió aferrado a la roca más tiempo del que creía posible, pese a la ayuda de la desesperación ciega. Empezaba, no obstante, a sentir que sus fuerzas cedían cuando, ¡gracias a Dios!, uno de sus gritos fue respondido por una voz ronca proveniente de encima de él.

—¡Gracias a Dios, no llego tarde! —Un pescador con botas altas apareció a la carrera sobre la roca. Le bastó un instante para percibir la gravedad de la situación y gritando—: ¡Cójase fuerte, amigo! ¡Ya llego! —Se deslizó con cuidado en busca de un punto donde apoyar los pies. Sosteniéndose de la roca con una poderosa mano, se inclinó, atrapó la muñeca de Markam y gritó—: ¡Agárrese a mí, amigo! ¡Agárrese con las dos manos!

Ayudándose de su propio peso, tiró con fuerza y constancia hasta sacarlo de las voraces arenas movedizas y dejarlo a salvo sobre la roca. Sin concederle un instante para recuperar el aliento, a fuerza de tirones y empujones lo sacó de la roca y, sin despegarse de él ni un momento, lo llevó hasta la playa, donde depositó a un Markam todavía tembloroso por el peligroso trago. Rompió entonces a hablar.

—¡Amigo! He llegado por los pelos. Si no llego a estar atento a insensatos como usted y echar a correr nada más verlo, ya se habría hundido hasta las entrañas de la tierra para quedarse allí. Wully Beagrie pensaba que era usted un fantasma, y ¡Tom MacPhail juraba que un duende de cuento! «¡No!» dije yo. «Solo es ese tonto inglés, el loco escapado del museo de cera». Pensé que siendo usted extranjero y necio, si no estúpido del todo, no sabría lo peligrosas que son las arenas movedizas. Pegué gritos para advertirle y eché a correr para sacarlo de allí, si hacía falta. Pero gracias a Dios, sea usted un necio o alguien al que la vanidad le ha comido el seso, llegué a tiempo —dijo, y concluyó alzándose el sombrero en gesto reverente.

El señor Markam estaba de lo más conmovido y agradecido tras escapar de una muerte horrible, pero la acusación de vanidad de la que una vez más era objeto le hizo olvidar su humildad. A punto estaba de responder enojado, cuando lo embargó un gran miedo, al recordar las palabras de advertencia del cartero medio loco: «Encuéntrate contigo mismo, cara a cara, y arrepiéntete antes de que las arenas movedizas te engullan».

Recordó también la imagen de sí mismo, visión a la que había seguido el casi mortal episodio en las arenas movedizas. Guardó silencio durante todo un minuto, tras lo que dijo:

—Amigo mío, le debo la vida.

El robusto pescador respondió con reverencia.

—¡Nada, nada! Se la debe a Dios. Yo me contento con haber sido el humilde instrumento de Su misericordia.

—Pero me permitirá usted que se lo agradezca —dijo el señor Markam, tomando las manazas de su salvador entre las suyas y apretándolas con fuerza —. Mi corazón aún no se ha recuperado y los nervios no me permiten hablar mucho, pero, créame, ¡le estoy muy muy agradecido!

Saltaba a la vista que el pobre hombre se sentía de veras conmovido; le corrían lágrimas por las mejillas.

—Sí, señor —dijo el pescador, con cortesía ruda pero sincera—, deme las gracias si quiere, si eso le hace sentir mejor. Si me hubiera pasado a mí,

también estaría agradecido. Pero, señor, a mí no tiene que darme las gracias. Estoy bien como estoy.

Que Arthur Fernlee Markam estaba agradecido y era generoso quedó demostrado más tarde. Una semana después arribó a Port Crooken la mejor barca de pesca que se hubiera visto jamás en Peterhead. Estaba totalmente aparejada con velas y pertrechos de toda clase, además de contar con redes de primera. El capitán y la tripulación se fueron en diligencia, tras hacer entrega a la mujer del pescador de salmones de la documentación que lo convertía en propietario de la lancha.

Mientras el señor Markam y el pescador caminaban por la costa, aquel pidió a su acompañante que no dijera a nadie que había estado cerca de la muerte, ya que eso asustaría a su querida esposa y a sus hijos. Dijo que él mismo se ocuparía de advertirlos de las arenas movedizas, razón por la que hizo preguntas al pescador hasta recabar toda la información posible al respecto. Antes de despedirse, preguntó a su acompañante si, cuando corría en su auxilio, había llegado a ver a una segunda persona, vestida igual que él, encima de la otra roca.

—¡No, no! —respondió el pescador—. No hay otro necio semejante por estos lares. Ni lo ha habido desde los tiempos de Jamie Fleeman, quien fue bufón del señor de Udny. ¡Vamos, hombre! Vestimenta como la suya no se ha visto en estas tierras desde que tengo yo memoria. Y me parece a mí que esos trajes nunca fueron para sentarse en la piedra desnuda, como hizo usted. ¡Pero, hombre! ¿No le dan miedo el reumatismo y la lumbalgia, que se sienta usted en la piedra helada con las carnes al desnudo? ¡Cuando lo vi esta mañana en el puerto, ya pensé que era usted un memo, pero hay que ser necio o un completo idiota para ir así vestido a la playa!

El señor Markam no se molestó en discutirlo, y como estaban tan cerca de su casa invitó al pescador a tomar una copa de *whisky*, que este aceptó, tras lo que se despidieron. Tuvo buen cuidado de advertir a toda su familia sobre las arenas movedizas, diciéndoles que él mismo se había visto en apuros.

No durmió en toda la noche. Una tras otra, oyó tocar las horas, pero no encontraba forma de conciliar el sueño. Revivía interminablemente el horrible episodio de las arenas movedizas, comenzando por el momento en que Saft Tammie había roto su habitual silencio para predicar sobre el pecado de la vanidad y advertirlo al respecto. No cesaba de repetirse la misma pregunta: «¿Soy tan vanidoso como para que se me considere un necio?», y la respuesta se presentaba cada vez con las palabras del profeta loco: «“¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad”. Encuéntrate contigo mismo, cara a cara, y

arrepiéntete antes de que las arenas movedizas te engullan». El funesto convencimiento de que acabaría pereciendo en aquellas mismas arenas movedizas cobró forma en su mente, pues ya se había encontrado consigo mismo, cara a cara.

Con la grisura del amanecer comenzó a cabecear, pero quedó claro que seguía dando vueltas a la cuestión en sueños, pues su mujer lo despertó diciéndole:

—¡Duerme en silencio! Ese dichoso traje de las *Highlands* te ha comido el seso. No hables en sueños, si es que puedes evitarlo.

Él tuvo una sensación grata, como si le hubieran librado de un peso terrible, pero desconocía cuál y por qué razón. Preguntó a su mujer qué era lo que decía en sueños.

—Lo has repetido bastantes veces —respondió—, bien lo sabe Dios, como para que se me olvide. «¡Cara a cara no! ¡Vi la pluma de águila sobre la calva! ¡Hay esperanza todavía! ¡Cara a cara no!». ¡Duérmete! ¡Vamos!

Y pudo entonces dormir, sabiendo que la profecía del loco aún no se había cumplido. Pese a todo lo sucedido, no se había encontrado consigo mismo cara a cara.

Lo despertó temprano una doncella que entró a anunciarle que en la puerta había un pescador que deseaba hablar con él. Se vistió todo lo rápido que pudo —todavía no tenía práctica con el traje de las *Highlands*— y se apresuró a bajar, no queriendo hacer esperar al pescador de salmones. Quedó sorprendido, y para nada satisfecho, cuando se encontró con que el visitante no era otro que Saft Tammie, que abrió fuego de inmediato.

—Tenía que ir a esperar el correo, pero he pensado dedicarle un rato a usted, y venirme para acá para ver si sigue siendo el mismo loco vanidoso de la otra noche. Y veo que no ha aprendido la lección. ¡Se acerca la hora! ¡No lo dude! Pero por las mañanas yo tengo todo el tiempo del mundo, así que andaré vigilando, hasta ver cómo se mete por su propio pie en las arenas movedizas, y de ahí directo al infierno. Estoy libre hasta la hora de trabajar.

Y de la misma se fue, dejando al señor Markam fuera de quicio, pues las doncellas, que lo habían oído todo, intentaban en vano ocultar sus risitas. Había decidido que ese día se pondría ropa ordinaria, pero la visita de Saft Tammie le hizo cambiar de idea. Les demostraría a todos que no era un cobarde, y se atendría a su plan inicial de vestir el traje de las *Highlands*, pasara lo que pasara. Cuando bajó a desayunar llevando la panoplia marcial al completo, todos sus hijos agacharon la cabeza y su nuca enrojeció. Como, no obstante, ninguno llegó a reírse —salvo Titus, el más pequeño, que sufrió un

ataque de risa histérica que casi lo asfixió, y por el que se ganó que lo enviaran de inmediato a su cuarto— no tuvo ocasión de reprobarlos, sino que cascó su huevo pasado por agua con actitud severa. Fue culpa de la mala suerte que cuando su mujer le tendía una taza de té, uno de los botones de la manga del traje se enganchara en un lazo de su bata, con el resultado de que el té caliente acabó derramado sobre las piernas desnudas del señor Markam. De forma no del todo carente de lógica, hizo uso de su espadón, mientras su esposa, molesta, le decía:

—Arthur, si te empeñas en hacer el idiota con ese traje ridículo, ¿qué esperas que suceda? No estás acostumbrado a llevarlo, ¡y no lo estarás nunca!

Markam se dispuso a replicar indignado pero no pasó de decir: «¡Señora mía!», pues ahora que habían abordado el tema, la señora Markam estaba resuelta a soltar todo lo que tenía que decir. Y lo que tenía que decir no resultó agradable, y, siendo sinceros, tampoco fue dicho de manera agradable. Los modos de una esposa rara vez son amables cuando resuelve decir a su marido unas cuantas «verdades». El resultado fue que Arthur Fernlee Markam tomó la decisión, en aquel mismo instante y de manera inamovible, de que, mientras durara su estancia en Escocia, no vestiría otro traje más que el que ella acababa de injuriar. Como es costumbre de las mujeres, su esposa tuvo la última palabra, acompañada en este caso de lágrimas.

—¡Muy bien, Arthur! Por supuesto, harás lo que te plazca. Déjame en ridículo todo lo que puedas y arruina las oportunidades de tus pobres hijas en la vida. ¡A los jóvenes no les preocupa, por lo general, tener un suegro idiota! Pero debo advertirte de que tu vanidad te traerá algún día un gran disgusto, si es que para entonces no estás en un manicomio o muerto.

Al cabo de pocos días quedó manifiesto que el señor Markam tendría que disfrutar de la mayor parte de sus paseos en solitario. De cuando en cuando las chicas salían a caminar con él, sobre todo a primera hora de la mañana o cuando ya se había hecho de noche, o en los días de lluvia, cuando no había nadie por los alrededores; ellas aseguraban estar deseosas de salir a todas horas, pero cuando llegaba el momento siempre surgía algo que se lo impedía. En tales ocasiones nunca había forma de dar con los chicos, y en cuanto a la señora Markam, se negaba tozudamente a salir con él, bajo ningún concepto, mientras su marido siguiera empeñado en hacer el ridículo. El domingo se vistió de paño negro, convencido, y con razón, de que la iglesia no era lugar para sentimientos negativos; pero el lunes por la mañana volvió a ponerse su traje de las *Highlands*. A esas alturas le habría gustado que nunca se le hubiera ocurrido lo del traje, pero su obstinación británica era poderosa y no

estaba resuelto a ceder. Saft Tammie se presentaba en su casa cada mañana y, al no poder verlo ni dejarle ningún mensaje, volvía a aparecer por la tarde, después de entregar la saca del correo, y se quedaba esperando a que saliera a pasear. Nunca dejaba entonces de advertirle sobre su vanidad empleando las misma palabras que usó la primera vez. Bastaron unos pocos días para que el señor Markam lo viera como una plaga.

A finales de aquella semana, la soledad forzosa, la desazón constante y la sensación de amenaza producida por esta consiguieron hacer sentir mal al señor Markam. Era demasiado orgulloso como para confiar su angustia a su familia, que, en opinión de él, lo había tratado mal. No dormía bien por las noches y, cuando conseguía conciliar el sueño, lo fustigaban continuas pesadillas. Para convencerse de que no le flaqueaba el ánimo, adoptó la costumbre de ir a las arenas movedizas al menos una vez al día, casi siempre a última hora; era lo último que hacía, cuando ya había anochecido. Puede que fuera ese hábito lo que hizo presentes de semejante modo en sus sueños las arenas movedizas y el casi mortal episodio vivido en ellas. Los sueños fueron haciéndose más y más vívidos, hasta el extremo de que, a veces, cuando se despertaba, le costaba creer que no hubiera estado de veras, en carne y hueso, en el mortífero emplazamiento. Pensaba a veces si no sufría sonambulismo.

Una noche el sueño fue tan vívido que al despertar no podía aceptar que hubiera sido nada más que eso: un sueño. Abrió y cerró los ojos varias veces, pero cada vez, la visión, si de una visión se trataba, o la realidad, si es que de la realidad se trataba, volvía a aparecer ante él. La luna llena brillaba amarillenta sobre las arenas movedizas mientras él se acercaba a estas; la extensión iluminada se mecía y agitada, recorrida por sombras, cada vez que la arena líquida temblaba, se estremecía, se fruncía y formaba remolinos, entre pausas marmóreas. Cuando se acercó, alguien más lo hizo desde el extremo opuesto, con zancadas idénticas a las suyas. Se reconoció a sí mismo, y presa de un terror mudo, impulsado por una fuerza desconocida, siguió avanzando, hechizado como un pájaro por una serpiente, fascinado o hipnotizado, al encuentro de su otro yo. Cuando sintió la mórbida arena cerrarse sobre él, la proximidad de la muerte le hizo despertar temblando de miedo y, por extraño que resulte, con la profecía del tonto del pueblo resonando en su cabeza: «“¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad”. ¡Encuéntrate contigo mismo, cara a cara, y arrepiéntete antes de que las arenas movedizas te engullan!».

Tan seguro estaba de que no había sido un sueño que se levantó, pese a lo temprano de la hora, se vistió teniendo cuidado de no despertar a su mujer, salió de casa y se encaminó a la costa. El alma se le cayó a los pies cuando se topó con un rastro de huellas en la arena, que reconoció como las suyas. Allí estaban el mismo talón ancho y la misma puntera cuadrada; ahora no le cabía duda de que, en efecto, había estado allí, y a medias horrorizado, a medias presa de un aturdido estupor, siguió las huellas hasta descubrir que se perdían al borde las mórbidas arenas movedizas. Le causó esto una fuerte impresión, pues no había huellas en el sentido opuesto, y sintió que allí residía un horrible misterio que no alcanzaba a discernir, y cuyo intento de escrutinio, temió, lo destruiría.

En semejante estado de cosas, Markam tomó dos decisiones equivocadas. En primer lugar se guardó el problema para sí, y como nadie de su familia sospechaba nada al respecto, cualquier palabra o comentario inocente que pronunciaran representaba leña adicional que alimentaba el devorador fuego de su imaginación. En segundo lugar, empezó a leer libros que le ayudaran a penetrar los misterios del sueño y de los fenómenos mentales, con el resultado de que cada delirio de cada filósofo excéntrico o medio loco se convertía en un germen viviente de inquietud que abonaba su cerebro perturbado. Para bien o para mal, todo parecía confluir hacia un único fin posible. Entre los motivos de su inquietud, y no el menor, se hallaba Saft Tammie, que a aquellas alturas se había convertido en una presencia constante ante la puerta de la casa a ciertas horas del día. Al cabo de un tiempo, sintiendo interés por el pasado de semejante individuo, hizo indagaciones.

Era creencia extendida que Saft Tammie era hijo de un terrateniente de uno de los condados alrededor de Firth of Forth. Había empezado a estudiar para el sacerdocio pero, por causas que todos desconocían, abandonó sus planes de modo repentino, se trasladó a Peterhead, en los tiempos en que era una localidad próspera gracias a la caza de la ballena, y se enroló en un ballenero. Pasó varios años navegando, volviéndose poco a poco de hábitos silenciosos, hasta que sus compañeros acabaron protestando por lo taciturno de su carácter, y él se buscó otro trabajo en las lanchas de pesca de la flota del norte. Se dedicó durante muchos años a la pesca, siempre con fama de ser «especial», hasta que terminó por instalarse en Crooken, donde el terrateniente local, conocedor sin duda de su historia familiar, le buscó un trabajo que, en la práctica, hacía de él un pensionista. El clérigo que le proporcionó esta información concluyó añadiendo:

—Es muy raro; es como si ese hombre tuviera un don extraño. No sé si es el «sexto sentido» al que los escoceses son tan propensos u otra forma particular de percepción, pero aquí no sucede ningún desastre sin que los que viven con él afirmen haberle oído decir previamente algo a modo de predicción. Se inquieta o excita, o más bien revive, cuando ronda la muerte.

Esto ni mucho menos amainó la preocupación del señor Markam, sino que, al contrario, grabó más profundamente la profecía en su cabeza. De todos los libros que leyó sobre su nuevo tema de interés, ninguno despertó más su atención que uno alemán titulado *Die Döppleganger*, del doctor Heinrich von Aschenberg, natural de Bonn. Gracias a ese libro tuvo noticia de casos de hombres que habían vivido una doble existencia, cada parte de sí mismo escindida de la otra, un cuerpo con un espíritu por un lado, y un simulacro con su propio espíritu por otro. Huelga decir que al señor Markam le pareció que esa teoría se ajustaba plenamente a su caso. El vislumbre de sí mismo, de espaldas, la noche en que escapó de la muerte, sus huellas desapareciendo en las arenas movedizas sin asomo de huellas en el sentido contrario, la profecía de Saft Tammie acerca de encontrarse con él mismo y perecer en las arenas, todo le llevaba a concluir que era un caso de *döppleganger*. Una vez surgida la idea de una doble vida, tomó medidas para demostrar su existencia. Una noche, antes de acostarse, escribió su nombre con tiza en las suelas de sus zapatos. Esa noche misma soñó que acudía a las arenas movedizas, de forma tan vívida que cuando despertó con la grisura del amanecer no pudo creer que no hubiera estado allí en realidad. Se levantó, sin despertar a su mujer, y comprobó los zapatos.

Su firma continuaba allí, inalterada. Se vistió y salió de casa sigilosamente. Esta vez la marea estaba alta, así que cruzó las dunas y llegó a la costa por el extremo más alejado de las arenas movedizas. ¡Horror de los horrores! ¡Sus propias huellas se extinguían en el abismo!

Regresó a casa alicaído y desesperado. Le parecía increíble que él, un hombre mayor, comerciante, que había vivido una vida larga y anodina, dedicado a su negocio, en el seno de la estruendosa y práctica ciudad de Londres, se viera atrapado de pronto en una telaraña de misterio y horror, y que descubriera que llevaba dos existencias. No podía compartir su problema ni siquiera con su mujer, pues sabía bien que ella exigiría de inmediato los detalles sobre esa segunda vida, de la que ella lo ignoraba todo, y que eso la llevaría a acusarlo de toda clase de infidelidades. Su preocupación no cesaba de aumentar.

Una noche —la marea estaba alta y la luna llena— se encontraba él sentado esperando a que le sirvieran la cena cuando la doncella le avisó de que Saft Tammie estaba armando un pequeño alboroto fuera porque no le dejaban entrar a verlo. Markam estaba indignado, pero no quería que la doncella pensara que tenía miedo, así que dijo que lo hiciera pasar. Tammie entró con más brío que nunca: la cabeza erguida y una mirada resuelta en sus ojos habitualmente gachos.

—Vengo a verte otra vez —dijo nada más entrar—, y ahí estás sentado, como una cacatúa en su percha. Bueno, hombre, pues te perdono. Acuérdate bien: yo te perdono.

Y sin decir una palabra más, dio media vuelta y abandonó la casa dejando a Markam mudo de indignación.

Después de la cena decidió hacer otra visita a las arenas movedizas; no estaba dispuesto a reconocer ni siquiera ante sí mismo que le asustaba ir. Cerca de las nueve, con su traje al completo, se dirigió a la playa, atravesó la arena y tomó asiento al borde de la más cercana de las dos rocas. Tenía la luna llena a su espalda y el brillo iluminaba la bahía resaltando la franja de espuma, la silueta negra del cabo y las estacas de las redes para salmones. Entre el brillo amarillento, titilaban como estrellas las luces en las ventanas de Port Crooken y en el distante castillo. Permaneció largo rato allí sentado, sumido en la belleza del lugar, y su alma recobró la paz que durante tantos días le había sido ajena. Todas las insignificantes molestias causadas por sus tontos miedos se esfumaron, y una calma bienvenida fue a ocupar su lugar. Con ese nuevo estado de ánimo, grato y solemne, se replanteó cuanto había hecho recientemente, y se avergonzó por su vanidad y la obstinación con que se había aferrado a ella. Tomó entonces la decisión de que aquella sería la última vez que llevaría el traje que lo había distanciado de las personas a las que amaba, y que le había acarreado tantas horas, tantos días, de desazón, ofensa y dolor.

Pero nada más llegar a esta conclusión otra voz le habló y le preguntó, burlona, si alguna vez volvería a tener oportunidad de ponerse el traje, y le dijo que era demasiado tarde, que ya había tomado una decisión antes y debía ceñirse a ella.

«No es demasiado tarde», fue la rápida respuesta de su lado positivo; y convencido se levantó para volver a casa y despojarse de inmediato de aquel traje que ahora le parecía detestable. Se detuvo a dirigir otro vistazo al bello escenario. La luz, pálida y tersa, suavizaba los perfiles de las rocas, los árboles y los tejados, oscurecía las sombras hasta un negro aterciopelado e

iluminaba, como una suave llama, la marea, que había comenzado a subir y cuya cenefa se aproximaba por la llanura arenosa. Abandonó la roca y se encaminó a la costa.

Pero lo sacudió entonces un espasmo de horror, y por un instante la sangre que se le agolpó en la cabeza extinguió la luz de la luna. Una vez más, veía la fatal imagen de sí mismo, en este caso acercándose a las arenas movedizas desde la roca de enfrente. La impresión fue mayor por el contraste con la paz pasajera de la que acababa de disfrutar, y se quedó plantado, mirando la fatal imagen y las arenas movedizas entre ellos, arenas que se arrugaban, se deslizaban, se retorcían, ansiosas. Esa vez no había lugar a error, porque aunque la luna, situada tras su réplica, dejara el rostro de este en sombra, Markam vio unas mejillas lampiñas, como las suyas, y el mismo bigote achaparrado, resultado de semanas sin recortarlo.

La luz iluminaba el esplendoroso tartán y la pluma de águila. También resplandecía el lado desnudo de la calva, a un costado de la gorra Glengarry, al igual que el broche de cuarzo ahumado en el hombro y los botones de plata. Mientras miraba, sintió que sus pies empezaban a hundirse, pues todavía estaba cerca de las arenas movedizas, y retrocedió unos pasos. Al mismo tiempo, el otro dio unos pasos hacia delante, de modo que la distancia que mediaba entre ellos siguió siendo la misma.

Quedaron uno frente al otro, como presas de una extraña fascinación, y entre el zumbido de la sangre que circulaba por su cerebro Markam oyó las palabras de la profecía: «Encuéntrate contigo mismo, cara a cara, y arrepiéntete antes de que las arenas movedizas te engullan». Estaba cara a cara consigo mismo, se había arrepentido, ¡y se estaba hundiendo en las arenas movedizas! La advertencia y la profecía se hacían realidad.

Las gaviotas chillaban por encima de él, sobrevolando en círculos el límite en movimiento de la marea, y lo terrenal del sonido lo hizo volver en sí. Rápidamente, retrocedió unos pasos más, pues solo sus pies se habían hundido todavía. El otro caminó hacia delante, y al ponerse al alcance de mortal abrazo de las arenas movedizas comenzó a hundirse. Para Markam fue como si se viera morir a sí mismo, y la angustia que le atenazaba el alma halló desahogo en forma de un terrible grito. De manera instantánea, el mismo grito llegó, precedente del otro, y cuando Markam extendió los brazos, lo mismo hizo el otro. Horrorizado, lo vio hundirse más profundamente en las arenas movedizas y a continuación, impelido por aquel poder desconocido, avanzó de nuevo para afrontar su destino. Pero cuando sus pies empezaron a hundirse otra vez, oyó de nuevo los chillidos de las gaviotas, que le hicieron recobrar el

control de sí mismo. Con un portentoso esfuerzo arrancó sus pies de las arenas movedizas que los aferraban, perdiendo un zapato en la labor, y después, presa del pánico, huyó de allí, sin detenerse hasta que se quedó sin aliento ni fuerzas, y se derrumbó, medio desvanecido, en el sendero herboso entre las dunas.

Arthur Markam decidió no contar nada a su familia de aquella espantosa aventura, al menos hasta no haberse repuesto por completo. Ahora que el doble fatal —su otro yo— había sido tragado por las arenas movedizas, él recuperó su antigua paz mental, o algo similar a aquella.

Esa noche durmió profundamente y sin soñar nada, y por la mañana volvía a ser el mismo de siempre. Parecía que su nuevo y anómalo yo había desaparecido de manera definitiva, y, lo que era asimismo extraño, Saft Tammie no se presentó esa mañana ante la puerta de la casa ni volvió a hacerlo nunca, sino que regresó a su sitio de antaño, donde miraba al vacío con la mirada vidriosa. De acuerdo a su resolución, Markam no volvió a ponerse el traje de las *Highlands*; una noche hizo un atado con él, incluyendo el espadón, la daga, la falda y todo lo demás, y, sacándolo a escondidas de casa, lo tiró a las arenas movedizas, que se cerraron sobre él y seguidamente recuperaron la tersura marmórea. A continuación regresó a casa y, regocijado, se dirigió a toda su familia, reunida para las oraciones vespertinas.

—Queridos míos, os alegrará saber que he renunciado a la idea de vestir el traje de las *Highlands*. Me doy cuenta ahora de lo vanidoso y necio que he sido y del ridículo que he hecho. Nunca más volveréis a verlo.

—¿Dónde está, padre? —preguntó una de las chicas, deseosa de decir algo para que el sacrificio de su padre no encontrara solo silencio por respuesta. La contestación le fue dada con tanta dulzura que la chica se puso en pie para besar a su padre.

—¡En las arenas movedizas! —fue la respuesta—. Y confío en que mi lado anómalo también esté enterrado allí, para siempre jamás.

La familia disfrutó de su estancia en Crooken durante el resto del verano, y a su regreso a la ciudad el señor Markam casi había olvidado todo lo tocante a las arenas movedizas, hasta que un día recibió una carta de MacCallum More que lo dejó muy perplejo, aunque no dijo nada a su familia y, por diversas razones, nunca la respondió. Decía como sigue:

MacCallum More & Roderick MacDhu
The Scoth All-Woll Tartan Clothing Mart
Copthall Court, E. C.,

30 de septiembre de 1892

Muy señor mío:

Confío en que disculpe la libertad que me tomo al escribirle, pero necesito cierta información y me han informado de que ha pasado usted el verano en Aberdeenshire (Escocia, N. B.). Mi socio, el señor Roderick MacDhu —por razones comerciales, así es como figura en nuestras tarjetas y nuestra publicidad, aunque su nombre real es Emmanuel Moses Marks y es natural de Londres— partió a principios del pasado mes hacia Escocia (N. B.) con intención de realizar un *tour* por el país, pero habiendo sabido nada más que una vez de él, poco después de su partida, me preocupa que pudiera haberle acaecido alguna desgracia. Tras no haber conseguido ninguna noticia de él al cabo de mis averiguaciones, me atrevo a recurrir a usted. Su carta reflejaba un profundo abatimiento y mencionaba el temor a que un castigo hubiera caído sobre él por haber pretendido pasar por escocés en ese país. Aseguraba que una noche de luna llena, poco después de su llegada, había visto a su «fantasma». Se refería claramente a que antes de partir había confeccionado para sí mismo un traje de las *Highlands* como el que tuvimos el honor de proporcionarle a usted, y que a él, como quizás usted recuerde, tanto le cautivó. Sin embargo, cabe la posibilidad de que nunca lo haya usado pues, por lo que sé, tenía reservas de hacerlo, y hasta llegó a decirme que al principio solo se aventuraría a vestirlo tarde por la noche o a primera hora de la mañana, y nada más que en lugares remotos, hasta que se acostumbrara a él. Por desgracia no me informó de su ruta, así que desconozco por completo su paradero, y me tomo la libertad de preguntarle a usted si ha visto o tenido noticia de un traje de las *Highlands* similar al suyo en la zona donde, por lo que me han dicho, alquiló recientemente una propiedad. No espero una respuesta a esta carta a no ser que posea usted alguna información sobre mi socio y amigo. Le ruego por tanto que no se moleste en contestar salvo que cuente con motivos para hacerlo. Tengo sospechas de que él ha estado en la misma zona que usted porque, pese a que su carta carece de fecha, el sobre lleva matasellos de Yellon, que, por lo que he averiguado, está en Averdeenshire y cerca de Mains of Crooken.

Suyo respetuosamente,

Joshua Sheeny Cohen Benjamin
(MacCallum More)

RELATOS DISPERSOS
1872-1914

EL JARRÓN DE CRISTAL

(The Crystal Cup)

Capítulo I. El sueño inspirador

Las azules aguas acarician los muros del palacio; a todas horas oigo su chapalateo contra el mármol. Más allá, en el mar, veo brillar las olas a la luz del sol, siempre alegres, siempre brillantes, siempre bajo el sol. ¡Olas felices! Felices por vuestra buena fortuna y, en especial, ¡por vuestra libertad!

Interrumpo mi trabajo, me acerco al muro y salto hasta alcanzar la tronera. Me aferró al antepecho de cantería y me encaramo en la ancha abertura. El mar, el mar, hasta donde la vista alcanza. Lo contemplo hasta que la visión se me nubla, y mi espíritu hace entonces las veces de mis ojos. Mi alma vuela impulsada por las alas del recuerdo, lejos, más allá del mar azul y alegre, más allá de las brillantes olas y las relucientes velas, hasta la tierra a la que llamo mi hogar. Con el discurrir de los minutos, la visión convencional se restaura y contemplo mi antigua casa natal. La tosca sencillez de la morada se me presenta como algo nuevo. Veo mis viejos libros, manuscritos y pinturas, y allí, en las viejas estanterías de siempre, en lo alto, sobre la abertura de la puerta, mis primeras y rudimentarias producciones artísticas.

¡Qué limitadas me parecen ahora! Y aun así, si estuviera libre, no cambiaría ni la más pobre de ellas por todo lo que ahora poseo. ¿Poseo? Estoy soñando.

El sueño me obliga a volver a la vigilia. Salto de mi asiento en la ventana y me pongo, frenético, a trabajar, pues cada línea que escribo en el papel, cada nuevo dibujo que ve la luz en el revoque de los muros, me aproxima a la libertad. Elaboraré un jarrón cuya belleza haga avergonzarse a las gloriosas obras de la antigua Grecia y su supuesta perfección insuperable. Sin duda, un amor como el mío y una esperanza como la mía deben poder traer a la vida, con el tiempo, alguna manifestación de belleza. Cuando él lo contemple, lanzará una exclamación de embeleso y ordenará mi inmediata libertad.

Cuando pienso en la libertad, aunque venga de manos de él, soy capaz de olvidar el odio y la profunda cuenta de venganza que con él tengo. ¡Ah! Entonces, impulsado por las alas de la alborada, volaré hasta más allá del mar, hasta mi hogar —su hogar— y la estrecharé entre mis brazos, para nunca más separarnos.

Pero, oh, Espíritu del Día, ¿y si ella…? No, no, no puedo pensar eso o me volveré loco. ¡Oh!, Tiempo, Tiempo, hacedor y destructor de la fortuna de los hombres, ¿por qué discurres con tanta rapidez para otros y te demoras de este modo conmigo? Es posible que mi hogar haya quedado reducido a pura desolación y que ella —mi esposa de antaño— duerma serena en la fría tierra. ¡Este suspense me hará enloquecer! ¡A trabajar, a trabajar! La libertad se halla ante mí; ¡Aurora es la recompensa a mi labor!

Así que me apuro con mi trabajo; pero ni a mi mente ni a mi mano, ansiosos ambos, desciende asomo de fuego ni de fuerza. Medio loco de desesperación, me golpeo contra los muros de mi celda, trepo a la tronera y una vez más contemplo el océano, pero allí no encuentro esperanza. Y así permanezco hasta que la noche tiende su palio de negrura sobre la naturaleza y, una vez más, vuelve inútiles todos mis esfuerzos hasta la mañana.

Así transcurren mis días, que se transforman en semanas, y estas en meses. ¿Dejarán paso luego a los años? ¿Persistirá la vida tanto tiempo en mí, como un invitado no deseado? Porque, ¿qué es un hombre sin esperanza? ¿Y acaso no ha perecido la esperanza en este fatigado pecho?

* * *

Anoche, en sueños, como una inspiración proveniente del Espíritu del Día, vi el diseño de mi jarrón.

Durante el día, mi anhelo de libertad, de Aurora, o de nuevas de ella, se multiplicó por diez, y el corazón y el cerebro me ardieron sin descanso. Fuera de mí, me golpeé, igual que un ave enjaulada, contra los barrotes de mi prisión. Fuera de mí, me icé a mi asiento en la ventana y contemplé con ojos desorbitados el mar libre, su horizonte despejado. Y allí continué sentado hasta que mi cólera se consumió a sí misma, y entonces dormí, y soñé con vos, Aurora, con vos y con la libertad. Volví a oír la antigua canción que solíamos cantar juntos, cuando de niños paseábamos por la playa; cuando, de amantes, contemplábamos el sol hundirse en el océano, y yo veía su majestuosidad duplicada al reflejarse en vuestros ojos, y atemperada, en forma de tersa luz, al alumbrar vuestras mejillas; y cuando, ya como mi

esposa, vos me estrechabais al abrazaros en aquella lengua de tierra a la que llegó la banda de piratas que me arrebató de vuestro lado. ¡Oh! ¡Cómo maldice mi corazón a aquellos hombres! No, hombres no, demonios. De aquel temible enfrentamiento surgió un único motivo de alegría, que al plantarles cara detuve a los perros del infierno, y que, antes de caer abatido, un golpe de mi diestra devolvió a uno de ellos a su hogar. Mi ánimo se eleva al pensar en aquel golpe, que os libró a vos de una vida peor que la muerte. Solo de pensarlo me arden las mejillas y se me hinchan las venas de la frente. Los ojos se me llenan de lágrimas y recorro a zancadas esta prisión que es mi morada. ¡Ojalá pudiera tener aquí a uno solo de mis enemigos, para salpicar con sus sesos las paredes de mármol y pisotear su corazón cuando yaciera derrotado ante mí! Ninguna ayuda recibiría él de estas paredes. Son implacables. Bien lo sé. ¡Qué cruel burla, disfrazada de amabilidad, convertir un palacio en prisión, y mofarse del dolor de un cautivo con manifestaciones de belleza y mármoles esculpidos! Maravillosas son, sin duda, estas paredes labradas. Belleza efímera, las llaman los hombres, pero ¡oh, Aurora!, habiendo conocido vuestra belleza, ¿qué obra humana puede causarme satisfacción? Del mismo modo que a quien mira fijamente el sol y luego no ve luz alguna en la tierra, secados sus iris por la gloria, vuestra belleza, o su recuerdo, han reducido para mí las más bellas obras existentes sobre la faz de la tierra a la oscuridad y la deformidad.

En mi sueño de anoche, cuando suavemente llegó a mis oídos, como una música procedente de allende las aguas, la antigua canción que juntos cantábamos, al mismo tiempo en mi cerebro, como un rayo de luz, se presentó una idea de una imponencia tal que pasajeramente me dejó aturdido. Ante mis ojos fue mostrado un jarrón de belleza tal que hizo resucitar mi esperanza y supe que el Gran Espíritu había puesto mi pie en el primer escalón de la escalera que conduce desde el palacio mazmorra a la libertad y a vos. Hoy me he hecho con un bloque de cristal, pues solo en esa sustancia transparente puedo dar forma física a mi sueño, y me he puesto manos a la obra.

Al principio mis manos se movieron sin su vieja destreza y empecé a desesperar, pero entonces, como el recuerdo de un sueño, acudieron a mis oídos los compases de la antigua canción. La canté bajo para mí, y al hacerlo me serené, pero ¡oh!, qué diferente sonaba cuando vuestra voz, Aurora, cantaba al unísono que la mía. ¿Pero de qué sirve mortificarse? ¡A trabajar! ¡A trabajar! Cada golpe del cincel me acerca a vos.

* * *

Cada día que pasa estoy más cerca de concluir el jarrón. Canto mientras trabajo, y la canción que repito sin pausa es la que tanto amo. Oigo el eco de mi voz, devuelto por el jarrón; y cuando ceso de cantar, el jarrón prolonga la gimiente melodía en forma de una música dulce y triste. Escucho, acercando la oreja, y en ocasiones lloro mientras lo hago, de tan triste que es el eco de mi canción. Por imperfecta que sea, mi voz produce una música dulce, y su eco en el jarrón guía mi mano hacia la perfección en el trabajo. Si vuestra voz sonara a la vez que la mía, Aurora, entonces el mundo podría contemplar un jarrón de una belleza tal como la que nunca ha surgido del fuego sin llama del amor de hombre alguno; y eso a pesar de trabajar presa de la tristeza, imperfecto como soy, en mi solitud y quebranto, ¿qué sería entonces capaz de hacer si disfrutara de la dicha, hallándome completo, en vuestra compañía? Como artista y como hombre, sé que mi obra es buena; y el jarrón, al crecer su belleza día a día, devuelve un eco más nítido. Si trabajara yo presa del gozo, ¡con qué hermosura devolvería nuestras voces! Escucharíamos un eco y una música como los que los mortales rara vez pueden escuchar; pero ahora el eco, a semejanza de mi canción, es imperfecto. Estoy más débil cada día que pasa, pero continúo trabajando, pongo en ello toda mi alma, ¿pues acaso no trabajo por mi libertad y por vos?

* * *

Casi he terminado mi trabajo. Día a día, hora a hora, el jarrón está más próximo a su término. El eco me llega cada vez más nítido mientras trabajo; cada vez más suave, cada vez más triste y desgarrador llega el eco del lamento con que concluye la canción. Día a día, me siento más débil; aun así sigo trabajando con toda mi alma. Por las noches me asalta la idea, cuando pienso en vos, de que nunca volveré a veros, de que traspasaré mi vida al jarrón de cristal y de que allí pervivirá cuando yo desaparezca.

Ha llegado a ser tan hermoso, tanto lo amo, que podría morir feliz solo por ser autor de una obra así, si no fuera porque estáis vos, y por el amor que os profeso, y la esperanza que albergo de volver a veros, y mi temor por vos, y la angustia de pensar en cuánto sufriríais al saber de mi partida final.

* * *

A mi obra le restan apenas unos últimos toques. Mi vida se extingue lentamente y siento que, con el toque final, se verá trasladada para siempre al jarrón. Hasta que llegue el momento de dar ese toque final, no puedo morir, no lo haré. Mi odio ha desaparecido. Tan inmensos son las afrentas que he padecido, que cualquier venganza sería insuficiente. Dejo la venganza para alguien más justo y poderoso que yo. En cuanto a vos, Aurora, os aguardaré en la tierra de las flores, por donde pasearemos sin que nadie nos vuelva a separar, nunca más. ¡Nunca más! ¡Adiós, Aurora, Aurora, Aurora!

Capítulo II. La Fiesta de la Belleza

La Fiesta de la Belleza se acerca con rapidez, aunque no tanto como a mi rey le gustaría. Parece no pensar en nada más que hacer de su fiesta la más grande y la mejor que jamás se haya celebrado. Hace cinco veranos, su Fiesta de la Belleza fue la más rica de todas las celebradas de su reino; aun así, apenas había concluido, los premios apenas habían sido entregados a los triunfadores, cuando él concibió la gigantesca iniciativa cuyo éxito se demostrará en la próxima luna llena. Fue elegida y afrontada con osadía, tanta como la que corresponde a toda iniciativa real. Aun así, no creo que concluya bien. Semejante anhelo por la totalidad nunca puede verse satisfecho, semejante deseo, que lleva a un monarca a dejar la justicia real al capricho de los hados, y a perseguir su Meca a costa de esperanzas arruinadas y vidas perdidas. Pero ¡silencio! No debo osar pensar mal de mi señor ni de sus obras; además, las paredes tienen oídos. Tengo que dar la espalda a cuestiones peligrosas y ceñir mis pensamientos a los límites de lo apropiado.

La luna crece con rapidez, y cuando termine de hacerlo llegará la Fiesta de la Belleza, cuyo éxito depende de mi vigilancia y mi buen cuidado; pues si el soberano de la fiesta fracasa en su deber, ¿quién podría ocupar el vacío? Veamos qué artes se hallan representadas y qué obras toman parte. Todas las artes tendrán su trofeo: la poesía en sus variadas formas, así como la prosa; la escultura en diversos metales, en cristal, en madera y en marfil; el grabado de gemas y el engastado de joyas; la pintura sobre lienzo, sobre cristal, madera, piedra y metal; la música, tanto vocal como instrumental; y la danza. Si esa mujer estuviera dispuesta a cantar, veríamos un triunfo incontestable de la música, pero también parece enferma. Nuestros mejores artistas han enfermado o muerto, pese a haberles prometido la libertad, o recompensas, o ambas cosas, si ganaban.

Sin duda nunca ha habido una Fiesta de la Belleza tan hermosa y ricamente provista como esta que la próxima luna llena contemplará y escuchará; ¡pero la joya de la corona será el jarrón de cristal! Nunca han contemplado estos ojos belleza que se le asemeje, tan asombrosa combinación de materia y de luz. Sin duda, algún poder mágico ha ayudado a extraer tal maravilla de un frío bloque de cristal. Debo cuidar de que el jarrón no sufra ningún mal. Hoy, cuando lo he tocado, ha emitido un sonido tan vivo que el corazón se me subió a la garganta al pensar que se pudiera dañar. En consecuencia, hasta el momento de enviárselo a mi señor, ninguna mano que no sea la mía se posará sobre él, a fin de prevenir daños.

Una historia extraña, la de este jarrón. Fue creado en la celda de un prisionero, arrebatado de su hogar allende del mar, con el fin de elevar el esplendor de una fiesta mediante su labor; espiado en su trabajo y luego rastreado y seguido hasta que se presentó la oportunidad —cruel oportunidad para él— de ponerlo en manos de los emisarios de mi señor. También él, pobre polilla, revoloteó alrededor de la llama: la perspectiva de la libertad lo hizo volcarse en su obra hasta que se le consumió la vida. Persiguió con ahínco la belleza del jarrón. Muchos hombres serían capaces de olvidar su cautiverio mientras trabajaban en una pieza de semejante hermosura; pero era como si él albergase alguna pena en su corazón, una tan grande que sofocaba su orgullo.

¡Cómo despotricaba al principio! ¡Cómo recorría a zancadas la estancia, trepaba a la tronera y trataba de ver más allá del mar! ¡Pobre cautivo! Quizás al otro lado del mar le aguardaba alguien más querido para él que todos los jarrones del mundo, aunque fuesen tan bellos como este, si es que tal cosa pudiera suceder… Bueno, bueno, todos tenemos que morir tarde o temprano, y puede ser que quien antes muere, de más padecimiento se libre. ¿Quién sabe? Había que ver de qué modo, cuando empezó a trabajar en el jarrón, cantaba todo el día, desde que el sol proyectaba su primer potente rayo entre las huestes en retroceso de las nubes nocturnas, hasta que las sombras del crepúsculo consumían los últimos rayos que se rezagaban en el oeste, ¡y siempre la misma canción!

¡Cómo cantaba, a solas! Aun así, a veces me parecía escuchar que de su estancia no salía una sola voz, sino dos… Su voz no hallará más ecos procedentes de la pared de una mazmorra, ni de la ladera de una colina al aire libre. Nunca más presenciarán sus ojos la belleza de su jarrón de cristal.

Fue una suerte que viviera para terminarlo. Muy a menudo he temblado pensando en su muerte, después de verlo debilitarse cada día, mientras

trabajaba en el jarrón. ¿Acaso sus ojos nunca volverán a contemplar la belleza nacida de su alma? ¡Nunca más! ¡Oh, Muerte, sombrío Rey de los Terrores, cuán poderoso es tu cetro! ¡Todopoderoso es el gesto de vuestra mano con el que nos convocáis a todos de regreso a vuestro reino allende los polos!

Ojalá tú, pobre cautivo, hubieras vivido para ser testigo de tu triunfo, pues en la Fiesta de la Belleza disfrutarás de una victoria como la que nadie jamás ha experimentado. Podrías haber escuchado las aclamaciones al vencedor del concurso, y los aplausos que se le dedican cuando, como hombre libre, cruza las puertas del palacio. Pero ahora tu jarrón despertará sonrisas entre los bellos, los nobles y los poderosos, mientras tú yaces en tu estancia solitaria, tan frío como sus paredes de mármol.

Y al final, la fiesta no será del todo perfecta, porque no todos los ganadores podrán ser coronados. Debo pedir instrucciones a mi señor acerca de cómo llenar la ausencia de un competidor, en caso de que resulte este victorioso. ¿Ya es tan tarde? Debo verlo antes de que concluya el descanso del mediodía.

* * *

¡Por el Gran Espíritu! ¡De qué modo temblé cuando mi señor dio respuesta a mi pregunta!

Lo encontré en su aposento, como es su costumbre al mediodía. Yacía en su sofá, desnudo, medio dormido; y el céfiro soporífero, perfumado con los ricos aromas del jardín, que se colaba por las ventanas y multiplicaban dos ventiladores a los costados de la estancia, lo acunaba en un perfecto reposo. El aposento en penumbra estaba silencioso y fresco. Procedente del vestíbulo llegaba el murmullo de una multitud de fuentes y el grato chapoteo del agua al caer. «¡Oh, rey feliz!», me dije, «feliz y grande, de cuántos placeres disfrutáis». La brisa de los ventiladores mecía las arpas eólicas, produciendo una melodía dulce, confusa y feliz, que recordaba un murmullo de voces infantiles en la lejanía, en los valles, portado por el viento.

Al entrar sigiloso en la estancia, acallando los pasos y conteniendo el aliento, sentí que un temor me embargaba. A mí, que nací y he morado toda mi vida dentro de los límites de la corte; a mí, que hablo a diario con mi rey y sigo hasta sus últimas instrucciones en cuanto a la cercana fiesta se refiere; a mí, que durante toda mi vida he contemplado a mi rey como a un espíritu y lo he venerado como si fuera él más que un mortal, me embargó una sensación cuasi de terror, pues mi señor se asemejaba en aquel momento, en su serena

estancia, medio dormido con el arrullo de la música de las arpas y de las fuentes, más a un simple hombre que a un dios. Al pensarlo, me estremecí de temor, pues me sentí culpable de sacrilegio. Hasta tal extremo he llegado a ser la veneración por mi rey parte de mi naturaleza, que pensar en él como en un hombre me pareció una rebelión, una anarquía, de mi alma.

Me aproximé al sofá y le observé en silencio. Él parecía entreoír la música irregular, y cuando la melodía subía y bajaba, su pecho hacía lo mismo, como si respirara al unísono.

Al cabo de unos instantes cobró consciencia de mi presencia, aunque ningún movimiento de su rostro me indicó que hubiera oído algún ruido causado por mí, y sus ojos permanecieron cerrados. Los abrió, finalmente, y, al verme, preguntó: «¿Hay algún problema con la Fiesta de la Belleza?», porque ese es el tema en el que nunca cesa de pensar. Respondí que todo se hallaba en orden, pero que había acudido para preguntar a su majestad sobre cómo ocupar un espacio vacante entre los competidores. Él preguntó: «Vacante, ¿por qué motivo?», y al responder yo: «Por fallecimiento», él preguntó apresuradamente: «¿La obra está terminada?». Cuando le dije que así era, volvió a tenderse en el sofá soltando un suspiro de alivio, ya que la preocupación le había llevado a erguirse para formular la pregunta. Luego, al cabo de un minuto, dijo: «Todos los competidores han de estar presentes en la fiesta». «¿Todos?», dije yo. «Todos», repitió él, «vivos o muertos; debemos mantener la antigua costumbre, y los ganadores han de ser coronados». Permaneció sin moverse durante otro minuto y luego, lentamente, dijo: «Ganadores o mártires». Y vi que había recuperado el aire regio.

Siguió él hablando. «Esta será mi última Fiesta de la Belleza; y todos los cautivos serán liberados. Demasiado sufrimiento ha causado ya mi ambición. Demasiadas injusticias han mancillado el nombre del rey».

No dijo más, sino que yació inmóvil y cerró los ojos. Supe, por el movimiento de sus manos y el subir y bajar acelerado de su pecho, que alguna emoción violenta lo atormentaba, y no pude reprimir el pensamiento: «Es un hombre, pero es asimismo un rey; y, pese a ser rey, no ha alcanzado la felicidad. ¡Gran Espíritu de la Justicia, tú que asignas placeres y sufrimientos al hombre, al rey y al esclavo por igual! ¡A quien más amas es a quien le concedes la paz!».

Mi señor se calmó poco a poco, y al final se sumió en un sopor amable, pero incluso en sueños siguió respirando al unísono con el oscilante murmullo de las arpas.

«A todos les es concedido», dije en voz baja, «algo en común con el mundo de las cosas reales. Vuestra vida, oh, rey, se halla unida mediante cadenas de afecto a la voz de la Verdad, que es Música. Temblad, pues, en presencia de una carga suprema, sentiréis vuestra pequeñez y moriréis», y salí con sigilo de la estancia.

Capítulo III. La historia del rayo de luna

Lentamente me arrastro por el seno de las aguas.

En ocasiones miro hacia atrás cuando me elevo sobre una nube, y veo tras de mí a una multitud de mis semejantes, sentado cada uno en la cresta de una ola, como en un trono. Continúo así largo tiempo, un poder que desconozco me impulsa hacia delante, sin intención ni deseo por mi parte.

Al cabo, al elevarme sobre una ola idéntica a todas las demás, veo en lontananza una luz débil, que surge de un vasto palacio, a través de cuyas ventanas innumerables brillan lámparas y antorchas. Pero nada más divisarlo, como si mi llegada hubiera sido una señal, todas las luces se apagan de pronto.

Impaciente, aguardo lo que ocurra a continuación; y cuando me alzo con cada latido del mar, escruto en la dirección por donde se extinguieron las antorchas. ¿Ha sido obra de la oscuridad, siempre en lucha contra la luz?

* * *

Ha llegado el momento en que soy capaz de contemplar el palacio sin tener que aguardar a ser elevado por las olas. Es de mármol blanco y se alza a plomo desde el piélago. La fachada orientada hacia las aguas es gloriosa, adornada con columnas y estatuas, y, desde los portales, descienden escalinatas de mármol, anchas y prolongadas, hacia el mar, y por debajo de él, hasta tanta profundidad como alcanzo a divisar.

No se oye ningún sonido, no se ve ninguna luz. Impera un silencio solemne, una perfecta calma.

Escalo despacio los muros, mis camaradas me siguen como soldados a través de una brecha. Me deslizo por los tejados, y cuando miro tras de mí veo muros y tejados brillar como si fueran de plata. Al cabo, me encuentro con

algo suave, duro y transparente, paso a su través y penetro en un vasto salón, donde, por un instante, pendo a media altura, asombrado.

Mi llegada ha sido la señal para tal estallido de armonía que me trae a la memoria la música de las esferas cuando estas surcan el espacio, y en lo más alto del himno de bienvenida, siento que soy, de veras, un espíritu del sol, un hijo de la luz, y que es esto un homenaje a mi señor.

Contemplo la faz del gran monarca, que se sienta a la cabecera de la mesa del banquete. Ha alzado la cabeza, a la vez que la ha vuelto hacia atrás, y es como si hubiera estado aguardando mi advenimiento. Se pone en pie y se acerca a mí con el repique de la canción de bienvenida como fondo, y el resto de los presentes en el gran salón se vuelven asimismo hacia mí. Veo brillar sus ojos. A lo largo de la inmensa mesa, cargada de platos, vasos y flores, se ponen en pie, sosteniendo cada uno una copa de vino color rubí, con la que brindan por el monarca cuando la canción concluye, deseando el éxito de su majestad y de la Fiesta de la Belleza.

Escruto el salón. Una estancia inmensa, con paredes de mármol cubiertas de bajorrelieves, frescos y figuras esculpidas, y jalonadas por grandes columnas que sustentan el techo abovedado, adornado con maravillosas pinturas; en su centro, la linterna de cristal por donde he penetrado.

Sobre las paredes cuelgan pinturas de diversas formas y tamaños, y en el centro de la mesa, a todo lo largo de la misma, se alza una plataforma en la que hay colocadas obras de arte de diversas variedades.

A un costado del salón hay un estrado donde se sientan personas de ambos sexos, con rostros nobles y señoriales ceños, todos con la misma expresión de interés suavizada por la esperanza. Todos sostienen rollos de manuscritos en las manos.

Al otro lado del salón hay un estrado similar, donde hay sentadas personas de más terrenal apariencia, menos espirituales y con las pasiones más a flor de piel. Estas sostienen partituras. Parecen más alegres que las del otro estrado, todas salvo una, una mujer, sentada con la cabeza gacha y el semblante abatido, como el de alguien que hubiera perdido toda esperanza. Cuando mi luz cae a sus pies, alza la mirada, y yo me siento feliz. La conexión entre nosotros ha hecho que un débil destello de esperanza alegre su triste y pálido rostro.

Muchas son las variedades artísticas expuestas en la mesa del banquete, y todas gratas de contemplar. Las miro con placer, una a una, hasta llegar a la última, en el extremo de la mesa más alejado del monarca, y entonces las demás quedan reducidas a nada. ¿Qué es esto, capaz de hacer que otras

manifestaciones de belleza parezcan naderías en comparación, cuando se colocan dentro del radio de alcance de su esplendor? Un jarrón de cristal, tallado con tan asombrosa destreza que la luz parece perder su gloria individual al brillar a su través y se funde con la belleza de la obra. «Oh, Madre Universal, permitidme penetrar ahí. Permitidme que mi vida se haga uno con su belleza, y nunca lamentaré que mi fortaleza solar acabe oculta en las profundas simas de mi madre luna. Permitidme morar y perecer ahí, y seré feliz mientras dure, satisfecho de atravesar el gran vórtice de la nada para renacer cuando la gloria del jarrón se extinga».

¿Es posible que mi deseo haya sido satisfecho, que haya entrado en el jarrón y pasado a ser parte de su belleza? «Gran Madre, os lo agradezco».

¿Tiene vida el jarrón? ¿O es su asombrosa perfección la que lo hace temblar como un corazón palpitante, al unísono con el flujo y el reflujo del latido vital de la naturaleza? Lo siento como si estuviera vivo.

Miro a través de las paredes de cristal y veo en el extremo de la mesa, aislado de los demás, a un hombre sentado. ¿Son cuerdas lo que inmoviliza sus extremidades? ¿Cómo casa la corona de laurel con esos ojos hundidos y esa palidez? Es extraño. La Fiesta de la Belleza alberga secretos oscuros y expone maravillosos portentos.

Oigo una voz de una dulzura extraña y rica, y aun así vacilante, la voz de alguien que, casi por naturaleza, es rey. Se halla en pie, lo veo a través de la pared de mi propio palacio. Pronuncia un nombre y vuelve a tomar asiento.

Oigo ahora una voz procedente del estrado de los pergaminos, el Trono de los Ceños Fruncidos, y me vuelvo y contemplo a un hombre que se pone en pie temeroso pero arrobado, como si la luz de la alborada alumbrara su alma. Lee con cadenciosa medida un elogio a mi madre luna, a la Fiesta de la Belleza y al rey. Cuando comienza a hablar, cesan sus temblores, se inspira y su voz se eleva hasta un tono de poder y grandeza, y resuena contra las paredes y la bóveda. Oigo sus palabras claramente, si bien en un tono más triste, despertando ecos en mi morada cristalina. Concluye y toma asiento, a punto de perder el sentido, en medio de una plétora de aplausos, que, con nada nota, con cada golpe, arrancan ecos del mismo modo que las palabras hicieron.

Una vez más, el monarca se alza e invita a alguien llamado Aurora a que cante a cambio de la libertad. El nombre resuena en el jarrón con un sonido dulce y triste. Tan triste, tan desesperado es el eco, que todo el salón parece oscurecerse y la escena se torna borrosa.

«¿Puede un espíritu del sol lamentarse o un jarrón de cristal llorar?».

Ella, la mujer abatida, se levanta de su asiento en el Trono del Sonido y todos los ojos se toman hacia ella, salvo los del hombre pálido y coronado con laurel. Tres veces trata ella de comenzar a cantar, y otras tantas no sale de entre sus labios más que un gemido seco y ronco, hasta que un anciano que ha estado yendo y viniendo por el salón, controlándolo todo, exclama, llevado por el temor a que ella no sea capaz de cantar, «¡Libertad!».

La palabra resuena, devuelta por el jarrón. Ella oye el sonido, se vuelve hacia él y arranca a cantar.

¡Qué voz tan melodiosa! Pero no canta sola, pues al cabo de la primera nota llega un eco procedente del jarrón que se eleva al unísono con la voz, y suenan ambas a la vez; es como si una melodía llegara, dulce, hasta nosotros, desde los labios del mismísimo Padre de Todo. Tan dulce es, que los presentes en el salón quedan hechizados, sin atreverse a respirar.

En la pausa tras las primeras estrofas, oigo la voz del anciano dirigirse a un camarada, pero nadie más alcanza a escuchar sus palabras, «mirad al rey. La melodía parece haber sumido su espíritu en trance. ¡Ah! Temo que algo malo suceda. Cuanto más se aproxima la música a la perfección, más embelesada está su majestad. Temo que una nota perfecta le acarree la muerte». Su voz se extingue cuando la cantante acomete la última estrofa.

Triste y lastimera es la canción; cargada de sentimiento y tierno amor, pero un amor ensombrecido por el dolor y la desesperación. A medida que avanza, la voz de la cantante se torna más dulce y estremecedora, más real; y el jarrón, mi cristalino hogar de paso, vibra más y más al devolver el eco. El monarca parece en trance y no hay ni un movimiento en el salón… La canción concluye con un lamento desgarrado que parece partir en dos el corazón de la cantante, y el jarrón vibra aún más, devolviendo el eco. Cuando la nota, que sube y sube, llega a su cúspide, el jarrón, el Jarrón de Cristal, mi maravilloso hogar, el presente del Padre de Todo, se descompone en millones de átomos y desaparece.

Desde el vórtice en que me hallo sumido alcanzo a ver cómo la cantante alza los brazos y se desploma, libre al fin, y al rey, sentado, con expresión de éxtasis, pero con la palidez de la muerte.

TESOROS ENTERRADOS

(Buried Treasures)

Capítulo I. El viejo pecio

—No es mi intención ser demasiado duro con usted —dijo el señor Stedman—, pero no daré mi consentimiento, me es imposible hacerlo, para que Ellen se case, hasta que sea usted dueño de medios suficientes para garantizar su bienestar. Conozco demasiado bien la pobreza. Vi a su pobre madre marchitarse y extinguirse hasta morir, y todo por culpa de la pobreza. No, no, Ellen no puede pasar por el mismo sufrimiento, de ningún modo.

—Pero, señor, somos jóvenes. Dice usted que siempre se ha ganado la vida. Lo mismo puedo hacer yo, y además —al decir esto se sonrojó— pensaba que si era tan afortunado como para que Ellen me correspondiera en el amor, quizás usted podría ayudarnos.

—Y estaría encantado de hacerlo, muchacho, pero ¿qué ayuda podría proporcionar? Ya me cuesta bastante traer comida a casa, y ahora solo somos Ellen y yo. No, no, debo tener garantías antes de permitir que Ellen parta. Imagine que algo me sucediera a mí.

—En tal caso, señor, ¿qué podría ser mejor que contar con alguien que cuidará de Ellen? Alguien que la ama como ella merece ser amada y dispuesto a matarse a trabajar por ella.

—Cierto, muchacho, cierto. Pero aun así, no puede ser. Debo tener certezas acerca del futuro de Ellen antes de cederla al cuidado de otro. Hagamos una cosa, muéstreme cien libras de su propiedad y no pondré impedimento a que hable usted con ella. Pero recuerde, apelo a su honor para que, hasta ese momento, no se acerque a mi hija.

—Su propuesta es cruel, señor, aunque sea hecha con buena intención. Dadas mis actuales posibilidades, para mí sería más fácil aprender a volar que conseguir cien libras. Tenga presentes mis circunstancias, señor. Si mi pobre padre viviera, todo sería diferente, pero ya conoce usted la triste historia.

—No la conozco. Cuéntemela.

—Zarpó de la Costa de Oro tras pasar allí toda su vida trabajando para mi pobre madre y para mí. Supimos, por una carta que nos envió, que partía de regreso a casa a bordo de un pequeño velero, llevando consigo todos sus ahorros. Pero desde entonces no hemos vuelto a saber de él.

—¿Hizo usted indagaciones?

—Lo intentamos por todos los medios, o más bien fue mi pobre madre quien lo hizo, pues yo era muy pequeño, y no averiguamos nada.

—Pobre muchacho. Lo lamento sinceramente. Aun así, no puedo cambiar de parecer. Siempre he confiado en que Ellen disfrute de un feliz matrimonio. He trabajado por ella cada día, de la mañana a la noche, desde que nació, y sería un gesto de amabilidad mal entendida permitirle casarse, cuando no posee usted medios bastantes para garantizarle el bienestar.

Robert Hamilton salió del *cottage* del señor Stedman muy abatido. Había entrado albergando muchas dudas, pero asimismo con tantas esperanzas que veía su éxito posible. Recorrió despacio las calles hasta llegar a su oficina, donde le aguardaba tanto trabajo por hacer que poco tiempo le quedó para reflexionar sobre su situación hasta que concluyó la jornada. Esa noche le costó dormirse; permaneció tendido, concentrado en idear un plan que le proporcionara la cantidad de dinero necesaria para hacerlo merecedor de solicitar la mano de Ellen Stedman; pero en vano. Se le ocurría una idea tras otra, pero todas y cada una, pese a despertar inicialmente sus esperanzas, se desmoronaban a continuación. Poco a poco, su imaginación fue imponiéndose, a medida que el mundo real parecía disolverse; construyó brillantes castillos en el aire e instaló en ellos a Ellen como reina. Pensó en las inmensas sumas de dinero que cada año se hacían gracias a golpes del azar, en antiguos tesoros hallados al cabo de siglos, en tesoros nuevos extraídos de minas o amasados gracias a las fábricas o el comercio. Pero todo eso requería un capital de partida, salvo los tesoros antiguos, y viendo esta fuente de riqueza como una posibilidad, su mente se aferró a ella igual que un hombre perdido en alta mar se aferra a un madero, como imaginaba a menudo que hizo su pobre padre cuando naufragó con todas sus posesiones.

«La bahía de Vigo y el río Escalda no dejan de devolver riquezas largo tiempo ocultas», pensó. «En nuestras costas yacen millones de libras a la espera de que alguien los encuentre. Otros hombres se han beneficiado de ello, ¿por qué no podría tener yo la oportunidad?». Y seguidamente, cuando se sumió en el sopor, la posibilidad pareció tornarse realidad, y en sueños dio

con un tesoro tras otro, y todos eran reales para él, pues no era consciente de estar soñando.

Tuvo muchos sueños. La mayoría guardaban relación con el descubrimiento de tesoros, y en todos, Ellen tenía un papel prominente. Revivió el momento en que conoció a la chica que ahora amaba, y, dado el incidente que los llevó a trabar relación, resultaba lógico que la costa fuera el escenario de muchos de sus sueños. El encuentro tuvo lugar del modo siguiente. Un día de vacaciones, tres años atrás, paseaba él por la llana costa del «Bull», cuando se fijó en una joven muy hermosa a lo lejos, y se puso a pensar en algún modo de conocerla. La oportunidad se presentó por sí sola. Soplaba un viento revuelto y el sombrero de la chica salió volando y rodó por la llana costa en dirección al mar. Él echó a correr, lo atrapó y se lo llevó de vuelta, y después de aquello, previa aprobación por parte del padre, se convirtieron en buenos amigos.

Por la mañana había olvidado todos sus sueños, salvo uno.

Se hallaba él en lo que parecía una ancha lengua de arena, junto al casco de un velero de grandes dimensiones. A sus pies yacía una caja grande, reforzada mediante flejes de hierro y muy pesada, que él trataba en vano de levantar. Sirviéndose de una palanca, la había extraído del barco a través de un agujero practicado en el costado, y la caja había caído a la arena, en la que se hundía. Pese a todos sus esfuerzos, la caja continuaba sumergiéndose, aunque muy despacio. Cayó la niebla a su alrededor, ocultando la luna, y desde la distancia llegaba un bramido repetitivo, apagado en parte por la niebla, y de todas partes parecía llegar un repique de campanas distantes. El aire parecía, de pronto, poblado por formas de vida, y entre ellas flotaba Ellen, y su aparición disipó al instante el desánimo, la niebla y la oscuridad, y el sol volvió a brillar, y todo fue alegría y felicidad.

Al día siguiente era domingo, así que, después de las oraciones, fue a dar un paseo con su amigo, Tom Harrison.

Se encaminaron hacia Dollymount, cruzaron el puente, sobre Crab Lake, y llegaron al North Bull. La marea estaba baja, y cuando dejaron atrás la franja de colinas de arena cubiertas de juncia, o dunas, como las conocen en Holanda, llegaron a una amplia extensión arenosa, recorrida por regueros de agua salada, que se prolongaba hasta la boca de la bahía. Ante aquel paisaje, el sueño de la pasada noche volvió a la mente de Robert y casi esperó ver ante él el casco del antiguo navío.

—Creo que nunca había visto la marea tan baja —comentó Tom—. Qué extensión de arena. Me sorprende que no haya ni una roca ni nada más a todo

lo largo de la costa.

—Sí hay algo —dijo Robert, señalando hacia donde, en el borde mismo del agua, se alzaba una pequeña elevación, en apariencia de unos pocos pies a lo sumo, sobre el nivel de la arena.

—Vayamos hasta allí —dijo Tom, y los dos se descalzaron y se quitaron los calcetines, y caminaron por la arena mojada, vadeando los regueros, hasta llegar a unas cien yardas del montículo. De pronto Tom exclamó—: No es una roca, ¡es un barco! Boca abajo, con la popa apuntando hacia nosotros y hundido en la arena.

A Robert se le detuvo el corazón por un instante.

¿Y si en ese barco resultara haber un tesoro y su sueño fuera una profecía? Hizo a un lado las fantasías y se apresuró a seguir adelante.

Descubrieron que Tom estaba en lo cierto. Allí yacía el casco de un antiguo barco, del que apenas asomaba el fondo sobre la arena. A su alrededor, el flujo y el reflujo de las mareas habían excavado un pozo a semejanza del foso que rodea un viejo castillo, y en aquel charco daban quiebros pequeños peces y unos cangrejos perezosos caminaban de costado por el fondo de arena.

Tom salvó de un salto el estrecho foso y se plantó sobre la quilla, costándole gran esfuerzo no resbalar en las algas que la cubrían. Dio con la punta de su bastón unos golpes en las tablas, que devolvieron un sonido a hueco.

—La arena no ha colmado el interior —comentó.

Robert se le unió y recorrió el fondo del barco, fijándose en que algunas tablas, medio podridas por la prolongada exposición al agua, se estaban hundiendo.

—Imagínate, Bob —dijo Robert tras unos minutos—, que este viejo barco estuviera cargado de dinero y que nosotros dos lo sacáramos de ahí abajo.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—¿Y si lo intentamos? —dijo Tom, e hizo palanca con su bastón en el extremo de una tabla rota.

Robert lo observó unos minutos, y cuando su amigo, desesperado, cejó en el empeño, dijo:

—Intentémoslo, Tom. Tengo un extraño presentimiento. Anoche tuve un sueño muy curioso, y este viejo barco me lo recuerda.

Tom pidió a Robert que le contara su sueño. Este lo hizo, y cuando hubo terminado, y le hubo confiado sus dificultades para hacerse con las cien libras, Tom dijo:

—Trataremos de atravesar el casco. Volvamos una noche y abramos un agujero para echar un vistazo. Puede que merezca la pena; y, en cualquier caso, será una aventura.

Parecía tan interesado en la empresa que Robert le preguntó el motivo.

—Bueno, te lo contaré —dijo—. Tú conoces a Tomlinson. El otro día me dijo que iba a pedir a la señorita Stedman que se casara con él. Se halla en una situación acomodada, en comparación, y a menos que juegues pronto tus cartas, puede que se te adelante. No te molestes por que te lo haya dicho. Estaba buscando la oportunidad adecuada.

—Gracias, amigo —respondió Robert, a la vez que le estrechaba la mano.

Durante un rato, nada más se dijo. Examinaron el casco atentamente, regresaron a la costa y tomaron asiento sobre una duna.

Poco después apareció un guardacostas, con su catalejo bajo el brazo. Tom lo interrogó acerca del pecio.

—Bueno, señor —dijo el guardacostas—, el naufragio sucedió antes de que yo empezara a trabajar aquí. Llegué hace apenas un año y aquello sucedió hace alrededor de quince. Lo arrojó a la costa la misma tempestad que causó la pérdida del *Mallard* en las islas Sorlingas. Eso he oído.

—¿Alguien ha intentado alguna vez ver qué hay en el interior? —le interrumpió Robert.

—De eso, señor, no sé nada. Alguien podría haber tenido derecho de hacerlo, pero, de nuevo por lo que he oído, por aquel entonces hubo un pleito acerca de a quién pertenecía ese tramo de costa. El barco se encuentra justo en el límite entre los terrenos de Ballast Board y de Manor, o algo así, y no se podía hacer nada hasta que se dirimiera la cuestión, y para cuando eso sucedió ya no tenía mucho sentido intentar algo, pues el casco ya estaba casi tan hundido como ahora, y, en caso de haber transportado algo valioso, la sal lo habría arruinado hacía mucho.

—Entonces, ¿nunca lo han comprobado? —dijo Tom.

—Lo más probable es que no, señor. Los barcos así de pequeños no se suelen examinar. Si hubiera sido grande, seguramente se habría hecho —dijo el guardacostas antes de alejarse.

Cuando estuvo lejos, Tom dijo:

—¡Por Dios, he olvidado preguntarle de quién es el terreno donde está! —y echó a correr tras él. Cuando regresó, dijo—: Todo en orden; es el terreno de Sir Arthur Forres.

Después de pensar un rato en silencio, Robert dijo:

—Tom, tengo un presentimiento muy extraño. Solicitemos permiso a Sir Arthur. Tengo entendido que es un hombre generoso, y aficionado a la exploración.

—De acuerdo —dijo Tom, y, habiéndose hecho tarde, volvieron al pueblo.

Capítulo II. Viento y marea

Al día siguiente, Robert y Tom escribieron una carta a Sir Arthur Forres preguntándole si podían explorar el barco y, a vuelta de correo, recibieron una amable respuesta, no solo otorgándoles el permiso solicitado, sino concediéndoles la libertad para hacer lo que desearan con el barco. En consecuencia, debatieron cuál sería el mejor modo de proceder y coincidieron en dar inicio a la operación tan pronto como fuera posible, pues hallándose ya en diciembre, adentrarse más en el invierno solo les acarrearía obstáculos. Al día siguiente compraron herramientas y las llevaron a casa entusiasmados. A menudo les asaltaba la idea de que se estaban embarcando en la más absurda e infructuosa de las búsquedas, pero lo novedoso y excitante del proyecto acababa siempre por imponerse a todas sus dudas. En la primera noche con luna llena, tomaron las herramientas y partieron hacia Dollymount para realizar su primera tentativa en el barco del tesoro. Tan enfrascados estaban en su objetivo, que ni siquiera se percataron de lo que tenían ante sus ojos. No fue hasta que llegaron a la cumbre de la duna desde la que habían visto por vez primera el casco del barco, que se dieron cuenta de que la marea estaba subiendo y que ya había cubierto la mitad de su recorrido. El descubrimiento fue como un jarro de agua fría para ambos, que vieron sus esperanzas revolcadas por el suelo, al menos por el momento. Podría suceder que tuvieran que adentrarse mucho en el invierno —quizás meses— hasta poder disfrutar de una conjunción favorable de marea, luna y buen tiempo, pues solo así sería practicable su plan. Ya habían intentado tomarse un tiempo de descanso en la oficia, pero la presión del trabajo era tanta que su jefe les había dicho que, a menos que tuvieran motivos de peso y justificables, no podía prescindir de sus servicios. Como revelar su objetivo los convertiría en blanco de las burlas, y como toda la empresa se basaba en nada más que una quimera, habían guardado silencio.

Regresaron a casa más tristes que como habían salido y, al día siguiente, después de estudiar cuidadosamente el almanaque de mareas, hicieron una

lista de las noches que podrían ser aptas, siempre que la luna y el tiempo les fueran asimismo favorables. El hecho de alojarse en la casa de su jefe limitaba aún más su tiempo, pues existía la regla inflexible de que a las doce estuviera todo el mundo en casa. Por lo tanto, las únicas noches viables eran entre el once y el quince de diciembre, cuando la marea estaría baja entre las siete y las once. Eso les concedería, en cada noche, una hora de trabajo, porque durante nada más que ese tiempo se hallaba expuesto el pecio durante la bajamar.

Esperaron ansiosos el once de diciembre; el tiempo se mantenía propicio y, casi cada noche, los dos amigos iban caminando a contemplar el escenario de sus futuras labores. Robert tenía prohibido visitar a Ellen, por orden del padre de ella, así que agradecía tener algo que lo distrajera mientras tanto.

A medida que se aproximaba la fecha, el tiempo empezó a cambiar, y Robert y Tom se pusieron nerviosos. El viento soplaba a rachas breves y violentas, que levantaban remolinos de hojas muertas y empapadas y las acumulaban en los rincones, y en el litoral alzaba olas con crestas de espuma. Nubes bajas llegaban a la costa desde el mar, y a veces la niebla era tan densa que apenas se podía ver a unas yardas; aun así los jóvenes siguieron visitando su tesoro cada noche. Al principio, los guardacostas no les quitaban ojo de encima, hasta que los chicos les revelaron su intención y mostraron la carta donde Sir Arthur les concedía permiso para proceder con el barco como fuera su deseo.

A los marinos la empresa les pareció una broma pero, aun así, prometieron ayudarlos en cuanto pudieran, con su buena voluntad característica. Desde hacía un tiempo, un temor acosaba a ambos amigos; un temor del que ninguno había hablado. A fuerza de devanarse la cabeza con su aventura, habían llegado a pensar, o más bien a intuir, que el barco que durante quince años había permanecido intocado en la arena, sin que nadie le prestara atención, se había convertido de pronto en motivo de interés para todo el mundo, igual que les había sucedido a ellos. Creían que alguien perverso y artero podía arruinar su aventura al adelantarse en la exploración del pecio. Sus temores se disiparon con la amable promesa de los guardacostas de no permitir que nadie más pusiera las manos en el velero sin su permiso. El tiempo seguía revuelto, para su decepción, aunque, al mismo tiempo, la demora agigantaba sus esperanzas, de manera que cuando la noche del diez, mientras estaban tumbados en sus camas, oyeron una fuerte tormenta aullar entre las chimeneas, cada uno se convenció, en su fuero interno, de que el viejo pecio albergaba un tesoro como pocos había visto el mundo.

A las siete de la tarde del día siguiente, estaban en la costa del Bull escrutando la negrura como la brea. El viento soplaba con tanta fuerza en dirección a la costa que las olas superaban con creces la línea a la que, de costumbre, llegaban a esa altura de la marea, y los regueros entre la arena corrían con tanta fuerza como el agua aliviada de una presa. Cada ola que arribaba a la llana costa rompía formando una nube de espuma y gotitas, que el viento empujaba a tierra como si de lluvia se tratara. El bramido de las olas se extendía por una larga franja costera, tan ronco que, al oírlo, se deducía fácilmente de dónde procedía el extraño nombre del distrito.

Con una noche así, sería imposible trabajar en el pecio, suponiendo que fueran capaces de dar con él entre la densa oscuridad y pudieran abrirse paso hasta allí. Esperaron un rato, pero, viendo que era inútil, volvieron cabizbajos a casa, con la firme esperanza de que la noche siguiente resultara más propicia.

Sus anhelos fueron en vano. La tormenta se prolongó dos días, en ningún momento de los cuales, salvo en las pausas durante el retroceso de las olas, el pecio quedó expuesto. Las siete de la tarde encontraba a los dos jóvenes escrutando desde lo alto de las dunas, a la espera de una oportunidad de visitar el barco, esperando sin fundamento que una calma repentina les proporcionara la oportunidad deseada. Cuando la tormenta empezó a amainar, sus esperanzas cobraron fuerza en proporción, y la mañana del día catorce, cuando se despertaron y no oyeron el silbar viento entre las chimeneas aledañas a su ático, volvieron a sentirse optimistas. Esa noche fueron al Bull esperanzados, y volvieron a casa presa de la desesperación. Aunque la tormenta había cesado, el mar continuaba revuelto. Unas olas grandes, pesadas, que no llegaban a levantar rociones pero que seguían coronadas de espuma, continuaban barriendo la bahía, recorriéndola a gran velocidad y con fuerza irresistible, y rompiendo con tal energía sobre la planicie arenosa que no tenía sentido plantearse alcanzar el pecio. Mientras Robert y Tom volvían a casa apretando el paso —habían esperado en el Bull hasta el último momento, y ahora temían llegar tarde—, se sentían tristes y desanimados pues, pese a que aún restaba una noche en la que podrían visitar el pecio, temían que, aunque el viento y la marea fueran propicios, una hora no les bastara para explorarlo. No obstante, los jóvenes nunca pierden la esperanza, y a la mañana siguiente compartían una idea entusiasta nacida de la desesperación, la idea de que la suerte debía ponerse tarde o temprano de su lado, y que tanto los perdedores como los ganadores cuentan con su momento de oportunidad. Cuando esa noche se acercaban al Bull, el corazón les latía

con tanta fuerza que casi alcanzaban a oírlo. Sentían que había motivo para la esperanza. Durante todo el camino desde el pueblo vieron la superficie del agua frente a Clontarf llana a la luz de la luna, y pensaron que frente a las dunas debía de haber la misma calma. Pero, lamentablemente, no recordaron que dos grandes rompeolas protegían el muelle, mientras que las arenas del Bull se hallaban expuestas a las tormentas; las tempestades atlánticas, que descargaban contra las costas del norte y del sur, recorrían arriba y abajo el canal con fuerza suficiente aún para ser motivo de respeto, y, con cada marea, penetraban en todos los muelles y bahías a lo largo de la costa. Por lo tanto, al llegar a la barra de dunas, lo que vieron echó por tierra sus esperanzas.

La luna se alzaba ante ellos, más allá del faro de Bailey, y la franja de luz que este proyectaba pasaba sobre el barco del tesoro. Las olas, negras salvo cuando la luz bañaba las crestas, recorrían la bahía y, de cuando en cuando, mientras superaban su línea habitual, entre ellas asomaba, alumbrado por el haz de luz, el negro casco. No había ni la menor oportunidad de alcanzar el pecio, y una vez más regresaron entristecidos a casa, pensando que la oportunidad más próxima en que podrían volver a intentarlo sería en la noche del veinticuatro de diciembre.

Capítulo III. El cofre de hierro

Los días que mediaron fueron largos para los dos.

A Robert le resultaron interminables; ni siquiera el nepente del trabajo duro y continuado aplacaba sus pensamientos. Distraído por un lado por la prohibición de estar con Ellen, y, por otro, por la anhelada fortuna que quizás le permitiera ganar la mano de la chica, apenas dormía por las noches. Cuando lo hacía, siempre soñaba, y en sus sueños Ellen y el pecio aparecían asociados. Unas veces, sus sueños eran de éxito rotundo: descubría un vasto tesoro que compartía con la mujer que amaba; otras veces, no había más que desgracia, y la búsqueda del tesoro ponía en peligro su vida o, lo que era mucho peor, lo llevaba a perder a su amada.

Sin embargo, siempre existe el consuelo de que, pase lo que pase en el mundo, el tiempo transcurre sin descanso; el día largamente esperado terminó por llegar.

La noche del veinticuatro de diciembre, Tom y Robert partieron hacia Dollymount tan nerviosos que se les entrecortaba la respiración.

Al atravesar el pueblo y ver la gran cantidad de gente reunida con un único objetivo: los preparativos para la mayor de las fiestas del cristianismo, la fiesta más importante, celebrada en todo el mundo, en todos los lugares donde la Luz Verdadera haya descendido, no pudieron evitar sentir cierta lástima por no poder unirse a los demás. El buen humor de Robert se aguó en parte cuando vio a Ellen del brazo de Tomlinson, mirando un escaparate brillantemente iluminado, con tanta atención que no se percató de su paso. No lamentaron demasiado dejar atrás el pueblo, el gentío, los puestos abarrotados y las tiendas engalanadas con adornos navideños, sino que apretaron el paso.

Mientras estuvieron dentro de los límites del pueblo, rodeados por escaparates iluminados, les pareció que había suficiente luz. Sin embargo, cuando salieron del pueblo y ya no tuvieron sobre ellos lamparitas de colores, temieron que la noche fuera demasiado oscura para trabajar.

Estaban preparados para la contingencia, y cuando llegaron a las laderas de arena, al pie de las dunas, encendieron una linterna ciega y se dispusieron a atravesar la franja arenosa. Bastaron unos momentos para que cayeran en la cuenta de que la linterna era un error. Veían el terreno que se extendía inmediatamente frente a ellos, hasta donde alcanzaba el estrecho triángulo de luz, convergente en el ojo de buey, pero más allá la oscuridad se alzaba como una negra muralla sólida. Cerraron la linterna, pero eso fue incluso peor, porque después de la luz, pese a lo tenue que era, se quedaron completamente a ciegas. Les llevó casi una hora llegar al pecio.

Al menos ya podían ponerse manos a la obra, y con un martillo y un cincel empezaron a abrir una entrada en el barco del tesoro.

La escasez de luz jugó en su contra, y el trabajo avanzaba muy despacio pese a todo su empeño. Todo tiene un final, no obstante, y al cabo retiraron suficientes planchas de madera como para abrir un orificio de unos cuatro pies de ancho por seis de largo; una cuaderna lo atravesaba, pero, al no hallarse en el centro, les dejaba espacio suficiente para acceder al interior.

A los dos jóvenes les latía con fuerza el corazón en el momento de inclinar la linterna y que la luz entrara por la abertura. Dentro era todo oscuridad, y a menos de cuatro pies bajo ellos había una superficie de agua, inmóvil y negra como la tinta. Pudieron apreciar a simple vista que el nivel ascendía, y comprendieron que la marea había empezado a subir y que solo disponían de unos minutos. Se estiraron cuanto pudieron, hundiendo los brazos en el agua hasta los hombros, pero sin encontrar nada. Robert se irguió y empezó a desvestirse.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Tom.

—Sumergirme. Es nuestra única posibilidad.

Tom no se lo impidió, pero cogió la cuerda que habían llevado con ellos, ató un extremo alrededor del torso del Robert y sujetó el otro con fuerza. Robert colocó la linterna de modo que proyectara la luz lo más en vertical posible, y después, con una oración silenciosa, se introdujo por la abertura y quedó colgando de la cuaderna. El agua estaba muy fría, tanto que, pese a su ardiente excitación, sintió que se helaba. Sin embargo, no vaciló; se soltó de la cuaderna y cayó al agua oscura.

—Por Ellen —dijo al desaparecer.

Quince segundos después volvió a la superficie, jadeando, y con gran esfuerzo trepó por la cuerda hasta reunirse con su amigo.

—¿Y bien? —preguntó Tom, ansioso.

—¡Oooh! ¡Por Dios! Estoy helado hasta los huesos. He bajado unos seis pies y tocado algo duro. He tanteado el contorno y creo que es un barril. Al lado asomaba la esquina de una caja, y un poco más allá algo cuadrado y de hierro.

—¿Cómo sabes que es de hierro?

—Por el óxido. Sujeta la cuerda otra vez. No hay tiempo que perder. La marea está subiendo y tendremos que irnos enseguida.

Volvió a sumergirse en el agua negra y en esta ocasión tardó más en salir. Tom se asustó por su tardanza y tiró de la cuerda para llamarlo a subir. Un instante después apareció, con la cara tan congestionada que parecía negra. Tom jaló de la cuerda hasta que su amigo volvió a estar encaramado al casco del barco. Esta vez no se quejó por el frío. Temblaba, presa de una excitación tan grande que aplacaba la baja temperatura. Cuando recuperó el aliento dijo, casi a gritos:

—Hay algo ahí. Lo sé. Lo he tocado.

—¿Algo interesante? —preguntó Tom, presa de una ansiedad incontenible.

—Sí. La caja de hierro es pesada, tanto que no he podido moverla. He levantado fácilmente el borde del tonel, y también otras dos o tres cajas, pero la de hierro no.

Mientras hablaba, oyeron un suave murmullo, y cuando miraron alarmados hacia abajo, vieron que el agua había empezado a llenar el foso alrededor del barco. Unos minutos más y la marea les cerraría el paso de vuelta.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Tom—. Rápido o será demasiado tarde. Tenemos que volver a colocar las tablas antes de que suba la marea. Si no, el

interior se llenará de arena.

Sin detenerse siquiera a vestirse, Robert lo ayudó y pusieron las tablas donde habían estado antes y las aseguraron con clavos resistentes. A continuación se apresuraron a volver a la costa. Cuando llegaron a las dunas, Robert, pese a todos los esfuerzos, tenía tanto frío que no era capaz ni de ponerse la ropa.

Sumergirse en el agua y permanecer desnudo media hora en una noche de diciembre no es ninguna broma.

Tom lo ayudó lo mejor que pudo, y después de echarle sobre los hombros su propio abrigo y de darle un trago de la petaca, Robert se sintió mejor. Apretaron el paso, y, para cuando llegaron a casa, el ejercicio, la emoción y la esperanza ya les habían hecho entrar en calor.

Antes de irse a la cama, debatieron sobre qué hacer a continuación. Los dos querían volver a intentarlo por la mañana, porque, aunque el día siguiente era Navidad, sabían que, si querían sacar lo que había dentro del pecio, tendrían que hacerlo lo antes posible.

Se enfrentaban ahora a dos peligros: el mal tiempo y las filtraciones de arena, así que decidieron no perder ni un momento.

Se levantaron al amanecer, y en la primera ocasión en que vieron el barco alcanzable, se lanzaron a vadear en su rumbo. En esta ocasión iban preparados para el agua y el frío. Habían dejado sus ropas en la playa y se habían puesto otras, viejas, que, aunque se mojaran, los protegerían del frío, pues una brisa fuerte llegaba a rachas y las olas comenzaban a alzarse amenazadoras. Con el corazón latiendo con fuerza, examinaron la abertura que habían vuelto a tapar, y su ánimo se derrumbó. La marea había levantado una de las planchas, y, por la arena acumulada en las grietas, se temieron que el interior se hubiera colmatado. Habían llevado varias cuerdas resistentes, ya que su tarea de ese día sería izar el cofre de hierro, donde ambos confiaban que se ocultara el tesoro.

Robert se preparó para volver a bajar. Se ató una cuerda a la cintura, como la vez anterior, y cogió la otra. Tom esperó conteniendo el aliento hasta que regresó a la superficie. Tardó mucho, y cuando volvió le castañeteaban los dientes, pero ya no llevaba la cuerda. Dijo a Tom que había conseguido pasarla bajo el cofre. Luego volvió a sumergirse, con la otra cuerda, y cuando emergió de nuevo dijo que también la había pasado bajo el cofre, cruzada con la primera. Tenía tanto frío que no era capaz de bajar de nuevo. De hecho, apenas era capaz de mantenerse sobre el casco del barco; así que, con gran congoja, su amigo se dispuso a descender él para ceñir las cuerdas, pues sabía

que, si le sucedía algo, Robert no podría ayudarlo. Eso no contribuyó a hacer más fácil la tarea ni a animarlo cuando se sumergió por primera vez en el agua negra. Su intención era rodear el cofre con las cuerdas que Robert había colocado, y luego sacar a la superficie los extremos de las mismas. Cuando emergió, dijo a Robert que había atado una de las cuerdas alrededor del cofre, pero que no había tenido tiempo para más. Tenía tanto frío que no quería arriesgarse a volver a bajar, así que entre los dos cerraron a toda prisa la abertura lo mejor que pudieron y volvieron a la playa a cambiarse de ropa. Para cuando estuvieron vestidos y aceptablemente calientes, la marea estaba subiendo, así que emprendieron el camino a casa, deseando que llegara la noche, momento en que realizarían el esfuerzo final.

Capítulo IV. Perdido y hallado

Tom fue a comer con unos parientes que vivían en el pueblo. Antes de salir, dijo a Robert:

—Bueno, Bob, a las siete en punto.

—Tom, no te olvides ni llegues tarde. Recuerda, cuento contigo.

—No te preocupes, muchacho. Solo la muerte me impedirá ir; pero si llegara a suceder que yo no apareciera, no esperes por mí. Si no puedo estar contigo en carne y hueso, lo estaré en espíritu.

—Tom, no digas tal cosa. No sé qué haría si no vinieras. Puede que no estemos haciendo nada más que perseguir un espejismo, pero prefiero no pensarlo. Significa mucho para mí.

—Muy bien, viejo amigo —dijo Tom tratando de animarlo—, no te fallaré. A las siete —dijo, y partió.

Robert pasó angustiado todo el día. Asistió a la iglesia, donde sabía que tendría oportunidad de ver a Ellen y obtener de ella una sonrisa fugaz cuando pasara a su lado. La consiguió, y una mirada de sus negros ojos, tan elocuente como si le hubiera dedicado unas palabras con sus preciosos labios: «¿Dónde has estado tanto tiempo? Ya nunca vienes a verme». Eso hizo palpitar con fuerza el corazón de Robert, pero asimismo incrementó su angustia. «¿Qué sucederá si el pecio resulta ser un fiasco, si el cofre no me aporta nada más que una decepción?», pensó. «Si no consigo cien libras, las tiernas miradas de esos ojos negros serán para otro; su hermosa boca susurrará al oído de alguien que no la amará ni la mitad de lo que yo la amo».

No podía soportar la perspectiva de volver a cruzarse con ella, así que en cuanto concluyó el servicio religioso, se escabulló a toda prisa. Cuando ella salió, lo buscó con la mirada, pues confiaba en que Robert la estuviera esperando. Miró ansiosa a un lado y a otro, pero solo vio al señor Tomlinson, que al aparecer en ese momento no hizo que aumentara su aprecio por él.

Robert se obligó a comer algo. Se atragantaba con cada bocado, pero sabía que necesitaba fuerzas para afrontar la tarea que le aguardaba, y se forzó a alimentarse. A medida que se acercaban las siete, fue poniéndose cada vez más nervioso. Se asomó repetidas veces a la ventana pero no vio rastro de Tom. Dieron las siete y continuaba sin aparecer. Empezó a alarmarse de veras. Las palabras de Tom le resonaron en la cabeza: «Solo la muerte me impedirá ir». Esperó un poco más, atacado por una enorme ansiedad, y entonces recordó lo otro que su amigo le había dicho: «Si llegara a suceder que yo no apareciera, no esperes por mí», y a sabiendas de que, siguiera esperando o no, la marea no dejaría de subir, y que la oportunidad de extraer el cofre pasaría, decidió ir en solitario. Su determinación se vio reforzada por el hecho de que el viento racheado de la mañana había cobrado mucha fuerza, y a veces portaba hilachas de niebla, señal de que un gran banco se avecinaba.

Hasta que llegó a la costa del Bull, no abandonó la esperanza de que Tom apareciera; pensó que a lo mejor se había retrasado y que, en lugar de incrementar la demora yendo a casa, se había dirigido directamente al escenario de operaciones.

Sin embargo, no había señal de su amigo; en ausencia de Tom, tendría que ocuparse él solo del trabajo. No sin cierto recelo, se dispuso. Dejó su ropa en lo alto de una duna, se puso las prendas viejas que había llevado, tomó las herramientas, las cuerdas y la linterna, y se puso en marcha. Había motivos para alarmarse. El viento seguía ganando fuerza y silbaba en sus oídos con cada racha. Lejos, en la oscuridad, el mar comenzaba a bramar en el límite de la llanura arenosa, y la niebla avanzaba tierra adentro en cortinas, como la espuma levantada por una catarata. En los regueros abiertos por la marea, el agua le tironeó de las piernas, fría como el hielo. Aunque a aquellas alturas conocía bien el camino, tuvo dificultades para localizar el pecio, pero al cabo llegó hasta él y se puso manos a la obra.

Había tomado la precaución de llevar consigo una segunda muda de ropa vieja y un impermeable. Su primera preocupación fue asegurar la lámpara al abrigo del viento; la segunda, retirar las planchas del casco para acceder al interior. Preparó seguidamente las cuerdas, y, tras desvestirse, se sumergió para asegurar la segunda cuerda. Lo logró sin problemas, y colocó el nudo en

el extremo del cofre opuesto a donde estaba atada la primera cuerda. Salió del agua, se vistió y se puso el impermeable para mantenerse en calor. Cortó luego un trozo de otra plancha, a fin de dejar a la vista una segunda cuaderna. Alrededor de esta, ató una de las cuerdas, tensándola cuanto pudo. Pasó la segunda cuerda alrededor de la otra cuaderna y empezó a jalar. Poco a poco, alzó un extremo del gran cofre, y cuando ya no pudo levantarlo más, ató la cuerda y procedió a jalar de la otra.

Atacando las cuerdas alternativamente, levantó el cofre hasta que este quedó suspendido, pero aún bajo el agua. Comenzó luego a sacudir las cuerdas de manera que el cofre oscilara como un péndulo. Aferró ambas cuerdas y, con cada oscilación del cofre, cobraba un poco de cada una. Procedió así, poco a poco, hasta que, para su infinita alegría, vio la parte superior del cofre asomar del agua. Su excitación se tornó en frenesí. Redobló sus esfuerzos, siguió cobrando ahora de una cuerda, ahora de la otra, y el cofre subió más rápido, hasta que llegó al tope de lo que podía elevarse por ese método. Como ya casi estaba fuera, Robert soltó un tramo largo de cuaderna y, usándolo a modo de palanca, lentamente, después de varios intentos en vano, hizo pasar el cofre por el orificio hasta ponerlo sobre el casco, desde donde se deslizó y cayó a la arena con un golpe blando.

Lanzando un grito de júbilo, Robert saltó tras él, pero cayó sobre el borde del cofre y se torció el tobillo con tanta violencia que cuando se levantó y trató de mantenerse en pie, el tobillo cedió y volvió a caer al suelo. Se las apañó, sin embargo, para alejarse a rastras del pecio y alcanzar la linterna. Para entonces el viento soplaba con rabia redoblada y grandes masas de niebla se tendían sobre él, entreveradas de aguanieve. En sus esfuerzos por proteger la linterna del viento, resbaló otra vez, golpeándose una pierna contra el borde afilado del cofre. Tan fuerte fue el dolor que, por unos momentos, a punto estuvo de perder el sentido, y cuando se recuperó, descubrió que era incapaz de moverse.

La linterna había caído en un charco y se había apagado. La situación era grave; a Robert se le encogió el corazón, a sabiendas de lo que le aguardaba. El viento se transformaba rápidamente en tormenta, azotándolo, cargado de niebla. El bramido de la marea sonaba cada vez más cercano y cada vez más fuerte. Sobre él, un palio de negrura, salvo cuando en el plomizo cielo invernal una blanca columna de niebla pasaba flotando, como el espíritu encarnado de la tormenta. Todo su pasado se arremolinó en la cabeza de Robert; en especial, el reciente. Pensó en las palabras de su amigo: «Solo la muerte me impedirá ir», y tan repleto estaba el aire a su alrededor de sombras

lúgubres y formas horrorosas, que le fue fácil imaginar que Tom había muerto y que era su espíritu lo que trazaba círculos a su alrededor, aullando a través de la noche. Lo asaltó el recuerdo de su sueño, y el corazón se le paralizó por un instante, al percatarse de la exactitud con que aquel se había cumplido. Allí estaba él, tendido, pero no en un sueño sino en la realidad, junto a un barco hundido, en una planicie de arena. A su lado había un cofre como el que había visto y, de nuevo como en su sueño, la muerte batía sus gigantescas alas sobre él. Curiosos horrores acudieron a su encuentro, portados por la tempestad. Su padre, a quien nunca había conocido, parecía hallarse ahora junto a él; así lo sintió. Todos los fallecidos a los que había conocido en algún momento trazaban círculos a su alrededor en una danza macabra. Entre las ráfagas de la tormenta, oyó un lúgubre toque de campanas; parecía estar rodeado de campanas; los repiques provenían de todas las direcciones. Todos los elementos de su sueño habían hecho acto de presencia, todos salvo Ellen. ¡Pero no! En cuanto la idea se le pasó por la cabeza, le pareció oír la voz de la chica, al igual que se oye una voz en sueños. Trató de gritar, pero estaba tan aterido que apenas oyó su propia voz. Intentó levantarse, pero fue en vano, y entonces, superado por el dolor, la emoción y las esperanzas deshechas, perdió el conocimiento.

¿Su búsqueda del tesoro iba a concluir así?

Mientras el señor Stedman y Ellen tomaban el té esa tarde, con Arthur Tomlinson como único invitado, alguien llamó imperiosamente a la puerta del *cottage*. La joven criada entró en la estancia un momento después, muy asustada y sosteniendo una carta. Se aproximó a Ellen y, vacilando, dijo:

—Señorita, es un hombre del hospital, y dice que debe usted leer esta carta y acompañarlo de inmediato. Es una cuestión de vida o muerte.

Ellen se puso tan pálida como una hoja de papel, se levantó a toda prisa y abrió la carta con manos temblorosas. El señor Stedman se levantó también. Arthur Tomlinson permaneció sentado, mirando fijamente a la joven criada, hasta que esta, pensando que había hecho algo mal, rompió a sollozar. La carta la había enviado el médico del hospital, a instancias de Tom, y le rogaba acudir de inmediato, ya que tenía que decirle algo de suma urgencia, concerniente a alguien que —él estaba seguro— era muy importante para ella. De inmediato, Ellen corrió a ponerse su capa y pidió a su padre que la acompañara.

—No será cierto que vas a ir —dijo Tomlinson.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —respondió ella, resuelta—. Te pido disculpas por dejarte así, a no ser que quieras venir con nosotros.

—No, gracias. No soy un filántropo.

Media hora después estaban en el hospital y ya habían escuchado el relato de Tom. El pobre chico, mientras se dirigía a toda prisa al encuentro de Robert, había sido golpeado por un carruaje y se había roto una pierna. En cuanto le fue posible, envió el aviso a Ellen, ya que temía que Robert hubiera ido él solo al pecio, después de las dificultades por las que ambos habían pasado la noche anterior, y creyendo que si había alguien dispuesto a enviarle ayuda, esa sería Ellen.

En cuanto hubo escuchado la historia y comprendido el peligro en que se hallaba Robert, ella partió con su padre hacia el Bull.

Les costó un poco conseguir un carruaje, condujeron todo lo rápido que pudo el caballo y, en cuanto llegaron al Bull, llamaron a la puerta de la estación de guardacostas. Ninguno de los hombres que allí estaban había visto a Robert esa noche, pero conscientes del posible peligro, todos se movilizaron sin demora. Envolvieron a Ellen y a su padre con impermeables y, tras hacerse con linternas y cuerdas, salieron hacia el pecio. Todos conocían su ubicación y se encaminaron hacia allí lo más directamente que pudieron; cuando atravesaron la barra de dunas, se toparon con las ropas de Robert. A todos se les ensombreció la expresión. Quisieron que Ellen se quedara en la costa, a lo que ella se negó de plano. A esas alturas, la tormenta aullaba con furia y el bramido del mar, transportado por el viento, era aterrador. Los regueros formados por la marea eran más hondos que de costumbre, y encontraron dificultades para vadearlos en su camino al pecio.

Entre la niebla, los hombres perdieron el rumbo y dudaron sobre si debían alejarse aún más. Gritaron todo lo fuerte que pudieron pero no hubo contestación. El miedo de Ellen se tornó desesperación. También ella gritó, aunque con el temor de que, en medio de semejante viento, sus gritos de mujer no sirvieran de nada. Sin embargo, su clara voz de soprano llegó más lejos que los roncos gritos de los robustos marinos y penetraron la tormenta como una cuña. Por dos o tres veces gritó: «¡Robert, Robert, Robert!», aunque sin respuesta. De pronto se detuvo y, volviendo la cabeza, gritó de alegría: «¡Está allí! ¡Está allí! ¡Oigo su voz!», y echó a correr todo lo rápido que pudo a través de la oscuridad y en dirección al mar embravecido. Los guardacostas le gritaron pidiéndole que tuviera cuidado y la siguieron con linternas tan rápido como pudieron.

Cuando la alcanzaron, la encontraron sentada sobre un cofre de hierro junto al pecio, con Robert descansando sobre su regazo y la cabeza apoyada en el pecho de ella. Él había abierto los ojos y susurraba sin apenas fuerzas:

—Ellen, amor mío, amor mío. He arriesgado mi vida por ti.

Ella se inclinó para besarlo, pese a la presencia de los rudos marinos, y, en medio de la tormenta, le respondió, asimismo con un susurro:

—No ha sido en vano.

LA CADENA DEL DESTINO

(The Chain of Destiny)

Capítulo I. Una advertencia

Era muy tarde cuando llegué a Scarp, así que apenas tuve oportunidad de apreciar el aspecto exterior de la casa; pero, por lo que alcancé a ver a la penumbra del crepúsculo, se trataba de una edificación majestuosa, de evidente antigüedad y construida en piedra blanca. Cuando traspasé el porche, no obstante, pude ver las bellezas de su interior con mucho más detalle, ya que un gran fuego de leña ardía en el recibidor y todas las habitaciones y corredores estaban iluminados. El recibidor era de proporciones palaciegas y de él partía una escalera de oscura madera de roble, tan ancha y que trazaba en su ascenso una curva tan abierta que un coche de caballos casi habría podido subir por ella. Las estancias eran amplias y lujosas, con las paredes empaneladas en la misma oscura madera de roble de la escalera. Este material tan oscuro podría haber hecho de la casa un lugar lúgubre, si no fuera por la gran amplitud de los espacios y la altura de los techos, tanto en las habitaciones como en los pasillos. En realidad, el efecto era el de una acogedora combinación de amplitud y calidez. Las ventanas se abrían al fondo de profundas troneras en los muros y, en la planta baja, llegaban desde casi el suelo hasta prácticamente el techo. Las hogueras del estilo de antaño, eran grandes y estaban rodeadas por imponentes tallas en roble, representando cada una alguna escena bíblica, y a los lados de los hogares se erguían robustos morillos de hierro forjado. Era, en conjunto, el tipo de casa que habría hecho las delicias de Washington Irving o Nathaniel Hawthorne.

Había sido restaurada recientemente, pero no se había olvidado el confort a la hora de emprender las reparaciones, habiéndose incorporado todos los avances modernos que pudieran contribuir a hacer las estancias aún más acogedoras. Las antiguas ventanas batientes con cristales emplomados, que databan seguramente del periodo isabelino, se habían sustituido por lunas más

prácticas; y, de manera similar, habían tenido lugar otros muchos cambios. Pero cada modificación se había llevado a cabo de modo tan juicioso que nada de lo nuevo discordaba con lo antiguo, sino que la harmonía entre todos los elementos parecía total.

Pensé que no resultaba extraño que la señora Trevor se hubiera enamorado de Scarp en cuanto la vio. Que a ella le gustara bastó para que el señor Trevor la adquiriera de inmediato, ya que su fortuna ponía a su alcance casi todo lo que el dinero podía comprar. También él era una persona de buen gusto, pero a este respecto se sentía en tanta inferioridad frente a su mujer que nunca osaba discrepar con ella en ninguna elección ni juicio. La señora Trevor era, sin la menor duda, la persona con mejor gusto que yo había conocido jamás, y, por extraño que resulte, su buen gusto no se manifestaba en forma de ninguna manifestación artística en particular. No escribía, ni pintaba, ni cantaba; pero ninguna de sus amistades cuestionaba su buen criterio en cuanto a literatura, pintura y música. Parecía como si la naturaleza le hubiera negado la capacidad de ejecución en todas las artes, a cambio de otorgarle una perfecta apreciación de la belleza y la honestidad en la totalidad de las mismas. Era insuperable en el arte de crear harmonía: el arte de la vida cotidiana. Su esposo acostumbraba decir, en una broma pillada por los pelos, que la estrella de su mujer debía de haber estado en la Casa de Libra, pues todo cuanto ella decía o hacía era muestra de un hermoso equilibrio.

El señor y la señora Trevor eran la pareja más modélica que yo había conocido nunca; más que una pareja, parecían una unidad. Se diría que habían adoptado en parte la idea francesa del matrimonio: que no tenían por qué dejar de ser amigos solo por el hecho de hallarse ligados por unos lazos indisolubles que les obligaban a compartir tanto las dichas como las desgracias. Se complementaban entre sí, y ambos poseían ese feliz temperamento capaz de encontrar motivos de placer en todo y hallar consuelo incluso en la aflicción más aplastante.

Aun así, en el tapiz de su feliz vida había un hilo de dolor, que salía a la luz en momentos insospechados para luego volver a desaparecer, pero que prestaba al conjunto del tejido un tono apagado: la pareja no tenía hijos.

> *Había en ellos una sombra de tristeza, pero llegado el momento*
> *su afecto sostenido les prestó un aliento del que surgió la calma*
> *pero que dejó tras de sí un deseo hasta entonces desconocido.*

Había sencillez y algo de religioso en el modo como afrontaban su solitaria vida; pues para dos personas que se aman de verdad, su casa siempre será solitaria en ausencia de hijos. Su actitud no era el anhelo aún vivo y, a la vez, frustrado, de aquellos cuya unión se ha demostrado estéril. Se trataba de la resignación llana, paciente y desesperanzada de los que descubren que el padecimiento compartido los une con más fuerza aún que muchas alegrías comunes. Yo mismo no podía dejar de notar el caluroso afecto y el sentimiento paterno filial que se traslucía en su actitud conmigo.

Desde la vez en que yacía yo enfermo en la universidad y la señora Trevor apareció ante mis enfebrecidos ojos como si de un ángel caritativo se tratara, he sentido que ocupo un lugar cada vez mayor en sus corazones. Cómo puedo poner medida a mi gratitud hacia la dama que, solo porque oyó hablar a un compañero de la universidad de mi enfermedad y de lo solo que me encontraba, me cuidó noche y día hasta que remitió la fiebre. Cuando me sentí lo bastante restablecido como para salir, me llevó al campo, donde el aire límpido, las atenciones y el cariño pronto me hicieron sentir mejor que nunca. Después me convertí en visitante asiduo de la casa de los Trevor, y con el paso de los meses sentí que el afecto que me prodigaban no cesaba de crecer. Durante cuatro veranos, pasé las vacaciones en su casa, y cada año me encontraba con que el señor Trevor me estrechaba la mano de forma más calurosa y que el beso que su esposa depositaba en mi frente —pues ese era su modo de saludarme— se volvía más cariñoso y maternal.

Su afecto por mí había crecido tanto, que cada uno de ellos, en su fuero interno, me veía en secreto como a un hijo. Su cariño les era devuelto, multiplicado, por el solitario muchacho cuya devoción por los amables amigos que acudieron en su ayuda en su juventud y cada vez que se vio en problemas siguió creciendo en el paso a la edad adulta. Incluso me avergonzaba reconocer cuánto quería a ambos, que adoraba a la señora Trevor en la misma medida que adoré a la madre que perdí siendo tan joven y cuyos ojos aún se me aparecían, brillando como estrellas, en mis sueños.

Es curioso lo reacios que somos a hablar sobre lo que a nuestros afectos concierne. Solo porque yo nunca le había dicho que la quería como a una madre, y porque ella nunca me había dicho que me quería como a un hijo, yo, a veces, pensaba en ella con cierta sospecha latente, y me preguntaba si no se trataría todo de imaginaciones mías. A veces llegaba yo a tratar de eliminarla por completo de mis pensamientos, hasta que la echaba de menos de forma insoslayable, y entonces volvía a pensar en ella, larga y silenciosamente, y la quería más que nunca. Mi vida era tan solitaria que me aferré a la señora

Trevor, convirtiéndola en el único objeto de mi afecto. Claro está que también quería a su esposo, pero nunca pensé en él del mismo modo; los hombres son menos dados a demostrar sus sentimientos entre ellos, e incluso a reconocerlos ante sí mismos.

La señora Trevor era una excelente anfitriona. Siempre hacía que sus invitados se sintieran bienvenidos y, salvo en el caso de las visitas espontaneas, que eran esperados. Ella era, como bien se puede imaginar, muy popular en todas las clases sociales, y, lo que es más raro, igualmente popular para ambos sexos. Ser popular para las de su mismo sexo es la piedra de toque de la valía de una mujer. Los campesinos aseguraban que en sus casas era recibida como si de un ángel se tratara, y que a todos hacía sentirse cómodos, allá donde fuera. Conocía el modo adecuado para tratar con los desfavorecidos: siempre les prestaba ayuda material pero al hacerlo nunca ofendía sus sentimientos. Todos los jóvenes la adoraban.

Yo había llegado a sentir mucha curiosidad por Scarp, ya que, para darme una sorpresa, no me contaron nada sobre el lugar, limitándose a decir que debía esperar y juzgar por mí mismo. Esperé expectante y curioso el momento de mi visita.

Al pasar al recibidor, la señora Trevor salió a recibirme y me dio un beso en la frente, como era su costumbre. Varios de los antiguos sirvientes se aproximaron, sonrientes, haciendo reverencias y dando la bienvenida al «señor Frank». Estreché la mano de varios, mientras su señora me contemplaba con una sonrisa complacida.

Cuando nos trasladamos a un acogedor saloncito, donde había una mesa dispuesta con todo lo necesario para una cena confortable, la señora Trevor me dijo:

—Me alegro de que hayas venido tan pronto, Frank. No tenemos ningún otro invitado ahora, así que no dispondrás de más compañía que de la nuestra durante unos días; y esta noche de nada más que la mía, ya que Charley ha asistido a una cena en Westholm.

Le dije que me alegraba de que no hubiera nadie más en Scarp, pues prefería estar con ella y con su esposo antes que con cualquier otra persona.

—Frank —respondió ella, sonriente—, si alguien más me dijera eso, lo descartaría como nada más que un mero cumplido, pero, conociéndote, sé que eres sincero. Está bien pasar dos o tres días a solas con una pareja de viejos como Charley y yo, pero espera al jueves, y entonces los días mediantes te parecerán muy aburridos.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque, Frank, entonces nos visitará una chica de la que tengo intención que te enamores.

—Oh, gracias, señora Trevor —respondí de buen humor—, muchas gracias por sus amables intenciones, pero imagine, aunque solo sea por un momento, que eso no sea factible. Basta un hombre para llevar un caballo a la orilla del río pero… Incluso los planes trazados con mayor cuidado pueden fracasar.

—Frank, no seas tonto. No pretendo que te enamores en contra de tu parecer, pero creo que lo harás y confío en ello.

—Bueno, confío en que no acabe usted decepcionada, pero aún no me ha sucedido nunca que me hayan hablado maravillas de una persona y que luego no me haya sentido decepcionado, llegado el momento de conocerla.

—Frank, ¿he hablado maravillas de alguien?

—Me atrevería de afirmar que el hecho de que esté convencida de que me enamoraré de ella es una suerte de alabanza indirecta.

—Frank, querido, qué modesto te has vuelto. ¡Una suerte de alabanza indirecta! Tu humildad me conmueve.

—¿Puedo atreverme a preguntar quién es la dama, siendo yo, por lo visto, parte interesada?

—No sé si debería decírtelo después de que hayas manifestado dudas sobre sus méritos. Además, eso podría minar la impresión que recibas cuando os presente. Avivar tu curiosidad jugará en mi favor.

—Oh, muy bien. Supongo que, entonces, cuanto puedo hacer es esperar.

—Bueno, Frank, te lo diré. No es correcto dejarte en vilo. Se trata de la señorita Fothering.

—¿Fothering? ¿Fothering? Me suena el nombre. Creo que lo he oído en alguna parte, hace mucho, si no recuerdo mal. ¿De dónde es?

—Su padre es clérigo en Norfolk, pero pertenece a la familia Warwickshire. La conocí en Winthrop, la casa de Sir Harry Blount, hace unos meses, y me encariñé con ella, de modo correspondido, así que nos hicimos buenas amigas. La obligué a prometer que me haría una visita este verano, y ella y su hermana llegarán el jueves para quedarse un tiempo.

—¿Y puedo osar preguntar cómo es ella?

—Puedes preguntarlo si te place, Frank, pero no obtendrás respuesta. No trataré de describirla. Deberás esperar y juzgar por ti mismo.

—Esperar —dije—. ¿Durante tres interminables días? ¿Cómo seré capaz? Dígamelo.

Ella se mantuvo firme en su decisión. Varias veces durante la velada intenté averiguar algo más sobre la señorita Fothering, ya que se me había despertado la curiosidad; pero la única respuesta que obtuve fue: «Espera, Frank, espera, y juzga por ti mismo».

Después de que yo le deseara buenas noches, la señora Trevor me dijo:

—Por cierto, Frank, pasado mañana tendrás que dejar la habitación donde dormirás hoy. Voy a tener la casa tan llena de gente que no puedo dejarte una habitación doble solo para ti. Ahí alojaré a las hermanas Fothering y a ti te trasladaré al segundo piso. Pero quiero que veas la habitación. Tiene un aire romántico y conserva el mobiliario antiguo que tenía cuando compramos la casa. Hay varios cuadros que bien merecen que los veas.

Mi dormitorio era una estancia grande —inmensa, para tratarse de un dormitorio—, con dos ventanas que nacían al nivel del suelo, como las de los salones. El mobiliario era anticuado pero no tanto como para resultar pintoresco y de las paredes colgaban numerosos cuadros: retratos —la casa estaba repleta de ellos— y paisajes. Me limité a echarles un breve vistazo, con la intención de examinarlos por la mañana, y me fui a la cama. La chimenea estaba encendida y pasé un rato tumbado, mirando adormecido las sombras en movimiento que el baile de las llamas proyectaba sobre las paredes y el techo, y las brasas ardientes que caían entre la ceniza para languidecer. Intenté no pensar en nada, pero había algo que no cesaba de acudir a mi cabeza: la misteriosa señorita Fothering, de la que me iba a enamorar. Estaba seguro de haber oído su nombre en algún sitio y tenía recuerdos borrosos de una cara infantil. Cada vez que la recordaba, me espabilaba el amodorramiento, pero antes de que pudiera afianzar los vagos recuerdos, la imagen desaparecía. No recordaba cuándo ni dónde había oído su nombre, ni la expresión de la cara de la niña. Debía de haber sido hacía mucho mucho tiempo, cuando yo era joven. Cuando era joven y mi madre aún vivía. Mi madre, mi madre, mi madre… Me descubrí repitiendo esas palabras, medio dormido, una y otra vez. Finalmente cedí al sueño.

Me desperté de pronto, con esa curiosa sensación que a veces se tiene cuando nos arrancan del sueño, como si alguien hubiera estado hablando en la habitación y el eco de sus palabras aún perviviera. Todo se hallaba en silencio y el fuego se había apagado. Miré hacia la ventana que había frente al pie de mi cama y vi una luz fuera, que se hizo gradualmente más brillante, hasta que la habitación quedó casi tan iluminada como si fuera de día. La ventana parecía enmarcada por el dosel de la cama y las robustas columnas, engalanadas con cortinas, que lo soportaban.

Bajo aquella nueva luz, contemplé la habitación, pero nada había cambiado. Todo estaba tal y como antes, salvo que algunas piezas del mobiliario y la decoración destacaban con mayor intensidad que hasta entonces. Entre estas, sobresalían la segunda cama, situada al otro lado de la habitación, y un viejo cuadro, colgado en la pared a sus pies. Como la cama no era más que la gemela de la que yo ocupaba, mi atención se centró en el cuadro. Lo observé atentamente y con gran interés. Parecía antiguo, y se trataba del retrato de una joven, cuyo rostro, además de amable y alegre, mostraba indicios de inteligencia y de una inclinación a los sentimientos intensos, casi a la pasión. Por momentos, mientras lo miraba, me vino a la mente el recuerdo de la Beatrice de Shakespeare, y pensé asimismo en Beatrice Cenci; aunque esto fue, seguramente, una mera asociación de ideas, fruto de la coincidencia de los nombres.

La luz no dejaba de aumentar y volví a dirigir la mirada hacia la ventana, en busca de su origen, encontrándome con una imagen adorable. Me pareció ver, agrupadas al otro lado de la ventana, a tres preciosas niñas, que parecían flotar en el aire. La luz parecía provenir de un punto lejano, tras ellas, y al lado de las niñas había algo oscuro, brumoso, que se contraponía al brillo de las tres criaturas.

Las niñas parecían sonreír ante algo que había en la habitación, y, siguiendo la dirección de sus miradas, comprobé que miraban hacia la otra cama. Allí, por extraño que resulte, el rostro que yo acababa de ver en el retrato descansaba ahora sobre la almohada. Miré hacia la pared, pero el marco estaba vacío, el cuadro había desaparecido. Volví a mirar hacia la cama y vi a la joven dormida; su expresión no dejaba de cambiar, como si estuviera soñando.

Mientras la observaba, una repentina expresión de terror deformó su cara, y se irguió como una sonámbula, con los ojos como platos, clavados en la ventana.

Me volví de nuevo hacia la ventana y ya no pude apartar de allí la vista, pues había tenido lugar un gran cambio. Las tres niñas continuaban allí, pero sus rasgos y expresiones eran atrozmente distintas. Las expresiones felices e inocentes, propias de la infancia, habían dejado lugar a otra de malignidad. Al mismo tiempo, las niñas habían envejecido, y lo que ahora había ante mí eran tres arpías, decrépitas y deformes, como las brujas de los cuentos.

Pero un millar de veces peor que esta transformación fue el cambio en la masa oscura que había junto a ellas. De una nube, brumosa e indefinida, había pasado a ser una suerte de sombra con forma clara. Poco a poco, frente a mis

ojos, se tornó más oscura y densa, hasta que al cabo me causó un escalofrío. Ante mí se hallaba el mismísimo Demonio.

Siguió un largo periodo de silencio absoluto, en el que alcancé a oír los latidos de mi corazón, pero finalmente el Demonio se dirigió a las arpías. Las palabras parecieron manar de entre sus labios de forma mecánica, sin alterar su expresión. «El mañana de mañana de mañana. Las más bella y la mejor de todas».

Tan terrible era su apariencia que me pregunté: «¿Me atrevería a plantarle cara sin la protección de la ventana? ¿Se atrevería alguien a enfrentarse a esos diablos?».

Una risa áspera, estridente y diabólica procedente del exterior pareció responder, negativamente, mi pregunta no formulada.

Pero además de la risa, oí algo más: una voz agradable, dulce y desesperada que llegaba desde el otro extremo de la habitación.

—¡Sola, sola! ¿Acaso no hay ningún otro ser humano cerca? No hay esperanza, ninguna. Voy a volverme loca o a morir.

Las últimas palabras fueron pronunciadas entrecortadamente.

Intenté bajar de la cama pero no pude moverme, mis extremidades se hallaban paralizadas. La cabeza de la joven se desplomó de repente sobre la almohada; la boca abierta de par en par y la mandíbula colgante dejaban manifiesto lo que había sucedido.

Una vez más oí, proveniente de fuera, la risa fiera y diabólica, que aumentó de volumen, y aumentó y aumentó, hasta hacerse tan fuerte que el horror me arrancó del sueño y me erguí de un salto. Me detuve a escuchar y oí que alguien llamaba a una puerta; un momento después, ya más despierto, comprendí que el sonido provenía del recibidor. Se trataba, sin duda, del señor Trevor, que volvía de su cena.

La puerta del salón se abrió y volvió a cerrarse, y oí seguidamente un sonido acallado de pasos y voces, que no tardaron en apagarse, y toda la casa quedó en silencio.

Permanecí despierto largo rato, tumbado en la cama y dándole vueltas a la cabeza, y mirando el cuadro en el otro extremo de la habitación y la cama gemela; la luna brillaba, y los destellos de una tormenta de verano volvían, ocasionalmente, la noche aún más luminosa. De cuando en cuando, el ulular de un búho perturbaba el silencio.

Estaba muy preocupado por lo que había visto, pero al final, después de juntar todas las piezas, llegué a la conclusión de que había tenido la clase de sueño que se podía esperar en aquellas circunstancias: la luz de la luna, la

llamada a la puerta, el ulular del búho, la cama vacía y el rostro del cuadro habían sido la materia prima de los principales elementos de mi visión. El resto había sido, claro está, fruto de la imaginación, una consecuencia natural de los mencionados componentes interactuando dentro de mi cabeza.

Me levanté y eché un vistazo fuera de la ventana, sin ver nada más que el ancho y destellante reflejo que la luna proyectaba sobre la superficie del lago, y este, que se extendía a lo largo de millas y millas, de manera que la orilla opuesta se perdía en la penumbra nocturna, y el césped, punteado de arbustos y hierbas altas, entre el lago y la casa.

La visión se había desvanecido por completo. No obstante, el sueño —pues así, supuse, había que denominarlo— me había causado una poderosa impresión, y seguí despierto hasta que la luz del sol entró a raudales por la ventana, cuando finalmente caí dormido.

Capítulo II. Más pistas

Con la mañana bien entrada, me despertó Parks, el ayuda de cámara del señor Trevor, que siempre me atendía cuando visitaba a mis amigos. Me llevó agua caliente y el periódico local; y, mientras charlaba con él, olvidé por un momento el sobresalto sufrido esa noche.

Parks era un hombre formal, de avanzada edad, y el prototipo de una clase en rápida vía de desaparición: los antiguos sirvientes, tan orgullosos de su lealtad hereditaria hacia la familia de sus señores como lo están estos señores de su apellido y posición. Al igual que todos los viejos sirvientes, sentía una gran inclinación por las tradiciones de todo tipo. Creía en ellas, las temía y mostraba la más profunda reverencia ante todo lo que contara con una historia a sus espaldas.

Le pregunté si sabía algo de la historia legendaria de Scarp. Me respondió dudoso, vacilante, como quien expone una opinión aún no del todo formada.

—Bueno, verá usted, señor Frank, Scarp es tan vieja que debe de albergar unas cuantas leyendas, pero hace tanto tiempo desde que estuvo habitada por última vez, que nadie en el pueblo las recuerda. El lugar parece haber caído en el olvido y no formar ya parte de los pensamientos de la gente, por lo que, me temo, señor, que la historia genuina se ha perdido.

—¿A qué se refiere con la historia genuina? —quise saber.

—Bueno, señor, me refiero a la auténtica tradición, y no a las invenciones de la gente del campo. He oído algunas historias al sacristán, pero estoy

bastante seguro de que no eran verdaderas, porque, por lo que pude apreciar, señor Frank, él ni siquiera se las creía; solo trataba de asustarnos.

—¿Y no ha oído ninguna historia que, a su juicio, fuera auténtica?

—No, señor, y lo he intentado con empeño. Verá usted, señor Frank, hay una especie de club que se reúne semanalmente en la taberna del pueblo, compuesto por hombres respetables, señor, muy respetables, en realidad, y me invitaron a ser su presidente. Yo hablé al respecto con el señor, que me concedió permiso para aceptar la propuesta. Acepté porque insistieron de veras, y desde mi cargo tengo la oportunidad de hacer averiguaciones. Anoche estaba yo en el club, señor, por eso no pude atenderlo, lo que confío que pueda usted disculpar.

El tono empleado por Parks, una combinación de orgullo y condescendencia, al informarme del club, fue de lo más sutil, y el efecto quedó realzado por su franqueza, que invitaba a la confianza. Le pregunté si había dado con alguna pista acerca de las leyendas que debían existir alrededor de una residencia de tanta antigüedad. Me respondió con cierta renuencia.

—Bueno, señor, había una mujer en el pueblo, increíblemente vieja y chocha, y saltaba a la vista que sabía algo sobre Scarp, porque al oír el nombre farfulló algo sobre «historias terribles», «épocas de horror», y cosas semejantes, pero no fui capaz de hacerle entender lo que a mí de veras me interesaba y, sin que yo pudiera evitarlo, cambió de tema.

—¿Lo intentó alguna otra vez, Parks? ¿Por qué no vuelve usted a hacerlo?

—Ella ha muerto, señor.

Yo había contenido la risa cuando Parks empezó a hablarme de la vieja. La medida en que se recreó al decir «historias terribles» y «épocas de horror» escapa a toda descripción posible; era necesario verlo y oírlo para poder apreciarlo. Su voz se volvió profunda y misteriosa, y solo le faltó chasquear los labios de regocijo al proporcionar semejante pábulo de pesadillas. Pero cuando me dijo tranquilamente que la vieja había muerto, cayó sobre mí una sensación de vacío, mezclada con temor. La última conexión entre el misterioso pasado y yo se había roto, siendo imposible de reparar. Todas las ricas leyendas y tradiciones, surgidas de extrañas conjunciones de circunstancias y de la credulidad e imaginación de generaciones y generaciones de vecinos, leales a su señor protector, se habían perdido para siempre. Estaba triste y decepcionado, y ni yo ni Parks retomamos la conversación. Poco después el señor Trevor subió a mi habitación, y después de saludarnos calurosamente, bajamos a desayunar.

Durante el desayuno, la señora Trevor me preguntó qué opinaba del retrato de la chica que había en mi habitación. A menudo habíamos conversado sobre los rasgos de la personalidad que afloran en el rostro de las personas, pues los dos éramos buenos fisonomistas, y formuló la pregunta como si tuviera mucha curiosidad por conocer mi opinión. Le dije que solo lo había visto de pasada, y que prefería no emitir ninguna opinión definitiva antes de un estudio minucioso; pero lo poco que había visto del retrato había bastado para impresionarme de modo favorable.

—Frank, después de desayunar, ve y obsérvalo con detenimiento, y luego cuéntame qué piensas de él.

Tras el desayuno, hice lo que ella me había pedido y regresé al salón, donde la señora Trevor continuaba sentada.

—Bueno, Frank, ¿qué opinas? Con todos los detalles. Me interesa por un motivo particular.

Le dije lo que yo había deducido de la personalidad de la chica; es decir, que, si la fisonomía era sincera, ella debió de ser una espléndida mujer.

—¿Te gusta su cara?

—Es una lástima que ya no haya rostros así hoy en día —respondí—. Parecen haber desaparecido en tiempos de Sir Joshua y Greuze. Si yo llegara a conocer a una chica como la que sirvió de modelo para ese retrato, no me sentiría feliz hasta que no la convirtiera en mi esposa.

Para mi gran asombro, mi anfitriona se puso en pie de un salto y aplaudió. Le pregunté la razón y se rio al contestarme, en un tono que imitaba burlonamente el mío.

—Pero imagina, aunque solo sea por un momento, que eso no sea factible. Basta un hombre para llevar un caballo a la orilla del río pero… Incluso los planes trazados con mayor cuidado pueden fracasar. ¿No es cierto?

—Bueno —dije—, imagino que su comentario tiene algún propósito. En otro caso, no lo habría hecho. Pero, por mi parte, no alcanzo a verlo.

—Se me ha olvidado decirte, Frank, que es posible que el retrato fuera pintado para Diana Fothering.

Sentí cómo la sangre se me agolpaba en el rostro. Ella no dejó de percatarse, tomó mi mano entre las suyas y, después de que tomáramos asiento en el sofá, me dijo:

—Frank, mi querido muchacho, no bromearé más contigo sobre este tema. Tengo la convicción de que te gustará Diana; convicción reforzada por el hecho de que hayas admirado su retrato, y, por lo que sé de la naturaleza humana, estoy segura de que tú también le gustarás a ella. Charley y yo

deseamos verte casado, y no consideraríamos ninguna potencial esposa para ti que no fuera apta en todos los aspectos. Nunca he conocido a alguien como Di; y si ambos os gustáis, Charley y yo estaríamos encantados de contribuir a vuestro matrimonio con todos los medios necesarios. No, no digas nada. Sabes muy bien cuánto te queremos. Siempre te hemos visto como a un hijo, y es nuestro propósito considerarte nuestro único heredero cuando Dios decida llegado el momento de separarnos de ti. Piensa en ello, después de conocer a Diana. Pero cuidado, si no os amáis sinceramente, preferiríamos que no te casaras. En cualquier caso, suceda lo que suceda, puedes contar con nuestros mejores deseos y nuestras oraciones por tu felicidad. Que Dios te bendiga, Frank, querido, querido muchacho.

Sus ojos estaban llorosos. Cuando hubo terminado de hablar, me hizo agachar la cabeza y me besó en la frente con mucha ternura, tras lo que se puso lentamente en pie y abandonó la estancia. También yo tenía deseos de llorar. Sus palabras habían sido cariñosas, prácticas y femeninas, pero no soy capaz de describir la infinita ternura y discreción de su voz y de sus modales. Rogué por ella, deseándole todo lo mejor, y ni siquiera el nudo que tenía en la garganta me impidió verbalizar mis oraciones. Puede que hubiera en el mundo más mujeres como la señora Trevor, pero, en ese caso, yo no había conocido a ninguna, salvo ella.

Como es fácil imaginar, estaba ansioso por conocer a la señorita Fothering, y durante el resto del día no pude dejar de pensar en ella. Esa tarde llegó una carta de la más joven de las hermanas Fothering, en la que se disculpaba por incumplir su promesa de visitarnos, a causa de la llegada inesperada de su tía, con la que debía ir a París por espacio de varios meses. Esa noche, dormí en mi nuevo cuarto, y no tuve sueños ni visiones. Me desperté por la mañana, en parte avergonzado por haber concedido importancia a una tontería como la de haber tenido un sueño extraño durante mi primera noche en una casa antigua.

Después del desayuno, mientras recorría el pasillo, vi abierta la puerta de mi antigua habitación y entré para volver a mirar el retrato. Mientras lo observaba, me pregunté cómo era posible que se pareciera tanto a la señorita Fothering, tal como la señora Trevor afirmaba. Cuanto más cavilaba en ello, más perplejo me sentía, hasta que, de pronto, recordé el sueño: el rostro del cuadro y la chica en la cama, los fantasmas flotando en la noche y las ominosas palabras: «La más bella y la mejor de todas». Las leyendas perdidas sobre la antigua casa se arremolinaron en mi mente, oí un zumbido en los oídos, la cabeza me dio vueltas y tuve que sentarme.

—¿Es posible —me pregunté— que alguna vieja maldición penda sobre el linaje que una vez habitó entre estos muros, y es posible que ella forma parte de ese linaje? ¡Cosas semejantes se han visto!

Era una idea terrible, pues tornaba en realidad lo que yo había visto hasta entonces como nada más que un sueño fruto de una imaginación trastornada. Si la idea se me hubiera ocurrido en la oscuridad y en el silencio de la noche, habría sido algo espantoso. Me alegré de que hubiera acudido a mi mente a la luz del día, cuando brillaba el sol y sonaban el alegre gorjeo de los pajarillos y el estridente graznido de una colonia de grajos.

Me quedé un rato más en la habitación, pensando en lo que había visto, y, como es natural, una vez superados los últimos retazos de miedo, mi razón comenzó a cuestionar la verosimilitud del sueño. Busqué evidencias que echaran por tierra la realidad de sus elementos, pero después de devanarme la cabeza, el único hecho importante que creí encontrar fue uno confirmatorio: la disculpa de la más joven de las hermanas Fothering. En el sueño, la chica asustada había estado sola, y el mero hecho de que hubieran sido dos las que venían de visita habría bastado para que el sueño perdiera su validez. Pero, como si las circunstancias conspiraran para lograr que el sueño se hiciera realidad, una de las hermanas no iba a venir y la otra se parecía a la chica del retrato, la misma que había aparecido en mi visión. Me costaba creer que no hubiera sido nada más que un sueño.

Decidí preguntar a la señora Trevor si podía explicar de algún modo el parecido de la señorita Fothering con la chica del retrato, y bajé de inmediato en su busca.

La encontré en el salón grande, a solas, y al cabo de algunos comentarios casuales, traje a colación el tema sobre el que buscaba informarme. Ella no había vuelto a hablar de mi matrimonio desde la víspera, pero en cuanto mencioné a la señorita Fothering, se le alegró la cara, lo que no dejó de complacerme. No hizo ninguno de los comentarios vulgares que muchas mujeres hallan necesarios cuando hablan a un hombre sobre una chica por la que se supone que debe experimentar cierto afecto, sino que su comportamiento solo contribuyó a hacerme sentir más tranquilo, ya que me había sentado en el sofá nervioso, cambiando sin cesar de postura, dando tirones inconscientes de los flecos del antimacasar, penosamente consciente de la rojez de mis mejillas y de que mi voz sonaba forzada, nada natural.

—Por supuesto, Frank —dijo ella—, estoy encantada de hablar contigo de la señorita Fothering, o de cualquier otro tema.

Colocó un marca páginas en su libro, dejó este a un lado y, cruzándose de brazos, me dedicó una sonrisa seria, amable y expectante.

Le pregunté si sabía algo sobre la historia familiar de la señorita Fothering.

—Nada más que lo que ya te he contado —respondió—. Su padre es de una buena y antigua familia, aunque venida a menos.

—¿Su familia ha tenido relación con alguna otra de este condado? ¿Con los antiguos dueños de Scarp, por ejemplo?

—No que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría saber por qué se parece tanto a la chica del retrato.

—No lo he pensado. Puede que haya alguna conexión remota entre su familia y los Kirk, los antiguos propietarios de Scarp. Se lo preguntaré cuando venga. Un momento. También podemos ver si en la biblioteca hay algún libro o árbol genealógico que arroje luz sobre el tema. Ahora disponemos de una biblioteca bastante buena, Frank, después de juntar nuestros libros con los de la biblioteca de Scarp. Están muy desordenados porque estábamos esperando a que vinieras para poderlos en orden. Sabíamos que la labor te encantaría.

—Nada me gustaría más que ordenar todos esos libros espléndidos. ¡Qué magnífica biblioteca! Casi es una lástima que esté en una residencia privada.

Buscamos alguno de los libros de historia familiar que a veces se encuentran en las viejas casas de campo. La biblioteca de Scarp, por lo que vi, contaba con ejemplares de gran valor, y durante nuestra búsqueda me topé con muchos volúmenes antiguos y muy raros que decidí examinar con calma más adelante, ya que mi visita a Scarp sería larga.

Empezamos por buscar entre los volúmenes en formato folio, y después de algunas decepciones, dimos con un grueso ejemplar, magníficamente impreso y encuadernado, que contenía vistas y planos de la casa, ilustraciones de los escudos de armas de la familia Kirk y de todas las familias con que tuvo relación, además de incluir la historia detallada de cada una de ellas. Tenía por título *El libro de los Kirk* y estaba repleto de anécdotas y leyendas, además de abundante información sobre la historia de la familia. Como era exactamente lo que necesitábamos, no seguimos buscando, sino que, después de desempolvar el libro con cuidado, lo llevamos al saloncito de la señora Trevor, donde podríamos examinarlo con calma.

Al consultar el índice, encontramos mencionado el nombre de Fothering, y en la página referida hallamos las armas de los Kirk cruzadas con las de los Fothering. Averiguamos que una de las hijas de Kirk, en el año 1573, se había casado con el hermano de Fothering, contra la voluntad del padre y del

hermano de ella, y que al cabo de una amarga enemistad de diez o doce años, el hermano de la chica, entonces señor de Scarp, se había enfrentado al hermano de Fothering en duelo y lo había matado. Al conocer la noticia, Fothering juró vengar a su hermano, invocando las más terribles maldiciones sobre él y su linaje si llegaba a fracasar en la empresa de cortar la mano que había acabado con la vida de su hermano y clavarla a continuación en la puerta de la casa de los Fothering. La enemistad, al parecer, se recrudeció tanto que llevó a Kirk a perder la cordura. Cuando tuvo noticia del juramento de Fothering, supo que no tenía posibilidad de escapar, ya que su enemigo lo superaba con todas las armas; así que optó por una forma de venganza que, pese a costarle su propia vida, acarrearía la eterna destrucción de su cuñado, pues le obligaría a violar su juramento. Envió a Fothering una carta maldiciéndolo, a él y a todo su linaje, y rogando por que se cumplieran las maldiciones que el mismo Fothering había invocado en el caso de incumplir el juramento. Concluyó la misiva con una oración por la completa destrucción, en cuerpo y alma, del primer Fothering que cruzara las puertas de Scarp, persona que esperaba que fuera la más bella y la mejor del linaje. Tras enviar la carta, se cortó la mano derecha y la arrojó al centro de la hoguera prendida con ese fin. Cuando la mano se consumió por completo, Kirk se arrojó sobre su propia espada, pereciendo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando leí las palabras: «la más bella y la mejor». Volví a recordar mi sueño y me pareció oír de nuevo el eco de la risa diabólica. Miré a la señora Trevor y vi que estaba muy seria. Tenía una expresión en parte asustada, como si la hubiera asaltado un pensamiento descabellado. Yo estaba más atemorizado que nunca, porque nada contribuye tanto a nuestras preocupaciones como ver que otros también las sufren; no obstante, intenté ocultar mi miedo. Permanecimos unos minutos en silencio, tras lo que la señora Trevor se puso en pie.

—Ven conmigo. Vamos a ver el retrato —dijo.

Recuerdo que dijo *el* retrato, no *ese* retrato, como si hubiera estado pensando en él, y de momento no quisiera compartir lo que se le pasaba por la cabeza. El mismo temor que a mí me había causado mi visión, se lo había provocado a ella una coincidencia. No cabía duda de que yo albergaba razones para preocuparme.

Fuimos al dormitorio y miramos el cuadro, que pareció contemplarnos con una expresión que reflejaba nuestros miedos.

—Frank, bájalo para que veamos la parte de atrás —dijo la señora Trevor con voz inquieta.

Hice lo que me pidió y hallamos, escrito con una antigua caligrafía, en el lienzo mugriento, un nombre y una fecha, que con muchas dificultades desciframos: «Margaret Kirk, 1572». Era el nombre de la chica de la que hablaba el libro.

La señora Trevor se volvió lentamente para mirarme, con una expresión horrorizada.

—Frank, esto no me gusta. Aquí pasa algo muy raro.

Yo tenía en la punta de la lengua contarle mi sueño, pero me dio vergüenza hacerlo. Además, temía que pudiera atemorizarla demasiado, pues ya parecía muy alarmada.

Continué examinando el cuadro para distraerme de mi vergüenza y me sorprendió la gran cantidad de suciedad del dorso, en comparación con el buen estado de la parte delantera. Mencioné el motivo de mi perplejidad a la señora Trevor, que, tras pensarlo un momento, dijo:

—Ya lo entiendo. Ha estado del revés, con el anverso contra la pared.

Sin decir nada, colgué el cuadro de nuevo. Luego volvimos al salón.

Por el camino pensé que mis temores eran demasiado improbables como para que mereciera la pena hablar de ellos. Era difícil dar crédito a los horrores de las tinieblas cuando el sol lo alumbraba todo a mi alrededor. Lo mismo debió de pensar la señora Trevor, porque, cuando entramos en el salón, dijo:

—Frank, me asombra lo tontos que hemos sido dejándonos llevar por la imaginación. Esa historia no es más que una leyenda, y ambos sabemos cómo los hechos, incluso los más inocentes, se distorsionan al trasmitirlos. Es cierto que la familia Fothering estuvo antiguamente conectada con los Kirk, y que el retrato es de la señorita Kirk que contrajo matrimonio oponiéndose a la voluntad de su padre; es probable que él se enfadara con ella y que su retrato acabara vuelto contra la pared, un recurso habitual de los padres enojados, en todas las épocas, pero nada más. No puede haber nada más allá de eso. No volvamos a pensar en ello, ya que solo nos llevaría a disparates. En cualquier caso, el retrato es muy bello, al margen de su parecido con Diana, y lo colocaré en el comedor.

El cambio se efectuó esa tarde, pero ella no volvió a mencionar el tema. Me pareció, cuando hablaba conmigo, que sus maneras eran un tanto forzadas, contenidas, lo que resultaba muy extraño en ella, y parecía temerosa de que yo quisiera seguir hablando del cuadro. Creo que no quería que la imaginación la llevara por mal camino, y que no se fiaba de sí misma. No

obstante, su actitud contenida cedió antes de que llegara la noche, aunque no retomó el tema.

Yo dormí bien, sin sueños de ningún tipo; y a la mañana siguiente —al cabo de los tres días prometidos en el sueño—, cuando bajé a desayunar, me dijeron que ese día conocería a la señorita Fothering.

No pude evitar ruborizarme, y balbuceé algún comentario tópico, y luego, cuando levanté la mirada, sintiéndome de lo más avergonzado, vi que mi anfitriona me contemplaba con una sonrisa más cálida que nunca.

—¿Sabes una cosa, Frank? —me dijo—. Ayer tuve miedo mientras estábamos mirando el cuadro, pero desde entonces no he dejado de pensar en ello y he llegado a la conclusión de que mis fantasías eran del todo infundadas. Estoy segura de que coincides conmigo. De hecho, ahora veo nuestro temor como algo gracioso y se lo contaré a Diana cuando llegue.

Una vez más, estuve a punto de contarle mi sueño; pero, de nuevo, la vergüenza hizo que me contuviera. Yo sabía, claro está, que la señora Trevor no se reiría ni pensaría mal de mí a causa de mis miedos, ya que era demasiado bien educada, bondadosa y comprensiva como para hacer algo semejante, y, además, los dos habíamos compartido mi temor.

Pero cómo podía confesarle el miedo que me causaba algo que a todos los demás les parecería nada más que un sueño ridículo, en especial después de que ella hubiera superado el temor que compartimos, y que había surgido de una muy extraña conjunción de hechos. Ella concedía al tema tan poca importancia que yo no podía más que hacer lo mismo. Y lo intenté, sinceramente, por un tiempo.

Capítulo III. El tercer mañana

Por la tarde, estaba yo tumbado en el jardín, a la sombra de un haya inmensa, cuando vi acercarse a la señora Trevor. Yo había estado leyendo *Estrofas escritas con desánimo* de Shelley y mi corazón se encontraba lleno de melancolía y de un vago anhelo de afecto. Había estado pensando en el cariño que la señora Trevor sentía por mí, pero ni siquiera eso era suficiente. Quería el amor de alguien más próximo a mi modo de ser, de un alma gemela, porque a mi anfitriona, claro está, la veía como habría visto a mi madre. Mi cabeza volvía una vez tras otra a la señorita Fothering, a la que casi me parecía ver frente a mí, en la forma de la chica del retrato. Había llegado al

punto de tener que interrogarme a mí mismo: «¿Estás enamorado?», cuando oí la voz de mi anfitriona.

—¡Ah! Frank, sabía que te encontraría aquí. Me gustaría que vinieras a mi saloncito.

—¿Para qué? —inquirí, a la vez que me levantaba de la hierba y recogía el libro de Shelley.

—Di ha llegado hace un rato y quiero presentaros y que charlemos un poco antes de la cena —dijo encaminándose hacia la casa.

—¿No me permite cambiarme antes de ropa? No voy vestido de manera adecuada para la tarde.

Siendo la presentación inminente, me asustaba de pronto aquella belleza desconocida. Quizás fuera porque había llegado a creer de veras en la predicción de la señora Trevor.

—Bobadas, Frank. Como si a una mujer que merece la pena le importara cómo visten los hombres.

Pasamos al saloncito, donde encontramos a una joven dama sentada junto a la ventana que miraba sobre el campo de *croquet*. Se volvió hacia nosotros cuando entramos, la señora Trevor nos presentó y, poco después, ya estábamos inmersos en una animada conversación. Me fijé en la joven, como bien se puede suponer, con algo más que mera curiosidad, y pronto me descubrí disfrutando de su presencia. Era muy guapa, residiendo su belleza no solo en sus rasgos sino asimismo en su expresión. En un primer momento, su apariencia no me pareció tan perfecta como luego llegó a hacerlo, a causa del sorprendente parecido con la chica del retrato, con cuya belleza yo me hallaba ya muy familiarizado. Si bien no tardé en apreciar la diferencia entre el retrato y la realidad. Por bueno que sea un retrato, la pintura nunca está a la altura del modelo. Hay algo en un rostro real que es imposible de trasladar al lienzo, existe una discrepancia que va mucho más allá de la diferencia entre la expresión fija de la pintura, por bella que sea, y los rasgos en movimiento y el abanico de expresiones de la realidad. Una cara real posee una cualidad viva y adorable que ningún arte puede plasmar.

Cuando llevábamos un rato hablando de cuestiones convencionales, la señora Trevor dijo:

—Di, cariño, me gustaría contarte un descubrimiento que Frank y yo hemos hecho. Debes saber que siempre llamo Frank al señor Stanford. Es más mi propio hijo que un amigo, y le tengo mucho cariño.

Abrazó entonces la cintura de la señorita Fothering, sentada junto a ella en el sofá, y le dio un beso, y a continuación, volviéndose hacia mí, dijo:

—No apruebo que las chicas se besen en presencia de caballeros, pero Frank no debería estar aquí. Este es mi sanctasanctórum y quien lo invade debe afrontar las consecuencias. En cualquier caso, ahora debo hablarte del descubrimiento.

Procedió a narrarle la leyenda y el hallazgo del nombre de Margaret Kirk en el dorso del cuadro.

La señorita Fothering se rio con alegría al escuchar la historia.

—¡Oh! Se me había olvidado decirle, querida señora Trevor —dijo luego —, que el otro día sufrí un susto. Pensé que se me impediría venir aquí. La tía Deborah fue la semana pasada a pasar unos días con nosotros y cuando oyó que me disponía a hacer una visita a Scarp, se asustó mucho y fue directamente a hablar con papá y pedirle que me prohibiera venir. Papá le preguntó por el motivo de su petición y ella le narró una larga leyenda familiar que afectaba a cualquiera de nuestra familia que osara acercarse a Scarp. Exactamente la misma historia que usted acaba de contarme. Dijo que estaba segura de que me ocurriría alguna desgracia si llegaba a venir. Así que, como ve, esa leyenda también existe en nuestra rama de la familia. Puede usted imaginar la escena entre mi papá y la tía Deborah. No puedo evitar reírme cuando me acuerdo, aunque entonces no me reí, tan asustada como estaba de que la tía me impidiera venir. Papá se puso muy serio y la tía pensó que lo había convencido, pero entonces él dijo, con su estilo adorable, anticuado y pomposo: «Deborah, Diana ha prometido a la señora Trevor visitarla en Scarp, y, claro está, debe cumplir su palabra. Si la razón fuera otra, me plantearía la conveniencia de que no fuera a Scarp. Siempre he educado a mis hijas para que no se dejen influir por supersticiones vanas, y no pienso contribuir a que sus acciones se aparten de los preceptos que les he inculcado».

»La pobre tía se quedó aturdida. Al darse cuenta de que sus deseos no se verían satisfechos, apenas fue capaz de pronunciar palabra durante un rato, porque ya sabe usted que los deseos de la tía Deborah son órdenes para todos en nuestra familia».

—Confío en que la señora Howard no se ofendiera —dijo la señora Trevor.

—Oh, no. Papá le habló muy seriamente, y al final, y debo decir que costándole gran esfuerzo, logró convencerla de que sus temores eran infundados; al menos, la obligó a reconocer que esas cosas que la asustaban no existían en realidad.

Yo me acordé del pareado:

Alguien convencido en contra de su voluntad
Sigue siendo de la misma opinión.

Pero no dije nada.

La señorita Fothering concluyó su historia.

—La tía terminó deseándome que disfrutara de mi estancia aquí, lo que estoy segura de que haré, mi querida señora Trevor.

—Confío en ello, cariño.

Durante la conversación anterior, me había sorprendido la mención de la señora Howard. Intentaba recordar dónde había oído ese nombre, Deborah Howard, cuando de pronto me acordé de todo. La señora Howard había sido antes la señorita Fothering, y fue una vieja amiga de mi madre. Por eso su nombre llegó a serme familiar cuando era niño. Recordaba ahora que, en una ocasión, trajo con ella a una preciosa niñita, casi un bebé, cuando vino a visitarnos. La niña era su sobrina, fue por eso que, en mi primera noche en Scarp, me pareció recordar el apellido y la circunstancia de su visita. Eso me trajo a la cabeza el sueño de aquella noche, y este, a su vez, la razón por la que la señora Trevor había invitado a la señorita Fothering al saloncito.

—¿Cree usted en esas leyendas? —pregunté a la joven.

—Por supuesto que no, señor Stanford. Nunca se me ocurriría creer en una tontería semejante.

—Entonces, ¿no cree en fantasmas ni en visiones?

—Definitivamente, no.

¿Cómo iba a contar mi sueño a una joven tan descreída? Y aun así, seguía oyendo una vocecilla que me susurraba que debía contárselo. No cabe duda de que era una tontería por mi parte estar tan asustado por culpa de un sueño, pero no podía evitarlo. Estaba a punto de aliviar la conciencia, corriendo el riesgo de que se riera de mí, cuando la señora Trevor se puso en pie de un salto y, consultando su reloj, dijo:

—Dios mío, no me había dado cuenta de que era tan tarde. Debo ir a ver si ha llegado alguno de los demás. No causaré ninguna buena impresión desatendiendo a mis invitados.

Salimos los tres del saloncito en el preciso instante en que sonaba el gong que anunciaba que había que vestirse para la cena, así que nos dirigimos a nuestras habitaciones.

Cuando bajé al salón, me encontré con un grupo de personas que habían llegado a lo largo de la tarde. Me las presentaron y charlé con ellas hasta el anuncio de la cena. Me correspondió sentarme junto a la señorita Fothering

durante la cena, y cuando esta concluyó, ya nos conocíamos mucho mejor. Era una chica encantadora, y, al mirarla, recordaba, con una oleada de placer, la predicción de la señora Trevor. En varias ocasiones descubrí a nuestra anfitriona observándonos mientras nosotros charlábamos gratamente, y entonces una expresión de algo más que dicha asomaba a su rostro. Uno de sus rasgos más fascinantes era que, en mitad de una celebración, cuando ella no podía desatender a nadie, continuaba prestando una atención especial a sus amistades más queridas. Sin que importara lo ocupada que pudiera estar, siempre recordaba que había personas que agradecerían un detalle por su parte en esos momentos.

Después de la cena, como no me apetecía pasar al salón con el resto de caballeros, fui a dar un paseo a solas por el jardín, para pensar en la vida en general, y en la señorita Fothering en particular. El tema era tan placentero que me ensimismé y caminé más lejos de lo que era mi intención de partida. Volví en mí de pronto y miré a mi alrededor. Estaba muy lejos de la casa y en mitad de un sendero sombrío y melancólico que atravesaba un soto de viejos tejos. Tan espeso era que no podía ver a su través y, dado que el sendero trazaba una curva, tampoco alcanzaba a ver a mucha distancia ni por delante ni por detrás. Alcé la vista y vi un cielo luminoso, amarillento, por el que se arrastraban despaciosas unas nubes densas. La luna no había salido aún y la grisura reinante me recordó, por fuerza, algunos de los extraños cuadros que a William Blake le gustaba pintar. Había en el lugar una suerte de vaga nostalgia, de algo fantasmagórico, que me provocó un escalofrío, y me puse en marcha apretando el paso.

El sendero acabó por salir a campo abierto y llegué a un amplio campo en pendiente, salpicado de tejos y de matas de carrizo de las pampas de gran altura, con los tallos coronados por grandes flores. A la derecha se hallaba la casa, gigantesca y lúgubre en el ocaso, y a la izquierda el lago, que se extendía hasta perderse en la penumbra. El campo descendía desde la explanada que rodeaba la casa, hasta la orilla del agua, roto tan solo por el sendero en que yo me encontraba, que luego rodeaba la vivienda mediante una amplia curva.

Mientras me acercaba a la casa, apareció una luz en una de las ventanas que quedaban frente a mí, y al fijarme de qué habitación se trataba, descubrí que era la estancia de mi sueño.

Inconscientemente, me acerqué más y subí a la explanada, desde donde podía ver mejor, por encima de la profunda hondonada que había alrededor de la casa, y clavé la vista en el cuarto. Estaba temblando. Lo tétrico y desolado

del sendero entre los tejos me había afectado el ánimo, y ahora, el sueño y las posteriores revelaciones se me agolparon en la cabeza con tal viveza que el horror volvió a hacer presa en mí, con mayor saña que nunca. Me fijé en las camas y gruñí al comprobar que aquella donde había yacido la chica agonizante de mi sueño estaba preparada, mientras que la otra, en la que yo había dormido, tenía las cortinas cerradas. Otro eslabón en la cadena del infortunio. Mientras seguía observando, la criada que estaba disponiendo la habitación echó una de las persianas y, cuando estaba a punto de hacer lo mismo con la otra, entró la señorita Fothering, que, al ver lo que estaba haciendo, le dio la orden contraria, pues la criada soltó la correa de la segunda persiana y a continuación volvió a subir la que había bajado. Después salió de la habitación tras su señora. Tan enfrascado estaba yo en lo que sucedía en el cuarto, que no me percaté en un primer momento de lo impropio que era espiar de aquel modo.

Continué allí un rato, sin saber qué hacer y aterrado. Mientras pensaba en los acontecimientos de los últimos días, el horror se volvió tan insoportable que decidí contar mi sueño a la señorita Fothering, para que no se asustara si llegaba a ver algo parecido, o al menos para que pudiera estar preparada. Nada más tomar esta decisión, surgió la pregunta inevitable: «¿Cuándo?». La búsqueda del momento adecuado era una cuestión desagradable, pero, resuelto a hablar con ella, pensé que lo mejor sería hacerlo de inmediato. Me encaminé, por lo tanto, al salón, donde sabía que encontraría a la señorita Fothering y a la señora Trevor, a la que había decidido que haría también testigo de mi confesión. Como sentía verdadero miedo de regresar a través del soto de tejos, seguí adelante por el sendero, trazando una curva alrededor de la casa, y entré por la puerta trasera, desde donde accedí al salón.

Cuando entré, la señora Trevor, sentada cerca de la puerta, me dijo:

—¡Por Dios, Frank! ¿Dónde has estado para venir tan pálido? ¡Parece que hayas visto un fantasma!

Le dije que había dado un paseo por el jardín, pero no añadí nada más, ya que no quería decir nada de mi sueño frente a las personas con que ella estaba hablando, y que me eran desconocidas. Pasé unos momentos aguardando la oportunidad de hablar con ella a solas, pero sus deberes de anfitriona la mantenían constantemente ocupada. Decidí, en todo caso, hablar con la señorita Fothering de inmediato, y luego contárselo todo a la señora Trevor en cuanto se presentara la oportunidad.

No sin ciertas dificultades —pues no deseaba llamar la atención— logré apartar a la señorita Fothering de las personas que la rodeaban y la llevé a una

de las troneras, con la disculpa de mostrarle el paisaje nocturno. Allí nos encontrábamos a resguardo de todas las miradas, ya que las cortinas de la ventana cerraban por completo el entrante de la pared, aislándonos del resto de los invitados casi en la misma medida que si estuviéramos en otra estancia. Abordé de inmediato la cuestión, temiendo que la alegre atmósfera del salón disipara mis miedos, derribando al mismo tiempo la única barrera que se alzaba entre ella y el destino.

—Señorita Fothering, ¿sueña usted alguna vez?

—Sí, con frecuencia. Pero mis sueños suelen ser de lo más ridículos.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, verá usted, al margen de que sean buenos o malos, parecen reales y coherentes mientras duermo, pero, cuando me despierto y los recuerdo, pasan siempre a parecerme irreales e incoherentes. No son más que sandeces inconexas.

—¿Le gusta soñar?

—Claro que sí. Disfruto de los sueños, porque, pese a parecer nada más que un galimatías cuando te despiertas, son reales mientras duermes.

—¿Cree usted en los sueños?

—Rotundamente, no, señor Stanford.

—¿Le gusta que la gente le cuente sus sueños?

—En efecto. Mucho. Cuando son dignos de contarse. ¿Ha soñado usted algo? Si es así, por favor, cuéntemelo.

—Lo haré encantado. Se trata de un sueño que guarda relación con usted, por eso quería que habláramos.

—Un sueño sobre mí. Qué interesante. Continúe.

Se lo conté, después de recordarle nuestra conversación en el saloncito de la señora Trevor a modo de introducción. No traté de exagerar el efecto de la narración ni expuse conclusiones. Intenté dejar al margen mis emociones y que los hechos hablaran por sí solos. Ella escuchó con mucha atención, pero, por lo que pude apreciar, sin el menor asomo de temor ni de sospecha de que el sueño pudiera tratarse de una advertencia. Cuando terminé, se rio un poco, con calma.

—Es encantador —dijo—. ¿Y era de veras yo la chica a la que vio asustada de los fantasmas? Si papá oyera algo así, pese a no ser más que un sueño, ¡menuda bronca me echaría! Me gustaría ser capaz de soñar algo así.

—Tenga cuidado —dije—, le podría resultar demasiado horrible. Podría representar el cumplimiento de la amenaza que leímos en la leyenda del viejo libro, y que a usted le contó su tía.

Volvió a reírse musicalmente y me miró meneando la cabeza, en un gesto de complicidad y advertencia.

—Por favor, no diga tonterías ni trate de asustarme, porque le advierto que no lo conseguirá.

—Le aseguro por mi honor, señorita Fothering, que no he hablado más en serio en toda mi vida.

—¿No cree que deberíamos volver con los demás? —dijo ella al cabo de una pausa.

—Aguarde un momento, se lo ruego —dije—. Lo que le cuento es cierto. Hablo realmente en serio.

—Discúlpeme, por favor, si lo que he dicho le ha llevado a pensar que dudo de su palabra. Es tan solo la conclusión que usted extrae con lo que estoy en desacuerdo. Pensé que bromeaba usted y que trataba de asustarme.

—Señorita Fothering, nunca osaría tomarme tal libertad. Pero me alegro de que confíe en mí. ¿Puedo atreverme a pedirle un favor? ¿Me promete algo?

Su respuesta fue propia de ella.

—No. ¿De qué se trata?

—Que no se asustará usted de nada que pueda suceder esta noche.

Volvió a reír con suavidad.

—No es mi intención. ¿Eso es todo?

—Sí, señorita Fothering, eso es todo; pero quiero asegurarme de que no se alarmará, de que está usted preparada para cualquier cosa que pueda ocurrir. Tengo la horrible premonición de que algo malo va a suceder; tan malo que no me atrevo a pensar en ello, y supondría un gran alivio para mí que hiciera usted una cosa.

—Tonterías. Pero, bueno, si es tan importante para usted, escucharé de qué se trata y después decidiré si lo hago o no.

Su frivolidad había desaparecido ante la medida de mi preocupación. Me miraba fijamente, sin miedo, con una expresión tierna, en parte compasiva, como si fuera consciente de ser dueña de una fortaleza superior a la mía. Su actitud independiente era una muestra de su falta de miedo, pero sus ojos mostraban compasión.

—Señorita Fothering —proseguí—, la peor parte de mi sueño fue la expresión agónica de la chica cuando miró a su alrededor y se vio sola. ¿Aceptaría usted una prenda mía y la conservaría hasta mañana para recordarle, si algo llegara a ocurrir, que no se encuentra sola, que hay alguien pensando en usted, que hay un ser humano velando por usted, aunque el resto del mundo esté dormido o muerto?

Llevado por la excitación, hablé con fervor, ya que me parecía que la posibilidad de que ella tuviera que afrontar el horror del que yo había sido testigo aumentaba con cada instante. En algunos momentos, desde aquella noche horrible, yo había puesto en duda la existencia de advertencia alguna, pero cuando pensaba en ello por las noches no podía menos que darle crédito, ya que mi enfebrecida imaginación veía la atmósfera nocturna poblada de fantasmas. Mi convencimiento había llegado a su cúspide esa tarde, en el sendero entre los tejos, cuando la pesadumbre del lugar avivó los pensamientos funestos y fantasmagóricos.

Hubo una breve pausa. La señorita Fothering se apoyó en el borde de la ventana, mirando hacia el cielo negro, sin luna. Al cabo, se volvió hacia mí y me dijo, con cierta vacilación:

—De veras, señor Stanford, no deseo hacer nada llevada por miedo a lo sobrenatural, o por creer en ello. Lo que usted me pide es tan sencillo que yo no dudaría un segundo en acceder, pero mi padre me ha enseñado a creer desde siempre que acontecimientos como los que usted parece temer son completamente imposibles, y sé que él se sentiría muy decepcionado si yo hiciera algo que indicara que creo en ellos.

—Señorita Fothering, honestamente creo que no hay un hombre en el mundo que desee menos que yo verla a usted, o a cualquiera, desobedecer a un padre, de palabra ni de pensamiento, y más especialmente cuando el padre es un clérigo; pero le ruego que satisfaga mi petición. No le causará ningún mal, y le aseguro que, si se niega, me hará más desgraciado de lo que las palabras pueden expresar. A lo largo de los tres últimos días, he soportado la tortura del mayor de los suspenses, y esta noche padezco un horror nervioso indescriptible. Sé que no cuento ni con el menor derecho a formularle esta solicitud y que no poseo más razón para hacerlo que haber tenido la fortuna, o la mala fortuna, de haber sido el receptor de la advertencia. Me disculpo con toda sinceridad por la inmensa libertad que me he tomado, pero, créame, actúo con la mejor de las intenciones.

Estaba yo tan excitado que me temblaban las rodillas y gruesas gotas de sudor resbalaban por mi cara.

Siguió una larga pausa, y casi me había mentalizado a recibir una negativa a mi petición, cuando ella habló de nuevo:

—Señor Stanford, ante semejante súplica, cuanto puedo hacer es satisfacer su solicitud. Comprendo que, por alguna razón que escapa a mi entendimiento, se haya usted hondamente afectado y, estando a mi alcance el

alivio de su dolor, haré lo que me pide. Por favor, diga qué es lo que desea que haga.

Juzgando su actitud, interpreté que la había ofendido; aun así, le expliqué lo que pretendía.

—Quiero que lleve con usted, cuando se vaya a la cama, una prenda que le recuerde, al verla, lo que acaba de suceder entre usted y yo, de modo que no pueda sentirse sola o asustada, suceda lo que suceda.

—Así lo haré. ¿Qué debo llevar?

Ella sostenía un pañuelo en la mano mientras hablábamos. Puse mi mano sobre él y lo bendije en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al obrar así, al insuflarle cierto temor reverencial, fijé el pañuelo en el recuerdo de la joven.

—Esto —dije—, le recordará que no se encuentra sola.

Logré mi objetivo al bendecir el pañuelo, pues ella se quedó pasmada, pero aun así me dio las gracias mediante una dulce sonrisa.

—Sé que actúa usted de corazón —me dijo—, y yo de corazón se lo agradezco.

Me ofreció su mano mientras decía esto, en un gesto honesto, directo y más propio de la resolución de un hombre que del carácter timorato de una mujer. Al estrecharla, me sonrojé de súbito, pero, antes de soltarla, me apresó un impulso, me incliné y la toqué con mis labios. Ella retiró la mano rápidamente y dijo, con una frialdad desconocida para mí:

—No esperaba que hiciera eso.

—Créame, no era mi intención tomarme una libertad. No ha sido más que una expresión natural de mi gratitud. Me siento como si me hubiera hecho usted un gran favor personal. No se imagina lo aliviado que se siente mi corazón, en comparación a como se sentía hace una hora; si se lo imaginara, me perdonaría por haberla molestado.

Le ofrecí mi disculpa al tiempo que una mirada triste. Ella me la devolvió, sin temor alguno, acompañada de una resplandeciente sonrisa de perdón. Negó luego suavemente con la cabeza, como si descartara el tema.

Tras una breve pausa, dijo:

—Me alegro de haberle sido de utilidad, pero si existe alguna posibilidad de que sus temores se cumplan, seré yo quien se beneficie. Pero recuerde, confío en que no diga usted ni una palabra de esto a nadie. Me temo que nos estamos comportando como un par de bobos.

—No, no, señorita Fothering. Puede que yo sea un bobo, pero usted actúa con nobleza al hacer lo que juzga una tontería para aliviarme de mi

sufrimiento. ¿Ni siquiera puedo mencionárselo a la señora Trevor?

—No, ni siquiera a ella. Me sentiría muy avergonzada si alguien, al margen de nosotros dos, llegara a saberlo.

—Puede contar conmigo. Lo mantendré en secreto, si es lo que desea.

—Hágalo; al menos, hasta mañana por la mañana. Y recuerde, si entonces me río de usted, espero que se una a mí.

—Así lo haré —dije—. Me complacerá enormemente poder reírme de todo este asunto.

A continuación, nos sumamos al resto de los invitados.

Cuando esa noche me retiré a mi habitación, estaba demasiado excitado para dormir; no podría haberlo hecho aunque no hubiera realizado una promesa que me prohibía hacerlo. Paseé arriba y abajo por la estancia durante un rato, pensando y dudando. No podía creer del todo en lo que esperaba que iba a suceder; aun así, un temor indefinido me colmaba el corazón. Rememoré los acontecimientos de esa tarde, en especial el paseo posterior a la cena, a través del escalofriante grupo de tejos, y lo que había visto en la habitación donde había tenido el sueño. Mi mente derivó luego a la profunda tronera de la ventana, donde había hecho entrega de la prenda a la señorita Fothering. Me costaba creer que la entrevista hubiera tenido lugar de veras. Sabía que había sucedido, pero no acababa de darle crédito. Había sido una escena tan extraña que ahora, una vez concluida, parecía en parte comedia y en parte tragedia, y al pensar que había sido interpretada en nuestro pragmático siglo diecinueve, pero en secreto, al alcance de los oídos de un salón repleto de personas, ocultos nada más que por unas cortinas, me sonrojé, en parte de excitación, en parte de vergüenza. Pero a continuación mis pensamientos se centraron en el modo como la señorita Fothering había aceptado mi petición, pese a lo extraño de la misma, y entonces mi rubor por la posible metedura de pata se tornó esperanza. Recordé la predicción de la señora Trevor: «por lo que sé de la naturaleza humana, creo que le gustarás», y me percaté del afecto que le estaba cobrando a la señorita Fothering. Pero mi júbilo dejó paso al enojo cuando pensé en lo que ella podía estar llamada a afrontar, y la idea de que ella hubiera de padecer algún dolor o temor me causó mayor aflicción que cualquiera que hubiera sufrido yo en mis carnes. Una vez más, mis pensamientos retrocedieron a mi propio temor y al sueño, junto con las revelaciones consecuentes. Volví a experimentar el terror extremo, como si algo se hallara a punto de ocurrir, como si la tragedia se aproximara a su clímax. Consulté mi reloj. Faltaban unos minutos para la una. Recordé que el reloj había dado las doce cuando el señor Trevor regresó a

casa la noche de mi sueño. Había en Scarp un reloj que tocaba las horas de manera tan sonora que, a buena distancia alrededor de la casa, las gentes del campo se servían de sus campanadas para organizar la jornada. Los minutos siguientes transcurrieron tan lentamente que cada instante me pareció un siglo.

Me encontraba yo en pie, con mi reloj en la mano, contando los segundos, cuando de pronto irrumpió en la habitación una luz que hizo palidecer la vela que había en la mesa, y mi sombra fue proyectada sobre la pared por un intenso brillo que penetraba por la ventana. El corazón se me detuvo por un instante y la sangre se me agolpó con tanta fuerza en las sienes que la vista se me oscureció y la cabeza me dio vueltas. Sin embargo me recompuse rápidamente y corrí a la ventana, esperando ver reproducido mi sueño.

La luz continuaba allí, pero no había niñas, ni brujas, ni demonios. Había salido la luna; vi su reflejo sobre la superficie del lago. Temblando de expectación, escruté el terreno cercano, donde había visto a las niñas y a las brujas, pero no vi más que los oscuros tejos y las altas matas de carrizo de las pampas, meciéndose bajo la brisa nocturna. La luz iluminó las flores del carrizo, volviéndolo más visible.

Una idea me atravesó el cerebro como una llamarada. Me bastó un segundo para percatarme de lo necias que habían sido mis fantasías. La luz de la luna y su reflejo en el lago, proyectados en la habitación, eran el resplandor de mi sueño, o el fantasma que me había parecido ver. Aquellas tres matas de carrizo agrupadas eran las tres bonitas niñas, y las hojas marchitas y el follaje del tejo que se alzaba al lado habían prestado su forma al demonio. En cuanto al resto, el lecho vacío y el rostro del retrato, mi vago recuerdo del nombre de Fothering, y la leyenda de la maldición, durante tiempo en el olvido… ¡Oh, qué tonto! ¡Qué tonto había sido! ¡Había sido víctima de las circunstancias y de mi propia imaginación desbocada! Pensé seguidamente en la agonía mental que la señorita Fothering podía estar llamada a sufrir. ¿No era posible que el relato de mi sueño, junto con mi extraña petición de que portara una prenda, combinados con la noche y el escenario, produjeran el efecto que yo tanto había temido? Me percaté entonces de lo enormemente necio que había sido. ¿Pero qué era mi angustia comparada con la de ella? Pensé por un instante en despertar a la señora Trevor y contárselo todo para que ella le dijera a la señorita Fothering que no había causa alguna de alarma. Pero no había tiempo. Mientras me dirigía hacia la puerta, el reloj dio la una y, un segundo después, oí en el dormitorio debajo del mío un grito agudo, más de sorpresa que de miedo. Sin duda, la señorita Fothering se había despertado

con la campanada del reloj y había visto al otro lado de la ventana los mismísimos personajes que yo le había descrito.

Bajé las escaleras a toda prisa y llegué frente a la puerta de su habitación. Me disponía a irrumpir en el interior cuando las normas del decoro me detuvieron, y por unos instantes permanecí en silencio, temblando, con la mano en la manilla.

Dentro la oí decir, exclamar, en un tono de aturdido asombro:

—¿Entonces, está sucediendo? ¿Estoy sola? —Luego añadió, más animada—: No, no estoy sola. ¡Tengo su prenda! Gracias a Dios. Gracias a Dios.

Sus palabras hicieron que una alegría desbocada me cruzara el corazón. Se me hinchó el pecho de gozo y los ojos se me llenaron de lágrimas. Sentí de pronto que poseía fortaleza y coraje para enfrentarme al mundo entero por ella. Pero antes de que mis intenciones tuvieran tiempo de manifestarse, quedaron destruidas, porque de nuevo llegaba desde el dormitorio un lamento desesperado que me heló de la cabeza a los pies.

—¡Aaah! ¡Siguen ahí! ¡Oh, Dios, ayúdame a conservar la cordura! ¡Ojalá tuviera a alguien a mi lado! —Su voz cambió, adquiriendo un tono de súplica —: ¿Va a dejarme usted sola? Su prenda. Recuerde su prenda. Ayúdeme. Ayúdeme ahora.

Su voz se volvió más desolada aún y se elevó hasta un inarticulado y lastimero alarido de horror.

Ante aquel grito de agonía, supe que era una locura retrasar el momento de entrar en la habitación, ya había dudado demasiado, tenía que liberarme de los grilletes del decoro si quería reparar mi error fatal. Nada podía salvarla de un serio daño, puede que la locura, puede que incluso la muerte, salvo una impresión que rompiera el hechizo que habían arrojado sobre ella el miedo y su imaginación sobreexcitada. Abrí la puerta de golpe y me lancé adentro, gritando:

—Coraje. Coraje. No se encuentra usted sola. Ya estoy aquí. Recuerde la prenda.

Aferró instintivamente el pañuelo, pero apenas comprendió mis palabras; ni siquiera llegó a percatarse de mi presencia. Se hallaba sentada en la cama, con el rostro deformado por el terror, mirando por la ventana. Oí el ulular de un búho que volaba sobre la orilla del lago. Ella lo oyó también.

—¡La risa! ¡La risa también! —gritó—. No hay esperanza. Ni siquiera él se atreverá a enfrentarse a ellos.

Lanzó entonces otro grito, tan salvaje, tan aterrador, que me hizo temblar y me erizó el cabello de la nuca. Oí exclamaciones de temor por toda la casa, y sonar de campanas, y puertas que se abrían y se cerraban, y pasos apresurados; pero la pobre chica no identificaba ninguno de esos sonidos; continuaba con la vista clavada en la ventana, a la espera de la consumación del sueño.

Comprendí que había llegado la hora de la acción y del sacrificio personal. Solo había un modo de reparar mi fatal error. Arrojarme a través de la ventana en un intento por que la impresión la despertara del trance.

No dije nada. Crucé corriendo la habitación y, de espaldas, me lancé contra la gran luna de cristal. Mientras me volvía, vi a la señora Trevor, que irrumpía en el cuarto, con el rostro alterado por la inquietud.

—¡Diana, Diana! ¿Qué sucede?

El cristal se partió en mil pedazos y sentí sus filos cortarme como otros tantos cuchillos. Pero no me preocupó el dolor, porque por encima del sonido de las carreras y del estrépito de los cristales y de los gritos tanto dentro como fuera de la habitación, la oí exclamar, feliz, apasionada: «Estoy salvada. Él se ha atrevido», mientras se derrumbaba en brazos de la señora Trevor.

Sentí un fuertísimo golpe y el universo se llenó de chispas que giraban a mi alrededor a la velocidad de la luz, haciéndome sentir en el centro de un mundo hecho de fuego, y mis oídos se llenaron del bramido de un poderoso viento, cuya velocidad no cesaba de crecer, hasta que sobre todo ello descendieron una negrura y un silencio tales como si el mismísimo planeta hubiera fenecido, y ya no recuerdo más.

Capítulo IV. Más tarde

Cuando recobré el sentido estaba tumbado en una cama, en una habitación a oscuras. Me pregunté por el motivo e intenté mirar a mi alrededor pero apenas era capaz de girar la cabeza. Traté de hablar pero no me salía la voz, que parecía un susurro de otro mundo. El esfuerzo hizo que volviera a desvanecerme y las tinieblas de envolvieron de nuevo.

* * *

Cobré conciencia poco a poco de algo fresco sobre mi frente. Me pregunté qué sería. Toda clase de conjeturas se me pasó por la cabeza, sin poder concentrarme en ninguna. Yací tendido un rato y al cabo abrí los ojos y vi a mi madre inclinada sobre mí; era su mano, deliciosamente fresca, lo que sentía en mi frente. Estaba asombrado. Esperaba verla y aun así estaba perplejo, porque no la veía desde hacía mucho mucho tiempo. Ella estaba muerta. ¿Podía ser que también yo lo estuviera? La miré con mayor atención y los rasgos de antaño se difuminaron, si bien la expresión continuó siendo la misma. Y a continuación el querido y familiar rostro de la señora Trevor apareció poco a poco ante mí. Sonrió al ver mi mirada de reconocimiento e, inclinándose, me dio un tierno beso. Al erguirse, algo caliente cayó sobre mi cara. Me pregunté qué podría ser, y tras pensarlo largamente, para lo que hube de cerrar los ojos, concluí que se trataba de una lágrima. Tras pensar un rato más, abrí los ojos para ver la razón por la que ella estaba llorando, pero ya se había ido y solo vi que, pese a que las persianas estaban levantadas, la habitación se encontraba casi a oscuras. Me sentía más despierto y fuerte que antes, y traté de llamar a la señora Trevor. Una mujer se levantó de una silla, al otro lado de las cortinas de la cama, se acercó a la puerta, dijo algo y regresó para acomodarme las almohadas.

—¿Dónde está la señora Trevor? —pregunté débilmente—. Estaba aquí hace un momento.

La mujer me sonrió alegremente.

—Vendrá en un momento —respondió—. ¡Gracias a Dios! Se alegrará mucho de verlo tan fuerte y espabilado.

Unos minutos después, entró en la habitación e, inclinándose sobre mí, me preguntó cómo me encontraba. Dije que bien y, entonces, recordé algo de pronto, y pregunté:

—¿Qué me ha pasado?

Me dijo que había estado enfermo, muy enfermo, pero que ya estaba mucho mejor. Recordé la escena acontecida en el dormitorio y el terror provocado por mi necedad, y la sangre se me agolpó en la cabeza, haciéndome sentir mareado. El brazo de la señora Trevor me prestó apoyo, y poco después pasó el aturdimiento, y acabé de recordarlo todo. Me erguí de un salto, soltando su brazo.

—¿Ella está bien? —exclamé—. La oí decir que estaba «salvada». ¿Se encuentra bien?

—Calma, mi querido muchacho, calma. Ella está bien. No te alteres.

—¿Me engaña usted? —quise saber—. Dígamelo todo. Puedo soportarlo. ¿Está ella bien o no?

—Ha estado muy enferma, pero ya se está recuperando y recobrando las fuerzas, gracias a Dios.

Rompí a llorar, en parte por debilidad, en parte de alegría, y la señora Trevor, sabiendo por su amable intuición femenina que preferiría estar a solas, abandonó en silencio la habitación, después de hacer una seña a la enfermera, que volvió a ocupar su asiento tras las cortinas de la cama.

Pasé largo rato pensando y recordé, como si de un sueño se tratara, el periodo desde mi llegada a Scarp hasta que perdí el conocimiento cuando me arrojé a través de la ventana. La habitación fue quedándose poco a poco a oscuras, los objetos que me rodeaban se fueron haciendo indistinguibles, hasta que el mundo visible se extinguió ante mis fatigados ojos, y continué pensando en todo lo sucedido. Tengo un recuerdo brumoso de haber comido algo y de haber recaído en el sueño, pero no albergo ningún otro recuerdo claro hasta el momento en que desperté a la mañana siguiente y volví a encontrarme con que la señora Trevor estaba en la habitación. Tomó asiento en el borde de la cama.

—Frank —dijo, alegre—, pareces fresco y fuerte esta mañana, querido muchacho. Confío en que pronto estés recuperado por completo.

Sus dedos frescos y diestros me acomodaron la almohada y me apartaron el pelo de la frente. Le tomé la mano y se la besé, sintiéndome muy feliz al hacerlo. Poco después le pregunté por la señorita Fothering.

—Está mejor. Esta mañana se encuentra mucho mejor. Lleva preguntando por ti desde que es capaz de hablar, y hoy, cuando le he dicho que estás más recuperado, se ha animado mucho.

Sus palabras me hicieron sonrojar violentamente.

—Me ha pedido —prosiguió ella— que le permita verte en cuanto puedas recibir visitas. Quiere darte las gracias por lo que hiciste aquella noche horrible. Pero basta, no hablaré en nombre de nadie. Dejemos que ella te diga en persona lo que desee.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué? ¿Por haberla conducido al borde de la locura o puede que de la misma muerte a causa de mis miedos absurdos y de mi imaginación? Señora Trevor, ya sé que no acostumbra usted a burlarse de nadie, pero esto se parece demasiado a una burla.

Se inclinó sobre mí cuando tomó asiento a un costado de la cama y dijo, de un modo tan dulce y al tiempo tan seguro que me hizo consciente de inmediato de la honestidad de sus palabras:

—Si yo hubiera tenido un hijo, me habría gustado que pensara como tú pensaste y que actuara como lo hiciste. Yo rezaría noche y día por ello, y, si él sufriera como tú lo has hecho, me inclinaría sobre él como ahora me inclino sobre ti, y me alegraría, como ahora me alegro, de que él hubiera pensado y actuado como un hombre de buen corazón debe pensar y actuar. Daría las gracias a Dios por haberme concedido un hijo así, y si él muriera, como temí al principio que tú podías hacer, sería una mujer más orgullosa y feliz al arrodillarme junto a su cuerpo sin vida de lo que sería al estrechar entre mis brazos a un hijo diferente.

¡Cómo palpitaba mi débil corazón cuando la oí hablar así! Con compasión por sus instintos maternales desaprovechados, con agradecimiento por que una mujer bondadosa aprobara mi conducta con la mujer a la que amaba, y con dicha por el gran amor del que era yo objeto. No cabía duda acerca de la honestidad de sus palabras; su rostro estaba radiante al pronunciarlas.

Le abracé el cuello —lo que me requirió todas mis fuerzas— y le susurré al oído una única palabra: «Madre».

Ella no se lo esperaba, pues se sorprendió; pero sus brazos me estrecharon con fuerza. Toda una lluvia de lágrimas cayó sobre mi cara mientras la miraba yo a los ojos, colmados de amor y de un gozo largamente anhelado. Me sentí mejor y más fuerte; la dicha que compartimos contribuyó en gran medida a mi recuperación.

Durante unos breves momentos, guardó silencio, tras lo que dijo, como si hablara consigo misma:

—Dios me ha concedido por fin un hijo. Te doy las gracias, oh, Padre, y perdóname si, en alguna ocasión, me he compadecido de mí. El hijo por el que rezaba no era el mismo que quería. Tú obras acertadamente en todo cuanto realizas.

Se mantuvo callada a continuación, sin dejar de abrazarme. Yo estaba feliz, en una medida inexpresable. Me rodeaba la atmósfera de amor que había anhelado durante toda mi vida. El amor de una madre, que había deseado desde mi infancia en el orfanato, se hallaba ante mí, y proveniente de una mujer destinada a ser aún más querida para mí que una madre.

Empecé a sentirme cansado y la señora Trevor volvió a acostarme. Me complació de un modo más allá de las palabras su amable y maternal actitud hacia mí. El hielo entre nosotros se había roto al fin, nos habíamos declarado nuestro respectivo amor, y la mujer de cabello blanco estaba tan feliz como si hubiera recibido la declaración de un joven pretendiente.

Al día siguiente me sentí un poco más restablecido, y al siguiente experimenté una mejoría similar. La señora Trevor me atendía en persona y las buenas noticias que me llevaba sobre los progresos de la señorita Fothering me alegraban mucho. Y así fueron transcurriendo los días, y unos cuantos hubieron de pasar antes de que se me permitiera levantarme de la cama.

Un día la señora Trevor entró en la habitación en un estado de alegría contenida. Para entonces, se me había dado permiso para pasar sentado un breve rato cada día, y empezaba a sentirme más fuerte, o al menos ya no tan débil, ya que continuaba viéndome desvalido.

—Frank, el doctor dice que mañana te podemos trasladar a otra habitación, para que cambies de aires, y también que puedes ver a Di.

Como bien se puede suponer, estaba ansioso por ver a la señorita Fothering. Durante mi convalecencia, en los momentos en que la cabeza me funcionaba correctamente, había pensado en ella todo el día, y a veces toda la noche. Estaba enamorado de ella incluso desde antes de la noche fatal. Mi corazón me lo dijo mientras aguardaba las campanadas del reloj, cuando me percaté de mi necedad en lo referido al sueño; pero ahora yo no solo amaba a la mujer sino que había llegado a adorar el resplandeciente ideal que yo había creado a su alrededor y se había hecho uno con su persona. La serie de amables mensajes que nos enviábamos continuaron reforzando el vínculo, y a esas alturas yo anhelaba con fervor que nos viéramos cara a cara.

A la mañana siguiente me desperté antes que de costumbre y me sentí enfebrecido a medida que se aproximaba la hora de nuestro encuentro. Sin embargo me calmé por fuerza cuando se me formuló una vaga amenaza: que si no me serenaba, sería necesario posponer la visita.

El momento esperado llegó por fin y fui trasladado en silla de ruedas al saloncito de la señora Trevor. Cuando traspasé la puerta, miré ansioso a mi alrededor y vi, sentada en otra silla de ruedas junto a una de las ventanas, a una chica que, cuando volvió la cabeza lánguidamente en mi dirección, reveló los rasgos de la señorita Fothering. Se encontraba muy pálida, con un aire etéreo, y parecía extremadamente delicada; pero en mi opinión eso solo contribuía a ensalzar su belleza natural. Cuando nuestras miradas se encontraron, un hermoso rubor encendió sus mejillas macilentas e incluso dio color a la frente de alabastro. El efecto fue muy breve; ella se calmó de nuevo, ahora más pálida que antes. Acercaron mi silla a la de ella y la señora Trevor dijo, tras inclinarse sobre la chica, darle un beso y acomodarle la almohada en que reposaba su cabeza:

—Di, mi amor, he traído a Frank para que te vea. Podéis charlar un poco, pero recordad, las órdenes del médico son estrictas, y si alguno de los dos se excita tendré que prohibir que volváis a veros hasta que estéis más recuperados.

Pronunció las últimas palabras al tiempo que abandonaba la estancia.

Me sentía sonrojado y pálido, acalorado y frío por turnos. Miré a la señorita Fothering y me flaquearon las fuerzas. Me bastaron, no obstante, unos segundos para reunir el coraje necesario para dirigirme a ella.

—Señorita Fothering, confío en que pueda usted perdonarme el peligro al que la expuse y el sufrimiento que le causé por motivo de mi estúpido temor. Le aseguro que nada de lo que hice…

—Señor Stanford —me interrumpió—, le suplico que no me hable de ese modo. Debo darle las gracias por la atención de la que me hizo merecedora. No puedo expresar lo orgullosa que me siento por ello, así como por el generoso coraje y la sabiduría que demostró usted cuando me rescató del terror de aquella escena espantosa.

Empalideció, más aún, al pronunciar las últimas palabras, y fue presa de temblores. Temiendo por ella, dije, lo más alegremente que fui capaz:

—No se alarme. Tranquilícese. Ya todo ha pasado. No deje que aquellos acontecimientos horribles sigan perturbándola.

Mis palabras, aunque la calmaron un poco, no bastaron para disipar su miedo, y, viendo que se hallaba realmente excitada, llamé a la señora Trevor, que estaba en la habitación, y que se sentó a charlar con nosotros un rato. Gracias a su grata y animada conversación, aplacó poco a poco el temor de la señorita Fothering. Ella, pobre muchacha, había sufrido una fuerte impresión, y pensar que yo había sido el causante me provocaba una gran angustia. Al cabo de unos momentos de grata charla, sin embargo, me sentí algo más animado, aunque asimismo débil, y fui trasladado de regreso a mi habitación, donde me metieron en la cama.

Durante muchos y largos días continué muy debilitado, sin realizar apenas progresos. Veía a la señorita Fothering a diario, y cada día la amaba más y más. Ella se recuperaba bien, y tras unas pocas semanas pudo decirse que gozaba de nuevo de buena salud, mientras que yo continuaba débil. Su enfermedad había sido el mero resultado del terror sufrido aquella noche aciaga; pero la mía era la postración nerviosa causada por el prolongado periodo de ansiedad que medió entre el sueño y su aparente cumplimiento, junto con la debilidad física resultado de las heridas sufridas al saltar a través de la ventana. Durante todo aquel periodo de postración, la señora Trevor fue,

en efecto, una madre para mí. Me atendía noche y día y, en la medida al alcance de una mujer, hacía mi vida feliz. Pero el súmmum de aquella época lo representaba un pensamiento que se imponía en mi mente: que Diana se preocupaba por mí. Ella continuaba en Scarp por invitación de la señora Trevor, habiendo ido su padre a Europa a pasar el invierno, y, junto a mi madre adoptiva, se ocupaba de mis cuidados. Día a día crecían las atenciones que me prodigaba, hasta que concluí por verla como mi ángel de la guardia que velara por mí. Con la peculiar agudeza de los sentidos que acompaña a la postración física extrema, yo advertía que su compasión aumentaba de la mano de su mejoría. Y mi amor aumentaba de la mano de ambas. Yo me preguntaba a menudo si ella atendía mis necesidades y deseos llevada por la simpatía o tan solo por la compasión, y si cuando mi corazón palpitaba por ella, el suyo me correspondía con la misma clase de amor. Ella no mostraba más que piedad y ternura en sus actos y palabras, pero, aun así, yo esperaba y anhelaba algo más.

Los días de mi prolongada debilidad fueron muy muy gratos para mí. La observaba durante horas, cuando se sentaba frente a mí, leyendo o trabajando, y los ojos se me llenaban de lágrimas al pensar en lo triste que sería morir y dejarla tras de mí. Tan poderosa era la llama de mi amor que creía, pese a mi formación religiosa, que, en caso de morir, dejaría a mi espalda la mejor parte de mi existencia. Me imaginaba vagamente, pero de un modo no menos intenso pese a su indefinición, todo lo que le diría, si me encontrara bien. Cómo me dirigiría a ella con palabras más elevadas que aquellas con las que en ese momento alcanzaba a dar forma a mis pensamientos. Y cómo, mientras yo le hablaba, mi pasión, mi honestidad y mi pureza me volverían tan elocuente que ella amaría cada palabra que saliera de mi boca. Cómo pasearía con ella por los soleados bosquecillos que se extendían al otro lado de la ventana abierta y me sentaría a sus pies en la orilla musgosa del arroyo que murmuraba alegre sobre un lecho de piedras, mirando yo las profundidades de sus ojos y viendo en ellos mi radiante vida futura. Cómo le susurraría al oído palabras dulces que me harían temblar al pronunciarlas, y a ella al oírlas. Cómo se inclinaría sobre mí y me manifestaría su amor al permitirme expresarle el mío sin reprobarme. Y a continuación llegaba el pensamiento, como una lluvia repentina en un paisaje de abril, de que todo mi anhelo no era más que mera fantasía, y que cuando llegara el momento en que todo aquello pudiera acontecer de veras, lo más probable sería que yo estuviera durmiendo bajo tierra. Y puede que, quizás, ella derramara en su habitación tristes lágrimas por el infortunado amor sentido por mí. Seguidamente, mis

pensamientos se volvían menos egoístas, e intentaba imaginar el duro golpe que supondría mi muerte, en caso de que ella me amara, pues yo sabía que una mujer no ama por el valor intrínseco del objeto de su afecto, sino por la fortaleza del afecto y la admiración que siente por su ideal amoroso, que cree ver encarnado en algún hombre. Pero tales pensamientos tenían la condición de que mis sueños de felicidad fueran proféticos. Y yo había perdido toda fe en los sueños. Aun así, no podía evitar pensar que, si no hubiera provocado el terror de la señorita Fothering narrándole mi visión, ella podría, no obstante, haberse asustado por el efecto de la luz de la luna sobre las flores del carrizo de las pampas, y que, gracias a la providencia, yo fui el instrumento que la salvó de un impacto incluso mayor del que podría haber sufrido, porque la ayuda podría no haber llegado con tanta prontitud. Esa idea siempre me proporcionaba esperanza. Siempre que pensaba en el quebranto de la señorita Fothering por mi muerte, experimentaba un ataque de llanto, y el objeto de mis reflexiones y temores se desdibujaba en mi visión, borrosa a causa de las lágrimas. Entonces ella acudía junto a mí y me ponía su fresca mano sobre la frente y me susurraba al oído dulces palabras de consuelo y esperanza. Cuando yo sentía su aliento cálido en mi mejilla y cómo me retiraba el cabello de la frente, me olvidaba de todo dolor, tristeza y preocupación, y vivía nada más que en un presente esplendoroso. En tales ocasiones, lloraba yo de pura felicidad, ya que estaba lamentablemente débil, y hasta las cosas más insignificantes me conmovían en extremo. Cualquier recuerdo pasajero de una palabra amable que hubiera oído o de alguna acción cortés o de alguna desgracia o aflicción me dejaban pensando en ello durante horas, tras tocar mis fibras sensibles.

Despacio, muy despacio, empecé a sentirme más fuerte, pero durante muchos días continué prácticamente desvalido. Junto con las energías llegó un fortalecimiento de mi pasión, pues en pasión se había convertido el amor que sentía por Diana. Tan presente había estado ella en mis pensamientos, que mi amor por ella formaba parte de mi ser, y sentía que, si tuviera que apartarme de ella, mi vida futura no sería más que una existencia vacía. Pero, por extraño que resulte, con el aumento de las fuerzas y de la pasión, llegó asimismo un aumento de la timidez. En su presencia, me sentía tan cohibido y avergonzado que apenas me atrevía a mirarla y no era capaz de hablar más que para responder a alguna pregunta ocasional. Había dejado de lado por completo mis ensoñaciones, porque aquellos sueños diurnos me parecían ahora desbocados y casi sacrílegos, fruto de una imaginación sobreexcitada. Pero cuando ella no me miraba, a mí me bastaba contemplarla u oírla hablar

para sentirme feliz. Reconocía el instante en que ella salía o entraba en casa, y el sonido de sus pasos era la música más dulce para mis oídos, después de su voz. En ocasiones, ella acertaba a ver alguna de mis cohibidas miradas, y entonces, ante mi rubor, una sonrisa le iluminaba el rostro. El gesto era dulce y femenino, pero a veces yo pensaba que no se trataba de más que de una manifestación de su piedad. Ella siempre ocupaba mis pensamientos, y tales dudas y temores me asaltaban de continuo, hasta el extremo de que llegué a pensar que recrearme en esas ideas —algo que no podía evitar hacer— me estaba causando daño, puede que retrasando seriamente mi recuperación.

Un día me sentí muy triste. Había descendido sobre mí una inusual y amarga impresión de soledad. Era una señal positiva de que recuperaba la buena salud, ya que era como despertar de un sueño y volver al mundo real, con sus problemas y preocupaciones. Había una impresión de frialdad y soledad en el mundo, y sentí que había perdido algo sin obtener nada a cambio; de hecho, había perdido en parte mi sensación de dependencia, consecuencia de la postración, pero no había recuperado aún la fortaleza. Me senté junto a una ventana en sombra, mirando un jardín que en verano había estado coloreado de flores y sido rico en aromas, pero que ahora se hallaba iluminado por nada más que parches del débil sol otoñal y salpicado por las pocas y dispersas flores supervivientes a las primeras heladas.

No pude evitar pensar en cuál sería mi futuro. Me sentía más fuerte y parecía haber serias posibilidades de que seguiría vivo. ¡Cómo deseé tener el coraje para pedirle a Diana que fuera mi esposa! Cualquier certeza sería mejor que el suspense en que vivía permanentemente. Tenía pocas esperanzas de que me aceptara, pues parecía menos preocupada por mí que en los primeros días de mi enfermedad. A medida que yo me había ido recuperando, ella había parecido tornarse distante; y mientras mis temores y dudas no cesaban de crecer, llegué a no soportar pensar en la dicha de que me aceptara, ni en la desesperación resultante de un rechazo. Ambas emociones eran inafrontables.

Hoy, cuando ella entró en la habitación, mis miedos se multiplicaron. Parecía mucho más fortalecida, ya que un rubor de buena salud le coloreaba las mejillas, y estaba tan encantadora que no pude concebir que una mujer así pudiera acceder a ser mi esposa.

Había una reserva inusual en su actitud y sus palabras cuando se acercó, me habló y revoloteó a mi alrededor, ejecutando las mil pequeñas labores que la mano de una mujer puede hacer por un inválido. Se volvió hacia mí dos o tres veces, como a punto de decir algo, pero nunca llegaba a hacerlo; guardaba silencio y enrojecía. Advertí que el corazón le palpitaba con fuerza.

—Frank —dijo por fin.

¡Qué estremecimiento me recorrió el cuerpo al oírla pronunciar mi nombre por vez primera! La sangre se me agolpó en la cabeza y me sentí mareado por unos instantes. Su fresca mano en mi frente me revivió.

—Frank, ¿me permite hablarle brevemente con tanta honestidad como deseo hacerlo, y con tanta libertad?

—Adelante.

—Prométame no pensar que obro de modo impropio de una mujer, pues actúo llevada por el mejor de los motivos. ¿Me lo promete?

Dijo esto despacio y con gran renuencia, a la vez que el pecho le palpitaba visiblemente.

—Lo prometo.

—No podemos dejar de ver que no se está recuperando usted tanto como debería, y el doctor dice que hay alguna idea que ocupa en demasía sus pensamientos, que se recrea usted en ella, y que así retrasa su recuperación. La señora Trevor y yo hemos hablado de ello. Hemos comparado impresiones y creo que sabemos de qué idea se trata. Frank, debe usted dejar de empalidecer y de enrojecer así o tendré que retirarme.

—Me calmaré, lo haré. Continúe.

—Ambas creemos que sería beneficioso hablar abiertamente con usted y queremos saber si lo que pensamos es correcto. La señora Trevor creyó que sería mejor que hablara yo con usted, y no ella.

—¿Cuál es la idea?

Hasta ese instante, pese a que ella había manifestado una considerable emoción, su voz se había mantenido fuerte y clara, pero a esta pregunta respondió con un murmullo y al cabo de muchas vacilaciones.

—Se siente usted atraído por mí y teme que yo… que yo no lo ame.

La voz se le atragantó a causa de un ataque de lágrimas y volvió la cabeza.

—Diana —dije yo—, mi querida Diana —y, con todas las fuerzas que poseía, le tendí los brazos.

Se le ruborizaron el rostro y el cuello, y dio media vuelta y, con un suspiro entrecortado, apoyó la cabeza en mi hombro. No dije nada. No podía hablar, pero sentía su corazón latir sobre el mío y pensé que, si moría, sería feliz por toda la eternidad, en caso de que en el otro mundo existiera la memoria.

Durante un largo, largo, y dichoso rato, ella no se movió, nuestros corazones dejaron de latir con tanta fuerza y ambos nos calmamos.

Tal fue la confesión de nuestro amor. Nada de fe afectada, nada de votos apasionados, solo silencio y la estremecedora sintonía entre nuestros corazones, mucho más elocuentes que las palabras.

Diana alzó la cabeza y me miró a los ojos sin miedo, con solicitud, para preguntarme:

—Frank, ¿he hecho bien al hablar? ¿Habría sido mejor que esperara?

Vio la respuesta en mis ojos y volvió a inclinar la cabeza sobre mí. La besé en la frente y recé con fervor:

—Gracias, Dios, por que todo haya acontecido como lo ha hecho. Bendice a mi querida esposa por toda la eternidad.

—Amén —dijo una tierna voz.

Los dos alzamos la mirada sin sentir vergüenza alguna, habiendo reconocido el tono de mi segunda madre. Su rostro, bañando en lágrimas de alegría, quedó iluminado por un repentino rayo de sol que atravesó la ventana.

NUESTRA NUEVA CASA

(Our New House)

La llamábamos la casa nueva solo porque era la primera para nosotros, no porque fuera realmente nueva, ya que ninguna casa habitable podría estar más vieja y desvencijada. Solo era nueva para nosotros. De hecho, con la salvedad de la casa, no había nada nuevo en nuestras vidas. Ni mi mujer ni yo éramos, en ningún sentido de la palabra, viejos, y, comparativamente hablando, seguíamos siendo nuevos uno para el otro.

Había sido mi costumbre, durante los años que viví en Somerset House, pasar las vacaciones en Littlehampton, en parte porque me gustaba el sitio, y en parte —sobre todo— porque era barato. Solía alojarme en la casa de una viuda, la señora Compton, en una calle tranquila, apartada de la primera línea de la costa. Aquel año, durante las vacaciones de verano, me encontré allí con mi destino, en la persona de Mary, la hija de la señora Compton, que acababa de salir de la escuela. Volví a Londres comprometido. No había razón alguna para que nos demoráramos, ya que yo tenía pocas amistades y, asimismo, pocos parientes vivos, y Mary disponía del consentimiento de su madre. Me contaron que su padre, que fue capitán de la marina mercante, se había hecho a la mar poco después de que ella naciera, y que nunca habían vuelto a saber de él, así que, en consecuencia, hacía mucho que se le consideraba entre los muertos. No llegué a conocer a ninguno de mis nuevos parientes; no contrajimos matrimonio de acuerdo con las convenciones sociales, lo que habría supuesto una oportunidad para realizar una reunión familiar. Nos casamos a primera hora de la mañana en la iglesia de Littlehampton, y, sin disfrutar de un almuerzo de boda propiamente dicho, subimos al tren. Como yo tenía que atender mis deberes en Somerset House, la señora Compton se ocupó de los preparativos de la boda en Littlehampton, y Mary hizo la solicitud de residencia. Teníamos prisa por partir, temiendo perder el tren, así que, mientras Mary firmaba el registro, yo me ocupé de abonar las tasas y dar una propina al sacristán.

Cuando nos pusimos a buscar casa, dimos con una disponible en una pequeña calle cerca de Sloane Square. El sitio no tenía nada en absoluto a su favor, salvo lo reducido del alquiler, pero eso era lo más importante para nosotros. El casero, el señor Gradder, era el hombre más brusco que yo había conocido. No había ni el menor asomo de urbanidad en su comportamiento.

—Esta es la casa —nos dijo—, la tomáis o la dejáis. He pintado la parte de fuera y vosotros tenéis que hacer lo mismo con la de dentro. O, si os gusta como está, la dejáis así. Pero tenéis que pintar y empapelar cuando os vayáis, lo que no será antes de un año.

Yo era una persona mañosa, y me veía capacitado para hacer en persona el trabajo, así que, después de examinar con atención el sitio, decidimos quedárnoslo. Se encontraba, no obstante, en tal situación de abandono que no pude evitar preguntar a nuestro leonino arrendador quién había sido el anterior inquilino, qué clase de persona había sido para aceptar vivir en tales condiciones. Su respuesta fue vaga.

—No sé quién era. Solo llegué a saber su nombre. Era un tipo raro. Tenía alquilada esta casa y otra más, mía también, cerca de aquí, y vivía en las dos, completamente solo. Creo que tenía miedo de que lo asesinaran o le robaran. Nunca supe en que andaba metido. Murió hace poco. Me tocó la mala de suerte de tener que enterrarlo. Lo que saqué por sus pertenencias bastó apenas para cubrir los gastos.

Firmamos un acuerdo de alquiler, y cuando, unos días después, yo hube adecentado dos habitaciones y la cocina, mi mujer y yo nos instalamos en la casa. Yo trabajaba duro cada mañana, antes de ir a la oficina, y cada tarde, cuando volvía a casa, y en un par de semanas la casa pasó a tener un aspecto aceptable. Llegamos, de hecho, tan lejos en nuestra búsqueda de la perfección, que empezamos a considerar renunciar a los servicios de la limpiadora que venía algunos días y contratar a una sirviente de continuo. Una noche, fue a vernos el casero. Eran alrededor de las nueve y, como la sirvienta ya se había ido, le abrí en persona la puerta. Me sorprendí al ver de quién se trataba, y también me alarmé un tanto, porque, hasta entonces, había sido siempre tan directo y descarnado en su trato conmigo, que yo había llegado a temer cualquier clase de encuentro con él. Para mi asombro, se dirigió a mí en lo que él, evidentemente, consideraba un tono afectuoso.

—Bueno, ¿qué tal llevan los retoques?

—Bastante bien —respondí—, pero llamarlos «retoques» es quedarse un poco corto. La casa estaba tan sucia como un estercolero. Hasta las paredes parecían a punto de venirse abajo.

—¡Eso me temo! —se apresuró a responder.

—Ya está más ordenada —seguí—. Solo nos quedan un par de habitaciones por arreglar, y luego estaremos bien.

—¿Sabe usted? —dijo—. He estado pensando y no me parece correcto que se ocupe usted de todo el trabajo.

Debo reconocer que me sentí tan asombrado como complacido, y me prometí a mí mismo no volver a tachar a nadie de insensible antes de llegar a conocerlo de verdad.

—Es usted muy amable, señor Gradder —respondí, sintiéndome en parte culpable—. Le informaré de a cuánto ascienden los costes, y usted podrá abonarme la parte que considere apropiada.

—No me refería a eso, en absoluto —se apresuró a contestar.

—¿A qué se refería entonces?

—A que yo me ocuparé en persona de una parte de las reparaciones.

Yo no sentía ningún deseo de abrir las puertas de mi casa al señor Gradder ni a ningún otro trabajador desconocido. Por otro lado, mi orgullo se alzó ante la idea de que operarios profesionales me vieran hacer el mismo trabajo que ellos; supongo que todos cargamos con una vena de esnobismo. Por lo tanto le respondí que nunca se me ocurriría aceptar tal cosa, que todo iba bien; y añadí algún otro argumento en el mismo sentido. Él pareció más molesto de lo que la situación justificaba. De hecho, me dejó perplejo que alguien se ofendiera en tal medida solo por ver frustrada una iniciativa generosa. Esforzándose por conservar la calma, intentó persuadirme, pero a mí no me gustaban los debates y me mantuve firme en mi rechazo. Cuando se fue, resultó evidente que lo hizo disimulando la rabia.

A la tarde siguiente volvió a llamar a nuestra puerta. La víspera, después de que él se fuera, Mary, a quien no le gustaba nuestro casero, me había pedido que no le permitiera ayudarnos; así que cuando regresó, volví a rechazar su propuesta, con toda la cortesía que fui capaz. Mary no cesaba de hacerme señas invitándome a mantenerme firme, y él acabó por percatarse.

—Naturalmente, si su esposa se opone… —No concluyó la frase, dicha con notable rudeza.

—Se opone, señor Gradder —dijo Mary—. Estamos bien, gracias, y no queremos la ayuda de nadie.

A modo de respuesta, el señor Gradder se puso el sombrero, se lo encajó con un gesto resuelto y agresivo, y salió dando un portazo.

—He aquí un curioso espécimen de filántropo —dijo Mary, y ambos reímos.

Al día siguiente, mientras yo estaba en la oficina, el señor Gradder fue a verme. Su humor en esa ocasión era de lo más amistoso y comenzó por disculparse por lo que denominó «su salida airada».

—Me temo que les he hecho pensar que soy un grosero —dijo.

Como lo más cerca que yo estaba dispuesto a llegar de la mendacidad era el *suppressio veri*, guardé silencio.

—A su esposa no le agrado —prosiguió—, y eso me disgusta. Por esa razón he venido a verlo a solas, para tratar de solucionar este problema… entre hombres.

—¿Qué problema?

—Ya sabe usted, el arreglo de esas habitaciones.

Yo también empezaba a molestarme, pues saltaba a la vista que tras su insistencia se ocultaba algún interés personal. Mi tenue fe en la benevolencia de nuestro casero se esfumó sin dejar rastro. Le dije clara y brevemente que no procederíamos como era su intención, y que yo no deseaba seguir discutiendo sobre aquel tema. Volvió a hacer una «salida airada». Esta vez, en su ímpetu, casi se llevó por delante a un joven que, en ese momento, entraba por la puerta batiente con unos impresos para sellar. El joven protestó con las dotes satíricas propias de un secretario de abogado. El señor Gradder estaba demasiado furioso para detenerse a replicar, y el joven entró en mi despacho despotricando y mirando a su espalda por encima del hombro.

—¡Pedazo de animal! —dijo—. Sé quién es. La próxima vez que lo vea le diré que se compre buenos modales con su nueva fortuna.

—¿Su nueva fortuna? —pregunté, evidentemente interesado—. ¿A qué se refiere, Wigley?

—¡Menudo animal con suerte! Ya me gustaría a mí. Me enteré de todo ayer, en el Doctors' Commons[3].

—¿Hay algo raro?

—¿Raro? Eso es quedarse corto. ¿Qué piensa usted de que un carcamal como ese tenga un inquilino tacaño que, cuando se muere, le deja en herencia todo lo que tiene, entre cuarenta mil y cincuenta mil libras, siempre que ningún hijo suyo se presente a reclamar el dinero?

—¿El fallecimiento ha sido reciente?

—Hace tres o cuatro semanas. Pero Gradder descubrió el testamento hace unos pocos días. Había estado buscando ollas de oro y fajos de billetes por toda la casa, y entrar a hacer el inventario, como demandaba una cláusula del testamento, fue como sacarle una muela. Ese ladrón se habría embolsado todo

el dinero sin decir palabra, si no fuera por el testamento, y tenía miedo de perderlo todo si no actuaba según la legalidad.

—Parece estar usted bien enterado —comenté, deseoso de oír más.

—En efecto. Pregunté al respecto a Cripps, de Bogg & Snagleys, esta misma mañana. Trabajan para él, y Cripps dice que, si no lo hubieran amenazado con acudir al fiscal, él no les habría facilitado ni la cantidad de dinero que encontró.

Yo comencé a entender la insistencia del señor Gradder por ayudarnos en la reparación de nuestra casa.

—Es muy interesante —dije a Wigley—. ¿Sabía usted que es mi casero?

—¡Su casero! Bueno, pues le deseo suerte con él. Ahora debo irme. Tengo que estar en el Doctors' Commons antes de la una. ¿Le importaría sellarme esto y guardármelo hasta que vuelva?

—Encantado —dije—, y escuche. ¿Podría echar un vistazo al testamento de Gradder y hacerme un resumen, si no es demasiado largo? Ahí va un chelín por las molestias —dije tendiéndole la moneda.

Más tarde, ese mismo día, volvió a mi despacho y me entregó un papel.

—No es muy largo —dijo—. Tendríamos que echar el cierre si todo el mundo hiciera así los testamentos. Aquí tiene una copia exacta. Cuenta con las firmas de los testigos y todo está en orden.

Cogí el papel y me lo guardé en el bolsillo, estando en ese momento demasiado ocupado para mirarlo.

Esa noche, después de cenar, recibí un mensaje de Gradder, donde me informaba de que había recibido una oferta de otra persona, con la que había estado en conversaciones antes de que yo alquilara la casa, y que la quería para él, ofreciéndose a pagar una prima. «Es un viejo amigo», escribía Gradder, «y me gustaría complacerlo, por lo que, si usted está de acuerdo, podemos cancelar el contrato de alquiler y yo le daré a usted la prima que él me ofrece». La cantidad era de veinticinco libras; antes había escrito veinte, pero había rectificado el número.

Le conté entonces a Mary que el casero había ido a verme a la oficina, y lo del subsecuente descubrimiento del testamento. Se quedó muy impresionada.

—¡Oh, Bob! ¡Es una auténtica novela!

Con la pronta lucidez característica de las mujeres, adivinó de inmediato el motivo por el que el casero quería ayudarnos.

—Cree que el viejo avaro que vivía aquí escondió dinero, y quiere buscarlo. Bob, la casa podría estar repleta de dinero —añadió, excitada—; las

paredes que nos rodean podrían contener una fortuna. ¡Empecemos ya mismo a buscar!

Yo estaba tan emocionado como ella, pero pensé que uno de los dos debía conservar la calma.

—Mary, querida —dije—, puede que no haya nada; pero aunque lo hubiera, no sería nuestro.

—¿Por qué no?

—Porque así se encuentra recogido en el testamento —respondí—, del que, por cierto, tengo una copia —dije, y saqué del bolsillo el papel que me había entregado Wigley.

Con gran interés, los dos lo leímos, Mary aferrada a mi brazo. En efecto, era breve. Rezaba como sigue:

> Little Butler Street, 7, S.X., Londres.
>
> Por la presente lego a mi hijo o hijos, en caso de que alguno viva, todo cuanto poseo; en su defecto, todo pasará a manos de John Gradder, mi casero, quien deberá realizar un inventario de todo lo que encuentre en las dos casas por mí ocupadas, la presente y el número dos de Lampeter Street, S. W., Londres, e ingresar todo el dinero y los valores en el banco Coutts's. Si ningún hijo mío reclama su herencia mediante solicitud por escrito ante el juez de paz antes del plazo de un mes desde mi fallecimiento, renunciará a todos sus derechos sobre mis posesiones. El desconocimiento de mi muerte o de su parentesco conmigo no serán motivo de incumplimiento. Para eliminar toda duda en cuanto a mis deseos, por la presente declaro que, en caso de incomparecencia de mis herederos naturales, John Gradder recibirá todas mis propiedades, pues tratándose de la persona más dura de corazón que he conocido, sé que no lo derrochará en obras de caridad ni similares, sino que tendrá a bien ahorrarlo. Si alguna temeridad ha de suceder, que sea yo el culpable.
>
> (Firmado) Giles Armer, Capitán, natural de Whitby.

Mientras yo me acercaba al final, Mary, que había leído más rápido que yo, exclamó:

—¡Giles Armer! Pero ¡si es mi padre!

—¡Dios mío! —exclamé yo, levantándome de un salto.

—Sí —dijo ella, excitada—. ¿No recuerdas que en el registro firmé como Mary Armer? Nunca usamos su apellido porque él discutió con mi madre y luego la abandonó, y al cabo de siete años ella se casó con mi padrastro, cuyo apellido suelo usar.

—¿Y era de Whitby? —pregunté, casi loco de emoción.

—Sí —dijo Mary—. Madre se casó allí, y yo nací allí.

Releí el testamento. Me temblaban tanto las manos que apenas veía las palabras. Me asaltó una idea terrible. ¿Qué día había muerto? A lo mejor ya

era demasiado tarde; estábamos a treinta de octubre. No obstante, estábamos decididos a hacer bien las cosas, y, de inmediato, nos pusimos el sombrero y el abrigo y fuimos a la comisaría de policía más cercana.

Allí nos dieron la dirección de un juez, después de explicar al inspector lo urgente del caso.

Acudimos a la dirección y, tras una espera, el juez aceptó recibimos.

Al principio estaba de mal humor porque lo molestáramos a esas horas de la noche. Sin embargo, cuando le expusimos la cuestión, se mostró muy interesado, y procedimos con las formalidades requeridas. Zanjadas estas, el juez pidió que nos trajeran pastel y vino, y nos deseó buena suerte.

—Pero recuerde —dijo a Mary— que todavía queda un largo camino antes de llegar a su posible fortuna. Puede haber más de un Giles Armer, y asimismo es posible que surjan dificultades a la hora de probar legalmente que el fallecido y su padre eran la misma persona. A continuación, se deberá demostrar, de manera oficial, el matrimonio de su madre y el nacimiento de usted. Esto, seguramente, obligará a cuantiosos gastos, ya que los abogados se esfuerzan más cuando se les paga bien. No obstante, no es mi intención desanimarla, solo prevenirla ante falsas esperanzas. En cualquier caso, ha hecho bien usted al realizar su declaración de inmediato. De momento, se halla usted en el camino hacia el triunfo.

Cuando nos despidió, nos dejó henchidos de esperanza y también de temor.

En cuanto llegamos a casa nos pusimos a buscar tesoros escondidos en la habitación que había sin terminar. Yo sabía perfectamente que en las habitaciones ya reparadas no había nada, ya que había hecho yo mismo el trabajo, para lo que había retirado el revoque de las paredes y las tablas del suelo.

Nos llevó un par de horas realizar una búsqueda minuciosa, pero sin ningún resultado. El difunto capitán había escondido su tesoro en la otra casa.

A la mañana siguiente fui al registro de la parroquia a averiguar la fecha de defunción de Giles Armer, y, para mi inmenso alivio, descubrí que había tenido lugar el treinta de septiembre, así que, gracias a nuestra rápida iniciativa de acudir ante el juez, puede que no nos hubiéramos asegurado nuestra fortuna, pero, al menos, no habíamos renunciado a nuestros derechos ni permitido que estos caducaran.

Tomamos la noticia como una suerte de buen presagio y nos alegramos; y bien que lo necesitábamos, porque, pese a la posible buena suerte, temíamos tener que entablar un pleito, un lujo que no nos podíamos permitir.

Acordamos no pedir consejo a nadie por el momento, y no decir ni una palabra de la posible herencia.

Esa noche, el señor Gradder volvió a visitarnos y renovó su ofrecimiento de anular el contrato de alquiler. Yo me negué de nuevo, ya que no quería que ningún cambio en mi actitud llamara su atención. Evidentemente, iba decidido a conseguir la anulación del alquiler, y no cesó de hacer ofertas, cada vez más altas, hasta que, al final, me pareció que lo más adecuado sería permitirle hacerlo a su modo. Acordamos que cancelaríamos el acuerdo y le entregaríamos la casa de inmediato por una cantidad no inferior a cien libras. Le dije que, una vez el dinero estuviera en nuestro poder, nos iríamos en menos de una hora.

A las nueve y media de la mañana siguiente, se presentó con el dinero. Yo ya había empaquetado nuestras pertenencias —no eran muchas— y las había enviado a un nuevo alojamiento, así que, antes de las diez, el señor Gradder se hallaba en posesión del inmueble.

Mientras él se dedicaba a arrancar el papel nuevo de las paredes, a desmontar la cocina y a meter la cabeza en las chimeneas y en el depósito de agua en busca de tesoros, Mary y yo consultábamos al eminente abogado, el señor George, sobre nuestro método a seguir. Dijo que no perdería ni un momento; tomaría en persona el primer tren a Littlehampton para comprobar con la ayuda de la señora Compton todos los datos referidos a fechas y lugares.

Mary y yo lo acompañamos. Durante las siguientes veinticuatro horas, con la ayuda de varios documentos y la información proporcionada por mi señora suegra, dio forma a un caso sólido, a falta de verificación de algunos detalles.

Volvimos todos a Londres jubilosos, y disfrutábamos de una taza de té cuando oímos unos fuertes golpes en la puerta. Desde el pasillo llegaron voces alborotadas e interrumpió en la habitación el señor Gradder, cubierto de hollín y polvo de cal, despeinado, con la mirada brillante de rabia y ojeroso por falta de sueño. Se lanzó sobre mí dedicándome un chaparrón de invectivas.

—¡Devuélveme mi dinero, ladrón! ¡Registraste la casa y te lo quedaste todo! ¡Mi dinero! ¿Dónde está mi dinero?

Estaba tan furioso que se le atascaban las palabras; solo le faltaba echar espuma por la boca.

Tomé a Mary de la mano y, juntos, nos plantamos ante él.

—Señor Gradder —dije—, le damos las gracias. De no haber sido por sus prisas e insistencia, podríamos haber dejado pasar el plazo y ahora no existiría la declaración que nosotros, o más bien ella, realizó la noche de la víspera del vencimiento.

Se irguió, tan asombrado como si hubiera recibido un golpe.

—¿Qué declaración? ¿A qué se refiere?

—A la declaración efectuada por mi esposa, hija única de Giles Armer, Capitán, natural de Whitby.

LOS DUALISTAS

(The Dualitists)

CAPÍTULO I. *BIS DAT QUI NON CITO DAT*

Había motivo de dicha en la residencia de los Bubb.

Durante diez largos años habían Ephraim y Sophonisba lamentado en vano la soledad de su existencia. Infructuosamente habían contemplado los escaparates de las tiendas de ropa de bebé y clavado los ojos en las cunas colgadas, en tentadoras hileras, en los talleres de los mimbreros. De manera inútil habían rezado, suspirado, refunfuñado, anhelado, aguardado y llorado, pero el médico de la familia nunca les ofrecía ni el menor rayo de esperanza.

* * *

Pero el momento largamente esperado ya estaba aquí. Los meses habían transcurrido con la lentitud del plomo derretido, y los días parecían reacios a pasar. Los meses se habían convertido en semanas, las semanas habían menguado hasta ser días, los días se habían atenuado y dejado paso a las horas, las horas habían cedido ante los minutos, los minutos habían expirado lentamente y ahora apenas restaban unos segundos.

Ephraim Bubb estaba sentado en las escaleras, encogido de miedo, con los oídos atentos para captar el primer chorro de música celestial que surgiera de los labios del recién nacido. La casa se hallaba en silencio; un silencio como el de la calma mortal que precede al ciclón. ¡Ah! Ephra Bubb, poco imaginabais vos que otro quiebro iba a alterar para siempre el pacífico y feliz curso de vuestra vida y abrir ante vuestros ojos, en exceso suplicantes, las puertas de esa maravillosa tierra donde la Infancia reina sin rival y donde el infante tirano, mediante un gesto de su mano diminuta y el imperioso timbre de su vocecita, sentencia a su padre al encierro en la mazmorra abovedada,

más profunda incluso que el foso del castillo. Os asaltó el pensamiento y os tornasteis pálidos. De qué modo temblasteis al veros al filo del abismo. Os habría gustado poder reescribir el pasado.

Pero la suerte está echada, para bien o para mal. Los largos años de oraciones y anhelos han llegado a su fin. De la estancia surge un grito agudo, que poco después se repite. ¡Ah, Ephraim! Ese grito son los primeros y débiles esfuerzos de los labios infantiles, desconocedores aún del tosco y mundano lenguaje necesario para producir la palabra «Padre». En el éxtasis de vuestro gozo, olvidasteis toda duda, y cuando el doctor acudió a vos como si de un heraldo de la dicha se tratara, os halló radiante de una forma de felicidad inédita para vos.

«Mi querido señor, permitidme daros la enhorabuena; una doble enhorabuena. Señor Bubb, ¡es usted padre de gemelos!».

Capítulo II. Días felices

Los gemelos eran los niños más hermosos que jamás se hubieran visto; o eso, al menos, afirmaban los expertos, opinión que los padres se hallaban bien dispuestos a creer. La opinión de la niñera representaba una prueba en sí misma.

No es, señora, que sean hermosos para ser gemelos, es que lo son para ser hijos únicos, y algo debía de saber ella, porque en sus tiempos a muchos había criado, gemelos e hijos únicos. Solo les falta cortarles sus preciosas piernecitas y ponerles unas alitas en los adorables hombros, y luego colocar a cada uno a un lado de una lápida de mármol blanco, bellamente cincelada, consagrada a la memoria de los restos de Ephraim Bubb, quedarían muy bien, señor, eso si la parienta no sobrevive al padre de tan maravilloso par de gemelos, aunque yo me atrevería a decir, sin ánimo de ofender, que a un caballero tan apuesto, aunque sea un poquito, o algo más que un poquito, mayor que su señora, porque, por lo que yo tengo entendido, los caballeros nunca envejecen, y, si se me permite dar mi opinión, eso hace que a mí me gusten más, no como esos críos, que no tienen nada en la cabeza, y decía yo que un caballero tan apuesto, y padre de gemelos tan divinos (¡Que Dios los bendiga!), bien se le puede considerar un muchacho, aunque por lo que yo he visto, y es mucho lo que he visto, nunca ha habido un muchacho con un par de gemelos así, y, si me apuran, con ningún par de ellos.

Los gemelos eran los ídolos de sus padres y al mismo tiempo su motivo de placer y de sufrimiento. Bastaba con que Zerubbabel tosiera, para que Ephraim saliera dando un brinco de su sueño, con un grito agónico de consternación, ya que innumerables visiones de gemelos con el rostro ennegrecido a causa de ataques de anginas acosaban sus horas nocturnas. Bastaba con que Zacariah emitiera una exhalación más fuerte de lo habitual para que Sophonisba, pálida y despeinada, corriera junto a la cuna de su descendencia. Si los alfileres los torturaban, o los cordones los afligían, o si la franela o las moscas les hacían cosquillas, o si la luz los deslumbraba, o la oscuridad los asustaba, o si el hambre o la sed asaltaban a las sincronizadas criaturas, toda la casa de los Bubb se veía arrancada del plácido sueño u obligada a abandonar cuanto se estuviera haciendo en ese momento.

Los gemelos crecieron a la par; fueron destetados, echaron los dientes y cumplieron tres años.

Crecían parejos en belleza, colmaban el hogar, etcétera, etcétera.

Capítulo III. Rumores de guerra

Harry Metford y Tommy Santon vivían en la misma hilera de villas que Ephraim Bubb. Los padres de Harry habían fijado su morada en el número veinticinco, mientras que en el número veintisiete reinaba la felicidad, gracias a la luz eterna de las sonrisas de Tommy, y entre esas dos residencias, Ephraim Bubb criaba a sus retoños, siendo el veintiséis el número de su mansión. Harry y Tommy habían tomado la costumbre, desde su más temprana infancia, de verse a diario. Su primera vía de comunicación habían sido los tejados, hasta que sus respectivos progenitores se vieron en la obligación de compensar económicamente a Bubb por los daños en su tejado y en las ventanas de la buhardilla, y desde entonces tenían prohibido, por las autoridades domésticas, reunirse; mientras que su mutuo vecino había tomado la precaución de reforzar los muros del jardín y de coronarlos de trozos de cristal para prevenir incursiones. Harry y Tommy, no obstante, habiéndose visto agraciados de almas osadas, ambiciones elevadas, naturalezas impetuosas y refuerzos en la trasera de los pantalones, desafiaron los puntiagudos muros de Bubb y prosiguieron encontrándose en secreto.

Comparados con estos dos jóvenes, Castor y Pollux, Damón y Pitias, Eloísa y Abelardo, no eran más que pálidos ejemplos de dualidad, constancia y amistad. Todos los poetas desde Higinio hasta Schiller pueden haber

cantado las nobles proezas realizadas y los inmensos peligros afrontados por la amistad, pero habrían enmudecido en caso de saber del mutuo afecto de Harry y Tommy. Día tras día, y a menudo noche tras noche, se enfrentaban esos dos valientes a las amenazas de la niñera, del padre, de la madre, de los azotes y del encierro, del hambre y de la sed, de la soledad y de la oscuridad, todo por estar juntos. Lo que discutían en secreto, nadie lo sabía. De los oscuros hechos perpetrados en sus simposios, nadie hablaba. Se reunían a solas, permanecían a solas y a solas se despedían para volver a sus respectivas moradas. Había en el jardín de Bubb un cenador cubierto de enredaderas sin podar y rodeado por álamos jóvenes que el entregado padre había plantado el día que nacieron sus hijos, y cuyo rápido crecimiento había presenciado orgulloso. Los árboles ocultaban el cenador, y era allí donde celebraban sus cónclaves Harry y Tommy, conocedores al cabo de una cuidadosa observación de que nadie iba nunca al lugar. Una y otra vez se reunían al amparo de una completa seguridad y proseguían su acostumbrada persecución del placer. Alcemos el misterioso velo y veamos cuál es el gran Desconocido ante cuyo altar ellos hincaban la rodilla.

Harry y Tommy habían recibido, cada uno, como regalo de Navidad, una navaja nueva, y durante mucho tiempo —un año casi— las navajas, similares en dimensiones y forma, fueron sus principales fuentes de disfrute. Con ellas cortaron y rayaron en sus respectivos hogares todo cuanto fuera improbable que acabara siendo descubierto, porque los jóvenes caballeros eran cautos y no tenían ningún deseo de que sus momentos de placer tuvieran que ser expiados mediante otros de padecimiento. El interior de cajones, de escritorios, de cajas, la parte inferior de mesas y de sillas, el dorso de los marcos de los cuadros, incluso los suelos, allí donde las esquinas de las alfombras pudieran levantarse subrepticiamente, todos lucían marcas de sus quehaceres; y también comparar sus triunfos artísticos era causa de gozo. Con el paso del tiempo, no obstante, llegó el momento de realizar autocrítica, había que modificar el campo de acción, ya que los viejos apetitos se hallaban saciados, y las viejas diversiones habían empezado a palidecer. Era absolutamente necesaria una ampliación de los planes de destrucción, ya que los límites de seguridad se habían alcanzado y sobrepasado hacía mucho. Pero, por grande o pequeño que fuera el riesgo, había que hallar una nueva forma de diversión, un nuevo terreno, estando baldío el viejo, y porque la persecución del placer se volvía más encarnizada con cada día que pasaba.

Había llegado la crisis. ¿Quién podía prever cuáles serían las consecuencias?

Capítulo IV. Fanfarria

Se reunieron en el cenador, resueltos a discutir cuestión tan seria. Los corazones de ambos estaban henchidos de ansias de revolución, las cabezas les rezumaban de ardides y estrategias, y los bolsillos se hallaban repletos de dulces, más deliciosos aún por el hecho de haber sido robados. Tras dar cuenta de los dulces, los conspiradores procedieron a exponer sus respectivas ideas en cuanto a la ampliación de sus operaciones artísticas. Tommy expuso orgulloso el plan de abrir una serie de agujeros en la cámara de resonancia del piano para destruir sus propiedades musicales. Harry no le iba a la zaga en cuanto a ideas novedosas. Había concebido el proyecto de cortar el lienzo por la parte trasera del retrato de su bisabuelo, que su padre tenía en gran estima entre sus lares y penates, de modo que cuando el cuadro fuera cambiado de sitio, la pintura se cuarteara y se desprendiera la cabeza del antepasado.

En ese momento de la junta, a Tommy se le ocurrió una idea brillante. «¿Por qué no doblamos nuestro disfrute y sacrificamos en el altar del placer tanto los instrumentos musicales como los retratos de la familia?». La propuesta fue aprobada por unanimidad, tras lo que la reunión se aplazó hasta después de la cena. Cuando la retomaron, resultó evidente que algo había ido mal, que había «algo podrido en Dinamarca». Al cabo de ciertos recelos a hablar por ambas partes, salió a la luz que todos los planes de reforma doméstica habían sido frustrados por la vigilancia materna, y que tan estricta había sido la reprimenda resultante del descubrimiento parcial de sus proyectos, que habían tenido que abandonarlos, al menos hasta que llegara el momento en que la fortaleza física de los reformistas les permitiera reírse de las amenazas y mandamientos paternos.

Entristecidos, los dos jóvenes solitarios contemplaron sus navajas; tristes, muy tristes, pensaron, como antaño hizo Othello, en las oportunidades para conquistar el honor, el triunfo y la gloria que para siempre se habían perdido. Compararon las navajas casi con el mismo cariño que unos amorosos padres. Eran similares en tamaño, resistencia y belleza, libres de todo asomo de corrosión que las afeara, exentas de mácula y con una hoja tan afilada como la mismísima espada de Saladino.

Tanto se parecían las navajas que, si no fuera por las iniciales grabadas en las empuñaduras, ninguno de los niños habría sabido decir cuál era la suya. Al cabo de poco rato empezaron a alardear de la excelencia superior de sus respectivas armas. Tommy insistía en que la suya era la más afilada; Harry afirmaba que la suya era la más resistente de las dos. La guerra verbal se fue

recrudeciendo. Los ánimos de Harry y de Tommy se inflamaron, y sus cuerpos infantiles se llenaron de una osadía y un odio dignos de adultos. Pero sucedió entonces que un espíritu de una edad remota penetró en el oscuro cenador del jardín de los Bubb. El espíritu susurró al oído de cada uno el modo como proceder a una demostración tan antigua como el mismo mundo, y de pronto el tumulto se apaciguó. Al unísono, los niños propusieron que debían poner a prueba la valía de sus navajas mediante un duelo.

Dicho y hecho. Harry sostuvo su navaja con el fijo hacia arriba; y Tommy, empuñando la suya con firmeza, soltó un mandoble contra la hoja de su amigo. A continuación invirtieron el proceso, pasando a ejercer Harry de agresor. Comprobaron ansiosos el resultado. Era fácil de ver; cada navaja lucía dos mellas de idéntica profundidad, lo que hizo necesario retomar la contienda, en busca de una prueba concluyente.

¿Qué necesidad hay de enumerar los detalles de aquella lucha encarnizada? Hacía mucho que el sol se había ocultado y que la sonriente cara de la luna se había alzado sobre el tejado de los Bubb cuando, fatigados y satisfechos, Harry y Tommy partieron hacia sus casas. ¡Pero, ay! El esplendor de sus navajas era historia. ¡Maldición! ¡Maldición! La gloria se había extinguido y nada restaba, más que dos ruinas inútiles, con los filos destruidos, semejantes ahora al perfil de las apretadas colinas de España.

Pero aunque se lamentaban por la pérdida de sus queridas armas, había alegría en el corazón de los niños, porque el día que acababa de concluir había expuesto ante sus miradas un campo para el placer tan ilimitado como el mismo mundo.

Capitulo V. La primera cruzada

Aquel día comenzó una nueva era en las vidas de Harry y Tommy. Su nueva diversión se prolongaría mientras duraran los recursos de sus residencias paternas. Con sigilo, tomaban subrepticia posesión de piezas de la cubertería familiar que no se usaban habitualmente, y las llevaban una por una, a sus citas. Las piezas salían intactas e inmaculadas del almacén de los mayordomos. ¡Pero ay! No regresaban como habían salido.

Pero con el transcurso del tiempo, la reserva de cubertería disponible se agotó, y los jóvenes hubieron de recurrir de nuevo a sus facultades para la inventiva. Razonaron del siguiente modo: «Jugar con cuchillos está bien, pero la emoción del duelo no se limita a tales herramientas. Llevemos, por tanto,

esta gran idea a nuevos ámbitos; vivamos un placer inacabable; sigamos batiéndonos, pero con objetos diferentes a los cuchillos».

Hecho. Lo cuchillos dejaron de ser el objetivo de los ambiciosos jóvenes. Cucharas y tenedores acababan a diario aplastados y deformados a golpes; un molinillo de pimienta se enfrentó a otro en combate, y ambos terminaron muertos sobre el campo de batalla; dos palmatorias se enzarzaron en lucha y no se separaron más que para ir a la tumba; hasta centros de mesa fueron empleados como armas en la cruzada.

Al final se agotaron todas las reservas existentes en los almacenes de los mayordomos, y comenzó entonces un proceso de destrucción variada que demostró, en espacio de breve tiempo, ser ruinoso para el mobiliario de las respectivas cosas de Harry y Tommy. La señora Santon y la señora Merford advirtieron que las roturas y los desperfectos que se producían bajo su techo excedían lo normal. No pasaba un día sin que se produjera alguna nueva calamidad doméstica. Hoy, una valiosa edición de un libro cuya lujosa encuadernación hacía de él un objeto de exhibición parecía haber sufrido alguna suerte de desgracia, pues los cantos estaban mellados y el lomo descosido, si no arrancado del todo; mañana, el mismo destino funesto parecía haberlo sufrido un marco en miniatura; al día siguiente las patas de una silla o de una mesa de centro mostraban signos de serio maltrato. Incluso en las habitaciones de los niños se escuchaban los lamentos. Pasó a ser algo cotidiano que las hermanas menores, cuando se despertaban por la mañana, encontraban que las muñecas con que dormían, y que tanto cuidaban, habían perdido toda su belleza, además de las piernas y los brazos, y que sus caras, a fuerza de golpes, habían abandonado todo parecido con el rostro humano.

Se empezaron a echar de menos piezas de la vajilla. No pudo descubrirse al ladrón, y los sueldos de los sirvientes, a costa de descuentos, pasaron a ser más nominales que reales. La señora Merford y la señora Santon lamentaban sus pérdidas, pero Harry y Tommy se recreaban día tras días rompiendo cosas, cuyos trozos formaban un montón, que no cesaba de crecer, en un rincón oculto del bosquecillo de los Bubb. Su afición por el duelo había crecido tanto que, para ambos jóvenes, se trataba ya de un capricho irreprimible, de una locura, de un frenesí.

Terminó por llegar un día terrible. Los mayordomos de las casas de Merford y de Santon, acosados por las continuas pérdidas y quejas, y viendo que el pago que se les exigía por las roturas superaba el importe de sus sueldos, decidieron buscar una ocupación nueva, donde, si no obtenían una compensación o un reconocimiento dignos de sus méritos, al menos no

perderían los ahorros y la reputación ganados hasta el momento. Por lo tanto, antes de entregar las llaves y los bienes confiados a su cargo, procedieron a efectuar un inventario de estos, para asegurar la veracidad de su informe. Inmensa fue su preocupación al conocer la medida de los estragos cometidos; terrible su angustia por el presente, amarga su perspectiva de futuro. Sus corazones, oprimidos bajo el peso de la desgracia, les fallaron; les dio vueltas el cerebro que antaño había derrotado a enemigos más mortales que la pena; y se desplomaron, quedando tendidos en sus respectivos sanctasanctórums.

Más tarde, ese mismo día, cuando se solicitaron sus servicios, los buscaron en alcobas y salones, descubriéndoles finalmente donde yacían.

¡Pero la justicia actuó con todo su peso! Fueron acusados de estar borrachos y de haber, hallándose en tan indigna condición, causado daños deliberados en todas las propiedades sobre las que pudieron poner las manos. ¿No eran acaso evidentes las pruebas de su culpabilidad en las hecatombes producidas? Se les acusó a continuación de todos los males existentes en cada casa, y, en respuesta a sus indignadas negativas, Harry y Tommy, cada uno en su hogar, siguiendo el plan acordado, dieron un paso al frente y aliviaron su conciencia del terrible peso con que venían cargando desde hacía demasiado tiempo. Según el relato de cada uno, una vez tras otra habían sido testigos de cómo el mayordomo, cuando este pensaba que nadie lo veía, entrechocaba cuchillos en la despensa; sillas, libros y cuadros en el salón y el estudio; muñecas en la habitación de las niñas; y platos en la cocina. Fue entonces el señor de cada casa quien reclamó justicia de forma rotunda e inflexible. Los mayordomos fueron puestos en manos de los mirmidones de la ley, con los cargos de embriaguez y destrucción premeditada de la propiedad.

* * *

Plácida y profundamente durmieron Harry y Tommy en sus camitas esa noche. Los ángeles parecían arrullarlos, pues sonreían como si disfrutaran de gratos sueños. Las recompensas concedidas por los orgullosos y agradecidos padres llenaban sus bolsillos; y sus corazones, la feliz certeza de haber hecho lo debido.

Dulce es el reposo de los justos.

Capítulo VI. Que el pasado se ocupe de enterrar a sus muertos

Se podría suponer que ahora Harry y Tommy se vieron obligados a abandonar sus operaciones.

Pues no fue así. Las mentes de estos jóvenes no eran como las de la mayoría, ni sus almas tan débiles como para rendirse ante el primer asomo de adversidad. Como Nelson, desconocían el miedo; como Napoleón, creían que «imposible» era un adjetivo digno de necios; celebraban la inexistencia, en el vocabulario de la juventud, de la palabra «fracaso». Por lo tanto, al día siguiente del esclarecimiento de las fechorías de los mayordomos, se reunieron en el cenador para planificar una nueva campaña.

En la que parecía su hora más oscura, cuando las murallas que limitaban sus posibilidades se cernían sobre ellos en todas direcciones, estas fueron las deliberaciones de aquellos intrépidos jóvenes: «Hemos jugado con todo cuanto es inanimado e inerte, ¿por qué no hacer una incursión en el terreno de lo vivo? Los muertos son cosa de las olvidadas regiones del pasado; que los vivos se ocupen de sí mismos».

Esa noche volvieron a encontrarse cuando todos en sus casas se habían ido a dormir y las llamadas amorosas de los gatos nocturnos eran los únicos indicios de la existencia de vida y sensibilidad. Cada uno llevó entre sus brazos al cenador una cría de conejo y un trozo de cinta adhesiva. A continuación, bajo la pacífica y silenciosa luz de la luna, procedieron a su labor misteriosa, sangrienta y tétrica. Comenzaron por tapar la boca a los conejos con la cinta adhesiva para que no hicieran ruido, si tenían ocasión de intentarlo. Luego Tommy agarró a su conejo por la colita, de la que el animal colgó retorciéndose, una masa blanca iluminada por la luna. Lentamente, Harry alzó su conejo, sujetándolo del mismo modo, y cuando lo tuvo a la altura de la cabeza, lo estrelló contra el animal de Tommy.

Pero no habían calculado bien. Los niños seguían agarrando las colas, pero el resto de los cuerpos habían caído al suelo. A punto estuvieron las bestias condenadas de escapar; sin embargo, los jóvenes se lanzaron sobre ellas y, sosteniéndolas en esta ocasión por las patas traseras, retomaron la contienda.

El juego concluyó bien entrada la noche, y ya asomaba el nuevo día por el cielo del este cuando los niños, portando triunfantes los cadáveres, los depositaron de regreso en sus conejeras.

A la noche siguiente se reinició el juego, con un nuevo conejo para cada uno, y durante más de una semana —mientras las conejeras pudieron proporcionar recursos— se prolongó la batalla. Cierto es que hubo corazones rotos y ojos llorosos entre los más pequeños de los Santon y los Merford, a

medida que, una tras otra, las queridas mascotas eran halladas muertas, pero Harry y Tommy, con sus heroicos corazones acorazados contra todo sufrimiento, y sordos a los gritos lastimeros de la infancia, prosiguieron apurando su lucha hasta la hez.

Una vez agotado el suministro de conejos, no se vieron faltos de munición, y durante días la guerra continuó con ratones blancos, lirones, erizos, cerdos de guinea, palomas, corderos, canarios, periquitos, pardillos, ardillas, loros, marmotas, caniches, cuervos, tortugas, terriers y gatos. De todos ellos, como se puede imaginar, los más complicados de manejar eran los terriers y los gatos, y en estos dos grupos, la proporción entre las dificultades de la lucha con terrier y la lucha con gato eran como la existente, según la *British Pharmacopoeia*, entre la leche y el agua en el producto sucedáneo que los lecheros ofrecen a su en exceso confiada clientela. Más de una vez, mientras se hallaban enfrascados en los eufóricos placeres de batirse empleando gatos como armas, habían deseado Harry y Tommy que una silenciosa tumba abriera sus implacables e inmensas fauces y los engullera, ya que las víctimas felinas no afrontaban pacientemente sus dolorosas muertes, y a menudo sobrepasaban los límites que protegían la seguridad de los artistas, y se volvían, rabiosos, contra sus ejecutores.

Al final, sin embargo, todos los animales disponibles acabaron sacrificados; pero la pasión por el duelo pervivía. ¿Cómo concluiría la historia?

Tommy y Harry estaban en el cenador, abatidos y desconsolados. Lloraban como dos Alejandros a los que ya no les quedaran mundos que conquistar. Al final habían acabado por convencerse de que los recursos necesarios para el duelo se habían agotado. Esa mañana habían celebrado una batalla desesperada, y su atuendo exhibía las consecuencias de la funesta guerra. Sus gorras, a fuerza de golpes, habían quedado reducidas a dos masas informes, sus zapatos habían perdido las suelas y los tacones y tenían rotos los empeines; tenían desgarradas las coderas, las mangas y los pantalones; y si se hubieran concedido el lujo masculino de un abrigo con faldones, estos también habrían desaparecido.

No cabía duda de que batirse en duelo se había convertido en una pasión absorbente para los dos. Durante largo tiempo y de manera encarnizada, habían volado montados a la espalda del demonio de la contienda, y, en el mejor de los casos, las invitaciones al buen comportamiento habían sido estériles; pero ahora, acalorados por el combate, enloquecidos por la similar eficacia de sus armas y con el apetito de victoria aún insatisfecho, anhelaban

con más intensidad que nunca algún nuevo placer: como tigres que han probado el sabor de la sangre y se relamen por una libación mayor y más sustanciosa.

Mientras estaban allí sentados, con el alma presa de un tumulto de deseo y desesperación, algún genio diabólico guio al jardín a los gemelos, los últimos retoños del árbol genealógico de los Bubb. Caminando a la par, Zacariah y Zerubbabel se acercaron desde la puerta trasera; se habían escapado de sus niñeras, y con el instinto explorador característico del ser humano, se adentraban intrépidamente en el gran mundo, la *terra incognita*, la Última Thule de los dominios paternos.

Al cabo de un rato llegaron a la cortina de álamos, desde detrás de la cual los ojos preocupados de Harry y de Tommy contemplaban su aproximación, ya que los niños sabían que las niñeras acostumbraban a andar siempre cerca de los gemelos, y temían ser descubiertos, hallándose sin vía de escape.

Era una imagen conmovedora, los adorables bebés, idénticos en complexión, rasgos, altura, expresión y atuendo; de hecho, se parecían tanto que se podría confundir a uno con el otro. Cuando Harry y Tommy advirtieron la asombrosa semejanza, se miraron de pronto, agarraron los hombros del otro, y, con un susurro entusiasmado, se dijeron: «¡Duelo! ¡Son exactos! ¡Es la mismísima apoteosis de nuestro arte!».

Con expresiones de excitación y manos temblorosas, planearon cómo atraer a los inconscientes bebés para que se adentraran en los límites de su osario, y sus esfuerzos se vieron premiados con tanto éxito que poco después los gemelos habían cruzado tambaleándose la barrera de árboles y quedaron fuera de la vista de sus padres desde la mansión.

Harry y Tommy no eran famosos en los alrededores de sus respectivos hogares por su caballerosidad, pero habría satisfecho el corazón de cualquier filántropo presenciar la amabilidad con que se ganaron a los desvalidos bebés. Mediante sonrisas, palabras juguetonas y zalamerías, los guiaron hasta el interior del cenador, y entonces, simulando dar con ellos uno de esos saltitos que a los niños tanto les gustan, los levantaron del suelo. Tommy sostuvo a Zacariah atravesado sobre el brazo, con su carita redonda sonriendo hacia las telas de araña del techo del cenador, y Harry, con un gran esfuerzo, alzó en alto al querúbico Zerubbabel.

Se dispuso cada uno para una gran empresa; Harry para golpear, Tommy para resistir el golpe, y Zerubbabel silbó cruzando el aire, ante el rostro radiante y resuelto de Harry. El sonido del golpe fue nauseabundo, y el brazo de Tommy cedió claramente bajo el impacto.

La pálida carita de Zerubbabel había caído justo sobre la de Zacariah, porque Tommy y Harry eran a esas alturas dos artistas demasiado experimentados como para errar un golpe así. Las blandas naricillas se hundieron, las blandas mejillas quedaron temporalmente aplastadas, pegadas unas a las del otro, y cuando un instante después se separaron, las caras de ambos se hallaban bañadas en sangre. De inmediato el firmamento tembló con unos alaridos que bastarían para despertar a los muertos. Del interior de la casa de los Bubb llegaron los ecos de los gritos y las carreras paternas. Cuando el ruido de pasos se oyó fuera de la mansión, Harry dijo a Tommy: «Pronto nos encontrarán. Subamos al tejado del establo y retiremos la escalera».

Tommy respondió mediante un asentimiento, y los dos niños, sin considerar las consecuencias, y cargando cada uno con un gemelo, treparon al tejado del establo mediante una escalera que solía haber contra la pared, y que luego procedieron a alzar.

Cuando Ephraim Bubb emergió de la casa en busca de sus hijos perdidos, la imagen con que se topó le heló el alma. En lo más alto del tejado del establo, Harry y Tommy habían reanudado su juego. Parecían dos jóvenes demonios forjando alguna herramienta diabólica, porque los gemelos eran alzados por turnos, bien alto, y luego dejados caer con una fuerza asombrosa sobre el cuerpo yaciente de su hermano. Nadie, salvo un padre amoroso e imaginativo, puede concebir cómo se sintió Ephraim. Incluso al más desalmado de los padres se le habría retorcido el corazón al ver a sus hijos, las alegrías de su madurez, sus amados gemelos, sacrificados en pos del brutal placer de unos jóvenes incorregibles, a la vez que culpables, de manera inconsciente e inevitable, de fratricidio.

A gritos llamaron Ephraim y Sophonisba, que, con la melena al viento, había entrado en escena, a su desgraciada prole, y chillaron en vano pidiendo ayuda; pero por una extraña mala fortuna nadie, salvo ellos, presenció la carnicería ni oyó los gritos de angustia y desesperación. Fuera de sí, Ephraim, subiéndose a los hombros de su esposa, se esforzó por escalar la pared del establo, si bien en vano.

Frustrados todos los intentos, corrió al interior de la casa y reapareció un momento después empuñando una escopeta de dos cañones, que cargaba con el contenido de un morral de munición mientras corría. Se detuvo junto al establo y gritó a los asesinos: «Soltad a los gemelos y bajad aquí u os disparo como a perros».

«¡Jamás!», exclamaron los heroicos dos al unísono, y prosiguieron con su atroz pasatiempo, ahora con el disfrute multiplicado, sabiendo que los agonizantes padres lloraban por el motivo de su gozo.

«¡Entonces morid!», chilló Ephraim, disparando los dos cañones, ahora el derecho, ahora el izquierdo, a los contendientes.

¡Qué desgracia! El amor por sus criaturas había hecho vacilar la mano que nunca vacilaba. Y cuando se disipó el humo y Ephraim se recuperó del retroceso de la escopeta, oyó una doble risa triunfal y vio a Harry y a Tommy, completamente ilesos, agitar en el aire los torsos de los gemelos; el amoroso padre había volado la cabeza a sus herederos.

Tommy y Harry gritaron de júbilo, y después de jugar un rato a lanzarse los cadáveres y atraparlos, sin más testigos que las miradas agónicas del infanticida y de su esposa, los lanzaron bien alto por el aire. Ephraim se abalanzó a atrapar lo que una vez fue Zacariah, y Sophonisba intentó, desesperada, coger los queridos restos de su Zerubbabel.

Pero el peso de los cuerpos y la altura desde la que cayeron no fueron tenidos en cuenta por ninguno de los progenitores, e ignorando una sencilla fórmula de dinámica, trataron de realizar algo que la serenidad y el sentido común, junto con los conocimientos científicos, les habrían advertido que era imposible. Los cuerpos cayeron, y Ephraim y Sophonisba murieron al instante por el golpe contra los gemelos, que, póstumamente, se convirtieron en culpables de parricidio.

Un inteligente forense asignado por el jurado encontró a los padres culpables de los crímenes de infanticidio y suicidio, basándose en la prueba facilitada por Harry y Tommy, que juraron, con reticencia, que aquellos monstruos inhumanos, enloquecidos por la bebida, habían matado a sus hijos disparándolos con un cañón —que había desaparecido—, hijos que se estrellaron contra el suelo de cabeza, y que luego los padres se habían matado entre ellos con sus propias manos.

Como resultado, a Ephraim y a Sophonisba se les negó el solaz de un entierro cristiano y fueron encomendados a la tierra previos «rituales de mutilación» y con sendas estacas clavadas en el pecho para inmovilizarlos a sus tumbas no consagradas hasta la llegada del Juicio Final.

Harry y Tommy fueron recompensados con honores nacionales y nombrados caballeros, pese a su tierna edad.

La fortuna les sonrió durante años y llegaron hasta una muy avanzada edad, fuertes y sanos, respetados y queridos por todos.

A menudo, en los dorados atardeceres veraniegos, cuando el conjunto de la naturaleza parecía en reposo, cuando se había abierto el tonel más añejo y encendido la lámpara mayor, cuando las castañas resplandecían entre las brasas y el cabrito giraba en el espetón, cuando sus bisnietos jugaban a vestir una armadura ficticia y a atusar la ficticia pluma de un yelmo, cuando las lanzaderas de las afanosas mujeres de sus nietos destellaban en los telares, acostumbraban ellos a narrar, con acompañamiento de gritos y risas, la historia de LOS DUALISTAS; O, LA FATAL MUERTE DE LOS GEMELOS.

EL CANALLA

(The Gombeen Man)

—Todos con Dios —dijo el hombre al entrar.

Le hicieron sitio junto al fuego. En cuanto se acercó al calor, una nube de vapor se alzó de él.

—¡Pues sí que estás mojado tú! —dijo la señora Kelligan—. Se diría que te has dado un buen baño en el lago.

—Exacto —respondió él—. ¡Maldita mi suerte! He cabalgado todo el día desde Galway para llegar aquí a tiempo, pero la yegua resbaló cuando bajaba Curragh Hill y me tiró al lago. Pasé tres horas en el agua hasta que pude salir, porque estaba frente a Curragh Rock y no encontré más que una grieta donde apoyar el pie, y tuve que agarrarme solo con una mano porque me temo que el otro brazo lo tengo roto.

—¡Oh, Dios! —lo interrumpió la mujer—. Quítate el abrigo, querido, y déjanos ver si podemos hacer algo.

Él meneó la cabeza y dijo:

—Ahora no. No puedo perder ni un minuto. Tengo que subir a la colina ahora mismo. Tendría que haber estado allí a las seis. Pero a lo mejor todavía no es demasiado tarde. La yegua está reventada. ¿Alguien puede dejarme un caballo?

No hubo respuesta, hasta que Andy dijo:

—Yo tengo mi yegua en el establo, pero este caballero me ha contratado, y al caballo también, por todo el día. Tengo que llevarlo a Carnaclif esta noche.

—No se preocupe por mí, Andy —intervine yo—. Si quiere ayudar a este hombre, adelante. Estoy mejor aquí dentro que cabalgando bajo la tormenta. Él no querría salir, con un brazo roto, si no tuviera una buena razón.

El hombre me miró muy agradecido.

—Gracias, su excelencia. Es usted un auténtico caballero. Espero que nunca lamente haber ayudado a un pobre hombre en serios problemas.

—¿Qué pasa, Phelim? —preguntó el sacerdote—. ¿Tienes algún problema con el que podamos ayudarte?

—Ninguno, padre Pether, muchas gracias. El problema es todo mío y nadie aquí puede ayudarme. Pero tengo que ver a Murdock esta noche.

Hubo un suspiro general de conmiseración; todos comprendieron lo que sucedía.

—¡Oh, Dios! —dijo el viejo Dan Moriarty, *sotto voce*—. ¡Así que eso es lo que pasa! También él ha caído en las garras de ese lobo. Él, a quien todos apreciamos. ¡Bendito sea Dios! Qué raro mundo este, donde casi nada es lo que parece. ¡Mi pobre amigo! ¿Puedo ayudarte de alguna manera? Llevo un poco de dinero encima que estaré encantado de dejarte si lo necesitas.

El otro negó con la cabeza, agradecido.

—Muchas gracias, Dan, pero el dinero lo tengo, ¡es solo el tiempo lo que me preocupa!

—¡Solo el tiempo! Es tiempo lo que el diablo regala a Black Murdock y a los de su calaña. Que Dios te ayude si ese hombre te ha hundido las garras en el pescuezo y tiene el tiempo de su lado, porque bien vas a necesitar Su ayuda.

—En todo caso, tengo que irme ya. Muchas gracias, vecinos. Cuando alguien está en problemas, la buena voluntad de sus amigos es el mayor consuelo que puede recibir.

—¡De todos menos de uno! ¡Recuérdalo! —dijo el sacerdote.

—Muchas gracias, padre, lo haré. Gracias, Andy y también al joven señor, estoy en deuda con usted. Espero que algún día pueda yo hacer algo por devolverle el favor. Muchas gracias otra vez y buenas noches.

Me estrechó la mano calurosamente, y ya se dirigía a la puerta cuando el viejo Dan le dijo:

—Y en cuanto a ese rufián malnacido de Murdock… —se interrumpió porque la puerta se abrió de golpe.

—¡Aquí está Murtagh Murdock para responder en persona! —dijo una voz ronca. El hombre al que yo había visto antes por la ventana.

Se produjo un tenso silencio en la estancia, entre el que se abrió paso el susurro de una anciana.

—¡Dios! ¡Hablando del diablo…!

Joyce se puso muy pálido; con una mano aferró instintivamente su fusta, mientras que la otra le colgaba, inútil, a un costado.

—He venido esperando encontrar aquí a Phelim Joyce —dijo Murdock—. Pensé que así le ahorraría el trabajo de llevarme el dinero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joyce con voz áspera—. Tengo el dinero aquí mismo. Siento llegar un poco tarde, pero he tenido un accidente serio, me he roto el brazo y casi me ahogo en el lago Curragh. Pero iba ahora a verte, estando tan mal como estoy, para pagarte tu dinero, Murdock.

El canalla lo interrumpió.

—Pero no era a mí al que tenías que ver, buen hombre, sino al *sheriff*, que te estaba esperando, y cuando no apareciste. —Joyce hizo una mueca de dolor, mientras que el otro sonrió—, hizo su trabajo.

—¿Qué trabajo, querido? —preguntó una de las mujeres.

—Venderme el arriendo de la granja conocida como Shleenanaher en oferta pública, de acuerdo a los términos de la notificación debidamente realizada y con advertencia hecha al propietario del arriendo.

Hubo una larga pausa. Joyce fue el primero en hablar.

—Bromeas, Murdock. ¡Por Dios, di que estás de broma! Tú mismo me dijiste que tenía tiempo para reunir el dinero. Y dijiste que sacar la granja a la venta no era más que una formalidad. ¡Es más! Me pediste que no dijera nada a ninguno de los vecinos, por si acaso alguno pretendía comprar parte de las tierras. Y pese a todo, en cuanto me fui a Galway a por el dinero, tú seguiste adelante con la venta, a mis espaldas, sin que hubiera nadie que pudiera hablar en mi nombre y el de los míos, ¡y compraste todo cuanto tengo! ¡No! Sé que eres un hombre duro, Murtagh Murdock, ¡pero nunca harías algo así! ¡Nunca lo harías!

Murdock no le respondió directamente, sino que se dirigió a todos los presentes.

—Yo esperaba ver a Phelim Joyce hoy en la venta, pero como tengo entre manos un negocio que le incumbe, vine aquí, sabiendo que encontraría a sus vecinos… ¡como así ha sido!

Sacó un cuaderno y empezó a anotar nombres.

—Padre Pether Ryan, Daniel Moriarty, Bartholomew Moynahan, Andhrew McGlown, señora Katty Kelligan… ¡Esto bastará! Sois todos testigos de lo que he hecho. ¡No he obrado bajo mano! Phelim Joyce, te notifico formalmente que tus tierras han sido vendidas y compradas por mí, después de que tú incumplieras tu palabra de devolverme, antes de la fecha acordada, el dinero que te presté. He aquí la cesión, firmada por el *sheriff*, y te informo, frente a todos estos testigos, de que procederé con la expropiación de inmediato.

Todos en la estancia estaban quietos como estatuas. Joyce estaba tan inmóvil y pálido que daba miedo, pero cuando Murdock pronunció la palabra

«expropiación», volvió de pronto a la vida. La sangre se le agolpó en el rostro y pareció a punto de hacer algo impulsivo, pero, con gran esfuerzo, se dominó y dijo:

—Señor Murdock, no puede usted ser tan duro. He conseguido el dinero, aquí lo tengo, pero un accidente me ha retrasado. Me caí al lago Curragh y casi me ahogo y tengo un brazo roto. No sea tan estricto, nunca lo lamentará. Le pagaré todo, y más, y le agradeceré el favor toda la vida. Romperá usted esos papeles, ¿verdad? Por mis hijos. Por Norah.

Parecía a punto de desplomarse.

—Phelim Joyce —dijo el otro con una sonrisa malévola—, he esperado durante años este momento. No debes de conocerme lo bastante, si no sabrías que, cuando me propongo algo, nunca me echo atrás. Nunca aceptaría tu dinero, ni siquiera aunque estuviera esparcido por el suelo y cada billete de una libra se hubiera transformado en uno de diez. Quiero tus tierras, he esperado mucho por ellas y pretendo conseguirlas. No sigas suplicando porque no pienso cambiar de idea, y no me importa todo el rencor que sientas por mí; puedes sentir incluso más, porque aquí, delante de tus vecinos, rechazo tu súplica. La tierra es mía, comprada en pública oferta, y ni todos los jueces y todas las cortes de Irlanda podrían arrebatármela. ¿Qué dices ahora, Phelim Joyce?

El torturado hombre había venido aferrando la rama de fresco que utilizaba como fusta, y, por el temblor nervioso de sus dedos, supe que algo iba a suceder. Y así fue; ya que, sin que mediara palabra, asestó un golpe al maléfico rostro que tenía delante, tan rápido como un rayo, tan fuerte que la rama levantó un surtidor de sangre, dejando una profunda marca. Con un grito salvaje, el canalla, fuera de sí, se lanzó sobre él; pero había muchos en la estancia tan rápidos como él, y antes de que ninguno de los dos pudiera asestar otro golpe, muchas manos fuertes los separaron.

La rabia de Murdock era de proporciones trágicas. Chillaba como una bestia salvaje, pidiendo que lo liberaran para volver a saltar sobre su oponente. Maldijo y blasfemó de manera tan espantosa que todos quedaron en silencio, y no se oyó más que la severa voz del sacerdote.

—¡Silencio, Murtagh Murdock! ¿Acaso no temes que Dios, desde las alturas, decida castigarte con la muerte? Con semejante demostración de Su poder como es la tormenta que está cayendo, eres un necio por desafiarlo así.

El hombre se quedó quieto de pronto y un malhumor testarudo ocupó el lugar de su cólera.

—En cuanto a ti, Phelim Joyce —prosiguió el sacerdote—, debería darte vergüenza; no eres miembro de mi parroquia, pero me dirijo a ti como haría tu clérigo si estuviera aquí. Hoy mismo, el Señor ha tenido la bondad de librarte de una muerte terrible y tú le agradeces Su compasión con tu cólera. Tenías motivo para enfadarte, has sido tentado a ello, bien lo sé, pero debes aprender a agradecer las adversidades, no a desdeñarlas. El Señor sabe siempre lo que hace, contigo y con todos los demás, y puede suceder que algún día recuerdes la fecha de hoy con gratitud por lo que Él ha hecho por ti, y avergonzado por tu cólera. Hombres, apartad las manos, soltad a estos dos. No volverán a pelear; confío en que, al menos, no en mi presencia.

Los hombres se apartaron. Joyce agachó la cabeza; yo nunca había presenciado una imagen de más extrema desesperación o tristeza. Retrocedió despacio y, apoyado contra la pared, ocultó la cara entre las manos y sollozó. Murdock frunció el ceño, y esta expresión cedió paso a una sonrisa malévola, con la que miró a todos los presentes.

—Terminado el trabajo —dijo—, vuelvo a casa.

—A ver si encuentras a alguien que quiera curarte esa brecha en la cara —dijo Dan.

Murdock se volvió y lanzó una mirada colérica a su alrededor.

—Alguien más acabará marcado antes del final de esta historia —siseó—. ¡Escuchadme bien! Nunca me he rendido ni flaqueado a la hora de tomarme la revancha. ¡Aquí hay unos cuantos que lamentarán el día de hoy! ¿Yo soy la serpiente que vive en la colina? ¡Muy bien! ¡Pues tened cuidado con la serpiente! Y en cuanto al que me ha golpeado, será el que más lo lamente… Él y los suyos.

Nos dio la espalda y se encaminó a la puerta.

—¡Alto! —dijo el sacerdote—. Murtagh Murdock, tengo algo que decirte, una advertencia solemne. Hoy has actuado como Ahab hizo con Naboth de Jezrael; ¡recuerda cuál fue su destino! Has codiciado los bienes de tu vecino, has hecho uso de tu poder sin compasión, has empleado la ley como un mecanismo de opresión. ¡Escúchame! Desde antaño se ha dicho que lo que a los hombres les es dado, luego han de repartirlo. Dios es muy justo. «No os engañéis; no es posible burlarse de Dios. Porque lo que el hombre siembra, el hombre cosecha». Hoy has sembrado vientos… ¡Ten cuidado, no sea que coseches tempestades! Al igual que Dios pidió cuentas a Ahab el samaritano por sus pecados, como ha pedido cuentas por los pecados de otros muchos, te pedirá cuentas asimismo a ti. Eres peor que el acaparador de tierras. Eres peor que el que se limita a codiciar. ¡La traición es una virtud, comparada con lo

que has hecho! Recuerda la historia del viñedo de Naboth y su terrible final. ¡No me repliques! Vete y arrepiéntete, si puedes, y deja que otros consuelen el dolor y la miseria… a menos que desees enmendar tu error. Si no es así, recuerda la maldición que puede caer sobre ti.

Sin pronunciar palabra, Murdock salió, y poco después oímos los pasos de su caballo en el camino adoquinado que llevaba a Shleenanaher.

Cuando quedó claro que se había marchado de verdad, una lluvia de conmiseración, simpatía y piedad cayó sobre Joyce. Los irlandeses son emocionales por naturaleza; nunca he visto sentimientos más genuinos ni fuertes. Basta con que asomen las lágrimas a los ojos de alguien, para que todos se muestren hondamente conmovidos. El menos alterado, en apariencia, era el pobre Joyce. Se había recompuesto, recuperando su admirable hombría, coraje y orgullo. Cedió, no obstante, a los deseos de sus amigos cuando se le sugirió que había que atender su herida.

—Muy bien, si queréis —consintió—. Es mejor que no vaya a casa así y moleste a la pobre Norah. ¡Pobre muchacha! ¡Ya tendrá bastante con lo que luchar!

Le quitamos el abrigo y, entre varios, nos las apañamos para vendarle la herida. El sacerdote, que tenía algunas nociones de cirugía, concluyó que se trataba de una fractura sencilla. Le entablilló y vendó el brazo, y todos coincidimos en que sería mejor para Joyce esperar a que amainara la tormenta antes de volver a casa. Andy dijo que podía llevarlo en su carruaje, ya que conocía bien el camino, y que, como estaba casi de camino a Carnacliff, solo tendríamos que desviarnos un poco y pasar por la casa del médico, para que se ocupara del brazo como es debido.

Volvimos a tomar asiento alrededor del fuego, mientras fuera la tormenta bramaba y las fieras ráfagas que barrían el valle parecían a punto de reventar la puerta, arrancar el tejado o aniquilar de cualquier otro modo la ajada cabaña que nos servía de refugio.

Claro está, solo había un tema de conversación posible, y el viejo Dan habló en nombre de todos cuando dijo:

—Ahora estás entre amigos, Phelim. Cuéntanos cómo Black Murdock consiguió clavarte las garras. Seguro que cualquiera de nosotros te ayudaría a quitártelo de encima si pudiera.

La aquiescencia fue general. Joyce cedió y dijo:

—Permitidme daros las gracias, vecinos míos, por la amabilidad que habéis demostrado conmigo y con los míos en esta noche lamentable. No diré

más al respecto, pero sí que os contaré cómo acabé a merced de Murdock. ¿Tú conoces a mi chico, Eugene?

—Sí, un buen muchacho, que Dios lo bendiga. Y tu hija no le va a la zaga en lo de ser buena gente —dijeron las mujeres.

—Ya sabéis que lo hizo tan bien cuando lo mandé a la escuela, que el doctor Walsh me recomendó que estudiara para ingeniero. Me dijo que era un joven tan prometedor que sería una lástima no concederle una oportunidad en la vida, y hasta me dio una carta para Sir George, el gran ingeniero. Fui a verlo y me dijo que aceptaría al chico. Me dijo que la matrícula a pagar era muy alta, pero que eso no supondría ningún problema, porque él renunciaba a su parte, y preguntaría a su socio si estaba dispuesto a hacer lo mismo. Pero este no es tan desprendido. Dijo que no podía renunciar a toda la matrícula, pero que aceptaría la mitad de su parte, siempre que se le pagara al contado. La matrícula habitual era de quinientas libras, y como sir George había renunciado a su parte y solo había que pagar la mitad del resto, lo vi posible. No disponía más que de unas pocas libras, después de gastar casi todo lo que tenía en drenar, sembrar, vallar, pagar el colegio del chico y a las monjas con que estaba la niña en Galway. Pero no estaba dispuesto a que el chico perdiera su oportunidad por mi culpa, así que me tragué el orgullo y fui a pedir el dinero a Murdock. Fue muy amable conmigo, ahora ya sé por qué, y me dijo que me lo daría de inmediato si yo ponía mis tierras como garantía. Se rio y bromeó conmigo; estuvo tan simpático que no desconfié. Me dijo que firmara unos papeles por puro formulismo, que no servirían para nada.

—¿Qué firmaste, Phelim? —lo interrumpió Dan Moriarty.

—Había dos papeles. Uno era un escrito donde yo ponía el arriendo de mis tierras como aval por el dinero prestado, y el otro un poder para sacar a oferta pública el arriendo si yo no le devolvía la cantidad en la fecha acordada. Si esto pasaba, yo me quedaría con las tierras del que comprara mi arriendo. Pensé que no habría problema, porque estaba seguro de poder devolverle el dinero, y en caso de que ocurriera lo impensable, podía pedir prestada la cantidad a alguien más, porque el arriendo valía diez más que aquella suma, y entonces saldar la cuenta. ¡De qué sirve lamentarse ahora! Firmé los papeles. Eso fue hace un año y una semana. ¡Y el plazo venció hace una semana!

Contuvo un sollozo y prosiguió.

—Todos sabéis que este año ha sido horrible, no he ganado más que lo justo para sobrevivir, ha sido imposible ahorrar nada. Es cierto que el muchacho casi me ha salido gratis, porque trabajó para pagar sus gastos, y la

chica, Norah, dejó la escuela y vino a casa para trabajar conmigo, y ahorrarnos hasta el último penique. Luego tuvimos la desgracia con el ganado de la que ya sabéis: los tres caballos que vendí en Dublín murieron antes de que se cumpliera el plazo de garantía que yo había dado.

—¡Es cierto! —lo interrumpió Andy—. Algo pasó con los caballos en todo Dublín. Ni siquiera un profesional como el doctor Ferguson consiguió descubrirlo.

—Y cuando se acercó la fecha —continuó Joyce—, empecé a asustarme, pero Murdock fue a verme un día cuando yo estaba solo, y me dijo que no me preocupara por el dinero, y que me olvidara del *sheriff*, al que él le tenía que notificar lo que sucedía. «Y además», me dijo, «si yo fuera tú, no le contaría nada a Norah, para no asustar a la chica, porque las mujeres se toman muy a pecho cosas que para hombres como nosotros no tienen importancia». Y, que Dios me perdone, le creí, y no dije nada a mi niña, ni siquiera cuando recibí el aviso del *sheriff*. Y cuando clavaron la notificación de la venta pública en un poste en mis tierras, la arranqué para que la pobre niña no se asustara. ¡Que Dios me perdone!

Se derrumbó, brevemente, pero luego se las apañó para continuar.

—Pese a lo que me había dicho, yo no estaba tranquilo, y cuando se acercó la fecha de la salida a la venta, no pude contenerme más y se lo conté a Norah. Eso fue ayer mismo, ¡y mirad cómo estoy hoy! Norah coincidió conmigo en que no teníamos que fiarnos del canalla y me mandó al Banco de Galway a pedir prestado el dinero. Y os aseguro que, cuando fui allí esta mañana, acompañado del coadjutor, para que este hiciera las presentaciones, aunque él no sabía para qué quería yo el dinero (eso fue idea de Norah, y la madre superiora la apoyó) el director del banco, que es todo un caballero, me dijo que me daba el dinero de inmediato, no tenía más que dejar mi firma. Firmé un documento y salí de allí con el dinero. Aquí lo tengo, en el bolsillo, en flamantes billetes; están un poco mojados después del chapuzón en el lago, pero por suerte están bien. Pero ya es demasiado tarde. ¡Que Dios me perdone!

Rompió de nuevo a llorar y esta vez necesitó un minuto para recuperarse.

—En cualquier caso, el banco que confió en mí no tiene culpa de nada. En cuanto tenga fuerzas para volver a Galway, les devolveré todo el dinero. Puede que esté arruinado, pero no soy deshonesto. ¡Pobre Norah! ¡Que Dios la ayude! Esto va a partirle el corazón.

Cayó el silencio dentro de la cabaña, roto tan solo por suspiros de compasión. El primero en hablar fue el sacerdote.

—Phelim Joyce, antes te dije, en tu arrebato de cólera, que Dios sabe lo que hace, y obra de acuerdo a Sus propios designios. Eres un hombre honesto, Phelim, y Dios lo sabe, y, escúchame bien. Él no permitirá que tú ni los tuyos sufráis. «He sido joven», escribió el salmista, «y ahora soy viejo, y nunca he visto a un hombre justo abandonado a su suerte, ni a los suyos faltos de pan». ¡Recuérdalo, Phelim! Puede que ese pensamiento os reconforte a ti y a Norah. Que Dios la bendiga, pues es una buena chica. Tienes mucho por lo que dar gracias, con una hija como ella para prestarte consuelo en casa y ocupar el lugar de su pobre madre, que fue la mejor de las mujeres; y con un hijo como Eugene, destinado a ganar renombre y crédito, y puede que hasta fama, incluso en la mismísima Inglaterra. Da las gracias a Dios por las muchas bendiciones que te ha otorgado, Phelim, y confía en Él.

Siguió un hondo silencio. El valeroso hombre se puso en pie y estrechó la mano del sacerdote.

—Que Dios lo bendiga, padre —dijo—. Me ha dado usted un gran consuelo.

Fue una escena muy conmovedora; nunca la olvidaré. La peor parte de los problemas de aquel pobre hombre parecía superada. Había afrontado el momento más oscuro, había hablado de sus dificultades y se hallaba ahora preparado para seguir luchando con lo que le quedaba; al menos por el momento, porque me costaba creer que, pese a todo su orgullo y fortaleza, no acabara algún día por venirse abajo, que las adversidades amargaran sin remisión su existencia.

Old Dan trató de ayudarle de manera más práctica pensando en lo que podía hacer ahora.

—Por supuesto, Phelim —dijo—, es una verdadera faena tener que entregar tus buenas tierras y quedarte a cambio con el baldío de Murdock, pero estoy seguro de que serás capaz de trabajar la nueva propiedad. Dime, ¿firmaste por toda la tierra, o solo por la parte de abajo? Quiero decir, ¿Cliff Fields es tuyo o de él?

Un manifiesto consuelo aligeró la expresión del pobre hombre.

—Solo la parte de abajo, ¡gracias a Dios! En realidad, no pude firmar por Cliff Fields porque esta parte no me pertenece. Es de Norah, su pobre madre se la dejó; mi suegro se la cedió a esta cuando nos casamos, y cuando él murió, pasó a ser de nuestra propiedad. Pero me temo que Cliff Fields es demasiado pequeño, y no tiene agua, al margen de la que baja de mis viejas tierras; y si tenemos que acarrear agua desde arriba de la colina, desde… mis nuevas tierras —dijo esto con una sonrisa, conseguida a costa de gran

esfuerzo—, no creo que sea bastante como para criar ganado o cultivar algo. Seguro que Murdock represa el arroyo que pasa por allí. Querrá hacerse también con Cliff Fields, supongo.

Me aventuré a hacer una pregunta.

—¿Cómo son sus tierras, en comparación con las del señor Murdock?

Respondió con un tono amargo, al genuino estilo irlandés.

—¿Habla usted de mis viejas tierras o de las nuevas?

—Las tierras que eran…, que deberían seguir siendo suyas —dije.

Le agradó la respuesta, porque su expresión era más serena cuando contestó.

—Las cosas son de la siguiente manera. Entre los dos poseemos la ladera oeste de la colina. Las tierras de Murdock, digo que son suyas porque todavía lo son, hasta que tome posesión de las mías, ocupan la cima de la colina; las mías están abajo. Mis tierras son la mejor parte, mientras que en las del canalla el suelo es pobre, con solo unos pocos trozos buenos acá y allá. Y hay algo más. Está la ciénaga de lo alto de la colina, en su mayor parte en la propiedad de él, mientras que en mis tierras no hay asomo de ciénaga, salvo un extremo, y una franja de turba seca, la mejor del país, y en cantidad suficiente para durar cien años, así de profunda es la turbera.

—¡La pura verdad! —intervino el viejo Dan—. La ciénaga del canalla vale de poco. Un sitio empapado, fétido y putrefacto. Cuando la ciénaga escogió ese sitio para instalarse, ¡no se lo pensó bien!

—¿La ciénaga? ¿La ciénaga escogió dónde instalarse? ¿De qué diantres hablan? —pregunté, perplejo.

—¿No ha oído usted hablar —me preguntó Dan— de la ciénaga errante?

—Sí.

—¡Pues es esa! Durante más tiempo del que nadie recuerda, se movió de un sitio a otro, y a otro, y a otro. Mi abuelo me contó que cuando él era un crío, la ciénaga ya era casi tan grande como entonces. Desde que yo tengo memoria, no ha vuelto a moverse, y me atrevería a decir que ha decidido quedarse donde está. Tienes que sacarle el mejor provecho que puedas, Phelim. Estoy seguro de que lo conseguirás.

—Haré lo que pueda, en todo caso. No tengo intención de cruzarme de brazos y quedarme mirando mi propiedad —fue su valiente respuesta.

En cuanto a mí, la idea me parecía de lo más sugerente. Nunca había visto una ciénaga errante, y decidí visitarla antes de concluir mi visita a aquella parte del país.

A esas alturas, la tormenta había empezado a amainar. La lluvia había cesado y Andy dijo que podíamos retomar el camino. Un momento después, estábamos en marcha; el hombre herido y yo sentados en un banco del carruaje, y Andy en el otro. Todos los presentes salieron a despedirnos, y, arropados con compañerismo y buenos consejos y deseos, nos adentramos en la noche negra como la tinta.

Andy era un cochero nato. Ni la oscuridad, ni las particularidades del camino, ni todo el ponche de *whisky* que había trasegado afectaban su conducción; sostenía firmes las riendas, sin que nos desviáramos. El carruaje daba cabezadas, botes y se meneaba a los costados, porque el camino era más bien un sendero, y en mal estado, pero Andy y la yegua seguían adelante imperturbables. Solo en un par de ocasiones, en un trayecto de unas tres millas de sendero serpenteante, cruzado una y otra vez por otros caminos y corrientes de agua, preguntó a Joyce por dónde había que seguir. Yo no distinguía los caminos de los cursos de agua, porque la lluvia recién caída corría por todas partes y la oscuridad era profunda. Aun así, tanto Andy como Joyce parecían poseer un sentido del que yo carecía, porque no dejaban de hablar de cosas completamente invisibles para mí. Como, por ejemplo, cuando Andy preguntó:

—Ahí, donde el camino se bifurca, ¿vamos hacia arriba o hacia abajo?

O:

—Si no recuerdo mal, ¿no es ese de ahí el viejo manzano de Micky Dolan? ¿No lo había talado?

O:

—Esa casa de enfrente, en lo alto, ¿no es la de Tim?

Finalmente doblamos a la derecha y enfilamos un breve camino de acceso a una casa. Supe que se trataba de una casa por la luz en las ventanas, ya que su silueta era invisible. Andy se apeó de un salto y llamó a la puerta, y al cabo de una breve conversación, Joyce se apeó también y entró en la consulta del médico. Me invitaron a pasar, pero pensé que sería mejor no hacerlo, para no molestar. Así que Andy y yo nos armamos de paciencia hasta que Joyce volvió a salir, con el brazo ahora bien entablillado. Luego retomamos el camino a través de las tinieblas.

No obstante, un rato después el cielo se aclaró un poco, o bien mis ojos se habituaron a la oscuridad, porque, de cuando en cuando, me parecía distinguir «árboles caminando como si fueran personas».

Al final, nos encontramos con algo oscuro e inmenso que se alzaba frente a nosotros, una negrura proyectada sobre la negrura del cielo, y Andy,

volviéndose hacia mí, dijo:

—Eso es Knockcalltecrore. Casi hemos llegado a la falda y pronto alcanzaremos el camino, donde el señor Joyce se apeará.

Avanzamos despacio un rato más, y la colina que se elevaba frente a nosotros pareció eclipsar todo asomo de luz, porque la oscuridad se hizo más densa que nunca.

—¿No es la señorita Norah a quien veo sentada en aquella valla de delante? —preguntó Andy a nuestro acompañante.

Yo escruté en la dirección en que creí que señalaba, pero, aunque me hubiera ido la vida en ello, no fui capaz de ver nada.

—Espero que no —dijo el padre, preocupado—. Nunca sale cuando hay tormenta. ¡Sí! Es ella. Nos ha visto.

Llegó entonces una voz suave y encantadora desde el camino.

—¿Es usted, padre?

—¡Sí, mi niña! Pero espero que no hayas estado esperando bajo la lluvia.

—Solo un rato, padre. Estaba preocupada por usted. ¿Está todo bien, padre? ¿Consiguió lo que quería?

Ella había saltado de la valla y se había acercado a nosotros, y, evidentemente, me vio, porque prosiguió en un tono más tímido.

—¡Oh! Le pido disculpas, no sabía que venía con un extraño.

Aquello me estaba volviendo loco; lo oía todo —incluyendo aquella voz femenina, la más dulce que yo hubiera oído nunca— pero me sentía como un ciego, porque no podía ver nada de nada, mientras que los otros tres parecían desenvolverse con tanta tranquilidad como si estuviéramos a la luz del día.

—Este caballero ha sido muy amable conmigo, Norah. Me ha prestado un asiento en su carruaje y hasta ha venido aquí solo para traerme.

—Todos le estamos muy agradecidos, señor. Pero, padre, ¿dónde está su caballo? ¿Por qué viene en carruaje? Padre, espero que no haya tenido usted un accidente. He temido por usted durante todo el día.

Dijo esto último con voz más débil; si los ojos me hubieran servido de algo, seguro que la habría visto empalidecer.

—Sí, querida, tuve una caída en Curragh Hill, pero estoy bien. ¡Norah, querida! ¡Rápido, rápido! ¡Cogedla! ¡Se desmaya! ¡Dios mío, no puedo moverme!

Salté del carruaje en la dirección de donde procedía la voz, pero mis brazos no apresaron más que aire. No obstante, oí decir a Andy a mi lado:

—Está bien. La tengo. Ánimo, señorita Norah. Su papá está bien. ¿No lo ve usted misma, ahí, sentado en mi coche? Muy bien, es una chica valiente.

No se ha desmayado.

—Estoy bien —murmuró ella—. Pero, padre, ¿está usted herido?

—Nada serio, querida, lo justo para que hayan tenido que hacerme una pequeña cura. En unos días estaré bien. Gracias, Andy. Ahora échame una mano. Estoy un poco agarrotado.

Supongo que Andy lo ayudó a bajar.

—Buenas noches, Andy, y buenas noches también a usted, caballero, y gracias por su amabilidad. Espero que nos veamos de nuevo.

Con su mano sana, estrechó calurosamente la mía.

—Buenas noches —dije—. Y adiós. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

Cuando él me soltó la mano, alguien más me la cogió —una mano fuerte y cálida—, y una voz suave dijo con timidez:

—Buenas noches, señor, y gracias por lo generoso que ha sido con mi padre.

Musité «buenas noches» de nuevo a la vez que me alzaba el sombrero; la molestia que suponía la oscuridad se hizo intolerable en ese momento. Los oímos alejarse por el camino, y yo volví a subir al carruaje.

Cuando dimos media vuelta y pusimos rumbo a Carnaclif, la noche parecía más oscura que nunca, y el viaje fue el más pesado que yo hubiera sufrido nunca. Solo tuve un pensamiento placentero, pero que no abandonó mi cabeza en todo el trayecto por caminos enfangados: el de la tibia mano y la dulce voz surgidas de la oscuridad, a la sombra de aquella misteriosa colina, que parecía haber pasado a ser parte de mi vida. No cesaba de recordar las palabras del antiguo narrador:

«¡La colina siempre lo soporta todo! Un hombre tiene sus razones —a veces unas, a veces otras—, pero la colina continúa soportándolo».

Y comencé a meditar, vagamente, si podría llegar a soportarme también a mí, y de qué modo.

LA NOCHE EN LA CIÉNAGA AMBULANTE

(The Night of the Shifting Bog)

Pese a la tormenta, salimos sin perder ni un momento. No nos molestamos en llevar una linterna, después de pensar que su luz sería más una molestia que una ayuda, ya que nos impediría ver a lo lejos.

Bajamos la colina en dirección oeste, hasta llegar al borde de la ciénaga. Allí nos separamos, Dick siguió el contorno de la ciénaga colina abajo mientras que yo fui hacia el norte. Habíamos acordado una señal para llamarnos, en caso de que pudiera oírse entre la tormenta: el «coo-ee» australiano, que es el mejor grito para llamar la atención de alguien en el campo.

Cada poco, yo gritaba: «¡Norah! ¡Norah!», con la vana esperanza de que, mientras ella volvía a casa después de intentar encontrar a su padre, oyera mi voz. Pero no obtuve más respuesta que el bramido de la tormenta, entremezclado con el estruendo de las olas contra las rocas de la base de los acantilados.

Seguí adelante, por el borde de la ciénaga, hasta llegar al extremo más al norte, donde el terreno se elevaba, ganando solidez. Descubrí que la ciénaga en aquella zona estaba tan saturada de lluvia que hube de dar un amplio rodeo, por el costado occidental, en lo alto de la colina había un tosco refugio para el ganado, y se me ocurrió que Joyce podía haber ido allí a echar un vistazo a sus animales, y que Norah podía haber ido asimismo, buscándolo. Me apresuré en su dirección. El ganado estaba allí, arracimado al cobijo de un muro de terrones de tierra y de piedras. Grité todo lo fuerte que pude, desde el costado de barlovento, para que mi voz llegara más lejos.

—¡Norah! ¡Norah! ¡Norah! ¿Estás ahí?

Se produjo una pequeña agitación entre los animales, que respondieron con un par de mugidos acallados, pero no conseguí ninguna respuesta de aquellos a los que andaba buscando, así que corrí de nuevo hacia el extremo más alejado de la ciénaga. Al acercarme a la entrada de Cliff Fields grité cuan

fuerte pude: «¡Norah! ¡Norah!», pero el viento se llevó mis palabras como si fueran cardos arrancados y, al no obtener ninguna respuesta, me sentí terriblemente solo entre la niebla.

Continué adelante, siguiendo el contorno de la ciénaga. Más abajo me vi protegido, en parte, del viento, ya que un caballete de rocas se interponía entre el mar y yo, lo que me llevó a pensar que quizás allí mi voz se oyera a mayor distancia. Tenía el corazón encogido por la angustia, pero insistí, empujado por la terquedad fruto de la desesperación.

Me pareció oír un grito entre la niebla. Era la voz de Norah. Fue apenas un instante y yo no estaba seguro de haberlo oído realmente o si la angustia había creado un espejismo sonoro para burlarse de mí. Sin embargo, fuera lo que fuera, me espabiló como si hubiera oído un toque de clarín; el corazón me dio un vuelco y la sangre se me agolpó en la cabeza, haciéndome sentir mareado. Agucé el oído, tratando de distinguir desde qué dirección había provenido el grito.

Esperé angustiado. Los segundos parecían siglos y el corazón me golpeaba el pecho como un martinete. Volví a oírlo, débil pero claramente. Grité otra vez, con todas mis fuerzas, pero la fuerza de la tormenta me derrotó de nuevo.

Se produjo entonces una repentina calma pasajera; un rayo iluminó los alrededores, y a unas cincuenta yardas distinguí a dos personas que peleaban al borde de las rocas. Aquel vistazo, que duró apenas una fracción de segundo, me bastó para distinguir la falda roja que, en aquel momento y en aquel lugar, no podía ser otra que la de Norah. Grité al mismo tiempo que me lancé a correr en su dirección, pero justo en aquel momento un trueno restalló sobre mí y, con el fortísimo y largo eco, todos los demás sonidos quedaron reducidos a la nada, como si la réplica del trueno hubiera reinstaurado una quietud primigenia. Cuando el eco estaba pronto a apagarse, oí con toda nitidez la voz de Norah.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Arthur! ¡Padre! ¡Ayuda, ayuda!

Incluso en aquel momento desesperado, el corazón me dio un brinco al oír que mi nombre era el primero que ella exclamaba.

Respondí a gritos, sin dejar de correr, pero el viento no cesaba de llevarse mi voz, y entonces la oí decir, pero más bajo que antes:

—¡Ayuda! ¡Arthur! ¡Padre! ¿Es que nadie va a ayudarme?

A continuación restalló otro rayo, y bajo la luz de la sesgada línea nos vimos, y la oí gritar de alivio antes de que un trueno acallase su voz. Distinguí que su asaltante no era otro que Murdock, y me apresuré hacia ellos, pero él

también me había visto y, antes de que yo pudiera ponerle la mano encima, la soltó y, con una maldición ahogada por un fuerte trueno, le asestó un golpe en el corazón y echó a correr.

Levanté a mi pobre amada y la trasladé cerca de allí, al caballete de rocas, ya que a la luz del cielo, más claro cada vez, alcancé a distinguir un reguero de agua que, naciendo en la ciénaga, discurría hacia nosotros. Ella estaba inconsciente. Corrí al reguero y llené mi sombrero de agua fresca. A continuación, colocando las manos a modo de bocina grité: «¡Coo-ee!», una, dos veces. Vi a Murdock correr hacia su casa; el cielo estaba clareando. Los truenos habían barrido las nubes de tormenta, permitiendo el paso del cercano amanecer.

Pero mientras estaba allí —y no me había retrasado ni un segundo más de lo necesario— el suelo pareció ceder debajo de mí. Se produjo un extraño estremecimiento o temblor, y mis pies comenzaron a hundirse. Con un grito de desesperación —pues creía que había llegado el momento fatal, que la ciénaga había empezado a moverse y me había atrapado— me arrojé hacia las rocas. Mi grito despertó a Norah con la misma eficacia que un toque de trompeta. Se puso en pie de un brinco y echó a correr hacia mí. Cuando la vi acercarse, grité:

—¡Atrás! ¡Atrás!

Pero no se detuvo. No cesaba de repetir:

—¡Ya voy, Arthur, ya voy!

A mitad de camino entre los dos había una roca de superficie plana, que se elevaba sobre el nivel de la ciénaga. Antes de llegar a ella, los pies de Norah empezaron también a hundirse, y el terror por su destino se sumó al que yo ya padecía. Pero ella no vaciló ni un instante, y, disponiendo de la ventaja de pesar menos que yo, consiguió alcanzar la roca. Mientras tanto, yo no dejaba de forcejear tratando de alcanzar algún asidero. Entre la roca y yo crecía una mata de aulaga. Me aferré a ella; me sostuvo por unos segundos, tras lo que empezó a hundirse conmigo. A cada instante que pasaba, la tierra se licuaba más y más.

Ningún lenguaje puede describir el horror de sentir cómo el suelo sólido se disuelve bajo tus pies. Estaba muy cerca de la roca que podía ser mi salvación pero, aun así, quedaba fuera de mi alcance. ¡Iba a morir tragado por la tierra! Vi el horror en los ojos de Norah.

Ni siquiera el amor de Norah podía salvarme; me encontraba fuera del alcance de sus brazos, y, al igual que yo, ella era incapaz de encontrar ningún punto de apoyo en la tierra licuada. ¡Ojalá hubiera tenido una cuerda! Pero no.

Ni siquiera contaba con su chal, que había perdido durante el forcejeo con Murdock.

Gracias a su instinto femenino, Norah dio con una forma de ayudarme. Rasgó su falda roja, de grueso tejido de fabricación casera, y me lanzó un extremo. Me aferré a él, desesperado, ya que para entonces solo mis brazos y mi cabeza asomaban sobre la superficie.

—¡Dame fuerzas, Dios! —suplicó ella.

Tiró hacia atrás, con los pies bien afianzados en la roca, y pensé que si ninguno de los dos nos soltábamos, quizás pudiera salvarme.

Poco a poco me fui liberando. Cada vez estaba más cerca de la roca. ¡Un poco más! ¡Casi! Conseguí aferrarme con una mano y me quedé colgando sin aliento, todavía desesperado. No podía hacer nada más que sostenerme, pues la viscosa masa que me envolvía contaba con un extraño poder de succión que me retenía, y estaba a punto de consumir todas mis energías, muy mermadas después de la lucha contra la muerte. ¡La ciénaga se movía! Pero Norah se arrodilló sobre la roca, se inclinó hacia delante y me agarró por el cuello del abrigo con ambas manos. El amor y la desesperación le prestaron fuerzas, y con un último esfuerzo tiró de mí hacia arriba, y un segundo después yo yacía sano y salvo sobre la roca, en brazos de Norah.

Mientras sucedía este angustioso episodio, la mañana había proseguido su avance, y ahora una fría luz gris revelaba toda la extensión de la ladera ante nosotros. Vimos a Joyce y a Dick al otro lado de la ciénaga, y entre las ráfagas de viento creímos oír, débilmente, sus gritos.

A nuestra derecha, a buena distancia colina abajo, se alzaba majestuoso el Shleenanaher, con las rocas de la base iluminadas por la luz gris que se colaba sobre la colina. Más cerca, en la misma dirección, se encontraba la casa de Murdock, una silueta negra en el fondo de la hondonada.

Miramos a nuestro alrededor, felices de hallarnos a salvo, pero entonces nos abrazamos con mayor fuerza, y un grito ahogado de miedo subrayó el escalofrío de Norah, pues algo terrible estaba pasando.

Toda la superficie de la ciénaga, hasta donde alcanzábamos a ver bajo la débil luz, se agitó y empezó a desplazarse, a la vez que giraba en pequeños remolinos, como la corriente de un río crecido. El nivel de la ciénaga subió y subió, hasta alcanzar casi la altura a la que nos encontrábamos, e, instintivamente, nos pusimos en pie, horrorizados, abrazados con fuerza uno al otro.

La agitada superficie de la ciénaga empezó a desbordarse por todos los costados, inundando el terreno sólido que antes la contenía, y vimos aliviados

que Dick y Joyce se habían refugiado en una roca alta. Todo cuanto asomaba sobre la superficie parecía disolverse y a continuación desaparecía, engullido por la ciénaga. La destrucción silenciosa avanzaba en dirección a la casa de Murdock, y cuando alcanzó la hondonada en la que se ubicaba la casa, aceleró su marcha, como el agua de un río al aproximarse a una catarata.

Por instinto, lanzamos gritos de advertencia a Murdock; pese a ser un villano, no merecía morir de aquel modo. Se había quedado paralizado de horror al ver lo que sucedía. No resultaba extraño, ya que un instante después la casa comenzó a hundirse en el terreno, igual que un barco se va a pique en un mar tormentoso.

El viento había amainado; la luz matutina iluminaba la colina y veíamos con claridad. El sonido de las olas al estrellarse contra las rocas al pie de los acantilados y el de la lejana rompiente colmaban la atmósfera, pero entre ellos llegaba otro sonido, uno como yo nunca había oído: un gorgoteo prolongado y profundo, acompañado de un ruido de succión y de un leve siseo, algo terrible, implacable, un ruido de aguas agitadas buscando una vía de alivio.

La convulsión en la ciénaga aumentó; era como si, en sus profundidades, algo monstruoso luchara por liberarse.

Para entonces la casa de Murdock ya había medio desaparecido bajo la ciénaga. Él había trepado al tejado de paja y miraba hacia nosotros con los brazos extendidos, como si suplicara auxilio. Durante unos minutos, la amplia superficie del tejado sustentó la casa, pero luego también empezó a hundirse. Murdock se arrodilló y entrelazó las manos, rezando desesperado.

Se oyó entonces un estruendo y una suerte de siseo creciente. La ladera de la colina, por debajo de nosotros, pareció reventar. Murdock alzó los brazos, lo oímos gritar mientras la mole que se abalanzó sobre él lo engullía.

A continuación todo concluyó. Con un resoplido y el sonido propio de una portentosa corriente acuática, la totalidad de la ciénaga se desplazó, produciendo olas cada vez de mayor tamaño y una escalofriante agitación, montaña abajo, hacia la entrada del Shleenanaher, impactó contra el portal con un sonido atronador y se elevó hasta una altura portentosa. Y seguidamente millones de toneladas de agua, limo, tierra y roca fracturada desaguaron a través del paso hacia el mar.

Norah y yo caímos de rodillas, tomados de la mano, y dimos las gracias a Dios por habernos salvado de tan terrible muerte.

LORD CASTLETON SE EXPLICA

(Lord Castleton Explains)

Lord Francis Onslow alzó su sombrero. Fue un gesto instintivo, al verse ante una dama, pero el encuentro inesperado le había dejado aturdido y no sabía lo que hacía. Solo podía recordar que la última vez que vio a su esposa, ella estaba abriendo la puerta de su habitación a De Mürger. Durante semanas, Francis se había venido preparando para aquel encuentro, consciente de que, cuando él regresara, se podría producir en cualquier momento; pero ahora que el momento había llegado, y por sorpresa, la humillación volvió a abrumarlo. Su puso tan pálido que a Fenella su rostro le recordó al de un muerto. Ella se sabía culpable en parte de lo sucedido; el asesinato había sido un resultado de lo que ella había hecho antes. Sabía también que su marido ignoraba el papel que él mismo había desempeñado en los acontecimientos; y el horror que ella sentía al hallarse ante aquel hombre, cuyas manos, en cierto modo, se hallaban manchadas de sangre, se veía eclipsado por su propio sentimiento de culpabilidad. El juicio, con el quebranto que algo así supone para una mujer orgullosa y sensible, la había dejado emocionalmente exhausta, y ahora se aferraba a cualquier motivo de esperanza. Ver a Frank, cuyas mejillas chupadas ponían de manifiesto cuánto había sufrido, despertó el sentimiento de protección que forma parte del amor femenino.

—¡Frank! —dijo ella, con toda su alma.

Él respondió en tono duro, a la vez que triste.

—¿Qué sucede?

A ella se le encogió el corazón, pero insistió.

—Frank, tengo que hablar un momento contigo, debo hacerlo. Por Dios, no me lo niegues. Hazlo por Ronnie.

Ella no sabía que Frank Onslow no estaba informado de la muerte de De Mürger, y cuando él respondió lo hizo en un tono aún más duro del que pretendía.

—¿Quieres hablar de aquella noche?

—Sí —dijo ella débilmente. Luego, al mirarlo a los ojos y encontrarse con que la mirada de él se tornaba aún más severa, ya que un hombre rara vez es generoso cuando su honor se encuentra en juego, añadió—: ¡Por Dios, Frank! No creerás que soy culpable. ¡No, no, no, tú no! ¡Sería demasiado cruel!

Al cabo de una pausa, Frank Onslow respondió:

—Fenella, que Dios me perdone, pero lo creo.

Dicho esto, apartó la mirada. Su esposa, claro está, creyó que se refería al asesinato, no al pecado que, según Frank, ella había cometido contra él, y, con un gemido, se volvió de espaldas y enterró la cara entre las manos. Con un esfuerzo, se recompuso y, sin decir ni una palabra ni dedicar a su marido ningún gesto de reconocimiento, pasó junto a él y se alejó.

Frank Onslow se quedó allí plantado unos momentos, observándola, tras lo que cruzó la calle y dobló la siguiente esquina, en dirección a la oficina de correos, que era hacia donde se dirigía cuando se encontró con su mujer. En la puerta lo detuvieron una voz alegre y una mano extendida.

—¡Onslow!

—¡Castleton!

Los dos hombres se estrecharon calurosamente la mano.

—Veo que no recibió usted mi telegrama —dijo Castleton—. Le estará esperando en la oficina de correos.

—¿Qué telegrama?

—En el que le decía que venía desde Londres. Para hablar con usted, viejo amigo. Pensé que querría conocer todos los detalles. Los periódicos son muy inconcretos.

—¿Qué periódicos? ¿Hablar conmigo? Cuéntemelo todo. Ignoro todo lo que ha pasado en las últimas seis semanas.

Un temor tenue y sombrío cubrió su ánimo. Castleton respondió comprensivamente.

—Entonces no sabe nada de… Pero aguarde. Es una larga historia. Vayamos al yate. Me dirigía hacia allí para encontrarme con usted. Así estaremos solos y podré contárselo todo. Le he traído los periódicos —dijo señalando los ejemplares que llevaba enrollados bajo el brazo.

Caminaron hasta el muelle, donde, al pie de los escalones, el marinero esperaba con el bote, y fueron transportados hasta el yate. Una vez a bordo, los dos hombres se quedaron a solas. Con un carraspeo preliminar, Castleton dio inicio a su relato.

—Frank Onslow, es mejor que le dé las malas noticias sin preámbulos. Inmediatamente después de que usted saliera de Harrogate, su esposa fue

juzgada por asesinato y absuelta.

—¡Dios mío! ¿Fenella juzgada por asesinato? ¿De quién?

—De ese sinvergüenza de De Mürger. Al parecer, él entró una noche en la habitación de ella, con malas intenciones, y su esposa lo apuñaló…

Castleton se calló, asombrado por la expresión radiante de Frank Onslow.

—¡Gracias a Dios! —murmuró este. El silencio de Castleton, quien estaba demasiado perplejo como para continuar hablando, le hizo dominarse, y añadió—: Tengo razones para alegrarme, viejo amigo. Se lo explicaré todo luego, pero ahora continúe. Cuénteme todo lo que sucedió o déjeme leer los periódicos. Recuerde que no sé nada de lo que pasó y que estoy ansioso por enterarme.

Sin decir nada, Castleton le tendió los periódicos, encendió un cigarro y tomó asiento dándole la espalda; poco después, rindiéndose al sol y al aire fresco, empezó a sestear.

Frank Onslow tomó los periódicos y leyó de cabo a rabo la crónica del asesinato de De Mürger. Cuando terminó, permaneció sentado con el último periódico doblado aún en la mano, y la misma mirada ausente que en la noche fatal. Volvía a ser presa del trance hipnótico.

Se levantó y se aproximó sigilosamente a su dormido amigo. Al mismo tiempo que murmuraba: «¿Por qué no lo maté?», lo golpeó con el periódico enrollado, como si se tratara este de una daga. Castleton, sumido en un grato sueño, y con una amplia sonrisa en los labios, se despertó sobresaltado.

—¡Qué demonios! —exclamó, y volvió a quedarse callado al ver la expresión de su amigo y comprender que se hallaba sumido en alguna suerte de trance.

Empalideció al ver a Frank Onslow apuñalar y apuñalar y apuñalar. Tenía algo de grotesco: el hombre convencido de estar llevando a cabo un asesinato, mientras que su arma no era más que un periódico enrollado. Mientras apuñalaba, no cesaba de susurrar: «¿Por qué no lo maté? ¿Por qué no lo maté?». A continuación realizó una serie de movimientos, como si abriera sigilosamente una puerta invisible, que luego cerró tras él. Después regresó a su silla, donde ocultó la cara entre las manos.

Castleton lo miró asombrado, sin moverse, y se dijo: «Se pensaba que alguien más fuerte que Fenella tenía que haber dejado aquellas marcas de dedos en el cuello del muerto». Miró a su alrededor para comprobar que nadie más había visto lo sucedido; convencido de había sido así, se dijo: «¡Qué noble mujer, por Júpiter! ¡Qué noble mujer!».

—Frank. ¡Frank Onslow! —llamó—. ¡Despierte!

Onslow irguió la cabeza como hace alguien al que se despierta por sorpresa, y sonrió diciendo:

—¿Qué sucede, amigo? ¿Me he quedado dormido?

Resultaba evidente que no guardaba ningún recuerdo de lo que acababa de pasar. Castleton tomó asiento a su lado y, muy serio, preguntó:

—¿Ha leído los periódicos?

—Sí.

—Ahora explíqueme por qué dijo «Gracias a Dios» cuando le conté que su mujer mató a De Mürger. Me dijo que lo haría.

Frank Onslow no habló de inmediato. Aunque el recuerdo de lo que él había tomado como su humillación había convivido con él día y noche, hasta llegar a familiarizarse con aquella vergüenza, era una cosa muy diferente hablar de ello, aunque fuera con un amigo como Castleton. Incluso ahora que, al parecer, su mujer había vengado de modo tan terrible la afrenta contra su honor, le resultaba a él difícil hablar del tema. Castleton vio reflejadas en el rostro de su amigo las dudas y la lucha que tenía lugar en su cabeza, y dijo fervientemente, apoyándole una mano en el hombro:

—No vacile en contármelo, Frank. No se lo pregunto llevado solo por la curiosidad. Puede que yo sea mejor amigo suyo de lo que cree. Todo cuanto pretendo es aclarar una duda que albergo. Sabe usted que soy su amigo.

—¡El mejor que se puede tener! —respondió Frank impulsivamente, estrechando la mano del otro. Luego, apartando la mirada, dijo despacio—: Se sorprendió usted de que yo me alegrara de que Fenella haya matado a ese sinvergüenza. Se lo explicaré, Castleton, pero no se lo diré a nadie más. Fue porque lo vi entrar en la habitación de mi esposa, y pensé, ¡que Dios me perdone!, que lo hacía con el consentimiento de ella. Por eso me fui de Harrogate aquella misma noche. Por eso me he mantenido alejado desde entonces. ¿Cómo podría mirar a la cara a mis amigos, tras ser humillado de semejante modo? Que usted me dejara su yate me salvó la vida. A solas, en la bahía de Vizcaya y entre las olas del Atlántico, comencé a serenarme. Cobré nuevos ánimos. Por lo tanto, ¿tan extraño resulta que me alegrara al saber que, lejos de ser culpable de mi humillación, mi esposa mató al hombre que trató de mancillar su honor?

Al cabo de una pausa, Castleton preguntó:

—¿Cómo llegó usted a verlo? ¿Por qué no hizo nada por impedirlo? Disculpe, viejo amigo, solo pretendo entender lo que sucedió.

Frank Onslow se apoyó en la borda. Cuando, un rato después, se volvió, tenía los ojos humedecidos, se fijó Castleton. Con todo el ánimo del que fue

capaz, Onslow respondió:

—Aquella noche, yo me había propuesto recuperar el amor de mi mujer. Le escribí una carta, una carta en la que le abrí mi alma, y salí de mi cuarto con intención de pasarla por debajo de su puerta, para que la encontrara por la mañana. Pero —hizo una pausa, tras la que prosiguió, despacio— cuando salí al pasillo vi que su puerta estaba abierta, y entonces apareció De Mürger.

—¿Ella estaba sorprendida?

—No al principio. Pero un instante después puso cara de asombro y retrocedió, y él la siguió, entrando en la habitación.

Al decir esto, ocultó la cara entre las manos y soltó un gruñido.

—¿Y después? —preguntó su amigo.

—Apenas recuerdo lo que pasó después. Tengo un vacío en la memoria, y luego un torbellino de recuerdos enloquecidos, como el momento previo a la muerte en el cuadro de Wiertz. Debí de caer dormido, porque eran las dos cuando vi a Fenella, y cuando crucé el puente, al abandonar el hotel, sonaban las campanadas de las cinco.

—¿Qué fue de la carta?

Frank se sorprendió.

—¿La carta? No he vuelto a pensar en ella. ¡Un momento! Debí de dejarla en la mesa de mi habitación. Recuerdo haberla visto allí poco antes de irme.

—¿A quién iba dirigida? No me considere entrometido, es solo que me parece que esa carta puede ser de crucial importancia.

Frank respondió con una sonrisa, una sonrisa triste.

—Usé un nombre cariñoso que tenía para Fenella: «señora Razón». Yo solía meterme con ella por el afán con que siempre defendía su opinión cuando discutíamos, así que, cuando quería burlarme un poco de ella, la llamaba «señora Razón».

—¿Estaba escrita en papel del hotel?

—No. Iba a hacerlo, pero me pareció más apropiado usar el que habíamos encargado… poco después de casarnos. Llevaba unas hojas en mi estuche de correspondencia.

—La dirección era de Surrey, ¿no?

—Sí, Chiddingford, cerca de Haslemere. Era un bonito sitio, llamado el «Grange». Fenella se enamoró de él y me hizo comprarlo de inmediato.

—¿Hay alguien viviendo allí ahora?

—Está alquilado, no sé a quién. El agente está al tanto. Cuando estalló todo, le dije que hiciera lo que quisiera con la propiedad, y que no me molestara con el asunto. Un tiempo después me escribió para preguntarme si

me parecía bien alquilársela a un extranjero. Le dije que podría alquilársela al mismísimo diablo siempre que yo no tuviera que saber nada.

Tras una pausa, Lord Castleton formuló, vacilante, su siguiente pregunta. Estaba inquieto y se notaba.

—Dígame una cosa más, viejo amigo, si no le importa.

—Mi querido Castleton, le contaré todo lo que quiera.

—¿Cómo firmó la carta?

—Usé otro apelativo cariñoso, conocido por los dos. Teníamos nombres cariñosos, la gente siempre los usa de recién casados —añadió avergonzado.

—Por supuesto —murmuró Castleton, comprensivo.

—Uno de esos apelativos pervivió. Un viejo amigo de mi padre nos visitó una vez y, bromeando, me dijo que yo parecía un «perro triste». A Fenella se le quedó grabado y solía llamarme «Perrito», y yo firmaba a menudo como «Frank el Perrito». Los hombres suelen hacer esas cosas.

—Por supuesto —volvió a murmurar Castleton, como si firmar de ese modo fuera algo de lo más normal. Luego preguntó—: ¿Lo usó en esa ocasión?

—Sí. Empleé ese nombre, cargado de recuerdos felices. «Frank el Perrito» puede sonar idiota para un desconocido, pero para Fenella y para mí tenía un gran significado.

Los dos hombres permanecieron un momento sentados en silencio, tras lo que Castleton preguntó con cautela:

—Imagino que podemos dar por sentado que Lady Francis nunca recibió la carta.

—Supongo que así fue, pero ya no tiene importancia. Rehusé hablar con ella justo antes de encontrarme con usted. Yo no sabía lo que sé ahora, y ella nunca querrá volver a hablar conmigo.

Suspiró y volvió a la borda del barco, sobre la que se asomó, contemplando la serena superficie del agua a sus pies.

«Pobre Frank», pensó Castleton. «No sé cómo se puede solucionar esto. Debo averiguar qué fue de la carta, en caso de que Lady Francis no la recibiera. A ella le podría demostrar que Frank…».

Su hilo de pensamientos quedó interrumpido de pronto. Una idea lo asaltó con tanta violencia que lo dejó abrumado. Onslow, que se había vuelto hacia él, lo advirtió.

—¿Se encuentra bien, Castleton? Tiene mala cara.

—No es nada. No es nada. Soy propenso a ello. Dicen que es cosa del corazón. Si me disculpa, bajaré a tumbarme un momento en mi litera.

Lo cierto era que estaba abrumado por lo que se le había ocurrido. Si su conjetura de que Onslow, en un trance hipnótico, como el que acababa de sufrir hacía unos momentos, había matado a De Mürger era acertada, ¿dónde quedaba el heroísmo de Fenella? Era cierto que ella había asumido la culpa, pero ¿y si era moralmente culpable en cualquier caso? ¿Por qué había asumido la culpabilidad? ¿Temió que su esposo rehusara protegerla de la humillación, o tenía miedo de que, si los aspectos menos heroicos de la tragedia llegaban a oídos del público, la honra de ella sufriera un prejuicio aún mayor? ¿Podía ser que Fenella Onslow no fuera una heroína sino una mujer calculadora y muy astuta? En ese caso, si Frank Onslow pensaba que su mujer había vengado su honor, ¿era inteligente echar por tierra esa idea? Podría concluir, solo con que alguien se lo sugiriera, que su honor se había preservado gracias, tan solo, a su propio acto inconsciente. De nuevo, ¿era inteligente dañar la relación entre marido y mujer, por triste que esta fuese ahora? Si se reconciliaban y se sinceraban respecto a lo sucedido, ¿llegarían a saber lo que pasó realmente? ¿Qué sería de ellos entonces? Además, ¿no sería peligroso revelar sus sospechas acerca de quién asestó el golpe fatal? Era cierto que Lady Francis había sido absuelta del crimen, pese a haber confesado el asesinato, pero su esposo aún podía ser llevado a juicio, ¿y qué pasaría entonces? ¿De qué serviría encontrar la carta desaparecida, en la que él había depositado tantas esperanzas?

El problema era demasiado para Lord Castleton. Su vida había sido demasiado fácil y relajada como para hallarse familiarizado con las emociones fuertes, y un problema así resultaba abrumador para él. La situación le superaba. Con todo esto dando vueltas en la cabeza, cayó dormido.

Le despertaron el ruido de remos y las voces en el puerto.

EL MISTERIO DEL VIEJO HOGGEN

(Old Hoggen: A Mystery)

—Él iría, si fuera un hombre de verdad —dijo mi suegra.

—En realidad, creo que deberías hacerlo, Augustus. Sé que muchas veces cedo y me esfuerzo por complacerte, y tú sabes que a mi querida mamaíta le encantan los cangrejos —dijo la hija de mi suegra.

—Dista mucho de ser mi intención interferir en vuestra charla —dijo la prima Jemima, como ellas la llamaban, mientras se alisaba las cintas de su toca—, pero pienso de veras que estaría bien que la prima Kate, quien, al igual que yo, no es en absoluto tan fuerte como aparenta, tuviera algo que le animara el apetito.

La prima Jemima, que era prima de mi suegra, era tan robusta como un guía suizo, y tenía el apetito y la buena digestión de un indio salvaje. Yo empezaba a sulfurarme.

—¿De qué diantres estáis hablando? —dije—. Se diría que padecéis todas algún mal terrible. Tú dices que quieres cangrejos, mientras engulles uno de los más grandes que yo he visto jamás. ¿Qué significa esto? ¡A no ser que solo pretendáis fastidiarme!

Mi suegra posó su tenedor con gesto mayestático y me miró fijamente.

—Si el sitio más cercano donde hay cangrejos es Bridport, allí debes ir —dijo, y su hija rompió a llorar.

Esto, claro está, zanjó la cuestión. Cuando mi suegra se ensaña conmigo, puedo soportarlo, aunque me haga sentir incómodo y desgraciado, pero cuando es su hija quien llora, no puedo hacer nada, estoy vencido; así que traté —de manera más bien débil, me temo— de mostrar buen humor a la hora de ofrecer mi capitulación, para salir honrosamente del entuerto.

—Te conseguiré unos cangrejos —dije—, querida suegra, de los que ni siquiera tú podrás dar cuenta, y tampoco la prima Jemima, con sus malas digestiones.

Siguieron todas muy serias, así que lo intenté otra vez.

—Pues sí —continué—, os traeré unos cangrejos gigantes, aunque para ello tenga que encontrar antes al viejo Hoggen.

La única respuesta en forma de palabras provino de mi suegra, que me interrumpió en seco.

—Si el viejo Hoggen era bruto como tú, no sé cómo se las apañaron para deshacerse de él.

La prima Jemima respaldó el sentimiento mediante una serie de inspiraciones nasales y silencios, tan elocuentes y expresivos como las estrellas y los capítulos en negativo de *Tristram Shandy*. Lucy me miró, pero fue una mirada amable, más próxima a las de mi mujer, y menos a las de la hija de mi suegra, como habían sido hasta ese momento, así que, de forma tácita, formamos un frente unido.

Siguió un silencio, roto por mi suegra:

—No lo comprendo… Me resulta imposible entender por qué siempre traes a colación ese tema repulsivo.

Como fue ella la primera en abrir fuego, y como Lucy estaba de mi lado, no rehuí la lucha, sino que contraataqué.

—¿Los cangrejos? —pregunté, en un tono que a mí mismo me pareció peligroso.

—No, no los cangrejos. ¿Cómo puedes pensar que me refiero a mi comida? Y ya sabes el apetito tan delicado que tengo… Es repugnante…

—Bueno, entonces, ¿a qué te refieres? —insistí.

—Considero repugnante el tema de conversación al que vuelves una y otra vez, sin descanso: el de ese viejo de mala fama, de quien se dice que ha sido asesinado. He hecho algunas indagaciones, numerosas indagaciones, al respecto, y he descubierto que tenía la peor fama posible. Algunos detalles de sus amoríos son de lo más indecente. ¿Qué opinas, prima Jemima?

Mi suegra susurró algo a la otra mujer, que, ávida, inclinó la cabeza hacia ella para oír mejor.

—¡No! ¿De veras? ¿Diecisiete? ¡Menudo viejo verde! —dijo la prima Jemima, antes de caer absorta en un ensueño moral.

Mi suegra prosiguió.

—Cuando tú, Augustus, traes perpetuamente a colación en nuestra presencia el nombre de ese pervertido, insultas a tu esposa.

En ese momento, el gusano, que hasta entonces se había retorcido tratando de creerse una serpiente, plantó cara y dije:

—Creo que mencionar un tema de interés general, y que, además, nos es impuesto a cada hora del día desde que llegamos aquí, es mucho menos

censurable que la acusación que acabas de dirigirme. Respeto y amo demasiado a mi mujer —atraje hacia mí a Lucy, que cedió de buena gana— como para insultarla, aunque solo sea por accidente. Es más, señora, creo que sería mucho mejor si, en lugar de hacerme usted blanco de esas pullas absurdas y monstruosas me dejara en paz durante la comida teniendo usted la boca cerrada y limitándose a hartarse de cangrejos hasta la náusea. No he disfrutado ni de una comida desde que llegué aquí sin que usted me la haya arruinado con alguna discusión. Consigue que todo se me indigeste. ¿Acaso no puede dejarme en paz?

El efecto del ataque fue aterrador.

Mi suegra, que para entonces ya había dado cuenta de hasta el último trozo de cangrejo, se quedó con la vista clavada en mí, sin palabras, y por primera vez en su vida, rompió a llorar.

Sus lágrimas no tuvieron, ni mucho menos, el mismo efecto sobre mí que las de Lucy, y permanecí impasible. La prima Jemima, que tenía una tendencia innata a ponerse a buen resguardo en el bando dominante, dijo:

—Tú te lo has buscado, prima Kate, por interrumpir a un hombre mientras está cenando.

Lucy no dijo nada, pero me dedicó una mirada comprensiva.

Poco después, y gracias a un gran esfuerzo, mi suegra se recompuso y dijo:

—Bueno, Augustus, a lo mejor tienes razón. El viejo Hoggen ha sido suficiente causa de sufrimiento para nosotros como para que su nombre nos haya acabado siendo familiar.

Y cierto era que habíamos sufrido. A lo largo de las últimas semanas, la historia de Hoggen había acabado escrita en nuestras almas con tinta indeleble. Habíamos llegado a Charmouth con la esperanza de hallar en aquel bonito rincón la paz que anhelábamos tras la vorágine y los problemas del pasado año. Con el lugar nos sentimos muy satisfechos, tratándose de un enclave privilegiado. Se encuentra en el silencioso y tranquilo Dorsetshire. Cerca del mar, pero al abrigo del mismo. El pueblo, disperso e integrado por casas de notable tamaño, ocupa la ladera de una colina paralela a la costa. Arroyuelos de agua dulce discurren por doquier, y por todas partes se aprecian confort y una aparente abundancia. Las sonrisas y los cumplidos elaborados son cosa frecuente, sin que tampoco falten los saludos, vieja costumbre que allí no se ha extinguido. Un atuendo de corte apreciablemente urbano inspira reverencias a las mujeres y saludos de estilo marcial a los hombres, ya que todos los jóvenes son miembros de la milicia o voluntarios.

Llevábamos tres semanas en Charmouth. Con nuestra llegada nos habíamos henchido de importancia, ya que, desde que salimos de Axminster en el ómnibus diurno hasta que nos dejaron en nuestro bonito *cottage*, con un jardín de un verde lujurioso y provisto de flores de todo el mundo, la noticia de nuestro advenimiento se había convertido en motivo de interés y atención. Naturalmente, yo conjeturé que la mente rústica había quedado abrumada ante la evidencia de la sofisticación urbana, manifiesta en nuestras ropas y […]. Lucy lo achacaba —para sus adentros, aunque su madre se encargaba de verbalizarlo por ella— al efecto que nuestro encanto arrebatador ejercía sobre todo el mundo. La prima Jemima lo atribuía al respeto por la estirpe; y mi suegra lo interpretaba, simplemente, como un reconocimiento a la inhabitual, si no única, combinación de alta cuna, elegancia, delicadeza, educación, talento, sabiduría, cultura y poder en ella encarnados. Pronto supimos, no obstante, que la causa real era otra muy diferente.

Recientemente habían salido a la luz ciertas informaciones que nos situaban más como objetos de sospecha que de veneración.

Unos días antes de nuestra llegada, había sido motivo de gran excitación en Charmouth la desaparición y el posterior y lamentable asesinato de un antiguo miembro de la comunidad, Jabez Hoggen, célebre en la localidad por ser poseedor de una vasta fortuna, así como de ser en extremo tacaño. Esa reputación le había reportado un gran reconocimiento, no solo en Charmouth, sino a lo largo de la costa, desde Lyme Regis, por un lado, hasta lugares tan distantes como Bridport, por otro.

Tierra adentro, se sabía de la riqueza de Hoggen en Axminster e incluso en Chard. Esa buena reputación proporcionada por su dinero era, sin embargo, toda la buena reputación con que contaba, ya que sus desencuentros sociales eran de tal calibre y tan continuados que ninguna de las estrellas de la sociedad de Lyme se había librado de ellos. Eran estas las damas que habitaban las acogedoras villas de la parte alta de Lyme, y que reclamaban por derecho propio los bancos […] del paseo de la linda localidad, y que eran demasiado selectas como para codearse con otras personas en grupos numerosos […]. Los pecadillos de Hoggen les proporcionaban un fértil tema para el cotilleo. […] era una fuente inagotable de minuciosos […] y perversos detalles sobre el célebre pecador. Año tras año, el viejo Hoggen había convivido con los vecinos de Charmouth, siempre respetuosos de la ley, mientras él no cesaba de revolcarse en su vileza, a la vez que […] su provisión de bienes para esta vida y la del más allá.

Por extraño que resulte, en todo aquel tiempo, nunca, ni siquiera una vez, la tierra se abrió en dos para engullirlo. Al contrario, Hoggen nunca cesó de prosperar. Sin que importara en qué dirección soplara el viento, él siempre salía beneficiado. Aunque la lluvia […] una de sus cosechas, […] obtenía grandes beneficios. Si había tormenta, acumulaba algas; cuando había calma, pescaba. Muchos de sus vecinos comenzaron a albergar serias dudas de que alguna vez la tierra llegara a tragárselo; e incluso las ancianas damas de Lyme Regis, las que habían dejado atrás la edad de […] y empezaban a contemplar su juventud con arrepentimiento, o al menos a reflexionar sobre ella, pensaban en ocasiones que quizás la inmortalidad estaba un poco […] al fin y al cabo.

De repente, aquel hombre desapareció, y Charmouth se enfrentó al hecho de que era la persona más conocida, más respetada y más importante del lugar. Su […] quedó reducido a la insignificancia, y su […] manifestó sus proporciones gigantescas. Los hombres señalaban su entrega a la comunidad, los […] por él instituidos, los cargos que había desempeñado; las mujeres reclamaban atención sobre la cordialidad que siempre había exhibido con ambos sexos, y de lo injusta que había sido la […] vergonzosa que había ensombrecido la […] de su vida. A más de una sabia matrona se le oyó decir que si Hoggen hubiera dado con una buena mujer en lugar de con aquella panda de frescas, su vida habría sido muy diferente.

Merece la pena señalar que en la lógica de «lo que podría haber sido», que es la senda hacia el cielo de la mujer compasiva, la premisa principal consiste, precisamente, en ser una mujer compasiva.

No obstante, fuera su vida respetable o no, la cuestión era que Hoggen había desaparecido, y, naturalmente, se pensó en el asesinato. Circulaban dos suposiciones, sin que nadie supiera dónde se habían originado. La más popular era que alguna de sus compañeras despechadas, a sabiendas de la riqueza del viejo y codiciando su gran reloj de oro o su anillo con un diamante, había involucrado a algunos conocidos de mala reputación para urdir al asesinato. La creencia alternativa era que algún pariente —porque se creía que alguno tenía, aunque nadie había visto nunca a ninguno ni tenido noticia de él— lo había quitado discretamente de en medio para, a su debido tiempo, una vez que la ley siguiera su curso, convertirse en heredero de sus posesiones.

Como consecuencia de esta última suposición, cada recién llegado al pueblo se convertía en motivo de sospecha. Parecía lógico que los parientes carroñeros hicieran acto de presencia en el lugar a la mayor brevedad posible,

y cada persona que llegaba era escrutada por miradas ansiosas. Como pronto supe, mi respetada pariente política, la prima Jemima, guardaba una estrecha semejanza con el desaparecido, lo que atrajo sobre nuestro coqueto lugar de reposo toda la curiosidad de Charmouth y concentró allí la atención de los secretos mirmidones de la ley.

De hecho, la policía de Charmouth rondaba la casa, y hombres extraños, con ropa sobada y calzado reglamentario llegaba desde Bridport, Lyme Regis e incluso Axminster.

Estos últimos eran buenos representantes de la agudeza intelectual de Devon. Dorset y Wilts abundaban, de hecho, en hombres ricos en ardides y artimañas.

La mente bucólica tiene momentos inflexibles, en que el reconocimiento sincero de que no se cuenta con toda la información es un tributo a una comunicación eficaz; pero también hay otros momentos en que su funcionamiento es más… lento; incluso entonces, cuando la ebriedad apenas permite la vocalización y enturbia la consciencia, hay un rasgo en el que se continúa insistiendo: la certeza.

En las mentes simples, de la mano de la certeza van la tenacidad de propósito y la fe.

Fue por eso por lo que, una vez sugerida y recibida la idea de nuestra culpabilidad, ninguna prueba, directa o circunstancial, podría haber borrado la idea de la cabeza de los rústicos detectives. Todos aquellos hombres astutos, compitiendo entre sí, fingiendo incluso no conocerse entre ellos, se lanzaron a la caza de evidencias de nuestra culpabilidad. Me sorprendió y me pareció muy curiosa la principal inclinación intelectual de los habitantes de la diócesis de Salisbury, así como que todos sus demás esfuerzos se vieran subordinados a tal principio. Puede que la idea surgiera de la contemplación, a lo largo de la historia, de su bella catedral y a un deseo inconsciente de emular la labor de sus constructores.

O puede que no.

En cualquier caso, todos los esfuerzos de aquella gente se centraban en tomar medidas. Renuncio a comprender cómo sus mediciones, que ni siquiera eran precisas, podrían haberles servido de alguna ayuda. Es más, se me escapa comprender cómo un rígido y exacto escrutinio de esta índole podría haber sugerido una combinación de hechos de la que habría emanado una idea espontanea. Aun así, no dejaron de medir, sin descansar ni de día ni de noche, durante más de una semana, y siempre subrepticiamente. Una noche midieron todo el exterior de nuestro *cottage*. Los oí en la oscuridad, subidos al tejado,

como gatos gigantescos, y aunque luego tuvimos noticia de que un hombre se había caído y roto un brazo, nunca fuimos informados de manera oficial de lo sucedido. Realizaban incursiones en la casa, bajo toda clase de pretextos, con el fin de medir el interior.

En cada caso empleaban una treta diferente. Una mañana, mientras estábamos fuera dándonos un baño, un hombre se presentó con la misión de medir las conducciones de gas y, después de recorrer varias habitaciones tomando medidas de las paredes, fue informado por un criado de que no había gas, no solo en la casa, sino en todo el pueblo. No contando con otra excusa, respondió, con toda la despreocupación de que fue capaz, que «no tenía importancia», y se largó. En otra ocasión, un obrero británico, como él mismo se presentó, ataviado con ropa de críquet y sombrero de paja, apareció en casa con la intención de inspeccionar la caldera de agua por orden de nuestro casero, y sugirió empezar por el tejado. Yo vi las omnipresentes regla y cinta métrica, y le dije que nuestro casero vivía en la casa de al lado, y que la caldera estaba enterrada en el jardín. Él se retiró, agradeciendo efusivamente mis palabras, y anotando en un cuaderno: «enterrado en el jardín».

Otro día se presentó un hombre vendiendo pescado; no tenía más que un lenguado, que sostenía en la mano. La cocinera no estaba, así que yo mismo le dije que nos lo quedábamos. Me preguntó a continuación si podía pasar al jardín para limpiar el pescado. Le dije que sí y volví adentro. Cuando salí de nuevo, al cabo de casi una hora, me encontré con que seguía allí, tomando medidas. Había medido todo el jardín y los muros que lo rodeaban, y se hallaba ahora enfrascado en anotar la altura de algunas de las flores. Le pregunté qué diantre continuaba haciendo allí y por qué estaba tomando medidas. Respondió evasivamente que no estaba midiendo nada.

—No me venga con cuentos —dije—. Le he visto hacerlo; de hecho, sigue haciéndolo.

Se puso en pie para responder.

—Verá, señor, le diré la razón. Comprobaba si habría sitio para enterrar los restos del pescado.

No había limpiado el lenguado, abandonado al sol encima de una losa, y que empezaba a tener mal aspecto.

Incluso llegaron a medir, como buenamente pudieron, la altura de cada miembro de la familia. Cada vez que alguno de nosotros pasaba por delante de un muro, junto al que había alguno de esos hombres, este marcaba de inmediato en la piedra nuestra altura, y en cuanto nos alejábamos un paso, sacaba la cinta métrica.

Un hombre de alta estatura pidió una noche a nuestra cocinera que le apoyara la cabeza en el hombro. Ella, tan sorprendida que no supo reaccionar, así lo hizo, como nos contó más tarde. Cuando llegó a casa vimos en la tela negra de su sombrero, en la zona de la sien, unas manchas de tiza: cifras invertidas. Cinco pies y seis pulgadas y media.

Una tarde, dos hombres detuvieron por la calle a la prima Jemima, quien era de constitución robusta, por expresarlo de modo elegante, y le rodearon la cintura desde lados opuestos. Ella insistió en que llevaban algo que parecía una larga cuerda señalada en yardas, o, como ella insistía, en cadenas, y que, cuando ella escapó, procedieron a examinar con gran interés, tras lo que hicieron una entrada en los cuadernos que llevaban consigo, mientras se doblaban de risa y se daban codazos en las costillas uno al otro, sin dejar de señalarla con el dedo.

A nuestro perro lo midieron repetidas veces, y una tarde oímos unos maullidos espantosos, causados por un respetable señor que intentaba pesar a nuestro gato en una báscula que había pedido prestada en una tienda cercana.

Mi suegra, que no imaginaba que era motivo de sospecha, se indignaba con furia por la descortesía de todos quienes deambulaban alrededor de la casa, y en más de una ocasión manifestó su sentir de forma tan violenta que consiguió asustarlos de veras. Durante el cortejo, yo desconocí por completo que aquella notable señora poseyera tal poder de invectiva. Demostró ser una actriz consumada al ocultármelo como lo hizo, ya que a lo largo de aquel periodo de embeleso y agonía, yo tan solo fui testigo de una dulzura inmaculada y siempre presta. Mi esposa y yo comprendíamos los motivos de los detectives locales, y siempre los identificábamos pese a sus disfraces. Para nosotros dos, suponía un motivo inagotable de risas disfrutar del espectáculo de la curiosidad frustrada de la prima Jemima y de los periódicos ataques de cólera de mi suegra. Por diversión, todos los momentos de descanso que nos dejaban los torpes fisgones, los llenábamos trayendo a colación al viejo Hoggen ante las señoras. Yo me divertía llevando conmigo un cuadernito donde escribía toda clase de medidas, con la intención de dejarlo luego abandonado en algún sitio, para perplejidad de los detectives.

Fue así como la repulsiva idiosincrasia de Hoggen se convirtió, en cierta medida, en motivo de interés para nosotros, y como su nombre pasó a ser un hilo más en el tejido de nuestra conversación diaria.

Yo sabía que mencionar a Hoggen a mi suegra cuando ella ya estaba enfadada por algo o si se había sentido víctima de cualquier vejación menor,

tenía el mismo efecto que agitar un capote rojo ante un toro; como se ha visto, el truco nunca fallaba.

Sin embargo, ahora que la cena había concluido y que se habían comido todos los cangrejos, me veía obligado a proveer a la familia, para el día siguiente, de una nueva remesa de ese suculento plato. No permití que eso me angustiara, pues ya me imaginaba un delicioso paseo por la costa hasta Bridport, algo que hasta entonces no había tenido ocasión de hacer. Por la mañana, me levanté temprano, poco después del amanecer, y, dejando a mi esposa dormida, me puse en marcha.

La atmósfera de primera hora de la mañana era deliciosa y refrescante, y la visión del mar me causó un gran placer, pese a que unos nubarrones mar adentro y un viento helado predecían tormenta.

En esa zona de la costa de Dorset, el mar realiza continuas incursiones en tierra. Como la región es muy ondulada, la costa adopta la forma de una sucesión inacabable de acantilados escarpados, algunos de los cuales alcanzan cotas moderadamente imponentes.

Los acantilados son de arcilla azul o bien de arenisca, materiales blandos y desmenuzables que no cesan de ceder bajo el efecto minador de las mareas y las filtraciones de los arroyos, dando como resultado una sucesión interminable de morrenas. Las playas son de grava fina o guijarros, salvo en los tramos donde acumulaciones de rocas repletas de fósiles se adentran en el mar.

Los guijarros, que cubren la mayor parte del camino, hacen que a veces sea difícil caminar.

Pasé por un recinto destinado a las prácticas de tiro con rifle, por el rincón reservado exclusivamente para el baño de los caballeros y bordeé el primer cabo, cuya cumbre amarillenta se halla cubierta de oscuros pinos inclinados hacia el este por el predominante viento del oeste de la zona.

El volumen de guijarros aumentaba. Acumulados por las mareas y las tormentas, recordaban a un ventisquero, y había que avanzar por la cresta, de la que, a cada paso, caían rodando piedrecillas.

El viento comenzaba a arreciar, y las olas fueron cobrando brío, hasta que toda la costa quedó cubierta por una capa de espuma procedente de sus crestas. A veces grandes lechos de algas, un curioso producto de comercio en la costa de Dorset, subían y bajaban cuando las olas se enroscaban sobre sí mismas y rompían.

Yo seguía adelante como buenamente podía. La tierra negroazulada de los acantilados de Charmouth dejó paso a la arenisca, y grandes cantos rodados

con forma de huesos de mamut, como probablemente eran, cubrían el borde de la costa. Me detuve a examinar uno de estos, simulando interés científico, aunque en realidad para descansar. Para entonces ya estaba un poco cansado, y bastante hambriento, dado que, cuando me puse en camino, lo hice con idea de desayunar en Bridport, para comprobar las capacidades culinarias del lugar.

Mientras me hallaba sentado en una piedra, vi que algo asomaba, mecido por el agua, entre los cantos rodados. Fijándome mejor, distinguí que se trataba de un sombrero: de un sombrero humano, lo enganché con un trozo de madera de deriva. Al darle la vuelta, vi asomar algo blanco bajo el forro de piel. Tras examinarlo con todo el cuidado del mundo, descubrí que era una masa de papeles, en uno de los cuales figuraba escrito: «J. Hoggen».

—¡Vaya! —me dije—. Por fin sabemos algo del viejo Hoggen.

Saqué los papeles, los estrujé entre dos piedras planas para sacarles toda el agua posible y me los guardé en el bolsillo del chaquetón. Dejé el sombrero encima de un canto rodado y eché un vistazo alrededor, en busca de indicios añadidos del desaparecido. La brisa, mientras tanto, no cesaba de refrescar, y las olas llegaban a la costa en tamaño y cantidad crecientes.

A unas veinte yardas de la orilla, vi algo oscuro en el agua, que subía y bajaba con las olas. Al cabo de un momento llegué a la conclusión de que se trataba de un cadáver. Para entonces mi excitación se hallaba en su cumbre, y apenas pude esperar hasta que las olas terminaron de acercar el cuerpo.

Allá venía, aproximándose un poco más con cada ola, hasta que al final estuvo tan cerca como para poder enganchar la ropa con mi trozo de madera. Tiré del cadáver hacia mí.

Lo agarré por el cuello del abrigo para acabar de acercarlo. El tejido, podrido por el agua salada, se desgarró y me quedé con un trozo en la mano.

No sin dificultades, pues debía ser cuidadoso, subí el cuerpo a la playa, donde procedí a examinarlo.

Mientras lo hacía, di en mi bolsillo con una cinta métrica, y pensé que, como tendría que responder a muchas preguntas por parte de la policía local, lo mejor sería tomar las medidas del cuerpo.

Medí su altura, el largo de las extremidades, de las manos y de los pies. Tomé el contorno de los hombros y de la cintura; de hecho, tomé las suficientes anotaciones en mi cuadernito como para que un sastre pudiera ponerse manos a la obra. En un primer momento, algunas medidas me parecieron un tanto extrañas, pero, tras verificarlas, procedí a tomar nota de ellas.

Mientras examinaba la ropa y los bolsillos, encontré el gran reloj de oro, colgado del extremo de una cadena, y el gran anillo con un diamante, piezas a las que la opinión local achacaba el haber inspirado el asesinato. Las puse en mi bolsillo, junto con el monedero, los gemelos, los papeles y el dinero del muerto. Al revisarlo, el abrigo siguió rompiéndose, lo que reveló gran cantidad de billetes bancarios ocultos entre el paño y el forro; de hecho, toda la prenda se hallaba acolchada de billetes. Había asimismo una pequeña cartera, con la documentación necesaria para un viaje a Queensland, en un barco que zarpó de Southampton la semana anterior.

Estos descubrimientos me parecieron tan valiosos que creí mi deber llevar el cuerpo ante la autoridad más cercana, que supuse estaría en Chidiock, un pueblo en el camino a Bridport que había visto en el mapa.

Soplaba para entonces un auténtico vendaval y las olas rompían estruendosamente en la playa, arrastrando los guijarros en su reflujo con un sonido similar a un grito. La lluvia caía de modo torrencial, y al ver que la tempestad proseguía en aumento, terminé de decidirme a acarrear el cuerpo.

Me lo cargué al hombro con esfuerzo, ya que con cada movimiento, la ropa, muy dañada ya al sacarle todo el dinero, se caía en pedazos. Sin embargo, conseguí acomodarlo al hombro, el cuerpo colgando boca abajo, y me puse en marcha. Apenas había dado un paso cuando, respondiendo a un impulso irreprimible, lo dejé caer al suelo; o, mejor dicho, lo tiré.

Me había parecido como si estuviera vivo. Sin ninguna duda, lo había sentido moverse. Cuando lo vi, formando un montón en la playa, con la lluvia lavándole el rostro lívido, me avergonzó mi reacción y, con un nuevo esfuerzo, volví a cargármelo y a ponerme en camino.

El mismo impulso, respondiendo a la misma razón: el cuerpo parecía estar vivo. Esa vez, no obstante, yo estaba prevenido, y seguí adelante; poco después, ya me había olvidado de lo sucedido.

Llegué a un tramo donde una gran acumulación de peñascos cubría la costa. Trepar por ellos y saltar de uno a otro hizo que mi carga acabara bien meneada, y cuando salté de la última roca a la arena que había a continuación, noté una repentina disminución del peso con el que cargaba. Desequilibrado, caí en la arena de cualquier modo, bajo el cadáver.

Hoggen se había partido en dos.

Como se puede imaginar, no me entretuve allí tumbado. Al examinar el estropicio vi, para mi inmenso asombro, unos cangrejos enormes que salían de dentro del cuerpo. Eso explicaba los extraños movimientos del cadáver. Pensé que la presencia de aquellos crustáceos suponía una prueba

incontrovertible de la existencia de cangrejos entre Bridport y Lyme Regis, y, con la prima Jemima y mi suegra en mente, cogí dos o tres y los guardé en el bolsillo del chaquetón.

Sopesé a continuación si debía dejar las dos mitades de Hoggen donde estaban o si era mejor seguir cargando con ellas.

Consideré los pros y los contras, y concluí que lo llevaría conmigo, o los llevaría. No era, en absoluto, una tarea seductora, y solo con gran esfuerzo afronté el que creía mi deber.

Junté los pedazos, que formaron una pila de lo más extraña: extremidades lívidas que asomaban de un montón de harapos.

Me puse a levantar los trozos. Llevar el cuerpo cargado al hombro había sido una tarea comparativamente fácil; ahora tenía que llevar todos los trozos en las manos y bajo los brazos. Yo me había reído muchas veces, mientras recorría Victoria Street, al ver a personas de ambos sexos, muy respetables, pero carentes de capacidad de organización y previsión, que salían de los grandes almacenes cargadas de paquetes adquiridos en los diferentes departamentos sin seguir ningún sistema. Me sentí como una de ellas. Hiciera lo que hiciera, no podía sujetar, al mismo tiempo, los diversos segmentos de mi acompañante. Acababa de encajarme todas las partes del viejo Hoggen bajo los brazos, cuando vi un trozo de su ropa en la orilla, y al tratar de cogerlo, perdí parte de mi carga. Por si fuera poco, tanto trajín llevó a que el difunto se resintiera. Cuando estaba levantando la parte superior del cuerpo, se desprendió un brazo; de la inferior, un pie.

No obstante, con un esfuerzo supremo, me las apañé para juntar todas las piezas y, con la gran masa entre los brazos, retomé la marcha. Pero ahora la tormenta descargaba en la cumbre de su fuerza, y comprendí que debía darme prisa, o las olas, que cada vez llegaban más alto en la orilla, alcanzando casi la base de los acantilados, me cortarían el camino. Alcancé a divisar, entre la lluvia cegadora, un cabo ante mí, y supe que si conseguía superarlo, me hallaría en una situación comparativamente segura.

Apreté el paso todo lo que pude, perdiendo de cuando en cuando una porción de mi carga, pero sin detenerme nunca a recogerlas. Si se hubiera tomado nota de lo que se me pasaba por la cabeza, así como de mis exclamaciones, se podría leer algo como lo que sigue:

«Ahí va una mano. Fue una suerte que le cogiera el anillo».
«Medio abrigo. Menos mal que encontré los billetes».
«Allá va el chaleco. Por suerte, guardé el reloj».

«Una pierna… ¡vaya! ¿Es que nunca vamos a llegar a nuestro destino?».

«Otra pierna».

«Un brazo menos».

«Su tumba va a tener una milla de largo».

«Tendremos que consagrar toda la costa para que pueda descansar en suelo santificado».

«La parte inferior del tronco perdida también. Pobre tipo, ya nadie podrá darle un golpe bajo».

«Un brazo fuera. Me temo que ya no podrá defenderse».

«¡Asesinato! Pero no está quedando rastro del cuerpo».

«Toda la ropa desaparecida, también. Tendría que haberlo dejado donde estaba».

«¡Agg! Allá va el tronco. Ya solo queda la cabeza».

«¡Agg! Eso sí que ha sido un afeitado apurado. No importa, yo cuidaré de ti».

Sujeté con fuerza la cabeza, que era todo lo que me quedaba del cuerpo. Era extremadamente complicado sostenerla, ya que era tan resbaladiza como el cristal, y el esfuerzo por sujetarla me consumía las energías y me entorpecía al saltar de roca en roca o al vadear las olas, que ya bañaban la orilla hasta la base del acantilado.

Al menos, entre la lluvia cegadora, vi el cabo muy cerca, y, aprovechando el reflujo de una ola grande, eché una carrera, lo rodeé, y me detuve un momento en la orilla, al otro lado, a recuperar el aliento.

Hice una pausa para recobrar mis facultades, siendo lo único que podía recuperar de todo lo que había perdido a lo largo de la última media hora.

Lamenté que mi esfuerzo por proporcionar un entierro en condiciones a Hoggen hubiera sido un fracaso. Lo había perdido todo, menos la cabeza, que ahora reposaba sobre la arena, y que parecía lanzarme guiños cuando la espuma se le posaba sobre los ojos y se disolvía. Tenía sus bienes a buen recaudo, me parecía a mí. Metí la mano en el bolsillo del chaquetón y la saqué de inmediato, a la vez que lanzaba un grito de dolor, pues había recibido un serio pellizco. Me había olvidado de los cangrejos.

Con gran cuidado, saqué uno de los crustáceos y lo sostuve con las patas hacia arriba, mientras él realizaba unos esfuerzos frenéticos por alcanzarme con sus pinzas. Parecía muy codicioso, ya que estaba tratando de comerse el anillo con el diamante, que ya había desaparecido a medias en su misteriosa boca, cubierta con una solapa como la que protege la cerradura de los baúles

de viaje. También de la boca asomaba el final de la cadena del reloj. Aquel bicho ya se había tragado el reloj, y me costó bastante recuperarlo, junto con el anillo. Tuve buen cuidado de poner esas valiosas pertenencias en un bolsillo diferente al de los cangrejos.

Levanté mi cabeza —o, más bien, la de Hoggen— y me puse en marcha, llevando bajo el brazo esa última reliquia.

La tormenta empezaba a amainar, y se extinguió con tanta rapidez como se había desencadenado, y antes de llegar a la mitad de la larga franja arenosa que se extendía ante mí, la tormenta había cedido el paso a una intensa calma, y a la lluvia cegadora la había reemplazado un calor casi insoportable.

Me esforcé por seguir avanzando por la arena, y al cabo vi un entrante en el acantilado. Cuando me acerqué, descubrí que era el resultado de una pequeña corriente de agua que había excavado una profunda entalladura en la roca terrosa y negroazulada; el agua, brincando sobre el terreno, acababa perdiéndose en la playa.

La arena tenía allí un aspecto peculiar. La superficie era lisa y brillante, con una suerte de extraños hoyuelos acá y allá. Después de tantos tumbos sobre las rocas y los guijarros y de andar con dificultad por la arena seca, parecía tan llana e invitadora que, entusiasmado, me lancé hacia delante, y de inmediato empecé a hundirme.

Por la extraña ondulación que recorrió su superficie, supe que había caído en arenas movedizas.

Me hallaba en una situación desesperada.

Ya me había hundido hasta las rodillas y, a menos que alguien me ayudara, estaba completamente perdido. En aquel momento, me habría alegrado de ver hasta a la prima Jemima.

Lo peor de esa clase de personas es que nunca se puede contar con ellas cuando son necesarias, como en aquel momento.

No había posibilidad de ayuda; a un lado estaba el mar, donde no había ni una vela a la vista, y las olas, aún alborotadas por la reciente tormenta, seguían azotando con saña la orilla; por el otro, el oscuro acantilado; y a lo largo de la costa, por delante y por detrás de mí, una inacabable franja arenosa.

Traté de gritar, pero la angustia y el terror me abrumaban de tal modo que me arrebataron la voz, y ni un sonido salió de mi garganta. Seguía sujetando la cabeza de Hoggen bajo el brazo. En momentos de peligro como aquel, la mente trabaja con rapidez y se aferra a la menor escapatoria posible, y se me ocurrió de pronto que, si lograba hacer pie en algo sólido aunque solo fuera

por un momento, conseguiría liberarme. Estaba al borde de las arenas movedizas, así que me bastaría con un poco de ayuda. Nada más pensarlo, vi el medio de conseguirlo: la cabeza de Hoggen.

Dicho y hecho.

Dejé la cabeza sobre la arena delante de mí, y apoyándome en ella con las manos, noté cómo mis pies se libraban de parte del peso que soportaban. Alcé una pierna y apoyé el pie sobre la cabeza, que para entonces ya se había hundido unas pulgadas en la traicionera arena. A continuación, cargué todo mi peso sobre ese pie, liberé el otro, y salté a la arena firme, donde resbalé, caí y, por espacio de unos minutos, permanecí tendido, exhausto.

Estaba a salvo, pero la cabeza de Hoggen se había perdido para siempre.

Me puse en marcha en dirección al acantilado, tanteando el camino a cada paso, antes de apoyar el pie. Alcancé el acantilado y, apoyándome en su firme base, rodeé las arenas movedizas y proseguí mi camino hacia la playa firme que se extendía a continuación.

Avancé lentamente, hasta llegar junto a un grupo de casas construidas en una entalladura herbosa, allí donde un pequeño riachuelo —el mismo a cuyas orillas se alzaba la coqueta localidad de Chidiock— se abría paso por los acantilados, rumbo al mar.

Había allí una estación de guardacostas: una parcela delimitada por un cerco de cuerda, con una fila de atildadas casitas ante las que se alzaba un mástil de bandera.

Al aproximarme más, un guardacostas y un agente de policía salieron corriendo de detrás de un cobertizo y me aferraron, uno por cada lado, con un vigor que me pareció desproporcionado.

Sabiéndome inocente, me resistí por puro instinto.

—¡Suéltenme! —exclamé—. Suéltenme. ¿Qué es lo que quieren? ¡Les digo que me suelten!

—Nada de eso —dijo el policía.

Continué forcejeando.

—Es mejor que se calme —dijo el guardacostas—. De nada sirve resistirse.

—No pienso calmarme —exclamé, forcejeando aún con más saña.

El policía me dedicó una mirada furiosa y me retorció el cuello del chaquetón, estando a punto de estrangularme.

—Voy a decirle una cosa, si sigue resistiéndose, le arreo en la cabeza con la porra.

Dejé de moverme.

—Ahora —dijo él— recuerde que todo cuanto haga o diga será utilizado como prueba en su contra.

Me pareció que una política conciliatoria era lo más adecuado, así que, con todo el entusiasmo que pude, dije:

—Amigo, comete usted un error. No sé por qué me están sujetando.

—Nosotros sí lo sabemos —me interrumpió, y soltó una risotada áspera —, y si dice usted que no, es porque es un mentiroso.

Me atraganté de la rabia. Que te retengan ya es bastante malo, pero si a eso se le suma el insulto de llamarte mentiroso, la rabia bien se puede disculpar. Mi impulso, al oír el insulto, fue el de liberarme y golpear a aquel hombre, pero él previó mi intención y me sujetó más fuerte.

—¡Tenga cuidado! —dijo, alzando la porra.

Tuve cuidado.

—Se lo pregunto formalmente —dije, con toda mi dignidad—, ¿con qué autoridad me tratan de este modo?

—¡Con esta! —respondió aferrando la porra, y volviendo a reírse en tono áspero y exasperante. Hizo unas piruetas juguetonas con la porra, como si pretendiera impresionarme con su destreza.

Sacó a continuación un par de esposas, que procedió a ponerme. Forcejeé con fuerza, pero aquellos dos hombres eran demasiado para mí, y acabé por sucumbir.

Seguidamente me cacheó. En primer lugar metió la mano en un bolsillo de mi chaquetón y sacó el reloj con su cadena. Lo contempló con júbilo.

—Es el reloj de Hoggen —dije.

—Ya lo sé —respondió, al mismo tiempo que sacaba un cuaderno de notas donde puso por escrito mis palabras. A continuación sacó el anillo con el diamante, y la cartera.

—Eso también —dije yo—, y eso.

Volvió a anotar mis palabras, esta vez en silencio. Después metió de nuevo la mano, y la sacó diciendo:

—¡Solo papel mojado!

Metió la mano en el otro bolsillo, pero la sacó de inmediato.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Pero qué es esto?

Sonrió mientras, con mucho cuidado, sacó el cangrejo del bolsillo, lo miró y volvió a dejarlo caer dentro.

—Y ahora, muchacho —dijo—, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

En los últimos minutos, una idea nada tranquilizadora había ido cobrando cuerpo en mi cabeza, hasta alcanzar proporciones colosales. Resultaba

evidente que estaba siendo detenido por el asesinato de Hoggen, y hallándome en poder de sus pertenencias y sin ningún testigo que respaldara mi historia. Me asusté ante lo que se avecinaba.

—Lo que tengo que contarles es muy extraño —dije—. Salí de Charmouth muy temprano, esta mañana, para ir a Bridport dando un paseo y comprar unos cangrejos para mi suegra.

—Ya tienes cangrejos —dijo el policía.

—Los encontré allá atrás, en la costa —dije señalando hacia el oeste.

—¡Anda ya! ¡No nos vengas con esas! —dijo el policía—. ¡Eso no nos lo tragamos! No hay ni un cangrejo en toda la costa entre Bridport y Lyme.

—Es verdad. Eso lo sabe hasta el último tonto —añadió el guardacostas.

—Encontré el cuerpo de Hoggen flotando en el agua —proseguí—. Intenté traerlo hasta aquí, pero entonces llegó la tormenta, y bastante tuve con escapar de ella. Además, el cuerpo se desmoronó en pedazos, y al final…

—¡Qué bonita historia! —dijo el policía—. Pero si se desmontó en pedazos, ¿por qué no has traído alguno contigo?

—Lo intenté, pero se deshacían.

—La cabeza seguro que no —dijo él—. ¿Por qué no la has traído, eh?

—La traje —dije—, pero se hundió en las arenas movedizas y la perdí.

El guardacostas intervino.

—Solo hay un punto en toda la costa con arenas movedizas, por lo que se dice, porque yo nunca lo he visto. En realidad, nadie lo ha visto en los últimos veinte años.

—¿Y los cangrejos? —preguntó el policía.

—¡Estaban dentro del cuerpo de Hoggen!

—¿Y qué ibas a hacer con ellos?

—Se los llevaba a mi suegra.

—¡Menudo sinvergüenza! —soltó el guardacostas.

—¿Los llevabas contigo cuando caíste en las arenas movedizas? —quiso saber el policía.

—Sí —respondí—, y cuando salí, me encontré con que el grande se había comido el reloj e intentaba tragarse también el anillo.

El policía y al guardacostas me agarraron con dureza, mientras que este decía:

—Venga, soltémoslo. Es el mayor mentiroso que he visto en mi vida.

—Antes terminemos de registrarlo —dijo el policía, retomando el cacheo.

La idea de que me hallaba en una situación que fácilmente podía despertar sospechas me hacía sentir cada vez más incómodo. «¡Mi pobre esposa! ¡Mi

pobre esposa!», me decía una y otra vez.

El policía, enfrascado en su quehacer, volvió a meter la mano en el bolsillo donde estaban los cangrejos, y la sacó con un chillido. Sacó el cangrejo más grande, el cual, por cierto, como a veces sucede, tenía una pinza mucho mayor que la otra. La izquierda era la grande. Lo tiró al suelo, y a punto estaba de aplastarlo de un pisotón cuando el guardacostas lo empujó a un lado diciendo:

—Un momento, compañero. Los cangrejos no abundan tanto por aquí como para pisotearlos. No hay ni uno entre Bridport y Lyme.

El policía continuó su registro. Sacó la masa de billetes y papeles mojados del otro bolsillo, y la dejó caer al suelo, tras lo que continuó escarbando. El guardacostas se quedó perplejo mirando los papeles, dio la vuelta a algunos y cayó de rodillas a la vez que soltaba un grito. Con un susurro excitado, dijo:

—¡Mira! ¡Mira, compañero! Todo esto es dinero. Miles de libras.

El agente de policía también se arrodilló, y, cada uno a un lado de la masa de papeles, intercambiaron una mirada de excitación.

—Cuida de todo esto. ¡Cuida bien de ello! —dijo el policía.

—¡Puedes estar seguro! —dijo el otro apresuradamente.

—¡Menuda fortuna!

Volvieron a mirarse, y luego me miraron a mí, furtivamente, y me quedó claro que tramaban algún plan infame para el que yo suponía un estorbo. Me quedé todo lo quieto y callado que pude.

Examinaron los papeles.

—¿Dónde está lo demás? —preguntó el guardacostas.

—¡Aquí! —dijo el policía, dándose una palmadita en el bolsillo.

—Es mejor que lo pongamos todo junto.

—De eso nada. Está a buen recaudo conmigo.

Los hombres intercambiaron una mirada, y debieron de entenderse sin necesidad de palabras, porque el policía sacó el reloj, el anillo y la cartera del bolsillo y lo dejó todo en el suelo.

Estudiaron, codiciosos, el botín. De pronto el policía miró alrededor y echó a correr hacia la playa gritando como un maniaco.

—¡Alto, ladrón! ¡Alto, ladrón!

En el mismísimo borde del agua, atrapó al cangrejo que trataba de escapar. Lo trajo de vuelta y lo depositó, de espaldas, junto al resto de las cosas. Mientras examinaba el lote con sospecha, como si comprobara que no faltara nada, dijo, amenazando al cangrejo con el puño:

—¡Bestia infernal! ¡Podrías haber robado algo!

El tono con que pronunció la palabra «robado», dejó claro que se trataba en realidad de una manifestación de sospecha, así como de una amenaza, dirigida al guardacostas. Este así lo interpretó, porque respondió enojado:

—¡Basta ya!

Procedieron entonces a registrarme con mayor detalle si cabía. Me quitaron todo lo que llevaba encima, impulsados por la codicia. Rasgaron mi abrigo para examinar el interior del forro.

Luego, se retiraron un poco y se pusieron a cuchichear; después me ataron los pies, me amordazaron y me llevaron tras una roca para dejarme fuera de la vista de cualquiera que pasara por allí. Llevaron al mismo sitio las pertenencias de Hoggen y, tras tomar asiento en el suelo, hicieron recuento de ellas.

Desplegaron uno por uno los billetes bancarios y fueron depositándolos extendidos en el suelo. Los había tanto viejos como nuevos, y eran de números de serie no correlativos; no habría forma de rastrearlos. Dejaron en un montoncito aparte el oro, junto al reloj y el anillo.

Había una cantidad de dinero inmensa; en oro solo había unas setenta libras, pero en billetes, unas cincuenta y siete mil trescientas.

Cuando lo contaron todo, me miraron de un modo que me heló la sangre, pues me dejó manifiesto que planeaban matarme.

Volvieron a mirarme, cuchichearon un poco y se alejaron para debatir.

Me giré un poco para verlos, cosa que hice sin dificultad, aunque esto hizo aumentar mi miedo, ya que, si ellos no temían que yo tomara nota mental de sus movimientos, eso solo podía significar que tenían claro lo que iban a hacer conmigo.

Volvieron junto a mí poco después. Mientras se acercaban, la campana de la antigua iglesia de Chidiock comenzó a sonar. Aún era muy temprano; la campana llamaba a maitines.

El guardacostas se detuvo; la campana le trajo algún recuerdo, que despertó sus dudas.

—Compañero… —dijo.

En su tono vacilante, el policía leyó la compasión, y, volviéndose a toda prisa, dijo en tono áspero, amenazador casi:

—¿Qué?

—Compañero, ¿tenemos que matarlo? ¿No bastará si nos promete tener la boca cerrada y nosotros nos largamos con el dinero? Nadie sabe nada y no hay forma de que se enteren.

—No tendrá la boca cerrada —dijo el otro—. Es mejor que le rajemos el gaznate y lo enterremos en la playa.

El marinero me miró, y yo, leyendo la interrogación en sus ojos, respondí de la forma más convincente que me fue posible a través de la mordaza:

—¡No diré nada!

Estaba más claro que la luz del día que mi vida dependía de que me creyeran, así que no vacilé.

Subrayé mi colaboración con un guiño.

Pese a todo, los dos hombres discutieron violentamente; siendo el preservador de la paz el más violento de ambos.

El guardacostas no cesaba de recomendar e insistir que no tenía sentido cometer un asesinato cuando ya podían conseguir lo que querían. El policía se aferraba tercamente a su argumento de que era mejor cortarme el cuello.

Yo padecía una angustia inmensa. Recordé todos los errores cometidos a lo largo de mi vida, así como cada una de las razones por las que merecía la pena seguir viviendo. Imploré al marinero con la mirada para que me dejara hablar, y un momento después me liberó de la mordaza, no sin antes advertirme que, si levantaba la voz por encima de un susurro, mi primera sílaba sería la última.

Susurré el único argumento que podía ofrecer.

—Si me matáis, me buscarán. Estaréis más seguros si me dejáis vivir, bajo la promesa de no decir nada sobre vosotros.

El argumento era contundente y convincente, como acostumbra a serlo lo que es lógico. Así que, después de dejarme bien claro lo que me harían si rompía mi promesa, me desataron los pies y me quitaron las esposas.

Me condujeron a continuación al cobertizo de botes que había en la playa, donde me adecentaron un poco, eliminando todo rastro de violencia. Seguidamente me hicieron subir a un carruaje, ya dispuesto junto al camino a Chidiock, y me llevaron a Charmouth, donde me dejaron delante mismo de mi puerta. No nos cruzamos con una sola persona en todo el trayecto.

Las últimas palabras que oí de ellos fueron una invitación a la prudencia susurrada por el policía:

—Nadie nos ha visto: ni a ti ni a nosotros. Vuelve a la cama y haz como que nunca has salido de allí.

A continuación se largaron.

Seguí el consejo; me quité las botas y subí con sigilo las escaleras. Mi mujer continuaba durmiendo; me desvestí y me metí en la cama. Para no

despertarla, me hice el dormido, pero poco después, pese a mi agitación mental, caí dormido de verdad.

Me despertó mi mujer, ya levantada y vestida.

—Sí que has dormido esta mañana, Augustus. Son más de las diez y hace mucho que hemos desayunado. La prima Jemima no podía esperar. Pero no importa, te hemos mantenido caliente tu desayuno.

Yo ya estaba espabilado del todo, pero me pareció más recomendable simular que seguía medio dormido.

—Enseguida me levanto.

—Pero, querido, tienes que levantarte ahora mismo, si no quieres perder el autobús a Bridport. Recuerda que prometiste conseguir unos cangrejos para la prima Jemima.

—Al diablo la prima Jemima. Ya he tenido bastantes cangrejos por hoy —dije en un arranque repentino, y luego me mordí la lengua.

—Espero, querido, que no hayas tenido indigestión tú también. La prima Jemima dice que ha pasado muy mala noche y que debe de haber sido por el nuevo pan que compramos.

—Seguro que sí —dije, tras lo que pensé: «Me alegro de que ella también lo haya pasado mal, porque todo lo que he tenido que sufrir ha sido por su culpa».

Me levanté y bajé a la planta baja. Todo estaba como de costumbre, lo que me llevó a dudar si no habría soñado los sucesos de esa mañana. La idea se afianzó, y cuantas más vueltas le daba, más irreal y onírico me parecía todo.

Cuando estaba terminando de desayunar, la criada me dijo que había dos hombres en la puerta vendiendo cangrejos.

—Diles que se larguen —respondí de mal humor—. No quiero cangrejos.

La criada volvió poco después diciendo:

—Disculpe, señor. Esos dos hombres dicen que seguramente querrá usted comprarles un cangrejo. Dicen que tienen uno que han cogido entre Bridport y Lyme.

Eso me dejó pasmado, y experimenté una punzada de temor al pensar que mis asaltantes habían ido a hacerme una visita. Dije a la criada que me ocuparía en persona del asunto y salí a la puerta. Me encontré con dos hombres, pero que en nada se parecían a los otros dos. El guardacostas era bajo y tenía una gran barba, y el policía, alto e iba afeitado. En cuanto a los hombres que me esperaban en la puerta, uno era alto y el otro bajo, pero el alto tenía una barba poblada y el bajo iba afeitado. Tuve la impresión de que

me miraban con dureza, pero simulé no percatarme de ello y me centré en la cuestión de la venta, así que, tan despreocupadamente como pude, les dije:

—Y, bien, caballeros, me han dicho que tienen ustedes cangrejos. Echémosles un vistazo.

—Solo nos queda uno —dijo el alto—. Aquí está.

Dedicándome una mirada inquisitiva, sacó de una cesta un cangrejo con la pinza izquierda grande y la derecha pequeña. No pude reprimir un sobresalto, del que ellos no dejaron de percatarse, así que me pareció más adecuado continuar simulando despreocupación.

—No, no me complace. Creo que no lo quiero.

Mientras estaba hablando con ellos, llegó mi esposa, que volvía a casa en compañía de mi suegra y de la prima Jemima.

Los dos hombres no se percataron, pero el alto me dijo, en tono cortés:

—Muy bien, señor. No tiene importancia. Pero pensé que debía enseñárselo.

Cuando devolvía el cangrejo a la cesta, la prima Jemima lo vio, y se adelantó a toda prisa.

—¿Qué es eso, Augustus? ¡No estarás rechazando un cangrejo! ¡Miserable! —Esto último lo dijo *sotto voce*.

Al cabo de un breve regateo, la prima compró el cangrejo, que los hombres, por extraño que parezca, parecían poco deseosos de venderle, tras lo que yo disfruté del placer añadido de tener que pagar.

Triunfante, la prima Jemima llevó el cangrejo a la cocina y los hombres partieron hacia Axmouth.

Cuando regresé al salón, me vi asaltado por todos los frentes. La prima Jemima, echa un mar de lágrimas, me dijo que me había comportado como un animal, que había estado a punto de rechazar el único cangrejo del que habíamos tenido noticia en días, y solo por sacarla a ella de quicio.

Mi suegra dio por sentado que yo había actuado de ese modo porque estaba deseando tener una disculpa para ir a Bridport, donde, sin que nadie me viera, podría ir a jugar al billar y a achisparme; eso si no pretendía ver a «alguna». Su hija, en menor medida, compartía su parecer; sobre todo en lo referido a lo último.

Yo insistí en negarlo todo.

Más tarde, ese mismo día, la esposa del párroco, George Edward Ancey, fue a tomar el té; su marido era juez de paz y, como vecino habitual, era en la práctica el magistrado del lugar. Durante nuestra conversación, ella comentó que George Edward había tenido una mañana muy atareada y desagradable,

debiendo lidiar con dos casos de insubordinación. El protagonista del primero había sido un guardacostas, que había afrentado a su superior en presencia de otros hombres, y que, después de ser severamente censurado, renunció de inmediato a su puesto, tras lo que procedió a abandonar el pueblo. El otro había sido un agente de policía, que se había negado a cumplir con sus obligaciones, motivo por el que había sido sumariamente despedido. El señor Ancey lamentaba en especial esta pérdida, ya que, hasta el momento, el oficial había sido el más fiable y activo de la localidad.

Cuando me enteré de esto, me sentí más perplejo que nunca, ya que la coincidencia de los hechos y el modo como encajaban con lo que había sucedido por la mañana parecían pruebas concluyentes de que no se trataba de un sueño.

Antes de cenar salí a dar un paseo. Cuando estaba a punto de salir, mi mujer me dijo:

—Asegúrate de volver a tiempo, Gus. Tenemos un cangrejo para cenar y la prima Jemima se va a encargar en persona de prepararlo.

El paseo por la playa me vino bien, me aclaró las ideas y, en la serena atmósfera del ocaso, comencé a pensar de nuevo que el episodio del hallazgo de Hoggen no había sido más que un sueño, o una pesadilla.

Volví a casa de mejor humor y, sintiéndome inmunizado contra el miedo, dispuesto incluso a mostrarme amable con la prima Jemima y tolerante con sus manías.

Mi buena disposición se vio puesta a prueba en el umbral mismo de la casa.

Sentada en una silla en el recibidor, la prima Jemima aguardaba mi regreso; era el vivo retrato de la insatisfacción agresiva. En cuanto entré, ella sorbió por la nariz. Comprendí que algo iba mal, así que me mantuve a la espera. Me siguió al salón, donde ya nos esperaban sentadas mi mujer y mi suegra; la cena estaba servida.

—Dije que no te merecías que esperáramos por ti, después de tu conducta —dijo mi suegra.

—¿Qué pasa ahora? —dije yo.

—¡Qué pasa, dice él! —respondió mi suegra con indignado sarcasmo—. Qué forma tan elegante de reírse de dos damas con poco apetito.

—¡Oh! —dije, con lo que pretendía que fuera el mayor sarcasmo posible, expresado de la forma más sutil posible—. Entonces te refieres a algo que he hecho por correspondencia.

—¿Por correspondencia? ¡Claro que no! ¿De qué estás hablando?

—Dices que me he reído de dos damas con poco apetito, así que doy por sentado que lo he hecho por correspondencia. ¿No lo comprendes? Sean quienes sean mis víctimas, deben de estar lejos, porque aquí no conozco a nadie que responda a esa descripción.

—¡Animal! —fue la reacción de la prima Jemima, mientras que mi suegra no dijo nada, pero miró fijamente a mi mujer, que sonrió.

Tomé asiento y traté de quitar hierro a la situación.

—Ya es suficiente, madre —dije—. Cuéntame qué he hecho y de qué va todo esto.

—El cangrejo —dijo la prima Jemima, en tono a la vez sepulcral e histérico.

—¿Qué sucede con él?

—Lo has hecho a propósito.

—¿El qué? No sé de qué me hablas.

Entonces intervino mi esposa.

—Lo cierto es, querido, que el cangrejo era un fraude, y mamá y la prima Jemima, que te vieron hablar con aquellos dos hombres, creen tú lo has urdido todo para gastarles una broma. Que ha sido lo que tú llamas una «treta».

—Querido, sigo sin saber de qué estáis hablando. ¿Por qué dices que el cangrejo era un fraude?

—Tenía algo muy raro. Estaba fresco, eso sí, pero lo habían abierto, y por dentro lo habían cortado en pedacitos, que luego habían vuelto a meter, como si alguien hubiera estado buscando algo en su interior.

Ahí estaba la prueba definitiva de que no lo había soñado. Me quedé sin aliento y empalidecí.

Las tres mujeres se percataron.

—¿Te encuentras mal, cariño?

—Ojalá que sí —dijo mi suegra.

—¡Lo tiene bien merecido! —dijo la prima Jemima.

Me recuperé un momento después y me las apañé para reírme.

—Sois unas bobas, y yo no tengo nada que ver con esto. Además, prima Jemima, fuiste tú la que compró el cangrejo.

Al cabo de un rato, la conversación derivó hacia otros temas. Yo era presa de una gran duda. ¿Mi aventura había sido un sueño, o no?

No sabía decirlo.

Unos tres meses después de que volviéramos a la ciudad, leímos en el *South Dorset News*, que uno de nuestros amigos de la costa nos enviaba de manera regular, la siguiente noticia:

EL MISTERIO DEL SEÑOR HOGGEN

El extraño misterio referente al difunto señor Jabez Hoggen, el millonario de Charmouth, cuya desaparición dejó perplejo a todo Dorset, así como a los condados vecinos, ha quedado finalmente aclarado. Nuestros lectores recordarán la desaparición, a principios de agosto, del señor Hoggen, cuya riqueza y excentricidad fueron nutridos temas de conversación no solo en la tranquila localidad de Charmouth, su pueblo natal, sino también en los alrededores. Lyme, por un lado, y Bridport, por el otro, así como las localidades interiores de Axminster y Chard estaban familiarizadas con el nombre del excéntrico adinerado. El señor Hoggen llevaba una vida muy apartada y era poco comunicativo, razones por las que, cuando se supo de su desaparición, nadie pudo ofrecer explicación para la misma. Nadie de su confianza. Durante un tiempo, la suposición generalizada fue que había sido víctima de un asesinato, a causa de su bien conocida riqueza, y la policía dirigió sus sospechas, de manera infundada, hacia algunos visitantes veraniegos de nuestra acogedora costa de Dorset. El *Bridport Banner*, con el mal gusto y la mendacidad característicos de ese periodicucho, sugirió —si recordamos bien, después de que algún conservador borracho nos gritara al oído sus miserables calumnias, ya que nosotros no leemos ese periódico de mala muerte— que quizás en su vejez el señor Hoggen había comprendido lo erróneo de su comportamiento hasta la fecha, y, abrumado por el remordimiento de su adhesión a los principios del liberalismo, se había suicidado. El tiempo, como siempre sucede, ha dejado en evidencia la falsedad de tan miserable ataque dirigido a una noble persona. Se ha descubierto que el señor Hoggen adquirió un pasaje bajo el nombre de Smith, con destino Queensland, en el *Tamar Indien*, que zarpó del Southampton el veintiséis de agosto. Tenemos firmes razones para sospechar que el pobre caballero, ofuscado por el espíritu decadente que permite que periodicuchos y otros órganos conservadores florezcan en la que una vez fue nuestra pura tierra, y anhelando una atmósfera más saneada, libre de la polución del conservadurismo, abandonó apenado su costa natal. A bordo, fue reconocido por un vecino de Charmouth; un tal Miles Ruddy, un camarero del *Tamar Indien*. Al parecer, le molestó mucho verse reconocido. A la noche siguiente, cuando sonaba la campana que avisaba del apagado de luces a bordo, se oyó un chapoteo, seguido del temible grito: «¡Hombre al agua!». Se llevaron a cabo todos los esfuerzos posibles para rescatar al desgraciado, cuya cabeza asomaba entre la espuma de la estela del buque. Pero no sirvió de nada. No consiguieron dar con él, y el barco hubo de retomar su rumbo. Tras convocar a toda la tripulación y al pasaje, se dedujo que el desaparecido era Jabez Smith, o, más correctamente, Jabez Hoggen. Una vez en Queensland, el capitán, los oficiales y algunos pasajeros del barco prestaron declaración sobre lo sucedido, y nosotros nos apresuramos a ofrecer a nuestros lectores las informaciones recién recibidas.

Un par de meses después, en el mismo periódico apareció la siguiente noticia:

LA EXTRAÑA HISTORIA DE DOS HOMBRES DE CHARMOUTH

El correo de Australia nos trae desde Victoria los detalles —los que se conocen hasta el momento— de la novelesca, si bien trágica, historia de dos antiguos vecinos de Charmouth. Al parecer, los dos hombres, hasta hace pocos meses bien conocidos en nuestro acogedor Dorset, uno agente de policía y el otro guardacostas, habían llegado recientemente a Melbourne. Al principio no se

> hicieron notar especialmente, hasta que tuvieron un golpe de suerte que, lamentablemente, resultó fatal para ambos. Al cabo de una breve ausencia, es de suponer que en los campos auríferos del norte, descubrieron algún filón cuantioso, ya que, a su regreso, comenzaron a adquirir terrenos y viviendas, dejando de manifiesto que eran poseedores de una gran riqueza. De pronto, discutieron entre ellos, sin que se sepa la razón, vendieron todas sus propiedades y desaparecieron en el interior del país. Unos días después, sus cuerpos mutilados fueron descubiertos entre los restos calcinados de un campamento. O habían peleado entre ellos hasta matarse o los habían asesinado. La hoguera del campamento se había propagado, consumiendo parcialmente los cadáveres, lo que impedía dilucidar lo sucedido. Esta novelesca historia nos habla a las claras de la vanidad de la riqueza.

Cuando leí la noticia, experimenté un gran alivio, ya que tenía ante mí la prueba de que no lo había soñado.

Una tarde, bastante después, conté a mi esposa, a mi suegra y a la prima Jemima toda la historia.

Mi mujer me dio un abrazo y susurró:

—Augustus, querido, puede que lo hayas soñado, ojalá sea así, pero te agradezco que lo hayas compartido con nosotras.

Mi suegra dijo:

—Me parece a mí que podrías habértelas apañado para guardarte algo del dinero, pero tú nunca estás a la altura en ocasiones así. En cualquier caso, nos lo podrías haber contado antes, pero supongo que tienes tantas cosas que ocultar que se te habrá olvidado.

La prima Jemima, después de mucho arrugar el ceño y fruncir los labios, como si estuviera pensando, dijo, sorbiendo por la nariz:

—Yo creo que es mentira.

—¡Mi querida prima Jemima! —me quejé.

—Bueno, a lo mejor no —respondió con dureza—. En cualquier caso, cogiste los cangrejos que salieron del cadáver de Hoggen con intención de traérmelos… No los trajiste, pero luego compraste uno, ¡para que yo me lo comiera! ¡Agh! ¡Animal!

Continúo albergando dudas.

¿Fue un sueño?

No lo sé.

EL HOMBRE DE SHORROX

(The Man From Shorrox)

Por supuesto, sus excelencias, se lo contaré encantado; aunque, la verdad es que es un trabajo aburrido narrar la misma historia una y otra vez. Pero nunca digo que no a contársela a unos auténticos caballeros, como ustedes, sus excelencias, que saben que un pobre hombre también tiene que comer, igual que comía Craso.

La historia tuvo lugar en un pueblo de Kilkenny, o puede que de King's County o de Queen's County. En todo caso, en uno de los condados a los que Cromwell —¡maldito sea su recuerdo!— dio nombre. Y a la posada se le llamó así por él, que fue alguacil mayor y creador de la policía —¡que Dios le perdone!—. La regentaban un hombre llamado Mickey Byrne y su buena esposa, al menos hasta una noche oscura en que unos muchachos lo confundieron a él con otro caballero, un desconocido que había comprado una mercancía problemática, lo que fue un gran error. Mickey volvía de las carreras de Curnagh tan inflado de *whisky* que ni siquiera podía abrir los ojos para enterarse de lo que pasaba, ni abrir la boca para decir a los chicos que se equivocaban pudo, después de recibir en la cabeza el primer garrotazo con una de las ramas de endrino que se usaban con tales fines. Los pobres muchachos estaban tan arrepentidos cuando llevaron el cuerpo a la casa de la ahora viuda, que ella no tuvo corazón para ser demasiado severa con ellos. Al principio se puso furiosa, claro, porque, al fin y al cabo, solo era una mujer, y las mujeres no entran en razón tan fácil como nosotros. ¡Malditos asesinos! Se puso como loca y a punto estuvo de cortarles la cabeza con un machete de carnicero, hasta que vio lo pálidos y arrepentidos que estaban, bajó el machete y se arrodilló junto al cuerpo.

—Dejadme con mi difunto —dijo—. ¡Oh, Dios! Aquí no hace falta nadie más, y tampoco hay que sumar desgracia a esta noche terrible. Mick Byrne no hizo daño a nadie estando vivo, y tampoco causará mal a nadie después de su

muerte. Ahora, chicos, iros, y portaos con decencia y discreción, y no juzguéis con demasiada severidad a una pobre viuda.

Después de aquello, ella no hizo grandes cambios, en general, en su vida, sino que siguió regentando el hotel igual que antes, y cuando algún amigo se ofrecía a ayudarla, ella solo decía:

—Mick y yo siempre nos las apañamos para llevar el negocio, así que si algún día necesito ayuda, ya te avisaré. Me ocuparé de todo yo sola, hasta que llegue la hora en que Mick y yo volvamos a estar juntos.

Y cierto es que el negocio siguió funcionando como siempre, aunque Mick ya no estaba con su cachiporra para mantener la paz cuando el ambiente se caldeaba las noches concurridas, o en los días de elecciones, cuando se partían cabezas como si fueran huevos. ¡Loado sea Dios!

¡Era una gran mujer, la viuda Byrne! Una criatura maravillosa, una mujer preciosa, bien plantada, casi tan alta como un hombre de mediana estatura, y con un tipo que te encendía el corazón al verla, bien dotada donde tenía que estarlo. Tenía una piel como de satén, con un rubor cálido, como el brillo del sol en un jarrón antiguo, y sus mejillas y el cuello eran tan firmes que no podrían ustedes haberlos pellizcado, aunque ay del que se atreviera a intentarlo. ¡Y su pelo! Por Dios, esa era la guinda del pastel, lo que volvía locos a todos los hombres. Era una gran masa roja, como un fuego de aulaga cuando deja de humear. Señores, se habrían ruborizado ustedes si hubieran visto brillar aquel pelo cuando el sol lo iluminaba. No había ni un hombre digno de tal nombre que, al cruzar la puerta, no sintiera deseos de estrechar a la viuda entre sus brazos de inmediato. Eran buenos hombres, grandes ganaderos de Kildare y gente así, que contaban su ganado por veintenas y acostumbraban a venir al mercado montados en caballos de caza por los que los directivos de Curragh les ofrecían cientos de libras que ellos rechazaban. Pero algunos, y también los pastores, eran de cuidado en una pelea. Más de una vez los he visto, a cuarenta, a lo mejor medio centenar, tipos fuertes, despejar ellos solos el mercado de Banagher o de Athy. Nunca olvidaré la imagen de aquellos puños grandes, rubicundos y peludos subiendo, y luego volviendo a bajar, empuñando los vibrantes retoños de fresno que usaban como fusta. No había ni uno que no estuviera deseando cortejar a la viuda, pero ella ni siquiera se dignaba mirarlos. Flirteaba, se hacía la tímida y bromeaba con ellos, lo que los volvía locos de amor, como les gusta hacer a las mujeres. ¡Y gracias a Dios porque sea así! Porque si no fuera por sus argucias, a lo mejor no nos gustarían tanto como nos gustan, y entonces qué sería de este país, poblado nada más que por hombres solteros y por damas

que se morirían por un beso, por unos azotes y por ser cortejadas. Ya saben ustedes, sus señorías, que esos jueguecitos rejuvenecen el corazón de un hombre, al igual que la hierba necesita de agua fresca para crecer. Pero la viuda no permitía que ningún varón mortal se le acercara. «No», decía ella, «cuando conozca a un hombre digno de ocupar el lugar de Mick, lo sabréis, gracias a todos», decía meneando la cabeza y agitando aquel pelo suyo, como una nube de chispas, y volviendo a los hombres más locos de amor que antes.

Pero, que quede claro, ella no era una aguafiestas; cuando era la mujer de Mick, era demasiado lista para eso, y cuando se convirtió en viuda no lo olvidó. Era quien más bromas hacía, siempre que fueran chistes de los que una mujer decente pudiera reírse; y, si no era así, mandaba a las camareras a la cama y decía a los hombres que podían seguir hablando de esa forma, porque ya solo la insultaban a ella, y les aseguro a ustedes que eso les cerraba la boca rápidamente. Pero si alguno se ponía demasiado cariñoso, como les suele pasar a los hombres cuando han bebido más de lo que toleran, bueno, pues en ese caso ella tenía una forma muy graciosa de manejarlos, con la que siempre conseguía que los demás acabaran riéndose de él. Solía decir que las nociones básicas se las enseñaron en el colegio, y que el resto lo aprendió de Mick. Siempre tenía cerca de ella, en el mostrador del bar, un bastón de ratán con los extremos nudosos, como los que usan los soldados cuando no tienen un látigo a mano, y salen con su gorra, bien acicalados, dispuestos a arrasar con las chicas. Y cuando un pretendiente se ponía muy cariñoso, ella empuñaba el bastón y lo meneaba delante de él, sin dejar de reírse como una loca. Al principio hubo uno o dos que dijeron que un beso de la viuda bien valía un bastonazo; uno de ellos, un criador de caballos de Poul-a-Phoka, dijo que estaba dispuesto a correr el riesgo, aunque fuera a costa de que lo hiciera trizas. Pero ella era muy diestra con el bastón, cosa extraña, porque no tenía hijos con los que practicar, y cuando arrojó de vuelta al bar lo que quedaba del pretendiente, con la cara encendida como un hierro al rojo, los demás hombres se murieron de risa, pero la lección se les quedó bien grabada. Después de aquello, siempre que la viuda ponía la mano sobre el bastón, por muy sigilosamente que lo hiciera, esa noche ya nadie hablaba de intentar besarla.

Cuando sucedió lo que quiero contarles, el pueblo estaba muy animado. La feria se encontraba en su apogeo y había montones de gente en el pueblo, y ganado, y gansos, y pollos, y mantequilla, y cerdos, y verduras, y toda clase de amenidades, incluyendo un cadáver. Con todos mis respetos, diré que se trataba de un viejo abogado, un hombre solitario, sin amigos, que yacía en la

habitación más grande del hotel, conocida como la Habitación de la Reina. Bueno, huelga decir a sus excelencias que el local estaba muy concurrido aquella noche. No había sitio ni para una pulga, y la gente tenía que esperar fuera, tiritando de frío. La viuda, claro está, estaba en la barra del bar, charlando con todos los que entraban, a la vez que no quitaba ojo a las camareras, para que no se dedicaran a flirtear con los hombres en lugar de trabajar. ¡Sí que había gente aquella noche en el bar! Granjeros de cuatro condados y ganaderos, con sus retoños de fresno en la mano y grandes abrigos de lana, y montones de representantes comerciales también. De pronto baja por la calle un carruaje procedente de Athy, tirado por una pareja de caballos a un galope suave. Se abre la puerta y vemos desprender vaho a los caballos. Y el hombre que iba en el carruaje también humeaba, fumando un cigarro tan largo como el brazo de usted. Se apeó de un salto y se dirigió a la barra con aires de amo del lugar, como si allí no hubiera nadie más que él. Lo primero que hizo fue dar un pellizco en la barbilla a la viuda, y luego, quitándose el sombrero, dijo:

—Quiero la mejor habitación del hotel. Soy viajante de Shorrox, firma textil famosa en el mundo entero, y queremos abrir una sede aquí. ¡Yo siempre exijo lo mejor! Cualquier otra cosa no es lo bastante buena para mí.

Bueno, señores, todos los hombres que había presentes se habían quedado mudos ante semejante impertinencia; y, que yo sepa, esa fue la única vez en la vida en que a la viuda la tomaron por sorpresa. Pero no necesitó mucho tiempo para recuperarse. Tranquilamente, dijo:

—¡No me cabe duda, señor! Nada es lo bastante bueno para un caballero que se maneja con tanta desenvoltura.

Y le sonrió mostrándole los dientes, que brillaron como gemas.

Solo Dios sabe, caballeros, lo que pasa por la cabeza de una mujer cuando trata con un hombre. A lo mejor la viuda Byrne solo quería mantener la paz, tranquilizando a los que ya se acercaban empuñando sus bastones, ansiosos por batirse en pelea en nombre de ella. O a lo mejor es que le perdonó la impertinencia, porque sé de buena tinta que los hombres discretos y los que saben mantener las distancias no son los que más atraen a las chicas, y lo mismo les pasa a las viudas. En cualquier caso, se dirigió al hombre de Mánchester diciendo:

—Lamento, señor, no poder ofrecerle nuestra mejor habitación, o la que nosotros decimos que es la mejor, pues ya está ocupada.

—¡Eche al que la ocupa! —suelta él.

—No puedo —dice ella—. Al menos, no hasta mañana. Entonces la habitación es de usted, si sigue queriéndola.

Algunos de los hombres, que sabían lo del muerto, se rieron entre dientes, y el de Mánchester creyó que se reían de él, así que dijo:

—Dormiré en esa habitación esta noche; si el otro caballero puede tolerarme a mí, yo puedo tolerarlo a él. A menos —dijo, guiñando un ojo a la viuda—, que pueda ocupar el puesto del señor de la casa, si hay un sacerdote o un pastor a mano en el pueblo, y sobrio.

Cuando oyó eso, la viuda se puso roja como una capa de Claddagh, soltó una carcajada y se volvió, diciendo:

—Bueno, señor, entonces será bienvenido esta noche en el lugar que suele ocupar mi pobre Mick.

—¿Y dónde es eso, señora? —dijo él, inclinándose sobre la barra, y le habría dado otro pellizco en la barbilla si ella no se hubiera apartado a tiempo.

—¡En el cementerio! —dijo ella—. Puede usted ocupar allí el sitio de Mick. No seré yo quien se lo niegue.

Y todos los presentes rompieron a reír, y el hombre de Mánchester se puso como loco, y dijo, en un tono más duro del recomendable:

—Entonces está bien donde está. Me atrevo a decir que está mejor allí que aquí. Él y el diablo puede echar a suertes estar solos o en silencio.

La viuda se inflamó como un techo de paja en el que cae una pavesa, y dijo:

—¿Quién es usted para atreverse a hablar mal de un difunto, y a mentar su nombre en la misma frase que al diablo, y en la cara de su mismísima viuda? Es fácil ver que el pobre Mick ya no anda por aquí —dijo, y se cubrió la cara con el delantal y se meció atrás y adelante, como hacen las viudas cuando echan de menos a su hombre.

A más de uno de los que estaban allí le habría gustado cantarle las cuarenta al de Mánchester con una rama de endrino, pero conocían demasiado bien a la viuda como para interferir sin que ella les diera permiso. Uno de ellos, el señor Hogan, de cerca de Portarlington; un hombre afable, capaz de disponer unas buenas mil libras, contantes y sonantes, en cualquier momento, se acercó a la barra y, quitándose el sombrero, dijo:

—Señora Byrne, como viejo amigo del pobre Mick, estaría encantado de responder a esta afrenta en su nombre, y aún me enorgullecería más hacerlo en nombre de su viuda, en caso de que usted, señora, lo solicite.

Ella se apartó el delantal de la cara y se enjugó las lágrimas con la punta de la prenda.

—Muchas gracias, caballeros —dijo ella—, pero Mick y yo regentamos solos este hotel mucho tiempo, y desde entonces lo he llevado yo sola, y pienso seguir igual, por muchos hombres de Mánchester que vengan a decirme que debería hacerlo de otra forma. Y en cuanto a usted, señor —dijo dirigiéndose a él—, mucho me temo que no hay aquí alojamiento para un caballero tan exigente. Así que le recomiendo buscar habitación en algún otro hotel del pueblo.

—Estoy aquí —dijo él—, y dispuesto a pagar el precio que se me pida. Por ley, no puede negarme la entrada en el bar ni el alojamiento, sobre todo cuando yo llevo la razón.

La viuda Byrne se irguió, y dijo:

—Señor, reclama usted sus derechos. Los verá satisfechos. Repítame qué es lo que pide.

—Quiero la mejor habitación —respondió él rápidamente.

—Ya le he dicho que hay en ella un caballero.

—¿Qué otra habitación tiene disponible?

—Ninguna, lo siento. Todas las habitaciones del negocio están ocupadas. Quizás no se ha percatado usted de que se celebra una feria mañana.

Hablaba con tanta educación que todos los presentes sabían que tramaba algo. El de Mánchester se percató de que se estaban riendo de él, pero no quería volver a pecar de impertinencia.

—En ese caso —dijo—, tendré que compartir la habitación. ¡Y solo estoy dispuesto a compartir la mejor! Esta noche dormiré en la Habitación de la Reina.

El resto de los presentes no se esperaba lo que sucedió a continuación. El hombre de Mánchester presumía como un gallo en un estercolero. Se inclinó de nuevo sobre la barra y cortejó a la viuda con empeño y sin descanso. Era un tipo atractivo y robusto, con cuello de toro y el pelo corto, como uno de esos gorilas forzudos que he visto en Punchestown, en Fairy House y en las carreras de Galway. Pero no tenía nada de estilo en el cortejo, sino que se aplicaba en ello como si fuera un trabajo, obedeciendo las órdenes de sus jefes. Era algo así: «Quiero hacerte el amor; tú quieres que lo haga, sentirte como una mujer. ¡Mírame!». Todos veíamos que la viuda se estaba enfureciendo, pero, para ser justos, al de Mánchester no parecía importarle lo que nadie pensara de él. Pero todos nos percatamos de algo que él no, que la viuda se disponía a agarrar el bastón de ratán. Al final, él volvió al tema de su habitación y preguntó cómo era el hombre con el que tendría que compartirla.

—Un hombre menos cruel que usted, y también menos impertinente.

—¿Ronca? Odio a los hombres que roncan, y a las mujeres.

—No ronca nada, se lo aseguro —dijo ella, riéndose.

Algunos de los presentes, sabiendo lo del viejo fiscal, también se rieron, y eso hizo sospechar al de Mánchester. Cuando los que son como él se ponen suspicaces, pueden ser muy desagradables; así que dijo, con desprecio:

—Parece que conoce usted muy bien sus hábitos, señora.

La viuda miró a los ganaderos, que ya estaban aferrando sus plantones de fresno, pero la expresión cómplice y jocosa de ella los contuvo.

—Oh, sé lo bastante —dijo volviéndose hacia el hombre—, un par de cosas.

Nunca se había comportado de manera así de tentadora. No cupo duda de que el de Mánchester se percató, porque inclinó medio cuerpo sobre el mostrador y le susurró algo, a la vez que le puso una mano en la nuca y empezó a atraerla hacia él. La viuda sabía lo que se avecinaba y estiró la mano hacia el bastón de ratán, y cuando él ya casi la tenía a su alcance y fruncía los labios para besarla —con la viuda al principio roja como un pavo y a continuación blanca como una sábana—, ella alzó el bastón y le dio un golpe que le cruzó la cara, y de inmediato retrocedió de un brinco. ¡Dios, qué bastonazo! Saltó un chorro de sangre como el que he visto brotar del lomo de los cerdos cuando los azotan por desobedientes.

—¡Las manos quietas, don insolente! —dijo ella.

El hombre de Mánchester se enfureció tanto que cogió el vaso que encontró más cerca y lo levantó, dispuesto a tirárselo, momento en que se oyó un curioso sonido precedente del grupo de ganaderos, una especie de «¡Agh!», como el que hace alguien cuando está trabajando con un mazo, y vi alzarse los plantones de fresno y los gruesos puños que los blandían, y las muñecas peludas en que concluían. ¡Ni un escuadrón de policía armado con bayonetas se habría atrevido a plantarles cara entonces! En un santiamén, el hombre de Mánchester habría acabado hecho trizas, de no haber sido porque la viuda lanzó una orden que hizo temblar todos los cristales:

—¡Alto! No quiero peleas aquí. Y, además, hay límites para los malos modales, incluso para un hombre de Shorrox. No se atrevería a atacarme, aunque yo haya demostrado poco seso. A lo mejor me he propasado con mis palabras, pero hay que reconocer que, en parte, se lo debía a Mick. Lo lamento, señor —dijo ella, muy educada—, por haberme defendido así, pero cuando un caballero irrumpe en un negocio enarbolando la ley para que le den alojamiento y luego asalta a la propietaria, por poco seso que ella tenga, de alguna manera hay que pararle los pies.

—¡Eso es! ¡Escucha bien! —gritaron algunos de los hombres, y otro añadió—: Amén —y todos rompieron a reír.

El de Mánchester no sabía qué hacer, porque no le gustaba nada la pinta de aquellos plantones de fresno, todavía alzados, pero tampoco era de los que les gusta que se rían de ellos, o al menos que lo encajan bien. Así que se volvió hacia la viuda, se levantó el sombrero y dijo, en tono educado pero burlón:

—Debo elogiarla, señora, tanto por la fuerza de su brazo como por la benevolencia de su actitud. Se me ocurre que el señor Mick, que ahora reposa en el cementerio, sacó buen provecho de todo ello, aunque a lo mejor el pobre no lamenta haber cambiado a un demonio por otro.

Acompañó sus palabras de una mirada maliciosa.

Por espacio de un segundo, a la viuda le brillaron los ojos de rabia, pero luego sonrió y le dedicó una pequeña reverencia. Recuerden ustedes que era una gran mujer, que sabía dar pero también recibir.

—Mi sincero agradecimiento, señor, por sus amables palabras sobre mi brazo. Mi querido Mick decía lo mismo con frecuencia, salvo que él lo hacía con un conocimiento de causa mucho mayor. «Molly», me decía, «detestaría la fuerza con que me pegas si no fuera porque, cuando me abrazas, lo haces de igual modo». Pero en cuanto a la condición actual del pobre Mick, no pienso discutir con usted, pues no puedo perdonar lo que ha dicho. Me parece a mí que siente gran aprecio por los difuntos, porque no sabe dejar de hablar de ellos. Espero que algún día aprenda a ser más respetuoso.

—¡No quiero sermones! —dijo él, muy enfadado—. ¿Voy a tener una habitación para esta noche, sí o no?

—¿Le entendí bien cuando dijo que quería compartir la Habitación de la Reina?

—¡Eso dije! Lo exijo.

—Muy bien, señor —dijo ella, muy tranquila—, ¡entonces la tendrá!

Anunciaron entonces que la cena estaba lista, y la mayoría de los hombres que había en el bar pasaron en tropel al comedor, y entre ellos el de Mánchester, que fue directo a la cabecera de la mesa y tomó asiento como si fuera el dueño, pese a no haber estado nunca antes en la casa.

Algunos de los muchachos se quedaron atrás para hablar un minuto con la viuda.

—¡Querida —dijo el señor Hogan, en cuanto se quedaron a solas—, eres toda una bromista! ¿De verdad vas a meterlo en la misma habitación que el cuerpo?

—Él mismo ha dicho que quería esa habitación. Ha insistido —dijo ella, muy seria, y luego, con una caída de pestañas que hizo estremecer a todos, añadió—: Y vosotros, chicos, hacedme el favor de darle tanto de beber que esta noche se caiga en la cama con los sentidos mermados. ¡Invitadlo a brindar hasta que ya no se acuerde de dónde está! ¡Vamos, rápido, y que no sospeche nada!

Fue una noche divertida, se lo aseguro. El de Mánchester bebió vino en abundancia con sus nuevos amigos, y luego, cuando se retiraron los platos y se sacaron los postres, Hogan se puso en pie y propuso un brindis por su salud y le deseo éxito con su nueva sucursal. Claro está, él tuvo que beber, y luego fueron poniéndose en pie los demás, uno a uno, y hubo tantos brindis como gente había en el comedor, hasta que el de Mánchester, que no estaba acostumbrado al ponche de *whisky*, empezó a tener problemas para hablar. Y los demás siguieron proponiendo brindis: «¡Irlanda nación!», «¡Independencia!», «¡Por el recuerdo de Dan O'Connel!», «¡Al diablo Boney!», «¡Dios salve a la reina!», «¡Más poder para Mánchester!», y otros que pensaron que serían de su agrado, por ser inglés. Muchas horas antes de que llegara la hora de cierre, estaba tan borracho como una cuba y se dedicaba a estrechar la mano a todo el mundo, prometiendo abrir allí una sucursal cuando se lograra la independencia, y sinsentidos semejantes. Lo subieron a la Habitación de la Reina y allí lo dejaron.

Se las apañó para quitarse toda la ropa menos el sombrero, se metió en la cama junto al cadáver del viejo fiscal, y se quedó dormido al instante, sin percatarse siquiera de que tenía a alguien al lado.

Bueno, pues un rato más tarde, se despertó con una sensación extraña. No había encendido ninguna vela y no había más luz que la del corredor, que entraba por el ventanuco encima de la puerta. Se descubrió al borde la cama, a punto casi de caer al suelo, y con el desconocido y frío caballero yaciendo cómodamente de espaldas en el centro. El alcohol que llevaba en el cuerpo le volvía pendenciero.

—Más le vale dejarme sitio o tendré que obligarle —dijo, y le dio un empujón. Pero el cadáver del fiscal no pareció advertirlo.

—No está tan caliente como para que apetezca dormir pegado a usted. ¡Póngase al otro lado, se lo repito!

Pero el cadáver no se movió ni un ápice.

Entonces el de Mánchester se puso violento de verdad y empezó a dar empellones y patadas al cadáver, pero sin obtener ninguna respuesta, hasta que finalmente le asestó un cachete en un costado de la cabeza.

—¡Levántese si es hombre y póngase en guardia!

Le gritó como un loco, perturbado por la bebida, y siguió pateándolo y dándole empellones, y, agarrándolo por un brazo y una pierna, tiró de él para moverlo.

—¡Dios! ¡Es el tipo más frío que he conocido! ¡Tiene el pelo como carámbanos!

Lo agarró luego por la cabeza, lo sacudió y se las apañó para llevarlo hasta el borde de la cama, desde donde lo arrojó al suelo de una patada. El cadáver quedó tendido, oculto desde la puerta por la cama.

—¡Ahí estás bien, viejo horno estropeado! Puedes darte calor a ti mismo en el suelo hasta mañana.

El alcohol volvió a poder con él y se desplomó en el centro de la cama, con la cabeza en la almohada, boca arriba, y se durmió de inmediato.

Poco después, cuando el negocio estaba a punto de cerrar por esa noche, el vigilante enviado por la funeraria llegó para velar al cadáver hasta la mañana; habiendo sido el fiscal protestante, no había velas encendidas. Una vez que el hotel quedó en silencio, una de las camareras, que se estaba dejando cortejar por el vigilante, entró sigilosa en la habitación.

—¿Estás ahí, Michael?

—Sí, querida —dijo él acercándose, y se quedaron junto a la puerta, donde la lámpara del pasillo alumbraba sus cabezas con un resplandor rojizo.

—He venido —dijo Katty— a hacerte un poco de compañía, Michael, porque es un trabajo cruel y solitario tener que pasar la noche aquí a solas. Pero no puedo quedarme mucho. Todos se irán enseguida a la cama, en cuanto terminen de fregar los platos.

—Dame un beso —dijo Michael.

—¡Oh, Michael! ¡Besarnos delante de un muerto! Me avergüenzo de ti.

—¿Por qué, Katty? No hay forma más respetuosa. Es lo siguiente a besarse en la capilla. Y es lo que harás cuando nos casemos. Si me besas ahora, será casi como si ya estuviéramos casados. En cualquier caso, dame un beso y ya hablaremos luego de si está bien o mal.

Bueno, sus excelencias, al final, ella lo besó, y un beso en presencia de un cadáver es un asunto serio que lleva su tiempo. Estaban los dos tan concentrados en lo que estaban haciendo que no oyeron nada, hasta que Katty se paró de pronto y dijo:

—Escucha. ¿Qué es eso?

Michael también se asustó, porque un sonido extraño llegaba desde la cama. Se agarraron uno al otro, junto a la puerta, sin despegar los ojos de la

cama ni atreverse a respirar, y se les puso el pelo de punta de terror, porque el cadáver se irguió y lo vieron apuntarles con el dedo y decir con voz ronca:

—¡Estoy en el infierno! ¡Me rodean demonios! ¿No son eso demonios, con la cabeza en llamas? ¡Y yo también estoy ardiendo! ¡Ardiendo, ardiendo, ardiendo! ¡Me arde la garganta! ¡Me arde la cara! ¡Agua, agua! ¡Dadme agua, aunque no sea más que una gota!

Entonces Katty soltó un alarido que bastaría para despertar a los muertos y echó a correr por el pasillo, se lanzó escaleras abajo y cayó desmayada sobre la alfombra que había al pie, mientras que Michael gritaba con todas sus fuerzas: «¡Se ha matado!».

No tardó en reunirse una multitud en el cuarto, se lo aseguro; y resultó un tanto extraño que casi ninguno de los ganaderos se hubiera quitado el abrigo ni soltado el plantón de fresno para irse a la cama. También la viuda estaba tan acicalada y despierta como siempre, y completamente vestida, pero con una bata sobre la ropa y una vela en la mano, como si la hubieran sacado de un sueño profundo. Los había que sí habían estado durmiendo, hombres y mujeres descalzos, algunos con zapatillas, ellos con los tirantes colgando y ellas en enaguas. Algunos con gorros de dormir, y ellas llevando el pelo anudado con trocitos de papel, de manera que los mechones recordaban a pellizcos de tabaco. Y las mujeres de más edad eran las más asustadas de todas, de cosas que no preocupaban para nada a las jóvenes. A unas, lo único que les asustaba eran los hombres, vivos o muertos; a las otras, los fantasmas, los cadáveres y los demonios.

Cuando el de Mánchester vio a todos entrar corriendo en la habitación, volvió en sí; el alcohol dejó de hacerle efecto y recordó dónde estaba. Al ver a la viuda, se llevó una mano a la cara, donde tenía la marca roja del golpe, y lo entendió todo de repente. Enfurecido de nuevo, bramó:

—¿Qué significa esto? ¿A qué se debe semejante invasión de mi cuarto? ¡Largo todos de aquí, u os vais a enterar!

Saltó de la cama, pero en cuanto las viejas lo vieron en pie, se pusieron a chillar de nuevo y se aferraron a los hombres, suplicando que las salvaran de la muerte o de algo peor. Y mientras tanto, la viuda Byrne reía como una loca.

—¡Adelante, señor Shorrox! —dijo el señor Hogan dando un paso al frente—. Luce usted un atuendo de lo más adecuado para una pelea.

En respuesta, el hombre de Mánchester volvió a meterse de un salto en la cama y se tapó con las mantas.

—En nombre de Dios —dijo—, ¿a qué viene esto?

—Viene a cuenta de lo siguiente —dijo Hogan rodeando la cama, tras lo que levantó el cadáver y lo soltó en la cama, junto al de Manchester—. ¡Sí que es usted un tipo cascarrabias! Primero no se quedó tranquilo hasta que consiguió compartir la habitación con un muerto, y luego quiere todo el cuarto para usted.

—¡Lléveselo! ¡Lléveselo! —gritaba el de Mánchester.

—Por Dios que no haré tal cosa —dijo el señor Hogan—. El caballero reservó la habitación en primer lugar, así que es él quien tiene derecho a pedir que se vaya usted.

—¿Ha roncado mucho, señor? —preguntó la viuda, que estalló a reír otra vez, y a llorar al mismo tiempo—. ¡Así aprenderá a no volver a hablar mal de los muertos! —Y diciendo esto, se tapó la cara con el bajo de la bata y salió corriendo de la habitación.

Los demás hicimos volver a los hombres a sus cuartos, porque la mayoría había bebido mucho y nos temíamos una pelea. Ahora que la diversión había terminado, no queríamos problemas. Dos de los ganaderos accedieron a compartir habitación, pusimos al de Mánchester en la que quedó libre y le hicimos beber un vaso hasta arriba de ponche para que se calmara.

Yo creí que la viuda había vuelto a la cama, pero cuando fui a apagar las luces, vi que quedaba una encendida en el cuartito detrás del bar, así que me acerqué sigilosamente, para no molestarla, y me asomé. Estaba sentada en un taburete bajo, meciéndose atrás y adelante, sin dejar de reír y de llorar al mismo tiempo, mientras golpeaba el suelo con su vara. Hablaba sola, en susurros, y le oí decir:

—Qué cruel soy para dejar que algo así pase en mi casa, y ese pobre hombre, sin nadie que llore por él, aporreado para diversión de unos borrachos, mientras mi querido esposo yace en la fría arcilla. ¡Oh, Mick, Mick, si hubieras estado aquí, con tu sentido del humor, mucho te habrías divertido esta noche!

CUANDO LLUEVA ORO DEL CIELO

(When The Sky Rains Gold)

Capítulo I

El recuerdo más temprano de Victor Paterson era el de un padre severo e inflexible a quien todos cuantos le rodeaban le rendían la más extravagante de las pleitesías, y que arrugaba el ceño cada vez que alguno de sus hijos reunía la suficiente fuerza de voluntad como para presentarse ante él. En tales ocasiones, siempre había podido contar con la cariñosa fuerza protectora de su madre, en forma de lágrimas y caricias. Siendo él nada más que un bebé —como luego recordaría— oyó alzarse en casa una voz dura, fuerte y amenazadora, a la que replicó otra, suave y suplicante, la de su madre, a quien estaba él muy unido; y Victor sentía, más que recordaba, que cualquier la bondad recibida más adelante por él y por sus hermanos menores fue consecuencia de lo sucedido aquel día en la entrevista entre sus padres. Tal sentimiento se debía en parte a otra entrevista, mantenida años después, cuando ya era él un muchacho alto y fornido. Su padre le había ordenado reunirse con él en la biblioteca, y cuando Victor entró, un tanto tembloroso, su progenitor le dijo:

—He enviado por usted, señor, porque ya tiene edad suficiente para darse cuenta de cuál es su posición en la vida, así como de comprender lo que he dispuesto para su futuro, y para el de sus hermanos.

Victor comenzó a farfullar una suerte de agradecimiento, pero su padre, alzando una mano en gesto de advertencia, prosiguió.

—No quiero su agradecimiento, ni reconocimiento de ninguna clase. No deseo tener hijos cerca que me compliquen la vida, en el sentido de echar por tierra mis planes. Sinceramente, preferiría que ninguno de vosotros hubiera nacido, pero dado que estáis aquí, y puesto que la ley no me otorga poder para quitaros la vida, me he plegado a los deseos de su madre para que se instalen ustedes en algún lugar donde puedan llevar una vida independiente. He

accedido gustosamente, dado que su ausencia me garantiza una mayor tranquilidad. En el caso de usted, lo he dispuesto todo para que disponga de sus propias tierras, y, con el fin de que no esté más cerca de mí de lo que es recomendable, he escogido como su futura morada la isla de Skye. Supongo que estará usted al corriente de la dimensión de mis recursos, pero permítame añadir, para su información, que tales recursos son míos y solo míos. Esta iniciativa es la última que puede usted esperar de mí, no confíe en que, ni durante mi vida ni a mi muerte, contribuya yo al incremento de su fortuna. Su madre me ha insistido en que, tratándose usted del mayor, le corresponde una provisión superior a la de sus hermanos, así que he elegido una propiedad de mayores dimensiones, y que conlleva cierta influencia territorial, lo que le convertirá en un terrateniente. Satisfará, en cualquier caso, sus necesidades, pero sea prudente y administre bien sus recursos, porque si algo adverso le sucediera, se vería usted solo, sin poder esperar ni la menor ayuda por mi parte. En cuanto a sus hermanos, lo que he dispuesto para ellos es proporcional. Como supongo que habrá usted deducido por el rumbo de su educación, Hobson ocupará un cargo en la marina real. Mi influencia se lo garantiza, así como que él servirá en la estación australiana, al principio obedeciendo órdenes y a continuación por voluntad propia, ya que la provisión que he dispuesto para él depende de su permanencia en aguas distantes. Aide será ingeniero de minas, y su futuro se halla asegurado gracias a una amplia concesión minera en el cauce alto del Amazonas. De ese modo, él también se mantendrá lejos de mí. Así veré mis objetivos inalterados y garantizaré mi serenidad. Por lo tanto, en el día de hoy deben ustedes decir adiós a su madre. En cuanto a mí, no quiero ninguna despedida. Me alegro mucho de deshacerme de ustedes y estoy deseando olvidar que alguna vez fueron mis hijos. Si así lo desea, puede considerarse el cabeza de una nueva familia y actuar en consecuencia. Ahora tendrá la amabilidad de informar a sus hermanos de mis deseos y de lo que he dispuesto para su futuro, ya que no me apetece soportar más entrevistas como esta.

Y, dicho esto, hizo sonar la campanilla que tenía sobre la mesa y retomó su trabajo. Víctor, sin pronunciar palabra, hizo una reverencia y se retiró. De inmediato, llamó a sus hermanos y les transmitió el mensaje que se le había encomendado. A continuación, después de despedirse calurosamente de su madre, partió esa misma tarde hacia Skye, tal como había sido previsto.

En Skye, su posición era todopoderosa, y, como su naturaleza era al mismo tiempo autoritaria y amable, se convirtió en una suerte de déspota benéfico para sus arrendatarios. Sus tierras ocupaban una vasta extensión, y

aunque la mayor parte del terreno era pobre y había numerosas montañas completamente estériles, el resto era lo bastante fértil como para convertirlo en un hombre rico entre los terratenientes locales. Durante cerca de diez años disfrutó de su fortuna, llegando casi a olvidar la soledad y la frustración de sus primeros tiempos en la isla. Skye no es un lugar donde el tiempo transcurra con rapidez, y los placeres locales son más bien primitivos, atemperados por el espíritu de permanente obediencia al jefe que es característico del feudalismo y del semibarbárico sistema de clanes.

Había zarpado hacía poco de crucero en su pequeño yate, el *Eagle*, cuando, una tarde, dejó la embarcación fondeada al norte de la isla y partió en solitario, en su batea, para admirar la vista de Quairang desde el mar. Hacía un día caluroso y todo a su alrededor se hallaba en calma, así que, después de aproximarse todo lo posible a la costa sin perder de vista la cumbre de la montaña, recogió los remos y, a la sombra de los acantilados, se tumbó y dejó que la corriente derivara la batea lentamente a lo largo de la orilla. El mecimiento y el calor le causaron somnolencia, y, por unos momentos, todo a su alrededor se disolvió en la negrura de un plácido sueño.

Le despertó un grito distante, que le hizo erguirse instintivamente y aferrar los remos, a la espera de que se repitiera. Volvió a oírlo poco después, y escrutando en la dirección de la que provenía el sonido, vio en lo alto de un acantilado, cerca de adonde la batea había derivado, a una mujer que agitaba frenéticamente una bufanda, mientras que con la otra mano señalaba un punto al pie del acantilado, sin cesar de gritar. Victor Paterson comprendió que había una emergencia y, siendo él un hombre de acción, viró la proa hacia el lugar señalado y remó con todas sus fuerzas. Poco después se había acercado lo bastante como para identificar el motivo de los gritos y el peligro existente. Otra mujer luchaba por mantenerse a flote al pie del acantilado, que en aquel tramo tenía entre treinta y cuarenta pies de altura. El aire embolsado en sus ropas la había ayudado a flotar, pero se estaba escapando y la mujer comenzaba a hundirse justo en el momento en que él llegó a su lado y atrapó su mano. El oleaje al pie del acantilado era bastante fuerte y el pequeño bote se agitaba demasiado como para subir a bordo a la mujer, quien, además, era alta y robusta. Victor se asomó sobre la popa y le ató una maroma a la cintura.

—Agárrese a la borda y yo remaré hasta la orilla —dijo él—, eso será mucho más seguro que tratar de subirla a bordo con todo este movimiento.

Entre jadeos, la mujer respondió con cuanta valentía fue capaz:

—Vaya lo más rápido que pueda. Yo me las apañaré.

No era ni muy joven ni muy atractiva, y la caída desde el acantilado había hecho estragos en su aspecto, pero Victor supo de inmediato que se trataba de una dama. Las formas de expresarse, de pensar y de comportarse están por encima de cualquier accidente. Se apartó un poco del acantilado, para poder ver la costa y localizar el punto más cercano donde le fuera posible acercarse a la orilla, y, al hacerlo, la cumbre del acantilado volvió a entrar en su campo de visión. La mujer que sacudía la bufanda continuaba allí, y nada más percatarse de lo que sucedía, echó a correr en una dirección y en otra, asomándose al filo en busca de un entrante donde el bote pudiera atracar.

Corrió hacia el extremo norte del acantilado, donde este era más alto, y de inmediato dio media vuelta y comenzó a hacer señas al bote, a la vez que gritaba con una voz fuerte y clara, para atraer la atención de Victor, en caso de que este no la hubiera visto. La mujer señalaba hacia el norte, Victor puso proa en aquella dirección y bordeó la punta del acantilado. Al cabo de unos pocos golpes de remo divisó una playa diminuta al fondo de una hondonada entre dos farallones. Remó hacia allí y, dos minutos después, varó el bote en la arena. Se apeó de un salto, desató la maroma de la cintura de la mujer y cargó con esta a tierra. Mientras lo hacía, la cabeza de la mujer quedó colgando y el peso de su cuerpo pareció doblarse. Se había desmayado.

La depositó en la playa, y seguidamente vio a la otra mujer, que bajaba por la hondonada a velocidad vertiginosa, brincando de roca en roca y chapoteando entre las juncias que crecían en las zonas húmedas a lo largo del estrecho arroyo responsable de la hondonada. Victor cargó con la mujer desmayada hasta el punto donde el arroyo se vertía en la playa, y donde formaba una pequeña poza entre rocas, cuando la recién llegada los alcanzó y le ayudó a transportarla.

—¿Está muerta? —dijo entre jadeos.

—No, no. Solo se ha desmayado, cuando ya habíamos llegado a tierra. Estará bien enseguida.

La mujer se arrodilló junto a su amiga, humedeció un pañuelo en la poza de agua limpia, le refrescó la cara, le peinó el cabello cano e hizo lo que pudo para recomponer su ropa. La mujer desmayada se estaba recuperando; no había más que esperar. Eso hizo Victor, y mientras tanto tuvo oportunidad de examinar a la recién llegada.

Era una joven de no más de veinte años, con una silueta bonita y esbelta, increíblemente hermosa. Sus rasgos eran atractivos y la piel tan clara, que el sano tono rosado, acrecentado por la alarma y el sofoco de la carrera, parecía iluminarla desde dentro. Cabello castaño y ojos del mismo color, brillantes, y

que adquirían tonos amarillos cuando les daba el sol; una boca de perlas y rubíes, entre la que resplandecían los blancos dientes; su aspecto casaba con el blanco vestido de dril, provisto de adornos colgantes verdes en la delantera, y sujeto por un broche donde brillaba un rubí solitario. Victor Paterson tuvo un escalofrío al sentir lo mismo que el rey Geraint: «¡Por la gracia de Dios, he aquí una dama hecha para mí!».

Por parte de él, fue un genuino caso de amor a primera vista, y el instinto de su raza le llevó de inmediato a dominarse y a disponerlo todo para lograr su objetivo. Por lo tanto, como el hombre inteligente que era, se limitó a esperar.

Cuando la mujer de mayor edad abrió los ojos y vio el rostro joven inclinado sobre ella, comprendió lo sucedido y acercó hacia sí a la chica para darle un beso.

—Gracias a Dios, Riddy —murmuró—, que no has sido tú la que se ha caído del acantilado. Tu padre nunca me lo habría perdonado.

—¡No digas eso, tía Joe! —dijo la chica—. ¡Calla, calla! No digas cosas así o no te perdonaré nunca. Querida tía, doy gracias a Dios por que estás sana y salva. He pasado muchísimo miedo. ¡Gracias, señor! ¡Gracias por salvar a mi querida tía!

Y antes de que Victor se percatara de lo que ella iba a hacer, la chica le tomó la mano y se la besó, como las mujeres acostumbran en ocasiones a hacer, cuando son presa de una emoción súbita y semihistérica. Victor, aunque sorprendido por lo repentino del gesto, supo estar a la altura de la situación y retiró la mano con amabilidad, pero asimismo con una firmeza que no admitía oposición.

—¡No! —dijo con una dignidad seria y autoritaria que fue directa al corazón de la chica—. ¡No! No debe usted hacer eso. No lo merezco.

A continuación, al advertir cierta incomodidad en ambas mujeres, se apresuró a añadir:

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Disponen ustedes de un carruaje?

La joven dama negó con la cabeza y la otra respondió:

—Hemos venido paseando desde Quairang, con la intención de pasar la tarde en los acantilados, y el carruaje iba a venir a esperarnos en el camino a las ocho, para regresar a Portree bajo la luz de la luna.

Mientras ella hablaba, Victor decidió lo que había que hacer, y dijo, de manera tan autoritaria que sus palabras no admitían réplica:

—En ese caso, es muy sencillo. No debe usted correr el riesgo de seguir con la ropa mojada. Deben venir las dos a mi yate, donde se pondrán

cómodas, y yo las llevaré por mar hasta Portree.

No había aún terminado de hablar cuando sacó del tambucho de la batea un revólver e hizo un disparo y, tras una pausa, otros tres en rápida sucesión.

—El bote pronto estará aquí —añadió.

Subió a continuación corriendo hasta lo alto del acantilado, y minutos después las mujeres lo vieron hacer señas y dirigir indicaciones a un bote que se aproximaba. A las dos les pareció cosa de magia; un momento después estaban sentadas en una lancha ballenera de buen tamaño que surcaba el agua a gran velocidad, impulsada por cuatro remeros pelirrojos, de barba poblada, musculosos y que hablaban en gaélico. Victor empuñó en persona la caña del timón, después de enviar al timonel en busca del carruaje, con orden de que este regresara a Portree.

Hasta ese día, Victor Paterson había estado orgulloso de su pequeño y precioso yate, pero al ayudar a las damas a subir a bordo, deseó que la embarcación estuviera a la altura de lo que sus visitantes se merecían y que sus camarotes fueran más lujosos. Bajó corriendo a su cabina, dejó unas prendas de franela sobre su litera y volvió a cubierta.

—Debe usted quitarse esa ropa mojada de inmediato —dijo a la tía Joe—. Puede usted acostarse hasta que las prendas estén secas o ponerse lo que encuentre en la cabina. Naturalmente, no tenemos mujeres a bordo, así que quizás su sobrina pueda ayudarla. Mis hombres son buenos y rápidos a la hora de lavar y planchar, y no tendrá usted que esperar mucho.

Las mujeres se retiraron a la cabina y pasó un tiempo asombrosamente breve hasta que las ropas que la joven subió a cubierta fueron devueltas secas y planchadas. Sin duda, no hay nadie más hábil que un marinero. Mientras tanto, se dispuso un almuerzo temprano, y cuando las damas salieron acicaladas de la cabina, las recibió la grata visión de una comida sencilla, si bien muy apetitosa. Una vez arreglada, la tía Joe volvía a sentirse bien, y procedió a realizar las presentaciones.

—Yo soy la señora Bates, y esta es mi sobrina, la señorita Dana. Y ni ella ni yo sabemos cómo agradecerle debidamente la ayuda crucial que usted me ha prestado hoy, así como la cortesía y la hospitalidad que nos ha ofrecido a continuación.

A lo que él respondió con igual formalidad:

—Soy Victor Paterson, de Uiskorchie, lugar donde soy conocido como terrateniente. Estoy más que encantado y orgulloso de poder prestar cualquier servicio a damas como ustedes. Tener el privilegio de asistirlas es recompensa más que suficiente por mis esfuerzos.

Para sorpresa de Victor, la mayor de las mujeres contestó:

—¡Victor Paterson! ¡Vaya! El bisabuelo de Riddy se llamaba igual. ¡Qué curioso sería que el accidente de hoy nos hubiera llevado a conocer a un pariente lejano!

—¿Pariente? —dijo Riddy, divertida—. El señor Paterson…, el otro señor Paterson, y tú no podéis ser parientes cercanos.

—No digas tonterías, mi querida Riddy. En las grandes familias, los parentescos son tan cercanos o tan lejanos como nosotros queremos que sean. En las *Highlands*, el anciano señor Paterson y yo seríamos parientes próximos. Cualquiera puede identificar el parentesco.

—¿Cuál es, exactamente, ese parentesco, tía Joe? —preguntó recatadamente la joven.

—Era el padre del suegro del cuñado de mi hija —fue la pronta respuesta.

Todos se rieron y la señora Joe Bates continuó ejerciendo de protagonista del momento, mientras que las bromas contribuían a que se familiarizaran entre ellos. Se sentaron a comer y disfrutaron mucho. Subieron a continuación a cubierta, donde descubrieron que los marineros habían improvisado un toldo, bajo el que tomaron asiento, gozando del contraste entra la sombra y el potente resplandor del sol. Alrededor, la superficie del agua parecía hecha de diamantes y zafiros, mientras que, en la distancia, las islas parecían levitar en el aire como pájaros planeando; las orillas se veían brumosas por la calina fruto del calor, mientras que las cimas de las montañas se distinguían con nitidez. Riddy comprendió por qué la isla de Skye poseía este nombre, ya que se trataba, realmente, de un reino celestial.

Hacía un día perfecto para la navegación relajada y nadie del grupo deseaba que la jornada llegara a su término. Victor estaba encantado, en trance. Todos los sueños de su juventud se habían hecho realidad a la vez, y cada uno de sus elementos parecía amoldarse a sus deseos. Soplaba la brisa justa para llenar las velas y llevar al ligero velero a velocidad estable rumbo a Portree. Poco después fue servido el té en cubierta, y mientras lo tomaban a sorbos, llegó el atardecer, el sol descendió y descendió, hasta que, al final, el disco flameante intersecó el aserrado perfil de la isla. Los tres guardaron silencio, fascinados; para Victor, el espectáculo de la tierra, el mar y el cielo poseía ahora una nueva cualidad: la de lo sagrado; y con la vista fija en el rostro de Dana, aguardaba en silencio. Al cabo de pocos minutos, el sol se hundió tras el horizonte y el crepúsculo cayó sobre ellos. Sobre la isla, el cielo continuaba enrojecido, pero su brillo menguaba, prestando un efecto poético a la bella escena. Se trataba de un típico crepúsculo escocés, que mostraba un

curioso efecto: mientras que el cielo continuaba iluminado, a la altura de la tierra no había más que oscuridad. A los artistas humanos les había llevado muchos siglos percatarse de lo que el artista divino había advertido de un simple vistazo: que el negro es un color extraordinariamente expresivo. Con un suspiro de placer, la señorita Dana se volvió hacia sus acompañantes.

—Tía Joe, ¿no es magnífico? Ha merecido la pena cruzar el Atlántico aunque solo sea por ver esto. Cómo me gustaría que tuviéramos crepúsculos así en casa.

Victor no dejó escapar la información: sus invitadas eran americanas.

Navegar a la luz de la luna fue asimismo como un sueño; similar a cuando los niños almacenan en el recuerdo la visión de los fuegos artificiales, el encanto que les producen las explosiones que inundan el cielo de colores. Tras el resplandor rojizo de la puesta de sol y la brumosa poesía del crepúsculo, siguió una suerte de oscuridad que medió entre la extinción del día y la aparición de la luna. Luego esta se alzó, llena y luminosa, esparciendo su luz plateada sobre el mundo, de modo que todo cuanto quedaba fuera del alcance de sus rayos se tornaba negro como la tinta. Y entonces comenzaron a iluminarse las luces parpadeantes de Portree y las ventanas de las casas dispersas por los alrededores, y los pensamientos de la anciana derivaron plácidamente hacia el pasado, mientras que los dos jóvenes permanecían sentados en silencio, enfrascados en curiosas fantasías.

Pero incluso una travesía así de idílica tiene un fin, y pese a que los gritos a través de la oscuridad —ya que incluso la luz de la luna llena es escasa cuando se debe embocar un muelle estrecho con la marea en contra— y los faroles oscilantes continuaban aportando poesía, el día arribó a su prosaico final. Tras una despedida apresurada y más formal, ya que ahora no se hallaban rodeados por la escarpada y solitaria naturaleza, sino por la convencionalidad de la civilización, Victor regresó a su yate.

Esa noche durmió poco, embargado como estaba por el convencimiento de que el día siguiente le depararía algo crucial. Se levantó al amanecer y contempló la costa, que veía ahora con nuevos ojos, ya que se trataba del estuche que albergaba una joya. Era demasiado pronto para ir a ver a las señoras, así que se sentó y soñó despierto mientras pasaban las horas. Oyó la campana del vapor de Glasgow y lo vio zarpar y poner rumbo a Oban. Sin apartar la vista del barco, pensó: «A bordo van personas camino de reunirse con sus seres amados, y otras que dejan a su espalda la mejor parte de su vida. Ambas cosas pueden esperarme en el día de hoy». Cualquiera que pudiera

leer sus pensamientos habría concluido que planeaba jugarse su fortuna en las próximas horas, y ganar o perderlo todo.

Al mediodía se puso en camino hacia el hotel, y pocas miradas femeninas hubo que no se volvieran a contemplarlo admiradas cuando ascendió la estrecha calle con paso ágil y resuelto. Pero poco después descendía esa misma calle con paso igual de ágil pero con la expresión decidida trocada por otra de amargura. Las mujeres se habían ido en el vapor de Glasgow, sin dejarle ningún mensaje, ni una dirección, y sin decir adonde se dirigían.

Fue a su camarote, y con el alma llena de quebranto, trató de trazar un plan de acción. Sabía que la señorita Dana era su destino, y que él no disfrutaría de paz ni descanso hasta que estuviera con ella. Recordó, como las imágenes de un diorama, cada momento de la víspera, desde el instante en que la vio por primera vez, y cada recuerdo reforzaba su convicción de que todo cuanto había sucedido había sido sincero, de que aquellos ojos no albergaban ni asomo de engaño ni de malicia.

Debía de haber otra razón para partida tan repentina.

Las mujeres no habían dispuesto de tiempo para dar forma a ningún temor hacia él, ni hacia cualquier iniciativa que Victor pudiera acometer. Decidió zarpar hacia Oban e intentar ver una vez más a la señorita Dana, o al menos averiguar dónde y cómo podría volver a encontrarse con ella. Dada la orden de zarpar, el yate surcó las aguas rumbo a Oban, y Víctor no pudo evitar tener el melancólico pensamiento de que, si hubieran zarpado un poco antes, podrían haber alcanzado al vapor en el mar e incluso haberlo adelantado. No desaprovechó su oportunidad, no obstante; recorrió todos los hoteles, por si las americanas habían decidido pasar allí la noche. Probó suerte a continuación con los empleados de la estación de ferrocarril, pero ese día habían partido muchos grupos consistentes en dos damas, como para averiguar adónde se dirigían las que a él le interesaban.

Victor Paterson regresó al yate, ilustrado y desesperado, y volvió a zarpar, de vuelta a Portree, donde, al menos, podría visitar de nuevo el mágico lugar donde había visto por primera vez a la que, a partir de entonces, habría de regir sus pensamientos. Al día siguiente se arrepintió de su decisión, ya que el lugar le pareció ahora tan solitario que comenzó a ver su aventura como nada más que un bonito sueño, del cual acababa de despertar.

Transcurrieron más de dos años, y durante todo ese tiempo, Victor atesoró en el corazón la imagen de su amada desconocida. No sabía dónde buscarla ni qué pasos dar; en otro caso se habría lanzado en su búsqueda aunque hubiera

tenido que atravesar el mundo. Así que hizo lo único que estaba en su mano: esperar, haciendo acopio de tanta paciencia como le fue posible.

Al final, la diosa fortuna le regaló una pista. Había ido a visitar Quairang a finales del otoño y se hallaba sentado en la mesa pétrea, mirando hacia el mar, donde había tenido lugar la más triste y gozosa aventura de su vida, cuando cogió mecánicamente un trozo de papel de periódico viejo del suelo, el envoltorio de la comida de algún otro turista. En la isla de Skye, cualquier lectura es bien agradecida, así que le echó un vistazo. No parecía muy interesante, pocos diarios de negocios lo son para los profanos al oficio, y aquel, el *Auctioneer' and Valuers' Gazette* no parecía una excepción. Leyó mecánicamente las listas de casas en venta y otros anuncios por el estilo, redactados en un inglés comercial lo más sugerente posible, hasta que se topó con una noticia que lo hizo ponerse en pie de un brinco:

> Nos complace saber que la finca de Brassy Towers, cercana a Westernford, en la carretera de Stanmore a Watford, que ha estado largo tiempo en venta, ha sido finalmente adquirida, gracias a la mediación de Messrs. Toping, Son & Hickson, sitos en la esquina del treinta y dos de Burke, en Watford. Esta lujosa finca, la última disponible del "anillo" de propiedades al norte de la metrópolis, se aparta así de la que había sido su tradición hasta el momento. Por los senderos donde los pies de Burke y Steele rindieron homenaje a nuestras glorias nacionales, pasearán los pies de una dinastía más joven y extranjera. El lugar donde los rayos de sol se filtran a través de las celosías vegetales en verano, iluminan el manto castaño del otoño y los «mástiles desnudos» con que el bajel del invierno navega hacia las verdes islas de la primavera, será ahora escenario, así confiamos, de los recuerdos de una infancia pasada en el oeste. La nueva propietaria de esta encantadora mansión, por cuya venta Messrs. Topping, Son & Hickson han sumado otra hoja de laurel a su buen hacer comercial, es la señorita E. Dana, la millonaria heredera americana, de la que los ecos de sociedad han proporcionado recientemente algunos datos misteriosos.

Un auténtico enamorado es alguien de ideas limitadas; sus pensamientos se reducen a nada más que uno. Es por tanto, comprensible que Victor considerara que por fin se habían resuelto todos sus problemas. Podía haber más de una señorita Dana, procedente de América, pero no se detuvo a pensar en eso. La noticia mencionaba a una señorita Dana y facilitaba una dirección, luego debía ser su señorita Dana; no habría sido un enamorado digno de tal nombre si hubiera albergado alguna duda al respecto, por pequeña que fuera. Pero incluso de la más absoluta convicción pueden brotar dudas; mientras daba vueltas al trozo de periódico en busca de alguna información adicional, Victor Paterson empezó a asustarse. ¿De qué fecha era el periódico? Parecía viejo, pero no dio por ningún lado con el año. Por fin, encontró una pista; en uno de los anuncios se mencionaba la fecha del jueves, uno de octubre, y, tras

consultar su almanaque de bolsillo, comprobó que, ese año, el uno de octubre había caído en domingo; luego el periódico era, por lo menos, de hacía tres años. Victor plegó con gran cuidado el preciado trozo de papel, lo guardó en el bolsillo y atravesó la cavernosa entrada de la mesa pétrea de Quairang.

Esa noche durmió en su casa. Al día siguiente realizó los preparativos para partir de viaje por tiempo indefinido, y un día después ya se encontraba de camino a Glasgow en el vapor quincenal. En ausencia de más pistas sobre su desaparecido objeto de afecto, debía conformarse con esperar; pero bastaba la menor de las esperanzas para colmar su imaginación de toda una serie de episodios dichosos.

Una vez llegó a Londres, se alojó en un hotel tranquilo y se hizo con un plano del servicio estatal de cartografía, comenzó a estudiar la topografía del norte de la ciudad. El corazón le palpitó de gozo al localizar, entre Stanmore y Watford, el nombre de «Brassy Towers». A la mañana siguiente tomó un tren a Watford, llevando como único equipaje una pequeña bolsa de viaje con unas mudas de ropa, aptas para toda clase de ocasiones. En Watford alquiló un carruaje con el que recorrer la carretera hasta Stanmore. El conductor debió de concluir que Victor se trataba de una persona muy inquisitiva, porque este insistía en que lo informara del nombre de cada propiedad al pie de la ruta, así como de la identidad del propietario; cuando el conductor no lo sabía, debía detenerse y preguntar al primer peatón que pasara. Al cabo de un par de horas, el terreno comenzó a elevarse y la carretera pasó a discurrir a la sombra de un alto muro de ladrillo. Victor albergaba un presentimiento que le hacía permanecer callado; temeroso de preguntar, esperaba que le dijeran el nombre de la finca junto a la que pasaban. No se sorprendió cuando el conductor dijo:

—Esto, señor, es Brassy Towers, donde las damas yanquis viven encerradas.

Eso dio pie a Victor a hacer más averiguaciones, y unos minutos después ya sabía todo cuanto el vecindario chismorreaba sobre las ocupantes de «las Torres», como el conductor le dijo que el sitio se conocía familiarmente. Le dijo que dos damas, una anciana y otra joven, vivían allí solas, que la joven era muy hermosa y que nunca buscaban la compañía de nadie, que a veces daban un paseo por el campo, en un bonito carruaje tirado por buenos caballos, pero que eso era todo. Cuando Victor preguntó si no había llegado el momento de conceder un descanso a los caballos, el conductor respondió que cerca de allí había una posada pequeña pero excelente, donde él había esperado que pudieran detenerse un momento.

La posada resultó ser tan agradable que Victor decidió de inmediato pasar al menos una noche allí, e hizo subir su bolsa de viaje a la habitación, que miraba hacia las tierras solariegas de Brassy Towers, y tomó asiento para comer. A continuación, subió a su cuarto y se acomodó a mirar por la ventana, escrutando el paisaje e imaginando cómo concluiría su aventura. La esperanza inspiraba unas posibilidades tan deslumbrantes, que se diría que el aire a su alrededor se hallaba cargado de música, pero el temor dio un paso frente para extender ante sus ojos un áspero velo de dudas, entre el que se dejaba ver un erial oscuro y terrorífico. No alcanzaba a divisar la casa, interponiéndose un denso sotillo de árboles, pero, de cuando en cuando, una columna de humo que se elevaba sobre el soto señalaba su ubicación.

Victor aguardó como buenamente pudo hasta el final de la tarde, momento en que, tras haberse acicalado con particular esmero, salió a hacer una visita a las Torres, y a tratar de ver a la señorita Dana.

Por primera vez en su vida, Victor Paterson se sintió inseguro. No obstante, conservó la dignidad; los hombres como él ofrecen lo mejor de sí mismos cuando se enfrentan a grandes dificultades; y qué mayores dificultades que las que debe afrontar un enamorado. En aquel momento, su espíritu batallador —y era este de lo más imperioso— se hallaba en su esplendor, y toda duda que pudiera haber albergado sobre su éxito final, quedó aplastada de inmediato por su voluntad de hierro.

En caso de haber solicitado permiso para entrar, seguramente el guardés se lo habría denegado, pero como él mismo abrió la portilla que había al lado de las grandes puertas de la finca y entró sin vacilación alguna, el hombre debió de dar por sentado que tenía derecho a entrar en la propiedad o que algún asunto importante le llevaba a hacerlo, así que se quedó en su casa, tras decidir que, en caso de que preguntaran por el visitante, negaría haberlo visto.

Mientras recorría el sinuoso camino, a veces por debajo y a veces entre unos árboles cargados con su exuberante atuendo veraniego, que un otoño seco había permitido que conservaran hasta bien entrada la estación, se maravilló de la belleza que lo rodeaba. Viniendo de la salvaje aridez de la isla de Skye, aquel verdor le parecía casi tropical, y no se asombró menos cuando, tras una curva del camino, quedó expuesta a su mirada la antigua casa de ladrillo, rica en ángulos y tejados, con unas pintorescas torres coronadas por pequeñas cúpulas de cobre, a las que el tiempo había cubierto de una encantadora pátina verde, que le pareció un palacio de cuento, donde moraba la reina de las hadas a la que tanto tiempo llevaba buscando. Debe de existir algún mecanismo de compensación natural que hace que el más arrojado de

los hombres se comporte, bajo determinadas circunstancias, como el más tímido, y viceversa, ya que aquel joven terrateniente, que había cruzado toda Inglaterra para tratar de obtener la mano de la chica a la que no había visto más que una vez, y que, aparentemente, había huido de él, se sentía cada vez más medroso a medida que se acercaba a la puerta de la casa. Aunque, una vez más, las dudas que albergaba no tuvieron una manifestación externa, ya que se encaminó a la entrada de modo tan decidido como si estuviera en su propia casa, y, tras tocar la campanilla, entró al recibidor sin esperar a que nadie fuera a abrir la puerta. Resultó manifiesto, por el modo como el mayordomo acudió corriendo, que en Brassy Towers las visitas no eran habituales ni deseadas, ya que el hombre se mostró, en un primer momento, sorprendido, y a continuación indignado, si bien de un modo deferente.

Antes de que el mayordomo tuviera ocasión de hablar, Victor dijo:

—Deseo ver a la señorita Dana.

El criado respondió de manera tan respetuosa como le fue posible:

—Ni la señorita Dana ni la señora Bates reciben visitas, señor.

Victor se alegró, pues ahora estaba seguro de algo que hasta entonces solo había podido conjeturar, que la señorita Dana que vivía en Brassy Towers era su señorita Dana. Sin decir nada, puso un billete de diez libras en la mano del hombre, y cuando el mayordomo lo hubo guardado rápida y discretamente en el bolsillo, aceptando el soborno, Victor dijo:

—No tendrá ningún problema. Usted, albergando dudas, no quiso negar el paso a una visita para la señorita sin antes recibir instrucciones explícitas. Así que invitó a pasar al caballero desconocido al salón y fue de inmediato a informar a la señorita, pero con las prisas se olvidó de preguntar por el nombre del visitante.

El mayordomo hizo una reverencia y, sin decir palabra, lo invitó a entrar al salón contiguo y desapareció.

Victor Paterson hubo de recurrir a toda su capacidad de autodominio mientras recorría arriba y abajo el salón, ya que no se le escapaba que su situación se diferenciaba poco de la de un intruso. Pero no es solo en los momentos en que ve cara a cara a la muerte cuando la mente se colma de recuerdos e inspiraciones; durante aquel doloroso cuarto de hora, Victor desplegó una lógica propia, de la que resultaron conclusiones tranquilizadoras. Se sintió compensado por la apresurada y descortés partida de sus amigas de la isla de Skye. No se le había prohibido visitarlas, luego estaba en su derecho a hallarse allí.

Unos minutos después hizo aparición la señorita Dana, radiante y con un encanto añadido, en forma de leve y tímido rubor; entró a paso ligero en la estancia, como alguien para quien el tiempo es precioso y debe actuar siempre sin demora. Cuando Victor se adelantó a su encuentro y tomó la mano de la joven, ella lo miró a los ojos y dijo con toda franqueza:

—Estoy muy muy contenta de verle.

Pronunció: «mu, mu», y lo pintoresco de su acento fue un motivo añadido de deleite para Victor.

—Temía que nunca volveríamos a verle —añadió ella.

A Victor le dio un brinco el corazón.

—¡Eso quiere decir que no me ha olvidado! —fue todo cuanto acertó a decir.

Continuaba sosteniendo la mano de la joven y ella no hacía nada por retirarla. Y así permanecieron, tomados de la mano, en comunión de las almas, por espacio de unos brevísimos momentos, pero que, no obstante, albergaron la esencia de la eternidad.

El ensueño de Victor quedo roto por la voz de la señora Bates en el recibidor.

—¿Un qué?

—Un caballero, señora.

—¿Ha invitado a pasar a un desconocido sin permiso? Luego hablaré con usted.

El mayordomo debió de pensar que el soborno le iba a salir caro.

Cuando la señora Bates entró en el salón, no había en ella asomo de apuro pero sí, y de manera indudable, de una gran altivez; incluso la señorita Dana quedó sorprendida por la metamorfosis de su tía. No obstante, cuando reconoció al visitante, el semblante de la señora Bates se relajó, volviendo a parecerse a la dama que él había conocido. Su saludo fue cordial pero Victor no dejó de percatarse de que había algo más en la cabeza de la mujer. Parecía como si el mismo cuerpo albergara dos personalidades, cada una con sus propios planes y objetivos, sus propias capacidades y sus propios límites. Al oír su voz, los dos jóvenes se habían soltado las manos, separándose un poco entre sí y aguardando en actitud más convencional. Victor continuaba un tanto cohibido, como siempre les sucede a los hombres en los momentos muy emotivos; mientras que, como acostumbran a hacer las mujeres, la señorita Dana conservaba la calma y el autocontrol. La señora Bates miró a uno y a la otra interrogativamente, y pareció percatarse de inmediato de lo que sucedía, porque su expresión volvió a endurecerse y pasó a ocuparse ella de su visita.

Tomó asiento e hizo que el joven caballero hiciera lo mismo, a su lado, en el vis a vis, y se lanzó a hablar con tal persistencia que no dejó a su sobrina oportunidad de intervenir.

Victor se sentía satisfecho; el haber estrechado la mano de la joven americana, junto con las miradas que habían intercambiado y el hecho de que esos preciosos instantes fueran un secreto compartido por nadie más que ellos dos, le prestaron seguridad en sí mismo. Esta actitud acabó de convencer a la señora Bates, cuyos modales se iban endureciendo por momentos, hasta que, de súbito, se puso en pie y dijo:

—Señor Paterson, ¿puedo hablar un momento con usted en mi salita privada? Debo cumplir con cierto deber, y quizás sea mejor que estemos a solas. ¿Nos disculpas, Eurydice?

—Por supuesto, tía Joe —contestó la señorita Dana con dulzura y, sin decir más, salió de la estancia.

Sintiendo la mirada de reojo de la señora Bates, Victor no se atrevió a seguir a la joven con la vista, teniendo que contentarse con su reflejo en un espejo, en cuyas misteriosas profundidades se encontraron sus miradas.

En su salita privada, la señora Bates invitó a Victor a tomar asiento. Ella hizo lo mismo, frente a él y, sin preámbulos, acometió el que era su deber.

Capítulo II

—Señor Paterson —dijo la señora bates—, ni piense de mí que soy desagradecida o carente de toda sensibilidad. Aunque no pueda complacer sus deseos, tengo numerosos motivos para, al menos, causarle el menor dolor posible. Usted me salvó la vida y le estoy profundamente agradecida, pero existe un deber que me obliga y que yo, solemnemente, he aceptado cumplir, cosa que he hecho hasta el momento, no sin pesar y sacrificio por mi parte. No busco hacerle confidencias. Tan solo pretendo exponerle de manera llana cuál es la situación, con lo que habré cumplido con la primera parte de mi deber. En pocas palabras, mi sobrina no debe casarse. Los deseos de su padre lo prohíben de manera imperativa, al menos por el momento, en cualquier caso, y ella ha dado su palabra sagrada de plegarse, mientras no se satisfagan ciertas condiciones, a la voluntad de su progenitor. Sin embargo, tengo edad suficiente como para saber, por experiencia propia, que los anhelos de una joven y sus ensoñaciones diurnas dependen en buena medida de su entorno, y que lo que le está prohibido puede ser, precisamente, aquello que más desea.

Es por esta razón por la que la he aislado en este lugar, condenándome a mí misma a compartir su prisión dorada. Confiaba en que, al vivir en absoluta reclusión, ningún elemento perturbador, en forma de un hombre del que ella se pudiera enamorar, entraría en su vida.

—¿Cree usted que puede conseguirlo?

—¡No me pregunte eso! La presente situación no responde a mi voluntad, sino al deseo de otra persona, respaldado por las solemnes promesas efectuadas por Riddy y por mí misma. Cuanto queda en mi mano es tratar, con todas mis fuerzas, de hacer lo que creo correcto.

Victor pensó durante un momento, tras lo que preguntó:

—¿Existe alguna razón válida, una razón que un hombre normal pueda aceptar como suficiente, para que la señorita Dana no contraiga matrimonio? Me refiero a algo al margen y por encima de la persona a la que se ha hecho tan misteriosa promesa. Si existe, confío en ser lo bastante hombre como para apartarme a un lado y tratar de hacer todo lo posible por… el bien de la dama, de cualquier dama.

Pronunció estas palabras con un porte tan varonil y atractivo que la anciana sintió que se le ablandaba el corazón, pero de inmediato se recompuso y prosiguió diciendo:

—Juzgue usted la cuestión por sí mismo. Haré cuanto me sea posible para proporcionarle elementos de valoración. El padre de Riddy es un hombre notable, de buena cuna pero hecho a sí mismo, como suele decirse. Abandonó su casa por motivos en los que no merece la pena que entremos y partió en busca de fortuna. Tras deambular durante un tiempo, se sumó a los aventureros que pusieron rumbo a California cuando estalló la fiebre del oro. Fue uno de los «forty-niners», como se les llamaba, o «argonautas», que cruzaron las Rocosas venciendo increíbles calamidades e hicieron fortuna…, los que sobrevivieron. Él era, sigue siéndolo, un hombre con una voluntad férrea y el más autoritario que yo haya conocido nunca. Lo sé bien porque su hermano se casó con mi hija y, claro está, llegué a conocer bien a ambos. Mi yerno también era un hombre autoritario, y en más de una ocasión los dos hermanos estuvieron a punto de llegar a las manos; yo vivía bajo la amenaza permanente de que uno u otro acabara muerto. Mi marido, el pobre Joe Bates, era asimismo un hombre terco, y me alegro de que él y el padre de Riddy nunca llegaran a conocerse, ya que, en ese caso, y no existiendo el vínculo de sangre entre ellos que les impidiera llegar al asesinato, uno de los dos habría perecido a manos del otro. Bueno, el padre de Riddy pronto se convirtió en el líder de su grupo. Él solía decir que cualquier hombre puede superar una

crisis si tiene agallas, y cierto es que se podía contar con él siempre que fuera necesario. Tanto si la amenaza eran los indios, o el hambre, o la sequía, o los lobos, o los osos, o las tormentas de nieve o una pradera en llamas, él estaba en primera fila, y no pasó mucho tiempo hasta que le pusieron el sobrenombre por el que todavía se le conoce.

—¿Cuál es? —preguntó Victor, completamente enganchado a la historia.

—«Crisis». Si hoy en día dice en cualquier parte de California, en presencia de alguien de edad, que conoce usted a Crisis Dana, será mejor que presentar una carta de recomendación firmada por el mismísimo Washington. De cuando en cuando había alguien que se rebelaba contra su jefatura, pero él era tan hábil con el revólver y con el Bowie que, en cuanto concluía la pelea, todo el grupo quedaba amansado. He oído que de todos los grupos que cruzaron las Rocosas en el cuarenta y ocho y el cuarenta y nueve, ninguno perdió menos hombres que el de Dana, así que había buenos motivos para que siguiera al frente. Bueno, conservó su carácter autoritario, y cuanto más rico y poderoso se volvió, menos dispuesto estaba a tolerar intromisiones de otras personas. Pero en el fondo es un buen hombre, y la vez en que, abrumada por los problemas, acudí a él y me arrodillé en su presencia, me hizo levantar y juró que me ayudaría. Le aseguro que en aquel momento no lamenté su carácter autoritario, ya que, gracias a este y a su valentía, salvó la vida de mi pobre yerno.

—Cuénteme lo que sucedió —pidió Victor. Lo hizo en parte por curiosidad y en parte porque sabía que no hay mejor forma de poner a una anciana de tu lado que hacerla hablar del pasado y prestarle atención.

La señora Bates prosiguió de buena gana.

—Chris, así se llama el padre de Riddy, y el marido de mi niña habían tenido una pelea terrible, y yo me temía que Chris era quien llevaba la razón. En cualquier caso, dejaron de hablarse y los dos juraron, en presencia de un grupo de amigos de cada uno, que nunca volverían a dirigirse la palabra. Dijeron que no pelearían y que dejarían la cuestión como estaba porque eran hermanos, pero que, a partir de ese momento, se verían uno al otro como desconocidos, y así se tratarían. Así estaban las cosas cuando Spud, como llamaban a mi yerno, se metió en problemas por culpa de una esclusa de riego propiedad de otro. Yo nunca llegué a saber los detalles al respecto, pero lo poco que oí no me sonó bien. Los vigilantes se hicieron cargo del asunto y una noche mi hija vino a mí muerta de miedo, diciendo que había una partida de linchamiento en camino, que iban a por Spud y que el único que podía salvarlo era Chris. Sin molestarme en coger mi sombrero, fui corriendo a

buscar a Chris, me hinqué de rodillas ante él y le imploré que no permitiera que ahorcaran a su hermano. Fue cortés conmigo, más que eso. Se puso en marcha de inmediato, jurando que nadie haría daño a su hermano, aunque para conseguirlo él tuviera que abrirse paso entre la chusma a cuchilladas.

Victor no pudo dejar de observar que a medida que la anciana se enfrascaba en su relato y acudían a su memoria recuerdos de antaño, su forma de expresarse adoptaba formas propias de aquellos tiempos.

—Cierto era —continuó la señora Bates— que nadie más que Chris podría haber razonado con aquella banda. Se le daba bien razonar en situaciones como aquella, cosa que acostumbraba a hacer Derringer en mano. Yo fui tras él, pese a que me había dicho que volviera corriendo a casa y tranquilizara a Anne, y me quedé al borde de la muchedumbre. Chris se irguió cuan alto era y se dirigió a ellos diciendo:

»—¡Muchachos, ya me conocéis! Creo que voy a jugar una mano en esta partida.

»Entonces alguien dijo:

»—Vete a casa, Chris. Aquí no pintas nada. Te hemos excluido por algo.

»—¿De veras? Así que me habéis excluido. Bueno, a mí no se me suele excluir, y os voy a explicar el porqué. Aunque a lo mejor no sabéis mucho de lógica, así que voy a instruiros. Hay una premisa mayor, una premisa menor y una conclusión. Ya veis que saqué provecho a las clases de la escuela. Bueno, pues la premisa mayor soy yo y la menor es esta —dijo, desenfundando su revólver y apuntando a la multitud—. Y la conclusión es que me vais a entregar al prisionero y yo decidiré, aquí mismo, lo que hago con él. Y si no quedáis satisfechos, lo dejáis ir y os enfrentáis conmigo. No me resistiré, así que Dios me ayude.

»Y dicho eso, se bajó de la caja a la que estaba subido y cortó la soga de Spud.

»—La acusación que pesa sobre ti —le dijo— puede ser cierta o no, no pienso entrar en ello, pero la pena que te impongo es que te vayas de aquí o te quedes. Si te vas, no debes volver nunca, porque si lo haces, prometo ante toda esta gente que te mataré de un disparo en cuanto te vea. Pero si decides quedarte, admitiré el perjuicio cometido con la esclusa de Halligan y abonaré lo que los propietarios consideren justo, y mientras permanezcas aquí serás mi responsabilidad, hagas lo que hagas. Y si los vigilantes no están de acuerdo conmigo, yo mismo me pondré la soga al cuello. Así que, muchachos —dijo mirando alrededor—, podemos librarnos de una molestia y ganar a un buen

ciudadano, o, si me equivoco, podéis libraros tanto de la molestia como del necio que se jugó su propio cuello.

»Todos vitorearon a Chris, y Spud se acercó a su hermano y le tendió la mano, y los dos salieron de allí juntos, y nunca volvieron a discutir, hasta que el pobre Spud siguió a mi hija a la tumba hace doce años».

—Diría yo —intervino Víctor—, que el señor Dana es una persona excepcional. No me extraña que tenga una hija como la que tiene.

—Sí, vamos ahora con eso —dijo tristemente la anciana—. Spud murió poco después de que la pobre mujer de Chris también falleciera. Eurydice era una mujer bondadosa, que, antes de morir, pidió a Chris que me invitara a instalarme con ellos para cuidar de su niñita, la pequeña Riddy. Él hizo cuanto estuvo en su mano para que yo me sintiera bienvenida, y continuó esforzándose para que tanto la niña como yo estuviéramos lo mejor posible. Riddy era como una hija para mí, y estoy segura de que ninguna madre podría amar más a la carne de su carne de lo que yo quería a aquella niña.

Los ojos de la anciana dama se llenaron de lágrimas, aunque sonrió a través de ellas cuando Victor murmuró:

—No es de extrañar.

—Riddy y yo siempre hemos estado juntas desde entonces —continuó ella—, y si hubiera sido mi propia hija, yo no habría sentido más cariño por la joven. Su padre acostumbraba a ir y venir, siendo propietario de grandes minas por todo el oeste; de hecho, sus amistades dicen que no se sentirá satisfecho hasta que no sea dueño de toda la tierra. Pero él nunca interfirió en la educación de su hija, ni impuso su parecer hasta que ella ya fue bastante mayor. Un día, cuando él volvió a casa al cabo de una ausencia de casi seis meses, hizo que Riddy se pusiera firme ante él y dijo:

»—Vaya, cuñada, ¡esta niñita se está convirtiendo en una mujer!

»No añadió nada más, pero comprendí por su ceño fruncido que tenía algo serio en mente. Después de que Riddy se fuera a dormir, él me convocó a su estudio y me invitó a tomar asiento. Él no se sentó, sino que se dedicó a pasear arriba y abajo por la estancia, y ya sabe usted lo duro que eso es para los nervios de una mujer, o bien se quedaba de espaldas al fuego de la chimenea mientras hablaba.

»—La niña es casi una mujer. Lo será antes de que nos demos cuenta. Así que, cuñada, quiero que me prometas algo.

»Él se detuvo y yo sentí que el corazón se me caía a los pies cuando le pregunté:

»—¿El qué, Chris?

»—Quiero que me prometas que no permitirás que Riddy se case con alguien sin mi permiso.

»Evitando darle una respuesta concluyente, me reí y dije:

»—Vaya, Chris, ¿y cómo voy a impedir que se case? A las chicas les gusta elegir por sí mismas; al menos, así sucedía en mis tiempos, y no creo que se propongan cambiar ahora de método.

»Si creía yo que iba a hacer cambiar de idea a Chris Dana mediante comentarios ligeros, estaba muy equivocada.

»—Préstame atención, cuñada —me dijo—. Ya he planificado mi vida, y pretendo afrontar esos planes a mi modo, sin intromisiones. Lo que quiero de ti es una promesa, y que me des tu palabra, porque aunque los hombres no aprecian la diferencia entre las dos cosas, a vosotras, las mujeres, os aterra romper vuestra palabra, por muy mentirosas que seáis. Júrame solemnemente que no permitirás que Riddy se case con nadie, siempre que tú puedas evitarlo.

»—No —dije—. Chris Dana, no tienes derecho a pedirme tal juramento.

»Me miró fijamente durante todo un minuto, y vi asomar a su rostro la mirada sombría de la que yo tanto había oído hablar: la que adoptaba cuando estaba a punto de apretar el gatillo. Entonces me dijo, tranquilamente, con frialdad, como si las palabras cayeran una a una de unos labios de acero:

»—Cuando te arrodillaste ante mí para que salvara a tu querido Spud de la cuadrilla de linchamiento, no te detuviste a examinar lo que era mi derecho y lo que no. Desde aquel día y hasta hoy, nunca te he pedido ningún favor. Todo lo mío ha sido tuyo, y nunca he escuchado ni una queja por tu parte. Ahora te pido que hagas algo por mí, y observa que se trata de algo que todo hombre tiene derecho a reclamar respecto a su hija, ¡y tú rehúsas!

»Señor Patterson, ustedes, los hombres, tienen sus propias reglas de honor; y nosotras, las mujeres, las nuestras, pero hay ciertas cuestiones que compartimos. Se lo pregunto abiertamente, ¿podría haberme negado cuando mi deber se me exponía de semejante modo?».

—No, y mil veces no —dijo el Victor categóricamente.

—Juré, y entonces Chris tocó la campanilla y dijo al criado que pidiera a la señorita que bajara un momento, si era tan amable. No importaba que lo hiciera en camisón.

»Poco después, Riddy se reunió con nosotros. En cuanto entró, su padre le dijo:

»—Riddy, querida, quiero que me prometas algo.

»—¿El qué, padre?

»—Quiero que me prometas, pequeña, que no te casarás con ningún hombre sin mi consentimiento.

»—Pero, padre, yo no quiero casarme con nadie, ni con tu consentimiento ni sin él.

»—Muy bien, pequeña. Pero prométemelo.

»Riddy es hija de su padre; tiene sus propias ideas y es dueña de su propio criterio, así que lo sopesó unos minutos, y entonces dijo:

»—¿Por qué quieres que prometa eso, padre?

»Él la admiró por hablarle de ese modo. Lo vi en su rostro, cuando dijo:

»—Pequeña, ¿no basta con que yo te lo pida?

»—Cierto, padre. Pero una promesa es sagrada y puede atarme de por vida. Si se me pide que haga tal cosa, creo que debería conocer el motivo.

»Cuando Chris lo oyó, se dio una palmada en el muslo y estalló en carcajadas.

»—¡Bravo! —dijo él—. De tal palo, tal astilla. Ven aquí, Sissy, y te lo diré.

»Ella se sentó en el regazo de su padre y le abrazó el cuello, como hacía cuando no era más que un bebé, y no dejó de sonreír mientras él le desvelaba sus motivos.

»—Como sabes, pequeña, se avecinan cambios. Tengo planes y pretendo llevarlos a cabo a mi manera. En el fondo, querida mía, todo lo hago por ti, pero mientras esté trabajando en ello, no quiero intromisiones. Eres el pozo principal de mi filón, pequeña, y tú yo nos entendemos. Pero sé bien que cuando dos jóvenes se encariñan, la voluntad de la mujer se pliega a la de su marido.

»—Pero, papá, yo no tengo marido, y tampoco lo quiero, y, si lo tuviera, no veo por qué yo tendría que dejar de hacer mi voluntad.

»—Está muy bien que pienses de ese modo, mi niña, pero todavía eres muy joven, y puede que algún día un hombre irrumpa en tu vida y se convierta en el centro del mundo para ti, haciéndote parecer que todo lo demás carece de importancia. ¿Qué será entonces de tu voluntad? ¡No! Eres una buena chica y una hija obediente, y sé que me lo prometerás y que mantendrás tu palabra. Entonces tendré la seguridad de que nadie meterá las narices en mis propiedades, ni querrá examinar los beneficios, ni pretenderá tomar sus propias decisiones al respecto. Te aseguro, pequeña, que la minería a gran escala exige toda la atención de un hombre, y si yo tuviera que estar pensando: “Tendré que dar explicaciones sobre esto” o “A lo mejor esto no sale tan bien como espera el señor Riddy”, me sentiría maniatado, sí, y

también presa de grilletes y de una camisa de fuerza. ¿Me comprendes, pequeña?

»Riddy lo entendía, porque le tendió la mano, y cuando su padre se la estrechó, ella dijo, imitando su voz:

»—¡Hecho, compañero! ¡Choca esa mano! ¡Lo prometo!

»—¡Bravo! —dijo el padre, sujetándola ante él con los brazos extendidos para verla bien, y añadió—: Y ahora, pequeña, como todo ha ido tan bien como esperaba, te diré lo que voy a hacer. Intentaré mantenerte alejada de las tentaciones. Viajarás a Europa y lo pasarás de maravilla. Te compraré una finca, y la tía Joe y tú os encerraréis allí y disfrutaréis de muchos pícnics privados, sin ningún jovenzuelo que os moleste con sus suspiros y sus poemitas y te haga pensar que tu padre es duro de corazón. ¡Solo tienes que esperar un poco! Pronto habré culminado mi fortuna e iré a verte. Y entonces podrás escoger al joven que quieras, y yo te lo compraré, ¡aunque sea un príncipe!

»—No quiero a ningún hombre que esté en venta —dijo Riddy, airada—. Si alguna vez me caso con alguien, con tu consentimiento, papá, por supuesto, será porque es un hombre digno de mi amor y de mi respeto. Y ahora, papá, he sido buena, ¿verdad?

»—Lo has sido, preciosa, tan buena como una pepita de oro.

»—¿Me merezco entonces una recompensa?

»—Sí, pequeña. ¿Qué es lo que quieres?

»Yo ya me había percatado de que Riddy tenía algo en la cabeza, como en efecto era.

»—Papá —dijo—, es una tarea difícil la que me has impuesto. Yo no soy mejor ni diferente de las demás chicas, y ahora que me veo obligada por una promesa, a lo mejor me siento como tú has dicho antes: maniatada, con grilletes y camisa de fuerza, y a lo mejor siento la necesidad de liberarme. ¿No querrías aflojar un poco las ataduras para que no me hagan heridas?

»—¿A qué te refieres? —preguntó el padre, sonriendo pero con el ceño fruncido.

»—Que mis ataduras no estén tan prietas. Dame una salida posible, si se cumplen ciertas condiciones, que pueden darse o no.

»—¿Por qué tendría que hacerlo? Prietas es como quiero que estén tus ataduras.

»—Sí, padre, pero las ataduras pueden molestar. Mi felicidad está en juego, mientras que tú no vas a hacer más que seguir acumulando oro.

»Chris se puso en pie, sonriente, y dijo:

»—Muy bien, pequeña, te concedo una condición, que, en caso de darse, te permitiría prestar oídos a cualquier joven que te corteje y casarte con quien desees, sin mi consentimiento.

»—¿Qué condición es esa, padre? —preguntó Riddy, feliz, aunque yo me sentía acongojada, porque conocía a Chris demasiado bien como para saber que nunca corría riesgos a la hora de perseguir algo importante.

»Dio un beso a Riddy y, encaminándose a la puerta, le dijo:

»—Muy bien, pequeña. Yo voy a acumular oro y plata, así que te concederé una condición basada en lo mismo. Cuando la tierra se convierta en plata y llueva oro del cielo, podrás casarte con quien quieras, me guste a mí o no.

»Riddy se rio y respondió, imitando la voz de su padre:

»—¡Trato hecho de nuevo, papá! Me has engañado. Yo cumpliré mi promesa pero también tomaré tu palabra al pie de la letra.

»Bueno, señor Paterson —prosiguió la anciana—, Chris cumplió su palabra y nos envió a Riddy y a mí de viaje, y nos dijo que escogiéramos la finca que más nos gustara de toda Inglaterra, y que él nos la compraría. Vinimos a Londres, y, por azar, oímos hablar de Brassy Towers, y Riddy se encaprichó del sitio. Su padre lo adquirió prácticamente a vuelta de correo. Aquí hemos estado desde entonces, nosotras solas; no hemos hecho amistades, ya que pensamos que sería más fácil para Riddy no conocer a nadie que correr riesgos y que le pesara la promesa hecha a su padre. Al cabo de un año aquí, Riddy enfermó y el médico nos envió de viaje a Escocia, para que el aire fresco la vivificara. Todo fue bien, estuvimos solas todo el tiempo, sin hacer amistades ni conocer a nadie, hasta aquella desafortunada visita a Skye».

—¡No puedo aceptarlo! ¡Nada tuvo de desgraciada! —exclamó Victor.

—Ah, querido mío, puede que no lo fuera para usted, ¿pero para nosotras?

Victor sonrió. Había tantas cosas que la anciana daba por sentado que él empezaba a sentirse seguro de sí mismo, cosa no poco importante para un enamorado, y se permitió reírse.

—No soy tan peligroso como parezco, se lo aseguro.

Pero la anciana dama era muy resuelta, y no estaba dispuesta a dejarse distraer.

—Ahora ya sabe usted cuál es nuestra situación —dijo ella—. Dada la promesa que Riddy hizo a su padre de no casarse sin su consentimiento, y la mía de no permitírselo, nos vemos tan atadas que no osamos aceptar la invitación de ningún caballero, por mucho que Riddy lo desee.

Victor llevaba un buen rato dando vueltas a la cabeza y, llegado a una conclusión, dijo en tono autoritario:

—¿No era la promesa de Riddy que no se casaría sin consentimiento?

—Sí.

—En ese caso, no hay nada que le impida comprometerse.

Cegado por su triunfante egoísmo, no pensaba en nada más que su felicidad personal; pero la anciana negó tristemente con la cabeza.

—¿Y qué hay de nuestra querida Riddy? ¿Sería ese un buen primer paso en su vida de adulta, incluso aunque fuera honorable esquivar de ese modo la promesa realizada?

Respondió el lado más noble de Victor:

—Y Riddy debe hacer lo correcto, ¡lo que sea más honorable! Que Dios me libre de obligarla a desviarse lo más mínimo de tal modo de obrar.

—¡Bien dicho! —respondió la señora Bates—. ¡Bien dicho! Ahora podemos ser amigos, usted y yo.

Ella le tendió la mano, que él estrechó por impulso.

—Y ahora que sabe usted —prosiguió ella— cómo están las cosas, debe ayudarnos. Creo que se preocupa usted por Riddy, así que no hará nada que le complique la vida más de lo necesario. Ella es muy joven, al fin y al cabo, mientras que usted es un hombre, y debe contribuir a protegerla. Sin duda, es deber del amor evitar el daño.

Dijo esto dedicando una mirada suplicante a Victor; los ojos se le anegaron de lágrimas, que le corrieron por las mejillas. La naturaleza noble de Victor dio un paso adelante en respuesta a la súplica; se puso en pie, tomó la mano de la anciana y se la besó.

—Está usted en lo cierto —dijo—. Se trata de un deber difícil, pero supongo que todo deber que merece la pena lo es. Le prometo ayudarla. Me iré de inmediato, y esperaré a que la situación sea otra, mejor. Supongo que Riddy me recordará, si me considera digno de ser recordado.

—Bien, muy bien. Y si conozco bien a Riddy Dana, y creo que lo hago, no podría usted decir ni hacer nada que le causara una impresión más profunda y favorable. Y ahora, muchacho, que ha cumplido con su deber como un hombre, yo puedo facilitarle un poco las cosas. Dado que está usted dispuesto a esperar cuanto sea necesario, no hay razón para que no vea a Riddy. Quédese hoy con nosotras y páselo bien. Enviaré a alguien a su hotel para que recoja su equipaje. Estoy segura de que cuando usted parta mañana, sin haber dedicado ni una palabra de amor a Riddy ni haber hecho nada que la

importune, significarán más uno para el otro y estarán más preparados para la espera que les aguarda.

De ese modo, Victor se quedó, y ese día no se borró de su recuerdo para el resto de su vida. La señora Bates confió en su honor y, aunque ella no dijo a su sobrina ni una palabra de lo que había hablado con él, las dos mujeres se entendieron plenamente entre ellas, en virtud a la sutil comprensión exclusiva de su sexo.

Victor y Riddy pasaron todo el día juntos, a ratos a solas y a ratos en compañía de la señora bates. Juntos recorrieron los sombreados senderos de la finca, bajo los árboles aún cargados de hojas. El verano se había prolongado y la savia todavía circulaba por ellos, madurando y enriqueciendo los tintes otoñales. El aire se hallaba inmóvil y una suerte de eco del murmullo de los insectos veraniegos llegaba desde los campos vecinos. Bajo las hayas, los abedules y los olmos, el suelo endurecido por una humedad y una sombra de un siglo se encontraba tapizado por un musgo verde oscuro, que hacía sentir como si se caminara sobre terciopelo. Pero lo cierto es que los dos jóvenes no llegaron a percatarse de esto, o al menos esa impresión se perdió entre todo lo que sentían, ya que a ambos les parecía como si levitaran. En la penumbra bajo los árboles, desde la que las ramas que se alzaban hacia la luz se asemejaban a un bosque en miniatura, caminaron casi siempre en silencio y, más a menudo aún, unidos por una íntima comprensión del otro. En algún lugar distante, el fondo de la conciencia de Victor, se ocultaba el convencimiento de que tan placenteros momentos serían los mejores, pero asimismo los últimos, de su vida. Pero daba resueltamente la espalda a esa idea, volcado en el disfrute del presente. En cuanto a Riddy, aquel día fue como el amanecer de una nueva vida. Desde que tuvo lugar, había recordado el encuentro en la isla de Skye como una suerte de hermoso sueño, y nada más que eso, de modo que no entrara en conflicto con los deseos de su padre ni con la promesa que ella le había hecho. Y ahora el sueño se había hecho realidad: el «hombre ideal» se había materializado, adoptando la forma de Victor. Comenzaba a comprender ahora cuánto más hermoso es a los ojos de una joven un hombre real que el más perfecto de los sueños. La tía Joe, convencida de haber cumplido su deber, no vaciló al dejar solos a los jóvenes. Había hecho que trajeran la bolsa de viaje de Victor, y cuando este protestó de manera tibia, temiendo que ella lo estuviera acogiendo bajo su techo en contra de sus sentimientos, la señora Bates respondió:

—¡Tonterías, muchacho! Chris nunca me lo perdonaría si yo no me mostrara hospitalaria con usted. Si él estuviera aquí, no le permitiría irse,

aunque tuviera que pegarle un tiro para impedir que se fuera, o aunque planeara pegárselo al día siguiente por haberse atrevido a aparecer en esta casa.

Con la caída del sol refrescó mucho y, desde la terraza, Victor y Riddy contemplaron el indescriptible espectáculo que se desarrollaba al oeste. Al descender el rojo sol, se recortaron las siluetas negras de los árboles, hasta concluir el misterio cotidiano del atardecer. El aliento neblinoso del valle se tornó helado y Victor liberó un prolongado suspiro al entrar en la casa, después de haber observado por última vez aquel paisaje, que desde entonces quedaría profundamente grabado en su recuerdo. En el salón en penumbra, donde aún no se habían encendido las luces, y donde las llamas de la chimenea proyectaban sombras sobre las paredes, los maravillosos colores del otoño parecían desplegarse todavía ante él.

La cena de esa noche fue una función etérea, y la actuación musical que siguió, un ensueño gozoso. La señorita Dana era poseedora de una de esas voces puras y dulces que, sin contar con ninguna excelencia particular, llegan directas al corazón. Cantó sin esfuerzo, y todas sus canciones fueron sencillas y tiernas, como florecillas de un jardín musical. No resulta extraño que Victor disfrutara de ellas sumido en una suerte de trance. En los momentos de lucidez, cuando la cruda realidad de la situación llegaba a él como notas disonantes de la melodía, le era imposible dilucidar qué era más poderoso, el brillo del momento presente o la oscuridad que había de venir a continuación. Riddy pasaba de Balfe a Schubert, de Schubert a Mozart, de Mozart a Dvorak, y de Dvorak a Grieg, y con cada nuevo dulce tema, aumentaba la temperatura en el corazón de su amado, al mismo tiempo que crecía el frío de sus temores. Al cabo de un mero buenas noches, seguido por un silencio más elocuente que las palabras, y de estrecharse la mano demorándose en el gesto, lo que supuso un éxtasis en sí mismo, Victor se retiró a su habitación. Abrió las cortinas y volvió a contemplar el amplio paisaje, bañado ahora por la dorada luz lunar.

Su corazón volvió a colmarse de amargura, a sabiendas de que el oro, y nada más que el oro, se interponía entre él y sus anhelos; el oro y su maldito dominio sobre el corazón de un hombre.

Puede que solo fueran imaginaciones suyas, pero todo el universo parecía esa noche cubierto de una pátina dorada. La luna llena estaba bruñida como un escudo y la niebla formaba un halo dorado a su alrededor y, al extenderse sobre el paisaje, había humedecido la vegetación amarillenta, haciendo que esta también brillara con tonos dorados. Acallando una maldición, cerró las

pesadas cortinas, ocultando el hermoso, a la vez que mezquino, tinte a sus ojos. Pasó largo rato sentado ante el fuego, mirándolo pero sin verlo, pues sus pensamientos eran solo para Riddy, a quien, con el ojo de su mente, veía abandonada a un sueño placentero. No podía saber que ella también seguía despierta y pensado en él ante su propio fuego. Al final las chimeneas de ambos se apagaron, dejando nada más que el tenue resplandor de las brasas, que también acabó por extinguirse. Los amantes, sin otra compañía que su soledad, triste y feliz, se acostaron y permanecieron tendidos, pensando en el otro.

Por la mañana, Victor se despertó muy temprano y, al abrir la cortina, volvió a mirar el paisaje ya tan bien conocido para él. El brillo y la frescura de la mañana colmaron su alma y su vista, del mismo modo como colmaban cada flor y cada brizna de césped, y una exclamación de feliz asombro escapó de entre sus labios mientras bebía la belleza de la escena.

Ante él se desplegaban, en toda su extensión, los terrenos de la finca, ondulando en dirección al oeste, con el césped salpicado de grandes árboles, bien solitarios, bien agrupados en sotillos, cuyo perfil se volvía borroso con la distancia. Más lejos aún, yacía una gran superficie de agua que resplandecía como un espejo a la luz de la mañana; y, todavía más lejos, las colinas que delimitaban el valle del Colne se alzaban azuladas tras el velo de bruma matutina. Pero la escena no ofrecía tan solo la belleza propia del césped y los árboles. Durante la noche había caído una de esas fuertes heladas que, a finales de octubre, sirven como anticipo del invierno. Todo el suelo, hasta donde alcanzaba la vista, se hallaba cubierto por una radiante alfombra de plata. Los árboles continuaban portando su panoplia de hojas al completo, pero los tintes otoñales ya se mostraban en todo su esplendor, intensificados por la helada nocturna; sin embargo, las hojas ya estaban muertas, pues la savia había dejado de manar, rendida ante el frío, que había marchitado los tallos, y solo el hielo que las cubría les impedía desprenderse. El paisaje resplandecía con tonos dorados y cada árbol parecía la milagrosa obra de un orfebre. Castaños, arces, abedules y hayas, cada uno con todas sus hojas aún, asemejaban el trabajo de los nomos en un país encantado.

Mientras contemplaba el paisaje, parte de la amargura sentida la noche previa contra el oro y cuanto este llevaba a hacer a las personas se coló de nuevo en el corazón de Victor. No pudo rechazar por completo la idea de que la naturaleza había adoptado aquel pintoresco atuendo sin otro fin que el de herirlo, y el sentimiento se avivó cuando, al vagar sobre el panorama, su mirada recaía sobre la plata de los abedules y el oro de las hayas, que parecían

simbolizar todo cuanto de malo tiene la riqueza. No obstante, tales pensamientos fueron efímeros, y pronto quedaron enterrados bajo el dolor, mucho mayor, de la pérdida inminente. Victor Paterson se hallaba en una encrucijada vital; le aguardaba una dura tarea, que le demandaría lo mejor de sí mismo. Con esfuerzo, se espabiló y se vistió. Le vino bien asearse con agua fría, y cuando abrió la ventana francesa del salón y salió a la terraza, lo hizo con resolución manifiesta y paso brioso.

El sol había ascendido, pero aún no había fuerza en sus rayos, y la helada de oro brillaba y crujía bajo sus pies. Atravesó el césped en dirección a los tilos, bajo los que había paseado con Riddy la noche anterior y donde había sentido que sus corazones hablaban en comunión a través del silencio místico del crepúsculo; y mientras caminaba bajo sus ramas, sintió que una violenta ráfaga de ternura le barría el corazón, hasta que las lágrimas asomaron a sus ojos y se le derramaron por las mejillas. Es un error pensar que los hombres no lloran; lo hacen, pero de modo diferente a las mujeres, y lo ocultan de manera escrupulosa. Incluso tratan de ocultárselo a sí mismos. Entonces, en aquel momento y lugar, Victor tomó una noble decisión: que, sucediera lo que sucediera, evitaría a Riddy cuanto sufrimiento le fuera a él posible; que se comportaría de modo que, sin que importara cuánto pudiera él sufrir, ella permanecería libre de toda preocupación.

Con el ánimo templado y sereno, resultado del sacrificio personal, emprendió el camino de regreso hacia la terraza, y tomó asiento en un banco rústico al cobijo de un abedul que, a su vez, se hallaba cubierto por las ramas colgantes de un castaño gigantesco. Las hojas de ambos árboles eran del más radiante amarillo, y permanecían inmóviles en la atmósfera sin asomo de brisa, de modo que la idea de que el paisaje a su alrededor parecía el de un reino de nomos retomó a su cabeza con fuerza redoblada. Mientras se encontraba sentado en el banco, pisando la helada plateada, y a la sombra de las doradas hojas, miraba la terraza, con la esperanza de que la bella mañana tentara a Riddy a asomarse.

Existe, quizás, una sintonía tan oculta de cuya magnitud ni siquiera son conscientes aquellos que la experimentaban, así que pudo deberse a una comunión de las almas semejante que Riddy, tras haberse despertado pronto, se asomó a la ventana y, al ver la arrebatadora belleza del paisaje, se apresuró a salir para disfrutar de ella plenamente, o puede que los jóvenes enamorados, imbuidos por la misma inquietud que los hizo levantarse temprano, compartieran la secreta esperanza de un último encuentro —azaroso— y de que algo sucediera antes de la partida de Victor. En cualquier caso, fueran las

que fueran las razones ocultas, Riddy hizo aparición en la terraza ataviada con un vestido blanco como la nieve, y con una expresión, feliz y anhelante, que causó que el corazón de Victor diera un brinco. Ella no lo vio, estando él oculto por el denso follaje del árbol bajo el que se encontraba, pero, impulsada por algún instinto divino, puso rumbo directamente hacia él, a través de la hierba helada, como si él fuera un imán y ella un trozo de hierro. Porque la aguja de una brújula no apunta al norte con mayor resolución de la que ella otorgó en aquel momento a sus pasos. Al verla acercarse, él se puso impulsivamente en pie y salió del cobijo del árbol, y un instante después la mirada de Riddy se encontró con la suya. Ninguno pudo decir luego si llegaron a pronunciar los convencionales saludos matutinos, ya que, cuando sus manos se encontraron, su comunicación trascendió las palabras. Sin necesidad de que ninguno lo sugiriera, fueron a sentarse al banco.

Por unos momentos, se quedaron en silencio, contemplando el bello paisaje, donde los campos helados se perdían, ondulantes y salpicados de árboles, en la distancia. Victor hizo acopio de todo su valor para hablar de modo tan natural como le fue posible.

—Qué hermosa vista, ¿verdad? No creo que pueda olvidarla jamás.

Riddy intentó responder, pero las palabras se le atravesaron en la garganta y siguió callada. El silencio a su alrededor era tan profundo que el mugido de una vaca en un campo lejano sonó como si el animal estuviera muy cerca, y el ruido de un carruaje en la carretera pareció provenir de detrás mismo de la casa. Victor volvió a la carga con un nuevo lugar común.

—¿Hay algo que yo pueda hacer en Skye o en las *Highlands* por usted o por su tía?

Riddy, en esta ocasión, se dominó lo suficiente como para responder.

—Nada, gracias, salvo acordarse de nosotras.

Existe un límite para la paciencia incluso del joven más sacrificado, y el fervor con que Victor respondió hizo estremecerse hasta la última fibra de Riddy y provocó que la sangre se le agolpara en las mejillas.

—¡No me costará nada cumplir ese mandato!

Pero, al percatarse de la turbación de la joven, añadió con una risa forzada:

—A menos, claro está, que me imponga usted algún límite.

Riddy no contestó, pero el rubor de sus mejillas aumentó. Por un momento, permanecieron callados, tan nerviosos que ninguno podía discernir si los latidos que parecían atravesar el silencio provenían de su pecho o del de la otra persona.

Mientras tanto, el sol continuaba elevándose, y la fuerza de sus rayos comenzaba a hacerse sentir: el recubrimiento plateado de la hierba estaba desapareciendo y, salvo a la sombra de los árboles, esta volvía a mostrar su verde esmeralda.

¡Cras! Los enamorados dieron un respingo, pero sonrieron al ver que una castaña había caído entre las hojas de su árbol y de las del abedul bajo el que se encontraban. Cayó a continuación otra, y luego otra más; el sol actuaba sobre los tallos de las ramas más altas. Y cuando los rayos comenzaron a caer más directos, los tallos de las hojas más exteriores se derritieron, perdiendo su helada rigidez, y las hojas cayeron girando, a través del aire silencioso, y salpicaron el suelo. Ellos, al principio, no se percataron, ya que sus pensamientos estaban en otro sitio, pero cuando el sol cobró más fuerza, una verdadera lluvia descendió sobre la pareja; proyectando pequeñas sombras, las hojas aleteaban, en su descenso, entre ellos y el sol. La hierba, aún plateada al cobijo del árbol, iba quedando cubierta por un grueso manto de hojas doradas.

De pronto, Riddy dio un grito y se puso en pie.

—¡Mira, Victor! ¡Oh, mira, mira! —dijo—. Se ha hecho realidad: ¡el suelo es de plata y está lloviendo oro del cielo!

Bajo el empuje de su gran amor, toda timidez cedió y, sin una palabra, como si sus almas se hubieran dicho cuanto había que decir, Victor abrió los brazos. Ella lo abrazó y sus labios se encontraron en un prolongado beso. Volvieron a sentarse, mirándose a los ojos, no viendo en ellos más que amor perfecto y la felicidad que este trae consigo.

Una sombra que se aproximaba rompió su ensueño y, al alzar la vista, vieron a un hombre alto y bronceado, con una barba plateada, que los miraba fijamente.

—Me parece, pequeña —dijo el recién llegado—, que me has ganado esta mano.

Gritando feliz: «¡Padre, querido padre!», Riddy se lanzó a sus brazos, abiertos para recibirla. El anciano le acarició el pelo con cariño.

—Así que se ha cumplido, Riddy: el sueño de plata y oro lloviendo del cielo. ¡Caray! Tendríamos que tener árboles como estos en el oeste. No tendríamos más que recoger sus hojas y acuñar directamente monedas con ellas. ¡Oro! ¡Plata! ¡Cobre! ¡He aquí todo! Bueno, pequeña, la tía Joe me lo ha contado todo, puede que hasta más que lo que tú sabes, y me alegro de que hayas escogido a un hombre honorable. En cualquier caso, ya no importa,

porque he completado mi fortuna, y he venido para decirte que puedes elegir libremente.

Tendió una manaza bronceada a Victor y añadió:

—Pero ya has elegido a tu compañero, y el compañero de mi pequeña es mi amigo. ¡Estrecha esta mano!

LA EMPALIZADA ROJA

(The Red Stockade)

Estábamos destacados en el sur de China cuando el *George Ranger* recibió orden de poner rumbo al estrecho de Malaca para acabar con los piratas que estaban actuando últimamente por allí. Aquello sucedió en los cuarenta, cuando los barcos eran barcos, y no cafeteras llenas de ruedas y cachivaches, y cuando tenías oportunidad de disfrutar de un buen combate cuerpo a cuerpo y no de acabar reventado en una bodega de hierro por vete a saber quién. ¡Entonces los barcos sí que eran de verdad!

Se habían cortado muchos gaznates y hundido muchas naves; aquellos demonios no se detenían ante nada. Algunos de nosotros ya habíamos estado antes en el estrecho, destinados en el *Polly Phemus*, en el setenta y cuatro, de camino a China, y aunque nunca habíamos llegado a entrar en combate con los malayos, sí habíamos sido testigos de su labor y sabíamos de lo que eran capaces. Así que cuando zarpamos de Singapur en el *George Ranger*, nuestra pequeña pero gallarda fragata de treinta y ocho cañones (hoy ya no es lo que fue), en el castillo de popa y en las guardias ya se había repetido muchas veces la historia de lo que los amarillos podían y acostumbraban a hacer. Unos lo encajábamos de una manera y otros de otra, pero todos, salvo unas pocas excepciones, estábamos deseando medimos cara a cara con los piratas, pese a sus krisses, sus bombas incendiarias y demás artefactos infernales. Los había que no tenían miedo al frío acero, siempre que fuera de la clase convencional, y que se habrían enfrentado a alfanjes y ganchos de abordaje sin vacilar y en cualquier momento, pero que no les agradaba la idea de aquellos cuchillos de hoja serpenteante, capaces de partir a un hombre en dos o de hacerle picadillo las entrañas. Claro está que no había entre nosotros muchos así, y los que había eran blanco de nuestras burlas, algunas crueles.

Puede usted estar seguro de que durante las guardias se cuentan muchas buenas historias, con abundancia de cuchilladas, sangre y torturas, y casi toda la tripulación se afanaba, día tras día, en recordar e inventar otras nuevas, que

dejaran sin aliento e hicieran palidecer a los compañeros. Imagino que el capitán y los oficiales estaban informados de lo que sucedía, porque desde la sala de oficiales se filtraban historias peores que cualquiera de las nuestras. A los guardiamarinas les encantaban, como a todos los chicos a bordo, y uno de ellos, que tenía un kriss, lo enseñaba siempre que podía y hacía una demostración de cómo los piratas los usaban para abrir en canal a hombres y mujeres y arrancarles el corazón. A veces éramos un poco crueles con los menos valientes —un hombre no puede evitar ser un cobarde, supongo—, pero, en cualquier caso, para gente así no hay sitio en un barco de guerra, ya que pueden hacer más mal que bien a los compañeros, y, de hecho, son más útiles muertos. No teníamos compasión con ellos, siendo el capitán el más duro de todos. El capitán Wynward comandaba la corbeta *Sentinel* en la estación de China y fue ascendido al *George Ranger* después de acabar con una flota de juncos que acosaba al *Rajah*, procedente de Cantón y con rumbo a Southampton con el primer cargamento de té de la temporada. Cuando el capitán se disponía al combate era un bulldog infernal y no aceptaba a un cobarde en su tripulación bajo ningún concepto.

—Dios odia a los cobardes —dijo una vez—, y, por el poder que me ha concedido su majestad la reina, estoy aquí para hacer cumplir la voluntad divina. ¡Atadlo y dadle una docena de azotes!

Al menos eso es lo que se contaba que hizo cuando, cerca de Shanghái, uno de sus hombres se echó atrás llegado el momento de abordar un junco incendiario que se dirigía hacia ellos impulsado por la marea. Y a continuación, él mismo saltó a bordo y empuñó el timón con sus propias manos para desviarlo.

El capitán sabía bien la clase de trabajo que nos esperaba y que no habría lugar para guantes de cabritilla, lociones capilares, flores en el ojal ni sombreros de copa, y no estaba dispuesto a que hubiera gente corta de agallas en su barco. Así que no es de extrañar que las cosas a bordo no fueran muy agradables para los que tenían miedo de caer en garras de los malayos.

De cuando en cuando hacía un alto en sus quehaceres para mostrarse desagradable con alguien, y, se tratara de niño o de un hombre, el capitán nunca escatimaba términos duros cuando veía a alguien pálido. Había un viejo marinero a bordo al que llamábamos Old Land’s End, porque era natural de aquella zona, y que sirvió en el *Billy Ruffian* en compañía de su hijo, que murió una noche, cuando iban a la caza de un balandro griego en Navarino, en 1827. Solíamos meternos con él cuando había problemas con alguno de los niños, porque era su costumbre decir que su hijo también podría haberse visto

en el mismo percance. Y cuando las bromas versaban sobre el miedo a los malayos, nos ensañábamos con el viejo; él se enfurecía y respondía que su niño murió en cumplimiento del deber y que no temía a nada.

Una noche hubo una pelea entre los guardiamarinas porque decían que uno de ellos, de nombre Tempest, tenía miedo de que lo matara un kriss. Era un muchacho extraordinario, de alrededor de los trece años, que siempre andaba enzarzado en alguna juerga, cuando no metido en problemas; pero era de corazón tierno y a veces los otros chicos se metían con él. No dudaba en abrirse ante cualquiera y reconocer lo que pensaba o sentía, y esa vez le habían hecho reconocer algo que nadie más estaba dispuesto a reconocer, por mucho que lo sintiera. Fue una buena pelea, porque el niño manejaba bien los puños y no retrocedía jamás, pero llegó a oídos del capitán. Este insistió en que le contaran lo sucedido, y cuando el joven Tempest tomó la palabra y se lo dijo, el capitán estampó un pie sobre la cubierta.

—No quiero cobardes en este barco —dijo. E iba a añadir algo, cuando el niño lo interrumpió.

—¡No soy un cobarde, señor! ¡Soy un caballero!

—¿Dijo usted que tenía miedo? Responda. ¿Sí o no?

—Sí, señor, lo dije, ¡y es cierto! Dije que tenía miedo de los krisses malayos, pero eso no significa que piense huir de ellos. Enrique de Navarra también tenía miedo, pero, pese a todo, él…

—¡Al diablo Enrique de Navarra! —gritó el capitán—. ¡Y usted también! Dijo que tenía miedo y eso, para mí, permítame que se lo diga, es lo que en la marina real llamamos un cobarde. Y usted lo es, así que al menos podría tener la elegancia de guardarlo para sí. ¡No me replique! ¡A la cofa, por lo que resta del día! Quiero que mi tripulación sepa qué evitar, y quiero que lo reconozcan cuando lo vean —dijo, y se alejó, mientras que el muchacho, sin decir palabra, trepó a lo alto del palo mayor.

Por alguna razón, los hombres no hicieron comentarios sobre lo sucedido. El único que dijo algo fue Old Land’s End.

—Puede que sea un cobarde, pero yo apostaría a que no.

Cuando penetramos en el estrecho por el sur, el sol empezó a castigarnos, y lo mismo el calor húmedo, como el de una tetera —¡por Dios! Te cocías, durante todo el día y durante toda la noche. Pasabas tanto calor como los fogones de la cocina—, comenzamos a buscar a los piratas y no había nadie que se atreviera a adormilarse durante la guardia. Costeamos mientras nos dirigíamos al norte y echábamos un vistazo en las ensenadas y en las desembocaduras de ríos ante las que pasábamos. Los malayos se ocultaban

corriente arriba de los ríos porque las fiebres y otros males que acababan con personas mejores como si fueran moscas no parecían tener efecto en ellos. Había tramos horribles, se lo aseguro, en aquellos ríos, más allá de los manglares, donde se extendían las marismas, milla tras milla, hasta donde alcanzaba la vista, y donde todo lo dañino proliferaba, ya fuera bestia, ave, pez, criatura que se arrastra, insecto, árbol, arbusto, flor o enredadera.

Pero los barcos piratas se mantenían por delante de nosotros; o, si dieron media vuelta y pusieron rumbo sur, se cruzaron con nosotros por la noche, así que continuamos adelante hasta la mitad de la península, donde las peores acciones de piratería habían tenido lugar. En aquel punto, hicimos cuanto pudimos para parecer un barco en apuros y, sin duda, engañamos a aquellos miserables, porque dos de sus barcos hicieron aparición un amanecer y nos atacaron. Eran barcos realmente feos: alargados, de casco bajo, vela latina y con doble tripulación, y bien curtida, a bordo de cada uno.

Pero si los barcos eran feos, los hombres eran mucho peores; yo nunca había visto diablos más horribles. Algunos amarillos, de piel atezada, con la coronilla afeitada y los ojos desorbitados, y otros tan negros como los zapatos de usted, y, lo que era más vergonzoso, dos o tres blancos, todos armados con krisses tan largos como el brazo de usted y con pistolas metidas en el cinturón.

No consiguieron un gran botín a nuestra costa, se lo aseguro. Dejamos que se acercaran y les disparamos una andanada de cañonazos que arrasó sus cubiertas como una tormenta de granizo; pero no tuvimos la suerte de atraparlos, pues se las apañaron para maniobrar y huir. Nuestros botes eran rápidos pero no nos atrevimos a seguirlos cuando se adentraron aguas arriba de un arroyo ancho, flanqueado por manglares que llegaban hasta donde la vista alcanzaba. Uno de los botes volvió poco después e informó de que los piratas habían remontado el río, que era lo bastante profundo pero que serpenteaba entre grandes bancos de barro, donde los aligátores sesteaban a centenares. Al parecer había una especie de fuerte en un estrechamiento del río, y los piratas habían huido, pasando frente al fuerte y desapareciendo detrás de una curva de la corriente.

Comenzaron los preparativos. Sabíamos que había, al menos, dos tripulaciones piratas acorraladas en el río, y que existían muchas probabilidades de que hubiéramos dado con su guarida. Nuestro capitán no era de los que postergan el trabajo, y con la primera luz de la mañana siguiente, ya estábamos listos para atacar. La pinaza y otros cuatro botes zarpamos a las órdenes del primer teniente, con órdenes de explorar, mientras

los demás se quedaban a bordo, esperando y mordiéndose las uñas, hasta que volviéramos.

Fue un día duro. Yo iba en el segundo bote y todos nos mantuvimos juntos cuando nos adentramos en los estrechos caños de la boca del río. Habíamos zarpado dos horas después de la pleamar y todo cuanto veíamos al aumentar la luz estaba fresco, recién lavado. Pero cuando la marea empezó a bajar y los grandes y negros bancos de barro comenzaron a asomar sus jorobas por todas partes, el paisaje ya no tuvo nada de bonito, se lo aseguro. Nos era casi imposible saber por dónde seguían los canales, porque el agua bajaba con rapidez y la quilla de las embarcaciones rozaba continuamente el fondo. Nuestro bote quedó encallado un par de veces, pero, a fuerza de tirar y de empujar, lo sacamos a tiempo de que la bajamar nos dejara atrapados, y a casi todos los demás les sucedió lo mismo. Un bote que iba un poco apartado de los demás, encalló en un caño angosto entre dos bancos de barro, y, al bajar el agua, acabó, pese a los esfuerzos de la tripulación, volcando en la empinada falda de uno de los bancos; y vimos a los pobres muchachos caer al cieno. Más de uno intentó nadar hacia nosotros, pero detrás de cada uno apareció algo oscuro, que nadaba hacia ellos dejando una estela, y por mucho que gritamos y pese a todo el ruido que hicimos y a disparar nuestras armas, los aligátores estaban demasiado cerca, y un marinero tras otro se fue al fondo con un grito. ¡Oh, Dios! Fue una visión aterradora, y el hecho de que, para la mayoría de nosotros, fuera la primera vez que éramos testigos de algo así lo hizo aún peor. No sé qué efecto habría tenido en nosotros si hubiéramos dispuesto de tiempo para meditar sobre ello, pero no creo que muchos hubieran podido digerirlo con frialdad. Justo entonces cayó sobre nosotros una lluvia de fuego de bajo calibre, procedente de una flotilla de botes que se había acercado sigilosa, sin que nos percatáramos. Surgieron de detrás de un gran banco de barro, de laderas más empinadas que el resto y que también parecía más sólido, por la grava que alcanzaba a verse cuando la corriente lavaba el cieno. No lamentamos, se lo aseguro, tener a alguien contra quien luchar, en lugar de aligátores y bancos de barro, con la marea bajando, en un río tropical desconocido.

Fuimos de inmediato en su caza y la pinaza disparó la pieza de doce libras que llevaba en la proa, apuntando al centro del apiñamiento de botes, y brotaron los gritos cuando los aligátores se lanzaron hacia donde las cabezas de los malayos asomaban del agua, subiendo y bajando, arrastradas por el reflujo de la marea. Después los piratas dieron media vuelta y fuimos tras ellos todo lo rápido que podíamos remar, hasta que, después de una curva

cerrada, llegamos a un punto donde el río se estrechaba; una orilla se elevaba en una pendiente aguda, tras lo que se allanaba, dando paso a la peor espesura pantanosa que habíamos visto nunca. La otra orilla se hallaba coronada por una suerte de fuerte, construido en lo alto de una pendiente también escarpada, y protegido por una empalizada y una escarpa de barro, en la base de aquella. Desde allí nos llegó una lluvia de balas y vimos que apuntaban hacia nosotros varias piezas de artillería. No teníamos efectivos suficientes para atacar una posición semejante sin un reconocimiento previo, por lo que nos retiramos; pero no lo bastante rápido, porque antes de colocarnos fuera del alcance de sus armas, una andanada acabó con todos los remeros de estribor de uno de los botes.

Fue duro volver al barco, teniendo además que remar contra la marea, dadas las noticias que llevábamos: un bote perdido junto con toda su tripulación y un equipo de remeros abatido, y sin haber logrado ningún éxito.

El capitán se puso furioso, y aquella noche, tanto en la cámara de oficiales como en el castillo de proa, no se oyeron más que palabras de rabia y maldiciones. Hasta los niños, todos ellos, desde los grumetes a los guardiamarinas, ansiaban enfrentarse a los malayos. Sin embargo, las órdenes fueron estrictas; al amanecer tres botes zarparon hacia el fuerte en misión de reconocimiento. Una vez más, yo iba en uno de ellos; y, pese a la arenga con que el capitán nos había enardecido —y le aseguro que tenía una lengua vitriólica—, nos sentíamos encogidos y poco animosos cuando nos adentramos entre los espantosos bancos de barro y vimos burbujear el cieno en sus laderas, cuando la grisura de la mañana nos permitió ver algo. Averiguamos que no nos quedaría más opción que tomar el fuerte si queríamos seguir a los piratas río arriba, ya que bloqueaba el paso por completo. El cauce formaba una garganta al pasar entre las colinas de grava, y ese era el único canal por donde era posible el paso. Pero habían hincado estacas junto a las orillas, dejando abierto nada más que el centro. Además, desde el fuerte podrían lapidar a cualquier embarcación que se atreviera a pasar por allí, en caso de que hubiera alguna piedra en aquel maldito país.

Cuando regresamos, llevando con nosotros dos casos de insolación, e informamos, el capitán ordenó prepararse para atacar el fuerte; el espectáculo empezaría a la mañana siguiente. No fue un trabajo agradable. Nos aproximamos al fuerte, pero cuando la marea empezó a bajar, tuvimos que retroceder un poco para no quedar aislados. Todo el lugar hervía de demonios sonrientes. Evidentemente, disponían de algún espacio donde embarcar y desembarcar de sus botes al otro lado de la empalizada. No abrieron fuego

contra nosotros, no aún, y eso fue mucho más ofensivo de lo que usted pueda imaginar. Parecían saber algo que nosotros desconocíamos, y se limitaban a esperar. Cuando la marea continuó bajando, y los bancos de barro se elevaron a nuestro alrededor, y el sol empezó a golpear con encono, se elevaron unos vapores que casi nos hicieron vomitar a todos. ¡En realidad bastaba ver a aquellos desagraciados para que se te revolvieran las tripas!

El cieno brillaba con toda clase de colores, como el agua cuando se calafatea el barco, y todo el lugar parecía habitado por nada más que criaturas espantosas. Los aligátores se mantenían alejados de los botes y de los bancos de barro más cercanos, pero el agua bullía de anguilas y serpientes acuáticas, y el barro, de gusanos, sanguijuelas y unos cangrejos horribles, de colores chillones. El mismísimo aire estaba cargado de criaturas dañinas: moscas de todas clases y una especie de insecto grande y listado que los lugareños llamaban «mosquito tigre», que sale por el día y cuya picadura duele como si te pellizcaran unas tenazas al rojo. Ya era duro de soportar, se lo aseguro a usted, para nosotros, los hombres, con barbas crecidas, pero algunos de los niños estaban blancos como papel y muy callados. La muchedumbre de malayos detrás de la empalizada empezó al unísono a girar los ojos en las cuencas como poseídos, a blandir los krisses y a lanzar gritos. Supimos que había alguna razón pero ignorábamos cuál, y eso fue lo que más nos exasperó. Entonces el capitán ordenó atacar la empalizada y saltamos al barro. Sabíamos que en aquel punto no podía ser muy profundo, por la grava que había debajo. En un instante estábamos hundidos hasta las rodillas, pero forcejeamos, resbalando, cayendo unos sobre los otros, de modo que, cuando llegamos al caballón de la orilla, éramos la marinería más sucia y pestilente que usted haya visto. Pero el barro no nos había minado el coraje, y los malayos, asomando las cabezas por encima de la empalizada y luciendo expresiones que eran lo más parecido a una risa o a una sonrisa que un diablo puede mostrar, retrocedieron, tropezando entre ellos, cuando oyeron nuestros vítores.

Entre ellos y nosotros había una zanja por la que había corrido el agua mientras bajaba la marea, pero que ahora parecía tan seca como todo lo demás, y los hombres que iban en primera línea se lanzaron pendiente abajo, ¡y entonces supimos por qué ellos habían estado tan callados y se habían limitado a esperar! Habíamos caído en una trampa. Las primeras filas desaparecieron de inmediato en el cieno del fondo, y las siguientes se hundieron hasta el pecho antes de poder detenerse. Los malayos abrieron fuego sobre nosotros, y mientras tratábamos de sacar a nuestros compañeros

del fangal, nos acribillaron con todas las armas cortas de que disponían; y tenían un gran repertorio, se lo aseguro.

No pudimos hacer más que volver a subir la pendiente y regresar a los botes, los que quedábamos, y, como ni siquiera teníamos brazos suficientes para remar a toda velocidad, tuvimos que volver al barco como buenamente pudimos, porque los botes de los piratas salieron en masa de la angostura frente a la empalizada. Pero antes de retirarnos, vimos cómo sacaban, a rastras, a los vivos y a los muertos del fango, usando ganchos en el extremo de largas varas de bambú; y fueron terribles los gritos de aquella gente cuando los abrieron a tajos con los krisses. No nos atrevimos a esperar, pero vimos bastante para hacernos jurar venganza. Cuando vimos cómo los diablos clavaban las cabezas sangrantes de nuestros camaradas en las picas de la empalizada, a punto estuvo de producirse un motín, porque el capitán no nos permitió volver y realizar otro intento. Supo conservar la calma, y los que lo conocíamos y sabíamos lo que pasaba por su cabeza, cuando sus colmillos asomaron detrás de una sonrisa, comprendimos que los piratas iban a lamentar lo hecho aquel día.

Cuando volvimos al barco y contamos lo que había sucedido, todos a bordo rabiaron, y se formó una cola, en la que no faltó casi nadie, ante la muela para afilar los alfanjes hasta dejarlos como cuchillas. El capitán reunió a todos cuantos estábamos a bordo y asignó tareas a cada uno en los botes, y así supimos que, al amanecer, lanzaríamos otro golpe contra los piratas. Armamos casi todos los botes con piezas de seis y de doce libras, pues planeábamos darles una dosis de fuego pesado antes de acercarnos.

Cuando nos aproximamos a la empalizada, la marea volvía a estar baja, y decidimos que sería mejor esperar a que terminara de amanecer, ya que no era cosa fácil manejarse entre los bancos de barro a oscuras. Aguardamos, y cuando el cielo se aclaró, proseguimos hacia el fuerte. Cuando lo tuvimos al alcance de la vista, no hubo ni un hombre que no deseara cobrarse sangrienta venganza, porque allí, en las picas de la empalizada, estaban las cabezas de todos los pobres compañeros perdidos la víspera, alrededor de las que zumbaban nubes de moscas y de mosquitos. Pero además, habían pintado el exterior de la empalizada de sangre, de modo que todo el lugar era una gran masa escarlata. Con el calor en aumento, el olor llegaba hasta nosotros.

Fue un día duro. Abrimos fuego con los cañones, y los malayos respondieron con todo lo que tenían. Una flotilla de botes salió de detrás del fuerte, y, por unos momentos, hubimos de dedicarle toda nuestra atención. Hicimos buen uso de la artillería ligera, sembrando el caos entre los botes

enemigos; nuestros disparos los partían en pedazos, y cerca de la mitad acabaron hundidos. El agua estaba repleta de cabezas que subían y bajaban, asomando sobre la superficie; pero la marea los alejaba de nosotros, y los gritos llegaban desde más allá del fuerte y se extinguían. El resto de botes reconocieron el peligro, dieron media vuelta y huyeron por la angostura, dejándonos tranquilos durante unas horas. Volvimos a centrarnos en el fuerte. Apuntamos los cañones a los pilares de la empalizada, y, sobra decirlo, no hubo ni un disparo errado, pero ellos nos disparaban también desde corta distancia, y con sus rifles y fusiles de llave de mecha, nos abatían demasiado rápido, así que tuvimos que retroceder hasta un punto desde donde pudiéramos seguir haciendo fuego con la artillería, pero donde quedáramos fuera del alcance de los disparos de los piratas. Antes de retirarnos, alcanzamos a ver a través del boquete abierto con nuestros disparos en la empalizada, que esta no era más que una barrera exterior, y que el verdadero fuerte se hallaba más adentro. No nos quedó más opción que ir río abajo, porque habría sido demasiado peligroso poner rumbo en el sentido opuesto, y desde allí no teníamos más que una visión parcial del fuerte, en el que, por mucho que nos esforzamos, nuestros disparos no llegaban a causar efecto; al menos, que nosotros pudiéramos apreciar. ¡Fue un día largo y espantoso! El sol calentaba como un horno, y el calor, las moscas, la frustración y la rabia a punto estuvieron de volvernos locos. Hacía tanto calor que los metales casi quemaban. Cuando se acercó la pleamar, el capitán ordenó llevar los botes ante el fuerte, donde el curso de agua era ahora más ancho y desde donde tendríamos buenas oportunidades, al menos hasta que la marea empezara a bajar de nuevo y tuviéramos que volver a retroceder. A esas alturas ya andábamos cortos de munición, y pensábamos que lo mejor sería aplazar el ataque, pero llegó entonces la orden de prepararse para el combare, y minutos después remontábamos el río a toda velocidad, directos a la empalizada. Los hombres lanzaron un vítor y los piratas asomaron sobre la empalizada y agitaron los krisses, y más de uno cortó trozos de carne a las cabezas clavadas en las picas, abucheándonos, como si quisieran decimos que pronto harían lo mismo con nosotros. Cuando nos acercamos, todos habían desaparecido y reinaba un silencio como el de una tumba. Sabíamos que algo se avecinaba pero ignorábamos cuál sería el siguiente movimiento de los piratas, hasta que de detrás del fuerte apareció de nuevo una flotilla de botes en tropel. Nos aplicamos con ellos y, como había sucedido antes, los hicimos picadillo. Esta vez la marea jugaba a nuestro favor y docenas de cabezas derivaron hacia nosotros. De cuando en cuando alguien soltaba un grito agudo, cuando un

aligátor lo arrastraba al fangoso fondo. Esto duró un poco, y los habíamos machacado lo bastante como para emprender por fin el asalto a la empalizada —ya teníamos listos los ganchos para escalarla—, cuando el segundo teniente, que iba en uno de los botes, gritó:

—¡Vuelvan a bordo! ¡Vuelvan, rápido, la marea está bajando!

Obedecimos, emprendimos la retirada, y entonces el lugar volvió de pronto a la vida, bullente de malayos, que abrieron fuego sobre nosotros con tanta rapidez que antes de que la corriente en retroceso nos alejara lo bastante hubo unas cuantas bajas en los botes.

No tenía sentido intentar nada más ese día, y después de hacer todo lo que estuvo en nuestra mano por los heridos y de parchear los botes, porque había multitud de agujeros de bala que taponar, remamos de regreso al barco. Los aligátores habían disfrutado de un buen día, y mientras avanzábamos corriente abajo, y los bancos de barro se elevaban con la bajada de la marea, los vimos yacer perezosos, después de haberse dado un atracón. Y todavía quedó bastante para los tiburones, más allá de la desembocadura, porque los hombres que estaban a bordo nos contaron que, durante el descenso de la marea, el río no había dejado de vomitar cuerpos, que pasaban flotando ante ellos, hasta que aparecía una veloz aleta y adiós pirata.

Bueno, cuando subimos a bordo, los demás estaban frenéticos de ansiedad por saber lo que había pasado, y cuando se lo contamos, comenzando por las cabezas en las picas de la empalizada roja, los hombres rechinaron los dientes, y Old Land’s End va y dice:

—¡La Empalizada Roja! ¡No olvidaremos ese nombre! La próxima vez será nuestro turno, y entonces pintaremos de rojo el lado de dentro.

Y de ese modo empezamos a llamar así al sitio. Aquella noche el capitán se diría alguien presto a cometer un asesinato. Su rostro parecía de acero, y sus ojos estaban tan rojos como llamas. No pensaba en nadie más, y todo cuanto hizo fue tan brusco como si tuviera el corazón de latón. Ordenó que se hiciera cuanto fuera posible por los heridos, pero añadió al médico:

—Y recuerde, cúrelos lo más rápido que pueda. Vamos demasiado cortos de efectivos.

Hasta entonces siempre había tratado a los hombres como eso mismo, hombres, pero ahora solo nos veía como máquinas de lucha. Cierto es que se veía a sí mismo igual. En un par de ocasiones esa noche se mostró severo de un modo inusitado. Por supuesto, todos hablaban del ataque, y había mucho de alardeo y de burla, porque todos eran muy duros y tenían un gusto macabro, y abundaron las bromas sobre sangre y torturas. El capitán salió a

cubierta, vio a uno de los hombres a los que no les gustaban los krisses y quedó bien claro que no le agradó nada su aspecto, porque giró sobre los talones y dijo con crueldad:

—¡Traigan aquí al médico!

El médico acudió, y el capitán, frío como el hielo y en tono tan cortés como usted pueda imaginar, le dijo:

—Doctor Fairbrother, ¡aquí hay un hombre enfermo! Mire lo pálido que está. Algo le pasa a su hígado, supongo. Es la única razón por la que un marinero puede estar pálido cuando se avecina una batalla. Bájelo a la enfermería y haga algo por él. ¡Extírpele la cobardía!

Tres esto, el capitán se retiró a su camarote.

Bueno, si antes ya estaba deseando entrar en combate, después de esa escena, ardía por ello, y todos comprendimos que el siguiente ataque a la Empalizada Roja sería el último, para bien o para mal. Tuvimos que esperar dos días más a que llegara ese momento, porque hubo que reparar los botes y los aparejos; esa vez no nos podíamos permitir errores.

Comenzamos a prepararnos justo después de la medianoche. Todos los hombres estaban en sus puestos. Había salido la luna, y la noche era más luminosa que un día londinense; el capitán nos pasó revista, asegurándose de que todos estuviéramos donde teníamos que estar, sin que se le escapara ningún detalle. Mientras el bote número seis se llenaba poco a poco, y antes de que el oficial que se haría cargo de él subiera a bordo, llegó el guardiamarina, el joven Tempest, y, cuando el capitán lo vio, lo llamó y le siseó delante de toda la tripulación:

—¿Por qué está usted tan blanco? ¿Qué le pasa? ¿Usted también tiene algún problema en el hígado?

Cierto es que el niño estaba blanco, pero ante el incendiario insulto, todos vimos, a la luz de las estrellas, cómo la sangre se le agolpó en la cara. Un momento después volvía a estar pálido, más que nunca, y dijo amablemente, si bien erguido como una baqueta:

—No controlo cuánta sangre tengo en la cara, señor. Si dice usted que soy un cobarde por estar pálido, puede que tenga razón. ¡Pero en cualquier caso cumpliré con mi deber!

Alzó la cabeza, saludó tocándose el sombrero y abordó el bote.

Old Land’s End iba en la misma embarcación, y yo también; estábamos sentados juntos, remeros cinco y seis, y me susurró entre dientes:

—¡Eso ha sido un poco excesivo! Podría haberse parado a pensar que no es más que un niño. Y aun así viene con nosotros, aunque está asustado.

Nos pusimos en marcha amortiguando el chapaleo de los remos y nos introdujimos sigilosos en el río, empujados por la marea. Si alguien tenía dudas acerca de si aquella vez iba en serio, se las guardó para él. Fue un momento lúgubre, se lo aseguro, porque la mayoría estábamos seguros de que tanto si vencíamos como si no, esa noche habría muchas hamacas vacías a bordo del *George Ranger*, pero estábamos dispuestos para la victoria, aunque fuera a costa de acabar en las fauces de tiburones y cocodrilos. Cuando nos aproximamos, ayudados por la marea, no perdimos el tiempo, sino que fuimos directos contra el fuerte. Al principio, claro está, habíamos remontado el río en silencio, y me parece que tomamos a aquellos indeseables por sorpresa, porque llegamos antes de lo que esperaban. En cualquier caso, se desplegaron rápidamente y pronto sonó música a los dos lados de la empalizada. No queríamos correr riesgos en los bancos de barro, así que, de inmediato, nos aproximamos en formación apretada hasta la base de la empalizada y lanzamos los garfios. Nos encontramos con que habían reparado la brecha que abrimos la última vez. Luchaban como demonios porque sabían que, si conseguíamos entrar y entablar combate cuerpo a cuerpo, teníamos las de ganar, así que enviaron a sus botes para atacarnos por el flanco, como habían hecho todas las veces. Pero en esa ocasión no estábamos dispuestos a ceder en nuestro ataque, y dejamos que los botes exteriores se ocuparan de ellos, mientras nosotros nos centrábamos en nuestro objetivo principal.

Fue una lucha larga y sangrienta. Ellos estaban a cubierto en el interior y sabían que el tiempo jugaba a su favor, porque cuando la marea bajara del todo, si no habíamos conseguido penetrar para entonces, volveríamos a tener el problema de los bancos de barro. Pero nosotros también lo sabíamos, y no perdimos tiempo. Aun así, los hombres son solo hombres; no podíamos elevarnos volando desde un bote y pasar por encima de la empalizada, y mientras nos esforzábamos por trepar, ellos nos hacían rebanadas; son muy hábiles con los krisses, no lo dude usted. Tan enfrascados estábamos en lo que teníamos entre manos que no nos fijamos en la hora, y de pronto descubrimos que nuestro bote había quedado encallado.

La marea había bajado y nos había dejado embarrancados en la orilla bajo la Empalizada Roja, quedándonos aislados de la mayor parte de los botes. Restábamos unos treinta hombres, y supimos que no nos quedaba más salida que luchar, nos gustara o no. Tampoco es que importara, porque éramos demasiado pocos para vencer. El capitán, al ver la situación, ordenó llevar los botes al centro del cauce y acribillar el fuerte con armas tanto ligeras como pesadas, mientras nosotros hacíamos lo que pudiéramos para entrar. No tenía

sentido construir escalas empleando los mástiles de los botes: eran demasiado cortos. Estábamos en una situación apurada, atrapados entre dos fuegos, porque si las armas de los botes disparaban lo bastante alto para librarnos, los disparos también pasaban por encima de la empalizada, errando el tiro, y más de un disparo amigo nos alcanzó. El cúter se sumó al juego y disparó los cañones lanzacohetes. A los piratas no les gustó nada, se lo aseguro, pero tampoco a nosotros, porque nos causaron tanto daño como a ellos, hasta que el capitán lo advirtió y ordenó que cesara el fuego. Pero conocía su trabajo, y concentró el fuego en un costado de la empalizada, para abrir un agujero por donde pudiéramos entrar. Cuando lo consiguió, los malayos abandonaron la empalizada y corrieron al interior del fuerte propiamente dicho. Eso fue un pequeño alivio para nosotros, porque no podían seguir disparándonos desde arriba, y nuestros cañones mantenían alejados a los botes, que nos podrían haber atacado por el costado del río. Pero la situación seguía siendo difícil; caíamos uno a uno, blancos de disparos aislados, de las bombas incendiarias y las granadas de mano que nos arrojaban por encima de la empalizada.

Llegó el momento en que nos quedó claro que, o corríamos hacia el fuerte, o nos masacraban uno por uno donde estábamos. Para entonces, uno de nuestros botes se había aproximado a la abertura y parecía haber menos actividad al otro lado de la empalizada; se preparaban para el siguiente movimiento, solo habían retrocedido como paso previo a una nueva diablura. En el fuerte tenían cañones, y había riesgo para nuestros botes si intentaban cruzar la abertura entre las estacas. Uno lo intentó y un minuto después se hundía con el casco agujereado. Así que penetramos en tropel al otro lado de la empalizada y nos vimos en un espacio angosto, entre dos muros de madera. Al menos el suelo estaba más seco, y fue un alivio no estar metidos hasta las rodillas en barro humeante. No había tiempo que perder, y el segundo teniente, Webster, nos dijo que intentáramos escalar la empalizada que teníamos delante.

No era muy alta pero estaba resbaladiza de cieno en la parte de abajo y de grasa en la de arriba, y, por mucho que lo intentábamos, no conseguíamos treparla. Un disparo de pistola abatió al teniente y, por un momento, pensamos que nos habíamos quedado sin liderazgo. El joven Tempest se encontraba entre nosotros, siempre callado, pálido como un fantasma, aunque dando lo mejor de sí mismo, igual que todos. De pronto exclamó:

—¡Por aquí, muchachos! Levantadme y lanzadme al otro lado. Soy lo bastante ligero para que funcione, y sé que, en cuanto esté dentro, todos me seguiréis.

Nadie se movió. El chico estampó un pie contra el suelo y volvió a decírnoslo; recuerdo su joven voz, rotunda:

—¡Marineros, cumplan con su deber! ¡Estoy al mando!

Todos nos pusimos firmes, como si estuviéramos en el cuartel. Entonces Jack Pring, al que llamábamos el Gigante, porque medía seis pies y cuatro pulgadas, y era fuerte como un buey, dijo:

—¡No es nuestro deber, señor, mandar a un oficial volando al infierno!

El muchacho lo miró y asintió.

—¡Voluntarios para una tarea peligrosa! —solicitó, y todos dimos un paso al frente.

—¡Muy bien, chicos! —dice él—. Ahora levantadme y lanzadme adentro. Vamos a arriar esa bandera sea como sea —y señaló la enseña negra de los piratas, que ondeaba en el mástil del fuerte. Luego cogió la pequeña bandera de nuestra flota de botes, se la guardó en el pecho y nos dijo—: Esta quedará mejor.

—¿No prefiere que vaya yo, señor? —dijo Jack, y el muchacho se rio con carcajadas cantarinas.

—¡Muy bueno! ¿Alguien tiene una grúa para izar al Gigante?

Luego el muchacho nos dijo que lo levantáramos, y cuando Jack vaciló, Tempest le dijo:

—Siempre hemos sido amigos, Jack. Quiero que tú seas uno de los últimos que me toquen.

Así que Jack lo agarró por un costado, y Old Land’s End se adelantó y lo aferró por el otro. Los demás, mientras tanto, nos descalzábamos a patadas, nos quitábamos la camisa y aferrábamos nuestros cuchillos entre los dientes. Los dos hombres cobraron impulso a la vez y lanzaron al niño limpiamente por encima de la empalizada. Oímos un vítor procedente de los demás botes al mismo tiempo que nos lanzamos a escalar. En el interior del fuerte se produjo un silencio que se prolongó durante unos segundos, y a continuación vimos al muchacho trepar por el mástil de bambú, que oscilaba bajo su peso, y arrancar la bandera negra. Se sacó la nuestra de debajo de la camisa y la anudó en lo más alto del mástil. Después nos saludó agitando el brazo y gritando, y sus gritos fueron respondidos por un clamor procedente del río. Y entonces un disparo lo derribó y, lanzando un alarido salvaje, todos los piratas se abalanzaron sobre él, mientras los vítores de los botes seguían oyéndose como los truenos de una tormenta.

Nunca llegamos a saber cómo nos las apañamos para superar la empalizada. ¡Ni siquiera a día de hoy lo entiendo! Pero cuando saltamos al

suelo al otro lado, vimos algo que yacía al pie del mástil, teñido de rojo, ¡y también los krisses estaban embadurnados del mismo color! ¡Los diablos habían hecho bien su trabajo! Pero fue la última vez, porque nos abalanzamos empuñando nuestros alfanjes —sin que ningún sonido saliera entre los labios de ninguno de nosotros— y caímos sobre ellos con el mismo efecto que una tempestad de granizo en un maizal. Aquel día no dejamos bicho viviente dentro de la Empalizada Roja, ¡y lo mismo habría sucedido si hubiera habido un millón de personas!

Pasó un buen rato hasta que volvimos a oír vítores; los botes se acercaban remontando el río, ahora que el fuerte ya era nuestro, y los hombres tenían que reservar el aliento para otras labores.

Entre todos, hicimos una buena limpieza en el cubil de los piratas. Destruimos cada bote que encontramos en el río, y los dos barcos que habíamos venido buscando y otro más, que se estaba carenando. Destrozamos y prendimos fuego a las casas, a los embarcaderos y a la empalizada, y no concedimos cuartel a nadie de los que encontramos. Algunos escaparon por un camino que atravesaba el pantano, por donde no pudimos seguirlos. El sol estaba bajo cuando emprendimos el regreso hacia el barco. Pese a todas las bajas, habría sido una feliz vuelta a casa, si no fuera por el cuerpo que viajaba, cubierto por una Union Jack, a bordo del bote del capitán. ¡Pobre muchacho! Cuando lo subimos a cubierta y los hombres se acercaron a verlo, vimos que su rostro seguía estando pálido y, cuando el capitán se inclinó sobre él y lo besó en la frente, todos y cada uno supimos que había llegado la hora de enmendarse.

—Lo enterraremos mañana —dijo el capitán—, pero en mar abierto, como corresponde a un marinero valiente.

Al alba del día siguiente, el cuerpo yacía en una plataforma, amortajado en su hamaca, con una bala de cañón a los pies, y toda la tripulación se hallaba congregada, y el capellán leyó el servicio fúnebre. Luego pronunció unas palabras sobre el muchacho: cómo había cumplido con su deber y que fue un ejemplo para todos; y dijo cuánto lo queríamos y respetábamos. A continuación, los hombres asignados para la labor se prepararon para inclinar la plataforma y que el valiente niño se deslizara al mar, donde se reuniría en las profundidades con otros héroes; pero Old Land’s End dio un paso al frente, saludó al capitán tocándose el sombrero, y preguntó si podía decir algo.

—Adelante, marinero —dijo el capitán, que permaneció firme, con su sombrero de tres picos en la mano, mientras Old Land’s End hablaba.

—¡Compañeros! Habéis oído lo que ha dicho el capitán. El muchacho cumplió con su deber y murió como el valiente caballero que era. Nos gustaría que estuviera aquí, con nosotros. Pero, pese a todo, no debemos lamentarlo por él, ni lamentar lo que hizo, aunque le costó la vida. Yo tuve un hijo una vez y deseé para él lo que nunca deseé para mí: que se hiciera merecedor de fama y honores, y se convirtiera en almirante de la flota, como otros hicieron antes que él. Pero ¡que Dios me perdone!, preferiría verlo yacer bajo la bandera, como vemos ahora a este valiente muchacho, y enorgullecerme del motivo por el que ha muerto, antes que verlo engalanado con charreteras en el alcázar de un buque insignia. Murió por su reina y por su país, ¡y por el honor de la bandera! ¡Qué más le podríamos haber pedido!

EN LA DESEMBOCADURA DEL RÍO WATTER: ENTRE EL DEBER Y EL AMOR

(At The Watter's Mou)

En cuanto vieron entrar al marinero Willy, gran parte de los invitados a la boda se quedaron más tranquilos, y de inmediato dio inicio un parloteo que contrastaba en gran medida con el silencio y el ambiente taciturno previos. Port Errol se hallaba bien representado por el lado de sus mujeres, así como por el de los hombres que no estaban pescando, ya que el plan consistía en enmascarar la misión de contrabando con una celebración en que se hallaran presentes todas las personas respetables del lugar. No parecía haber rivalidad entre los dos zapateros, MacPherson y Beagrie, que charlaban en un rincón. Lang John y Lang Jim, los agentes de policía, iban incluso más pulcros que de costumbre; los botones de su uniforme, recién bruñidos, brillaban a la luz de las numerosas lámparas de parafina. Mitchel y el resto de los que se dedicaban a la pesca del salmón formaban un corro en otra esquina.

Pero tanto ellos como casi todos los demás presentes naturales de Port Errol estaban callados, y si hablaban era de cuestiones particulares; casi todo el parloteo provenía de los abundantes foráneos, agrupados en el centro de la estancia, que hablaban y reían en voz alta. En medio de ellos se encontraba el novio, el más jovial de todos, aunque, entre risa y risa, no cesaba de dirigir vistazos hacia la puerta. El marinero Willy tuvo un alegre recibimiento, y tanto el anfitrión de la fiesta como el novio cogieron una botella y un vaso y le propusieron brindar con ellos.

—¡Por la novia! —dijo, pero al ver que nadie más bebía, dio una palmada en el hombro al novio—. ¡Vamos, bebe conmigo, muchacho! —añadió.

Este, al cabo de una pausa, se sirvió de la botella de MacDonald. Willy se fijó en ello y, alzando su vaso, dijo:

—¡Vamos, muchacho, bebamos! ¡Hasta el fondo! —exclamó. Echó atrás la cabeza y bebió el licor de un trago, pero no sin dejar de vigilar al otro,

quien, en lugar de tomar su bebida, se la derramó por la poblada barba. Pretendían quitarlo de en medio por las buenas o por las malas.

Pocos minutos después, el marinero Willy se acercó a la puerta, y en cuanto el párroco abrió el libro de rezos, se dispuso a salir. Tammas Mac lo vio, y le dijo:

—¿No te quedas, marinero Willy? Seguro que puedes esperar hasta ver a Tam Keith casarse con mi zagala.

—Debo salir un momento —respondió—. Tengo cosas que hacer, y luego quiero convencer a Maggie para que venga y baile conmigo.

Y antes de que nadie pudiera decirle nada más, salió.

Una vez en el exterior, sin demora, rodeó el granero hasta la parte trasera y, corriendo, cruzó las dunas, atravesó el puente de madera y, apresurándose por el camino que pasaba junto al *cottage* del acantilado, llegó a caseta de vigilancia.

Sin perder ni un instante, dispuso las señales para pedir ayuda, y cuando los cohetes se elevaron siseando, llenando el cielo de un resplandor blanquecino, sintió que el caso había pasado a otro nivel.

Ya era noche cerrada y la oscuridad resultaba impropia del mes de agosto. Los jirones de niebla marina, que el viento rizaba, eran cada vez más escasos y tenues, y en ocasiones una abertura entre las nubes en movimiento revelaba que, más allá de la niebla y las tinieblas, brillaba un cielo estrellado. Willy Barrow comprobó una vez más sus armas y se aseguró de que el resto de señales estuvieran preparadas. Se colgó el revólver y el alfanje del cinto, y encendió una linterna ciega, para así tenerlo todo listo en caso de necesidad. A continuación salió de la caseta de vigilancia, cerrando la puerta tras él, y tras otear la bahía hasta la altura de los Scaurs, que se alzaban al extremo, se encaminó al norte, en dirección a la desembocadura del río Watter. Entre el acantilado y la caseta de vigilancia había una grúa utilizada para elevar las rocas de granito que se amontonaban en la base de aquel, y, al acercarse, se detuvo instintivamente y dijo:

—¿Quién anda ahí?

Había sentido, más que visto, la presencia de alguien.

—Solo soy yo, Willy —dijo una suave voz, y una mujer salió de detrás de la grúa.

—¡Maggie! Querida, ¿qué haces aquí? Pensaba que ibas a la boda.

—Sabía que tú estarías aquí y quería hablarte —dijo ella en voz muy baja.

—¿Cómo sabías que yo no estaría en la boda? Pensaba reunirme allí contigo, si me era posible.

—Vi a Bella Cruickshank darte el telegrama cuando ibas a la oficina de correos y… entonces supe que tenías algo que hacer. ¡Oh, Willy, Willy! ¿Por qué te apartas de mí? —dijo ella, porque el marinero Willy había interrumpido su abrazo y retrocedido unos pasos en cuanto vio que su amor y su trabajo entraban en conflicto.

—Estoy pensando, Maggie —respondió con cruda sinceridad—, que no puedo detenerme a hablar contigo. Puede que esta noche tenga mucho trabajo.

—Eso me temía, Willy, eso me temía.

Willy se sintió conmovido, creyendo que ella estaba preocupada por él.

—Está bien, querida. Está bien —respondió con ternura—. No hay peligro. Y, en caso de que lo hubiera, estoy preparado —dijo deslizando la mano por la culata del revólver colgado al cinto.

Para sorpresa de él, Maggie soltó un hondo gemido y se dejó caer sentada en el banco de turba que tenía al lado, como si le hubieran fallado las fuerzas. Willy no supo que decir, por lo que siguió un silencio, hasta que Maggie dijo atropelladamente:

—¡Dios mío! Es horrible alzar tu mano, y de modo tan implacable, contra tus propios vecinos. No sabes el daño que puedes hacer.

—En efecto, muchacha —dijo Willy, que ahora sí encontró las palabras —, es un trabajo difícil, sin duda. Pero esa es exactamente la razón por la que a hombres como a mí se nos asigna este trabajo, porque cumpliremos con nuestro deber por costoso que resulte.

Al cabo de otra pausa, Maggie volvió a hablar. Willy no le veía la cara; ella parecía hablar entre jadeos, como si le faltara el aliento.

—¿Esperas trabajo peligroso?

—Sí… Eso me temo.

—Imagino que el telegrama decía que unas embarcaciones intentarán acercarse a tierra esta noche.

—Puede, muchacha. Pero mis telegramas son secretos y no debo hablar de su contenido.

Al cabo de una pausa prolongada, Maggie volvió a hablar, pero en voz tan baja que él apenas pudo oírla entre el bramido de las olas y del viento.

—Willy, tú no eres un hombre cruel. Si pudieras evitarlo, nunca harías daño a alguien que te quiere, ni irías contra su familia.

—No, muchacha, no haría tal cosa.

Al pronunciar estas palabras, sintió que se le encogía el corazón. ¿Qué significaba aquello? ¿Era posible que también Maggie estuviera implicada en el contrabando? ¡No, no y mil veces no! Avergonzado de sus sospechas, se

arrimó a ella y le pasó un brazo sobre los hombros en gesto protector. Aquella inesperada demostración de ternura fue demasiado para la chica, que, rompiendo a llorar, se refugió contra el cuello de Willy, y, entre sollozo y sollozo, le susurró:

—¡Oh, Willy, Willy! Estoy metida en un lío del que no puedo hablarte, ni a ti ni a nadie en el mundo.

—Cuéntamelo, querida. Pronto estaremos casados y entonces tendré derecho a saberlo todo.

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡No puedo! —dijo ella, y, soltándose del cuello de él, entrechocó con fiereza sus manos.

Willy estaba asustado, ya que los apuros de una mujer afectan a un hombre fuerte de manera directamente proporcional a su virilidad. Trató de calmarla, como si ella no fuera más que una chiquilla asustada, y la apretó contra él.

—Tranquila, tranquila, querida, no llores. Estoy aquí, contigo, y puedes contarme todo lo que te preocupa.

Ella negó con la cabeza; él sintió el gesto contra su pecho, así que añadió:

—No estés asustada, Maggie. Cuéntamelo todo. Cuéntamelo con calma y quizás yo pueda ayudarte.

A continuación él guardó silencio y los sollozos de ella fueron aplacándose. Finalmente, la chica alzó la cabeza y se enjugó las lágrimas con la mano. Volvió a apartarse de él. Willy intentó retenerla, pero ella dijo:

—No, no, Willy, querido. Déjame contártelo a mi manera. Si no puedo confiar en ti, ¿en quién voy a hacerlo? En realidad, el problema no es mío.

—Entonces, ¿de quién es?

—De mi padre y de mis hermanos.

A continuación ella se lanzó a hablar a toda prisa, temerosa de que le flaqueara el valor, y él escuchó en completo silencio, presa de una congoja creciente.

—Ya sabes que hace bastantes temporadas que nuestro barco tiene mala suerte, hemos pescado menos y perdido más redes que los otros barcos. Y en tierra tampoco nos ha ido bien. Nuestra vaca murió y luego se derrumbó el cobertizo, y tuvimos plaga en las patatas. Padre no podía hacer nada más, así que tuvo que pedir dinero prestado poniendo nuestro barco como aval para poder seguir trabajando, y la deuda creció y creció, hasta que ahora ya solo es dueño del barco de palabra, y en cualquier momento nos lo pueden reclamar. Y el hombre que le dio el dinero no está dispuesto a perdonarle la deuda ni a dar más tiempo.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? —preguntó Willy con voz áspera.

—Mendoza, el hombre de Hamburgo que concede préstamos a barcos en Peterhead.

Willy gruñó. Vio en su mente el rostro adusto, cruel y pálido con el que se había encontrado hacía apenas unos minutos, y lo vio entregando sus regalos al hombre y a la mujer a los que había comprado para sumarlos a su plan perverso. Cuando Maggie oyó el gruñido, crecieron su valor y sus esperanzas. Si su amado se tomaba tan a pecho la cuestión, era posible que todo acabara bien, y en un instante toda su feminidad entró en juego. El miedo había derribado las barreras que contenían su pasión, y ahora esta quedó liberada con toda la energía de una naturaleza virgen. Estrechó a Willy contra ella, abrazándolo con más fuerza todavía, y le susurró con una voz suave y dulce, que palpitaba de emoción.

—Willy, Willy, querido, no dejarás que nada malo le pase a mi padre, ¿verdad?

Y arrastrada por la ola de pasión arrolladora y voluptuosa, lo besó en la boca. Willy quedó aturdido. El amor también tiene sus opiáceos, que lo calman y aturden incluso cuando más intenso es. Abrazó con fuerza a Maggie, y por un momento sus corazones latieron uno contra el otro y sus bocas respiraron el mismo aire. A continuación Willy retrocedió pero Maggie siguió sujetándolo. El tumulto de la naturaleza rompió el hechizo del silencio de la pareja. Willy recordó quién era y dónde se encontraba, con las olas rompiendo a sus pies, y el viento nocturno, cargado de niebla salada, surcando la noche, silbando entre las rocas y arrancando lamentos al hacer vibrar los cabos y los estays del mástil que se elevaba al filo del acantilado. Albergaba un gran miedo, así como un ardiente deseo, de terminar de saber cuanto había en la cabeza de su amada.

—¡Sigue, Maggie! ¡Sigue!

Maggie se recompuso y retomó el hilo del relato, esta vez con un ritmo febril. El momento de pasión la había intranquilizado y desorientado. Se veía a sí misma como dos personas diferentes: ella misma y otra que le resultaba nueva y a la que temía; pero, tratándose de una mujer, sintió que, habiendo comenzado a hablar, debía concluir, y su coraje femenino le prestó sustento.

—Hace unas semanas mi padre empezó a recibir unas cartas del señor Mendoza que le molestaron mucho. Escribió y envió respuestas de inmediato. Entonces el señor Mendoza le mandó un telegrama desde Hamburgo y él también lo contestó; y un mes después padre recibió un telegrama donde decía que debían verse en Peterhead. Padre al principio se enfadó mucho, y

luego se quedó muy desanimado; pero fue a Peterhead, y cuando volvió estaba muy callado y pálido. No quiso comer nada y se fue de inmediato a la cama, aunque no eran más que las siete. Luego hubo más cartas y telegramas, pero padre no respondió ninguno, que yo sepa, y entonces el señor Mendoza se presentó en nuestra casa. Padre se quedó tan blanco como una sábana cuando lo vio, y luego se puso colorado y se enfadó mucho, y yo pensé que iba a pegarle, pero el señor Mendoza le dijo que haría mejor en no asustar a su hija, y padre se quedó callado y luego me mandó a hacer un recado al molino de Nether. Cuando volví, el señor Mendoza ya se había ido, y padre estaba sentado con la cara entre las manos y no me oyó entrar. Cuando lo saludé, se asustó. Estaba blanco como una sábana, murmuró algo y se metió en su habitación. Desde entonces apenas habla con nadie y siempre me evita. La última vez que zarpó, ni siquiera me dio un beso. Por eso, Willy, tengo miedo de que ese horrible señor Mendoza le haya obligado a hacer algo que no quiere, ¡y todo esto me está rompiendo el corazón!

Y de nuevo ella reclinó la cabeza sobre el pecho de su amado y lloró. Willy respiró aliviado, pero no podía permitirse albergar ni la menor duda, y su valor nunca se vio puesto más a prueba que al formular la siguiente pregunta:

—Entonces, Maggie, ¿no sabes nada a ciencia cierta?

—Nada Willy. Pero tengo miedo.

—Pero puede ser que, al fin y al cabo, no suceda nada.

Las esperanzas de Maggie volvieron a avivarse, pues algo en la voz de su amado le dijo que estaba ansioso por aferrarse a un clavo ardiendo, y, una vez más, su naturaleza femenina se impuso a su capacidad de discernir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—Willy, ruego a Dios que no suceda nada, pero mucho me temo algo va a pasar. Aunque tenemos que actuar como si no estuviéramos preocupados. No servirá de nada sospechar de mi pobre padre sin motivo. Ya sabes que el conde le ha prometido el cargo de jefe del puerto. El viejo Forgie está postrado en cama, y cuando llegue el invierno no podrá ni acercarse al trabajo, así que el conde le va a dar una pensión y el cargo será para padre, y también la casa junto al puerto que viene con él; y ya sabes lo que todo el mundo dice de padre: todos lo respetan.

—Cierto, muchacha —la interrumpió Willy—, es verdad. Y, en ese caso, ¿por qué tú y yo pensamos que puede llegar a actuar mal para complacer a ese sinvergüenza de Mendoza?

—Creo que, en realidad, Mendoza quiere que lo ayude precisamente porque todos lo respetan. Sabe muy bien que nadie sospechará de padre, y además —la chica volvió a estrechar entre sus brazos a su amado, calentándole el rostro con su aliento, hasta dejarlo medio borracho de voluptuosidad— sabe que mi amado nunca causaría ningún mal a mi padre.

Incluso en aquel momento, cuando la tragedia de su vida parecía haberse consumado, cuando la mujer a la que quería y respetaba le urgía a incumplir su deber, Willy Barrow no podía evitar pensar que la responsabilidad de lo que ella estaba haciendo recaía sobre él. Aquel primer beso de pasión, que parecía haber descerrajado las puertas del alma de la chica, alma que ya se había rendido a Willy, implicaba una suerte de vínculo o responsabilidad, como la que reside en el anillo de matrimonio. La Maggie que actuaba de aquel modo era su Maggie, y él se hallaría implicado en todo lo que surgiera de aquel comportamiento. Pero él había tomado una firme decisión: nada, ni siquiera los besos o los temores de Maggie, lo apartaría de la senda del deber; resuelto en su parecer, pudo permitirse guardar silencio mientras seguía abrazando a la chica. Maggie supo instintivamente que, en aquel momento, el silencio era su mejor arma, y no dijo ni una palabra mientras caminaban hacia la caseta de vigilancia, con Willy lanzando vistazos atentos hacia el mar y en ambos sentidos de la costa sin dejar de avanzar. Una vez a cobijo, con el bramido de la rompiente acallado, Maggie volvió a acurrucarse contra su amado, y le susurró al oído mientras él miraba hacia Cruden Bay.

—El *Sea Gull* vuelve esta noche a casa.

Willy tuvo un escalofrío pero, por un momento interminable, guardó silencio.

—Les costará entrar a puerto en una noche como esta —respondió por fin —. Mira. Las olas se están levantando y el viento arrecia. Sería una locura intentarlo.

—¿No puede atracar en otro sitio? —susurró ella—. En Buchan hay otros fondeaderos además de Port Erroll.

Willy se rio al estilo de un hombre fuerte buen sabedor de lo que dice.

—¿Otros fondeaderos? Sí, muchacha, hay otros, pero todavía no se ha construido la embarcación capaz de alcanzarlos en una noche así. Con temporal del sureste, ¿quién se atrevería a intentarlo? Están Bullers, Robie’s Haven, Dunbey, Twa Havens, Lang Haven o la desembocadura del Watter. Pero cualquiera acabaría hecho astillas contra las rocas antes de dar la primera virada o de aflojar las velas.

Ella lo interrumpió, desesperada.

—Entonces, ¿no tienes que vigilar ninguno de esos sitios esta noche?

—No, Maggie. Lo que tengo que vigilar es Port Erroll, de donde no pienso moverme.

—¿Y la desembocadura del Watter? ¿Es seguro dejarla sin vigilar? No está lejos del puerto.

Una vez más, Willy se rio de un modo arrogante, masculino, que hizo que Maggie, pese a todo lo que tenía en la cabeza, lo admirara más que nunca.

—¿La desembocadura del Watter? —respondió él—. Tratar de entrar ahí con este viento es arrojarse a los brazos de la muerte. Zarpar de allí con el tiempo que hace ya requeriría de todas las habilidades de cualquiera, no digamos atracar. Y además, las probabilidades de despedazarse después contra las rocas de fuera serían de diez a una.

Señaló hacia donde una línea de rocas afiladas asomaba sobre el oleaje en el costado sur de la ensenada. Ciertamente, no era un lugar donde alguien quisiera acabar, ya que las grandes olas rompían con un rugido contra ellas, e incluso en la semioscuridad alcanzaban a ver el agua verterse en blancos regueros por el lado de sotavento de las peñas en los intervalos entre olas. El blanco cúmulo de rocas asemejaba una boca fantasmal capaz de engullir cuanto se pusiera a su alcance. Maggie se estremeció, pero pareció tener una idea repentina, pues se apartó brevemente de su amado y miró hacia la negra abertura entre las rocas: la desembocadura del río Watter, apenas visible desde donde se encontraban ellos.

Y a continuación, tras dirigir al cielo una larga mirada suplicante, como si lanzara una oración que no se atreviera a pronunciar con palabras, se volvió hacia su amado. Una vez más se arrimó contra él, le rodeó el cuello con los brazos y, entre jadeos y pausas, dijo:

—Si el *Sea Gull* llegara a puerto esta noche, y si alguna de las amenazas que temes te llevara a Whinnyfold o a Dunbuy, quizás llegarías tarde, solo un poco tarde, y no verías entrar el barco y así…

Se interrumpió, asustada, porque Willy la apartó de sí, y no de manera amable, y le dijo, con tanta severidad que cada palabra le dolió como un latigazo, haciéndola encogerse, temblar y retroceder.

—Maggie, muchacha, ¿qué me estás diciendo? No está bien que digas eso, ni que yo lo escuche. Ya es bastante malo ser un contrabandista, ¿pero en qué quieres convertirme? No solo en contrabandista, ¡sino también en un perjuro y un traidor! ¡Por Dios! ¿Estoy equivocado? ¿Es eso lo que quieres de mí? Maggie MacWhirter, si eso es lo que me pides, que Dios nos ayude. ¡No eres mujer para mí!

Maggie se percató en un segundo de lo que estaba pidiendo al hombre que amaba, y al que había llegado a querer precisamente por su fortaleza, valor y honestidad. Repudiando sus anteriores sentimientos, se hincó de rodillas a su lado, le tomó una mano y la estrechó, y, pese a todos los esfuerzos de él por liberarla, ella la besó enfervorecida, llevada por la humildad fruto de la vergüenza de sí misma, e hizo llover sobre él súplicas de perdón, justificaciones y peticiones de compasión hacia su padre.

—¡Oh, Willy, Willy, no me des la espalda esta noche! Son tantas las preocupaciones de mi corazón que me estoy volviendo loca. No sabía qué hacer ni a quién pedir ayuda. Pensaba y pensaba y pensaba y todo lo veía negro, la misma negrura que veo en el mar cuando lo escruto en busca de mi padre. Y ahora, cuando espero que me ayudes, tú, que eres todo lo que tengo, y la única persona del mundo a la que puedo acudir, lo único que consigo es que me des la espalda. Aquel al que quiero, sí, al que quiero más que a mi vida y a mi alma, le busco la deshonra y hago que me odie. ¡Qué voy a hacer ahora! ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

Y volvió a entrechocar las palmas de sus manos, desesperada, mientras Willy la contemplaba con el corazón colmado de dolor y compasión, pese a lo cual su resolución no flaqueó.

—¡Willy, Willy! ¡Perdóname, perdóname! Fue una tontería decir lo que dije. Fui una tonta por pensar que llegarías a rebajarte, una tonta por creer que me gustaría que te traicionaras a ti mismo. Perdóname, Willy, perdóname, y haz como si mis palabras no hubieran ido dirigidas a ti sino a la tormenta, que tanto me acongoja cuando pienso en mi padre. Permíteme retirarlo todo, Willy, querido, Willy, mi Willy, y no me abandones con esta nueva pena.

Cuando ella volvió a besarle la mano, él se inclinó y la hizo levantarse y la apretó contra él, rodeándola con sus fuertes brazos. Y entonces, cuando ella se sintió segura, la misma emoción histérica volvió a recorrer su cerebro y sus venas, el abandono a su amado la superó.

—Willy —susurró besándolo en la boca y en el cuello—, me has perdonado, sé que lo has hecho, igual que sé que no causarás daño a padre si puedes evitarlo, pero si…

Lo que iba a decir a continuación ni siquiera ella lo sabía. En cuanto a Willy, vio que se avecinaban más palabras que sería mejor no pronunciar, y sus músculos se tensaron inconscientemente, aprestándose a apartarla de él. Ella se percató del cambio y se aferró, con más fuerza si cabía, con una tenacidad fruto del temor a un peligro que se avecinaba. Ninguno de ambos tuvo que hacer nada por resolver la situación, dado que esta lo hizo por sí

sola; en aquel instante en que a los labios de la chica se asomaba la sugerencia de traicionar el deber, llegó desde el pueblo el potente silbido de un cohete.

A cien pies por encima de ellos, el resplandor de los estallidos rojos y azules iluminó la costa desde los Scaurs hasta Dunbuy; y, con una inteligencia instintiva, Willy se percató con un solo golpe de vista de todo cuanto estaba sucediendo, incluyendo el gran número de hombres que vio abajo, en el puerto, escudados tras el dique del azote de las olas mientras miraban hacia el mar. Por instinto también contó los segundos hasta el lanzamiento del siguiente cohete: uno, dos, tres…, y entonces otro chirrido y otro estallido de luz. Y una nueva pausa, de seis segundos esta vez, y el tercer cohete subió hacia el cielo, portando su resplandeciente mensaje. A continuación las tinieblas parecieron más oscuras que nunca.

Para entonces el hombre y la mujer se habían separado no solo en espíritu sino también físicamente. Willy, concentrado en su trabajo, había salido de la caseta de vigilancia para poder abarcar con la vista toda la bahía y los dos sentidos de la costa, al mismo tiempo que la totalidad del puerto. Se hallaba en pie, con los pies separados, ya que en al borde expuesto del acantilado el viento soplaba con fuerza, y cuando alzó el catalejo para estudiar el horizonte el viento hizo flamear su chaqueta, mostrando la culata del revólver y la empuñadura del alfanje. Maggie estaba detrás de él, escrutando el mar no con menos atención que él, expectante asimismo. Sentía como si el corazón se le hubiera detenido, si bien respiraba entrecortadamente, y no se atrevía a decir ni una palabra ni a hacer nada que alterara la seriedad profesional del hombre. Durante todo un minuto permanecieron así, y entonces, mar adentro, al sur, vieron una débil luz azul, y a continuación otra, y otra, hasta que una hilera de tres luces brilló en el cielo.

Inmediatamente, un cohete solitario se elevó desde el pueblo; esta vez no uno colorido, de los utilizados habitualmente para hacer señales, sino otro que no dejó más que una estela blanca tras él. Willy volvió a mirar hacia el mar, pero no hubo nuevas señales procedentes del distante barco; la comunicación había concluido. El guardacostas no estaba seguro de lo que significaba, pero Maggie no necesitaba ninguna explicación.

—¡Willy! —dijo con voz débil.

A Willy aquella llamada vacilante le ablandó el corazón, pero, temiendo que ella tratara una vez más de tentarlo, respondió con toda la frialdad y aspereza de la que fue capaz.

—¿Qué hay, muchacha?

—Willy, ¿vas a hacer daño a mi pobre padre?

—No, Maggie. No si puedo evitarlo. Pero debo cumplir mi deber en cualquier caso.

—¿Y debemos cumplir con nuestro deber, sea cual sea este, cueste lo que cueste?

—¡Sí, muchacha, cueste lo que cueste!

Habló ahora con firmeza, y su tono no admitía dudas en cuanto a su sinceridad. Las esperanzas de Maggie se extinguieron. No podía permitirse vacilar ante la dura tarea que le aguardaba, acercándose por el mar. Se concedió una última flaqueza, y habló con tanta timidez que Willy quedó sorprendido; nunca la había oído hablar en aquel tono.

—Y si… y fíjate en que digo «si», Willy, y si yo tuviera un deber que cumplir, y este me atemorizara y pudiera entrañar peligro, y tú pudieras librarme de él, ¿lo harías?

Mientras aguardaba la respuesta, el corazón le latía tan rápido y con tanta fuerza que Willy llegó a oírlo. Toda su vida, pensaba ella, dependía de aquella respuesta.

—Maggie, Dios, que nos contempla, sabe que no tengo nada más que decir. No sé a qué te refieres, pero me asusta. Debo cumplir mi deber, sean cuales sean las consecuencias.

Siguió una prolongada pausa, tras la que Maggie retomó la palabra, pero en esta ocasión en un tono muy diferente, que hizo que en el corazón de Willy su amor se multiplicara por diez.

—Willy, abrázame. No soy indigna de ello, aunque por un momento he flaqueado.

Él la estrechó contra sí y, cuando sus labios se encontraron, susurró:

—Maggie, querida, nunca te he querido más que ahora. Moriría por ti si así pudiera ayudarte.

—Calla, mi amor. Ya lo sé. Pero no eres tú el único con un deber que cumplir. Yo también tengo uno, importante y complicado.

Sus palabras se extinguieron en el abrazo apasionado que las siguió. Luego, cuando Willy menos se lo esperaba, ella se zafó y echó a correr a través de la oscuridad, surcando el campo que mediaba entre ellos y su casa, mientras que él retomó tercamente su vigilancia, a la espera de otra comunicación entre el mar y la costa.

ROSAS DE BENGALA

(Bengal Roses)

Capítulo I

Una caja de flores había llegado por correo desde Niza. El ambiente en el estudio era caluroso y cargado, pese a las ventanas abiertas, así que cuando la abrí, la fragancia de las rosas colmó la estancia. Tomé las que se encontraban en la parte superior, un manojo magnífico de rosas de Bengala de color rosa, pero el momento de gloria de esa especie es breve, y el viaje había sido largo; el mero hecho de levantarlas bastó para concluir la labor de destrucción. Me quedé con un manojo de tallos desnudos, mientras que la alfombra verde musgo se cubrió de anchos pétalos.

Y entonces, una riada de recuerdos me arrastró, ayudada por el mejor de los recursos mnemotécnicos: un perfume antaño familiar. Encendí un cigarro, tomé asiento en mi sillón, junto a las rosas, y la luz del atardecer de julio palideció y palideció hasta dejarme sentado a solas en la oscuridad. Veinte años de anhelos, luchas y éxitos quedaron borrados, y reviví un antiguo capítulo de mi infancia, de novelescas características. Todo regresó a mí de manera tan vívida que aniquiló el tiempo y el espacio. No me limité a recordar, ¡todo volvía estar allí! ¡Ay! Aquel capítulo de amor infantil y celos, tal como fue, sin haber envejecido nada. Volví a recordar cómo lo sucedido afectó a varias vidas y reviví el pasado.

* * *

Un grato y antiguo jardín en una rectoría rural, con espalderas cargadas de exuberantes rosas de Bengala. En las proximidades: estirados y añosos tejos, enebros y thujas. Pero las espalderas con rosas eran, con diferencia, lo más hermoso, y lo que ahora llena mis recuerdos.

Al lado, un propietario anterior había colocado un antiguo banco griego de mármol. Era este uno de mis rincones favoritos, y allí solía ser donde estudiaba mis lecciones y leía con enorme interés cuantas novelas podía conseguir. Siendo un niño de salud delicada, me habían enviado a vivir con el rector, donde podría disfrutar de mucho ejercicio, aire puro y de la vida en el campo. El señor Petersen era un anciano y, aunque nunca llegó a ser un sabio propiamente dicho, resultaba, para un muchacho como yo, un profesor excelente. La señora Petersen era casi tan anciana como su esposo, y como la pareja no vivía precisamente en la abundancia, no me cabe duda de que, aunque les costaba ganarse el dinero que mis padres les enviaban, este suponía un añadido bienvenido a su economía. Solo había una sirvienta en la casa; el jardinero se encargaba de las vacas, de los cerdos y de mi *pony*, los únicos animales que tenían. Al cabo de un tiempo me volví un niño fuerte y sano, y tomé la costumbre de dar largos paseos por los alrededores. Estudiaba el mapa del condado que colgaba en el salón de la rectoría para elegir mis destinos, y de ese modo llegué a adquirir unos conocimientos de la geografía local que, sin duda, no compartía mi tutor, cuya edad y circunstancias, además de su afición por la vida serena y aislada, alejaban de tales ejercicios. Yo no tenía ninguna compañía de mi edad, salvo cuando estaba en mi casa de Londres, porque en Westoby Puerorum los niños no abundaban y yo no tenía mucho en común con los pocos que había. Coincidíamos en la escuela dominical, pero como a mí no me hacían gracia sus payasadas ni sus continuas trolas, me dejaron de lado, dándome por imposible, pero no sin que yo les demostrara en un par de peleas que no era ningún cobarde.

Tenía yo unos doce años cuando nuestro pequeño círculo doméstico disfrutó de una incorporación: una nieta de la señora Petersen, fruto de su primer matrimonio, una huérfana, sin casa ni amistades. Antes de su llegada, la anciana pareja mantuvo preocupadas conversaciones al respecto y sobre las posibles consecuencias de la presencia en casa de la joven. Estaba claro que existía algún antiguo motivo de preocupación, y una vez oí un fragmento de conversación que me dejó perplejo. Estaba hablando la señora Petersen.

—Eres muy bondadoso, Edward, querido, y aprecio tu buena disposición, pero no es correcto que cargues con alguien que ni siquiera forma parte de tu familia. Arabela siempre eligió hacer las cosas a su modo, pese a mi parecer y al de su pobre padre, y puede que su hija siga el mismo camino. Tú y yo hemos vivido muy tranquilos durante todos estos años, como para permitir ninguna molestia en forma de alguien a quien nunca hemos visto.

La anciana se enjugó una lágrima silenciosa.

—Nada de eso, querida —dijo el rector—. Bien puedo decir lo mismo que Ruth le dijo a Noemí: «Tu gente será mi gente». Y, querida, tu Dios y el mío es también el de ella, y todos somos hijos de Su familia. Deja venir a la pequeña. No dudo que Él velará por nosotros y contribuirá a que todo llegue a buen término.

Y así fue como Bella Devanti vino a vivir con nosotros.

No creo que hubiera nadie que se alegrara más que yo. Los ancianos, preocupados por el futuro, y la criada, que preveía un panorama con más tareas, más comida que cocinar, más ropa que lavar y otra cama que hacer, se quejaban al jardinero, quien, pese a que no tenía motivos para temer trabajo añadido, se quejaba asimismo, comprensivamente. En cuanto a mí, no albergaba preocupación alguna. Supongo que en aquellos días creía, como todos los niños, que las camas se hacen, la comida se cocina y las ropas se lavan por sí solas, gracias a una disposición particular de la providencia, para beneficio de la infancia. El polluelo que abre el pico para recibir el alimento obtenido gracias al instinto de sus padres no se detiene a pensar de dónde procede. Tal pensamiento llega más adelante, cuando son otros los picos abiertos y las vocecillas que claman de necesidad.

Cuando Arabella Devanti llegó a casa, yo procedí, con la premura egoísta del escolar, a enamorarme de ella, pese a la ancha brecha de cinco años de edad que había entre nosotros. A la hora de rendirme ante ella, no estuve solo, ya que todos en la casa compartieron el sentimiento. Incluso la criada y el jardinero se sintieron complacidos con ella, y, como suele suceder en casos tales, cambiaron el tono o el motivo de sus quejas, ya que, por supuesto, las quejas eran perpetuas. Cuando María, que era la criada, comprobó que la señorita Devanti insistía en hacer su propia cama y en ocuparse de sí misma, tal como aseguraba haber hecho siempre, se rebeló. Al final llegaron a un acuerdo: Bella podría ayudar en la cocina, siempre que dejara a María las tareas más duras de la casa. Sus encantadoras costumbres foráneas supusieron un nuevo motivo de placer, ya que, no me queda más opción que reconocerlo, con ella la comida mejoró mucho en la rectoría. Cocinaba platos con huevos con los que continúo soñando.

Bella y yo nos hicimos buenos amigos desde el primer momento. Ella me ayudaba con mis clases, me instruía en música y dibujo; yo le enseñé a montar mi *pony*, y a jugar al críquet, al mallo y a otros juegos anticuados que nos gustaban en la rectoría. Cada día, si el tiempo lo permitía, nos sentábamos en el antiguo banco de mármol, y, durante todo el verano, las rosas de Bengala dejaban caer sus grandes pétalos sobre el verde musgo que cubría el

suelo. Allí estudiaba yo mis lecciones; Bella era una buena maestra, que no toleraba ni el menor error ni falta de atención. No tardé en percatarme del poder que tenía sobre mí, así como que si quería algo de ella, antes debía haber terminado todo mi trabajo.

Tres años transcurrieron de ese modo, para entonces yo ya era un mozo de buena talla, que empezaba a verse a sí mismo como un hombre. En la escuela, ese sentir suele encontrar expresión externa en forma de abundancia de sombreros y corbatas bien escogidas; pero esas exhibiciones quedaban fuera de mi alcance en nuestra sencilla vida rural, ni siquiera el aumento de mi pasión por Bella me llevó a hacer nada para atraer su atención sobre mí. Ella siempre era muy amable conmigo, y existía entre ambos un genuino afecto. Acostumbraba ella a contarme todos sus secretillos, y yo a ella los míos. Aun así, yo nunca me sentía del todo satisfecho. No había ese completo abandono de uno mismo, la renuncia a la propia individualidad en favor de la otra persona que el enamorado masculino demanda incluso desde la misma cuna. Hasta en las ensoñaciones diurnas que compartía conmigo, para ella siempre existía un orden de cosas más allá del actual, algo que se encontraba por llegar y que sería muy diferente a lo que ahora existía. De hecho, en sus fantasías, un desconocido entraría en escena y nos seduciría a ambos con su valor, belleza y galantería. Con una aparente generosidad, ella siempre insistía en que compartiría conmigo la compañía del intruso, y, ante mis quejas enojadas y mi rechazo a estar en su odiosa presencia, ella se sonrojaba y reía, y luego, poco después, trataba de aplacarme mediante alguna concesión a mis deseos; aunque, en realidad, lo que yo quería era muy diferente. Lo cierto es que me puse muy celoso, y la mirada penetrante de los celos hallaba alimento en todo y por doquier. Pese a que quería a Bella más que nunca, había momentos en que también creía odiarla.

Fue por aquel entonces cuando se produjo un descanso en la monotonía de nuestras vidas en Westoby Puerorum. Nuestro terrateniente había sido en su juventud discípulo del señor Petersen, manteniéndolo su padre alejado del pueblo hasta haber concluido sus estudios universitarios; y desde entonces, siempre que el joven terrateniente —ahora, simplemente, el terrateniente, y en absoluto joven ya— iba a Westoby Grange tenía el detalle de hacer una visita a su antiguo tutor. Esto le suponía un desplazamiento, ya que Grange estaba en Westoby Magnus, a unas ocho millas. Había estado mucho tiempo ausente, dado que pasaba los inviernos fuera del país, y era dueño de varias propiedades más, así que pasaba los veranos acá y allá. Durante la mayor parte del tiempo vivía en su residencia principal, a unas doscientas millas,

donde las tierras eran más altas y el aire más vigorizante. En aquella ocasión lo acompañó nada más que un pequeño séquito a Grange, y cuando fue a visitar al señor Petersen, llevó consigo a un joven caballero por el que yo de inmediato sentí aprecio. Fue solo al descubrir que Bella sentía lo mismo, cuando comencé a ver en él malas cualidades. Parecía sincero como un niño, siendo capitán en un regimiento de caballería de postín. Antes de que nos percatáramos de ello, y de que no diéramos cuenta de que en realidad no era más que un desconocido, ya estaba sentado en el banco de mármol entre Bella y yo. Incluso después de advertir sus malas cualidades —puede que algunas de mi invención—, yo no podía evitar que me gustara. Era un tipo atractivo, brillante, jovial y de maneras cautivadoras; pero yo no podía perdonar que a Bella también le gustara, y cuanto más celoso me ponía yo, más irrazonablemente enfadado estaba con ella. Él no se quedó mucho tiempo, ya que la visita del terrateniente fue fugaz; pero antes de irse prometió volver desde Cotterham, donde estaba acuartelado, y traerme unas moscas fabricadas por él mismo, y que creía más apropiadas para las aguas de nuestro condado. Cuando se hubo ido, Bella y yo nos sentamos a hablar de él a la sombra de las rosas de Bengala, que nos protegían del sol de la tarde. Yo me enojaba cada vez que Bella encontraba nuevos motivos de admiración en él, así que, al cabo de un rato, desvié la conversación. Para entonces ya estaba atardeciendo, y era nuestra costumbre buscar en las nubes que acompañaban la caída del sol inspiración para nuestras fantasías. Esa tarde, ya fuera por instinto o con intención, fui más concreto que nunca a la hora describir al héroe que estaba por llegar, haciéndolo, en cada aspecto, opuesto al capitán Chudleigh, y llegando a convertirlo en un gran noble, en lugar de una mera persona «honorable», el mero hijo de alguien ilustre, como sucedía con el capitán. Bella no manifestó cómo sería, según ella, el héroe por venir, pero a medida que yo hablaba, disintió conmigo punto por punto. Eso me enfadó mucho, así que, llevado por mi infantil petulancia, me puse en pie y, ardientemente, le solté:

—Creo que estás enamorada de él, Bella. Quédate con él si lo quieres. ¡A mí no me importa!

Ya me alejaba a zancadas cuando ella se puso en pie y me ordenó, con tono imperioso, que volviera, cosa que hice sin ofrecer oposición alguna. Ella había vuelto a sentarse en el banco; estaba muy pálida y sus oscuros ojos brillaban. Mantuvo las manos sobre el corazón un momento, al cabo del cual me dijo:

—Robert —esto fue desconcertante, porque hasta entonces siempre me había llamado Bobby—, Robert, no tienes derecho a decirme algo así, ni a mí ni a nadie. Tú eres un caballero de nacimiento, y no hay nada que justifique tal afrenta. Interpretaré que no sabes de lo que hablas y que estás enfadado, aunque los motivos de esto último se me escapan. ¡Pero esto nunca debe volver a ocurrir! Te estás haciendo lo bastante mayor como para pensar lo que dices.

Me sentí profundamente frustrado. «Haciéndome mayor». Yo, ¡que llevaba años cultivando mi pasión por toda una mujer! Me dejó sin palabras.

Permanecí un rato sentado en silencio, me sentí enrojecer y empalidecer a continuación; y entonces me asaltó un arrebato de sentimiento, y, por mucho que traté de impedirlo, las lágrimas me anegaron los ojos y se escurrieron entre los dedos con que intenté taparme la cara. El humor de Bella cambió en un instante, pasando a hablarme cariñosamente y suplicarme que la perdonara, al mismo tiempo que trataba de que yo apartara las manos de mi cara. La rechacé, y me habría levantado y salido huyendo si ella no me hubiera sujetado con fuerza. Me temo que nuestra diferencia de edad quedó más de manifiesto que nunca, ya que, respondiendo a un impulso repentino, me dejé caer de rodillas sobre la hierba, a su vera, y, enterrando el rostro en su regazo, lloré hasta desahogarme, mientras que ella me acariciaba el pelo con ternura, en silencio, guiada por el instinto femenino.

Después de aquella noche, nuestra amistad fue más estrecha que nunca. Yo no podía evitar sentir que entre nosotros se había abierto una brecha, pero reconocer que esto había sucedido era el primer paso para salvarla, y aunque no volví a hablar de cualquier sentimiento que ella pudiera albergar hacia el capitán Chudleigh, reconocí tácitamente que este podía existir y lo respeté.

Pasó menos de una semana hasta que el capitán Chudleigh cumplió su promesa de visitarnos de nuevo, y cuando llegó, fue Bella la que lo evitó, mientras que él y yo afianzamos nuestra amistad. Los tres nos sentamos bajo las rosas para tomar el almuerzo —lo llamábamos así ante los desconocidos, aunque en realidad se trataba de nuestra comida—, y pasamos juntos todo el tiempo, salvo media hora que dediqué a hurgar en el ático en busca de un viejo libro de grabados de Piranesi que Bella creía haber visto allí hacía meses. Sin embargo, no lo encontré, y cuando volví con ellos, los dos estaban callados, y él a punto de irse. Se habían olvidado del libro. Me ofrecí a cabalgar junto al capitán Chudleigh parte del camino y él accedió encantado, aunque, en un momento en que creyó que yo no me fijaba, me pareció ver que dedicaba a Bella una mirada extraña. Guardó silencio un rato cuando nos

pusimos en marcha, pero pronto recuperó su alegría, y se rio, cantó y bromeó conmigo mientras cabalgábamos. Cuando llegó la hora de que yo diera media vuelta, me prometió que volvería a vernos pronto. De regreso en casa, encontré a Bella sentada aún bajo las rosas, y tan abstraída que se sobresaltó cuando le hablé.

Unos días después, recibí un mensaje de Cotterham, informándome de que el capitán Chudleigh iría al día siguiente a almorzar con el terrateniente, y que, a su regreso, le encantaría detenerse en la rectoría, donde quizás la señorita Devanti y yo lo invitaríamos a tomar un té bajo las rosas. Fue a vernos y tomamos el té en el banco de mármol. La señora Petersen no se sentía bien y se había acostado, y el rector estaba ocupado redactando sermón del día siguiente. Fue una tarde muy agradable y los tres lo pasamos bien. Cuando el sol comenzaba a ponerse, Bella me envió a comprobar si el caballo del capitán estaba bien atendido, y yo fui encantado, porque el capitán siempre montaba unos caballos excelentes. Cuando volví, Bella y el capitán estaban en silencio, sentados cada uno en un extremo del banco, y él llevaba en el ojal una rosa que antes no estaba allí. Eso me provocó una nueva punzada de celos, y no me ofrecí a acompañarlo parte del camino de vuelta, aunque me había pasado las últimas veinticuatro horas deseando hacerlo. Bella y yo apenas intercambiamos palabra durante el resto de la tarde.

Al día siguiente salí de casa con intención de dar un largo paseo; me llevé el almuerzo, como acostumbraba a hacer en tales ocasiones. Había comenzado a planear la expedición con casi una semana de antelación, porque pretendía explorar unas antiguas ruinas que nunca había visitado, y Bella había demostrado gran interés por mi empresa. Cuando llegué todo lo lejos que podía llegar siguiendo la carretera, continué campo a traviesa, pero al saltar la primera zanja que encontré, me torcí el tobillo y hube de renunciar a la expedición, al menos por aquel día. Almorcé, y cuando me sentí lo bastante recuperado, emprendí el camino de regreso a casa. Era muy fatigoso y el tobillo me dolía mucho, así que para cuando llegué a nuestras tierras, estaba rendido. El sol vespertino calentaba con saña, y la sombra bajo las espalderas de rosas, y el suelo fresco, cubierto de verde musgo, eran tan imitadores que me tumbé y, al instante, caí dormido.

Me despertaron unas voces al otro lado de las tupidas espalderas. ¡Bella y el capitán Chudleigh! Hablaban en susurros, pero aun así yo los oía claramente, y lo que oí hizo que el corazón me diera un vuelco y me zumbaran los oídos. Él le manifestaba a Bella el amor que sentía por ella, y ella murmuró una respuesta que lo satisfizo, y a continuación oí cómo se

besaban. Siendo yo un niño, sabía que no tenía derecho a estar allí, así que me alejé arrastrándome hasta que ya no pude oírlos, teniendo buen cuidado de mantener las espalderas entre nosotros, y conseguí llegar a mi habitación sin que nadie me viera. Me tumbé en la cama, con palpitaciones en el corazón y las sienes, volviendo a sentir el mordisco de los celos, ahora agravado por la desesperación. Me quedé allí hasta el anochecer, y entonces, cuando supe que no me encontraría con nadie, salí de casa y, dando un rodeo, volví a entrar por la puerta principal, haciendo todo el ruido posible, y pasé, cojeando, al comedor donde la familia estaba sentada cenando. Todos se preocuparon al saber de mi accidente, del que tuve buen cuidado de no decir que se había producido a primera hora del día. Por suerte, el dolor y el cansancio explicaban mi palidez y nerviosismo. Bella quiso ocuparse en persona de mi tobillo, pero yo insistí en que lo hiciera María. Bella estaba tan radiante y feliz que yo no soportaba verla.

Durante todo el día siguiente Bella se mostró de lo más amable, y nos sentamos en el banco de mármol, yo con el tobillo vendado y reposando en una silla frente a mí. A medida que el día se acercaba a su fin, yo esperaba que ella me hiciera alguna confidencia, y para entonces me sentía dispuesto a concederle mi simpatía y aprobación. El amor propio exigía que la ocasión no se desaprovechara. Pero no hubo ninguna confidencia, y decidí que si ella prefería guardar silencio, podía hacerlo; yo haría lo mismo. La única satisfacción que tuve —y al pensar ahora en ella comprendo lo mísera que fue — consistió en no permitirle prestar ni el menor cuidado a mi tobillo herido. A este respecto, me mostré tan terco como es posible serlo.

El secretismo de Bella no me pareció algo negativo, sino todo lo contrario. A punto estuve de creer que me había mentido, y a imaginar toda clase de cosas. Estando en guardia permanente, detecté, aquí y allí, ciertos comportamientos fruto de albergar un secreto de tan grandes dimensiones. Por ejemplo, a finales de la semana llegó una carta que le provocó sonrojo y palpitaciones, pero no dijo ni una palabra al respecto. Por supuesto, yo simulé no haberme dado cuenta de nada. Esa noche, estaba yo despierto, tumbado en la cama, pensando en lo sucedido, cuando oí un silbido suave. Me levanté sin hacer ruido y me asomé a la ventana. Oí movimiento en la habitación de Bella, contigua a la mía, y unos minutos después la vi salir al porche —la puerta de la rectoría nunca se cerraba— y dirigirse con sigilo hacia las espalderas de rosas. Tan extraño me pareció su comportamiento que, pese a ser consciente de lo indebido de mi acción, decidí averiguar qué estaba pasando. Mis celos ya me habían dado una respuesta, pero quería estar

completamente seguro. Llegué sigilosamente hasta la parte trasera de las espalderas. Había luna llena, y, de sombra en sombra, me acerqué sin que se dieran cuenta. Oí entonces la voz que esperaba y temía oír; si no la hubiera oído, me habría sentido decepcionado.

La voz del capitán Chudleigh era resonante y decidida, con un matiz de triunfo, mientras que la de Bella era débil y trémula, y, no obstante, más dulce que nunca, provista de un temblor desconocido para mí, y que me heló de pura desesperación, aunque, al mismo tiempo, el corazón me volvía a arder de celos. Oí decir al capitán Chudleigh:

—Lo tengo, el secretario del obispo me lo ha conseguido, así que ya podemos casarnos, ¡donde y cuando sea nuestro deseo!

No hubo respuesta, pero, evidentemente, ella se arrimó a él ya que oí un beso, uno prolongado, y luego ella dijo:

—¡Oh, Reggy! ¿Es necesario que lo mantengamos en secreto? A mi abuelo y a mi abuela les dolerá mucho, y han sido muy buenos conmigo.

—Mi querida Bella, es necesario —dijo él, convencido—. Mi padre no permitiría nuestro matrimonio si supiera de él con anticipación. Como sabes, ninguno de mis dos hermanos tiene familia, así que el viejo dice que, puesto que yo no cuento con fortuna, debo casarme con alguien que tenga dinero, y, a ser posible, que también ostente un título.

—En ese caso, Reggy —dijo Bella con timidez—, sería mejor que nos dijéramos adiós. ¡Aquí mismo! ¡Ahora! Si nuestras familias están en nuestra contra, ¿dónde residiría nuestra felicidad?

Reggy debió de atraerla hacia él, porque le susurró con ternura:

—Pero nos amamos, Bella, y el viejo me perdonará una vez que estemos casados.

Añadió varias razones más, tras lo que sacó un papel que le leyó a la luz de la luna, oculto desde la casa por el tejo que crecía tras el banco de mármol. Cuando la pareja mostró indicios de estar a punto de marcharse, me pegué al suelo, detrás las espalderas, temeroso de que me vieran. Después de varios intentos y adioses, Bella se despegó de él, pero no antes de que Reginald Chudleigh le hiciera prometer que se reuniría con él en la iglesia de Mirkenfield dos días después, a las siete de la mañana.

Cuando Bella partió de regreso a su habitación, su enamorado aún continuó unos momentos junto a las rosas, observándola, y le oí entonces mascullar una maldición, unas palabras de enojo e insatisfacción consigo mismo, y luego dio media vuelta y le oí decir:

—¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! ¡Esto está muy mal! ¡Es tan inocente y confiada! ¡Ojalá yo no la quisiera tanto, y ojalá yo tuviera más dinero!

Entonces se sumergió en las sombras bajo los árboles y lo perdí de vista.

Un rato después, también yo volví calladamente a la cama. La cabeza me daba vueltas, pero pese a lo confuso de mis ideas, tomé una firme decisión: yo también iría a Mirkenfield, ya que preveía que algo malo amenazaba a Bella. Conocía el lugar; había estado allí dos o tres veces. Era un pueblo diminuto, al que el tiempo y las escaseces económicas habían vuelto más diminuto aún. La iglesia era antigua y se encontraba casi en ruinas, y estaba siempre abierta, ya que nadie entraba en ella fuera de los domingos.

Capítulo II

Al día siguiente, cuando nos sentamos en el antiguo banco de mármol, Bella estuvo muy tierna conmigo. Yo también estaba emocionado, ya que, ahora que tenía la certeza de que ella amaba a otro —la vanidad infantil es tan grande que yo continuaba viéndome como un rival— también me era posible ser tierno con ella. Mencioné en un par de ocasiones Mirkenfield, pero como ella no se dio por aludida, aunque un rubor pasajero la traicionó, no insistí, limitándome a esperar.

Cuando al cabo del día me deseó buenas noches, su tono y actitud no podrían haber sido más cariñosos, aunque luego la oí sollozar en su habitación. Esa noche fue para mí como una pesadilla interminable, y por momentos me pregunté si no era realmente parte de un sueño.

Mirkenfield estaba a casi diez millas, así que con el primer atisbo del amanecer me puse en pie, con la impresión de no haber dormido nada, y bajé con sigilo las escaleras. El reloj dio las cuatro al mismo tiempo que yo salía al porche, teniendo buen cuidado de mantenerme fuera de la vista desde la ventana de Bella. Como no la había oído moverse, di por supuesto que seguía durmiendo. Me puse en marcha campo a través, ya que no quería que nadie me viera, y al cabo de un trecho tomé la carretera. ¿Y a quién vi entonces, caminando a paso ligero por delante de mí? ¡Bella! Volví a ocultarme entre la vegetación y corrí todo lo rápido que pude para adelantarla sin que me viera. No me fue difícil, conociendo todos los atajos, y tras dos horas y media de camino divisé Mirkenfield. De nuevo campo a traviesa y entre los árboles, di un rodeo para llegar a la iglesia por su parte trasera. Me asomé a una esquina

y vi a dos hombres a la espera, cuidadosamente escondidos detrás de un sotillo de tejos, a resguardo de la vista de cualquiera que pasara por la carretera. Uno era el capitán Chudleigh, y el otro, un mozo de cuadra al que yo había visto en una visita a Westoby Grange.

El capitán Chudleigh acababa de llegar e interrogaba al mozo de cuadra. Por la actitud reservada de ambos y el modo como miraban a su alrededor, deduje que tramaban alguna diablura, así que me acerqué cautelosamente hasta los tejos para oír lo que decían.

—¿Él ya está aquí? —preguntó el capitán.

—Sí, señor, en la sacristía. Me preocupaba un poco que alguien lo viera. Siendo un forastero, podría llamar la atención.

—¿Tiene todo lo necesario?

—Sí, señor; la sobrepelliz, la estola, el falso libro de registro y lo demás. Es un tipo avispado, señor, atento a todos los detalles. Pero, lo lamento, señor, él dice que quiere el dinero por adelantado. No acepta crédito, solo contante y sonante. Eso dice.

—Aquí está. Tú te llevaras tu parte, imagino.

El capitán le arrojó con desdén una bolsa que tintineó cuando el mozo de cuadra la atrapó al vuelo.

—Guárdalo y asegúrate de que los dos os largáis lo más rápido posible —añadió.

—Muy bien. Nada puede marchar mal. Nadie entra nunca en la vieja iglesia, y, tratándose de una iglesia, la dama no sospechará nada. Al tipo se le da bien organizar esta clase de asuntos.

—Cuida de que todo salga bien. Cuando suenen las campanadas, ven para ejercer como testigo. Mientras tanto, vigila los caballos mientras yo me acerco a la carretera a esperar a la chica.

A continuación murmuró para sí, igual que había hecho unas noches atrás:

—¡Muy bien! No, en realidad no. ¡Muy mal! Menuda panda de sinvergüenzas estamos hechos, y yo soy el peor de todos.

Terminé de comprender la artimaña que tramaban, y resolví actuar. Me aparté sigilosamente de los tejos y, cuando ya no pudieron oírme, eché a correr hacia la casa del párroco, que se encontraba al otro lado del cementerio anejo a la iglesia. Toqué la campana tratando de hacer el menor ruido posible y aguardé con el corazón en la garganta. Me abrió la puerta el *locum tenens* del párroco, un joven alto, robusto y bronceado, de mirada franca y mandíbula poderosa.

—¿Puedo hablar con usted, ahora mismo y en privado? —dije con voz entrecortada.

Me escrutó un momento y luego, con una expresión que arrancó con una sonrisa y concluyó con un fruncimiento del ceño, respondió:

—¡Adelante, muchacho! —Abrió la puerta de su estudio y volvió a cerrarla cuidadosamente una vez hubimos entrado—. Y ahora, cuéntame lo que sucede. Sé sincero y no tengas miedo.

Le dije quién era yo y, después, le conté lo que sabía y lo que sospechaba. Solo me interrumpió en una ocasión, cuando exclamó, enojado:

—¡Qué sinvergüenzas! ¡Y además se proponen actuar en la mismísima iglesia! Bueno, ya veremos qué sucede.

Cuando terminé de hablar, dijo:

—Has hecho bien en avisarme sin demora. Ahora acompáñame y no digas nada a menos que te pregunte. Se trata de una esas ocasiones en que hay que actuar con silencio y discreción, al menos por el momento.

Atravesó el patio de la iglesia a paso ligero, caminando por la hierba para acallar los pasos. Fui tras él. Abrió de golpe la puerta de la sacristía y entró. De inmediato, un hombre que estaba dentro se volvió alarmado; iba bien afeitado y llevaba puestas una sobrepelliz y una estola; su expresión era viva y poco de fiar. Palideció al vernos y miró apresuradamente alrededor en busca de una vía de escape. Con una llave de luchador, el párroco lo aferró por el cuello, luego me indicó por señas que abriera la puerta y, a rastras, lo hizo cruzar el patio y lo metió en su estudio. Al principio el hombre trató de resistirse, pero pronto abandonó la idea; no tenía nada que hacer contra la llave del joven y atlético párroco, y era evidente que sentía miedo de gritar para pedir auxilio. En el estudio, su captor lo obligó a sentarse.

—Y ahora cuéntamelo todo —dijo el párroco.

El tipo se arrojó al suelo de rodillas y confesó cómo le habían contratado para tomar parte en una boda falsa. Mientras hablaba, el reloj que había sobre la encimera de la chimenea dio las siete menos cuarto, y el párroco le hizo callar.

—No hay tiempo que perder. Voy a atarte y dejarte aquí un rato. Si intentas soltarte o gritas, te llevaré en persona a la comisaría más cercana y te denunciaré. Mientras tanto, veré cómo marchan las cosas y luego decidiré qué hago contigo.

Ató al tipo con una cuerda, sirviéndose de un método muy científico, y lo amordazó con un pañuelo. A continuación se puso su propia sobrepelliz, salimos él y yo del estudio, y cerró la puerta con llave. Llamó a su ama de

llaves y le dijo que, sin hacer ruido, fuera a la iglesia cuando sonara la hora en punto, y que llevara consigo al jardinero. Después, tras decirme que lo acompañara, volvió a atravesar el patio. Me dijo que me quedara en la sacristía y dejara la puerta entreabierta para ver lo que sucedía en la iglesia, pero teniendo cuidado de no ser visto.

Poco después vi a Bella y al capitán Chudleigh entrar en la iglesia, seguidos de cerca por el mozo de cuadra, que se sentó en un rincón, detrás de una columna. Apenas un minuto después, entraron, sin que Bella y el capitán lo advirtieran, un anciano y una mujer; supuse que el jardinero y el ama de llaves. Cuando el mozo de cuadra los vio, retrocedió, interponiendo la columna entre ellos y él. El párroco salió de la sacristía. Cuando el mozo de cuadra lo vio, sufrió un sobresalto y se puso muy pálido. Hizo amago de levantarse, como si pretendiera irse, pero el párroco, que tuvo que pasar por su lado, le dijo:

—Usted es uno de los testigos, supongo. ¡Acérquese!

A partir de ese momento, el párroco no le quitó el ojo de encima para asegurarse de que no huía. Cuando los novios se colocaron ante el altar, el párroco dijo:

—Tengo entendido que cuentan ustedes con una licencia del obispo. Muéstrenmela.

El capitán Chudleigh la sacó del bolsillo y se la tendió. El párroco la leyó detenidamente, tras lo que preguntó al capitán:

—¿Es usted el honorable capitán Reginald Chudleigh, soltero, mencionado en el presente documento?

—Lo soy.

Dirigiéndose a Bella, el párroco preguntó ahora:

—¿Es usted Arabella Devanti, soltera, mencionada aquí?

—Lo soy.

A continuación procedió con la ceremonia matrimonial. Dado que no había nadie para entregar a la novia, él mismo se encargó de hacerlo. Cuando Chudleigh respondió: «Acepto», la voz le tembló y se puso muy muy pálido, mientras que Bella aceptó en voz baja pero clara y repleta de amor.

Cuando el servicio concluyó, el párroco pronunció unas palabras, manifestando su esperanza de que el matrimonio celebrado ese día conduciría a una paz duradera, y exhortó a la pareja a confiar uno en el otro y ser siempre sinceros. Finalizó con la solemne advertencia de que, en esa fecha, ellos habían emprendido una nueva vida, y que todos los errores y faltas cometidos hasta el momento debían ser olvidados, salvo como recordatorio y advertencia

frente a posibles nuevos males. Durante esta breve homilía, el capitán Chudleigh se mostró inquieto e impaciente, mordisqueándose los labios, pero consiguió dominarse y se mantuvo callado.

Pasaron a continuación a la sacristía, y yo me escondí detrás de una sobrepelliz colgada en la pared. Sobre la mesa aguardaban los grandes tomos del registro, que el párroco había sacado de un cofre, y este procedió a inscribir a la pareja en el dedicado a los matrimonios. Mediante una seña, había indicado a la pareja de ancianos que se acercara, junto con el mozo de cuadra, y cuando les pidió que firmaran, dijo:

—Los testigos son necesarios por ley, así que he solicitado la presencia de estas personas para que depositen sus rúbricas.

Los tres firmaron; mientras tanto, el capitán Chudleigh seguía conteniendo la impaciencia. Después el mozo de cuadra y la pareja de ancianos salieron, y el capitán Chudleigh, con expresión ansiosa, dijo a Bella:

—¿Querrías esperar en la iglesia, querida, mientras hablo un momento con el clérigo?

Bella le dedicó una sonrisa amorosa y, amenazándolo con un dedo, respondió:

—No tardes.

En cuanto ella se hubo ido, el capitán Chudleigh cerró la puerta de la sacristía y, aproximándose al clérigo, le dijo en voz baja:

—¿Está todo en orden?

—Sí, todo en orden —respondió el otro, en tono muy firme, por no decir agresivo.

—¿Ya está arreglado?

—Se ha hecho como se debía hacer.

—En ese caso, mi hombre le pagará lo acordado. Él tiene el dinero. El registro, ¿en orden?

—En perfecto orden.

El capitán Chudleigh se encaminó a la puerta, pero estaba inquieto, y su aspecto era el de un perro apaleado. Cuando puso la mano en la manilla, el párroco dijo:

—Capitán Chudleigh.

Este se volvió, alzando las cejas en gesto interrogativo.

—Capitán Chudleigh, ¿se alegra de estar debida y solemnemente casado?

Chudleigh soltó la manilla y se acercó a él, preguntando, enojado y en voz baja:

—¿A qué diablos se refiere?

—Me refiero —respondió el párroco, que adoptó de manera inconsciente una actitud combativa, ya que sus días de la universidad eran aún demasiado recientes como para haber olvidado sus costumbres— a que ha venido usted aquí con la intención de cometer una felonía asquerosa y ruin contra una mujer buena e inocente, y de hacerlo, además, con ayuda de la maquinaria de la iglesia y de la ley, y en la mismísima morada de Dios. Pero alabado sea el Altísimo. Supe a tiempo de su perversidad, y ahora se encuentra usted tan cierta e irremediablemente casado como permiten las leyes tanto de la iglesia como terrenales. ¿No se avergüenza usted? ¿No siente remordimientos? ¡Es usted joven! No puede ser tan mala persona, tan duro de corazón. No es demasiado tarde. Tiene una esposa buena y adorable, pese a que, al no ser sincera con sus parientes, ha corrido un gran riesgo, y solo por hacerle el favor a ella, guardaré silencio todo el tiempo que me sea posible. En cuanto a usted, arrodíllese y agradezca al Todopoderoso el haberle concedido Su misericordia y haberlo salvado de cometer tan cruel pecado, pese a que eso no le librará de la culpabilidad moral.

El capitán Chudleigh agachó la cabeza y permaneció así medio minuto, con el ceño fruncido, pero luego, el hombre que era se impuso, dio un fuerte pisotón en el suelo, como si aplastara algo maléfico, y dijo:

—¡Está usted en lo cierto! Soy un sinvergüenza de corazón tan negro como el carbón, e indigno de besar el suelo que pisa esa buena mujer. Pero, gracias Dios, no es demasiado tarde. Permítame decirle, aunque no espero que me crea, que este acto vil me hacía sentir muy mal, y que ahora, y hasta el último día de mi vida, le estaré a usted agradecido por haberla salvado… y por haberme salvado a mí.

—No me dé las gracias —dijo el joven clérigo, conmovido—. Déselas a Dios Todopoderoso, y, a partir de ahora, demuestre con sus obras que es digno de tan gran misericordia. Y déselas también a alguien más. Si no hubiera sido por su rapidez y resolución, el mal se habría cometido.

—Dígame de quién se trata, para que pueda agradecérselo.

—Podrá hacerlo cuando sea un hombre. De momento no es más que un niño.

—¿Bobby? Que Dios lo bendiga.

—Y ahora, capitán Chudleigh, reúnase con su esposa y siga mi consejo: vayan juntos a ver a los abuelos de ella y díganles que se han casado. Yo me ocuparé de los sinvergüenzas de sus socios para que no traten de chantajearle. Su conducta, su cambio de conducta, le ha hecho merecedor de mi ayuda.

Envíe al mozo de cuadra a verme de inmediato, y, permítame decírselo, líbrese de él en cuanto pueda. Es un hombre peligroso.

Pero Chudleigh no se fue aún.

—¡No! —dijo—. Tengo una responsabilidad con mi esposa y es mejor que comience a cumplirla ahora mismo. No le ocultaré ningún secreto. Se lo contaré todo y solo entonces, si ella me perdona, podremos comenzar de nuevo.

El párroco me llevó al cementerio, donde esperamos cerca de media hora, hasta que Bella apareció y me hizo una seña para que me acercara. Tenía los ojos hinchados por el llanto, pero, aun así, parecía feliz, y el rostro de Chudleigh también mostraba rastros de haber experimentado una profunda emoción. Bella dio las gracias al párroco, sin dejar de estrechar su mano mientras tanto, y a continuación me abrazó y me dio un beso, pero sin dedicarme ni una palabra; ella sabía que yo lo comprendía. El capitán se aproximó, me tendió la mano y dijo con voz temblorosa:

—¿Quieres estrecharme la mano, Bobby? Bella me ha perdonado; en otro caso, no me atrevería a pedírtelo.

Nos estrechamos la mano.

Después Bella y su esposo partieron hacia Westoby Puerorum y yo volví a pie, tan rápido como pude, pero ya se habían ido cuando llegué, y el señor y la señora Petersen comenzaban a aceptar lo que había sucedido.

Imagino que el joven párroco tomó serias medidas con los granujas y les metió el miedo en el cuerpo, porque desaparecieron y nunca volvimos a saber de ellos.

Y ahora Bella es condesa, y tanto su esposo como sus hijos la adoran. Y en cada aniversario de su boda, ella y su esposo me envían un ramo de rosas desde donde estén en ese momento. Si no consiguen rosas, me envían alguna otra flor que despierte nuestros recuerdos, para que ninguno de nosotros olvide nunca lo que pasó.

UNA VIUDA JOVEN

(A Young Widow)

Después de sacudirle el polvo de la ropa y de que se le pasara el susto, tuve con él una pequeña charla sobre los riesgos de lanzarse por pendientes empinadas, al menos hasta que dominara mejor la bicicleta. Él parecía de veras arrepentido, y reconoció, a su infantil manera, que si yo no hubiera corrido tras él en mi propia bici y le hubiera ayudado a controlar la suya, podría haberse matado. Aún seguía llorando cuando tartamudeó:

—Me gustaría que mi madre pudiera darle las gracias.

—No tiene importancia, muchacho —dije yo—. No le cuentes nada. En todo caso, cuéntaselo a tu padre.

—No puedo —dijo él, y el caudal de lágrimas aumentó—. Mi padre falleció hace años.

No dije nada más, pero lo acompañé hasta la casa donde me indicó que vivía. Me dijo que se llamaba Robbie Harcourt, y que esperaba que volviéramos a vernos.

—¿Por qué no viene algún día de visita? —añadió, subiendo ya los escalones de la entrada.

Mientras pedaleaba de regreso a mi casa, pensé que la madre de un niño tan guapo debía de ser una preciosa criatura. Viuda, además. Tomé nota mental de ello. Las viudas jóvenes siempre resultan interesantes para un soltero, en especial cuando, como a mí me sucedía, el cabello les empieza a clarear en la coronilla. Había dicho a Robbie dónde vivía yo, así que no me sorprendí cuando al día siguiente llegó una carta, escrita con letra femenina y firmada por «Ada Harcourt», dándome las gracias por lo que juzgaba un gran servicio para ella y toda su familia. Aquella carta me causó una honda impresión, incluso después de haberla respondido, y durante toda una semana, cuando me afeitaba por la mañana y me veía la coronilla casi calva en el espejo, no podía evitar pensar en ella. Acababa siempre por sacarla del bolsillo y extenderla sobre el tocador.

Me armé de valor e hice una visita a Woodbine Villa. El breve intervalo entre mi llamada a la puerta, resuelta al principio y tímida al final, y el momento en que alguien acudió a abrir, me recordó lo que había leído sobre los últimos instantes de vida de los ahogados: acudió a mi mente una serie incontables de recuerdos vergonzosos. La atildada doncella que me abrió la puerta pareció un poco sorprendida cuando pregunté si la señora Harcourt estaba en casa, pero tras decir: «Disculpe un momento, señor», se alejó a toda prisa dejando la puerta abierta. Volvió a bajar las escaleras, más despacio ahora y un tanto incómoda; sofocando una risita, me pidió que pasara.

—Mi señora —dijo—, bajará en unos minutos. Si tiene usted la amabilidad de esperar.

Me hizo pasar a un acogedor salón, donde, mientras esperaba, intenté, al modo desesperado de las visitas avergonzadas, averiguar algo sobre mi anfitriona a través de sus pertenencias.

Todo era muy bonito; pero las caras de los cuadros y las fotografías me eran desconocidas, así que cuando me topé con una fotografía de Robbie fue como encontrarme con un viejo amigo; la foto tenía dos o tres años.

Estaba incómodo, ya que resultaba manifiesto que mi aparición había sido motivo de molestia. En el piso de arriba se oían carreras a un lado y a otro, cajones abriéndose y cerrándose y portazos. Me pareció escuchar la voz de mi amigo Robbie, pero con un tono diferente, más alegre, que cuando me prometió, entre lágrimas, actuar más juiciosamente. Me angustié de veras, convencido de lo inoportuno de mi visita. Unos pasos ligeros se acercaron a la puerta del salón. Entró en la estancia la joven más bella que yo hubiera visto jamás. Su juventud, su mirada viva, las mejillas arreboladas y los labios carnosos y pintados de escarlata, brillaban a través de su riguroso atuendo de viuda igual que los rayos de sol se abren paso entre la niebla. De hecho, el símil se hizo aún más adecuado cuando los destellos de su cabello dorado hicieron que el tocado de viuda pareciera una solemne burla. Se encaminó decidida hacia mí y me estrechó afectuosamente la mano, al tiempo que, con sentimiento genuino, me daba las gracias por mi heroico rescate de su «querido Bobbie». Al principio pareció un poco sorprendida al verme, y al percatarse, gracias al instinto femenino, de que yo lo había advertido, dijo abiertamente:

—¡Qué joven es usted! Por lo que Bobbie me dijo, pensé que sería usted mayor.

Fui consciente del espacio que nos separaba, como si una corriente de aire circulara por él, y, viendo en la atractiva viuda un «alma comprensiva», me

incliné para mostrarle la coronilla.

—A los niños siempre les parecemos mayores de lo que somos —dije.

Con modales recatados y una voz velada, apenas audible, respondió:

—Sí, es cierto. Para nosotros, que hemos pasado por desdichas, el tiempo transcurre más rápido que para ellos, con su alegre inocencia. ¡Ay! ¡Ay!

Calló de pronto y se llevó un pañuelo bordado al rostro.

—Discúlpeme. Vuelvo en un momento —dijo con voz entrecortada, y salió apresuradamente de la estancia.

Me sentí muy incómodo. Había despertado algún recuerdo doloroso, aunque no sabía qué había dicho para hacerlo. Todo cuanto podía hacer ahora era aguardar hasta que ella regresara, y entonces irme lo antes posible.

Oí hablar y susurrar en las escaleras. No entendí lo que se decía porque la puerta estaba cerrada, pero esta se abrió de pronto y Bobbie, sonrojado, irrumpió atropelladamente en el salón. Presentaba un aspecto muy diferente al que tenía el día que lo conocí. No había ahora asomo de lágrimas, tristeza ni contrición. Era todo diversión, risas y júbilo. Cuando me estrechó la mano dijo:

—Espero que mi madre le haya dado las gracias.

Luego dio media vuelta y pateó el suelo, como si reprimiera algún sentimiento. No hay quien entienda a los niños.

Cuando la señora Harcourt regresó, lo que sucedió poco después, ya recompuesta y más bella y adorable que nunca, Bobbie se escabulló del salón. La reserva de su madre era ahora incluso mayor. Un velo impalpable parecía interponerse entre ella y yo, estaba más distante que antes. Percibí su turbación y me apresuré a despedirme. Tras decirme adiós, añadió que seguramente no volveríamos a vernos, ya que planeaba viajar al extranjero con el niño dentro de poco, pero que se alegraba de haber tenido el privilegio de conocer en persona al salvador de Bobbie. Pronunció algunas frases más, con similar tono y contenido, que durante días permanecieron en mi cabeza como una suerte de dulce música. La doncella, al acompañarme a la puerta, pareció comprensiva y deferente, pero en su actitud había una frivolidad velada que, en cierto modo, fue de mi agrado.

Durante las siguientes dos semanas intenté no pensar en la señora Harcourt. El resultado fue el esperable; nuestros pensamientos no se someten a órdenes. Les gusta campar a sus anchas, y el único efecto de luchar contra ellos es que vuelven a aparecer, con más frecuencia y en el momento menos esperado, hasta que no te los puedes sacar de la cabeza. Ya fuera en el trabajo o en los momentos de diversión, despierto o dormido, paseando, pedaleando o

sentado tranquilamente, no dejaba de ver los preciosos ojos de la señora Harcourt, así como de oír su voz.

Me descubrí siendo llevado por mi bicicleta, como si esta tuviera voluntad propia, ante su puerta cada vez que salía a hacer un recado. Al fijarme que no había llevado a cabo su intención de viajar al extranjero, un día, casi muerto de turbación, me atreví a hacerle otra visita.

Antes de entrar, me pareció ver en una ventana la nuca de Ada; ya pensaba en ella como «Ada». Por lo tanto, me sorprendí cuando la doncella me dijo con timidez que la señora Harcourt no se encontraba en casa. Estaba a punto de discutir con ella, que sonreía como en mi visita previa, cuando Bobbie apareció corriendo.

—¡Oh, señor Denison! ¿No quiere pasar? Mamá está aquí y le encantará verle.

Abrió la puerta del salón, que era la estancia más próxima y me invitó a entrar, al tiempo que, sonriendo, decía:

—¡Mamá! Perdona por entrar sin llamar. El señor Denison ha venido a verte.

Y sin añadir más, salió cerrando la puerta.

Creo que cuando se quedó plantada frente a mí, con las mejillas encendidas, estaba tan sorprendida como yo. No llevaba su atuendo de viuda, sino un sencillo vestido gris con lacitos rosas en el cuello y la cintura, que la hacía varios años más joven de lo que ya me había parecido la anterior vez; llevaba el cabello rubio al descubierto. Cuando me adelanté en su dirección, pues interpreté que la renuncia a la ropa de luto abría todo un nuevo abanico de posibilidades, respondió con un asentimiento frío. No rehusó, sin embargo, estrecharme la mano, aunque lo hizo tímidamente. Yo me sentía incómodo e inquieto, las cosas no marchaban como a mí me gustaría, y reprimir la pasión que se me desbordaba dificultaba aún más la comunicación. No recuerdo ni una palabra de lo que dijimos ninguno de los dos en aquel encuentro, solo me acuerdo de haber recogido mi sombrero y haberme despedido, con una mezcla de disgusto y falta de seguridad en mí mismo. Cuando ya me encontraba junto a la puerta, ella se aproximó de improviso y, tomándome la mano, dijo:

—Esto es una despedida, ya que no podré volver a verle. Lo comprende, ¿verdad?

Sus palabras me dejaron perplejo, pero me había hecho una petición y, pese a que iba en contra de mis deseos, solo podía responder de un modo. Me llevé la mano al corazón e hice una reverencia.

Mientras me alejaba de la casa, el mundo entero me pareció un espacio vacío, en el que yo no era más que un átomo girando en solitario.

Esa noche no pude pensar más que en la señora Harcourt, y para cuando llegó el amanecer ya había tomado una decisión. Volvería a verla, pues me aterrorizaba la idea de que se fuera sin saber lo que sentía por ella. Me levanté y le escribí una carta, diciéndole que me permitiría el atrevimiento de volver a visitarla esa tarde, y que confiaba en que me recibiera, pues tenía algo importante que decirle. Después de echar la carta al correo, volví a la cama y me dormí de inmediato; tuve sueños placenteros con ella.

Cuando llamé a la puerta esa tarde, la doncella estaba más tímida que nunca y, sin decir ni una palabra, me invitó a pasar al salón. En cuanto ella salió, hizo aparición la señora Harcourt. Me alegró comprobar que iba vestida como la víspera. Me estrechó la mano y, muy seria, tomó asiento. Cuando yo también me hube sentado, dijo:

—¿Había algo que quería decirme?

—Sí —respondí con prontitud, sin poder contener el fervor—. Deseaba decirle que…

Pero, con un gesto, me hizo callar.

—Un momento. Antes de que diga usted nada, permítame contarle una cosa. Tengo algo vergonzoso que confesar. En un momento de necedad, se me ocurrió gastarle una broma, sin detenerme a pensar que pudiera afectar al recuerdo de mi querida y difunta madre. Bobbie no es mi hijo, sino mi único hermano, quien ha estado a mi cargo desde la muerte de mi madre, hace unos años. Cuando él me habló de la valentía que había demostrado usted al salvarlo, y luego, cuando la amable carta que envió en respuesta a la mía dejó claro que se había confundido usted respecto a nuestra relación, Bobbie y yo nos reímos mucho y comentamos lo gracioso que sería, si se presentaba la ocasión, que yo me hiciera pasar por su madre. Entonces nos visitó usted, me sentí traviesa y eso me condujo a llevar a cabo una broma de mal gusto. Me vestí con la ropa de mi madre y traté de pasar por la progenitora de Bobbie. Cuando le conocí a usted y aprecié su bondad, me sentí muy mal, pero todo cuanto podía hacer era tratar de no ir más lejos. Ojalá no lo hubiera hecho.

Se llevó sus preciosas manos a la cara y vi las lágrimas correr entre los dedos. Eso me apenó, pero también me dio coraje. Tomé sus manos, se las aparté y, mirándola a los ojos, le dije:

—Permítame hablar. Debo hacerlo. ¡Debo! He venido hoy para decirle que… me gustaría que Bobbie también fuera mi hermano.

UN TRAPO AMARILLO

(A Yellow Duster)

Cuando, de manera inesperada, mi viejo amigo Stanhope, ya en su edad madura, se vio agraciado con una enorme fortuna, pasó todo un año viajando alrededor del mundo con su esposa, antes de instalarse. Habíamos sido amigos en el colegio, pero, a lo largo de su atareada vida profesional, yo había tenido pocas ocasiones de verlo. No obstante, en el último tramo de nuestra vida, el destino nos reunió de nuevo y retomamos la amistad de antaño. Yo me alojaba con frecuencia con él, tanto en Stanhope Towers como en su preciosa casa en St. James's Square, y me fije en que, a donde fuera que iba, siempre llevaba consigo algunos de sus objetos más curiosos. Siempre había sido coleccionista a pequeña escala, y no me cabe duda de que en sus años de trajín profesional, pese a no disponer de recursos suficientes para satisfacer su exquisito gusto, sus pequeñas adquisiciones le sirvieron de alivio contra las preocupaciones y el tedio del trabajo diario. Su tío abuelo, del que había heredado, tenía una maravillosa colección de objetos interesantes, y Stanhope la conservaba prácticamente igual que como la había recibido: con las piezas no agrupadas ni clasificadas de modo alguno, sino dispuestas de acuerdo a su gusto o el capricho de cada momento. Había una vitrina de cristal que siempre se encontraba en el pequeño salón, o más bien sala de estar, que era el sanctasanctórum del señor y de la señora Stanhope. La vitrina albergaba una reducida pero selecta selección de piezas tan valiosas como bellas: un enorme escarabajo de oro, como no existe otro similar en la maravillosa colección de Leyden, con imágenes grabadas en el caparazón; un rubí tallado en estrella procedente de Persia; una corona de cacique fabricada en jade y procedente de Nueva Zelanda; un amuleto, asimismo, de jade, de la India; un reloj esmaltado con una exquisita pintura en miniatura de Madame du Barri; un cuarto de penique del periodo de la reina Ana, en perfecto estado, engastado en una cajita contemporánea para polvo secante, de oro y esmalte; un anillo de los Borgia; una serpiente enroscada con ojos de esmeralda; una miniatura

de Peg Woffington obra de Gainsborough, en un curioso marco de aguamarinas; una diminuta Biblia de Elzivir, con cubiertas de lapislázuli engastado en oro rojo; una cadena de hierro forjado tan delicada como un cabello; y muchas otras piezas, que no solo eran raras y valiosas, sino asimismo bellas, pero que poseían además, todas ellas, algún valor sentimental.

Y el mismísimo centro de la vitrina se hallaba ocupado por un vulgar trapo de polvos de algodón, cuidadosamente doblado. No solo era vulgar y corriente en su confección, sino que los colores eran tan crudos y vulgares que se hallaba increíblemente fuera de lugar entre todos aquellos hermosos tesoros. Estaba tan claro que se trataba de alguna reliquia personal que, durante un tiempo, sentí recelo de mencionarlo, pero nunca dejaba de fijarme en él, dentro de vitrina tan especial, ya que al compartir la señora Stanhope con su esposo la amistad conmigo, y tratarme como uno más de ellos, se me permitía el acceso a su sala de estar privada.

Un día en que Stanhope y yo nos hallábamos inclinados sobre la vitrina examinando su contenido, me aventuré a decir:

—Veo ahí un tesoro que debe de ser excepcional, ya que no comparte el valor intrínseco de sus acompañantes.

—¡Oh, ese! —dijo él, sonriendo—. Tienes razón, es uno de mis mayores tesoros. Si no fuera por él, todos los demás no valdrían nada para mí.

Eso me picó la curiosidad.

—¿Puede un viejo amigo escuchar la historia? —pregunté—. Es evidente, dado que está ahí, que no se trata de un objeto cualquiera.

—Cierto —respondió, y, abriendo la vitrina, extrajo el trapo de polvos y lo sostuvo con ternura en la mano.

Me fijé en que ni siquiera estaba limpio; resultaba claro que se había utilizado mucho.

—Pregunta a la señora —dijo él—. Si a ella no le importa, te contaré la historia encantado.

Esa tarde, mientras estábamos a solas tomando el té, pregunté a la señora Stanhope si podía escuchar el relato.

—¡Claro que sí! —respondió rápida y efusivamente—. Es más, a mí también me gustaría escucharla.

—Me estás diciendo que no sabes por qué está ahí.

—Me lo he preguntado a menudo —respondió con una sonrisa— pero Frank nunca me lo ha contado. Hace mucho mucho tiempo que lo tiene. Solía guardarlo en la caja fuerte de su estudio hasta que vinimos a Stanhope

Towers, y entonces lo colocó ahí, donde fuera visible. El guarda la llave de la vitrina y nadie más puede tocar su contenido. Te habrás fijado, supongo, en que todo está fijado a la base, para poderse transportar.

Cuando dije a Stanhope que su esposa había dado permiso para que me contase la historia, añadí que ella también la oiría gustosa.

—¡Muy bien! —dijo—. Esta noche estaremos los tres solos. Después de cenar, vendremos aquí y os la contaré.

Una vez a solas en la sala de estar, y cuando se retiraron las tazas de café, arrancó a hablar:

—De entre todas mis pertenencias, tanto las poseedoras de valor real o personal, ese vulgar trapo, viejo, sucio y gastado, es la más valiosa. Ha sido un placer durante todos estos años, y continúa siéndolo, rodearlo de los más exquisitos y costosos de mis tesoros, ya que eso tiene un valor simbólico para mí. En una ocasión estuve a punto de cometer una grave equivocación con mi esposa; de hecho, ya había dado los primeros pasos. Sucedió cuando acabábamos de entrar en el segundo año de nuestro matrimonio, cuando el hechizo inicial se había apagado y nos habíamos asentado en la gris realidad de la vida laboral. Como sabes, mi esposa es unos cuantos años más joven que yo, y, cuando nos casamos, yo había entrado en ese periodo de la vida en que un hombre empieza a temer que ya no es objeto de interés para las mujeres jóvenes y atractivas. Lily, sin embargo, era siempre cariñosa conmigo; tanto, que comencé a ver su cariño como motivo de sospecha. Lindaba con lo inverosímil que ella siempre estuviera bien dispuesta a plegar sus deseos a los míos. Al principio, esa desconfianza tuvo una base brumosa e irreal, pero una vez que nos adentramos en la dura realidad de una vida con medios limitados, ella no pudo renunciar a sus deseos con la misma aquiescencia. Yo tenía mi trabajo y ella su propia vida, sus propios planes. Me temo que, en algunas ocasiones, yo no era muy razonable. Un hombre se carga de preocupaciones laborales, y si intenta guardarlas para sí, a veces pasa por alto el hecho de que su esposa, desconocedora de lo que sucede, no puede comprender la importancia casi vital de sus quehaceres; de manera que, inconscientemente, los frustra.

La señora Stanhope, llegados a ese punto, tomó asiento en un taburete a su lado y lo tomó de la mano. Él se la acarició cariñosamente antes de proseguir.

—Yo estaba especialmente preocupado por no alarmarla aquella vez, ya que existía la esperanza de que nuestros deseos de un niño se vieran realizados, y mi preocupación por ahorrarle problemas acabó por ocasionar, precisamente, lo que yo quería evitar. Surgió una pequeña discrepancia entre

nosotros, una cuestión tan insignificante que ni siquiera la recuerdo, aunque las circunstancias que la rodearon fueron demasiado importantes como para que las olvide. A causa de mi trabajo, había que hacer las cosas de cierto modo que yo quería, pero no podía decírselo a ella, para no hacerla partícipe de mis preocupaciones, y, además, temía que, como de costumbre nos lo contábamos todo, lo que ocultaba se interpretara como una falta de confianza. Eso llevó a que su oposición fuera más firme de lo que la ocasión justificaba; y, en mi ciega impotencia, sin nadie en quien confiar, empecé a creer que el motivo de su oposición fue que ella no me quería. Permíteme decirte, viejo amigo, ya que no lo sabes porque no estás casado, que una vez que surge tal sospecha, es difícil de exorcizar. Crece y crece y crece, como el genio de *Las mil y una noches*, hasta colmar el universo. Con esa sospecha fatal arraigada en la mente, todo pequeño acto de petulancia u obstinación, cualquier cosa que ella hiciera o dejara de hacer, que dijera o callara, se convertía en una prueba, tan incuestionable como la palabra de Dios, de que no me quería; se convirtió en un sentimiento malsano. Como la gente de antaño, quería una señal.

»Un día, el silencio se convirtió en una carga demasiado pesada para seguir soportándola. Rompí mi promesa de reserva y la puse a prueba, acusándola de no quererme. Al principio se rio, porque, como luego me dijo, la mera idea le parecía ridícula. En cualquier caso, no me detuve a tratar de comprender ni a sopesar sus sentimientos. Su risa me hizo enloquecer y pronuncié palabras amargas. Sí, querida mía, lo hice (Dijo esto en respuesta a la presión que ella ejerció en su mano, y a un dedo alzado en señal de advertencia). Ella me plantó cara con valentía, pero al cabo se vio dominada por las emociones, las lágrimas asomaron a sus ojos y corrieron por sus mejillas. Pero aun así seguí aferrado a mi terquedad. La sospecha incubada durante semanas, y la amargura fruto de ella, que tantas noches me había hecho pasar en vela, era imposible de apaciguar. Dudé incluso de sus lágrimas. Pensé que podían venir causadas por la molestia de tener que explicar, llevada por el disgusto, por la irritación, por cualquier motivo menos el real, sus verdaderos sentimientos de mujer y esposa. Una vez más, deseé una señal. Y la obtuve».

La mano de su mujer estrechó la suya con mayor fuerza; él le respondió de igual modo antes de continuar.

—Ella había estado quitando el polvo a los cachivaches del salón, usando un trapo con un estampado especialmente chillón. Formaba parte de una partida de trapos, y lo habíamos escogido especialmente por sus colores, para

no confundirlo con otros, dedicados a diferentes usos domésticos. Ella aún lo tenía en la mano, y mientras yo la contemplaba con rabia, y con el cerebro reducido a una masa de dudas sobre sus llantos semihistéricos, ella se llevó inconscientemente el trapo a la cara y se enjugó las lágrimas con él.

»Eso me hizo volver a la realidad. Ante mí tenía una señal que ni siquiera el más necio de los celosos podría pasar por alto. Si el trapo hubiera sido menos estridente, si hubiera estado limpio, yo podría haber seguido enfangado en mis dudas, pero ahora la convicción de lo genuino de su dolor me alcanzó como un rayo de sol que atraviesa la niebla y la disipa para siempre. La abracé y me esforcé por consolarla, y desde entonces, y doy las gracias Dios por ello de todo corazón, no ha vuelto a haber lugar para las dudas entre nosotros. ¡Solo amor, confianza y afecto! Me fijé en dónde dejó el trapo, y esa noche lo cogí y lo puse a buen resguardo.

¿Entiendes ahora, viejo amigo, por qué valoro tanto ese harapo, por qué, a mis ojos, tiene un valor sagrado?».

La señora Stanhope había ocultado la cara entre las manos; aun así, vi deslizarse lágrimas por sus mejillas.

—Frank, querido —dijo—, déjame tus llaves un momento.

Él le tendió el manojo sin decir nada. Ella buscó una llave, abrió la vitrina y sacó el trapo, que procedió a besar. Luego, volviéndose hacia su marido y enjugándose los ojos, dijo:

—Frank, querido, esta es la segunda vez que me haces llorar en mi larga y feliz vida, pero ¡de qué manera tan diferente!

—Lily, querida —dijo Stanhope—, la primera vez que usaste ese trapo, me fijé en el contraste entre sus colores y el negro de tu pelo, que ahora se ha vuelto blanco.

La abrazó y le dio un beso. Volviéndose hacia mí, ella dijo:

—Creo que era una historia digna de ser contada y escuchada, ¿no crees? He permitido que este pobre y querido trapo viejo ocupe un lugar de honor durante todos estos años porque mi marido así lo deseaba. Pero ahora tendrá un lugar en mi corazón además de en el suyo. Dios no siempre habla con palabras atronadoras. En ocasiones Su amor y ternura viene expresadas con notas más bajas. ¡Oh, Frank!

No sé qué más le dijo ella a continuación, ya que para entonces yo ya había salido sigilosamente para dejarlos a solas.

DIFERENTES OCASIONES EN QUE SIR HENRY IRVING SE LIBRÓ POR POCO DE LA MUERTE

(Lucky Escapes of Sir Henry Irving)

«La gente me pregunta si algo le ha sucedido a la obra o los actores de Sir Henry Irving durante su actual gira por este país. Ante tales cuestiones me veo obligado a responder negativamente. Sin embargo, cuando se me pregunta si algo podría haber sucedido, mi respuesta es otra muy diferente. Podrían haber pasado muchas cosas, y los posibles resultados podrían haber sido fatales», dijo el director, Bram Stoker, a lo que añadió:

En Kansas estábamos todos en el gigantesco salón de convenciones, especulando sobre el congreso que un partido estaba celebrando allí. Nos preguntábamos cómo se desarrollaría, ya que nosotros no contamos con nada comparable en nuestra orilla del océano, como sabe usted. Mientras deambulábamos admirando la portentosa estructura, nos sorprendieron unos gritos de alarma: «¡Fuego! ¡Fuego!». Corrimos hacia la entrada. El humo nos cegaba y entorpecía la huida. Alguien dijo: «Por aquí. Por aquí». Nos apresuramos en la dirección de la que provenía la voz. Aporreamos una puerta lateral, que se abrió poco después, cuando ya estábamos casi asfixiados por el violento calor y el humo. Mientras nos alejábamos en masa del edificio, se alzaron a nuestra espalda grandes llamaradas y una humareda espesa. Al cabo de apenas unos minutos, las inmensas vigas y riostras de hierro comenzaron a venirse abajo con enorme estrépito, sección tras sección, alabeadas y retorcidas como sacacorchos. Las paredes se desplomaron y el edificio acabó reducido a escombros.

Si hubiéramos estado allí en el momento en que se declaró el incendio y si algo nos hubiera impedido escapar, podría haber sucedido algo incluso peor de lo que he descrito.

* * *

Una noche, cruzamos el río Missouri. Fue durante la temporada de crecidas. Todo el tren se sacudía como los tranvías cuando pasan por un cruce abrupto. Seguro que conoce usted el zarandeo que se produce en esas ocasiones.

Seguimos adelante sin detenernos. El puente comenzó a curvarse y a descender hacia el río. El maquinista abrió todo el vapor. Nuestro vagón era el último. Sentimos cómo la parte trasera de este se inclinaba y se hundía en el agua. Un tirón más de la locomotora y llegamos a tierra firme.

Pero podría haber sucedido algo serio si hubiéramos cruzado el río en esas condiciones y nuestro vagón se hubiera desprendido del resto del tren y precipitado al río.

En otro punto de nuestro viaje, cruzamos un puente de caballetes de escasa altura, sobre un río muy crecido a causa de las tormentas caídas recientemente. El nivel del agua alcanzaba los cuatro pies por encima de los raíles. Nadie sabía si la estructura de madera continuaba en pie o no. El maquinista siguió adelante, al principio despacio y con cautela, y después cada vez a mayor velocidad. De pronto sentimos una sacudida y a continuación un golpe. La locomotora había caído al río, arrastrando consigo el primer vagón, el de equipajes. El maquinista y el fogonero se ahogaron. Nuestra situación continuó agravándose hasta que apareció una gabarra. La abordamos; estábamos a salvo. Apenas habíamos abandonado los vagones cuando el puente se derrumbó y el tren desapareció bajo las aguas.

Podríamos haber muerto todos si las cosas hubieran sucedido así y si la gabarra no hubiera aparecido justo a tiempo.

* * *

En Indianápolis fuimos a visitar el monumento a los soldados. Dos miembros de la compañía pensaron que verían mejor el paisaje si se subían a un mástil horizontal. Así lo hicieron. Una ráfaga de viento repentina, junto con el peso adicional del mástil, causó que este se partiera con un fuerte chasquido. Se llevaron a los dos hombres en carretillas. Lo que quedaba de ellos.

Si las cosas hubieran sucedido así cuando visitamos el monumento a los soldados, algo malo nos podría haber pasado.

En el monumento a Washington subimos en el ascensor hasta una altura de casi quinientos pies. Disfrutamos del bello panorama de la capital y de los verdes campos de Virginia, no muy distantes. A la hora de irnos, subimos todos juntos al ascensor. El ascensorista lo puso en marcha. Bajamos despacio al principio, durante los primeros cuarenta pies, pero entonces la cuerda se rompió y caímos de golpe, estrellándonos contra el suelo de hormigón del fondo del foso. Cuando nos sacaron, no teníamos ni un hueso sano, ninguno de nosotros.

Eso podría haber pasado en nuestra visita a lo alto del monumento a Washington, si el ascensor se hubiera soltado, cosa que bien podría haber sucedido.

Cuando llegamos a Nueva York, los setenta miembros de la compañía nos vimos obligados a ir a pie al centro de la ciudad, porque todos los vehículos disponibles se estaban utilizando en el desfile de Dewey. Cada uno de nosotros tuvo que cargar con su bolsa de viaje y sus sombrereras. Habíamos cubierto una pequeña distancia cuando nos topamos con una multitud a la carrera, ansiosa por coger sitio para ver el desfile. La multitud nos arrolló, y veinte de nosotros fueron pisoteados y acabaron muertos. Sus equipajes abiertos, con el contenido desparramado, ofrecían un singular e interesante motivo de estudio.

Todo esto podría haber sucedido si no hubiéramos a Nueva York unos días antes del desfile y si nos hubiéramos topado con una multitud semejante. Cierto es que la compañía, teniendo en mente este potencial episodio, se alegró mucho de abandonar Chicago antes del desfile de Dewey.

* * *

En un estado del Oeste, cuyo nombre no mencionaré por razones obvias, unos cuantos miembros de antiguas bandas de ladrones de trenes se habían congregado. En un rincón solitario, nuestro tren aflojó la marcha. Se oyeron disparos en el extremo de cabeza, y entonces, un hombre embozado, tocado con un sombrero negro de ala ancha y armado con un Winchester apareció en cada puerta de nuestro vagón. Nos ordenaron alzar las manos. Nos robaron todo cuanto teníamos de valor. A las mujeres les quitaron las baratijas y objetos valiosos que llevaban encima. A dos pasajeros que se resistieron los mataron de inmediato.

Por algún motivo, había corrido el rumor de que en nuestra gira por el país habíamos recaudado millones de dólares, que llevábamos con nosotros, tanto

en oro como en monedas. Tal había sido el motivo del robo. La única caja fuerte que había en el tren era la del vagón correo. Al representante de la compañía postal lo mataron a tiros, al igual que al maquinista y al fogonero. Jesse James y sus secuaces sacaron la caja fuerte y la reventaron con un cartucho de dinamita. Dentro no encontraron más que una pequeña suma de dinero. Saltaron a sus caballos y se lanzaron al galope, desapareciendo en la oscuridad.

Esto no sucedió, en absoluto, pero podría haberlo hecho si Jesse James no estuviera muerto y las bandas de ladrones de trenes no se hubieran separado y sus miembros dispersado por todo el país, sin retomar su antigua vocación.

Una noche, durante el clímax de la función y en nuestra última representación, uno de los actores se desplomó en el escenario, presa de una afección cardíaca. Falleció allí mismo, sin llegar a recuperar la conciencia. El suceso fue tan dramático y lamentable, que bajamos el telón y despedimos al público. No nos fue posible repetir la función en esa ciudad, lo que hizo que el episodio resultara aún más lamentable.

Ninguno de nuestros intérpretes sufría ninguna enfermedad cardiaca, pero si alguno la hubiera padecido, fácilmente podría haber pasado algo así.

* * *

En cierta ciudad, uno de los actores se alojó en un hotel barato. Parte de lo que le dieron de comer consistió en comida enlatada. Esta se hallaba en mal estado y el actor sufrió una intoxicación de tomaína y pereció. Sin embargo, ninguno de nuestros actores se alojaba en hoteles baratos, y ninguno se intoxicó.

* * *

Un día, un miembro de la compañía estaba asomado a la ventana de su habitación del hotel, fumando. Un anciano, vestido con desaliño, no dejaba de pasar por delante, mirándolo fijamente. Al final, entró en la recepción, dio un nombre y preguntó si el hombre asomado a la ventana se llamaba así; el nombre que dijo era el correcto. Cuando recibió una respuesta afirmativa, insistió en ver al actor. Este aseguró que no conocía de nada al viejo, con todo el aspecto de ser un vagabundo. El anciano se puso tan insistente, que el propietario llamó a un botones para que lo echara. Durante el forcejeo que

siguió, el botones fue más brusco de lo debido y el anciano cayó al suelo. Los daños que sufrió fueron tan serios que lo trasladaron de inmediato a un hospital. Al día siguiente, justo antes de morir, dijo que el actor era un hijo al que había perdido hacía mucho y al que llevaba años buscando, y le legó una fortuna de doscientos mil dólares. Cuando la noticia circuló entre la profesión, el actor recibió más de un centenar de ofertas de matrimonio en un mes.

Algo así podría haber sucedido si un viejo mendigo hubiera identificado a uno de nuestros actores como su heredero, del que llevara largo tiempo separado. Parece que los finales felices nunca son posibles.

La marcha de la guerra en Sudáfrica está acarreando tantos cambios en la nobleza que la muerte de un general británico, anunciada una mañana por la prensa, hizo que uno de los actores se descubriera, al levantarse, en posesión de un ducado y una enorme fortuna.

Si un general con título de duque hubiera muerto teniendo un heredero en nuestra compañía, podríamos haber contado con un noble entre nuestra galaxia de estrellas. No obstante, por suerte o por desgracia, la señora Fortuna no deseó que un duque formara parte de la compañía.

EL VIDENTE

(The Seer)

Acababa yo de llegar a Cruden Bay, en mi visita anual, y, después de un desayuno tardío, estaba sentado en el muro bajo que era la continuación de la escarpadura del puente sobre el Water of Cruden. Frente a mí, al otro lado del camino y en pie bajo el único grupito de árboles que había por los alrededores, se hallaba una anciana alta y enjuta, que no cesaba de mirarme fijamente. Mientras estaba yo allí sentado, un pequeño grupo de gente, formado por un hombre y dos mujeres, pasó caminando por el camino. Los seguí con la mirada, pues, cuando pasaron a mi altura, tuve la impresión de que las dos mujeres caminaban juntas mientras que el hombre iba por delante, cargando al hombro una caja con aspecto de ataúd. Tuve un escalofrío, pero un momento después, cuando volví a mirar, volvían a caminar los tres juntos, como los había visto inicialmente. La anciana me miraba ahora con tal intensidad que parecía que los ojos se le fueran a salir de las cuencas. Se me acercó, cruzando el camino, y me dijo sin preámbulos:

—¿Qué ha visto, usted, que parece tan asustado?

No sentía deseos de contárselo, así que no respondí. Ella no despegaba sus grandes ojos de mí, como si escrutara mi interior. Me sentí enrojecer, y entonces ella dijo, en apariencia para sí misma:

—¡Eso me parecía a mí! Aunque yo no haya visto lo que él.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Tenga paciencia. A lo mejor mañana a esta hora, ya lo ha descubierto —fue su ambigua respuesta.

Sus palabras despertaron mi interés y traté de que añadiera algo más, pero no lo conseguí. Se alejó con un caminar imponente, difícil de conciliar con su forma enjuta y desgarbada.

Después de cenar, mientras estaba yo sentado frente al hotel, se produjo una gran conmoción en el pueblo: hombres y mujeres con el rostro triste corriendo en todas direcciones. Cuando pregunté, averigüé que un niño se

había ahogado en la pequeña bahía de la localidad. Justo entonces, una mujer y un hombre, los mismos a los que había visto cruzar el puente por la mañana, pasaron corriendo con expresiones desencajadas. Alguien que también los vio se quedó mirándolos con cara de compasión y dijo:

—Pobre gente. Les espera un triste recibimiento en su casa.

—¿Quiénes son? —pregunté.

El hombre se descubrió la cabeza respetuosamente antes de responder.

—El padre y la madre del niño ahogado.

Aún no había él terminado de hablar cuando miré a mi alrededor, habiéndome parecido que alguien me llamaba.

Allí estaba la anciana enjuta, mirándome con expresión de triunfo.

La curvada costa de Cruden Bay, Aberdeenshire, se halla abrazada por una zona de dunas, entre cuyos huecos las algas, el musgo, las violetas silvestres y la bonita hierba de Parnaso forman un manto verde. Las espiguillas de agrostis tratan de mantener firme las laderas de las dunas, si bien su perfil está en continua transformación, merced al viento, que lleva de un lado a otro la fina arena. Más allá, todo es verde, desde las vegas que delimitan la bahía por el sur, hasta las protuberantes elevaciones que se prolongan hacia la lejanía, hasta confundirse con la suerte de barrera que constituye el perfil azulado de las montañas de Braemar. En el centro de la bahía, el punto más elevado del terreno es una especie de colina en miniatura, conocida como Hawklaw, que desciende hacia el mar, mientras que, hacia el sur se prolonga tierra prácticamente llana, con nada más que un suavísimo declive.

La franja arenosa en la costa de Cruden Bay es ancha y firme, y, con la marea baja, el mar retrocede una distancia considerable. Cuando hay tormenta y el viento sopla desde el mar, toda la bahía se convierte en una masa de olas encrespadas y rociones que amenaza a cada instante con aniquilar las filas de estacas, para sujetar redes de pesca, que se adentran en el agua. Unas cuantas embarcaciones se han perdido en esa ancha franja arenosa, y era, quizás, el bramido de las aguas poco profundas y el terror que inspiraban lo que enviaba a las tripulaciones a la cámara donde se guardaba la reserva de alcohol, y, a los cuerpos que más tarde llegaban a la costa, al cementerio de la colina.

Si se compara Cruden Bay con una boca, siendo las dunas el blando paladar, y la verde colina de Hawklaw la lengua, entonces las rocas que delimitan sus extremos serían los dientes. Al norte, las rocas de granito rojo se alzan, aserradas y fracturadas. Al sur, a milla y media a vuelo de pájaro, nos encontramos con una manifestación de las más portentosas fuerzas de la

naturaleza. Es allí, donde asoma el pequeño promontorio conocido como Whinnyfold, donde los dos principales rasgos geológicos de la costa de Aberdeen entran en contacto. La siena roja del norte se junta con el gneis negro del sur. La conjunción inicial debió de ser violenta: hay evidencias de un levantamiento geológico brusco que tuvo que sacudir la Tierra hasta su mismo núcleo. Aquí y allí aparecen grandes masas de ambas especies de roca, de toda variedad de formas, a veces fusionadas o comprimidas de tal modo que es imposible decir exactamente dónde acaba el gneis y dónde comienza la siena; pero se puede afirmar, a groso modo, que allí se halla la irregular línea de separación. Esta discurre mar adentro, hacia el este, apreciándose su longitud por los afloramientos sobre la superficie del agua. Por espacio de media milla o más, las rocas asoman sobre el mar, de forma aislada o en pequeños cúmulos, concluyendo en el peligroso grupo conocido como los Skares, y que a lo largo de los siglos se ha cobrado su buena cuota de naufragios y desgracias. Si el mar conservara a sus muertos allí donde se hunden inicialmente, el fondo alrededor de los Skares estaría cubierto por un blanco estrato de huesos, y la acumulación de pecios conformaría nuevas islas que asomarían sobre la superficie. En esa zona muestra el mar en ocasiones su faceta más desbocada, ya que cuando la tempestad sopla desde el sureste, el mar se rompe al atravesar las aberturas entre las rocas y proyecta su espuma hacia tierra. Las rocas que, con el tiempo en calma, asoman oscuras desde las saladas profundidades, quedan ocultas a la vista bajo las olas durante las tormentas. Las gaviotas que habitualmente se posan en ellas, cubriéndolas de blanco, revolotean a su alrededor en estas otras ocasiones, y sus chillidos aislados llegan a la costa en forma de una nota ininterrumpida, fundidos con el bramido abrumador del mar y del viento.

El pueblo, arracimado junto a la desembocadura del Water of Cruden, en el costado norte de la bahía, es muy simple; unas hileras de *cottages* de pescadores, y dos o tres grandes secaderos de pescado con tejado de tejas rojas en la pendiente arenosa tras las viviendas. En cuanto al resto, tal como era la primera vez que lo vi, un pequeño puesto de vigía junto a un gran mástil de bandera en el acantilado norte, unas pocas granjas dispersas tierra adentro, un hotelito en la orilla occidental del Water of Cruden, con una ringlera de sauces que protegían el húmedo jardín, siempre repleto de frutas y flores.

Desde el extremo sur de la playa de Cruden Bay hasta el pueblo de Whinnyfold, la distancia es de apenas unos centenares de yardas; primero una cuesta empinada que remonta la ladera rocosa, y luego camino llano, junto al que discurre, durante parte del trayecto, un arroyo diminuto. A la izquierda

del sendero, cuando se camina en dirección a Whinnyfold, el terreno se eleva con una pendiente acusada, tras la que vuelve a desplomarse, formando una suerte de ancha colina en miniatura de unos dieciocho o veinte acres. El costado sur de la misma es escarpado, la negra roca se hunde en las aguas de la pequeña bahía de Whinnyfold, en el centro de la cual se halla una pintoresca isla rocosa, con una empinada inclinación hacia el norte, como es la tendencia de todos los gneis y los granitos de la zona. Pero hacia el este y el norte aparecen bahías o aberturas irregulares, de modo que los puntos más extremos del promontorio se alargan como dedos. En las puntas de estos hay arrecifes de rocas desprendidas, cuya existencia solo se acierta a apreciar con mal tiempo, cuando el ímpetu de la corriente, al chocar contra ellos, forma remolinos a su alrededor y proyecta surtidores de espuma que se rizan en el aire. Esas pequeñas bahías son, en su mayoría, curvas y verdes, en los casos en que los sedimentos terrosos y arenosos han cubierto la superficie rocosa y proporcionado asiento a la hierba y los tréboles. Hubo en esta zona, en algún tiempo, grandes cavernas, ahora derrumbadas o colmatadas, bien sea por la arena, bien la tierra arrastrada por las aguas de escorrentía en las épocas lluviosas. En una de esas bahías, Broad Haven, mirando hacia los Skares, se alza un solitario pilar de roca, conocido por los lugareños como «Puir mon», a través de cuya base, el tiempo y la meteorología has excavado un agujero por el que un hombre puede pasar cómodamente en pie.

En las masas rocosas que se proyectan hacia el mar desde los costados y las costas de todas estas bahías, se abren unos canales naturales, de laterales rectilíneos, como si hubieran sido cortados por los vecinos con el fin de aprovisionarse de adoquines para las calles de Whinnyfold.

Cuando vi el lugar por primera vez, quedé prendido de él. Si me hubiera sido posible, habría pasado todo el verano allí, en una casa propia, pero la ausencia de un alojamiento para tan largo plazo me privó de la oportunidad. Tuve que quedarme en el pequeño hotel, el Kilmarnock Arms.

Volví el año siguiente, y el siguiente, y el siguiente. Y entonces acordé el alquiler indefinido de un terreno, donde construiría una casa mirando a los Skares. Los detalles del acuerdo me obligaban a ir una y otra vez a Whinnyfold, a la vez que no cesaba de pensar en mi futura casa.

Hasta entonces mi vida había sido plácida, sin incidentes. En el colegio, aunque en mi fuero interno era ambicioso, mis resultados terminaron siendo del montón. En la universidad me fue mejor, ya que mi constitución fuerte y dotes atléticas me proporcionaron una posición que me ayudó a superar ni natural timidez. Cuando cumplí los veintiocho me descubrí convertido en

abogado, si bien solo nominalmente, con algunos conocimientos teóricos de la ley pero ninguno práctico, y con un cargo en el Devil's Own, el pretencioso nombre con que era conocido el Colegio de Abogados. Tenía pocos parientes, pero una holgada fortuna, que no llegaba a ser grande; y había viajado alrededor del mundo, a la manera diletante.

Durante toda la noche pensé en el niño muerto y en mi peculiar visión. Daba igual que durmiera o me mantuviera despierto, no podía sacarme de la cabeza a los padres en procesión, tal como mi imaginación los había visto, ni sus enloquecidos rostros en la realidad. Entremezclada con ellos se hallaba la enjuta anciana de ojos enormes y rasgos aguileños que tanto interés había demostrado por el asunto, y por mi participación en el mismo. Pregunté al dueño del hotel si la conocía, ya que, gracias a su cargo de jefe de correos, sabía de casi todo el mundo en millas a la redonda. Me dijo que no era de la localidad.

—No se me ocurre qué la trae aquí —añadió—. Ha venido desde Peterhead dos o tres veces últimamente, pero no parece tener nada que hacer. No vende ni compra nada. No es una excursionista ni una mendiga ni una ladrona, y no parece trabajar en nada. Es una tipa rara. Deduzco por su acento que es del oeste, seguramente de una de las islas más alejadas. Diría, por su forma de hablar, que es de origen gaélico.

Más tarde, ese mismo día, mientras paseaba yo por la costa, cerca de Hawklaw, ella se acercó a hablar conmigo. La costa estaba muy solitaria, ya que en esas fechas era raro ver a alguien en la playa, más allá de los pescadores de salmones que cobraban sus redes con la bajamar. Yo caminaba en dirección a Whinnyfold cuando se me acercó sigilosamente por la espalda. Debía de estar escondida entre el agrostis de las dunas, porque, en otro caso, yo la habría visto en la costa desierta. Quedó claro que se trataba de una persona arrogante; sin mediar preámbulo, se dirigió a mí en un tono y con una actitud que me hicieron sentir inferior y culpable de algo.

—¿Por qué no quiso decirme lo que vio ayer?

—No lo sé —respondí instintivamente—. Puede que porque me pareció ridículo.

Sus severos rasgos se endurecieron en una mueca de desdén.

—¿La muerte y la condena le parecen tan ridículas como para guardar silencio sobre ellas? —contestó.

Tuve la impresión de que la mujer había ido demasiado lejos y a punto estuve de dedicarle una réplica cortante, cuando de repente me sorprendió que ella supiera lo que había sucedido. Perplejo, se lo pregunté directamente.

—¿Cómo diantre lo sabe? No se lo dije a nadie.

Callé, confundido; había allí algún misterio que se me escapaba. Ella pareció leerme la mente como un libro abierto; no despegó la vista de mí mientras hablaba, escrutándome con una sonrisa extraña.

—Eh, muchacho, ¿no sabe que puede ver? ¿No comprende que puede oír? ¿Acaso tiene el don de la Segunda Visión y lo desconoce? Su cara, cuando presenció el aviso de muerte, no pudo dejármelo más claro.

—¿Quiere usted decirme que, solo con ver mi cara, supo lo que vi?

—¡No, no, muchacho! Para nada, aunque yo también soy vidente. ¡Solo supe que había sido testigo del aviso! No suelen ser tan diferentes unos de otros como para dejar lugar al error. Al fin y al cabo, la muerte siempre es la muerte, se pinte como se pinte.

Me detuve un momento a pensar, al cabo del cual pregunté:

—Si tiene usted el poder de la Segunda Visión, ¿por qué no vio el aviso, o lo que quiera que fuera?

—¡Ah, muchacho —respondió negando con la cabeza—, sabe poco de cómo funcionan los destinos! Ha de saber que la Voz solo susurra al oído de los elegidos, y que la Visión solo es dada, asimismo, a unos pocos. Nadie puede elegir, por gusto, oír ni ver.

—Entonces —dije, con una nota triunfal—, si solo a los elegidos les es dado saber, ¿por qué usted, que en esta ocasión no parece haber sido elegida, conoce, pese a todo, lo ocurrido?

—Sepa usted, joven señor —respondió ella con un asomo de impaciencia —, que es mucho lo que un mero ser mortal puede ver, si cuenta con el pensamiento, el conocimiento y la experiencia para guiarle. Piense si no cómo es posible que algunos llegan a comprender y a aprender tanto, mientras que otros, entre sus iguales, siguen al final de su vida ciegos como topos, igual que estaban al principio.

—En ese caso, quizás pueda usted decirme qué vio y cómo llegó a verlo.

—Los que han sido testigos de otros avisos no necesitan muchas pistas para reconocer uno. Muchos ataúdes, cirios y tumbas he visto, y desde hace mucho tiempo, como para no reconocer cuándo los ve otro. No, no, muchacho, lo que sé de lo que ha visto no es gracias al Don, sino solo por experiencia. No sé exactamente lo que vio. Ignoro los detalles, los adornos con que la muerte se ha engalanado en esta ocasión, pero sé a ciencia cierta que fue un aviso de muerte.

—¿Quiere decir que la Segunda Visión es una cuestión de azar?

—¡Azar! ¡Azar! —repitió con desprecio—. ¡No, joven señor! Cuando la Voz habla no hay lugar para el azar, al igual que no lo hay cuando la noche sigue al día.

—Me confunde usted —dije, sintiéndome en posición de superioridad ahora que la había pillado en un error—. No he querido decir en ningún momento que el aviso, o lo que fuera, no se tratara de un precedente de la muerte. Me refiero a que lo que parece una cuestión de azar es a quién habla la Voz, sea eso lo sea, tras recibir la orden de dirigirse a alguien.

Una vez más, ella me respondió con desprecio.

—¡No, no! No hay azar ni nada parecido en el aviso. Quienes envían la Voz y la Visión saben bien a quién se dirigen y por qué. ¿No comprende usted que no se trata de un juego infantil? Cuando la Voz habla, ¡detrás vienen lágrimas, aflicción y lamentos! ¡No! No se trata de una mera manifestación aislada, desvinculada de todo lo demás. Es una parte más del gran proyecto abarcador, y puede usted estar seguro de que quien es elegido para ver u oír está bien elegido, y jugará un papel en lo que está por acontecer.

—¿Debo entender que la Segunda Visión es una pequeña parte de un gran plan que ha de ser llevado a cabo gracias a diversos medios y agentes, y que quien presencia la Visión u oye la Voz no es más que un instrumento ciego e inconsciente del destino?

—¡Eso es, muchacho! Los destinos conocen bien sus motivaciones y su labor, no requieren de la ayuda ni de las opiniones de ningún ser humano, sea ciego o vidente, cuerdo o idiota, consciente o inconsciente.

Mientras la escuchaba, me sorprendió su uso de la palabra «destino», y más aún que la empleara en plural. Era evidente que pese a ser cristiana, como parecía, y en el oeste la gente acostumbraba a ser devota observante de los deberes de su congregación, sus verdaderas creencias nacían de alguna antigua mitología pagana. Me habría gustado preguntarle al respecto, pero temí ofenderla y que ya no dijera nada más.

—Háble me, por favor, si no le importa, de algún caso que haya conocido de Segunda Visión —pedí en su lugar.

—A los que se les ha permitido ver actuar la mano del destino no les corresponde presumir ni fanfarronear. Sin embargo, puesto que también es usted vidente, puedo ser sincera. He visto el mar revolverse sin causa aparente en el punto exacto donde más tarde se hundió un barco; he oído, en un campo solitario, los martillazos del fabricante de ataúdes cuando me crucé con alguien que pronto iba a morir. He visto a la muerte rondar el espíritu de un

ahogado, tanto en sueños como en la vigilia. Sí, de muchos modos he visto y oído el aviso de muerte.

—¿Pero todo lo que se ve y se oye se hace realidad? —pregunté—. ¿Nunca ha oído sonidos extraños o visto cosas que no podía explicar y luego eso no ha conducido a nada? Infiero que no siempre sabe usted a quién le va a suceder algo, solo que la muerte se halla cercana.

Mis preguntas no parecieron molestarla.

—¡Nada de eso! —respondió de inmediato—. Pero hay veces en que a lo que se ve o se oye no le sigue nada manifiesto. Pero piense, joven señor, en cuántos cadáveres continúan yaciendo en el fondo de los mares, cuántos reposan en los montes o caídos en simas donde sus huesos se blanquean, ignorados por el mundo. ¡No! Es más, a cuántos la muerte los ha sorprendido de un modo que el resto de la gente cree obra de la naturaleza, cuando en realidad ha sido fruto de la mano del hombre.

Era una pregunta difícil de responder, así que preferí cambiar de tema.

—¿Cuánto tiempo debe pasar antes de que se cumpla el aviso?

—Ya lo ha comprobado usted, que ayer fue testigo de lo rápido que la muerte puede suceder al aviso. Pero hay veces, la mayoría, en que pueden transcurrir días o semanas antes de que acontezca la muerte.

—¿Le ha sucedido alguna vez que conozca a la persona a la que afecta el aviso?

Me respondió con un tono de certeza que albergaba una secreta convicción.

—¡También! Sé de uno que anda por ahí orgulloso de su buena salud. Pero la muerte ha pronunciado su nombre. Con estos mismos ojos lo he visto tendido sobre las rocas, con agua chorreando del pelo. Y otra vez oí repiques fúnebres cuando me lo crucé en un campo donde no había una campana en millas a la redonda. Y en otra ocasión lo vi en la iglesia, con cuervos volando a su alrededor, y más que venían, en bandada, desde el horizonte.

Había ahí un caso donde la Segunda Visión se podía poner a prueba, así que me apresuré a preguntarle al respecto, aunque para ello hube de superar una suerte de repugnancia.

—¿Se podría demostrar? Sería un caso digno de hacerse público. Si la muerte llegara a acontecer, quedaría demostrado, más allá de toda duda, la existencia de un fenómeno como la Segunda Visión.

La sugerencia no fue bien recibida.

—¡Más allá de toda duda! —respondió, de nuevo con desprecio—. ¡Duda! ¿Quién duda de la existencia de la muerte? Sepa usted, joven señor,

que la muerte, y todo lo relacionado con ella, no es algo con lo que traficar, no es cosa para quienes no buscan más que publicidad o satisfacer su curiosidad. La Voz y la Visión no son para damas elegantes ni gentes ociosas en busca de algo con lo que matar el tiempo.

—Discúlpeme —dije—, he hablado sin pensar. No debería haber dicho algo así.

Aceptó mis disculpas con algo similar a una reverencia regia, pero al cabo de un momento sus palabras me demostraron que, al fin y al cabo, no era más que una mujer.

—Le aseguro que al final, usted no tendrá ninguna duda. Es usted un vidente y ni a mí ni a nadie nos corresponde interponernos en los designios de quienes le han otorgado el don. Recuerde bien cómo Gormala MacNiel le dijo a usted que Lauchlane Macleod, de las islas exteriores, ha sido llamado; aunque de momento la voz no le ha hablado a él, solo a mí. Ya lo verá usted.

Se calló de golpe, como asaltada por alguna idea, tras lo que añadió atropelladamente:

—Cuando le vi tendido sobre las rocas, había alguien más, inclinado sobre él, aunque en la oscuridad de la noche no pude reconocerlo, pese a iluminarlo la luna. ¡Ya lo descubriremos! ¡Ya lo descubriremos!

Sin una palabra más, dio media vuelta y se alejó. No me hizo caso cuando la llamé, sino que, con largas zancadas atravesó la playa y se perdió entre las dunas.

LAS NUPCIAS DE LA MUERTE

(The Bridal of Death)

Si hubiera sido necesaria alguna evidencia de la medida en que todos y cada uno de nosotros habíamos llegado a creer en la existencia espiritual de la reina egipcia, habría bastado el cambio que, en el transcurso de unos minutos, había ejercido en nosotros la declaración de renuncia voluntaria realizada, creíamos todos, a través de Margaret. Pese a la cercanía de la temida prueba, cuyo efecto en nosotros era imposible soslayar, tanto nuestra apariencia como nuestra actitud daban a entender que habíamos experimentado un gran alivio. Es cierto que habíamos vivido en tal estado de terror durante los días en que el señor Trelawny había yacido sumido en trance, que el sentimiento había arraigado en nosotros. Nadie sabe hasta que lo ha experimentado lo que es vivir amenazado constantemente por un peligro desconocido que puede caer sobre ti en cualquier momento y bajo cualquier forma.

El cambio se manifestó de diferentes modos, según la naturaleza de cada uno. Margaret estaba triste. El doctor Winchester estaba exultante, sin perder detalle, viéndose liberado del esfuerzo mental que le había servido de antídoto contra el miedo, tras verse eximido de su deber, a lo que había que añadir su entusiasmo intelectual. El humor del señor Corbeck parecía más retrospectivo que especulativo. Personalmente, yo me sentía inclinado a la alegría; el alivio de la preocupación que Margaret me había causado era suficiente para mí por el momento.

En cuanto al señor Trelawny, era el que había experimentado un cambio menos claro. Quizás esto fuera completamente natural, tras haber albergado durante tantos años la intención de hacer lo que esa noche nos proponíamos, que solo podía ver cualquier evento relacionado con ello como un mero episodio, un paso más que lo acercaba al final. La suya era una de esas naturalezas dotadas para el mando que solo tienen ojos para la conclusión de la empresa en que se hallan embarcadas, siendo todo lo demás secundario. Incluso ahora, cuando la presión había menguado y por tanto se podría

esperar que dejara en parte a un lado su severidad, en ningún momento dudaba o flaqueaba en cuanto a su propósito. Nos pidió a los hombres que lo acompañáramos, entre todos levantamos la mesa de roble, lo bastante larga y no muy ancha, que había contra una pared del recibidor, y la bajamos a la bodega. La colocamos bajo el grupo de luces eléctricas, en el centro de la estancia. Margaret lo contempló todo, tras lo que palideció de pronto y, con la voz entrecortada, dijo:

—¿Qué va a hacer, padre?

—¡Desenrollar la momia del gato! La reina Tera no necesitará a su deidad doméstica esta noche. Si lo reclamara, podría ser peligroso para nosotros, así que lo pondremos a buen recaudo. ¿Estás preocupada, querida?

—No —se apresuró ella a responder—. Solo pensaba en mi Silvio, y en cómo me sentiría si la momia que fuéramos a desenvolver fuera la suya.

El señor Trelawny dispuso cuchillos y tijeras, y colocó al gato sobre la mesa. Era un desagradable comienzo de nuestra labor, y se me encogió el corazón al pensar en lo que podría suceder en aquella casa solitaria en la oscuridad de la noche. Las impresiones de soledad y aislamiento del mundo se veían potenciadas por el gemido del viento, cuyo volumen había crecido de manera ominosa, y por el batir de las olas contra las rocas, por debajo de nosotros. Pero teníamos por delante una tarea demasiado seria como para permitir que manifestaciones exteriores nos distrajeran: comenzó el proceso de desenvolver la momia.

La cantidad de vendas era increíble, y el sonido de desgarro —las vendas estaban firmemente adheridas entre sí con bitumen, colas y especias— y la nubecilla de polvo rojo y acre que se alzó, ponían a prueba la resistencia de nuestros sentidos. Tras retirar las últimas envolturas, vimos el animal, sentado ante nosotros. Se hallaba en cuclillas; el pelaje, los dientes y las uñas se encontraban íntegros. Los ojos estaban cerrados, pero los párpados no presentaban el aire amenazador que yo esperaba. El vendaje había aplastado los bigotes contra los costados de la cara, pero, una vez eliminadas las vendas, se irguieron, adoptando la misma posición que en vida. Era un ejemplar magnífico, un gato atigrado de gran tamaño. Pero nuestra inicial mirada de admiración dejó paso a otra de miedo, y un escalofrío nos recorrió a todos, pues allí estaba la confirmación de los miedos que habíamos venido albergando.

La boca y las garras estaban cubiertas de manchas rojas y secas de sangre; manchas recientes.

El doctor Winchester fue el primero en recobrarse; la sangre no era para él motivo de desagrado.

Había sacado su cristal de aumento y estaba examinando las manchas en la boca del gato. El señor Trelawny emitió un suspiro, como si se hubiera visto aliviado de alguna preocupación.

—Como yo esperaba —dijo—. Es un dato prometedor para la tarea que nos aguarda.

Mientras tanto, el doctor Winchester observaba las garras manchadas de rojo.

—Como me temía —dijo—. ¡También tiene siete uñas!

Abrió su cuaderno de notas y extrajo el trozo de papel secante con las marcas de las garras de Silvio, donde también figuraba un diagrama a lápiz de los cortes producidos en la muñeca del señor Trelawny. Puso el papel bajo la pata del gato. Las marcas encajaban con exactitud.

Una vez hubimos examinado el gato, sin hallar, no obstante, nada extraño en él, más allá del maravilloso estado de conservación, el señor Trelawny lo retiró de la mesa. Margaret se adelantó de pronto, exclamando:

—¡Tenga cuidado, padre! ¡Tenga cuidado! ¡Podría atacarle!

—¡No ahora, querida! —respondió él, de camino a la escalera.

A ella se le desmoronó la expresión.

—¿Adónde va? —preguntó débilmente.

—A la cocina —respondió él—. El fuego eliminará todo peligro. ¡Ni siquiera una forma astral puede materializarse a partir de las cenizas!

Nos indicó mediante una seña que lo siguiéramos. Margaret se volvió y emitió un sollozo. Fui a su lado, pero me apartó y dijo con un susurro:

—¡No, no! Ve con los demás. Padre puede necesitarte. ¡Es como un asesinato! ¡La pobre mascota de la reina…!

Las lágrimas manaban entre los dedos con que se cubría el rostro.

En la cocina, ya estaba dispuesta la leña en el hogar. El señor Trelawny le aplicó una cerilla; unos segundos después, las astillas habían prendido y las llamas comenzaban a elevarse. Cuando el fuego ya ardía vigoroso, arrojó el cuerpo del gato a su interior. Durante unos segundos no fue más que una masa negra entre las llamas, y la estancia se llenó de un tufo a pelo quemado. Luego el cuerpo reseco también prendió. Las sustancias inflamables utilizadas en el embalsamamiento fueron un combustible añadido, y rugieron las llamas. Al cabo de pocos minutos, respiramos tranquilos. La deidad doméstica de la reina Tera había dejado de existir.

Cuando volvimos a la bodega, hallamos a Margaret sentada a oscuras. Había apagado la luz eléctrica y nada más que la débil claridad del final de la tarde se colaba por las estrechas aberturas de las paredes. Su padre corrió junto a ella y la abrazó, en gesto cariñoso y protector. Ella apoyó la cabeza en el hombro de su padre y, durante un minuto, pareció sentir consuelo. Al cabo, me pidió:

—Malcolm, enciende la luz.

Obedecí su orden, y pude ver entonces que, pese a que ella había estado llorando, sus ojos ya estaban secos. Su padre también se percató, y se quedó más tranquilo. Este nos dijo, en tono serio:

—Será mejor que nos preparemos para el trabajo realmente importante. No nos conviene dejar nada para el último momento.

Margaret debió de sospechar lo que se avecinaba, porque, con voz desfalleciente, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

El señor Trelawny también debió de sospechar cómo se sentía ella, porque respondió con calma.

—Desenvolver a la reina Tera.

Ella se pegó a él y le suplicó en susurros:

—¡Padre, no puede descubrirla! ¡Todos ustedes son hombres…! ¡Y habrá luz!

—¿Por qué no, querida?

—Piénselo, padre, ¡es una mujer! ¡Y está sola! ¡En que situación! ¡En qué lugar! ¡Es cruel, muy cruel!

Estaba abrumada. Tenía las mejillas encendidas y los ojos cargados de lágrimas de indignación. El padre se percató de su angustia y, comprensivo, intentó consolarla. Yo quise alejarme, pero él me indicó mediante una seña que me quedara. Interpreté que, como les sucede a los hombres en tales ocasiones, requería ayuda, deseoso de traspasar a otro la molestia de lidiar con una mujer indignada y afligida. Sin embargo, comenzó por apelar a la razón de la chica.

—No es una mujer, querida, es una momia. Lleva muerta cerca de cinco mil años.

—¿Qué importa eso? El sexo no es una cuestión de años. Una mujer continúa siéndolo aunque lleve muerta cinco mil siglos. Y usted espera despertarla de tan largo sueño. No puede tratarse de una muerte real, si es que puede despertar de ella. Según lo que usted mismo me ha hecho creer, ella regresará a la vida cuando se abra el cofre.

—En efecto, querida, eso creo que sucederá. Pero ella no se ha visto presa de la muerte durante todos estos años; se trata de algo similar, aunque al mismo tiempo muy diferente. Por otro lado, piensa que fueron hombres quienes la embalsamaron. En el antiguo Egipto no existían los derechos de la mujer ni había doctoras, querida. Y además —prosiguió, ahora más relajado, tras ver que ella aceptaba sus argumentos, pese a no compartirlos—, los que estamos aquí nos hallamos acostumbrados a estos quehaceres. Corbeck y yo hemos desenvuelto cientos de momias, entre las que había tantas mujeres como hombres. El doctor Winchester ha tenido que tratar a lo largo de su carrera tanto con mujeres como con hombres, hasta llegar al punto de que la diferencia de sexo no supone nada para él. Incluso Ross, en su labor como abogado…

Se calló de pronto.

—¡Tú también vas a participar! —me dijo ella, indignada.

No respondí nada, en la creencia de que el silencio era la mejor opción. El señor Trelawny se apresuró a continuar; no pude dejar de ver que había agradecido la interrupción, ya que mi experiencia como abogado era el punto débil en su argumentación.

—Hija mía, tú también nos acompañarás. ¿Acaso haríamos nosotros algo que te hiriera u ofendiera? ¡Vamos! ¡Sé razonable! No estamos aquí por diversión. Todos somos personas serias, que afrontan con absoluta profesionalidad un experimento capaz de revelarnos la sabiduría de la antigüedad y ampliar enormemente los límites del conocimiento humano, que puede proporcionarnos nuevos rumbos de pensamiento e investigación. Un experimento —añadió, con voz más grave—, que podría acarrearnos la muerte a todos y cada uno de nosotros. Por lo que ya ha sucedido, sabemos que ante nosotros hay, o podría haber, peligros vastos y desconocidos, y nadie de cuantos estamos aquí alcanza a vislumbrar aún el final de nuestro arriesgado camino. No lo dudes, hija mía: no actuamos a la ligera, sino con toda la seriedad de un grupo de profesionales concienzudos. Además, querida, al margen de los sentimientos que a ti o a cualquiera de nosotros le pueda generar la cuestión, es necesario para el éxito del experimento que la desenvolvamos. Considero indispensable, sean cuales sean las circunstancias, retirar los vendajes antes que ella deje de ser un espíritu con un cuerpo astral y se convierta de nuevo en un ser humano vivo. Si ella acometiera su propósito inicial y volviera a la vida dentro de sus vendas de momia, podría ser nada más que para cambiar el sarcófago por una mera tumba. Sufriría la muerte de un enterrado en vida. Pero ahora que ha abandonado

voluntariamente, por el momento, su poder astral, no cabe duda sobre sus intenciones.

Margaret se relajó.

—De acuerdo, padre —dijo, y le dio un beso—. Pero me continúa pareciendo una indignidad para una reina, y para una mujer.

Yo me encaminaba a las escaleras cuando ella me llamó.

—¿Adónde vas?

Volví a su lado, le tomé la mano y se la acaricié.

—Regresaré cuando hayan terminado de desenvolverla —dije.

Ella me miró largamente, con un atisbo de sonrisa.

—Quizás sea mejor que tú también te quedes. Podría serte útil, en tu trabajo como abogado.

Cuando su mirada se encontró con la mía, sonrió, pero el cambio de expresión fue muy breve. Se puso seria y muy pálida.

—Padre tiene razón —dijo en tono distante—, todos debemos afrontarlo con seriedad. Pero en cualquier caso… No, precisamente por esa razón es mejor que te quedes, Malcolm. Puede que más adelante te alegres de haber estado presente esta noche.

El corazón se me encogió al oírla, pero creí mejor no decir nada. El miedo nos acechaba a todos.

Para entonces, el señor Trelawny, ayudado por el señor Corbeck y el doctor Winchester, ya había levantado la tapa del sarcófago de siderita que contenía la momia de la reina. El sarcófago era largo pero no demasiado voluminoso. La momia era larga, ancha y alta, y pesaba tanto que no fue tarea fácil, ni siquiera para cuatro personas, extraerla. Siguiendo las instrucciones del señor Trelawny, la depositamos en la mesa preparada con ese fin.

Solo entonces fui consciente de la verdadera proporción del horror de lo que teníamos ante nosotros. Bajo la intensa luz de las bombillas, se hallaba expuesta, en toda su dimensión, la faceta material y más sórdida de la muerte. Los vendajes exteriores, rasgados y aflojados por la tosca manipulación, con el tono oscurecido por el polvo, o bien aclarado a causa de los roces, presentaban un aspecto fruncido, maltratado; los extremos de las vendas se hallaban deshilachados; la pintura estaba descolorida y el barniz desportillado. Las capas de venda debían de ser numerosas, ya que el bulto era enorme. Pero aun así, se distinguía una innegable figura humana, más horrible cuando se haya oculta en parte que en cualquier otro momento. Lo que teníamos ante nosotros era nada más y nada menos que la muerte. De lo novelesco, de lo emotivo, de lo fantástico no quedaba rastro alguno. Los dos

hombres de mayor edad, entusiastas que se habían enfrentado a labores similares infinidad de veces, no estaban alarmados por lo que veían; y el doctor Winchester aguardaba con actitud profesional, como ante una mesa de operaciones. Pero yo me sentía desmoralizado, desgraciado y avergonzado, además de sufrir el padecimiento y la preocupación que me causaban la palidez fantasmal de Margaret.

Se pusieron manos a la obra. El proceso de desenvolver la momia del gato me había preparado en parte para lo que tuvo lugar, pero esta momia era mucho más grande, e infinitamente más elaborada, tanto, que parecía una pieza completamente diferente.

Por si fuera poco, a las omnipresentes impresiones de muerte y humanidad se sumaba en esta ocasión la de estar tratando con algo más sutil y elevado. El gato estaba embalsamado con materiales toscos; en este caso, una vez retirados los vendajes exteriores, descubrimos que todo se había llevado a cabo de manera mucho más delicada. Parecía que en el embalsamamiento solo se habían empleado las mejores colas y especias. Sin embargo, lo que lo rodeaba seguía siendo igual: el mismo polvillo rojo y acre, y los restos de bitumen; el mismo sonido de desgarro, que acompañaba a la retirada de las vendas. La cantidad de estas era inmensa; las eliminadas formaban una gran montaña. A medida que los hombres seguían desenvolviéndola, yo estaba cada vez más excitado. No participé en el proceso; Margaret me dedicó una mirada de agradecimiento cuando retrocedí para mantenerme al margen. Ella y yo nos dimos de la mano, apretando con fuerza la del otro. A medida que el proceso avanzaba, las vendas pasaron a ser de mayor calidad y a oler menos a bitumen, aunque el olor se hizo más acre. Creo que todos sentimos que este nos afectaba de algún modo. Sin embargo, eso no interfirió en el trabajo, que prosiguió sin interrupciones. Algunas de las vendas más internas portaban símbolos o dibujos. Unos se hallaban trazados en un único color, verde pálido, mientras que otros eran policromados, pero siempre con prevalencia del verde. De cuando en cuando el señor Trelawny o el señor Corbeck comentaban algún dibujo en concreto antes de depositar la venda en el montón que tenían al lado, y que había crecido hasta una altura monstruosa.

Las capas de vendaje llegaban a su fin. Ya se apreciaban las proporciones de la reina, de una altura notable, superior a la media. A medida que se acercaba el final del proceso, crecía la palidez de Margaret, y el corazón le latía con mayor rapidez; empezó a jadear de un modo que me asustó.

Cuando su padre estaba retirando la última de las vendas, alzó la mirada y acertó a ver la expresión dolida, angustiada y pálida de ella. Se detuvo e,

interpretando que la preocupación de su hija estaba causada por lo que ella interpretaba como una ofensa a la intimidad, dijo en tono tranquilizador:

—No te inquietes, querida. Mira. No tienes motivos para preocuparte. La reina lleva un vestido. Un atuendo en verdad regio.

La última cobertura de la momia era una única capa de venda, ancha y de la misma longitud que el cuerpo. Una vez retirada, dejó a la vista un profuso vestido de lino blanco, que cubría su cuerpo desde la garganta hasta los pies.

¡Y qué lino! Todos nos inclinamos para verlo mejor.

Llevada por su femenino interés por los objetos bonitos, Margaret se olvidó de sus preocupaciones. Los demás también lo contemplamos admirados, ya que, seguramente, nadie de nuestra era había visto un lino semejante. Era tan fino como la mejor de las sedas. Pero ninguna seda, ni hilada ni tejida, podría formar pliegues tan elegantes, menos aún después de haber estado constreñida bajo apretadas envolturas de venda, y aprestada por el paso de los siglos.

El cuello de la prenda se hallaba delicadamente bordado en oro puro, con diminutas chispas de sicomoro; y alrededor de los pies, trabajado con similar primor, había una cenefa bordada de plantas de loto, de diferentes alturas, simulando el elegante abandono del crecimiento natural.

Depositado sobre el cuerpo, no rodeándolo, había un ceñidor enjoyado. Una pieza asombrosa, pulida, que emitía destellos de multiplicidad de formas y facetas, y con todos los colores del cielo.

La hebilla era una gran piedra amarilla, redonda, de superficie semiesférica. Relucía como si en sus entrañas albergara un auténtico sol; sus rayos parecían iluminarlo todo. La flanqueaban dos piedras de luna de menor tamaño, cuyo brillo, junto a la imponencia de la piedra solar, recordaba a la plateada luz de nuestro satélite.

A cada lado del ceñidor, sostenidas por delicados engastes dorados, se extendía una hilera de gemas resplandecientes, de diversos colores. Cada una de ellas parecía albergar una estrella viviente, que parpadeaba con cada fase de la luz cambiante.

Margaret alzó las manos, extasiada. Volvió a inclinarse, para observar más de cerca; pero de pronto retrocedió, quedando erguida en toda su gran estatura. Cuando habló, lo hizo con la convicción que surge de un conocimiento incuestionable.

—Eso no es una mortaja. No es un atavío para un muerto. ¡Es un vestido de boda!

El señor Trelawny se inclinó y acarició el lino. Alzó un pliegue del cuello y supe, por el modo en que contuvo el aliento, que algo le había sorprendido. Levantó otro pliegue y luego también él también retrocedió.

—Margaret tiene razón —dijo señalando el cuerpo—. Ese vestido no se hizo para un cadáver. Mirad. No lo lleva puesto. Solo está extendido sobre ella.

Trelawny hizo una seña a Margaret para que se aproximara. A continuación, empleando ambas manos, él levantó el vestido por la zona donde estaban las joyas y lo dejó sobre los brazos de la chica, que esta extendió en un impulso natural. Piezas tan valiosas solo deben manipularse con el más exquisito de los cuidados.

Todos nos quedamos pasmados ante la belleza del cuerpo que, con la salvedad de un velo, yacía ahora completamente desnudo ante nosotros. Con manos temblorosas, el señor Trelawny retiró el velo, de un tejido tan delicado como el del vestido. Cuando retrocedió y la gloriosa belleza de la reina quedó expuesta en su totalidad, me sentí arrebatado de pudor. No era correcto que estuviéramos allí, contemplando de modo tan irreverente a una belleza desnuda; era indecente; ¡era casi sacrílego! No obstante, la asombrosa palidez de aquel hermoso cuerpo era algo con lo que soñar. Aquello no era algo muerto; parecía más bien una estatua de marfil esculpida por Praxiteles. No había asomo de la rigidez arrugada que es uno de los rasgos principales de las momias. Los rasgos no se hallaban chupados, como les sucede a los cuerpos desecados en arena, y que yo había visto en los museos. Mediante algún procedimiento inimaginable, hasta el último poro del cuerpo había sido conservado. La carne estaba tonificada y tersa, y la piel era tan suave como el satén. El color era, asimismo, extraordinario. Parecía de marfil, de marfil nuevo, salvo la muñeca derecha, desgarrada y manchada de sangre. La mano había desaparecido, fruto de haber asomado del sarcófago, completamente expuesta, durante decenas de siglos.

Respondiendo a un impulso femenino, con la mandíbula colgando a causa de la compasión, los ojos brillantes de rabia y las mejillas encendidas, Margaret volvió a cubrir el cuerpo con el precioso vestido. Solo el rostro quedó a la vista. Este era incluso más deslumbrante que el cuerpo, ya que no parecía muerto, sino vivo. Los párpados estaban cerrados, pero las pestañas, largas, negras y rizadas, yacían sobre las mejillas. La nariz se hallaba erguida en gesto de orgullo, y los orificios permanecían inmóviles, en un reposo más propio de la vida que de la muerte. Los labios, carnosos y rojos, se encontraban apenas entreabiertos, dejando ver una franja de dientes delicados

y perlinos. El cabello, imponente por su abundancia y de un negro reluciente como el ala de un cuervo, se hallaba recogido en gruesos moños por encima de la pálida frente, sobre la que habían caído unos finos mechones rizados, semejantes a zarcillos. Yo estaba asombrado por el parecido con Margaret, pese a lo que el señor Corbeck me había contado sobre el comentario realizado por el padre de ella. Aquella mujer —me era imposible pensar en ella en términos de momia o de cadáver— era idéntica a Margaret, tal como cuando la vi por primera vez. El parecido se veía realzado por el adorno enjoyado que llevaba en el pelo, «El Disco y las Plumas», igual al que llevaba Margaret. Era esta también una pieza impresionante; una perla de gran calidad y lustre plateado, flanqueada por piedras de luna labradas.

El señor Trelawny se sintió abrumado. A punto estuvo de desplomarse, y cuando Margaret se apresuró en acudir a su lado, lo sostuvo entre sus brazos y lo tranquilizó, oí que él murmuraba con voz entrecortada:

—¡Es como verte muerta, hija mía!

Siguió un largo silencio. Yo oía fuera el rugido del viento, que había aumentado hasta convertirse en tempestad, y el azote enfurecido de las olas, por debajo de nosotros. La voz del señor Trelawny rompió el hechizo.

—Más adelante debemos tratar de averiguar cuál fue el proceso de embalsamamiento. No se parece a nada que yo conozca. No parece que se haya realizado ningún corte para proceder a la extracción de las vísceras y los órganos, que, se diría, continúan intactos en el interior del cuerpo. A la carne no se le ha aplicado ninguna sustancia hidratante, sino otra cosa, como si, mediante algún delicado proceso, se hubiera inoculado cera o estearina en las venas. Me pregunto si en aquellos tiempos pudieron llegar a usar parafina. Mediante algún procedimiento desconocido para nosotros, se podría haber bombeado en las venas, donde se solidificó.

Margaret, después de haber echado una sábana blanca sobre el cuerpo de la reina, nos pidió que lleváramos a esta a su habitación, donde la depositamos en la cama.

—Dejadme a solas con ella —dijo—. Aún tienen que pasar unas cuantas horas, y no quiero dejarla allí, al descubierto, bajo la luz de los focos. Lo que va a suceder esta noche puede que sea las nupcias para las que ella estaba preparada, las nupcias de la muerte, y, al menos, debe llevar puesto su bonito vestido.

Cuando más tarde Margaret me hizo pasar a su habitación, la reina muerta se hallaba ataviada con el maravilloso vestido de lino y bordado en oro, y

llevaba puestas todas sus increíbles joyas. Ardían velas a su alrededor y unas flores blancas reposaban sobre su pecho.

Tomados de la mano, pasamos un rato contemplándola. Luego, Margaret suspiró y, empleando una de sus propias sábanas inmaculadas, la tapó. Tras cerrar suavemente la puerta, los dos nos reunimos con los demás, que nos aguardaban en el comedor. Hablamos de lo acontecido y de lo que estaba por acontecer.

De vez en cuando, me percataba de que alguno estaba forzando la conversación, como si no nos fiáramos de nosotros mismos. La larga espera comenzaba a afectar a nuestros nervios. A mí me parecía evidente que, durante su extraño trance, el señor Trelawny había padecido más de lo que sospechábamos, o más de lo que él estaba dispuesto a revelar. Cierto es que su fuerza de voluntad y su determinación eran tan fuertes como siempre, pero su faceta física se había visto debilitada. Resultaba completamente natural que así fuera. Nadie puede pasar por un periodo de cuatro días de absoluta negación de la vida sin verse afectado de algún modo.

A medida que transcurrían las horas, el tiempo pasaba más lentamente. Los demás hombres empezaron a adormilarse, sin poder evitarlo. Me pregunté si, en el caso del señor Trelawny y el señor Corbeck, quienes habían estado bajo el influjo hipnótico de la reina, no sería esa misma latencia lo que volvía a manifestarse.

Al doctor Winchester se le veía distraído a ratos, volviéndose esos periodos más largos y frecuentes con el discurrir del tiempo.

En cuanto a Margaret, el suspense le afectaba enormemente, como era de esperar tratándose de una mujer. Estaba cada vez más pálida y silenciosa, hasta que, al filo de la medianoche, me preocupé de veras por ella. La obligué a acompañarme a la biblioteca e hice que se tendiera un momento en un sofá. Dado que el señor Trelawny había decidido que el experimento se debía llevar a cabo exactamente siete horas después de la puesta de sol, nuestra gran prueba tendría lugar a las tres de la madrugada. Incluso dejando toda una hora para realizar los preparativos, aún nos quedaban por superar otras dos de espera, y yo le prometí velarla y despertarla en el momento que me dijera. Ella no quiso saber nada, sin embargo. Me dio las gracias con dulzura, acompañando sus palabras de una sonrisa, pero me aseguró no tener sueño, y que era capaz de aguantar despierta. Y que no eran el suspense y la excitación de la espera los únicos motivos de su palidez. Asentí, sin compartir su parecer, pero la retuve en la biblioteca durante más de una hora, hablando de

temas diversos; al final, cuando ella insistió en volver al cuarto de su padre, me felicité por, al menos, haberla ayudado a matar el tiempo.

Hallamos a los tres hombres sentados en un silencio paciente. Su varonil fortaleza les permitía contentarse con aguardar en silencio una vez hecho todo cuanto estaba en su poder.

Esperamos.

Las campanadas de las dos de la madrugada nos espabilaron a todos. Las dudas que pudieron anidar en nosotros durante las largas horas previas se esfumaron de inmediato, y todos acometimos, alertas y con entusiasmo, nuestras tareas asignadas. Comenzamos por comprobar que las ventanas estuvieran bien cerradas, ya que ahora la tormenta soplaba con tanta violencia que temimos que pudiera afectar a nuestros planes, para cuyo éxito era necesario un completo silencio. A continuación dejamos a punto las mascarillas, para ponérnoslas cuando se acercara la hora. Desde el primer momento habíamos acordado emplearlas, ya que ignorábamos si algún vapor nocivo podía salir del cofre mágico cuando se abriera. Parecía que ninguno dudábamos de que se produciría la apertura.

A continuación, guiados por Margaret, trasladamos el cuerpo de la reina Tera, aún ataviada con su ropa nupcial, desde la habitación a la bodega.

Fueron una imagen y una experiencia extrañas. El grupo de hombres serios y callados apartando de las velas encendidas y las flores blancas el cuerpo pálido e inmóvil, que, cuando a causa de nuestro movimiento su ropa dejaba un trozo de piel al descubierto, parecía una escultura de marfil.

La dejamos en el sarcófago y colocamos la mano cercenada sobre el pecho, en una posición natural. Bajo la mano se encontraba la joya de las Siete Estrellas, que el señor Trelawny había sacado de la caja fuerte. Refulgía cuando la pusimos en su sitio. Los focos eléctricos bañaban con una luz fría el gran sarcófago, fijado en su posición para el experimento final, el gran experimento, el resultado de las investigaciones de toda una vida de aquellos dos viajados académicos. El pasmoso parecido entre Margaret y la momia, intensificado por la extrema palidez de esta, potenciaba lo extraño de la situación.

Cuando todo quedó preparado, habían transcurrido tres cuartos de hora, ya que fuimos meticulosos en cada una de las tareas. Margaret me hizo una seña y la seguí a su habitación. Una vez allí, hizo algo que me conmovió de un modo extraño, y me hizo percatarme de golpe y con nitidez de la naturaleza desesperada de la empresa en que nos hallábamos embarcados. Una a una,

sopló las velas y las colocó en sus lugares de costumbre. Cuando hubo terminado, me dijo:

—Ya han cumplido su cometido. Sea lo que sea lo que nos aguarda, la vida o la muerte, ya no tiene sentido seguir empleándolas.

Regresamos a la bodega presas de un estremecimiento: la certidumbre del carácter definitivo de lo que estábamos haciendo. Ya no había posibilidad de echarse atrás.

Nos pusimos las mascarillas y ocupamos los puestos asignados. A mí me correspondía permanecer junto a los interruptores de los focos, presto a apagarlos o a encenderlos según las indicaciones del señor Trelawny. Su última advertencia de que siguiera sus instrucciones al pie de la letra sonó casi a amenaza; me recordó que cualquier error o negligencia por mi parte podría ocasionar la muerte de alguno de ellos. Margaret y el doctor Winchester se colocaron entre el sarcófago y la pared, para no interponerse entre la momia y el cofre mágico. Debían tomar notas detalladas de todo cuanto le sucediera a la reina.

El señor Trelawny y el señor Corbeck encendieron las linternas y luego ocuparon sus posiciones: el primero al pie del sarcófago, y el segundo junto al extremo superior.

Cuando las manecillas del reloj se aproximaron a la hora señalada, los dos se aprestaron con los encendedores en la mano, como los artilleros de antaño con sus botafuegos.

Los pocos minutos que restaban transcurrieron con una lentitud horrorosa. El señor Trelawny sostenía su reloj en la mano, preparado para dar la señal.

El tiempo discurría con parsimonia inconcebible, pero finalmente oímos el zumbido de ruedecillas que precede a las campanadas. El sonido de la campana de plata del reloj nos sobrecogió el corazón como un toque de difuntos. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Las velas se encendieron y yo apagué las luces eléctricas. Todo pareció cambiar en un instante; tras el intenso brillo de los focos, ahora la estancia y todo lo que albergaba presentaba una apariencia extraña, iluminada por las llamas aún débiles. Aguardamos, con el corazón latiendo a toda velocidad. Yo tenía la certeza de que el mío lo hacía, y me pareció oír los latidos de los de los demás. En el exterior, la tormenta bramaba; las contraventanas de las estrechas aberturas de las paredes temblaban y tableteaban, como si algo luchara por entrar.

Los segundos se hacían eternos; era como si el mundo hubiera quedado paralizado. Las siluetas de los demás se entreveían en la penumbra; lo único

que se distinguía con cierta claridad era el vestido blanco de Margaret. Las gruesas mascarillas, que todos llevábamos, sumaban extrañeza a nuestro aspecto. Cuando los dos hombres se inclinaron sobre el cofre, la débil luz de las linternas mostró la mandíbula cuadrada y la fuerte boca del señor Trelawny, y la cara morena y arrugada del señor Corbeck. Los ojos les brillaban. Al otro lado de la estancia, los ojos del doctor Winchester titilaban como estrellas, y los de Margaret resplandecían como soles negros.

¡Ojalá las lámparas nunca se hubieran encendido!

Al cabo de unos segundos, todas estuvieron encendidas. Una luz tenue al principio, que fue aumentando poco a poco y virando del azul al blanco lechoso. Así continuó durante un par de minutos, sin que se apreciara ningún cambio en el cofre. Finalmente, hizo aparición a su alrededor un delicado brillo. Aumentó y aumentó, hasta asemejarse a una joya resplandeciente, y a continuación a un ser vivo cuya materia fuera la luz. El señor Trelawny y el señor Corbeck ocuparon en silencio sus lugares junto al sarcófago.

Esperamos y esperamos, sintiendo que el corazón nos había dejado de palpitar.

De repente se produjo un ruido, similar al de una explosión atenuada, y la tapa del cofre se elevó unas pulgadas en horizontal; no había lugar a confusión, ya que para entonces la bodega estaba repleta de luz. A continuación, la tapa se alzó girando sobre un lateral, que permaneció inmóvil, como si respondiera a una suerte de presión. Yo no alcanzaba a ver el interior, ya que la tapa se interponía, impidiéndomelo. Sin que el cofre cesara de resplandecer, de su interior comenzó a manar un tenue vapor verdoso que flotó en dirección al sarcófago, como si algo lo impulsara hacia allí o como si el propio sarcófago lo atrajera. No podía yo percibir plenamente su olor, a causa de la mascarilla, pero aun así notaba que era extraño y acre. El vapor cobró densidad en unos segundos y se introdujo en el sarcófago. Resultaba evidente que el cuerpo momificado ejercía alguna clase de atracción sobre él; y asimismo que el vapor ejercía algún efecto sobre el cuerpo, ya que, lentamente, el sarcófago se iluminó como si el cuerpo hubiera comenzado a brillar. Yo no veía el interior desde donde me encontraba, pero deduje, por los rostros de las cuatro personas que sí podían verlo, que algo extraño estaba sucediendo.

Tuve el impulso de correr a echar un vistazo, pero recordé la advertencia firme del señor Trelawny y me mantuve en mi puesto.

La tormenta continuaba descargando sobre la casa, y yo sentía temblar la roca sobre la que se hallaba construida, azotada por las olas enfurecidas. Las

contraventanas se sacudían como si el aullante viento luchara por abrirse paso al interior. En aquel terrible momento de expectación, cuando las fuerzas de la vida y de la muerte luchaban por la prevalencia, la imaginación campaba libre. Imaginé que la tormenta era un ser animado, impulsado por una cólera propia de los seres humanos.

De repente, los concentrados rostros alrededor del sarcófago apartaron la mirada. Su expresión de asombro inenarrable, iluminada por el brillo sobrenatural que surgía del sarcófago, recordaba a la de la misma muerte.

Yo mismo casi acabé cegado por aquella luz terrible y paralizante, de modo que me fue imposible ver con claridad lo que a continuación sucedió. Vi algo blanco alzarse del sarcófago. Mis castigados ojos solo distinguieron algo lechoso, como una niebla blanquecina. En el seno de aquella niebla, turbia y opaca como un ópalo, había algo: una mano que sostenía una joya de la que brotaban rayos de luz. Cuando el intenso brillo del cofre confluyó con esa nueva luz viviente, el vapor verdoso que pendía entre ambos se transformó en una cascada de destellos, un milagro luminoso.

Pero en ese preciso instante se produjo un cambio. La tormenta, en pugna contra las contraventanas, venció. Con un sonido igual al de un disparo, una de las pesadas contraventanas partió sus pestillos y se abrió de golpe, estampándose contra el muro. Por la abertura se coló una violenta ráfaga de viento que hizo temblar las llamas de las lámparas y desvió al vapor verdoso de su trayectoria.

En ese mismo instante se produjo un cambio en las emanaciones del cofre. Hubo una llamarada breve y una explosión amortiguada, y a continuación comenzó a brotar un humo negro. Este se volvió cada vez más denso, a una velocidad terrorífica, al tiempo que no cesaba de aumentar su cantidad, hasta oscurecer la bodega. El viento silbaba y formaba remolinos en la estancia. Respondiendo a una seña del señor Trelawny, el señor Corbeck cerró la contraventana y la aseguró con una cuña.

Me habría gustado ayudar, pero debía aguardar las órdenes del señor Trelawny, que, inflexiblemente, se mantuvo en su puesto a la cabeza del sarcófago. Le hice un gesto, dándole a entender que pretendía moverme, pero, también mediante señas, me indicó que no me moviera. Poco a poco, las siluetas de los que estaban cerca del sarcófago se difuminaron, ocultas tras las ondulantes nubes de humo negro. Finalmente, los perdí de vista por completo. Hube de contener un poderoso impulso de correr junto a Margaret. Si aquellas tinieblas estigias persistían, la luz no solo sería necesaria sino también vital,

¡y yo era el guardián de la luz! Mi angustia mientras me mantenía firme en mi puesto fue casi insoportable.

El cofre era ahora apenas nada más que una silueta borrosa, y el brillo de las lámparas decaía, eclipsado por el denso humo. Pronto nos hallaríamos sumidos en una absoluta oscuridad.

Esperé y seguí esperando, atento en todo instante a la orden de encender las luces, pero esta no llegó. Aguardé petrificado, escrutando la nube de humo que proseguía manando del cofre, cuyo brillo se estaba extinguiendo. Las lámparas sucumbieron, una a una.

Finalmente, no quedó más que una lámpara encendida, con una débil llama azulada, ya vacilante. Clavé la mirada en la dirección donde debía estar Margaret, con la esperanza de tener un atisbo de ella si la oscuridad remitía, aunque solo fuera un poco; ella era ahora mi única preocupación. Solo llegué a entrever su vestido blanco, más allá de la silueta oscura del sarcófago.

La niebla negra se hizo más y más densa, y, pese a la mascarilla, el olor acre empezó a afectarme a la nariz, y también me picaron los ojos. El volumen del humo que surgía del cofre parecía menor ahora, y asimismo su densidad. Al otro lado de la estancia distinguí moverse algo blanco, cerca de donde se encontraba el sarcófago. Hubo otros movimientos similares. Solo alcancé a apreciar rápidos destellos de algo blanco entre el humo y la oscuridad; incluso la última lámpara había empezado a parpadear, paso previo a apagarse.

Entonces desapareció el último resquicio de luz. Me pareció que había llegado el momento de tomar la palabra, así que me quité la mascarilla.

—¿Enciendo la luz? —grité.

No hubo respuesta. Antes de que el humo me asfixiara, volví a preguntar, más alto esta vez:

—Señor Trelawny, ¿enciendo la luz? ¡Responda! ¡Si no me lo prohíbe, voy a encenderla!

Al no obtener contestación, accioné el interruptor. Para mi inmenso espanto, nada sucedió, ¡había algún problema con la electricidad! Me moví, en principio con la intención de correr escaleras arriba a averiguar la causa de la avería, pero no veía nada; la bodega estaba oscura como boca de lobo.

Avancé a tientas hacia donde me había parecido que estaba Margaret. Tropecé con un cuerpo. Supe, por su vestido, que se trataba de una mujer. El corazón de dio un vuelco; Margaret se hallaba inconsciente, o puede que muerta. Levanté el cuerpo en brazos y caminé en línea recta hasta encontrar un muro. Siguiéndolo, llegué a la escalera y subí todo lo rápido que pude,

entorpecido como me encontraba por mi preciada carga. Puede que la esperanza aligerara mi labor, pero a medida que ascendía, alejándome de la bodega, me pareció que el peso que llevaba se volvía más ligero.

Deposité el cuerpo en el recibidor y continué a tientas hasta la habitación de Margaret, donde sabía que encontraría cerillas y las velas que ella había encendido junto a la reina. Raspé una cerilla. ¡Qué maravilloso fue volver a ver la luz! Encendí dos velas y, con una en cada mano, me apresuré al recibidor, donde había dejado a quien suponía que era Margaret.

Su cuerpo no se hallaba allí. Pero en el sitio donde lo había dejado, encontré el vestido nupcial de la reina Tera y, rodeándolo, el ceñidor maravillosamente enjoyado. Donde debería haber estado el corazón, se hallaba la joya de las Siete Estrellas.

Presa de una angustia y un terror indescriptibles, bajé corriendo a la bodega. Mis dos velas no eran más que sendos puntos de luz entre el humo negro e impenetrable. Volví a colocarme la mascarilla, que llevaba colgada al cuello, y fui en busca de mis compañeros.

Los encontré a todos donde habían estado. Se hallaban tendidos en el suelo, mirando fijamente al techo con una expresión de terror indecible. Margaret se había cubierto el rostro con las manos; ver entre los dedos sus vidriosos ojos fue mucho más horrible que ver su cara desnuda.

Abrí las contraventanas para que entrara el aire. La tormenta amainaba tan rápidamente como se había desencadenado, y llegaba ahora nada más que en forma de ráfagas esporádicas. Se podría haber pensado que se retiraba a descansar, tras haber cumplido con su trabajo.

Traté de ayudar a mis compañeros pero no había nada que hacer. En aquella casa solitaria, muy lejos de toda ayuda humana posible, nada se podía hacer.

Agradecí que se me aliviara del dolor de esperar auxilio.

EL DIARIO DE JONATHAN HARKER

(Jonathan Harker's Journal)

Llegada la hora de partir, todos los congregados ante la puerta de la posada, gran número de gente, se santiguaron e hicieron un gesto consistente en señalarme con dos dedos. Tras cierto esfuerzo, conseguí que otro pasajero me explicara qué significaba; al principio evitó responderme, pero al averiguar que era yo inglés me dijo que se trataba de un hechizo o protección contra el mal de ojo. No fue algo que me gustara oír, hallándome a punto de partir hacia un lugar desconocido para mí, al encuentro de alguien que asimismo me era desconocido; pero todos parecían tan amables, sentidos y compresivos que no pude sino conmoverme. Nunca olvidaré la última vez que vi el patio de la posada y a la pintoresca multitud, todos santiguándose bajo la amplia arcada, y como fondo, el rico follaje de las adelfas y los naranjos que crecían en grandes tinajas verdes en el centro del patio. El cochero, cuyos amplios bombachos —«gotza», como allí los llamaban— cubrían toda la parte delantera del pescante, hizo restallar su largo látigo sobre los cuatro caballitos, que echaron a caminar, dando inicio así nuestro viaje.

La belleza del paisaje pronto me hizo olvidar los temores, aunque si hubiera conocido la lengua, o, más bien, las lenguas, que hablaban los demás pasajeros, no me habría sido tan fácil desprenderme de mis miedos. Ante nosotros se desplegaba un paraje montañoso, rico en bosques, en el que, acá y allá, jalonando el camino, se alzaban empinadas colinas coronadas por sotillos o granjas. Había exuberancia de frutales por doquier: manzanas, ciruelas, peras, cerezas…; la hierba bajo los árboles estaba salpicada de pétalos desprendidos. El camino discurría entre las verdes colinas de aquel paraje, denominado «Tierras Centrales», ahora trazando una suave curva alrededor de una ladera herbosa, ahora topándose con las estribaciones de algún pinar, los cuales descendían por las pendientes como lenguas de fuego. El camino era accidentado; aun así, íbamos a una velocidad desesperada. Yo no comprendía el motivo de tantas prisas, pero saltaba a la vista que el cochero

estaba decidido a llegar al desfiladero de Borgo lo antes posible. Me explicaron que aquel camino era excelente en verano, pero que aún no había sido puesto a punto tras las nieves invernales. Esto lo diferenciaba del resto de rutas de los Cárpatos, ya que era una antigua tradición no mantenerlas en buen estado. Los señores de la región acostumbraban desde antaño a no cuidarlas, para que el turco no pensara que iban a traer tropas extranjeras, lo que desataría la guerra, siempre en ciernes.

Más allá de las colinas de las Tierras Centrales se extendían pendientes boscosas que se elevaban hacia las altas laderas de los Cárpatos. Se alzaban a nuestra derecha y nuestra izquierda, iluminados por el sol vespertino, que ensalzaba el glorioso colorido del paisaje: azul oscuro y púrpura en las sombras de los picos, verde y marrón allí donde se entremezclaban la hierba y la roca, y más allá, una vista de peñas fracturadas y riscos puntiagudos que se perdían en la distancia, donde cumbres aún mayores, de nevadas cimas, se elevaban imponentes. Acá y allá se abrían cañones en las montañas, donde divisábamos, con la caída del sol, el blanco de los saltos de agua. Un pasajero me tocó el brazo cuando rodeamos la base de una colina y la cumbre nevada de una montaña hizo aparición justo ante nosotros.

—Mire. *Isten szek!* (El asiento de Dios) —dijo, y se santiguó respetuosamente.

A medida que proseguíamos, y el sol descendía detrás de nosotros, las sombras del atardecer comenzaron a cernirse sobre el carruaje. Quedó esto enfatizado por el hecho de que las cumbres nevadas continuaban iluminadas por el sol, brillando con un rosa delicado y frío. Nos cruzábamos con checos y eslovacos, vestidos todos con sus pintorescos atuendos, y me fijé en que el bocio era un mal tristemente extendido en la región. A los costados del camino abundaban las cruces, y mis compañeros de viaje se santiguaban cada vez que pasábamos ante alguna. En ocasiones nos topábamos con aldeanos o mujeres arrodillados ante un altar, pero ni siquiera nos dedicaban una mirada; sumidos en su devoción, parecían no tener ojos ni oídos para nada más. Vi muchas cosas nuevas para mí; por ejemplo, almiares encaramados a árboles y bellos sotos de sauces llorones, cuyas blanquecinas ramas destellaban entre el verde follaje como si estuvieran hechas de plata. Nos cruzábamos con los típicos carruajes de los campesinos, con sus vértebras a semejanza de las de las serpientes, pensadas para acomodarse a las irregularidades de los caminos. De manera inexcusable, sobre cada uno de ellos iba un grupo de campesinos de regreso a casa, todos abrigados con pellizas de lana; los checos blancas y los eslovacos coloridas; estos llevaban asimismo unos largos bastones que

culminaban en hojas de hacha. Con la caída de la tarde comenzó a hacer mucho frío, y el crepúsculo pareció fundir en una única masa neblinosa robles, sauces y pinos, mientras que en los valles que se abrían entre las estribaciones montañosas y ante los que discurríamos mientras remontábamos el paso, negros abetos se recortaban sobre una capa de nieve tardía. En ocasiones, cuando el camino cruzaba un pinar que se inclinaba sobre nosotros, las amplias masas de grisura que eran los árboles causaban un efecto particularmente extraño y solemne, que hacía revivir los temores sufridos al comienzo de la tarde: el sol en descenso sacaba a la luz lo fantasmagórico de las nubes que, en los Cárpatos, sobrevuelan incesantes los valles. A veces las pendientes eran tan acusadas que, pese al encono del cochero, los caballos solo podían avanzar lentamente. Me habría gustado apearme y continuar a pie, siguiendo al carruaje, como era costumbre en casa, pero el cochero no quiso saber nada al respecto.

—No, no —dijo—. No debe ir usted a pie por aquí. Los perros son muy fieros —y a continuación añadió, con lo que él debía de pretender que fuera amabilidad, porque miró en busca de sonrisas de aprobación en los demás—, y puede que ya vea usted demasiado de eso antes de acostarse esta noche.

Solo hicimos una breve parada para encender las lámparas.

Cuando oscureció, los demás pasajeros parecieron angustiarse, y no cesaban de dirigirse al cochero y de hablar entre ellos, como si le urgieran ir más deprisa. El cochero azuzó a los caballos de modo inmisericorde con el látigo, obligándolos a esforzarse más. Entre la oscuridad, alcancé a distinguir una suerte de mancha grisácea frente a nosotros, como si hubiera una abertura entre las colinas. Aumentó la angustia de los pasajeros; el carruaje se sacudía sobre los amortiguadores de cuero y cabeceaba igual que un barco en un mar tormentoso. Tuve que sujetarme bien. El camino se niveló e incrementamos aún más la velocidad. Las montañas se aproximaron por cada costado, cerniéndose sobre nosotros; estábamos entrando en el desfiladero de Borgo. Uno a uno, varios pasajeros me ofrecieron obsequios, con una insistencia que no admitía negativas. Eran de lo más variado y extraño, pero me fueron entregados de buena fe y siempre acompañados de unas palabras amables y una bendición, así como de la serie de gestos atemorizados que ya había visto frente al hotel de Bistritza: la señal de la cruz y la protección contra el mal de ojo. Seguimos acelerando, el cochero inclinado hacia delante, mientras que, a cada lado del carruaje, los pasajeros asomaban medio cuerpo por las ventanillas y escrutaban la oscuridad. Resultaba evidente que algo grave estaba sucediendo o se aguardaba en breve, pero, aunque se lo pregunté a

todos y cada uno de ellos, nadie me dio ni la menor explicación. La angustia se prolongó unos momentos, hasta que vimos ante nosotros el extremo oriental del desfiladero de Borgo. Oscuras nubes recorrían el cielo y la atmósfera era pesada, como en los momentos previos a una tormenta. Se diría que la línea montañosa separa dos atmósferas completamente distintas, y que acabábamos de entrar en una tormentosa. Ahora era yo quien miraba hacia fuera, en busca del carruaje que había de llevarme con el conde. Esperaba ver en cualquier momento el resplandor de las lámparas entre la negrura, pero no había más que oscuridad. La única luz era la de nuestras propias lámparas, que iluminaba el vaho que se desprendía de nuestro forzado tiro. Vimos desplegarse ante nosotros un claro camino arenoso, pero ni rastro de otro vehículo. Los pasajeros se recostaron en sus asientos emitiendo suspiros de alivio, con lo que parecían burlarse de mi decepción. Consideraba yo qué era lo mejor que podía hacer cuando el cochero, consultando su reloj, dijo algo a los demás en voz tan baja que no llegué a distinguir sus palabras, aunque me pareció entender algo así como: «Con una hora de adelanto». Luego se volvió hacia mí y dijo en un alemán peor que el mío:

—Ningún carruaje aquí. Nadie espera al señor. Mejor que venga a Bukovina y vuelva mañana, o pasado. Pasado mañana mejor.

No había terminado él de hablar cuando los caballos comenzaron a relinchar, resoplar y revolverse con fuerza, obligándole a contenerlos. Entonces, acompañado de un coro de gritos de los campesinos y de señales de la cruz generalizadas, un *calèche* tirado por cuatro caballos apareció por detrás de nosotros y se detuvo a un costado de la diligencia. Nuestras lámparas iluminaron los caballos, negros como el carbón y espléndidos. Los conducía un hombre alto, de larga barba castaña y cubierto por un amplio sombrero negro que dejaba su rostro en sombras. No pude distinguir más que el intenso resplandor de sus ojos, que, a la luz de las lámparas, me parecieron rojos cuando se volvió hacia nosotros.

—Llegas pronto esta noche —dijo al cochero.

—El *Herr* inglés tenía prisa —tartamudeó nuestro conductor.

—Supongo que por eso querías que fuera a Bukovina. No puedes engañarme, amigo mío, te conozco demasiado bien, y mis caballos son rápidos.

Sonreía mientras hablaba, y la luz dejaba ver una boca severa, de labios muy rojos y dientes afilados, blancos como el marfil. Uno de mis acompañantes susurró a otro el verso del Leonore de Burger: «*Denn due Todten reitnen schnell*» («Los muertos viajan deprisa»).

El extraño cochero lo oyó, porque miró hacia él, sonriendo de pronto. El pasajero apartó la mirada, a la vez que hacía el gesto con los dos dedos y se santiguaba.

—Dame el equipaje del *Herr* —dijo el cochero, y mis maletas fueron descargadas con entusiasmo excesivo y colocadas en el *calèche*.

Me apeé de la diligencia, y el extraño cochero me ayudó tomándome del brazo con un apretón de acero; debía de tener una fuerza prodigiosa. Sin decir palabra, sacudió las riendas, los caballos dieron media vuelta y nos introdujimos en las tinieblas del desfiladero. Al mirar hacia atrás, vi nubes de vaho alzarse de los caballos de la diligencia, y, recortadas sobre esta, las siluetas de mis antiguos acompañantes, todos santiguándose. El cochero hizo restallar el látigo, gritó a los caballos y retomaron el camino hacia Bukovina.

Cuando desaparecieron en la oscuridad tuve un escalofrío y cayó sobre mí un sentimiento de soledad, pero el conductor me echó una capa sobre los hombros, una manta sobre las rodillas y dijo en un alemán excelente:

—Hace una noche fría, *mein Herr*, y mi señor, el conde, me ha encargado cuidar de vos. Hay una botella de Slivovitz (el brandi de ciruela típico del país) bajo el asiento, en caso de que lo necesite.

No llegué a beber, pero me tranquilizó saber que estaba allí. Me sentía extraño y también un poco asustado. Creo que si hubiera tenido alguna posibilidad de abandonar aquel viaje nocturno hacia lo desconocido, me habría lanzado a por ella. El carruaje avanzaba a gran velocidad en línea recta; al cabo de un rato dio media vuelta y continuó de nuevo en línea recta. Tuve la impresión de que no hacíamos sino recorrer el mismo tramo del camino una vez tras otra, y, tras fijarme en un punto de referencia, descubrí que, en efecto, así era. Me habría gustado interrogar al conductor por la razón, pero me asustaba hacerlo, ya que, en mi posición, las quejas no habrían tenido ningún efecto si, de hecho, el motivo era el de alargar el viaje. Sentí curiosidad por saber cuánto tiempo llevábamos haciendo lo mismo, así que encendí una cerilla y a la luz de la llama consulté el reloj; restaban apenas unos minutos para la media noche. Esto me causó una fuerte impresión; supongo que mis recientes experiencias habían avivado la superstición generalizada concerniente a la medianoche. Aguardé presa del suspense.

Un perro empezó a ladrar en alguna granja a un costado del camino; un aullido prolongado y agónico, como si el animal estuviera asustado. Otro perro se hizo eco, y luego otro más, y otro, hasta que, traído por el viento, que ahora susurraba a través del desfiladero, llegó un aullido salvaje, que parecía provenir de todas partes, ya que la imaginación lo casaba con la negrura de la

noche. Con el primer aullido, los caballos comenzaron a dar tirones y a recular, pero el cochero les dirigió unas palabras apaciguadoras y se tranquilizaron, aunque continuaron temblando y sudando como al cabo de una galopada presa del pánico. Entonces, desde la lejanía, procedentes de las montañas a cada uno de nuestros costados, llegaron unos aullidos más poderosos y agudos, los de los lobos, que nos afectaron a los caballos y a mí en la misma medida, pues a punto estuve de saltar del *calèche* y huir, mientras que ellos reculaban y se revolvían con saña tal que el cochero hubo de recurrir a toda su fuerza para impedir que se desbocaran. En cuestión de minutos, no obstante, me habitué al sonido, y los caballos se calmaron lo bastante como para permitir al cochero apearse y plantarse ante ellos. Los acarició y les susurró al oído, como yo había oído que hacían los domadores, y con extraordinario efecto, ya que, bajo sus caricias, los animales volvieron a mostrarse dóciles, si bien continuaban temblando. El cochero volvió al pescante, sacudió las riendas y volvió a ponerse en marcha a gran velocidad. Esta vez, tras llegar hasta el extremo más distante del desfiladero, dio un brusco giro hacia la derecha y tomó un sendero estrecho.

Pronto nos cercaron los árboles, que en algunos tramos se arqueaban sobre el sendero como si circuláramos a través de un túnel; y, de nuevo, imponentes rocas jalonaban nuestro paso a ambos lados. Pese a hallarnos a cobijo, oíamos el viento, que no cesaba de cobrar fuerza, gimiendo y silbando entre las peñas, y haciendo entrechocar las ramas de los árboles. La temperatura continuó descendiendo, hasta que comenzó a caer una nieve fina, pulverulenta, de modo que poco después nosotros y cuanto nos rodeaba quedamos cubiertos por un manto blanco. El hiriente viento proseguía portando el aullido de los perros, aunque este fue tornándose más débil a medida que avanzábamos. Sin embargo, los aullidos de los lobos sonaban cada vez más próximos, como si las bestias nos estuvieran rodeando. Tuve mucho miedo, y asimismo los caballos; sin embargo, el cochero no parecía preocupado en absoluto. No cesaba de dirigir vistazos a izquierda y derecha, pero yo no conseguía distinguir nada en la oscuridad.

De pronto, a cierta distancia a nuestra izquierda, vi una llama azul, débil y temblorosa. El cochero la vio también, detuvo al tiro, saltó al suelo y desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, sobre todo teniendo en cuenta que los aullidos de los lobos se oían cada vez más cerca; pero mientras seguía cavilando, el cochero apareció y, sin decir palabra, trepó al pescante y retomamos la marcha. Creo que me dormí y soñé con el incidente, pues este pareció repetirse de forma interminable y, al recordarlo ahora, lo veo como

una suerte de terrible pesadilla. En una ocasión, la llama apareció tan cerca del sendero que, pese a la oscuridad que nos rodeaba, alcancé a distinguir los movimientos del cochero. Se acercó con rapidez adonde había brotado la llama —esta debía de ser muy débil, ya que no iluminaba el espacio a su alrededor— y, tras recoger unas pocas piedras, las dispuso en el suelo de cierto modo. Se produjo entonces un extraño efecto óptico: cuando él se situó entre el carruaje y la llama, no tapó esta, ya que yo continué viendo su fantasmagórico palpitar. Me sorprendió, pero dado que el efecto fue pasajero y muy breve, pensé que mi vista, al esforzarse por escrutar la oscuridad, me había engañado. Luego, durante un rato, no hubo más llamas azules, y nos apresuramos surcando las tinieblas, rodeados por los aullidos de los lobos, como si un círculo en movimiento de bestias nos siguiera.

Hubo una ocasión en que nos detuvimos y el cochero se alejó del carruaje más que en las anteriores veces, y durante su ausencia los caballos se pusieron a temblar más que nunca, así como a resoplar y relinchar de temor. Yo no alcanzaba a ver la razón, puesto que el aullido de los lobos había cesado por completo; pero entonces la luna, asomando tras las oscuras nubes, surgió tras la cima coronada de pinos de un risco y su luz iluminó un círculo de lobos que nos rodeaba, bestias de blancos dientes, colgantes y rojas lenguas, largas y musculosas patas y pelaje astroso. Su tétrico silencio los hacía cien veces más temibles que cuando aullaban. El miedo me paralizó. Solo cuando alguien se ve cara a cara con horrores semejantes comprende la verdadera dimensión de estos.

De pronto y al unísono, todos los lobos se lanzaron a aullar, como presas del singular efecto de la luna. Los caballos corcovearon y recularon, y lanzaron vistazos impotentes a su alrededor, con los ojos saliéndose de las cuencas, de un modo lastimoso; pero el terrorífico círculo viviente no ofrecía escapatoria alguna, los caballos debían permanecer por fuerza en su interior. Llamé al cochero, pensando que nuestra única posibilidad era tratar de romper el círculo por la fuerza, y para guiar sus pasos grité a la vez que daba golpes en el costado del *calèche*, confiando en que el ruido espantara a los lobos por ese lado, lo que daría al cochero la oportunidad de acceder al pescante. No sé cómo llegó él allí, pero de pronto oí su voz, que pronunciaba una orden imperiosa, y al volverme lo vi en pie en mitad del sendero. Realizó un gesto con los brazos, como si apartara un obstáculo invisible, y los lobos retrocedieron. Entonces una tupida nube pasó ante la luna, volviendo a sumirnos en la oscuridad.

Cuando me fue posible volver a ver algo, el cochero estaba trepando al *calèche* y los lobos habían desaparecido. Era todo tan extraño e increíble que me invadió un temor terrible, y tuve miedo de hablar y de moverme. Continuamos avanzando durante lo que me pareció un tiempo interminable, ahora en una oscuridad absoluta, ya que las nubes seguían ocultando la luna. Ascendíamos, con intervalos ocasionales en que descendíamos bruscamente, aunque durante la mayor parte del tiempo no dejábamos de subir. Me percaté de pronto de que el cochero hacía entrar los caballos en el patio de un castillo en ruinas, de cuyas altas ventanas no brotaba ni el menor rayo de luz, y cuyas almenas desmoronadas se recortaban sobre el cielo en una línea aserrada.

LA HISTORIA DEL SENADOR QUAY

(Story of Senator Quay)

Los políticos que conocían al senador Quay estaban familiarizados con los barriles de chucrut que les enviaba todos los años, entre Acción de Gracias y Navidad, informa el *New York Times*. Era tan puntual y constante con sus envíos, como los senadores de Rhode Island lo son con sus pavos. Nada complacía más al senador Quay que recibir alabanzas por su chucrut. Supervisaba en persona la elaboración en su granja de Beaver, y siempre disponía de una buena provisión en su residencia, en Filadelfia. Sucedió que envió un barril a Bram Stoker, que en aquel momento se encontraba en la ciudad en compañía de Sir Henry Irving. El senador no especificaba en su nota que el barril contenía chucrut. No decía más que: «Una pequeña exquisitez procedente de mi granja. Espero que la disfrute».

Bram Stoker sacó el barril durante una cena, después de una función teatral.

—Me pregunto qué es esto —dijo a sus invitados.

—Scrapple, quizás —aventuró Willie Collier, conocedor de la debilidad de los vecinos de Filadelfia.

—¡Nada de eso! —dijo un alemán llamado Wundt, que se encontraba en la ciudad atendiendo los intereses de *Herr* Conried—. ¿No sabía usted que es poseedor de uno de los famosos barriles de chucrut del senador Quay? Vale su peso en oro.

A Wundt se le dijo que podía quedarse con el chucrut, siempre que no se lo comiera allí mismo. Se pidió algo más para cenar. Wundt se fue a su casa encantado con el regalo.

CUENTOS DE MEDIANOCHE
(RELATOS PROCEDENTES DE *RECUERDOS PERSONALES DE HENRY IRVING*)

(Midnight Tales)

EL FUNERAL (EL DOLOR DE UN VIUDO)

La otra historia era la del funeral en Dublín por una joven esposa. El enterrador, como era su costumbre, lo organizó todo atendiendo hasta el último detalle de las normas de la etiqueta mortuoria. Atareado con todo cuanto había que hacer, dijo al viudo:

—Usted, señor, naturalmente irá en el carruaje de la madre de la difunta.

—¡Cómo! ¿Yo en el mismo carruaje que mi suegra? Lo dudo mucho.

—Pero, señor, le aseguro que ha de ser así. Se trata de una regla inviolable, respaldada por precedentes que no admiten reparos —protestó el horrorizado enterrador.

Pero el viudo era obstinado.

—¡No pienso ir con ella! ¡Y no hay nada más que decir!

—Pero, señor, piense en la importancia de la ocasión, y en la publicidad, en la… posibilidad de un escándalo.

La voz se le extinguió. El viudo, no obstante, se mantuvo firme en su decisión, por lo que el enterrador expuso el problema a los amigos de aquel, que aguardaban instrucciones. Los amigos rodearon al viudo y le dejaron claro que no estaban de acuerdo con él.

—No tienes más remedio que hacerlo, amigo. Es necesario.

—¡No lo haré! ¿Ir con mi suegra? ¡De eso nada!

—Escucha, amigo…

—Ya os he dicho que no. Iré en cualquier otro carruaje que me digáis, pero no en ese.

—Bueno, claro, si no quieres, pues no quieres. Pero piensa que luego se puede volver en tu contra, que se interpretará como una afrenta por tu parte a

la pobre difunta. Tú la querías, Jack, lo sabemos todos, así que seguro que eso no te gustaría.

Este argumento se impuso. El viudo dijo que sí al enterrador y se puso los guantes negros. Cuando se encaminó hacia el carruaje señalado, se volvió hacia sus amigos y les dijo bajando la voz:

—Lo hago porque me habéis dicho que no me queda otro remedio, y por la pobre chica. ¡Pero me habéis arruinado el día!

El misterio de Shakespeare

En un hotel del lejano Oeste, un grupo de hombres discutía en el bar sobre la cuestión de Shakespeare y Bacon. Los ánimos se fueron caldeando, hasta que unos cuantos terminaron por desenfundar las pistolas. Alguien intervino y propuso la mediación de un árbitro. El elegido fue un irlandés, que durante todo el tiempo había permanecido sentado fumando, sin decir ni una palabra, lo que probablemente lo convertía en el candidato indicado para desempeñar el papel. Cuando hubo escuchado los argumentos de ambas partes, dio su veredicto:

—Caballeros, mi veredicto es el siguiente: ¡Esas obras no fueron escritas por Shakespeare! ¡Pero las escribió alguien que se llamaba igual!

Un trato con el diablo

Otra historia era la de un niño pequeño, uno de los hijos de una familia numerosa. En una ocasión, el muchacho pidió que le permitieran irse a dormir a la hora del té, petición tan insólita que dejó perplejas a todas las autoridades domésticas. La madre dijo que no, pero el niño gimoteó e insistió, y finalmente se salió con la suya. El padre estaba en esos momentos en su estudio, en la parte trasera de la casa, y se hallaba contemplando el jardín cuando vio al niño, vestido con su pequeño camisón, salir al jardín y, sigilosamente, esconderse en un rincón tras unos arbustos. Llevaba en la mano un pequeño rastrillo de jardinero. Unos minutos después, volvió a entrar calladamente en la casa. El padre sintió curiosidad y fue a ver lo que había sucedido detrás de los arbustos. La tierra estaba recién revuelta, y decidió investigar un poco. Apenas tuvo que cavar unas pulgadas antes de encontrar

un sobre cerrado, enterrado por el niño. Dentro había una cerilla de la marca Lucifer y una tira de papel donde, escrito a lápiz con una caligrafía desgarbada, decía:

«Querido Diablo, por favor, llévate a la tía Julia».

EN EL VALLE DE LAS SOMBRAS

(In the Valley of the Shadow)

Las ruedas con neumáticos de caucho dan tumbos sobre el pavimento irregular de adoquines de granito. Reconozco vagamente las familiares calles grises y las plazas con jardines centrales.

Nos detenemos y, pasando entre la pequeña multitud de la acera, me llevan adentro y me suben a la buhardilla. Con gran cuidado, me levantan de la litera y me dejan en la cama.

—¡Qué cortinas tan raras tienen aquí! —digo—. Tienen caras bordadas en el bajo. ¿Son amigos suyos?

La jefa de enfermeras sonríe y pienso que es muy raro. Me asalta la idea de que he dicho alguna tontería, pero las caras siguen ahí. (Incluso cuando me puse bien, seguí viéndolas a veces, dependiendo de la luz).

Una de las caras me es familiar, y estoy a punto de preguntar cómo conocen a aquel tipo cuando me dejan solo.

Durante horas y horas (o así me lo parece) nadie se me acerca. Al principio conservo la paciencia pero, poco a poco, me domina un gran enfado. ¿Acepté ser traído aquí nada más que para morir en soledad y bajo una oscuridad sofocante? No me quedaré en este sitio. ¡Es mucho mejor volver a casa y morir allí!

De pronto, una máquina alada me eleva, atravesando la fresca atmósfera. Muy por debajo, e infinitesimalmente pequeña, se halla la Ciudad Nueva, semioculta entre tenues nubes; más lejos, nítido, azul y brillante, está el fiordo de Forth, y más lejos aún, las colinas de Fife, iluminadas por el sol, son la avanzadilla de los Grampianos. Un único instante de éxtasis absoluto y palpitante; a continuación, la desmoralizadora caída al negro abismo del olvido. (Hago al señor H.G. Wells responsable en parte de esta pequeña excursión).

Vuelve a haber luz, ¿pero qué me impide ver la ventana? ¿Un biombo? ¿Qué presagia?

Me aferra una negra desesperación. ¡Todo ha terminado! No más montañismo, no más vacaciones placenteras. Es el fin de mis pequeñas ambiciones. Es esta, ciertamente, la amargura de la muerte.

Finalmente una enfermera aparece con un refresco, y, haciendo un tremendo esfuerzo por parecer despreocupado, le pregunto si puede retirar el biombo. Ella se ríe y lo pliega, y entonces veo otro biombo, al otro lado, que oculta parcialmente una cama. Así que tengo compañía. (Aquel fue un momento comparativamente lúcido).

¡Qué sitio tan raro para escribir algo! Alrededor de la cornisa de la habitación. Y los textos cambian constantemente. «El Señor es mi pastor…», «Yo me levantaré…». Es muy molesto. No consigo terminar de leer ninguno. ¡Si las letras quedaran fijas aunque solo fuera un momento!

¿Qué es eso de abajo? Una ancha playa y un mar azul. En el extremo de un poste, al fondo, hay… ¿Qué es? Una cabeza humana, sí. (En realidad era una bombilla colgando de un cable, que, por alguna razón inexplicable, vi invertida).

—Hermana, estoy seguro de que de esto puede salir un relato estupendo. Por favor, deme un poco de papel y mi estilográfica. Si no lo escribo ahora mismo, se me olvidará, como ya me ha pasado otras veces, cuando se me han ocurrido ideas por la noche.

(En realidad, mientras me hallaba convaleciente, no solo quise escribir este relato en concreto, sino un informe completo de mis visiones. Claro está que no me lo permitieron, y ahora, lamentablemente, todo se ha perdido, para unirse a una gran cantidad de ideas, en apariencia magníficas pero en realidad elusivas, tenidas en sueños).

—De veras, hermana, tengo que salir un rato. El hombre se halla en un gran peligro, y yo soy el único que puede salvarlo. Existe una trama endiablada para arrebatarle la vida. Vive muy cerca de aquí, en una de las casas que hay junto a esta, a los lados.

La hermana me promete ver qué puede hacer y yo me tumbo, a medias satisfecho.

Poco después, mi cama empieza a moverse ruidosamente. Entra en la casa contigua atravesando la pared. Visito habitación tras habitación pero mi amigo condenado a muerte no aparece. Las demás casas son asimismo inspeccionadas, sin resultado. Tengo la sensación de que él se desvanece justo en mis narices, para así estar siempre en la siguiente casa. La hermana está en el fondo de todo esto, estoy convencido. (Aquí comenzaron mi odio y mi sospecha absurdos hacia ella, que solo dejé atrás cuando superé los delirios).

—¡Doctor, me alegro de verle! Resulta intolerable que, en un país libre, una petición tan sencilla como la mía no pueda verse satisfecha, y además para salvar la vida de un hombre. Usted mismo puede ver que hablo con sensatez y muy en serio. Póngame a prueba.

El médico me pregunta qué día de la semana es. Yo respondo al estilo escocés.

—¡Eso es fácil! Si yo soy el hombre que vino el lunes, entonces es miércoles, pero si llegué el jueves, entonces es sábado. Si me dice usted quién soy yo, yo le diré qué día es.

Superado por semejante lógica, el médico se rinde, pero me propone un acuerdo, al que yo accedo. Consiste en que las cuatro casas vecinas sean traídas aquí dentro y expuestas frente a mi cama, para que yo pueda, ahora sin lugar a error, encontrar y advertir a mi amigo en peligro.

—No, no beberé *whisky*. Sabe usted perfectamente que soy musulmán y, por tanto, tengo prohibidas las bebidas alcohólicas. ¿Pretende que viole mis principios religiosos?

La hermana me asegura que la bebida no es *whisky* y me acerca el vaso a los labios.

Horrorizado, lo tiro al suelo de un manotazo.

—¡Diablo en forma humana, me tientas para conducirme a la destrucción! Aléjate de mí y déjame morir en la fe verdadera.

(Por supuesto, no era *whisky*, sino algo completamente distinto. Semanas después, al repasar este incidente, me recordaron que, un día, había leído por casualidad un par de páginas de una novela en que a un mahometano se le tienta a beber vino. En el momento no me causó ninguna impresión particular, pero se me debió de quedar grabado).

Poco después la hermana vuelve acompañada por otras tres enfermeras y con una nueva dosis de la bebida maldita. Lo intentan por todos los medios, desde la negociación, método en el que salen notablemente mal paradas, pasando por la persuasión y concluyendo en la amable fuerza bruta.

De pronto resuelvo huir, y consigo alcanzar la puerta de la habitación antes de ser reducido y llevado de vuelta a la cama. Me invitan luego a mojar el dedo en la bebida y probarlo para asegurarme de que no es *whisky*. Tras la propuesta, distingo el ingenio malicioso de la hermana, así que mojo el dedo, lo huelo y, triunfante, aseguro que es *whisky*.

Cuando dicen que son las doce de la noche y que, por mi culpa, no se han acostado todavía, les respondo que no tienen que quedarse aquí por mí, y, en cualquier caso, ¿qué es eso comparado con la perdición de mi alma?

Me acaban forzando a abrir los dientes para verter el contenido del vaso en mi boca. Rezo en silencio pidiendo auxilio en situación tan extrema. ¡Un momento! ¡Qué gran idea! Me haré el muerto. Me quedo rígido y contengo la respiración. (No recuerdo haber hecho nada más, pero luego me dijeron que mi interpretación fue magnífica. Hasta las enfermeras se alarmaron, y llamaron al médico. Tengo un vago recuerdo de su visita, y, antes de que yo supiera lo que estaba pasando, me inyectaron algo, que creí que era *whisky*, en el brazo).

Me siento en la cama y los miro con todo mi odio, luego me desplomo, con el corazón destrozado por mi abjuración forzosa, y lloro y lloro.

Sufro por mi pecado. La hermana me apuñala en la espalda con una daga al rojo. (Era una picadura de mosquito; tengo la piel muy sensible). Me duele todo el cuerpo.

De pronto estoy a solas en una planicie desértica. Estoy sentado con la espalda apoyada en uno de los pilares de piedra de una inmensa puerta cerrada que se eleva hasta el cielo. Frente a mí se exhibe un espectáculo cinematográfico a escala colosal. (No recuerdo gran cosa al respecto, salvo que se trataba de una larga serie de películas breves, todas de temática de horror. Tras cada escena aparecía un cartel que informaba del contenido de la siguiente. Tuve la impresión de que no se trataba de películas en absoluto, sino de hechos reales que estaban sucediendo en esos mismos momentos; ignorando una pregunta formulada por una voz misteriosa, vi la serie de películas hasta el final; pese a que conocía la respuesta, escapaba a mis capacidades verbalizarla. Inmediatamente a continuación de mi fracaso a la hora de responder, en algún sitio a mi espalda empezó a sonar un órgano, y un coro arrancó a entonar una cancioncilla burlona, que daba forma a mi respuesta, además de incluir mofas dirigidas a mi persona. Hasta hace poco, esa cancioncilla seguía metida en mi cabeza y me asaltaba de cuando en cuando, pero me satisface decir que ya he olvidado tanto la melodía como la letra. Todo cuanto sé es que tenía un ritmo rápido y que nunca antes la había oído. Cuando la horrible canción llegó a su fin, me sumí en un estado de condena autoimpuesta combinada con una expectación desesperada, tan agudo que continúa afectándome cuando pienso en ello).

Las imágenes muestran guerras, terremotos y montañas en llamas. Debajo aparecen las palabras: «El fin del mundo». Tengo una visión de miríadas incontables de personas arrodilladas, agónicamente, al otro lado de la puerta. Un murmullo multitudinario se eleva hasta convertirse en un espantoso alarido en solicitud de compasión.

—¿Quién soy yo, Señor, para que se me haga portador de esta carga? ¿Acaso soy el guardián de tan innumerable multitud? Desconozco la respuesta.

Mientras hablo, un temblor recorre la atmósfera, un espejismo cataclísmico se torna visible, el órgano bombea y el coro endiablado retoma su torturante soniquete.

Bajo esas imágenes no aparece cartel alguno.

Cesa la aterradora música y la horrible escena que se muestra ante mí prosigue en silencio. Concluye, y entonces ya no hay ni luz ni tinieblas. El desierto desaparece, ya no hay puerta alguna, la muchedumbre infinita se ha evaporado, como rocío matutino, y me encuentro en presencia de la nada.

La constatación es espantosa; el cerebro me da vueltas; debo hallar algún alivio; la naturaleza humana no está hecha para soportar algo así. Ah, gracias a Dios, me estoy volviendo loco. Ahora, de alguna parte, no sé de dónde, llega una risa alegre y burlona, y una voz satánica dice: «¡Otra vez lo hemos engañado!», asciende el volumen del órgano, el coro invisible canta de nuevo y la serie de imágenes vuelve a comenzar desde el principio. Por un momento, se relaja la tensión, «Dios está en el cielo», al fin y al cabo, cuando, como un repique metálico, la Voz formula la pregunta imposible de responder. Oh, Dios, tengo que hablar, debo hacerlo. La respuesta es, la respuesta es…

—¿Qué hora es, Russell? (Russell era el enfermero del turno de noche, cuya presencia era muy necesaria, como ya se habrá percatado el lector a estas alturas).

—Las cuatro y media, señor.

—Tengo que levantarme para coger el primer tren a Glasgow. Es cuestión de vida o muerte. Por favor, dame mi ropa.

Russell consigue aplacarme asegurándome que iré mañana y con otras promesas similares, cuya falsedad reconozco con total claridad. Al final, como amenazo con despertar a todo el edificio, me envuelven en mantas, me llevan en silla de ruedas ante la chimenea y colocan un biombo detrás de mí.

—No puede usted coger ningún tren, señor, antes de las seis y media.

—Disculpe, pero hay uno a las cinco cincuenta y cinco, y pienso cogerlo. Por cierto, ¿estás seguro de que la hermana no anda por aquí? Me ha parecido verla asomada detrás del biombo. ¿No? Entonces dame un poco de soda con leche, ¿y tiene un cigarrillo?

Russell, claro está, niega tener cigarrillos, así que, como más tarde me contó, yo arremetí a maldecirlo, y a su familia, incluyendo tanto a sus antepasados como a sus descendientes, en tal abundancia y con tanta

meticulosidad que hablé sin descanso durante hora y media. Hago responsable al señor Kipling por, al menos, la minuciosidad india de mis conminaciones. En cualquier caso, el esfuerzo me dejó exhausto, así que cuando Russell me dijo que había perdido el tren y que era mejor que volviera a la cama, accedí sensatamente.

Aquel fue el clímax, y cuando desperté varias horas después de un sueño pacífico, descubrí que la crisis había pasado y que volvía a estar sano. El primer libro que pedí fue *El progreso del peregrino* y, en cuanto me permitieron leer, busqué el pasaje del paso de los cristianos por el Valle de las Sombras. Siempre me había parecido que los demonios de Bunyan parecían actores disfrazados, y que sus ciénagas y fosos no eran más que meros decorados, accesorios como los que se podrían ver con mofa en Drury Lane. Ahora estoy convencido de ello. La dificultad, claro está, es hacerlo mejor.

AL RESCATE

(To The Rescue)

Un día magnífico de mediados de septiembre. El cielo, de un delicado azul pálido; el aire, fresco y vigorizante; el sol, tan radiante que no echábamos de menos la resplandeciente Italia, por donde habíamos deambulado durante las dos semanas anteriores entre viñedos maduros. La víspera habíamos cruzado a pie el Simplon, desde Domo d'Ossola a Brieg, una larga caminata con mochila a cuestas, y ahora nos alegrábamos de haber podido tomar la diligencia a Sierre, donde cogeríamos un tren a Ginebra para volver a casa. El valle del Ródano es en esa zona y en ese periodo del año un paraje maravilloso, pese a que en invierno, cuando el río baja crecido, debe de tratarse de un lugar salvaje y peligroso. Entre el camino y el río, menguado por el estío, se extendía una franja de desolación que ni siquiera el exuberante verdor del verano suizo era capaz de cubrir, más allá de algún débil parche verde. Una extensión de grava, guijarros y cantos rodados; toda la variedad de materiales de aluvión que un gran río puede dejar a su paso. En algunos lugares había áridos trechos de arena gruesa, como si un fragmento de desierto hubiera caído del cielo. Aquí y allá se abrían grandes pozas de agua y ciénagas, y, aún más temibles, arenas movedizas tan extensas y profundas que se tragaban todo cuanto se adentrara en ellas. A continuación se encontraba el río, de un azul zafiro, coronado de brillante espuma en su veloz discurrir.

El camino era bueno y los caballos muy aptos, así que avanzábamos a buen ritmo hacia el oeste, con el techo de la diligencia cargado de equipajes, protegidos por una lona, que se mecían al ritmo de la marcha. Íbamos sentados en la parte delantera, cerca del cochero, desde donde teníamos una buena vista del camino El cochero, un antiguo soldado, era tan afable y parlanchín como roja era su nariz, lo que no es decir poco. Hablaba sin descanso, respondiendo a nuestras preguntas, expresándose en un mal alemán y en un italiano peor, en un francés que era sencillamente pésimo o en un

inglés que era, si tal cosa es posible, aún peor. Pero disfrutaba agradecido de nuestras botellas de licor y cigarros, así que pasamos un buen rato.

Más o menos a mitad del trayecto vimos delante de nosotros y a la izquierda, en la franja de material de aluvión, a dos personas: un hombre y un niño, en pie sobre una roca. Por lo que alcanzábamos a distinguir, parecía como si estuvieran tirando de una red sumergida en una amplia poza. Cuando nos vieron acercarnos, el niño echó a correr hacia la carretera en una trayectoria tal que pudiera interceptarnos lo antes posible. Fue una suerte de competición, ya que, aunque el pequeño corría a una velocidad asombrosa, pese a lo irregular del terreno, también nosotros íbamos muy rápido; se nos despertó la curiosidad. El niño llegó al camino unos segundos antes que nosotros alcanzáramos aquel punto, y pudimos ver entonces que tenía trece o catorce años y vestía ropas pobres; estaba muy moreno y tenía las rodillas y los codos despellejados; iba descalzo.

Se hincó de rodillas en mitad del camino y abrió los brazos en gesto de súplica. Nuestro cochero tuvo el tiempo justo de tirar de las riendas para no arrollarlo; el camino era demasiado estrecho para pasar por un lado. El pobre muchacho se hallaba en un lamentable estado de angustia. Tenía los oscuros ojos arrasados de lágrimas y había una nota de patetismo en su voz que nos tocó el corazón. El bondadoso conductor se hallaba muy molesto, viéndose en un severo dilema entre el deber y su inclinación personal. El muchacho nos contaba su triste historia a una velocidad terrible, lo que, unido a su dialecto, la hacía difícil del seguir. No obstante, gracias al apoyo de su elocuente gesticulación y su aún más elocuente fervor, alcanzamos a comprender lo esencial. Su padre era un granjero pobre, muy pobre, que no tenía más que un caballo, el cual se hallaba agraciado con todas las virtudes que erróneamente se atribuyen a los seres humanos, además de muchas otras, suficientes para colmar todo un panteón equino. Muy temprano, esa mañana, él, su padre y el caballo habían salido de casa para recoger la paja que habían cortado la víspera en el erial rocoso y dejado a secar al sol. Cargaron el caballo y ya se dirigían de vuelta a casa cuando, tontamente, decidieron acortar camino a través de una charca entre las rocas. En un primer momento, el caballo rehusó, pero fue convencido a hacerlo; tal fue el modo como el chico lo expresó, evidentemente para evitar acusaciones de crueldad contra su padre. En cuanto el caballo entró en el agua, comenzó a hundirse. ¡Ay! ¡Eran arenas movedizas! Su padre se encaramó a una roca cercana y, tirando de las riendas y con la ayuda de quien esto narraba, consiguió acercar al caballo a la roca. Pero ¡ay!, allí las arenas movedizas eran más fluidas y el caballo se hundió

más y más, hasta que solo el cuello y la cabeza quedaron sobre la superficie. El niño —un valiente muchacho, sin duda—, se había deslizado sobre el lomo del caballo y cortado la cuerda que sujetaba la carga de paja, que a continuación arrojó a un lado. Luego, con la ayuda de su padre, el chico regresó a duras penas a la roca, donde sumó sus esfuerzos a los de su progenitor para sostener al caballo. Al sentirse aliviada de su carga, la pobre bestia cobró nuevo coraje e hizo esfuerzos frenéticos por escapar. Pero al cabo de poco rato, viendo que nada conseguía, se rindió, quedando inerte. Continuó hundiéndose y hundiéndose, hasta que solo la cabeza quedó sobre la superficie. Fueron necesarias todas las fuerzas de ambos para mantenerlo así, sin que se hundiera más, pero si conseguían hacerse con la ayuda de un par de caballos —o aunque solo fuera de uno— podrían arrastrarlo hacia la otra orilla, arenosa y en suave pendiente, por la que el pobre animal sería capaz de trepar. ¿El bondadoso cochero, tan fuerte, tan valiente, tan piadoso con aquellos dos desfavorecidos en apuros, y a quien estaba claro que le gustaban los caballos, ya que su fantástico tiro se hallaba en inmejorable condición, tan bien alimentado, tan bien almohazado, se avendría a ayudarlos? Ellos orarían por él día y noche, hondamente agradecidos. ¿Los importantes señores que lo acompañaban no sumarían sus súplicas a la de él para tratar de persuadir al noble cochero de prestar ayuda con sus bellos caballos?

Los importantes señores hicieron algo más, ofrecieron el dinero en efectivo que llevaban encima al noble cochero, así como la ayuda que ellos pudieran prestar. Pero el cochero era inmune tanto a las súplicas como al oro. Ya había informado al muchacho que tenía correo a su cargo, que era un servidor jurado del Estado, y que incurriría en un crimen si contribuía al retraso de la correspondencia, aunque solo fuera por breve tiempo y por causa tan urgente. El niño redobló sus lloros y peticiones, y también el cochero lloraba. Entonces tuvo este una idea. Dijo al niño que se levantara y corriera a ayudar a su padre, para que mantuvieran al caballo respirando todo el tiempo que les fuera posible.

—Yo no puedo ir contigo —dijo—, ni prestarte estos caballos. Pero iré todo lo rápido que pueda en busca de otros que sí sean capaces de ayudarte.

El muchacho lo miró fijamente por un instante, como si dudara de él. A continuación se puso en pie de un brinco y, con una mirada de gratitud y una reverencia que fue la personificación de la elegancia, echó a correr por el roquedal todo lo rápido que le permitían las piernas. Todos éramos ahora presa de la urgencia. En cuanto el cochero restalló el látigo, los caballos se pusieron en movimiento con un fuerte tirón que puso a prueba la resistencia

de los arneses. Parecía como si, por instinto, ellos también supieran que tenían una misión que cumplir: ayudar a salvar de la muerte a un igual.

Avanzamos por el camino llano a una velocidad que, teniendo en cuenta que íbamos en una diligencia cargada, era sencillamente endiablada. El pesado carruaje se bamboleaba y cabeceaba. Los pasajeros que iban en el exterior se aferraban entre ellos y a la barra de protección; los de dentro se veían arrojados unos contra otros. Cuando miramos hacia atrás un par de minutos después, vimos a lo lejos que el muchacho se había reunido con su padre y que ambos tiraban con todas sus fuerzas. Ahora que sabíamos lo que estábamos viendo, distinguimos la cabeza del caballo, asomando aún sobre la superficie.

Entonces, al doblar una curva, nos topamos con una pequeña caravana de carruajes agrícolas; amplios vehículos con cartolas tan altas como largas eran sus lanzas. Los tres iban cargados de jóvenes, chicos y chicas, que debían de dirigirse a alguna fiesta, a juzgar por sus alegres atuendos. Todos en la diligencia los llamamos a gritos. Ellos se apartaron a un costado del camino para dejarnos, y allí se detuvieron.

Cuando nos detuvimos a su altura, con los caballos desprendiendo vaho y las herraduras rechinando contra el suelo al cargar todo su peso sobre las ancas, el cochero, ayudándose de abundante gesticulación, les explicó lo que sucedía. Los granjeros lo comprendieron al instante y, sin un segundo de demora, todos —chicos y chicas— saltaron de los carros y comenzaron a desuncir los caballos. Uno de los hombres preguntó cuál era el sitio y, en cuanto el cochero se puso en pie y señaló hacia donde, a lo lejos, las esforzadas siluetas del hombre y del niño se recortaban sobre el fondo azul del río, un granjero saltó a lomos de cada caballo y se lanzó en su misión de rescate. Los que habían desuncido los caballos sabían bien lo que hacían. Habían dejado arreos suficientes en los animales para que pudieran llevar a cabo la pesada labor de remolque que les aguardaba. A continuación y a toda prisa, las chicas tendieron a los hombres rollos de cuerda y cadenas, con los que estos echaron a correr por el camino, acompañados de tintineos y con los extremos de las cuerdas flotando al viento tras ellos. Los acompañó el vítor que se alzó a su espalda.

Las voces de ánimo llegaron hasta los esforzados padre e hijo, prestándoles nuevas energías, e incluso al pobre caballo, que retomó sus esfuerzos.

Antes de doblar una curva del camino, vimos la partida de rescate salir del camino y adentrarse en la franja desierta. Para entonces el resto de los

agricultores, dejando los carros donde estaban, corría asimismo para reunirse con los otros.

Tras la curva, el cochero tiró de las riendas deteniendo al tiro. Se quitó el sombrero y agachó la cabeza en gesto de oración, a la vez que se santiguaba. A continuación se sumó a los vítores. Y también nosotros.

—¡Están bien! —gritó—. ¡Han llegado a tiempo! Alabados sean Dios y la Virgen.

LOS HÉROES DEL TÁMESIS

(The ‘Eroes of the Thames)

Cuando Peter Jimpson, el nadador profesional, hubo ganado todos los premios que se podían ganar en las ciudades del sur de Inglaterra, pensó que había llegado la hora de probar suerte en Londres. El plan le ilusionaba especialmente porque su hijo, que había seguido la vocación del padre, había demostrado poseer talento para la natación. No solo era capaz de nadar tan rápido y con tanta resistencia que su padre ya lo veía como un futuro campeón, sino que había manifestado tener dotes como actor acuático.

Sus trucos siempre eran divertidos, y se le daba bien tanto una humorística persecución acuática, como simular los desastres que al nadador inexperto pueden acontecer. En consecuencia, Peter decidió sacar provecho al talento del joven Peter. Hacía mucho que había llegado a la conclusión de que para captar la atención del majestuoso, rico e indiferente Londres era necesario un golpe maestro; hay tantos profesionales, en tantas ocupaciones, en la vasta metrópolis que limitarse a hacer bien tu trabajo te llevaba tan solo a ser uno más.

Durante el principio del verano, los dos Peter ensayaron una breve escena acuática: un niño que se está ahogando es rescatado por un valeroso desconocido que en ese momento pasaba por allí. Incontables veces, y siempre en secreto, pues el padre insistió al hijo sobre la absoluta necesidad de silencio, repasaron cada detalle, hasta que al final Peter junior fue capaz de simular todos los peligros posibles de una inmersión.

Se caería al agua de la manera más simple; se debatiría violentamente con las manos sobre la superficie y la boca abierta, como hacen los ignorantes; se hundiría y regresaría a la superficie asomando en primer lugar inesperadas partes de su anatomía, como si una corriente irresistible lo tuviera bajo su dominio; tomaría aire a bocanadas, se atragantaría y volvería a hundirse; asomaría de nuevo, pero en esta ocasión mostrando nada más que las manos, que tratarían de aferrarse a un asidero inexistente, de un modo que habría de

resultar desgarrador para los testigos. El orgulloso padre quedó convencido de que la interpretación de su hijo disponía de todos los ingredientes para ser un éxito.

A continuación partieron hacia Londres. Tras inspeccionar los diversos puentes sobre el río, eligieron el Puente de Londres como escenario para su espectáculo; el momento sería por la tarde, cuando el gentío en las calles era mayor. Visitaron varias veces el lugar, ya que debían ser cautelosos; el puente estaba siempre bien vigilado por la policía, y en un par de ocasiones se percataron de que diferentes personas los miraban con curiosidad, como si despertaran sospechas.

No obstante, pulieron hasta el último detalle de su plan, no dejando nada al azar. Como las barandillas del Puente de Londres no permiten que un niño pequeño que pasa por él, simplemente, tropiece y caiga al agua por accidente, y como trepar el parapeto es, cuando menos, sospechoso, decidieron que Peter, tras asegurarse de que ningún vapor ni ninguna gabarra pasaran en ese momento bajo el puente, arrojaría a su hijo por encima del parapeto, y de inmediato saltaría tras él.

Pensaban que, presa de la emoción del rescate —que el padre y el hijo sabían tan bien despertar—, el gentío se apelotonaría contra el parapeto, sin fijarse en el acto aparentemente letal. Se prometían una abundante cosecha de alabanzas, y puede que incluso alguna recompensa más tangible; en cualquier caso, se propagaría su fama como nadadores.

Al día siguiente, a la hora acordada, cuando el Puente de Londres era casi una masa sólida de vehículos, jinetes y personas a pie, acometieron su plan. Después de comprobar que no hubiera vapores ni barcazas en las inmediaciones, se situaron en la acera sobre el arco central del puente, en el costado situado río abajo; la marea estaba subiendo.

Peter alzó de repente al niño y, con enorme ímpetu, lo arrojó al agua por encima del parapeto y un instante después empezó a trepar. Pero apenas había apoyado un pie cuando un transeúnte se le echó encima corriendo, lo agarró por los tobillos y lo hizo bajar de nuevo a la acera. Peter se volvió rabioso contra él, para descubrir que se trataba de uno de los hombres que habían visto observándolos en anteriores visitas al puente.

—¡Suélteme! —gritó—. ¡Suélteme! ¡Tengo que salvar a mi hijo! —dijo forcejeando frenéticamente.

—¡Curiosa forma de salvarlo, tirarlo del puente! —dijo el hombre, que lo retenía con un abrazo de hierro.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Tengo que salvar a mi hijo! —gritó Peter, pidiendo ayuda a la multitud.

—Su hijo se salvará solo si el hombre más valiente de Inglaterra consigue ayudarlo. ¡Mire! —fue la respuesta, y el gentío comenzó a lanzar vítores, porque justo en ese momento otro hombre trepó al parapeto, se desprendió del abrigo y se zambulló en el río. Varios transeúntes ayudaron a retener a Peter, que se debatía con furia, sin que contribuyera a aplacarlo el hecho de haber reconocido en el hombre que había saltado al agua a otro de los que los habían estado vigilando.

La corriente ascendía con tanta fuerza, impulsada por la marea, que un par de segundos después de caer al agua, el joven Peter fue arrastrado bajo la sombra del arco del puente, y poco después su rescatador se perdió también de vista. Al instante, la muchedumbre cruzó en masa el puente, y al cabo de unos segundos el parapeto situado río arriba estaba atestado de mirones, ansiosos por verlos aparecer.

Los segundos parecían siglos, pero finalmente, los que se hallaban situados justo sobre el niño lo vieron asomar, arrastrado por la corriente, girando bajo el agua. Cuando dejó atrás el puente y entró en la zona donde el sol iluminaba el agua, se produjo un fiero chapoteo; aparecieron los brazos del muchacho, luego sus piernas, como si se debatiera por su vida. Y a continuación los horrorizados espectadores vieron dos manitas asomar sobre la superficie, tratar de aferrarse al aire y volver a hundirse. Seguidamente, el ángulo de refracción se volvió demasiado grande y ni siquiera los que se encontraban en el arco central alcanzaron a ver nada más.

Un profundo lamento surgió de la multitud; el cual, no obstante, se transformó en ovación cuando un nadador apareció bajo el arco impulsándose con fuertes brazadas a estilo libre, siguiendo la estela del niño desaparecido. Un millar de manos señaló el punto donde el muchacho se había hundido, y un millar de voces gritaron indicando direcciones diferentes. Pero el nadador parecía conocer por instinto cuál era el lugar correcto y, cuando llegó a él, alzó la cabeza para tomar aliento y se sumergió en su búsqueda.

La marea debía de causar que se formaran corrientes extrañas alrededor de los pilares del Puente de Londres, porque de pronto la multitud vio aparecer brevemente al niño, pero no en la dirección en que supuestamente debería haberlo arrastrado la marea, sino a una docena de yardas o más hacia el lado de Surrey. El muchacho tuvo apenas tiempo de tomar una bocanada de aire y de gritar débilmente, pero de manera que todo el mundo lo oyó —el rugido del tráfico se había interrumpido—: ¡Padre! ¡Padre!

Un estremecimiento recorrió a la multitud, como cuando una ráfaga repentina de viento barre un maizal, e instintivamente todos volvieron la cabeza hacia el padre culpable. El grito desbocado que emitió el gentío demostró lo acertado de que numerosos efectivos policiales hubieran rodeado al prisionero; en otro caso, su vida hubiera corrido peligro.

Mientras tanto, el hombre había regresado a la superficie y el niño vuelto a hundirse; la multitud volvió a gritar y a señalar, y el hombre llegó al sitio con unas pocas brazadas poderosas. Esta vez, no obstante, no se sumergió, ya que sabía que tenía que estar preparado para atrapar al muchacho cuando volviera a aparecer, porque esa sería la última oportunidad.

Tanto la muchedumbre como el hombre aguardaron, presas de un terrorífico suspense. El nadador era un tipo enérgico y de mirada aguda, asomó la cabeza todo cuanto pudo por encima del agua, sin dejar de mirar a su alrededor. Hizo bien, porque, a causa de nuevo del efecto de las corrientes alrededor de los pilares, el niño asomó en esta ocasión río abajo, habiéndose desplazado a contracorriente, y acercándose al puente, donde la gente pudo verlo con claridad.

Fue como si el nadador hubiera dado un salto hacia delante en el agua, y con media docena de poderosas brazadas a estilo libre llegó junto al chico, lo aferró por la nuca y le sostuvo la cabeza fuera del agua. El niño no podía verlo desde la posición en que se encontraba, pero volvió a gritar: «¡Padre, padre!», aunque esta vez en tono alegre, aliviado, y su voz llegó a los espectadores de Surrey y a los de Middlesex.

Para entonces ya había embarcaciones tanto descendiendo el río como remontándolo, en su rescate, y al parecer eran muy oportunas, porque salvar al niño no parecía una tarea fácil. El hombre que había nadado con tanta energía y destreza cuando estaba a solas, ahora que cargaba con el niño, apenas parecía capaz de mantenerse a flote.

Niño y hombre forcejeaban en el seno de un pequeño torbellino levantado por ellos mismos, y más de una vez se hundieron ambos, dejando nada más que una masa de espuma para señalar el lugar donde se encontraban. En una de esas ocasiones, el niño salió a la superficie en primer lugar y, en apariencia, hizo unos esfuerzos frenéticos por alejarse, pero un instante después hizo aparición el hombre, que, con vigor renovado, fue tras él y volvió a atraparlo por la nuca, y ya no volvió a soltarlo hasta que estuvieron a bordo de una lancha de la policía, el hombre jadeante, y el niño, en apariencia inconsciente.

Un potente vítor se alzó de la multitud de mirones. Ondearon pañuelos y sombreros, y, orgulloso, el rescatador respondió agitando la mano, sentado en la popa de la lancha y sujetando sobre las rodillas al muchacho, que había abierto los ojos y forcejeaba sin empeño, se diría que por mero instinto. La lancha puso rumbo hacia la comisaría que había en la ribera, y el gentío volvió a sus asuntos, todos salvo dos grupos, uno que siguió al niño y a su valiente rescatador, y el otro al padre, bajo arresto por intento de asesinato.

En la corte policial, el magistrado ya estaba sentado en su puesto cuando llevaron a Peter Jimpson a su presencia, y para entonces a este ya se le había informado, con la característica amabilidad policial, de que estarían encantados de no hacerle esperar demasiado por su procesamiento. Él no comprendió la broma; es asombroso cuánto pueden diferir los puntos de vista, en especial en cuestiones de humor.

No obstante, tuvo ocasión de meditar, de manera que, cuando lo llevaron frente al magistrado, ya había decidido contar todo lo referido a su desafortunado intento por ganar notoriedad. Un agente de policía que había estado de servicio en el Puente de Londres lo había visto, desde corta distancia, arrojar a su hijo al agua, y el hombre que inicialmente le había impedido zambullirse, John Polter, testificó lo mismo; el cargo era muy claro, y no se perdió el tiempo.

Cuando la causa llegó a la corte, Peter Jimpson realizó su declaración, asegurando que todo se había llevado a cabo con el consentimiento y la colaboración de su hijo, sin otro fin que el de dar a conocer sus nombres como nadadores. El magistrado replicó secamente que se trataba de una explicación confusa y que, en el mejor de los casos, no dejaba de implicar haber puesto al niño en serios riesgos, como sin duda el gran jurado le informaría más adelante.

Los procedimientos se hallaban en ese punto cuando se oyó una gran ovación en el exterior, y poco después el niño y su rescatador entraban en la corte. El joven Peter, con aspecto muy arrepentido, corroboró la declaración de su padre; dijo haber consentido a su inmersión, a lo que el rescatador respondió indignado:

—¿Me estás diciendo, pequeño desgraciado, que intentasteis engañar a la gente haciéndoles creer que estabas en peligro? ¡Oh, muchacho, muchacho! Te tengo cierto cariño después de que sigas con vida gracias a mi valor, pero confío en que nunca vuelvas a participar, aunque solo sea como cómplice, en una farsa similar.

El niño se tapó los ojos con las manos.

—¡Su señoría, nunca más me meteré en un chanchullo así! —dijo con voz entrecortada—. Este valiente y amable caballero me ha enseñado una lección que nunca olvidaré.

Tomó la manaza del hombre entre las suyas, mucho más pequeñas, y se inclinó para besarla, mientras que en la sala no había ni un ojo seco; incluso el magistrado se hallaba visiblemente emocionado. Peter Jimpson, enojado, trató de decir algo, pero el ujier le ordenó silencio. A continuación, el rescatador, que dijo llamarse Tom Bolter, dijo:

—Si se me permite, su señoría, le pido que desestime el caso. No me tomaría la libertad de hablar si no hubiera sido yo quien rescató al niño, poniendo en riesgo mi vida, y quizás por tal motivo me permita usted expresar lo que siento. Estos dos profesionales solo buscaban llamar un poco la atención para que se hablara de ellos, pero la suerte ha jugado en su contra, y no lo han encajado bien. Pero no cabe duda de que se les ha quedado bien grabado que no hay que jugar con los sentimientos del público. Esto es intolerable, no se puede calificar de otro modo, y estoy convencido de que si su señoría les deja marchar esta vez, ellos nunca volverán a hacerlo. ¿No es así, colegas?

Ambos Peter se apresuraron a manifestar su aquiescencia; así que al cabo de una breve deliberación, el magnánimo y calvo magistrado dijo:

—Peter Jimpson, y también usted, Peter Jimpson junior, confío en que la severa lección que han aprendido en el día de hoy no sea en vano. Deben recordar que toda forma de fraude es ofensiva a los ojos de la ley, y que lo acontecido ha sido, claramente, un fraude por su parte. Puede que ustedes lo vieran como una iniciativa inocente, y en parte me satisface que así sea, pero permítanme decirles que hubo una manifiesta intención criminal de engañar. Estoy seguro de que usted, Peter Jimpson, tenía intención de lanzarse de inmediato al agua tras su hijo; si no fuera así, a estas horas ya lo habría enviado a juicio bajo el serio cargo de intento de asesinato, y por tal razón desestimaré el caso; pero confío en que cuando se acueste usted esta noche recite una oración de agradecimiento por ese valiente, Thomas Bolter, excelente nadador y maestro en el arte de salvar vidas, a quien tanto debe usted.

Hubo un gran aplauso en la corte, y una voz desde el fondo de la multitud gritó: «¡Bien por Bolter!», pero el ujier ordenó de inmediato: «¡Silencio en la sala!».

Tom Bolter dio un paso al frente y, peinándose respetuosamente el flequillo, dijo:

—Su señoría, lo que he hecho lo he hecho por el bien de este buen muchacho, pero, en cualquier caso, doy las gracias a su señoría por las amables, útiles y espero que sentidas palabras que me ha dedicado. No soy más que un desconocido en Londres todavía, pero estoy seguro de que en breve volverá a oír a hablar de mí, en relación al salvamento de alguien más. Confío en que, cuando llegue el momento, su señoría y todas estas damas y caballeros, que tan orgulloso me han hecho sentir por mi valeroso acto, recuerden el nombre de Tom Bolter y acudan a verme, aunque deban desembolsar su dinero a cambio. ¡Considérenme a su servicio, su señoría, damas y caballeros! —y dicho esto, Tom Bolter abandonó la corte entre un murmullo de aplausos, y todo el público salió tras él a la calle.

Fuera reinaba un tumulto causado por muchas personas hablando al mismo tiempo, ya que los actores principales del episodio en el río se hallaban rodeados por grupos de simpatizantes o admiradores.

Un pequeño grupo de jóvenes con aspecto de deportistas permanecía apartado, escuchando a un corredor de apuestas, cuya profesión se hallaba escrita en cada pulgada cuadrada de su rostro y en cada una de sus prendas.

—¡Que me parta un rayo —decía—, si no ha sido el truco más descarado que he visto nunca, y os aseguro que he visto muchos!

—¿Qué quieres decir, Sam? —le preguntaron a coro.

—¿Que qué quiero decir? ¡Que se han reído de toda la maldita de corte y de todos vosotros! ¡No han hecho más que jugar con vosotros desde el principio, pardillos!

—¿Quién, Sam?

—Esos dos tipos del norte, Polter y Bolter, los campeones de natación del Tyne. Han venido a Londres para hacer una exhibición de salvamento en el Hippodrome, y me consta que ya tienen impresos sus carteles de promoción, a la espera del momento adecuado. «Polter y Bolter, los héroes del Támesis». Ese es su objetivo, y yo mismo los he visto durante toda la semana pasada, visitando a diario el puente en busca de una oportunidad. ¡Por Dios! La verdad es que les ha salido de maravilla, y el niño ha sido la mejor parte del espectáculo.

Mientras tanto, en el grupo que rodeaba a los dos Peter, la voz del niño se alzó sobre la babel.

—¡Te digo que es el hombre más valiente y el mejor nadador del mundo! ¡Lo supe en cuanto me rescató de las fauces de la muerte! ¡Que Dios lo bendiga!

Peter el viejo le susurró enojado:

—¡Deja de decir eso y mantén la boca cerrada! No le des coba, basta ya.

A lo que el responsable niño respondió:

—No, padre, no puedo guardar silencio. ¡No debo callar ante la valentía y la honestidad!

Y a continuación añadió mediante un susurro:

—¡Tranquilo, papá! Me he puesto de acuerdo con ellos antes de entrar en la corte. Van a actuar en el Hippodrome y nos ofrecen a ti y a mí veinte libras a la semana por participar en su espectáculo. Tú dedícate a nadar, padre, y a ser más rápido a la hora de saltar al agua, y déjame a mí los negocios.

EL CAMINO A LA PAZ

(The Way of Peace)

Yo conocía tanto a Michael Hennessey como a su mujer, Katty, aunque bajo la pronunciación local de su apellido: «Hi-nnessy». Había ido numerosas veces a su pequeña granja para fumar una pipa en compañía del anciano, y para tomar, antes de marcharme, un vaso de leche procedente de la limpia y cuidada cuadra de la esposa. Eran vistos por todos como una pareja modélica, y poco más de un año atrás, habían celebrado sus bodas de oro. Pero cuando el viejo lord Killendell —«El Grasa», como era conocido en la localidad— me sugirió que preguntara a Michael cómo habían conseguido disfrutar de una vida tan feliz, hubo algo en su tono y en la risita que siguió a sus palabras que me decidió a seguir su recomendación. Terminé de convencerme cuando lady Killendell, que siempre había en extremo amable conmigo, añadió con una sonrisa de aprobación:

—¡Hágalo! Es usted joven y soltero, aprenderá algo que podrá serle útil en el futuro.

La siguiente vez que pasé cerca de la granja de los Hennessey, recordé el consejo, y entré a hacerles una visita. Los dos ancianos estaban solos en la casa. Su trabajo diario —un trabajo extenuante— se hallaba concluido y ellos habían dado inicio a una larga velada de reposo, que suele ser la recompensa del granjero por su paciente labor. Tomamos asiento los tres alrededor de la chimenea, disfrutando del resplandor de las llamas y del aroma de la turba, que es el único combustible usado en esa parte de Irlanda.

Poco a poco, conduje la conversación hacia el tema de los matrimonios felices; usé como disculpa su boda de oro, lo bastante próxima aún como para que la cuestión siguiera despertando su interés.

—Me han contado —dije finalmente—, que son ustedes la pareja más feliz del país. ¿Es cierto? Parecen serlo, en cualquier caso. Cada vez que vengo a verlos, no dejo de pensarlo.

—Es cierto. Gracias a Dios —dijo Michael, tras una pausa.

—¡Amén! —corroboró Katty, a la vez que se santiguaba.

—Me gustaría que me dijeran cómo lo han conseguido —pedí.

Michael sonrió y su mujer se rio.

—¿Por qué quiere saberlo, querido? —preguntó ella.

Eso me puso en un pequeño apuro. Lo cierto es que yo estaba comprometido, pero se me había pedido que no dijera nada, por el momento. Así que tuve que justificar mi solicitud recurriendo a argumentos generales, que siempre resultan menos atractivos que los motivos personales.

—Bueno, verá usted, señora Hennessey —dije torpemente—, es un secreto que a cualquier hombre le gustaría conocer. Puede que… en el futuro… le sea útil.

—¡Claro que sí, su excelencia! —me interrumpió Michael—. Si un joven supiera algo así cuando emprende el camino de la vida, podría tener a todas las jovencitas del pueblo detrás de él, como un gallinero detrás del gallo.

Él fue interrumpido, a su vez, por Katty.

—¡Y también a las mayorcitas!

Luego, volviéndose hacia mí, añadió:

—Así que va a casarse usted, su excelencia. Le deseo mucha felicidad, y tanto hijos como días tiene el mes.

—¡Un momento, señora! —repliqué—. Eso sería *embarras de richesses*. —Ella parpadeó ante la expresión foránea, así que se la traduje—. Eso sería demasiada felicidad, como dicen los franceses. Pero ¿por qué cree que voy a casarme?

—Está claro. ¿Por qué otra razón, si no, querría un joven como su excelencia saber cómo se las apañan las parejas casadas para llevarse bien con el otro, a menos que él mismo estuviera a punto dejar de ser un niño?

(En Irlanda un hombre sigue siendo un «niño» mientras permanece soltero. A mí mismo me han seguido llamando «niño» cuando ya había cumplido los noventa). Su razonamiento me desarmó, así que guardé silencio.

—Parece, señor, que Katty le ha descubierto —se rio el anciano.

—Cierto, Michael, lo ha hecho —dije—. Pero ahora que ella ha descubierto mi secreto, ¿puedo recibir yo algo a cambio? ¿Me contarán cómo han conseguido vivir felices uno con el otro durante tantos años?

—Señor, no ha habido una mala palabra entre nosotros desde el día siguiente a nuestra boda.

—¿El día siguiente a su boda? —pregunté—. ¿Por qué no desde el mismo día de la boda?

—Habría sido así, señor, si hubiéramos empezado nuestra vida de casados siguiendo el manual. Pero no teníamos manual ninguno, tuvimos que descubrir el camino nosotros mismos. De hecho, ni siquiera íbamos buscando ningún camino en particular. Imagino que esa es la forma como suelen encontrarse siempre, o casi siempre, los tesoros. La gente que va por ahí hurgando en los agujeros con el bastón o partiendo piedras a martillazos rara vez encuentra dinero escondido. Son los que se ocupan de sus propios asuntos los que se topan con él cuando menos se lo esperan.

Aquel era un discurso muy largo para Michael, y Katty, con su deseo instintivo por complacer, le manifestó su sutil admiración en un aparte.

—Fíjate, qué listo es él. Las palabras salen y salen de su boca, como de un libro bien gordo, lleno de letras que nadie entiende.

—Es una buena idea, Michael —intervine—. El conocimiento capaz de hacer feliz a una pareja es, ciertamente, un tesoro. ¿Me contarán cómo dieron con él? Descubrir el tesoro, claro está, es labor de cada uno, pero, antes de emprender el viaje, es de sabios averiguar cuál es la carretera a seguir.

—Cierto, señor. Pero me he expresado mal si he dado a entender que se trata de una carretera. Sepa usted que la felicidad no campa por ninguna carretera. La encuentras en los caminos de tu propia granja, los que llevan a tu casa y en tu corazón.

En esta ocasión, el comentario de Katty fue dirigido directamente a su marido.

—Por Dios, Mike, qué cursi te estás volviendo con la vejez. ¡Caminos al corazón! ¿De verdad? Pues yo llevo más de medio siglo trajinando arriba y abajo por nuestros caminos y nunca he visto a la felicidad paseando por aquí, y, ya puestos, tampoco por ninguna carretera que valga.

La metáfora nos estaba apartando del tema, así que reconduje la conversación.

—Aunque no haya ninguna carretera, o ningún camino, ¿querrán decirme cuál tomaron usted y Katty? Luego, algún día, puede que yo encuentre un camino similar.

El anciano me guiñó un ojo y soltó una risita; se sacó la pipa de entre los labios y señaló con la boquilla por encima de su hombro.

—Pregúnteselo a ella, señor. Ella puede decírselo, si quiere.

—¿Me lo contará, Katty? —pregunté.

—Con todo el placer, su excelencia. La verdad es que no hay gran cosa que contar, y a lo mejor no merece la pena gastar saliva, pero si usted quiere oírlo, adelante.

»Como ese viejo dice, todo empezó la mañana siguiente al día en que se casó conmigo. Pero no se confunda usted; nos queríamos desde antes. ¡Era un niño guapísimo! Alto, fuerte e imperioso, y yo fui la chica más orgullosa del mundo cuando se me declaró. Tan orgullosa estaba que volví a casa dando brincos, y cuando mi madre me vio, dijo: "Katty, ¿ese descarado de Mike Hennessey ha vuelto a decirte lo guapa que eres?", porque sepa usted que entonces yo no era mucho más que una cría. "No solo eso", dije. "Me ha dicho, ni más ni menos, que quiere casarse conmigo". Eso la impresionó, se lo aseguro. "¡Por Dios!", dijo. "¿Con qué me viene ahora esta cría? ¿Tú quieres casarte, que tienes tantas posesiones como las de un pato del pantano? ¿Y él, que no tiene nada que llevar a la feria, que ayer mismo dejó la cabaña de su padre para vivir por su cuenta y no cuenta con más que un camastro para dormir y una mesa para comer?"».

Sin poder evitarlo, miré a mi alrededor, la bonita cocina donde nos encontrábamos, con sus buenos y sólidos muebles de roble y abundancia de vajilla y de cristalería, todo bien ordenado y resplandeciente. Michael se percató de mi mirada y asintió con gran seriedad al decirme:

—Es todo obra de ella, señor. Katty lo ha conseguido.

—No le haga caso, señor. Solo lo dice porque tiene buen corazón. No es obra mía. Es fruto del duro trabajo de Michael. Aunque yo administré con cuidado el dinero que él traía a casa.

—Me hablaba usted de su madre —dije yo, reencauzando su historia.

—Sí, su excelencia, me planté bien decidida ante ella, porque ¿acaso Michael no lo merecía?, y le dije: «Michael es el mejor hombre que conozco, y me casaré con él y con nadie más. Ya sé que es pobre y que yo también lo soy. Pero bien sabe Dios que no será pobre siempre, y yo le esperaré, aunque sea toda mi vida». Mi madre era una buena mujer, y al ver mis lágrimas supo que hablaba en serio. Así que me dio un abrazo y me dijo: «Está bien, mi niña. Así funciona el amor, y es lo único que importa en el mundo. Michael es un buen muchacho, y estoy convencida de que te quiere de verdad. Y cuando los dos penséis que ha llegado el momento, ni yo ni tu difunto padre nos interpondremos entre vosotros». Yo sabía muy bien lo mal que lo estaba pasando últimamente mi pobre madre, ya que corrían tiempos adversos. Fue el año de la plaga de la patata y por todo el país los hombres, las mujeres y, lo que era peor, los niños morían a montones. Y Michael también lo sabía, y no pasó mucho tiempo antes de que me dijera: «Katty, ven pronto conmigo, aunque solo sea para que tu pobre madre tenga una boca menos que alimentar». Y no pude negarme.

Ambos guardaron silencio unos momentos, hasta que, cuando me di cuenta de que consideraban que ese era todo el relato, me aventuré a decir:

—Pero no me han dicho nada sobre el camino.

—Ah, eso —dijo Katty soltando una carcajada—. Es muy sencillo, señor. ¿Se lo puedo contar, Michael?

—¡Adelante, mujer, adelante! —respondió él, acompañando sus palabras con un gruñido.

—Como Michael ha dicho, señor, todo empezó al día siguiente de nuestra boda. Como usted sabe, señor, la gente como nosotros no se iba de luna de miel por aquel entonces, no como ahora, que van todos, pobres o ricos. Cuando una mujer iba a vivir con su marido, su vida seguía igual que antes. En nuestra noche de bodas, yo preparé la cena de Michael y la mía, como he seguido haciendo desde entonces. Sabía que al día siguiente era la feria de Killen y que Michael pensaba ir, y me dije que eso no pasaría. Así que a la mañana siguiente, después de peinarme, porque, claro está, me levanté antes que él para preparar el desayuno, escondí el peine.

—¿El peine? Perdón por interrumpir, pero no lo entiendo.

Ella no se molestó.

—El peine del pelo, señor. Con lo que se peina el pelo. Entonces los pobres solo tenían uno para todos los de la casa. No es como ahora, que cada uno tiene el suyo. Mi hijo, el que vive en América, cuando vino a vernos trajo lo que él llamaba un «neceser», con cepillos y peines suficientes como para peinar las cabezas de toda la parroquia. Pero en aquellos tiempos, si en una casa solo había uno, ya te podías dar por contento. Cuando volví, después de haberlo escondido, Michael ya se había levantado y se estaba afeitando.

»—¿Te preparas para la feria? —le dije.

»—Sí —dijo él entre dientes, porque se estaba estirando el labio superior para afeitarse el bigote.

»—No vas a ir —dije yo.

»—¡Claro que sí! —dijo él.

»—¡No vas a ir! —repetí.

»No creo que comprenda usted, señor, lo que siente una joven esposa cuando descubre que su hombre es suyo y solo suyo. Yo me había casado la víspera y, sabiendo cuánto me quería Michael, ya pensaba que bastaba con que yo deseara algo para que él lo hiciera. Cuando una mujer se casa, cree, y nunca más que el día siguiente a la boda, que todo cuanto quiere se tiene que satisfacer. Solo desea lo mejor para su marido, cosa que hará el resto de su vida, y eso la lleva a pensar que todo lo que se le ocurre en relación con él es

buena idea. La mujer tiene que aprender. Debe hacerlo, y cuanto antes aprenda, mejor para ella y para todos los demás. Cuando Michael secó su navaja, estiró la mano hacia el antepecho de la ventana, donde siempre estaba el peine. Al no encontrarlo, me dijo:

»—Katty, ¿dónde está el peine?

»—No te lo voy a decir —dije. Estaba muy segura de mí misma, al cabo de nada más que un día de casada.

»—Quiero el peine, Katty —me dijo él, con mucha calma.

»—No te lo voy a dar —dije—. ¡Hoy no vas a la feria!

»—Iré a la feria hoy y siempre que quiera —dijo él, más tranquilo que nunca—, y quiero el peine.

»—No te lo voy a dar —dije.

»Me cogió la cara entre las manos y me dio un beso en la boca. Y luego, después de que yo se lo devolviera, me dio una bofetada que me hizo creer que la casa estaba llena de campanas, todas repicando a la vez, y entonces me dijo:

»—Katty, dame el peine».

Se calló, tomó asiento y retomó su labor de punto, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía intención de decir.

—¿Y luego? —aventuré a preguntar.

Ella me miró, luego miró a Michael, y dijo:

—Por supuesto, fui a buscar el peine y se lo di. Y desde entonces no hemos vuelto a tener una mala palabra.

Michael se rio entre dientes.

—Ese es el camino, señor. Alguien tiene que mandar en casa. Aquella vez me correspondía a mí, y así ha seguido siéndolo, hasta hoy.

Se puso en pie y besó cariñosamente a la anciana.

—Y, señor, tenga presente que no ha habido mujer más feliz en Irlanda, ni fuera de Irlanda, que Katty.

No me había quedado del todo claro cuál era el camino, así que volví a preguntar a la señora Hennessey.

—¿Fue a la feria?

Ella debía de haber estado pensando sobre ello, porque respondió antes de que yo terminara de formular la pregunta. Tratando de dar con un motivo para su apresuramiento, he concluido que pensó que su historia dejaba a Michael en mal lugar, como un maltratador.

—Se peinó el pelo y el bigote, se puso el abrigo bueno, se guardó la pipa en el sombrero y cogió el bastón. Luego me dio un beso y se largó. Me quedé

en la puerta, mirando cómo se iba, y lo vi doblar la curva, y luego volví adentro y me puse a hacer la casa.

»Vi entonces una sombra en la puerta, y allí estaba Michael. Lanzó el sombrero y el bastón a un rincón, me abrazó y dijo:

»—Katty, querida mía, hoy no voy a la feria. Porque tú prefieres que me quede en casa, cariño, no porque quieras impedirme ir. Te quiero y nunca te haría daño. Pero recuerda siempre que soy un hombre y que estoy acostumbrado a actuar como tal, y que a un hombre no le gusta que nadie le dé órdenes, ni siquiera su mujer, a la que quiere y que lo quiere a él».

A la anciana le brillaban los ojos y miraba con cariño a su enjuto esposo. Luego, dirigiéndose a mí, añadió:

—Y ese es el hombre con el que he vivido en paz todos estos años. Y ha merecido la pena, estar junto a un hombre así. Se lo aseguro, señor, esa es la manera de tratar a una mujer, y esa es la manera en que habría que tratar a todas. Al fin y al cabo, no somos más que niñas grandes. ¿Y cuál es la manera de tratar a los niños? No todo han de ser sonrisas, mimos, pan y azúcar. También quieren un poco de mano dura de vez en cuando, y pasa lo mismo cuando crecen y se convierten en hombres y en mujeres. La mano de la madre está para las caricias. Luego, cuando eso no basta, la mano del padre tiene que dar un tirón de orejas a la niña o un bastonazo al niño.

»Y, recuerde, ese es el castigo más blando que pueden sufrir. La lección les sale más cara si, en lugar de aprenderla de sus padres, tienen que aprenderla por sí mismos cuando salen al mundo».

EL AMOR MÁS GRANDE

(Greater Love)

Estábamos aquí mismo. Eran las once de la noche y acababa de salir la luna. Vimos la luz aumentar y aumentar, como está pasando ahora, y supimos que no tardaría en iluminar también el mar. Yo daba la espalda a las olas, y Bill estaba apoyado en la barandilla, igual que usted ahora.

No creo que signifique gran cosa, al menos para usted, señor; pero sí lo significó para mí, y sigue haciéndolo; se podría decir que debo mi vida a lo que sucedió. Hay montones de poesía y peripecias en los libros, pero, que Dios le bendiga, señor, si pudiera ver usted lo que se esconde en el corazón de hombres como yo, no necesitaría de libros, ya encontraría allí suficiente poesía y romance. Pienso a menudo que la gente que aparece en los libros no vive la vida, en realidad, con tanta intensidad como nosotros; es solo por aparecer por escrito por lo que los vemos como héroes, mártires y similares. Bill fue un héroe mayor que cualquiera de ellos. Muchas veces he deseado saber escribir, para poder hablar a todos sobre él.

No obstante, aunque no puedo escribir, sí puedo hablar, y si no tiene usted prisa, será un placer para mí contárselo todo. Me sienta bien hablar de Bill.

Bueno, cuando me di media vuelta y miré a Bill, los ojos le brillaban, reflejando la luz de la luna. Bill traga saliva y me dice:

—Joe, el mundo es muy grande, lo bastante como que para que tú y yo podamos vivir en él sin pelearnos. Y a lo mejor el mismo Dios que ha creado a la mujer a la que amamos, creó otra igual, y todos podamos ser felices. Tú y yo hemos sido amigos desde hace mucho, y Dios y Mary saben bien que me apenaría verte morir, así que, pase lo que pase, no nos peleemos ni pensemos mal uno del otro. No lo haremos, ¿verdad, Joe?

Me tendió la mano y se la estreché de inmediato. Permanecimos largo rato así, tomados de la mano. Me pareció que estaba triste y quería animarlo, así que dije:

—¿A qué viene hablar de la muerte, Bill, estando tan sanos como estamos?

Negó tristemente con la cabeza, y dijo:

—Joe, en nada valoro mi vida, y no me asusta morir. Lo haría por ella o por ti. Lo haría por ella aunque solo fuera por su capricho… Yo… No importa. Si alguna vez tengo la oportunidad de poner mi vida a su servicio, verás que no me comportaré como un cobarde.

Nos quedamos allí mucho rato. Ninguno decía nada; a mí no se me da bien hablar, aunque varias veces estuve a punto de preguntarle algo. Luego abandoné mi deseo de hacerle la pregunta y me limité a pensar, igual que él.

Pensé en todo el tiempo que Bill y yo habíamos sido amigos y camaradas, y en cuánto queríamos los dos a Mary, y ella a nosotros. ¿Sabe usted? Cuando éramos unos niños, aquella personita nos tomó tanto cariño que no pudimos evitar acabar sintiendo lo mismo por ella, y, con el transcurso del tiempo, nos acabamos convirtiendo en una suerte de hermanos mayores para ella. Ella bajaba a la costa con Bill y conmigo y se quedaba sentada todo el día con nosotros, sin decir una palabra ni hacer nada, para no molestarnos. A veces salíamos a navegar y ella se sentaba junto al que llevara el timón, hasta que este le preguntaba si quería sentarse en sus rodillas. Entonces ella le daba un abrazo y lo besaba, y se sentaba, tan calladita como un ratón, hasta que le tocaba cambiar de sitio. Así fue, señor, como llegamos a cobrarle tanto cariño.

Y, claro está, cuando ella creció, Bill y yo no teníamos ojos para ninguna otra. Y cuanto más crecía, más encariñados estábamos, hasta que, finalmente, descubrimos que los dos estábamos enamorados de ella. Pero nunca se lo dijimos, ni se lo dimos a entender de modo alguno; y ella continuó creciendo entre nosotros sin sospechar nada. Eso reconoció más adelante.

Entonces Bill y yo celebramos una especie de consejo para decidir lo que íbamos a hacer, y por eso fuimos a parar al puente aquella noche. Mary se había convertido en una señorita y temíamos que algún otro chico se nos adelantara si ninguno de nosotros tomaba la iniciativa. Bill estaba muy serio, mucho más que yo, ya que a mí, de algún modo, se me había metido en la cabeza la idea de que yo era el favorito de Mary, y, pensando así, me era imposible sentirme desgraciado o abatido.

De pronto, a Bill se le iluminó la expresión y me dedicó una mirada amable.

—Joe —dijo—, pase lo que pase, Mary no debe sufrir. La moza es bondadosa y nos quiere a ambos, como ya sabemos; pero como solo puede

amar a uno de los dos, le apenaría pensar que, al casarse con uno, deja un vacío en la vida de su camarada. Así que, si está en nuestra mano, debemos evitar que sepa que los dos la amamos.

Llegados a ese punto, empecé a ponerme nervioso. Desconfié de Bill —que Dios me perdone— y se me ocurrió que a lo mejor tramaba un plan para quitarme de en medio. Yo estaba celoso; eso es lo que me pasaba. Pero fui castigado por mi desconfianza cuando dijo:

—Joe, viejo amigo, los dos la queremos y nos queremos uno al otro, y Dios sabe que yo estoy dispuesto a irme y a dejártela a ti, pero quién sabe si ella me prefiere a mí. Las mujeres son criaturas extrañas, y no revelan sus sentimientos a un hombre hasta que él ha hecho lo propio.

Se quedó callado, y yo pregunté:

—¿Cómo pretendes averiguarlo, Bill? Si se lo decimos, ¿no descubrirá que los dos la amamos? Y has dicho que es mejor que ella no lo sepa.

—En eso precisamente estaba pensado —dijo—. Y creo que se me ha ocurrido cómo podemos hacerlo. Uno de los dos tiene que ir a hablar con la chica y descubrir si ella lo ama a él; si es así, el otro no dirá nada.

Me asusté, y dije:

—¿Quién irá, Bill?

Me pasó un brazo sobre los hombros y me dijo:

—Joe, por lo que veo, creo que la moza te prefiere a ti. Tienes que ir y asegurarte.

Traté de no alegrarme demasiado, y dije:

—Bill, eso no es justo. El que vaya en primer lugar tiene más posibilidades. ¿Por qué no vas tú, o por qué no lo echamos a suertes?

He hecho cosas difíciles en mi vida, pero nada me ha costado tanto como pronunciar aquellas palabras.

—Joe —dijo Bill—, debes hacer todo lo que puedas para que sea tuya, y que no te frene lo que sientas por mí. Me alegraré de veros juntos y felices, en caso de que seas tú a quien ella ama.

A continuación se irguió, apartándose de la barandilla, y dijo:

—Joe, estréchame la mano antes de ir, y recuerda: te hago prometer, por tu honor, que, en caso de que ella te elija, nunca revelarás a Mary, mientras yo viva, cuánto la he amado.

Se lo prometí. La mano de Bill estrechó la mía con la fuerza de un torno, tras lo que emprendimos la vuelta a casa, y por esa anoche no dijimos ni una palabra más.

No dormí mucho, y en cuanto empezó a clarear, me levanté y bajé al mar a darme un baño para espabilarme. No era un gran nadador, pero no me las apañaba del todo mal. Aquel era mi mayor motivo de envidia hacia Bill. Él era el mejor nadador que yo hubiera visto. Era bueno en muchas cosas, y no había nadie en el condado que lo superara en lo que fuera que emprendiera; pero en lo que se refería a nadar, no había ni siquiera alguien que se le acercara. Pero llega un momento en la vida en que, pese a todo, hay que plantar cara a los demás, y también a uno mismo.

Después de bañarme, me encaminé hacia la casa de Mary, resuelto a pedirle que se casara conmigo. Pensé que era demasiado temprano para que Mary estuviera ya levantada, así que, sigilosamente, evité la casa dando un rodeo. Se me ocurrió entonces hacer una visita a Bill. Pero cuando ya estaba frente a su casa, y como no me gustaba llamar a la puerta, pensé echar un vistazo dentro para ver si seguía durmiendo. Me asomé a una ventana.

Nunca olvidaré, hasta el día de mi muerte, lo que vi. Yo nunca había sido mala persona, gracias a Dios, pero lo que vi me impidió para siempre llegar a serlo y obrar de cualquier modo incorrecto. Allí estaba Bill, tal como yo lo había dejado la noche pasada. No se había cambiado de ropa, y la vela parpadeaba, olvidada, en la hornacina de la pared. Estaba arrodillado junto a la cama, con los brazos extendidos ante él y el rostro enterrado en la colcha. Aquello sucedió hace treinta y siete años, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Pensé al principio que estaba dormido, pero, por un movimiento que hizo, supe que se encontraba despierto. Me alejé de puntillas, sintiéndome culpable, y bajé hasta la orilla. Me quité el sombrero y dejé que el viento me refrescara la frente, que me ardía, y me quedé largo rato contemplando el mar. Sentía el corazón pesado, como si fuera de plomo, y me costaba respirar. No sé cuánto tiempo podría haber permanecido allí, si no hubiera sido por Bill. Se me acercó por la espalda, me apoyó una mano en el hombro y dijo:

—Joe, ¿qué haces aquí?

Me volví, sorprendido, y vi que él estaba sonriendo. Me quedé tan perplejo ante semejante cambio que, por un momento, no pude decir nada.

—Joe —dijo él—, pensaba que esta mañana tenías cosas importantes que hacer. No es bueno cortejar con el estómago vacío. Ven a casa, ya he preparado el desayuno para los dos.

No podía creer que aquel muchacho animoso fuera el mismo que se había pasado toda la noche rezando. Lo miré fijamente, pero no percibí ninguna señal de que estuviera actuando. Estaba más contento y animado que nunca, tan alegre que consiguió que me sintiera del mismo modo. Yo no podía

olvidar la imagen que había visto un rato antes, pero me esforcé por apartarla de mi mente; no quería que nada me preocupara esa mañana. Lo acompañé a su casa. Estaba tan limpia y ordenada como siempre, y el desayuno nos aguardaba. Me obligó a comer, y cuando terminé, me cepilló la chaqueta, me ayudó a ponérmela y dijo:

—Ahora ve y triunfa, viejo amigo. ¡Que Dios te bendiga!

Partí hacia la casa de Mary, pero antes de perder de vista a Bill, me volví y él me saludó agitando la mano, con una amable sonrisa, tras lo que entró en su casa y cerró la puerta.

Proseguí mi camino, pero cuanto más avanzaba, más despacio iba. Y cuando llegué al jardín, terminé por detenerme. Me quedé allí un rato, cavilando, hasta que Mary me vio y salió de la casa. No sé cómo contarle lo que pasó a continuación. No soy más tímido que la mayoría, pero, de algún modo, a un hombre le resulta difícil contar esta clase de cosas. Oh, no, no es porque no lo recuerde bien; claro que lo recuerdo. Pero… ¿Se reirá usted? Sé que no haría tal cosa. Le pido perdón. Para que comprenda lo difícil que es para mí, le diré que nunca le he contado esto a nadie, salvo a Mary, y solo una vez.

Mary sale a mi encuentro, corriendo como una chiquilla, con el rostro resplandeciente de alegría, y me dice:

—¿Joe, qué te trae por aquí a estas horas? ¡Pasa, Joe! ¡Madre, ha venido Joe! ¿Ya has desayunado, Joe? ¡Pasa!

Pensé que nunca me atrevería a decirle lo que le tenía que decir si entrábamos en el *cottage* y su madre estaba presente, así que me quedé junto a la puerta y dejé que ella siguiera hablando. Mientras la miraba, no me podía creer lo que estaba a punto de hacer; parecía incorrecto pretender que aquella chica cambiara. Era tan adorable y radiante que sería una lástima que se convirtiera en algo más, aunque fuera mi esposa. Y además, la idea se presentó de pronto, causándome una fuerte impresión, podía suceder que, al fin y al cabo, ella no me prefiriera a mí. Intenté prepararme para esa posibilidad, pero, lo reconozco, me fue imposible. Era una perspectiva tan espantosa que no podía pensar en ella. Seguí allí, sin moverme ni decir nada, hasta que ella se percató de que me pasaba algo. Yo no solía mostrarme avergonzado ante Mary ni ante nadie, así que cuando dejó por fin de hablar, me miró fijamente, luego bajó la mirada, se ruborizó hasta las raíces del pelo y me dijo:

—Joe, ¿qué te pasa? Estás raro.

—Sí, Mary —respondí atropelladamente, sin pararme a pensar en lo que decía—, estoy raro porque tengo un problema.

Ella se me acercó más antes de que yo pudiera añadir nada; ya no tenía la mirada gacha ni estaba ruborizada.

—Joe, lo siento mucho —dijo. Me pasó un brazo sobre los hombros. Luego prosiguió, con voz tierna—: ¿Se lo has contado a Bill?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que viniera a hablar contigo.

—¿Conmigo, Joe? —dijo, confundida.

—Sí —dije yo, desesperado—. Tengo un problema, Mary, porque quiero que te cases conmigo.

—¡Oh, Joe! —dijo, apartándose un poco.

A continuación, con una expresión extraña, añadió:

—Joe, ve corriendo a buscar a Bill y dile que quiero verlo. Que venga lo más rápido que pueda.

Sus palabras me atravesaron como puñales, y si alguna vez estuve a punto de odiar a Bill, fue entonces. ¿Para qué quiere ver a Bill, si no es para averiguar si él también la ama, y para escogerlo a él?, pensé. Pensé asimismo que una mujer tenía que estar loca para elegirme a mí en lugar de a Bill. Tenía miedo de decir nada, así que partí de inmediato en su busca, ya que temía que, si no lo hacía de inmediato, no sería capaz de decirle nada. Por el camino intenté no pensar, pero no podía sacarme de la cabeza las palabras de Mary. Parecían seguir el ritmo de mis pasos; no dejaba de oírlas.

«Di… a… Bill… que… quiero… verlo… Di… a… Bill… que… quiero… verlo…».

Llegué finalmente a la casa y encontré allí a Bill; estaba reparando una red colgada de un muro. Se volvió apresuradamente cuando entré, y el corazón le latió con tanta fuerza que vi cómo le palpitaba el pecho bajo el jersey de lana. Vio que yo no estaba feliz, así que se acercó, me apoyó las manos en los hombros y me miró a la cara.

—¿Qué pasa, Joe? —dijo, y yo advertí que se estaba esforzando por dominarse. Cuando le di el mensaje, se puso a temblar de forma incontrolable y se puso tan blanco como una sábana. Luego me dijo con voz ronca—: Joe, ¿cómo estaba ella cuando te lo dijo?

Intenté explicárselo, y le pedí que se diera prisa.

—Un minuto —dijo, y pasó a la habitación contigua.

Yo creí que había ido a acicalarse un poco, pero cuando volvió seguía igual que antes, vestido con sus viejas prendas de trabajo. Aunque estaba más tranquilo y sonreía.

—Bill, viejo amigo —dije—, ¿no te arreglas un poco? Puede que Mary prefiera verte bien vestido.

—No —dijo él—. Iré tal como estoy. Si me rechaza, no será por haberme apresurado a la hora de ir a verla… Vamos, Joe, no la hagamos esperar.

Hicimos todo el camino sin decir palabra. Cuando apareció el *cottage* de Mary, me pareció un lugar deprimente, cosa que nunca me había pasado.

Mary salió a recibirnos, y cuando habló con Bill, me aparté. Bajaron juntos al muelle que habíamos construido para ella. Se sentaron y hablaron unos minutos. Los veía a través del seto, y al final Bill le dio un beso. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se lo devolvió. Sentí como si se extinguiera la luz del cielo y deseé estar muerto.

Me habría largado, pero no podía moverme. Me apoyé en el seto, sin sentir nada, hasta que oí a Bill llamarme. Crucé la puerta del jardín, poniendo la mejor cara que pude, y bajé al muelle.

Bill y Mary estaban en pie, y Bill tenía una cara resplandeciente, mientras que Mary estaba colorada como una amapola. Bill me hizo una seña para que me acercara y dijo:

—Bueno, Mary, ¿se lo digo yo?

—Sí, Bill —susurró ella.

Entonces él me dijo:

—Joe, te la entrego. Ella quería que lo hiciera yo porque dice que me quiere como a un hermano. Tómala, Joe, y quiérela bien, y que Dios os bendiga.

La empujó hacia mí y ella se me abrazó.

Yo estaba desconcertado, la cabeza me daba vueltas, pero cuando acerté a enfocar la mirada, los brazos de Mary me rodeaban el cuello y ella tenía la cara enterrada en mi pecho.

Bill ya se alejaba por el camino, erguido y con paso tan firme como siempre. Pese a lo que estaba sucediendo, por un momento no fui capaz de pensar en Mary, ya que no dejaba de ver en mi cabeza a Bill arrodillado junto a su cama, con los brazos extendidos, y lo que sentí, si es capaz usted de creerlo, fue más tristeza que alegría. Sé ahora que aquella noche luchó contra el diablo y que lo derrotó. ¡Pobre Bill! ¡Pobre Bill!

Imagino que no tengo necesidad de contarle lo que Mary y yo nos dijimos luego. No fueron grandes palabras, en cualquier caso, pero nos llenaron de

gozo. Cuando tuve la certeza de que ella me amaba, me olvidé incluso de Bill y fui más feliz de lo que se puede expresar.

Bueno, pasaron un par de meses y planeábamos casarnos en breve. Yo estaba adecentando mi *cottage* y gastando un dinero que tenía ahorrado para que fuera del agrado de Mary. Bill me ayudaba a todas horas, pero no solo me echaba una mano prestándome su tiempo. A menudo era él quien se acercaba a la ciudad a comprar las cosas que yo necesitaba, y estoy seguro de siempre pagaba por ellas más de lo que luego me decía. Yo guardaba silencio, a sabiendas de que, de otro modo, le ofendería, y todo cuanto podía hacer por Bill era permitirle echarnos una mano, si eso era lo que quería. Yo lo observaba, en busca de señales de que se sintiera desdichado, pero nunca vi ni rastro de infelicidad en él. Siempre estaba dichoso y animado, y trabajaba con más ahínco que nunca, y era amable con todo el mundo. Yo sabía bien que no había olvidado a Mary. ¿Cómo podría hacerlo? Y yo temía que, en secreto, lamentara lo sucedido. Pero nunca lo vi dolido. Cuando me detenía a pensarlo, seguía sin comprender que Mary me quisiera a mí, pudiendo haber elegido a Bill.

Los días transcurrían deprisa, porque éramos felices y teníamos toda la vida por delante, y, finalmente, se acercó la fecha de nuestra boda. Habíamos elegido el domingo de Pascua, y todos nuestros conocidos, es decir, todo el pueblo, asistirían y disfrutarían de una gran fiesta. La celebraríamos en la isla, así que limpiamos y engalanamos los botes para la ocasión. Por supuesto, cada uno llevaría su comida, pero todos nos reuniríamos para pasarlo bien juntos. Llevaríamos una barrica de cerveza y habría un gran baile sobre la hierba. En el lado de la isla que mira a mar abierto, había un campo con un césped perfecto para bailar, y Mike Wheeler llevaría su violín, con un juego extra de cuerdas. No volveríamos hasta que se hiciera de noche, con la siguiente marea, y, de regreso a casa, celebraríamos una carrera con los botes.

La víspera de la boda, Bill y yo tomamos el té en casa de Mary, y, de regreso, Bill me pidió que entrara un rato en su casa a charlar. Encendimos las pilas, acercamos las sillas al fuego y durante un rato fumamos en silencio, hasta que Bill dijo:

—Joe, mañana no habrá ni un hombre en la iglesia que no te envidie, salvo yo.

Al oírle decir eso, lo recordé arrodillado junto a su cama y pensé que lo correcto sería decirle que le había visto. Me saqué la pipa de la boca, le rodeé los hombros con un brazo, como hacíamos cuando éramos unos muchachos, y se lo conté todo. Él se limitó a estrecharme la mano y a decir:

—Joe, fue una dura lucha, pero, gracias a Dios, vencí. He dejado atrás el amor que sentía. Porque, amigo, mañana ella se convertirá en tu esposa, y para mí ella pasará a ser como cualquier otra mujer, aunque yo me sentiré su hermano mientras viva, y el tuyo, Joe. No es que ya no me preocupe por ella, porque, por ayudarla, me arrojaría sin dudarlo a las llamas, pero… No sé explicarlo, Joe. Ya sabes lo que quiero decir.

—Bill —dije—, has sido un buen amigo para mí y para Mary, y espero que podamos seguir demostrándote todo lo que significas para nosotros. ¡Que Dios me condene si, en algún momento de mi vida, pienso mal de ti!

Ya no dijimos más. Salí de casa, pero volví un minuto después para asegurarme de que Bill asistiera a la mañana siguiente, y para decirle que me despertara si él se levantaba primero; pero al pasar frente a su ventana, vi que la estaba tapando con una lona. No lo hizo porque creyera que yo volvería a espiarlo. Su expresión me lo dejó claro; temía que yo volviera a verlo en un momento de privacidad, y que eso, de algún modo, fuera doloroso para mí.

A la mañana siguiente, me desperté con la primera luz, bajé a darme un baño, volví a casa, cepillé mi ropa nueva y extendí la camisa que Mary había hecho para mí, y luego lavado hasta dejarla blanca como la nieve. Después Bill pasó por casa. Habíamos acordado que vendría a desayunar conmigo, y se presentó ya vestido para la boda, con un traje nuevo. Él siempre estaba atractivo y elegante, pero aquella mañana parecía un auténtico caballero. Pensé entonces que Mary había hecho bien al elegir a un mero trabajador como yo en lugar de a alguien como Bill, muy superior a nosotros, aunque él, en su bondad, nos viera como sus iguales.

Fuimos a la iglesia y esperamos fuera hasta que llegaron Mary y su madre. Casi todo el mundo estaba en el porche, mientras que algunos de noble cuna aguardaban dentro. La familia del terrateniente ya estaba en su banco, puesto que tenían a Mary en gran estima y habían acudido temprano para verla casarse. Me sentía muy orgulloso, aunque me seguía costando creer que Mary fuera a casarse conmigo. Pero allí estaba ella, adorable como un ángel y sonrojada como una rosa. Yo dije «Acepto» en voz baja, ya que me incomodaba decirlo de forma que todos lo oyeran; pero Mary lo dijo con voz alta y dulce, y seguidamente el párroco nos otorgó su bendición y se dirigió a nosotros con tal solemnidad que no pudimos contener las lágrimas, y Mary buscó cobijo junto a mí. Cuando llegó el momento de que los invitados besaran a la novia, Bill reclamó ser el primero, y los demás muchachos tuvieron que aguardar. Bill tomó el precioso rostro de Mary entre las manos y depositó un beso en su frente.

Concluida la ceremonia nupcial, restaba la misa, así que todos ocupamos nuestros asientos; nunca en mi vida me he sentido más orgulloso que entonces, y tampoco Mary.

Cuando terminó el servicio religioso, la gente formó un pasillo por el que Mary y yo desfilamos para ser los primeros en cruzar las puertas de la iglesia.

Bajamos todos a la playa, donde los botes ya estaban preparados. Varios estaban recién pintados y había un par engalanados con guirnaldas. Mary y yo iríamos en el bote de Bill, que se ocuparía en persona de uno de los remos. Como tripulación, había elegido a tres jóvenes, conocidos suyos y grandes remeros; Bill estaba decidido a vencer a todos los demás botes en la travesía hasta la isla. Los chicos se nos habían adelantado, y cuando llegamos a la playa, el bote estaba listo para zarpar y las cestas con la comida embarcadas, así que subimos a bordo y nos hicimos a la mar.

Mary y yo manejábamos la caña del timón, Bill y sus compañeros se encorvaron sobre los remos y en un cuarto de hora llegamos a la isla, superando a los demás por un centenar de yardas. Desembarcamos y los chicos se ocuparon de cargar con las cestas cuesta arriba, hasta un campo que la luna acostumbra a iluminar y que forma una llanura, hasta el borde, de un acantilado.

La hierba era corta y suave, como una alfombra, y cuando te asomabas al filo del acantilado, el agua quedaba justo debajo de ti, ya que la roca caía a pico cuarenta pies. Mary y yo nos quedamos allí, contemplando el agua revuelta, mientras los chicos y las chicas preparaban todo para fiesta, ya que no nos dejaron hacer nada. Estaba subiendo la marea y las corrientes rodeaban la isla, tan rápidas como el agua en el canal que alimenta un molino, y discurrían hasta gran distancia mar adentro. Las corrientes son muy traicioneras en esta zona, así que es mejor que no te atrapen mientras estás navegando o nadando.

Tomamos asiento, y no hubo nadie que no disfrutara de la comida, y a continuación las chicas insistieron en que bailáramos. Despejamos la hierba y pasamos un rato bailando, hasta que alguien propuso que jugáramos a la gallina ciega. Vendamos los ojos a un muchacho, los demás nos dispersamos a su alrededor y empezó la diversión. El chico, Mark Sommers, se lanzaba a correr como un loco, intentando atrapar a alguien, y las chicas chillaban, y todos lo esquivaban lo más rápido que podían; cada vez lo pasábamos mejor. Finalmente, el chico se lanzó en la dirección en que se encontraba Mary, cerca del borde del acantilado. Gritamos a Mary para que tuviera cuidado, pero supongo que pensó que formaba parte del juego, porque se limitó a reír y

a imitar nuestros gritos, y a continuación dio un paso atrás. Sin que nadie pudiera impedirlo, desapareció. Yo estaba sentado en una piedra y, cuando la vi caer por el acantilado, lancé un grito que debió de oírse a una milla de allí y crucé el campo a la carrera.

Pero alguien mejor que yo se me adelantó. Bill se había desprendido de la chaqueta y sacado los zapatos de sendas patadas, y llegó al acantilado antes que yo. Previamente a saltar, gritó:

—¡Joe, corre a los botes, rápido! La mantendré a flote hasta que llegues. Yo nado mejor que tú.

No me entretuve ni un segundo, corrí a la playa, donde estaban embarrancados los botes. Algunos de los muchachos me siguieron, corriendo todo lo rápido que podían, y empujamos al agua el bote más cercano. Pero pese a todos nuestros esfuerzos, y estábamos tan enloquecidos por la excitación que cada uno de nosotros tenía la fuerza de diez hombres, nos llevó un buen par de minutos hacernos a la mar.

A continuación, yo remé tan fuerte que partí mi remo, y tuvimos que detenernos para sacar el de repuesto, y a continuación debimos rodear los bajíos hasta llegar a la zona donde debían de estar Mary y Bill. Los hombres y mujeres en lo alto del acantilado gritaron y señalaron en la dirección donde se encontraban, y el bote parecía volar con cada bogada. Pero la corriente era increíblemente fuerte y, cuando conseguimos divisarlos, ya llevaban en el agua cerca de cinco minutos. Me pareció que pasaron años hasta que nos acercamos a ellos. A Mary y a Bill los lastraban sus ropas, y, pese a lo buen nadador que él era, temí que llegáramos demasiado tarde.

Finalmente, los alcanzamos. Yo miraba por encima del hombro, sin dejar de remar. Solo vi a Mary, pero para mí fue como un faro. Pedí a uno de los muchachos que ocupara mi puesto y fui a la proa. Mary estaba muy pálida, con los ojos cerrados, como si estuviera muerta; su cabello se extendía sobre el agua y la corriente agitaba su vestido bajo la superficie como si de un extraño pez se tratara. No vi a Bill, pero sabía que no tenía que buscarlo en ningún otro sitio: si Mary estaba allí, él no podía andar lejos. Cuando terminamos de aproximarnos, vi dónde estaba.

Se hallaba debajo del agua; con su último aliento, la mantuvo a flote hasta que llegamos. Vi sus manos asomar fuera del agua, sujetándola por el pelo, pero eso era todo. Desde entonces, muchas veces he sentido la tentación de enfadarme con Mary, pese a todo lo que la quería, porque nosotros, los trabajadores, somos, al fin y al cabo, geste tosca, y son muchas las adversidades que tenemos que sobrellevar. Pero cada vez que he estado a

punto de levantarle la voz, o incluso de pensar mal de ella, las manos de Bill se han interpuesto entre Mary y yo, y la idea de levantarle la voz o de pensar mal se me ha vuelto tan intolerable como imaginar que algún otro hombre la agrediera. Nunca se me ocurriría hacer algo así.

Los subimos a bordo y volvimos a tierra. Mary se recuperó porque solo había sufrido la impresión de la caída, pero cuando sacamos a Bill del agua, él ya había…

Cumplió lo que dijo aquella noche; dio su vida por la de ella. Podrá usted comprobar que en su tumba del cementerio hicimos grabar:

Nadie ha sentido mayor amor
Que quien ha dado su vida por un amigo.

No existe nadie como Bill. Así piensa Mary, y también yo.

Esta primera edición de
CUENTOS COMPLETOS
de BRAM STOKER
se terminó de imprimir el
19 DE SEPTIEMBRE DE 2018,
veintiséis años después
del estreno de la película *Dracula*
de Francis Ford Coppola





ABRAHAM STOKER nació el 8 de noviembre de 1847 en Clontarf, hoy un barrio de Dublín (Irlanda), en cuya universidad estudió. La representación en 1871 de una obra de los alsacianos Emile Erckmann y Alexandre Chatrian —autores de *Hugo el lobo y otros relatos de terror*— motivará la primera colaboración en prensa de Stoker. Fue crítico teatral durante diez años, hasta que sale de Irlanda en el año 1876 como secretario y representante del actor inglés sir Henry Irving, junto al que dirigió el Lyceum Theatre de Londres. Fueron socios hasta la muerte del actor en 1905.

Stoker fue autor, entre otros títulos, de los libros de cuentos *El país bajo el ocaso* (1881), *Atrapados en la nieve: crónica de una gira teatral* (1908) y póstumamente *El invitado de Drácula y otros relatos inquietantes* (1914), el libro de memorias *Recuerdos personales de Henry Irving* (1906) y entre las novelas destaca, muy especialmente, *Drácula* (1897), obra fundadora del vampiro de Transilvania que ha inspirado a tantos y tantos creadores de todas las artes. La leyenda del vampiro ya existía en varias culturas y disciplinas artísticas, sin embargo, nunca fue tan bien relatada como hizo Stoker.

Falleció pobre y olvidado en Londres el 20 de abril de 1912.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible basado en la semejanza de los términos ingleses *kin*: familiares, parientes; y *skin*: piel, pellejo, cuero. <<

[2] El chiste, imposible de traducir, se basa en la similitud entre las palabras inglesas *Ox*, buey, y *Oxon.*, abreviatura de oxoniense. <<

[3] Asociación londinense de abogados civiles. <<